

GEOGRAFIA BASICA DEL ECUADOR

TOMO II GEOGRAFIA DE LA POBLACION

Volumen I



# TRANSICION DEMOGRAFICA EN EL ECUADOR

Daniel Delaunay  
Juan B. León V.  
Michel Portais

**IPGH** Instituto Panamericano de Geografía e Historia  
**ORSTOM** Instituto Francés de Investigación Científica para el Desarrollo  
**IGM** Instituto Geográfico Militar

**GEOGRAFIA BASICA DEL ECUADOR**

**TOMO II GEOGRAFIA DE LA POBLACION**

**VOLUMEN 1**

**TRANSICION DEMOGRAFICA  
EN EL ECUADOR**

**C.E.D.I.G.**

Impreso en los talleres gráficos del IGM del Ecuador

- Textos:

Traducción y revisión : D. Delaunay, V. Grossi, J.B. León V.,  
P. Peltre, E. Soria y F. Yépez

Levantamiento de textos: Mariana Ayala

Diagramación en Macintosh™: Darwin Montalvo

- Cartografía informatizada:

Programa SAVANE: M. Souris

Realización: D. Delaunay

- Cartografía a escala 1 : 1'000.000 y 1 : 3'500.000:

Asistencia técnica y coordinación: M. Portais y J. B. León V.

Asistencia de realización y dibujo: Blanca Carrera, Luis Bravo,  
Rafael Gutierrez y Darwin Montalvo.

© 1990 Derechos de la primera edición :

IPGH (Sección Ecuador), apartado 3898, Quito, Ecuador

ORSTOM (Francia), 213, rue La Fayette - 75480 Paris cedex.

Las opiniones expresadas en este libro son de responsabilidad exclusiva de sus autores  
y no constituyen necesariamente criterio atribuible a las entidades auspiciantes.

**GEOGRAFIA BASICA DEL ECUADOR**  
**TOMO II GEOGRAFIA DE LA POBLACION**  
**VOLUMEN 1**

**TRANSICION DEMOGRAFICA**  
**EN EL ECUADOR**

**Autores :** Daniel Delaunay  
Juan B. León V.  
Michel Portais

**IPGH** Instituto Panamericano de Geografía e Historia (Sección Ecuador)  
**ORSTOM** Instituto Francés de Investigación Científica para el Desarrollo en Cooperación  
**IGM** Instituto Geográfico Militar



Publicación del Centro Ecuatoriano de Investigación Geográfica, en el marco del acuerdo de Cooperación Científica entre el Instituto Panamericano de Geografía e Historia, sección Nacional del Ecuador, y el Instituto Francés de Investigación Científica para el Desarrollo en Cooperación

## **AGRADECIMIENTO**

*Los autores agradecen de manera especial a los señores Oficiales del Ejército que en estos últimos años han ocupado la Dirección del Instituto Geográfico Militar y la Presidencia de la Sección Nacional del Instituto Panamericano de Geografía e Historia, a los miembros del Consejo Directivo y a todo el personal de la Secretaría Técnica del IPGH, así como al personal administrativo del Centro Ecuatoriano de Investigación Geográfica.*

## SUMARIO

Presentación .....	Juan B. León V. ....	VII
PRIMERA PARTE: EL FIN DEL MILENIO		
1	<b>La población en el espacio ecuatoriano: evolución histórica</b> .....	Michel Portais ..... 3
	1. Las catástrofes demográficas y las bases del crecimiento demográfico: el período colonial hasta 1778 .....	3
	2. El agitado período de 1778-1850. Las primeras grandes migraciones modernas .....	6
	3. La composición étnica de la población y su evolución, del siglo XVIII al XIX .....	12
	4. La evolución de la geografía de la población de 1850 a 1950 .....	14
2	<b>Geografía de la transición demográfica</b> .....	Daniel Delaunay ..... 17
	1. La transición demográfica .....	18
	2. Observar el espacio demográfico .....	22
	3. En pro de una antropología de las relaciones demoeconómicas .....	28
	4. Estructuras demográficas transitorias .....	31
SEGUNDA PARTE: EL HOMBRE EN EL ESPACIO ECUATORIANO		
3	<b>La distribución geográfica de la población y su evolución: 1950-1982</b> .....	Michel Portais ..... 57
	1. La repartición geográfica de la población según el último censo .....	57
	2. La evolución geográfica de la distribución de la población .....	67
4	<b>Migraciones internas: 1950-1982</b> .....	Juan B. León V. .... 75
	1. Geografía cuantitativa de las migraciones .....	75
	2. Significado socioeconómico de las migraciones .....	110
	3. Conclusión .....	125
TERCERA PARTE: LA MUTACION VITAL		
5	<b>La fecundidad</b> .....	Daniel Delaunay ..... 129
	1. La medida de la duda .....	130
	2. El orden y la fuerza de las mutaciones .....	132
	3. Las configuraciones regionales .....	138
	4. Los factores de la diferenciación .....	155
	5. Para concluir .....	178
6	<b>La mortalidad</b> .....	Daniel Delaunay ..... 187
	1. El valor de los números .....	187
	2. El siglo de la mutación vital .....	191
	3. El espacio discriminante .....	197
	4. La mortalidad de los niños .....	219
	5. La edad de los difuntos .....	233
	Anexos estadísticos .....	259
	Mapas fuera de texto:	
	- Distribución de la población - 1982 (escala 1: 1'000.000)	
	- Densidades rurales 1982 (escala 1 : 3'500.000)	
	- Crecimiento de las poblaciones parroquiales 1950-1962 (escala 1 : 3'500.000)	
	- Crecimiento de las poblaciones parroquiales 1962-1974 (escala 1 : 3'500.000)	
	- Crecimiento de las poblaciones parroquiales 1974-1982 (escala 1 : 3'500.000)	
	- Crecimiento de las poblaciones parroquiales 1962-1982 (escala 1 : 3'500.000)	

## PRESENTACION

*Durante la segunda mitad del siglo que concluye, en las postrimerías del milenario, el Ecuador ha vivido transformaciones demográficas de cuyas consecuencias no se tiene todavía cabal percepción. El alargamiento de la vida humana es una mutación vital de profundas implicaciones: se crean nuevas relaciones entre los miembros de la familia, se modifica la transmisión de las riquezas entre las generaciones, se trastornan, migraciones de por medio, los seculares equilibrios regionales. Es la transición demográfica que la teoría asocia al desarrollo social y que se la considera también como responsable del creciente número de indigentes. Una paradoja que da pábulo a debates académicos y cuestiona políticas de población.*

*Este volumen del tomo II de la Geografía Básica del Ecuador aborda en detalle estas transformaciones en el tiempo y en el espacio. Reúne una serie de estudios llevados a cabo con métodos innovadores, que intentan dar una visión precisa de la configuración espacial de la transición demográfica. Es el resultado de una investigación que ha exigido pacientes restituciones del abudante acervo informativo que contienen esos grandes inventarios que son los censos y las estadísticas vitales, lamentablemente tan poco explotados. Los estudios revalorizan los dinamismos demográficos que, aunque de paso lento y discreto, impulsan los grandes cambios históricos.*

*Llama la atención cómo hasta ahora se prefieren, escuetamente, medidas demográficas globales; sorprende cómo se descuida la variada diversidad regional de los dinamismos naturales y migratorios de la población. Es que la transición demográfica exacerva una diferenciación espacial rica en enseñanzas académicas pero preñada de injusticias y trastornos en la organización social del espacio.*

*Una etapa previa a estos trabajos consistió en corregir las imperfecciones estadísticas y así poder afinar el espacio demográfico ecuatoriano. Informamos al lector que la evaluación de los datos fue ya ampliamente consignada en una serie anexa publicada por el CEDIG: los siete números de Demografía y Geografía de la Población.*

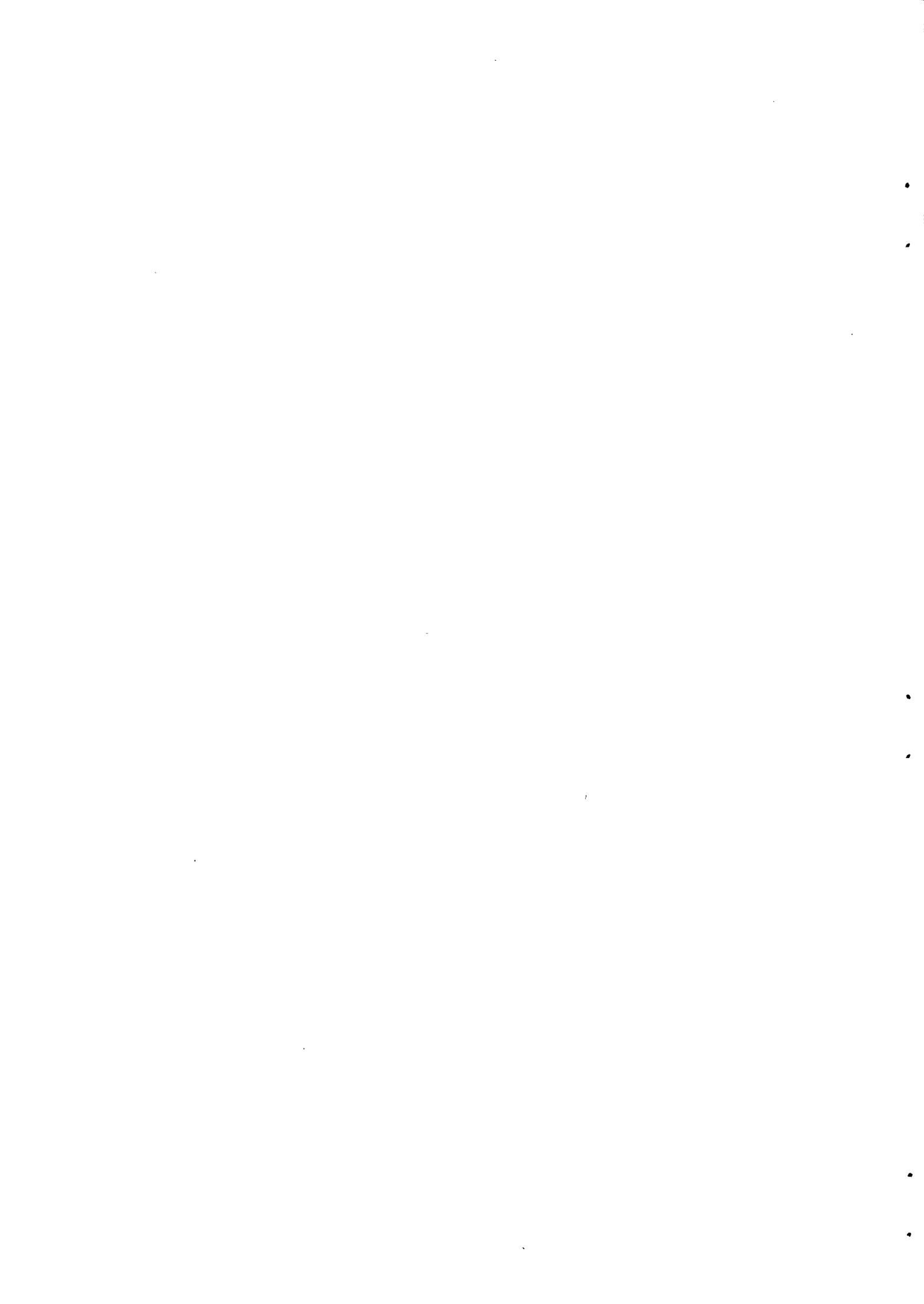
*En un primer capítulo Michel Portais recuerda la historia del poblamiento, lenta constitución de la actual formación socioespacial ecuatoriana. Es una descripción que da la medida de la explosión contemporánea presentada en el capítulo dos en una perspectiva demoeconómica. Daniel Delaunay subraya aquí el aporte de un tratamiento geográfico a la teoría de la transición demográfica esbozada para el caso ecuatoriano.*

*Se analiza a continuación la repartición espacial de la población ecuatoriana, sus densidades actuales (1982) y su evolución que los últimos censos revelan. No es sino recientemente que, al acabarse las escaseces de mano de obra, se dinamizaron los cultivos tropicales y el crecimiento urbano. Al momento en que la transición demográfica agudizaba las tensiones agrarias y obligaba a reformar las relaciones sociales de producción. De estas tensiones y reformas resultaron amplios movimientos espaciales de la población, estudiadas en el capítulo cuatro por Juan B. León V.*

*Por fin, en los dos últimos capítulos se buscan los fundamentos de estas excepcionales evoluciones con un detallado análisis de la transición vital. Las fuerzas de vida (capítulo cinco) y los riesgos de muerte (capítulo seis) son evaluados en consideración de las características naturales del espacio y de su organización "territorial" y "reticular". En su análisis demográfico, Daniel Delaunay pone énfasis en el marco agrario y en el de la evolución diversificada del modo de producción doméstico.*

*Juan B. León V.  
Coordinador del CEDIG*

**PRIMERA PARTE**  
**EL FIN DEL MILENIO**



## LA POBLACION EN EL ESPACIO ECUATORIANO: EVOLUCION HISTORICA

Michel Portais  
ORSTOM

Tanto la *distribución* de la población como su *evolución* plantea muchos problemas de orden geográfico. ¿Por qué una fuerte densidad aquí y no allá a pesar de que allá los suelos son mejores? ¿Por qué tales densidades, por ejemplo, en el callejón interandino o en un determinado sector de los Andes? ¿Por qué un gran vacío en ciertas zonas de la provincia de Esmeraldas? ¿Por qué este crecimiento aquí y esa disminución allá? Para estas preguntas y para muchas otras que es normal plantearse frente a los mapas de distribución y de evolución poblacionales, existen diversos órdenes de respuestas. Las de orden demográfico propiamente dicho, las que se relacionan con las migraciones de población y, sobre todo, las que tienen que ver con situaciones históricas que agrupan los fenómenos económicos y sociales referentes a la evolución de las relaciones entre el hombre y el medio. Resulta claro, en efecto, que no se sabría ni comprender ni explicar los problemas actuales de la geografía de la población en el Ecuador sin recurrir a cierta visión del pasado.

La historia de la organización del espacio en el Ecuador ha sido descrita en el tomo I de la presente colección (Deler, Gómez, Portais, 1983), en donde, por repetidas veces se hace alusión a los problemas demográficos y a la dinámica geográfica de la población. Aquí juntaremos, resumiéndolos, los elementos esenciales descritos allí, y que se refieren al período comprendido entre la época precolombina y el final de la época colonial. En cambio, estudiaremos más en detalle el período de transición que se extiende de fines del siglo XVIII a comienzos de la era republicana, que ha sido objeto de estudios detallados, recientes algunos, y

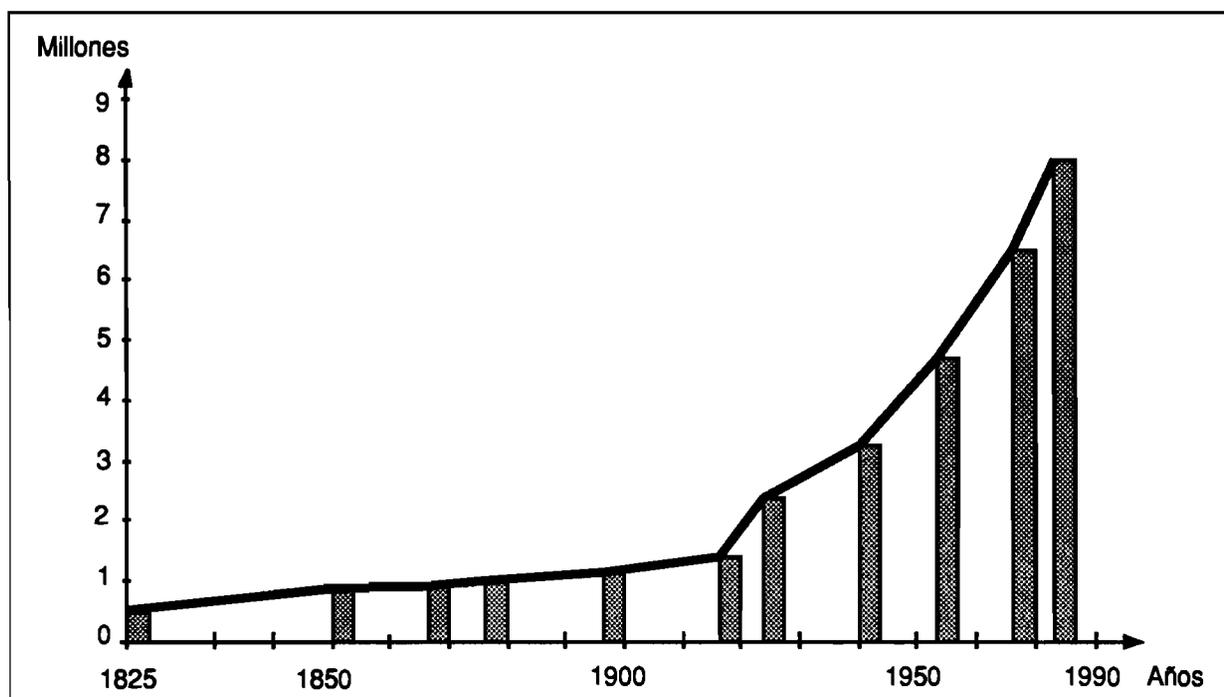
que constituye una época esencial para comprender la repartición moderna de la población. Aludiremos igualmente a la evolución de la composición étnica de la población, de modo que se aclaren las actuales tentativas de precisión estadística en este campo. Finalmente, luego de una reflexión sobre los hechos esenciales que han marcado el siglo comprendido entre 1850 y 1950, prestaremos, en el capítulo 3, mayor atención al estudio del período moderno, de 1950 hasta nuestros días, que no fue estudiado en el tomo I y que se basa en el análisis de cuatro censos de la población, los de 1950, 1962, 1974 y 1982.

Este estudio histórico en su conjunto nos permitirá identificar los grandes rasgos de la evolución actual de la repartición geográfica de la población y situarlos en el marco de la evolución histórica de la organización del espacio ecuatoriano. Contaremos entonces con bases sólidas para "leer" el mapa de la distribución actual de la población, de acuerdo al censo de 1982 (a escala 1:1.000.000 y que se incluye en esta edición), que constituye el fundamento y la referencia permanente del conjunto de los problemas de geografía de la población.

### 1. LAS CATASTROFES DEMOGRAFICAS Y LAS BASES DEL CRECIMIENTO DEMOGRAFICO: EL PERIODO COLONIAL HASTA 1778.

Es inútil volver a hablar aquí del origen del hombre americano, del poblamiento inicial de la región de los Andes ecuatoriales, de las migraciones que hicieron posible que se poblaran los tres grandes medios geográ-

Fig 1. Evolución de la población ecuatoriana 1825 - 1990



ficos, Sierra, Costa y Región Amazónica. Tampoco volveremos a hablar de las fases que han seguido los repartos de la población totalmente distintos de los que florecieron, por ejemplo, en el siglo XVI, fases anteriores durante las cuales ciertas partes de los actuales piedemontes húmedos de la Costa y de la Región Amazónica pudieron haber tenido una importancia demográfica relativa mucho más considerable que la que tendrán desde el siglo XVI hasta mediados del siglo XX. Para todos estos problemas de las lejanas épocas precolombinas, remitimos al lector al tomo I de esta colección (Deler, Gómez, Portais, 1983: 11-12, 20-21, 32-38).

Recordaremos, sin embargo, que al comienzo de esta antigua evolución es verosímil que nos encontremos, en vísperas de la conquista incásica, en presencia de una fase alta poblacional que se refleja en técnicas y procedimientos rurales propios de tal situación: "camellones" para la utilización de las zonas húmedas o mal drenadas; terrazas e irrigación para la utilización de las zonas de fuertes pendientes y empleo de sistemas anti-erosivos. En fin, y es acaso lo principal, los hombres de ese entonces hacen cultivos a altitudes que fueron abandonadas posteriormente, haciendo retroceder el límite del páramo o utilizándolo de manera relativamente intensiva (Knapp, 1987; Gondard-López, 1983; Batchelor, 1980; Caillouret 1983).

Con la progresiva conquista de los Incas en el curso del siglo XV, hacen su aparición los primeros grandes trastornos demográficos conocidos. La conquista trae en primer lugar guerras y masacres, de las que la más cono-

cida, aunque sin duda no la más mortífera, fue la de Yahuarcocha. La guerra de sucesión entre Atahualpa y Huáscar prolonga estos desastres. Así, se hace mención de 50.000 muertos durante la primera fase de las guerras de sucesión, y el cronista Cieza de León anota que en 1547 había quince veces más mujeres que hombres en la región Cañari, especialmente afectada por haber tomado partido por el perdedor.

Los *mitimaes*, al desplazar fracciones importantes de la población sobre miles de kilómetros, acarrearán modificaciones demográficas de mucha significación y un debilitamiento momentáneo de los pueblos, desplazados hacia medios geográficos muy diferentes.

En lo que se refiere a los comienzos de la época colonial, son conocidos los trabajos de la escuela de Berkeley que han demostrado que la población del continente americano, de 80 a 90 millones de habitantes en 1490-1500, habría bajado a 12-15 millones en 1570. La región de los Andes ecuatoriales no escapó a esta gran tendencia que, sin embargo, habría sido algo atenuada en esta región, en relación con otras más maltratadas sobre todo cerca de las zonas mineras. La caída demográfica prosiguió a mediados del siglo XVI, como atestiguan las cifras dadas por las "Relaciones Geográficas" (citadas por Estrada 1982: 96), que indican, para la circunscripción administrativa colonial de Quito, 240.670 habitantes en 1561 y solamente 118.141 en 1586. Del mismo modo, el número de tributarios (Watchel, 1971) disminuye para la misma circunscripción, de 48.134 en 1557/61 a 24.380 en 1591/1608. Para Cuenca, las cifras respectivas son de 8.000 y de

1.472; para Zamora, que fue especialmente afectada por la declinación de la economía minera, hay una baja de 6.093 a 685, a fines del siglo XVI. Para el conjunto de la región que constituye actualmente el Ecuador, hay un descenso de 82.383 a 31.035 tributarios.

Se conoce el papel esencial que jugaron las epidemias en esta caída demográfica espectacular, especialmente las de viruela, de gripe y, sobre todo, de sarampión, que afectan particularmente a las poblaciones indígenas, todas con sangre del grupo O (Bernard, 1983) y que no tenían defensas contra los ataques patógenos traídos por los conquistadores.

Además de las epidemias, las guerras, las requisas obligatorias o *mitas* para las minas, la huida de los indígenas a las zonas marginales de altura, como la región de Zumbahua, o hacia la selva, en condiciones de difícil supervivencia, precipitaron igualmente esta caída demográfica durante todo el siglo XVI.

Ni los Incas ni los Españoles crearon establecimientos durables en la Costa, a excepción de Guayaquil y de Portoviejo. Es idéntico el caso de la Región Amazónica, fuera de los establecimientos urbanos vinculados con la búsqueda de oro, cuya prosperidad iba a ser muy efímera. Por esta razón y por la falta de control administrativo en estas regiones, prácticamente carecemos de informaciones demográficas sobre las *zonas tropicales* del país en la época colonial. Las "relaciones geográficas de fines del siglo XVI dan cuenta, sin embargo, de las poblaciones de los "yumbos", especialmente al oeste y al noroeste del Pichincha (Salomón, 1980), así como de los contactos de intercambios que subsistían entonces con los pueblos de la Sierra, pero con pocas precisiones demográficas. Algunos autores tienen la tendencia a creer que esas regiones estaban casi vacías a fines del siglo XV.

Sin embargo, en la Costa, parecen haber estado muy poblados ciertos puntos del litoral, como la isla de Puná o la Península de Santa Elena (Hamerly, 1973). Las culturas Huancavilca y Mantefia han dejado numerosos restos arqueológicos que dan testimonio de poblaciones importantes (Hamerly, 1973). En Atacames, en la costa de Esmeraldas, se han hecho excavaciones que hacen pensar que existían allí un conglomerado de varios miles de habitantes y un comienzo de urbanización (Alcina-Franch, 1979).

En estas condiciones, parece probable que las regiones tropicales, al menos en ciertos puntos privilegiados del litoral, pudieron haber tenido densidades relativamente importantes de población. Privadas de sus tradicionales intercambios a lo largo de la Costa o con las zonas de ecología diferente del interior y de la Sierra, por el sistema incaico y luego por la colonización española, estos pueblos pudieron haber sido afectados

más que los demás por las epidemias, las hambrunas y por un sentimiento de destrucción absoluta de sus valores. La población de la isla de Puná, por ejemplo, habría disminuído en 10.000 o más habitantes entre 1532 y 1606 (1). Por poco que esta evolución demográfica de la isla Puná refleje la realidad de la Costa, podemos comprender la desaparición de las zonas de fuerte densidad de esta región en la transición de los siglos XVI y XVII.

Pocas fuentes de buena calidad, al contrario de las "Relaciones Geográficas" del siglo XVI, permiten reconstruir la evolución demográfica en el curso del siglo XVII hasta 1778, año en el que comenzó un recuento de población. Sin embargo, la historia económica y los varios recuentos de tributarios indican para la región de la Sierra que va del Chota al norte hasta el sur del Chimborazo, una recuperación y un crecimiento normal desde comienzos del siglo XVII hasta mediados del siglo XVIII. Esta comprobación, bastante general para el conjunto de las colonias españolas de América, es particularmente verdadera para esta parte de la Audiencia de Quito, que aprovecha de la prosperidad de un sistema económico basado en el desarrollo de la industria textil en los "obrajes", en el recurso de las haciendas de cría de ovejas y en las de producción complementaria, especialmente en los valles subtropicales.

Los campos vuelven a poblarse progresivamente y se desarrollan las ciudades (Deler, Gómez, Portais, 1983:113-126, 283-302), formando la base de la actual red urbana de la Sierra.

Al sur de la Audiencia, en la actual provincia de Loja, al contrario, la efímera prosperidad de las minas de oro de Zaruma en el siglo XVI, deja el lugar a un largo período depresivo, hasta mediados del siglo XVII.

En la Región Amazónica, luego de la decadencia de las ciudades de piedemonte fundadas en el siglo XVI para la búsqueda del oro, y en gran parte destruídas por los levantamientos indígenas, los únicos datos que tenemos se refieren, para el siglo XVII, a la extensión de las misiones jesuítas que, en 1660, ya habrían fundado 20 "reducciones" en la provincia de Mainas convirtiendo al cristianismo a unas 80.000 personas (Moscoso, 1985) sobre un territorio que sobrepasa ampliamente a las actuales provincias amazónicas ecuatorianas. Estas cifras y el interés que los Jesuítas daban a esas misiones, para cuyo funcionamiento dedicaban una parte de los recursos de sus haciendas de la Sierra, indican, en el caso de la Región Amazónica, una importancia demográfica probablemente más grande de la que se imagina generalmente, así como una decadencia ulterior, en el siglo XIX y comienzos del siglo XX (época del caucho), que se presenta dramática para los pueblos indígenas.

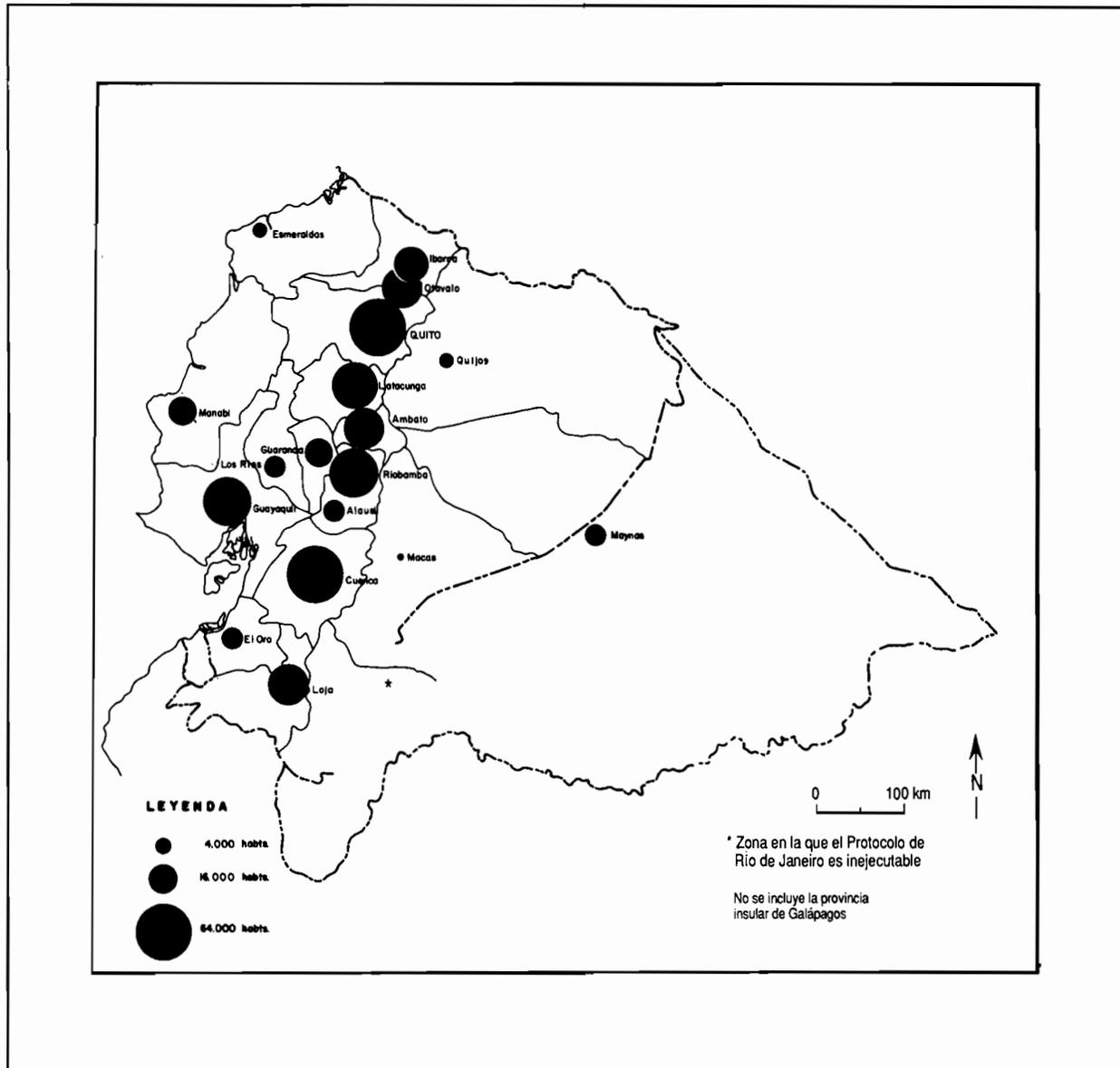
## 2. EL AGITADO PERIODO DE 1778-1850. LAS PRIMERAS GRANDES MIGRACIONES MODERNAS.

El 10 de noviembre de 1776, una "Cédula Real" ordena la realización de censos de población para todas las colonias españolas. En la Audiencia de Quito, el censo se efectuó en 1778 y 1779, realizado en gran parte por los párrocos. Diversos autores que han trabajado en la demografía histórica, especialmente Hamerly y Minchom, consideran este censo de 1778-1779 en su conjunto como el mejor documento demográfico de que se puede disponer para los siglos XVIII y XIX. Los censos posteriores fueron muy a menudo simples revaluaciones del precedente en función de estimación de los nacimientos y decesos. A partir del período republicano, desde 1830, son motivos electorales los que llevan a ciertas autoridades locales a "forzar" un poco los

resultados transformándolos a veces en documentos poco utilizables (Hamerly, 1970 y 1973; Minchom, 1983).

El período de 1778-1850 es, además, el mejor conocido en el Ecuador por lo que toca a la demografía histórica, gracias a los estudios de Hamerly (1973), R.D.F. Bromley (1973) y Minchon (1983: 149-169), que tratan de Cuenca, de la antigua provincia de Guayas, de la Sierra Central y de Loja. Asimismo, los trabajos de Tyrer (1976) sobre la Sierra del Centro y del Norte, los de Larrain Barros (1980) y de Saint-Geours (1984) sobre la Sierra del Norte y sobre Loja, como los estudios más generales de J. Estrada Icaza y los más antiguos de Paz y Miño (1938), permiten, de hoy en adelante, tener una visión de conjunto relativamente completa del problema demográfico para este período y formular una interpretación geográfica del mismo.

Fig. 2. Repartición de la población en 1825, por provincias (límites - 1982)



El final del siglo XVIII es generalmente considerado como un período de crisis económica, demográfica y de desastres naturales. Vinieron a continuación las guerras de la independencia que, a su vez, ocasionarían pérdidas importantes a la población. Al respecto existen grandes matices regionales pues si bien la interpretación general y tradicional sobre este período, se aplica en gran parte a la Sierra del Norte y del Centro, no puede ser aceptada para la región Sur y mucho menos todavía para la Costa.

Hay que añadir que esta época se señaló por el comienzo de movimientos migratorios que se prolongaron hasta una época muy reciente, así como por fenómenos contradictorios relacionados con la urbanización: mientras que ésta proseguía en ciertas regiones (la Costa, Loja), dejaba lugar temporalmente a una verdadera "ruralización" en el resto del país (Sierra del Norte y del Centro).

La figura 2 nos muestra la repartición general de la población en 1825, en el curso de la época a la que nos referimos. Refleja ella una repartición continua y de fuertes densidades en la Sierra, desde Ibarra al Norte hasta Cuenca en el Sur. Al contrario, la Costa, fuera de la provincia de Guayaquil, aparece muy poco poblada, y hasta la provincia de Loja en ese tiempo sigue subpoblada. Si se hubiera escogido 1778 como fecha de referencia, estos rasgos habrían sido más acentuados.

### 2.1. La Sierra del Norte y del Centro

Se trata de la región que había aprovechado más del desarrollo de la economía textil, apoyada sobre el sistema de los obrajes y de las haciendas, durante todo el siglo XVII y el comienzo del siglo XVIII. Entre 1778 y 1825, la población total de esta región se estanca y, todavía más, disminuye ligeramente. Su crecimiento prosigue a un ritmo acelerado después de esta última fecha. Pero lo que impresiona más en esta región es la evolución de la población de las ciudades, como lo demuestra el cuadro 1.

En lo que toca a Quito, su población pasa de 25.000 habitantes en 1778 a 20.000 en 1840, época en la que la ciudad había recuperado en parte las pérdidas anteriores.

Cuadro 1  
Las ciudades de la Sierra y su evolución entre 1778 y 1841  
(Según R.D.F. Bromley, 1973)

Años	Latacunga	Ambato	Riobamba	Total ciudad.	Total pob. región	% poblac. urbana
1778-81	3.400	4.000	7.600	15.000	156.700	9,6
1814	3.400	3.000	3.300	9.700	155.500	6,2
1825	2.200	2.000	2.500	6.700	146.200	4,6
1836-41	3.700	3.500	3.600	10.800	194.500	5,6

Hay que relacionar este movimiento con las conclusiones obtenidas por los autores que han estudiado en conjunto la América Latina, como R.M. Morse. Para este período de 1750-1850, se anota un fuerte crecimiento de la población y una declinación de las ciudades respecto a los campos vecinos. En la Sierra "Centro-Norte", hay un descenso general de la población, moderada pero real, que comprobamos hasta 1825, siendo este descenso especialmente espectacular en el caso de las ciudades, donde la población total pasa aproximadamente de 10% a 5% entre 1778 y 1825.

Ya no se trata de una "urbanización sino más bien de un movimiento de "ruralización" que como caso único en la historia de la Sierra ecuatoriana, desde la conquista hasta nuestros días. Solamente Ibarra experimentó en ese tiempo un ligero aumento en su población, sin duda por el carácter fronterizo de su región, que se beneficiaba de los intercambios con Colombia (Saint-Geours, 1984: 6).

Varios hechos explican esta declinación de la población urbana:

- En primer lugar y de manera general, las guerras de la independencia, entre 1809 y 1822. Los hombres son enrolados en los ejércitos o huyen de la conscripción refugiándose en los campos. Así, entre 1780 y 1825, el sex-ratio (Número de hombres por cada 100 mujeres; cifras dadas por R.D.F. Bromley, 1973: 289) en Latacunga baja de 87,4 a 67,3. El número de hombres baja de 1609 a 883, mientras que el de mujeres pasa de 1.841 a 1.313. Hay que notar que todas las ciudades, aún antes de las guerras de la independencia, tienen una población femenina superior a la población masculina. Esto se debe en parte a la "evasión de los tributarios", pero también a una ocupación femenina doméstica más importante.

- Además de las guerras de la independencia, las epidemias diezman la región en 1785-86 y en 1816. Se trata del sarampión que afecta sobre todo a los niños y a los indígenas, extendiéndose más rápidamente en las ciudades que en el campo.

- Por otra parte, la Sierra Central soporta en esta época numerosos cataclismos naturales, erupciones volcánicas y especialmente terremotos. El de 1787, por ejemplo, deja 6.036 muertos en el Corregimiento de Riobamba y 5.909 en el de Ambato, es decir 9% y 14% de la población total, respectivamente. En Pelileo, el terremoto destruyó el obraje de San Ildefonso donde parecen haber muerto 970 personas. En Riobamba, donde el terremoto estuvo acompañado de un derrumbe, se contaron 4.877 muertos, o sea el 60% de la población. Otros desastres

seguirán a éste poco después de 1850: Cayambe en 1859, Imbabura en 1868 (más de 10.000 muertos principalmente en la ciudad de Ibarra) y Latacunga en 1876.

- En fin, y probablemente en relación con esta serie de desastres, esta época es testigo de importantes migraciones de la población hacia las regiones de la Costa. Estas migraciones afectaron principalmente a las parroquias del suroeste de la Sierra Central.

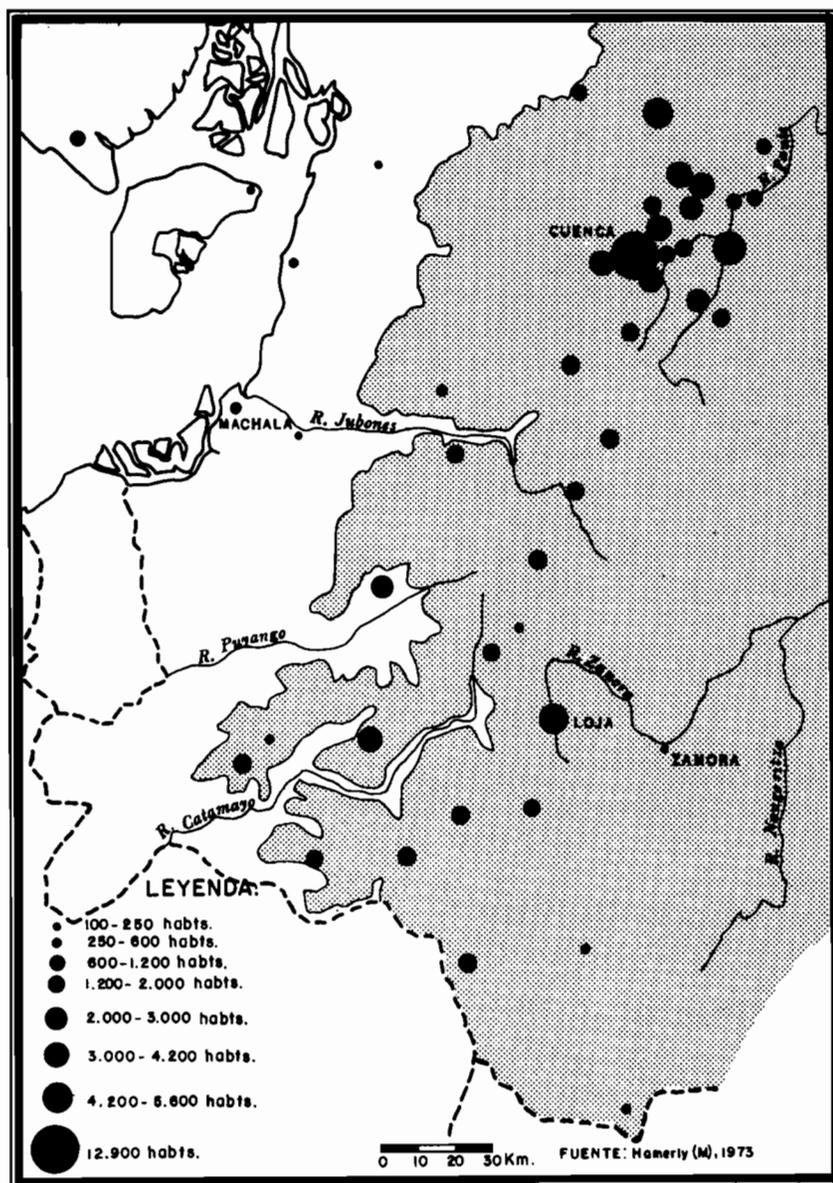
## 2.2. El Sur de la Sierra

El Sur de la Sierra se compone, en realidad, de dos regiones totalmente distintas desde el punto de vista demo-geográfico. Basta observar la figura 3 que representa la distribución de la población por parroquias a comienzos del siglo XIX en esta parte del país, para darse cuenta de las diferencias regionales profundas que

existen entre la región de Cuenca y lo que corresponde a la actual provincia de Loja.

• La región de Cuenca tiene ya, a comienzos del siglo XIX, una fuerte concentración poblacional, vinculada a la existencia de un gran número de pequeños campesinos, indígenas o mestizos, y a una ciudad que es en ese momento la segunda del país, con 13.000 habitantes, aproximadamente. Después de haber experimentado un descenso de población parecido al de las ciudades de la Sierra del Norte y del Centro, Cuenca vuelve a tener 13.600 habitantes en 1836-41, época en la que Quito tiene 20.000: la diferencia no es todavía notable entre las dos ciudades. Sin embargo, esta región de alta población está aislada, rodeada de zonas casi vacías, como una especie de isla, que prolonga el antiguo poblamiento de los cañaris, con un precoz mestizaje en una gran parte de la región.

Fig. 3. Distribución de la población en la región Sur en 1805



Las densidades fuertes corresponden allí a un fraccionamiento de la tierra en un gran número de pequeñas propiedades. Las haciendas, menos en el Sur, no han dominado jamás la economía regional.

En lo que toca a la evolución global de la población de la región que corresponde a las actuales provincias de Cañar y Azuay, se cuentan 81.178 habitantes en 1778 y 75.785 en 1825. Este ligero descenso parece coincidir con el del resto de la Sierra en esa misma época. Sin embargo Cuenca no sufrió la decadencia económica que afectó a la Sierra del Norte y del Centro a fines del siglo XVIII.

Igualmente, las guerras de la independencia ejercieron menos presión en el Sur; no se dan casos de levantamientos indígenas y, sobre todo, esta región no ha sido víctima de grandes desastres naturales. En fin, el análisis detallado de la relación bautismos-decesos demuestra que, durante todo este período, el crecimiento natural tiene la misma importancia.

No hay más que una sola explicación fundamental para esta disminución: la aparición, en esa época, de importantes migracio-

nes de población, de esta región muy poblada pero sin grandes recursos, hacia la Costa y, en menor proporción, hacia la provincia de Loja. Estas migraciones parecen haber sido reforzadas por años de sequía primero y luego por una sucesión de épocas muy húmedas, que tienen en esta región una mayor importancia que en las del Centro y Norte de la Sierra. El tributo menos alto en la Costa (menos de la mitad), los salarios más elevados y la abundancia de la tierra, atraen a la población cuencana hacia esa región en plena expansión cacaotera.

Sin embargo, desde 1830-1840, la región de Cuenca, como el resto de la Sierra más al Norte, pasa por un período de recuperación que le permite superar rápidamente el nivel demográfico de 1778.

• Es muy diferente la *evolución demográfica de la provincia de Loja*. Durante todo este período, ni la ciudad de Loja, ni el campo, experimentan al parecer un descenso demográfico.

Notemos en primer lugar que la provincia (corregimiento) de Loja ocupaba entonces las actuales provincias de Loja, Zamora y El Oro, menos Machala y la franja costanera. Varias particularidades pueden ponerse en evidencia para comprender los movimientos demográficos que han afectado a esta región. El hecho se repite siempre: provincia aislada, pero provincia cuya actividad económica está generalmente vinculada a movimientos a larga distancia. No es un azar que la feria de Loja, en el mes de septiembre, haya hecho converger durante siglos hacia este pequeño centro, gente que viene desde Cartagena de indias y desde los confines de Chile.

La actividad de porteo y de muleteros, para comunicar el resto de la Audiencia y principalmente a Cuenca con el Perú por el puerto de Piura, fue por largo tiempo una de las ocupaciones más importantes y una fuente de ingresos económicos. El oro de Zaruma y luego la cascarilla, exportados a grandes distancias, la cría de ganado vacuno y su exportación a partir del siglo XIX, sin mencionar los negocios ilícitos más actuales, nos muestran hasta qué punto esta provincia tiene poco que ver con la evolución que afecta al resto de la Sierra.

Esta provincia ha experimentado, en realidad, movimientos económicos y demográficos de signo contrario a los del resto de la Sierra. Luego de la explotación de relativa importancia en el siglo XVI, el XVII fue para Loja un período de crisis y de declinación, al contrario de lo que pasa con la economía textil y la cría de las ovejas en la Sierra del Norte y del Centro. En forma inversa, en el momento en que la crisis golpea a esta región a mediados del siglo XVIII, Loja pasa por un período de prosperidad vinculada al desarrollo de las exportaciones de cascarilla, entre 1750 y 1770, que llega a provocar una inmigración poblacional hacia esta provincia.

La cascarilla, corteza medicinal que parece haber sido descubierta cerca de Malacatos, viene a ser en el Europa del siglo XVIII y comienzos del XIX el principal remedio vegetal exótico y es objeto de reglamentaciones reales que harán a la vez la riqueza -por la exclusividad que se da a la región de Loja para proveer a las remesas reales -y la ruina de esta región a causa de la explotación desordenada de la "cinchona superfina" y de sus bosques (Petit-Jean, Saint-Geours, 1983).

Hacia el fin del siglo XVIII, comienza una época de crisis en las exportaciones de la cascarilla y, desde comienzos del siglo XIX, se pueden encontrar ya los rasgos principales que constituirán la originalidad de Loja hasta los tiempos actuales: aislamiento interno, aislamiento del resto de la República, lazos permanentes con el Perú (Piura), importancia primordial de la ganadería y más débil importancia del azúcar, de la canela, así como del oro, y un puesto cada vez más secundario de la cascarilla. En fin, predominio de la autosubsistencia y consolidación de las haciendas, en el sur y oeste de la provincia. Sin embargo, esta monotonía y mediocridad aparente van acompañadas de un constante y notable crecimiento demográfico de la ciudad de Loja que pasa de 4.726 habitantes en 1778 a 6.807 en 1839 y a 7.563 en 1865, pero más todavía del sector rural, ya que la población de la provincia pasa de 23.810 habitantes en 1778 a 42.542 en 1839 y a más de 50.000 en 1865.

Se debe esencialmente este aumento a un crecimiento natural muy fuerte, que se comprueba en los registros provinciales a través de la diferencia entre el número de bautismos y de fallecimientos, y que se refuerza por una cierta inmigración venida en ese entonces de la región de Cuenca, de "indios forasteros" que se mezclan con la población mestiza de la provincia librándose así del tributo (Minchon, 1983). Llegan también migraciones del Norte del Perú durante las temporadas de sequía que afectan a esta región de clima semi-desértico.

Ciertamente, esta inmigración tuvo lugar principalmente entre 1740 y 1780, pero al contrario de lo que sucedió en el resto de la Sierra, la región fue muy poco afectada en su demografía por las guerras de la independencia y prácticamente nada, exceptuando la zona de Zaruma, por las migraciones hacia las regiones cacaoteras de la Costa, en el curso del siglo XIX.

### 2.3. La Costa

A comienzos del siglo XIX, la población de la Costa no representa sino el 10% de la totalidad del Ecuador actual. Además, la población estaba repartida de manera muy desigual, como lo demuestra el mapa de la figura 4.

En 1825, en el territorio de las provincias actuales había la siguiente población según M. Hamerly: Esmeraldas 2.352 habitantes, Los Ríos 10.367, Manabí

17.444, Guayas 42.807 y El Oro 8.247. El croquis de distribución de la población en 1805, figura 4, presenta interesantes particularidades:

- La concentración más importante de población se encuentra en Guayaquil y a orillas de los ríos navegables de la cuenca del Guayas a las que se extiende el cultivo

del cacao. En las zonas inundables, las casas están situadas en los ribazos. Los ríos constituyen en ese tiempo el único medio de comunicación para exportar la producción de la "pepa de oro" y, por lo mismo, son los ejes de las zonas de atracción.

- Se encuentra una segunda concentración en la parte sur de Manabí, más exactamente en Portoviejo y en el valle del río Portoviejo hasta el mar, así como en la región de Montecristi y sobre todo en Jipijapa. Esta segunda concentración corresponde principalmente al antiguo y fuerte núcleo indígena de la civilización mantefia muy desarrollada en el momento de la conquista y se presenta, entre otras formas, como aglomeraciones de pescadores, tal como era en la época precolombina.

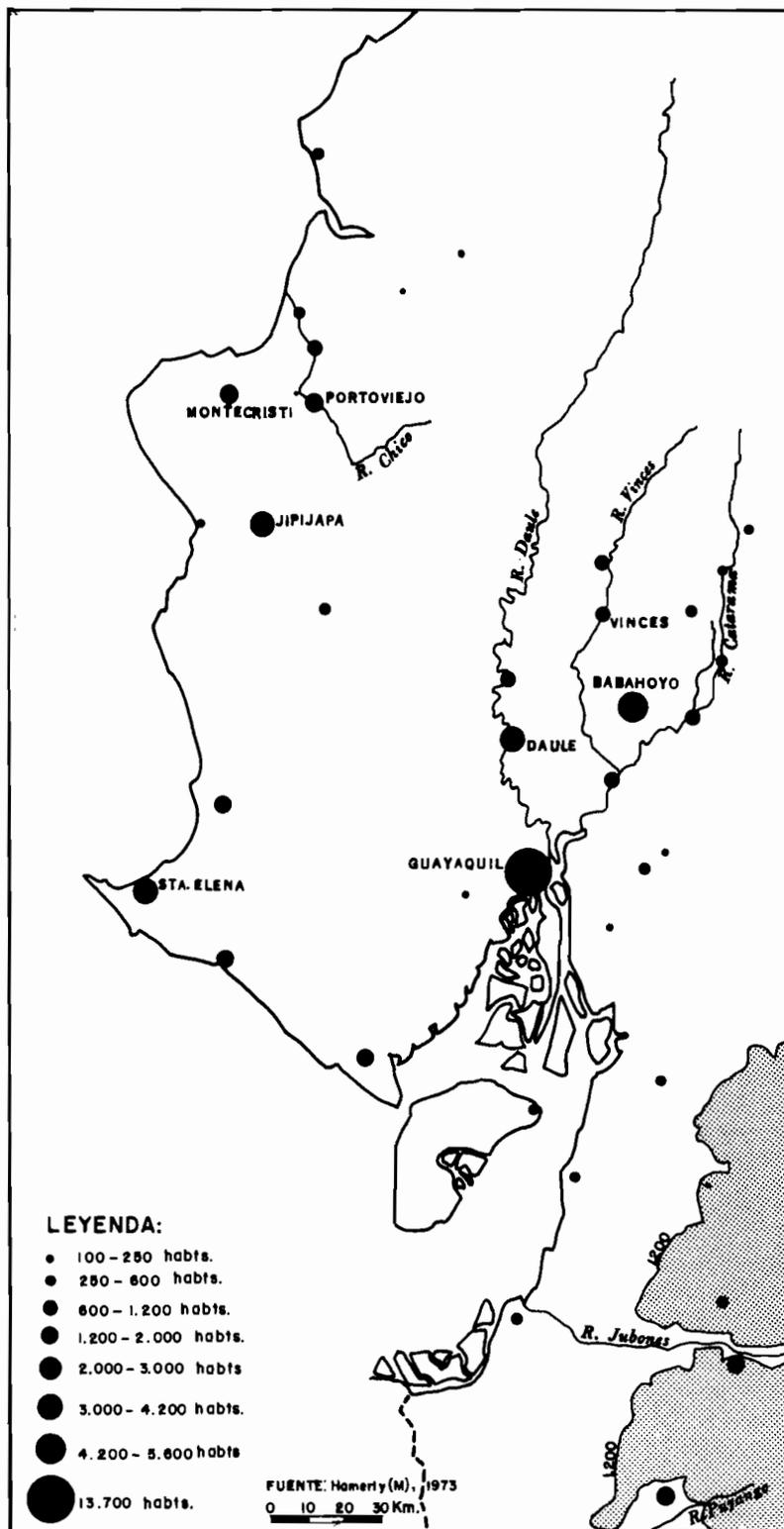
- Finalmente, la península de Santa Elena, sobre la costa misma, cuenta igualmente con cierta población indígena que descende de los sobrevivientes de las dramáticas bajas demográficas del siglo XVI.

Fuera de estas tres regiones, no hay más que grupos muy pequeños de población indígena, en Canoa, Chone, Balao, Machala, Pasaje y en algunos puntos de la costa de Esmeraldas. Puná, por ejemplo, no conserva más que algunas decenas de familias, sobre los 10.000 habitantes que habrían vivido allí en el momento de la conquista. Todo lo demás está vacío, por lo menos "oficialmente" porque, sin duda, los pueblos indígenas de las zonas selváticas, como los Tsáchilas (Colorados) y Chachis (Cayapas), probablemente no fueron jamás tomados en cuenta en los censos de los siglos XVIII y XIX.

Para tener una referencia actual, la densidad de la población en las cuatro provincias de la Región Amazónica, en 1982, era ligeramente superior en 3 habitantes por km<sup>2</sup> y de 0,45 habitantes por km<sup>2</sup> en 1765.

Desde el punto de vista estrictamente demográfico, el crecimiento de la población en la Costa, entre 1800 y 1890, es comparable al de la Región Amazó-

Fig. 4. Distribución de la población en la Costa, en 1805

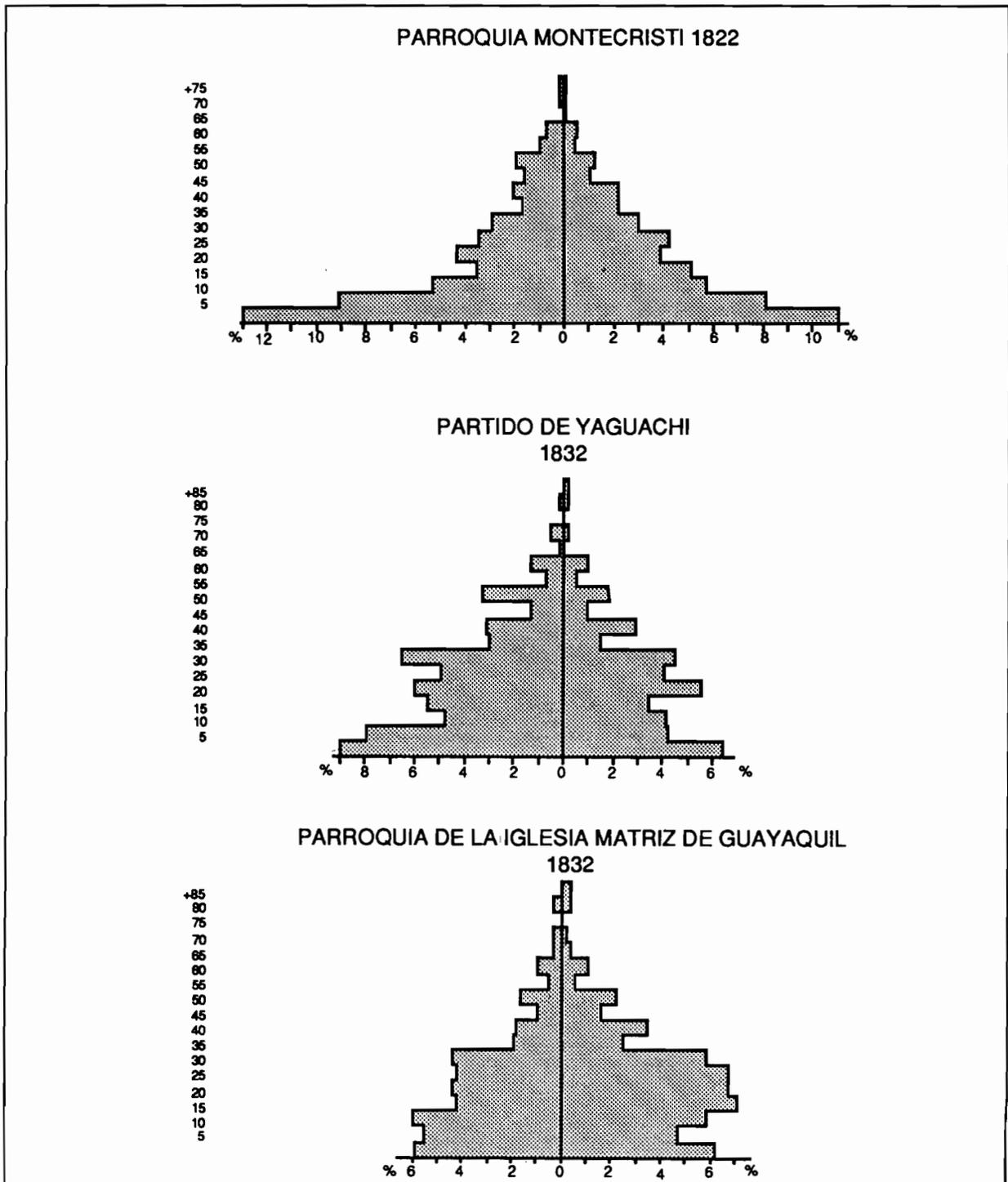


nica entre 1950 y 1982, con una cifra total que pasa, en ambos casos de 50.000 a 250.000, aproximadamente, en una superficie muy similar.

El crecimiento de la población costanera se debe a un doble fenómeno. El más conocido es la migración de la población de la Sierra hacia las planicies

cacaoteras del Guayas, que comienza en la segunda mitad del siglo XVIII, que irá ampliándose hasta 1825 y que tendrá cierta decadencia durante algunas décadas. Esta migración se dirige a la ciudad de Guayaquil y, sobre todo, a la zona cacaotera de las planicies del Guayas y a la región de Machala. Entre 1765 y 1825, por ejemplo, Pueblo Viejo, en el corazón de la zona del

Fig. 5. Pirámides de edades en tres parroquias de la Costa (1822 - 1832).  
(según M. Hamerly, 1973)



cacao, multiplica su producción por ocho. Una gran parte de este crecimiento procede de las migraciones serranas. Así, en 1858, 159 de los 320 habitantes de la parroquia de Sabaneta son serranos o hijos de serranos (Hamerly, 1973: 68).

Sin embargo, este crecimiento no se debe únicamente a las migraciones de población provenientes de la Sierra. Un segundo fenómeno, menos conocido pero tan importante por sus consecuencias, se desarrolla en esta época: se trata del crecimiento demográfico natural extraordinario de los pueblos indígenas de Manabí y de la península de Santa Elena entre 1765 y 1840. "En este sector y entre estas fechas tuvo lugar aparentemente la única revolución demográfica del Ecuador antes del siglo XX" (Hamerly, 1973: 70). Allí la población pasa, en efecto, de 8.334 a 37.144 habitantes, bajo el solo efecto del crecimiento natural, mientras que la región tiene una importante emigración hacia las zonas cacaoteras.

Las temporadas de sequía que afectan a esta región, lo mismo en esa época que en el siglo XX, provocan migraciones importantes hacia las planicies del Guayas. Así fue en 1790-95, luego en 1808-10 y en 1885, como lo atestiguan las autoridades administrativas. Estas migraciones, no todas son definitivas. Los ganaderos, en especial, parten con sus rebaños hacia zonas húmedas pero regresan cuando interviene una época de lluvias favorable. La importancia de las migraciones aún en el interior de las regiones costaneras se puede medir por la de las mezclas étnicas que de ellas resultan y que se manifiestan en los censos. Efectivamente, mientras que la población del sur de Manabí (excepto Portoviejo) y de la Península de Santa Elena, a fines del siglo XVIII, es casi enteramente de origen indígena, la de la zona cacaotera está compuesta casi exclusivamente de blancos-mestizos y de mulatos. En el caso, por ejemplo, de la parroquia de Daule que, en 1870, cuenta con 77,5% de negros, libres o esclavos, y de mulatos, y solamente con el 17% de población de origen indígena. En 1840, la proporción de de población de origen indígena sube al 41,4% (Hamerly, 1973: 91). Un semejante cambio no ha podido producirse sino como consecuencia de una fuerte migración de la población indígena procedente no sólo de la Sierra sino de Manabí y de la península de Santa Elena. Es también la época en que comienza la colonización agrícola de la parte norte de Manabí, especialmente de las regiones de Chone y de Canoa, por poblaciones del centro y del sur de esta provincia.

Las pirámides de las edades de tres parroquias típicas de la Costa (Hamerly, 1973: 93-95), Iglesia Matriz de Guayaquil (1832), Yaguachi en la planicie del Guayas (1832) y Montecristi en Manabí (1822), son particularmente interesantes (figura 5). La de Montecristi es la ilustración perfecta de esta "revolución demográfica" de la población indígena de la Costa, de la que habla Hamerly: 69% de la población tiene allí menos de 20 años.

Finalmente, la pirámide de la parroquia central de Guayaquil se caracteriza por una relativa debilidad de clases muy jóvenes, lo que prueba un bajo crecimiento natural y, al contrario, una afluencia de muchachas y mujeres, entre 15 y 34 años, que corresponde a una mano de obra doméstica y a una fuerte inmigración femenina hacia la ciudad. Ciertas anomalías, de una clase de edad a otra, pueden provenir de períodos de epidemias, de paludismo, de fiebre amarilla o de sarampión.

### 3. LA COMPOSICION ETNICA DE LA POBLACION Y SU EVOLUCION, DEL SIGLO XVIII AL XIX.

Las estadísticas coloniales, y luego las republicanas, referentes a la composición étnica de la población, deben ser manejadas con mucha prudencia. Se toman en cuenta tres o cuatro categorías, según los casos: la categoría de los blancos y mestizos; la de los indígenas, que pagan o no el tributo (quintos y forasteros); la de los "pardos" o "castas", a menudo confusa, que reúne a los negros libres y a los mulatos; en fin, la de los esclavos negros. Sin embargo, estas categorías sufrieron alteraciones o diferentes interpretaciones, según las regiones, especialmente la de los "pardos" (según Minchom). Si se toma como punto de partida el censo más seguro, el de 1778-80, se encuentran diferencias regionales muy importantes.

• La *Sierra del Norte y del Centro* se caracteriza en 1778-80 por una más fuerte proporción de población indígena: 70,7%. El resto se compone de "blancos-mestizos", en un 26,3% y de un 3% de negros, esclavos o libres, y de mulatos.

Ciertamente, estas proporciones se invierten en las ciudades de la Sierra. Así, Quito tiene una población "blanco-mestiza" de 69,9%, Riobamba 55% y Latacunga 52%. Las ciudades reúnen las categorías socio-profesionales prácticamente reservadas a los blancos y a los mestizos; los indígenas no figuran allí sino como obreros, cuando existen obrajes, como empleados domésticos y artesanos. Los indios, especialmente las sirvientes, pierden allí su identidad cultural rápidamente.

Existen en esta región algunas particularidades locales: por ejemplo, una fuerte proporción de población negra y mulata en el valle del Chota, a donde fue importada una mano de obra servil para las haciendas de cultivos tropicales. En la Sierra Central, los campos de la región de Ambato cuentan con una tercera parte de población "blanca mestiza" en la que abundan los pequeños propietarios. Alrededor de Latacunga, estos propietarios son relativamente numerosos en Mulaló y Pujilí, pero muy raros en la parte noroeste de la actual provincia de Cotopaxi (Saquisilí, Zumbahua), donde las

comunidades indígenas, como en Otavalo, Salasaca y Saraguro, conservan una fuerte identidad. Finalmente, en Chimborazo, los campos de Noreste (Penipe, Guano, Chambo) son las únicas que tienen una población blanca-mestiza, siendo el Sur y el Oeste casi puramente indígenas. La región de Cuenca (sobre todo, al Este de la ciudad) y la actual provincia de Carchi tienen igualmente minorías notables de "blancos-mestizos", comprendidas las zonas totalmente rurales.

• Es bastante distinta la composición étnica de la provincia de Loja. Mientras que la categoría de "blancos-mestizos" no es más importante que en la Sierra del Norte y del Centro a fines del siglo XVIII, con un 23,6% de la población total, al contrario, la categoría de los negros libres y "pardos" y de los esclavos reúne el 22,6% de la población. En esta zona, del mismo modo, las diferencias micro-regionales son muy acentuadas: los indios que no representan más que el 53,9% de la población total de la provincia, son ampliamente mayoritarios en el Norte, en Saraguro y sobre todo en Chuquiribamba, Santiago y Yúlug. Al contrario, los "blancos-mestizos" son mayoría en las parroquias de Malacatos y sobre todo en Zaruma. Finalmente, negros y mulatos son numerosos en Loja y en el valle de cultivos subtropicales de Catacocha.

La evolución étnica de esta provincia ha sido objeto de un interesante estudio de M. Minchom (1983), que permite reflexionar sobre ciertas situaciones actuales y comprenderlas mejor. Esta provincia, que pasa como una de las más "blancas" y por la más "españolista" de la actualidad, hemos visto, tenía en el censo de 1778-80 una proporción de población "blanca-mestiza" casi idéntica a la de la Sierra Norte y del Centro (23,6% contra 26,3%), pero casi la cuarta parte de esa población pertenecía a las categorías de negros y de mulatos (a la cual Minchom cree que algunos mestizos fueron tal vez asimilados).

Esos negros fueron "importados" por el puerto de Piura en los siglos XVII y XVIII para hacer frente a la escasez de mano de obra indígena para las minas de Zaruma y los cultivos del valle subtropical de Catacocha. A fines del siglo XVIII, casi todos estos negros y mulatos reciben la emancipación y los esclavos no representan sino el 0,8% de la población.

Los indios que, con un 53,9%, son la población más numerosa de esta provincia, casi en sus 3/4 partes están clasificados en las categorías de "forasteros de la Corona Real". Literalmente, son "extranjeros" los que no están vinculados a alguna comunidad tradicional, migrantes o descendientes de los "yanaconas" pre-hispánicos, o hijos abandonados sin comunidad natural. La falta de acceso a la tierra justifica para ellos el pago de un tributo inferior al de los otros indios, los "Quintos". (3 pesos en vez de 5 pesos y 2 reales).

Ciertamente, son las condiciones propias de la provincia de Loja las que explican esta fuerte proporción de "forasteros": mencionemos el papel de centro minero, su despoblamiento muy acentuado a fines del siglo XVI y luego su repoblamiento en el siglo XVIII, en el momento del apogeo de las exportaciones de cascarilla por los inmigrantes de la Sierra y, en fin, el papel tradicional de esta provincia en los transportes a lomo de mula entre la Audiencia de Quito y la de Lima, y especialmente entre Cuenca y Piura.

Su sociedad indígena se encuentra, por lo tanto, muy desestructurada y, para sus miembros, constituye una tentación agregarse a la población de los "forasteros" y luego, con ocasión de una migración a la ciudad y del abandono del vestido tradicional, hacerse pasar como mestizos. Esta población muy móvil, por otra parte, domina mejor el español que la población vinculada a la tierra de los "indios Quintos".

Testimonios dispersos (Minchom, 1983: 33) confirman este proceso de "acholamiento" de la provincia desde fines del siglo XVIII. Este proceso siguió adelante a lo largo del siglo XIX, y esta vez no para escapar del tributo sino por motivos de clasificación social, a tal punto que, en 1950, solamente la región de Saraguro conserva una población claramente identificada como india, con el quichua como idioma.

En lo que toca a los negros y mulatos, el proceso de "blanqueo" de esta importante población se hizo "biológicamente", por mestizajes sucesivos mediante el contacto con las familias blancas de Loja que empleaban un gran número de sirvientes de color. Así, en la parroquia del Sagrario de Loja (parroquia central), M. Minchom menciona, para fines del siglo XVII, un 56% de nacimientos ilegítimos, mientras que no parecen pasar del 27% en promedio en la Sierra central. Estos negros y mulatos que hablan el español y que nada tienen que perder en el plano cultural, pueden ganar todo al "blanquearse". Finalmente, en esta "desaparición" acelerada de la población negra de Loja, hay que tener en cuenta que cierto número de sus representantes formaron parte de la población que emigró a la Costa en el siglo XIX, hacia las zonas cacaoteras.

Así, esta provincia identificada a menudo por su inmovilidad y su carácter retrasado, tuvo acaso un mestizaje precoz de sus tres elementos étnicos, español, indio y negro (Minchom, 1983: 39). Hay que afirmar que fue siempre la provincia de los contactos y conexiones lejanos, lo que es una paradoja tratándose de una provincia tenida como aislada.

Realmente, en cierta manera, se produjo un proceso idéntico en la Costa. En 1780, las diferencias étnicas acordes con las regiones, eran allí muy acentuadas. En esta fecha, en Guayaquil, los indios no representan más

que un 3,3% de la población (2), los "blancos-mestizos" un 19,2% y todo el resto, es decir el 77,5% de la población son esclavos, negros libres y mulatos (63%). Las proporciones son idénticas para toda la planicie del Guayas donde la población india no pasa del 18% en ninguno de los cantones.

Al contrario, en Santa Elena y en la mayor parte de Manabí los indios son mayoría.

Las migraciones internas en la región, especialmente en Manabí con dirección a la planicie del Guayas, y las migraciones provenientes de la Sierra, van a trastornar totalmente esta distribución. Así, en 1840, los indios representan el 41% del Cantón Daule (contra 17% en 1780) y el 19% de Babahoyo (frente al 4% en 1780). La proporción de "blancos-mestizos" aumenta también, mientras se reduce considerablemente la de los "pardos" que baja del 74% al 28% en Daule y del 68% al 45% en Babahoyo. En este caso, se puede pensar que se ha producido en la Costa un fenómeno de "blanqueo" similar en gran parte al de Loja.

En realidad, está a punto de formarse en la Costa, por mestizaje y por oleadas de migraciones sucesivas, esta población de los "montubios" que va a desmontar una región entera y hacer de ella la más grande región productora de cacao del mundo en el siglo XIX y la primera región exportadora de banano del mundo a mediados del siglo XX.

Desde fines del siglo XIX, y más todavía en la actualidad, a parte de algunas comunidades indígenas de la Sierra y de la Región amazónica que han conservado su identidad cultural, lingüística y evidentemente racial, ha llegado a ser totalmente imposible presentar estadísticas "raciales" o étnicas de población. Las llamadas estadísticas que indican, por ejemplo, que la población ecuatoriana se compone de 40% de indios, de 40% de mestizos, de 10% de blancos y de 10% de negros, son simples elucubraciones que no se basan en ningún dato científico. La única verdad reside en el hecho de que la gran mayoría de la población ecuatoriana es ahora, simplemente... *ecuatoriana*.

#### 4. LA EVOLUCION DE LA GEOGRAFIA DE LA POBLACION DE 1850 A 1950.

De 650.000 habitantes aproximadamente en 1850, la población del Ecuador va a pasar a 3.203.000 en 1950, fecha de la realización del primer censo moderno. En un siglo, la población se ha multiplicado por 5, lo que constituye un notable crecimiento.

Pero más que este crecimiento en sí mismo, con una tasa anual, promedio, ligeramente superior al 1,5% por año, el fenómeno demográfico más importante, en el curso de este siglo, se relaciona con el "re-equilibrio" de

la población entre Sierra y Costa. En 1840, la Costa no tiene más del 15% de la población del país y, en 1950, agrupa el 41%, es decir casi la mitad (ver figura N° 6).

Como hemos visto, este fenómeno comenzó a fines del siglo XVIII, ya que en 1778 la Costa no representaba más que el 8% de la población del Ecuador actual, y ha continuado prácticamente durante dos siglos, de 1775 a 1975. Pero es entre 1850 y 1950 cuando se da la fase más espectacular, acompañada de un profundo cambio en la organización del espacio ecuatoriano.

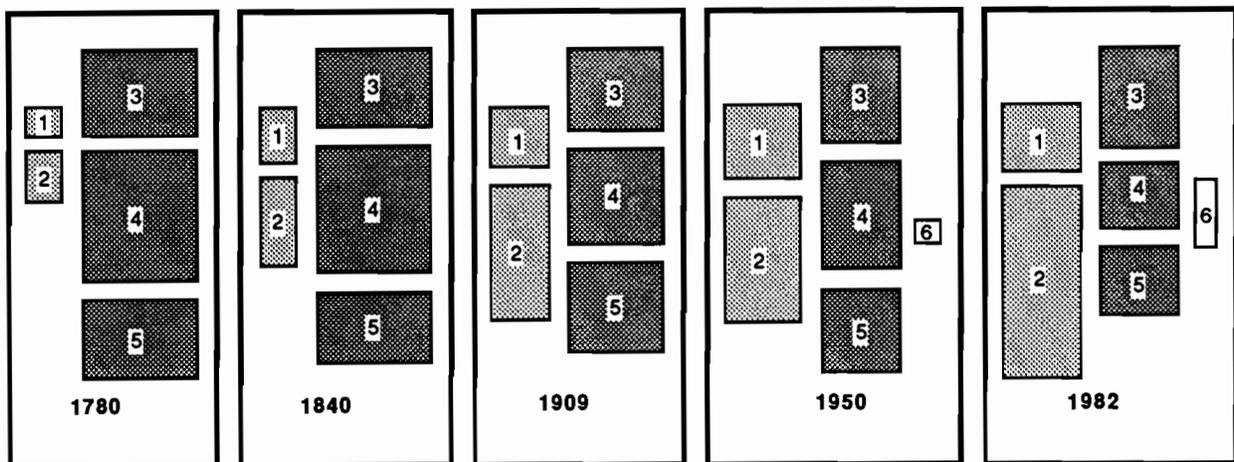
Decíamos que se trataba de un "re-equilibrio". En efecto, parece evidente, como lo indicábamos en el tomo I de esta colección, que la repartición de la población entre Sierra y Costa ha podido muy bien, en ciertas épocas precolombinas (¿período del desarrollo regional?) ser favorable a la Costa. Pero es un hecho que la conquista incásica y sobre todo la española, al basar la organización de la región sobre un sistema urbano en torno del eje del corredor interandino, han creado las bases del dominio demográfico de la Sierra a fines del siglo XV, desequilibrio que fue agravándose en el curso de los siglos XVI y XVIII y que va a corregirse totalmente entre 1850 y 1950.

A pesar de todo, este movimiento no va a ser uniforme. Las epidemias de fiebre amarilla, que parecen haber aparecido a comienzos del siglo XIX, van a hacer estragos terribles en la Costa, especialmente en Guayaquil, entre 1840 y 1902. Menos mortífera y sin embargo grave es la presencia de la peste bubónica. En 1842, mueren entre 2.000 y 5.000 personas en la ciudad de Guayaquil. En esa época la Costa, en conjunto, tiene alrededor de 100.000 habitantes. Las epidemias reaparecen en 1849, 1868, 1876 y 1891. La última gran epidemia tendrá lugar en 1902 y, en 1919, el Municipio de Guayaquil puede declarar que el puerto está "libre" de la fiebre amarilla y de la peste bubónica (Estrada Icaza, 1977: 151-158).

Estas epidemias pueden explicar las extrañas variaciones de población que se dan en la Costa, especialmente en Guayaquil, durante el siglo XIX. Los censos indican para el gran puerto 16.139 habitantes en 1825, alrededor de 20.000 en 1842 y 15.367 en 1858.

¿Han tenido estas epidemias el poder de frenar las migraciones provenientes de la Sierra? pues es mucho más probable que la población de origen serrano era la primera en ser afectada por estas enfermedades. En estas condiciones, se puede pensar que el crecimiento de la población total del país, es decir 400.000 sobre 1'250.000 aproximadamente, es debido en primer lugar al extraordinario crecimiento demográfico natural, demostrado especialmente por la población india de Manabí y de la Península de Santa Elena. Lamentablemente no podemos presentar, para el fin del siglo XIX o

Fig. 6. Evolución de la distribución regional de la población



- 1 Manabí - Esmeraldas
  - 2 Guayas - Los Ríos - Litoral Sur (El Oro)
  - 3 Sierra Norte (Carchi - Imbabura - Pichincha)
  - 4 Sierra Central (Cotopaxi - Tungurahua - Bolívar - Chimborazo)
  - 5 Sierra Sur (Cañar - Azuay - Loja)
  - 6 Región Amazónica
- 1% de la población total

Fuente: - Deler (J.P.), et al., 1983: 177  
- Censos Nacionales

el comienzo del XX, la pirámide de edades de Montecristi, por ejemplo, tal como ha sido establecida por Hamerly para 1822, pero la continuidad del fenómeno hasta la época actual en la que Manabí seguía siendo la provincia del país con el más fuerte crecimiento natural, demuestra bien que el poblamiento de la Costa, aunque deba mucho a las migraciones de origen serrano, especialmente al “descenso” de la población de las parroquias del Oeste de la Sierra hacia el Este de la cuenca del Guayas, debe todavía más a su propio crecimiento natural y a las migraciones internas procedentes de regiones como Santa Elena y especialmente Manabí.

Hay que anotar un último fenómeno importante, para el siglo comprendido entre 1850 y 1950, a propósito de la distribución de la población: se refiere a la continuación de la *urbanización* luego de la decadencia correspondiente al período de las guerras de la Independencia.

Sin embargo, este auge de la urbanización no es uniforme (3). *En la Costa*, el “macrocefalismo” se acentúa con el crecimiento de Guayaquil, que pasa de 15.367 habitantes en 1858 a 81.650 en 1909 y a 267.000 en 1950. El desarrollo de las otras ciudades costeñas va a ser relativamente lento, vinculado al desarrollo de la economía agroexportadora. En 1909, la segunda ciudad de la Costa era Daule, con 4.500 habitantes, un pueblo grande que aseguraba los servicios comerciales en los sectores agrocomerciales que lo rodean. Sin embargo, en 1950, la situación habrá cambiado totalmente. Tres ciudades de la Costa -Manta, Portoviejo y Milagro-

tienen entre 10.000 y 20.000 habitantes y hay 5 ciudades que tienen entre 7.000 y 10.000 habitantes: Bahía de Caráquez, Babahoyo, Chone, Jipijapa y Machala, puertos o cabeceras de provincia, esencialmente.

En este período, la red urbana crece igualmente *en la Sierra*. En 1850, dos ciudades, Quito y Cuenca, la una con más de 20.000 habitantes y la otra casi con 15.000 se destacan claramente sobre un grupo de ciudades de 5 a 8.000 habitantes, cada una de las cuales anima el centro de una “hoya” del callejón interandino.

El crecimiento de las ciudades es regular y general al final del siglo XIX. Pero, en ese momento, un elemento nuevo, el mejoramiento de las rutas andinas a partir de 1860, y sobre todo la apertura del ferrocarril entre Quito y Guayaquil a comienzos del siglo XX, con la consiguiente creación de un verdadero mercado nacional partiendo de ese eje, va a trastornar completamente este esquema de crecimiento relativamente uniforme.

En efecto, el ferrocarril beneficia a la capital, pero también a Riobamba y Ambato. Cuenca y Loja quedan fuera del alcance de este progreso. Así, entre 1875 y 1950, Cuenca y Loja duplican su población mientras que Riobamba y Ambato la cuadruplican y Quito la multiplica por 6. Es la época en la que comienzan en la Sierra las migraciones rurales hacia esas tres ciudades y sobre todo a Quito.

Al contrario, algunas ciudades, Guaranda especialmente, son las víctimas de esta nueva vía que les quita su

antigua función sobre el tradicional eje del tiempo de la Colonia hasta el siglo XIX, entre Quito y Guayaquil. Guaranda, que tenía 8.310 en 1919, no cuenta más que con 7.300 en el censo de 1950. En el Norte, Ibarra, destruída por el terremoto de 1868, se reconstruye lentamente.

Así, el siglo que va de 1850 a 1950, aunque ha sido poco estudiado por los especialistas de la historia demográfica, sin duda en parte por la mediocridad de los censos del período republicano hasta principios del siglo XX, presenta para la geografía de la población un considerable interés que merece posteriores profundizaciones.

---

### NOTAS

1 Hamerly (1973:70-71) atribuye esta caída dramática esencialmente a las epidemias de viruela y de sarampión. No hay que olvidar, además, la destrucción probable de los sistemas de intercambio entre las regiones, basados en el producto de las salinas de Puná.

2 Para la Costa, las cifras están tomadas de Hamerly (M)

3 Estos fenómenos están estudiados con detalle en el tomo III de la Geografía Básica del Ecuador, dedicado al "Espacio Urbano en el Ecuador"

## GEOGRAFIA DE LA TRANSICION DEMOGRAFICA

Daniel Delaunay  
ORSTOM

Es durante los años sesenta cuando América Latina descubrió la nueva intensidad de su crecimiento demográfico. Esta fue muy bien acogida ya que el continente poseía amplias reservas explotables y porque acaecía en un favorable ambiente de crecimiento económico mundial. Este vigor poco habitual anulaba por fin las antiguas carencias de mano de obra, que tanto preocuparon al colonizador y que atrajeron la inmigración europea.

Sin embargo, la transición demográfica, que la teoría relaciona con el progreso social, acompaña los síntomas de un subdesarrollo económico que los países industrializados están descubriendo en el Tercer Mundo: el número de pobres preocupa al Banco Mundial o al Fondo Monetario Internacional tal como a Malthus durante la expansión del capitalismo. ¿No serán las políticas de austeridad que este temor inspira hoy en día, el eco mundial de las recomendaciones del pastor, economista liberal, hostil a la Ley de los Pobres?

¿Y si la ignorancia siguiera todavía alimentando la inquietud de estas políticas? ¿No se estará perdiendo el sentido de las relaciones demoeconómicas en el detalle redundante, y a veces contradictorio, de correlaciones estadísticas inciertas? Hasta tal punto que nadie puede prever con certeza el ritmo sorprendente tan diferente del modelo europeo, que anima la revolución demográfica de los pueblos desheredados.

La ambición del presente capítulo y de los que siguen consiste en reconocer la geografía de la transición demográfica ecuatoriana. Esta investigación pre-

tende romper con una demografía "factorial" alimentada por las encuestas especializadas, para orientarse hacia una demografía "espacial" que explota la totalidad de los datos censales y vitales. Una oportunidad y dos convicciones inspiraron esta opción:

a) Resultaba oportuno asociar a los inventarios de los recursos naturales y de su uso, realizados por el MAG y el ORSTOM(1), una evaluación de los recursos humanos para instruir la planificación regional del país. Estos inventarios permitieron sobre todo suplir lo arbitrario de la división administrativa que rigen las estadísticas censales y considerar una delimitación del espacio natural y agrario más atinada para nuestro propósito.

b) Este trabajo es asimismo un alegato a favor de una mejor explotación de los censos y de las estadísticas del registro civil, descuidados en favor de las encuestas demográficas. Estas se orientan hacia el análisis factorial y controlan bien la elección de las variables y su medida— método que sigue siendo ambiguo en el marco de sistemas fuertemente interactivos, como los de las relaciones demoeconómicas. En cambio, las estadísticas vitales y los censos, exhaustivos y regulares, se prestan a la observación espacial y diacrónica.

c) Por lo menos en América Latina, la diferenciación espacial de la transición demográfica sigue siendo poco estudiada. El analizar este complejo fenómeno sobre la base de algunos índices nacionales agregados conduce a ocultar una parte, quizás esencial, de sus consecuencias. El identificar la geografía de la transición vital, su intensidad y su calendario en cada lugar, ayuda a comprender la configuración de los flujos migratorios

así como parte de las recientes peripecias de la economía ecuatoriana.

Fenómeno importante, único en la historia ecuatoriana y de la humanidad por su magnitud, la transición demográfica implica un trastorno de las estructuras familiares, cuyos ciclos vitales se amplifican este auge poblacional significa también una transformación de los sistemas agrarios y del uso del suelo, un cambio en el equilibrio de las regiones y de los sectores de la actividad económica.

Las contribuciones de la segunda parte de esta Geografía de la Población intentarán analizar varias realidades.

i) La primera es una coincidencia histórica entre la transición vital -el retroceso de la mortalidad y de la fecundidad- y una transición migratoria -las olas de colonización y el masivo éxodo hacia las ciudades(2).

ii) También insistiremos sobre una segunda correspondencia entre la transición demográfica y una transición económica: se observará cómo el comportamiento reproductor de las economías domésticas está condicionado por la naturaleza y por la intensidad de sus relaciones con la esfera mercantil.

iii) Por fin, siguiendo la difusión de estas transiciones demoeconómicas, constataremos el predominio progresivo de las "redes" sobre el territorio, dos formas de organización del espacio que puede ilustrar la imagen de la abeja y de la araña (Antheaume, et. al. 1987). La primera evoca la explotación y la defensa colectivas de los recursos de un territorio. La araña sugiere un poder particular en el centro de una red de flujos que controla; flujos de dinero, de signos y de mercancías que, en las sociedades humanas, apartan a los productores domésticos de sus actividades tradicionales.

La presente exposición dará un rodeo por la teoría de la transición para justificar y detallar su adaptación al estudio del espacio demográfico ecuatoriano. La imperfección de los empadronamientos así como los límites del análisis estadístico subrayan las virtudes de la cartografía y obligan a imaginar perspectivas originales de demografía espacial. Estas premisas metodológicas nos introducirán rápidamente a una geografía de la transición demográfica en el Ecuador.

## 1. LA TRANSICION DEMOGRAFICA

Elaborada por investigadores que examinaron la mutación de las poblaciones europeas, la teoría de la transición conoce hoy en día una aceptación universal nutrida por un gran número de estudios concretos y de reajustes teóricos. Desde la Conferencia Mundial de la Población que tuvo lugar en Bucarest en 1974, su interés

ha sobrepasado la esfera académica para inspirar las proyecciones demográficas mundiales y justificar las tomas de decisión de algunos países del Tercer Mundo que se enfrentan a un excepcional crecimiento de su población.

### 1.1. La teoría

A. Landry fue el primero en reconocer las fases características de esta evolución pero no propuso una explicación de los cambios observados, ni tampoco lo hizo W. Thomson su sucesor. F. Notestein, da a la teoría su primera formulación clara así como su nombre y pone de relieve las causalidades del fenómeno (Landry A., 1909: 3-29; 1934; Thomson W., 1929: 959-975; Notestein F., 1954: 36-57; 1953: 13-31). Según este autor, los pueblos que dominaban mal la enfermedad debían, para sobrevivir, adaptar su fecundidad a una mortalidad elevada. La familia, que estructuraba estas antiguas sociedades, ejercía sobre sus miembros fuertes presiones sociales o religiosas a favor de una generosa reproducción. Debido al temor de los hombres frente a la muerte y a su aspiración inmediata a la salud, la mortalidad fue, gracias a la modernización, la primera en disminuir. Por lo contrario, la fecundidad, que motivan instituciones y prácticas ancestrales, una condición femenina rígida, ... deberá, para bajar, esperar la metamorfosis de la familia, la educación masiva, en resumen los trastornos sociales asociados a la modernidad.

Otros investigadores vendrán a matizar y a enriquecer esta presentación: C. Blacker determina las diversas fases de la transición, A. Coale y E. Hoover analizan la evolución fluctuante de las tasas de mortalidad (mientras haya estabilidad de la fecundidad) al principio del período transitorio, una situación que se invierte durante la última fase; D. Cowgill establece una tipología de los crecimientos que la teoría había simplificado en forma exagerada (Blacker C.P., 1949: 88-101; Coale A. y Hoover E. 1958: 10-13; Cowgill D.O. 1963 ).

El mismo término de transición evoca el paso de un régimen ancestral de equilibrio demográfico con mortalidad y fecundidad fuertes hacia una nueva estabilidad cuando los riesgos de muerte y las fuerzas han disminuido considerablemente. Pero la idea de una evolución, como la que conoció Europa en el siglo pasado, resulta hoy inadecuada para los países pobres que viven una verdadera revolución demográfica. Señálese de esta corriente de investigaciones dos o tres conocimientos.

i) La mortalidad es la primera en disminuir y esta ganancia de vida alimenta un crecimiento transitorio hasta que se reduce la fecundidad de las familias. Este postulado de anterioridad de la baja de la mortalidad ha sido refutado(3) pero las excepciones presentadas no resisten al examen (Chesnais, 1986: 141 y ss.)(4).

ii) Una vez iniciada, la baja de la fecundidad es irreversible; existieron y existirán ciclos de reanudación favorable y temporal pero que no permiten alcanzar los niveles anteriores a la transición.

iii) Se admite hoy en día que el fenómeno es universal y que alcanzará, tarde o temprano, a todas las sociedades.

Este consenso expresa el innegable alcance práctico de la teoría: ya no se trata de relatar la historia demográfica de los países industrializados sino de prever los cambios que surgirán en otras latitudes, en los países en vía de desarrollo. En 1975, F. Oeschli y D. Kirk demostraban que el esquema se aplicaba a veinticinco países de América Latina y de las Antillas: confrontando su evolución demográfica con unas diez variables socioeconómicas, preveían la caída, hoy en día confirmada, de la fecundidad para este continente (Oeschli F. y Kirk D., 1975: 509-538)(5).

Desde esa época, el éxito de la teoría debe mucho a los detractores de las tesis maltusianas que se oponen a las políticas -a veces brutales, hay que reconocerlo- de limitación de los nacimientos: se encuentran oportunamente seducidos por la idea tranquilizadora de que la caída de la fecundidad sólo se podrá alcanzar con el desarrollo económico y social. Este optimismo es peligroso pues revela la ceguera de las teorías de la modernización que, durante los años cincuenta, creían en la convergencia de todos los pueblos hacia una sociedad industrial(6). Desde este punto de vista la teoría de la transición demográfica es una teoría evolucionista que se adhiere a la perspectiva de un movimiento obligado hacia una racionalidad occidental, visión lineal del progreso social. Demasiados trabajos siguen fundando sus hipótesis sobre la historia demoeconómica de Occidente sin asegurarse de su validez para los países no industrializados. Por fin, tenemos que desaprobamos la reciente tendencia, quizás alimentada por las inquietudes maltusianas, de reducir la transición únicamente al movimiento de la fecundidad, y luego de analizar los mecanismos sólo a partir de las variables que las estadísticas miden. Existen numerosos autores que exploran las dimensiones culturales de la reproducción humana(7); en cambio escasos son los que intentan reubicar la complejidad de las relaciones demoeconómicas en el marco de la reproducción material y social de las sociedades (De Oliveira et. al. 1988).

## 1.2 - La simulación de las relaciones demoeconómicas

El enunciado demasiado general, y por lo tanto reductor, de esta teoría no permite prever las formas y el ritmo de una evolución en la cual algunos gobiernos desearían influir, ni tampoco proporciona los instrumentos necesarios para una evaluación del impacto demográfico de las políticas económicas (Sanderson C.,

1980). Por lo tanto, para suplir esta laguna, las instancias internacionales intentan, desde hace dos décadas, simular las relaciones entre la población, los recursos, el medio ambiente y el desarrollo. Sobre todo desde que el Club de Roma y la crisis de 1973 reavivaron los temores maltusianos de los países ricos repentinamente confrontados al crecimiento explosivo de las poblaciones pobres en un mundo con recursos limitados. La abundancia de los estudios empíricos y de los modelos econométricos esconde mal sus limitaciones. Estas se deben a que el debate se polarizó y se agotó en dos tesis aparentemente antagónicas: la del estancamiento (los populacionistas) y la del maltusianismo. Pero también debido a la indigencia de una teoría económica que durante mucho tiempo descuidó la variable población, un papel estratégico a la formación del capital, y que encontró algunas dificultades para concebir por haber otorgado las fuerzas demográficas como endógenas al sistema de producción.

Para eludir esta profusa controversia, anotemos con Chesnais (1986) que la pertinencia de cada una de las concepciones reposa sobre las distintas fases de la transición a las cuales se aplican, siendo, por lo tanto, menos antagónicas de lo que parece. La primera traduce las preocupaciones de las sociedades estancadas de antes y después de la revolución demográfica, la segunda traduce las dificultades de las sociedades que la padecen.

### a) La tesis del estancamiento

A. Smith veía en el crecimiento de la población una fuerte incitación a la división del trabajo y al progreso técnico estimulado por ésta. El alza del salario y la acumulación del capital, así provocados, favorecen a su vez el crecimiento de la población a través de la baja de la mortalidad y la incitación al matrimonio. Hansen (Hansen A.H., 1939: 1-15), siguiendo un razonamiento similar, distinguiendo la inversión intensiva y extensiva, concluía que el crecimiento demográfico en la segunda mitad del siglo XIX había sido responsable de aproximadamente 40 % del volumen total de la formación de capital en Europa occidental y del 60 % en Estados Unidos. En las poblaciones estancadas, las economías corren el riesgo de perder la mitad de sus estímulos a la inversión.

Los análisis que destacan la demanda, siguiendo los trabajos de Keynes, confieren una gran importancia al crecimiento poblacional que pesa sobre el mercado de los bienes y servicios, en particular sobre el sector de la construcción de las viviendas; una actividad que, en los países en vía de desarrollo, puede representar hasta la tercera parte de las inversiones brutas(8).

La historia moderna confirmaría más bien la argumentación de esta hipótesis: desde hace aproximadamente dos siglos, los crecimientos demográfico y eco-

nómico están por lo general asociados en forma positiva (Chesnais J.C., 1986: 395 y ss.). Pero la demostración padece algunos prejuicios al omitir el hecho de que la demanda y las economías de escala dependen también de la evolución de los ingresos, de la duración de vida de los equipamientos, de la apertura al mercado exterior... El coeficiente medio del capital, que Hansen supone constante, aumenta sensiblemente en los países con desarrollo tardío, y esto sin contar con las mutaciones tecnológicas del futuro. La teoría del estancamiento olvida que las migraciones internacionales pueden compensar los efectos nefastos de una caída de la fecundidad y de una población declinante. Por fin, la población influye en el ahorro según una intensidad que depende de la estructura por edad -la tasa de ahorro tiende a crecer hasta la edad del retiro-, la cual depende de la rapidez de la transición y del nivel de la fecundidad una vez acabada la mutación.

*b) El imperativo maltusiano de la acumulación del capital*

Basándose sobre la función del ahorro y considerando la interferencia del crecimiento demográfico sobre la acumulación del capital, los modelos neomaltusianos destacan el aspecto gastador de la población, una variable exógena que se intenta contener. El modelo de Coale y Hoover fue la referencia pionera de esta industria de la simulación demoeconómica que presenta la acumulación del capital como el primer determinante del crecimiento económico y del ingreso. En su formulación aritmética sencilla, el modelo de Coale y Hoover traduce una proposición central de la demografía económica: al reducir la fecundidad se favorecería el crecimiento del ingreso total, y sobre todo individual, en proporciones considerables.

Chesnais (1986: 403 y ss.) elabora la crítica de estos modelos; se los puede oponer muchos argumentos alternativos. Así pues, es cuestionable el hecho de que se considere a las inversiones humanas como menos productivas y rentables que el equipamiento material. Punto de vista ajeno al de los padres de familia cuando dedican una parte importante de sus ingresos y de su patrimonio a la educación de su progenitura, seguros de que los talentos así desarrollados les serán de mayor provecho que una herencia material(9). Pero cabe anotar sobre todo que una amplia parte de las ventajas económicas atribuidas a la fecundidad declinante reside en la hipótesis de una tasa de ahorro creciente con el ingreso; argumento que pareció criticable a Myrdal en el caso invocado de la India(10). Asimismo, la relación entre el ahorro y el tamaño de las familias está lejos de tener la simplicidad que le otorgan los modelos.

Conviene reconocer hasta que punto el proyecto maltusiano altera, por muchas negligencias y presuposiciones, esta modelización de las relaciones entre el nú-

mero y la riqueza de los hombres. Así, se vuelve tendencioso el escoger un horizonte demasiado estrecho para contabilizar todas las consecuencias económicas del nacimiento de un individuo: al principio son negativas para luego equilibrarse a los cuarenta años(11), o incluso más temprano en el caso de una entrada precoz de las generaciones en la vida activa. El maltusianismo manifiesta muy claramente su inspiración... capitalista reteniendo solamente un factor en su función de producción: el capital. Según esta perspectiva, se supone siempre que la mano de obra es excedentaria y que la productividad marginal del trabajador suplementario es nula. Esto equivale a reducir el proceso complejo y multifactorial del desarrollo a un elemento quizás secundario en algunos países, en muchas épocas. El coeficiente de capital varía ampliamente de una rama a otra y la utilización de los recursos, la elección de las prioridades importa tanto como el volumen de las inversiones. Además, el hacer prevalecer el capital sobre el trabajo lleva a los autores a descuidar la inversión social: la consideran como un consumo improductivo impuesto por una población suplementaria. Esto les lleva a descuidar la incidencia de los gastos de equipamiento (infraestructura sanitaria, escuela, viviendas...) sobre la economía y la productividad de los hombres. Además, para refutar las conclusiones del modelo de Coale y Hoover, bastaría apoyarse en una concepción ampliada del ahorro y revisar la ponderación atribuida a la productividad de varias inversiones(12).

En resumen, estos modelos captan a los que están convencidos (no faltan los hechos y los argumentos contradictorios) de la necesidad de una disminución del crecimiento demográfico en los países pobres; además estas elucubraciones siguen siendo de una utilidad discutible cuando no saben indicar las modalidades y los instrumentos de tal política. Conscientes de estas lagunas, los participantes en la Conferencia de Bucarest en 1974 reclaman una mejor integración de los factores sociales, económicos y culturales para el estudio de los dinamis-mos demográficos; recomiendan "la elaboración de modelos empíricos e inductivos para estar atentos al porvenir" (Naciones Unidas, 1975). Toda una familia de modelos, con una complejidad a veces cuestionable, emergen en los años setenta para asesorar el desarrollo a largo plazo (Bourcier de Carbon Ph., 1977). El verificar que amplias capas de la población siguen siendo excluidas del progreso lleva a la Oficina Internacional del Trabajo a definir un consumo mínimo de las familias. Los modelos "Bachue" (Moreland Scott, 1978 y Wery, 1980) representan este esfuerzo de integración de las variables demográficas en un esquema de desarrollo a mediano plazo.

### 1. 3. Las verificaciones empíricas

¿Y qué responden los hechos a los modelos que nos aseguran que el crecimiento rápido de la población per-

judica la prosperidad de los hombres? Sencillamente, que no existe ninguna correlación significativa entre el nivel de vida (que estima el producto nacional bruto por habitante) y el ritmo de crecimiento de la población(13). Múltiples variantes de la experimentación, van a privilegiar el ahorro promedio por persona y la producción alimenticia, que conducen a resultados divergentes, a veces positivos y a veces negativos, según las opciones metodológicas escogidas. Las estadísticas de unos cien países poco desarrollados, durante las dos últimas décadas de explosión demográfica, no ponen en evidencia una franca correlación entre la multiplicación y la fortuna de los hombres(14). Las poblaciones que han crecido en un 3% por año también han experimentado un aumento de su nivel de vida en ritmos iguales y aún superiores a las de países de crecimiento lento. El mismo cálculo con la producción agrícola por habitante también viene a contradecir la ley de los rendimientos decrecientes: las estadísticas demuestran que la influencia de la presión demográfica es nula.

Chesnais, el artesano de estas conclusiones, subraya con prudencia las limitaciones de semejante apreciación ya que los dinamos demográficos evolucionan sobre un período largo mientras que la prosperidad material reacciona a influencias coyunturales más cortas. Porque se relacionan fenómenos que se encuentran en evoluciones históricas diferentes la curva del beneficio real tiende a seguir un movimiento creciente mientras que el crecimiento demográfico presenta un perfil en forma de campana (primero creciente y luego decreciente) de tal manera que la correlación a través del tiempo será más bien positiva en la primera fase de la transición y negativa en la última. Para el conjunto del período, el coeficiente de correlación(15) se acercará al cero y será poco significativo si se comparan países en fases de transición diferentes. Por fin, el balance atañe a generaciones humanas más numerosas cuya contribución económica es al principio negativa; de allí que una conclusión desventajosa será más acentuada para una duración correspondiente a la carga máxima de los hijos.

Esta ausencia de relación muestra la acción de factores antagonicos con efectos mitigados. Es cierto que un mayor número de hombres ejercen una presión creciente sobre los recursos limitados, como la tierra o el espacio; que su expansión se enfrenta a la ley de los rendimientos decrecientes ya que siembran primero los mejores suelos. Una fuerte natalidad hace recaer sobre la población adulta un esfuerzo suplementario de educación de los hijos, lo cual viene a competir con sus demás actividades productivas. Las inversiones demográficas, según la expresión de Sauvy, acortan el potencial de formación del capital, público o privado: por ejemplo, para un coeficiente marginal de capital de tres, un crecimiento demográfico de 3% absorberá de 9 a 12% del ingreso nacional. Estos esfuerzos se añaden muchas veces a una desventaja inicial de países más

desprovistos que las economías hoy en día desarrolladas, en víspera de su revolución industrial.

En compensación, existen elementos de una correlación positiva entre el crecimiento económico y el demográfico. Primero en el sentido de que la fortuna es favorable al número de hombres, por la reducción de la mortalidad y por el alza de la natalidad (menos mujeres estériles y menos muertes intrauterinas), gracias al movimiento migratorio de una mano de obra productiva. El mejoramiento sanitario de las fuerzas de trabajo constituiría una de las primeras manifestaciones del progreso económico. El aporte de un brazo nuevo es valioso para explotar los recursos descuidados, para rentabilizar las producciones de masa y beneficiarse de las economías de escala. La fluidez de una población numerosa acarrea beneficios de productividad gracias a una redistribución más eficaz de la mano de obra, pero también a los progresos de la instrucción que forma nuevas generaciones.

#### 1. 4. El valor explicativo de la teoría en los países pobres

Ya que es por la historia de Europa que se considera la industrialización como la causa de la baja de la mortalidad y luego de la fecundidad, la crítica fue fuerte en los años sesenta: ¿No resultaba exagerado el prever para el Tercer Mundo, con una fecundidad elevada y estable, una evolución similar? La teoría, en efecto, dejaba subsistir numerosas incertidumbres sobre la incidencia y la jerarquía de tal mutación económica y social vinculada a la modernización. Ya algunos países, como México o la India, mantenían su fecundidad secular mientras sustanciales progresos económicos favorecían la escolarización de masa y modernizaban el campo. Estas reticencias desaparecieron en los años setenta cuando se constató que estos países entraban en la segunda fase de la transición -la baja de la fecundidad- actualmente ampliamente confirmada. Hoy en día ya se admite la exactitud muy general del modelo para explicar la evolución demográfica del Tercer Mundo (Teitelbaum M.S., 1976: 54-67), constituyendo la emigración en un primer tiempo y luego la baja de la fecundidad, las respuestas necesarias a la prolongación de la vida de los niños.

Pero esta enseñanza no debe ocultar una real originalidad que confiere al ritmo y a las formas de la transición moderna aspectos a veces sorprendentes que desorientan la interpretación.

La diferencia más manifiesta, y fundamental, se debe al carácter tardío(16) de la mutación vital que se vuelve entonces más rápida e intensa: las tasas de crecimiento observadas en los años sesenta y cinco y setenta no tienen precedentes, evocando así la explosión. Sin embargo, la brevedad del movimiento no compensa

su vigor. Un rápido cálculo permite evaluar el tamaño resultante de una población una vez acabada su revolución demográfica: basta con multiplicar los índices de crecimiento natural. Este "multiplicador transicional" calculado por Chesnais (1986: 291 y ss.) duplicaría, en los países poco desarrollados, el que se observó en los países de transición precoz. Lo que se explica por la intensidad de la baja de la mortalidad(17) que, según la teoría de una modernización por difusión, se debería al carácter exógeno del desarrollo de las tecnologías médicas, que por ser baratas muchas veces tienen una fácil propagación. Al mismo tiempo, el comercio de los alimentos se extendió y su producción se amplió. Conjuntamente, el matrimonio temprano o la unión libre condujeron a algunos países del Tercer Mundo a alcanzar récords de fecundidad. En efecto, la Europa del siglo pasado imponía un control social sobre las uniones. Sin embargo, el argumento sugiere un considerable potencial de reducción de la fecundidad marital por simple aplazamiento del matrimonio. Y la eficacia moderna de los métodos contraceptivos es totalmente nueva(18). Las transiciones tardías se enfrentan a una limitación suplementaria: la reglamentación de la emigración internacional. En una época de trastornos demográficos ésta alimentó el imperialismo europeo y justificó ampliamente su esfuerzo colonial. Italia, Irlanda, Alemania(19)... encontraron en América, particularmente, un exutorio a su expansión. Estos mismos países, hoy en día, tienden a controlar el flujo de inmigrantes provenientes, generalmente, del territorio que antaño colonizaron.

No se puede negar que los peligros de la transición demográfica se ven hoy en día amplificadas por su carácter explosivo. Primero porque la juventud estructural de la población que resulta de ella opondrá una inercia tenaz a la reducción, aún excepcional, de la fecundidad(20). Luego, porque un mayor número de jóvenes impondrán un esfuerzo de inversión inhabitual para multiplicar las oportunidades de trabajo. Y eso aún más porque la revolución informática, al automatizar las tareas intelectuales, reducirá el papel de absorción del sector terciario que, en otros tiempos, ocupaba parte de la mano de obra así liberada. Estas dificultades pueden conferir al crecimiento económico, a pesar de todo más rápido que en la Europa de aquel entonces, todas las apariencias del subdesarrollo. Habrá que contar con los nuevos medios de difusión cultural(21), no descuidar la asistencia internacional y desarrollar la eficacia moderna de los instrumentos de la intervención estatal.

## 2. OBSERVAR EL ESPACIO DEMOGRAFICO

Varias de nuestras incertidumbres provienen de la pesadez y de la imprecisión de la observación estadística. Las encuestas son puntuales e irregulares; al privilegiar el análisis transversal, descuidan el ritmo de los ciclos de vida y el curso de las generaciones. Los censos

son espaciados y lentos de explotar; dan cuenta con mucho retraso de evoluciones a veces fluctuantes.

Ahora bien, el singular mosaico ecológico y humano del Ecuador confiere un contraste instructivo a la transición demográfica(22). En esta diversidad, las regularidades de las configuraciones espaciales tienen fatalmente un sentido: el comportamiento reproductivo similar de los frentes pioneros no es fortuito, ni tampoco la reproducción refrenada de las poblaciones de altura que se observa también en los Andes bolivianos o peruanos, o el hecho de que la fecundidad elevada de ciertas regiones de la Costa presenta antecedentes históricos.

Sin embargo, esta perspectiva espacial es muchas veces descuidada por el demógrafo que presta más atención al individuo, su nacimiento, su fallecimiento o su migración. Ya hace una o dos décadas que la familia, lugar de las lógicas reproductivas, ha sido observada; más en las encuestas, poco aún en los censos, pocos en información sobre el tamaño y la composición de los hogares. Si bien los censos permiten una cobertura exhaustiva del espacio, el hecho de que tengan defectos y se rijan por la división administrativa, constituye una severa limitación a los intentos de demografía espacial. Estas insuficiencias reclamaron un esfuerzo particular de corrección de los datos, un enfoque original y un sistema infográfico para procesar nuevas delimitaciones geográficas. Al integrar parte del inventario de los recursos naturales y humanos en un banco de datos relacional, se hizo posible apoyarse en la complejidad de los sistemas agrarios, para observar los movimientos de población.

### 2.1. La cartografía de datos imperfectos: ¿un reto ?

#### a) La duda estadística (23)

La desconfianza hacia los censos y los registros del registro civil es justificada: la mera lista de sus carencias estadísticas ya resulta tediosa. El aislamiento disuade el registro de los hechos vitales; algunos grupos andinos se oponen al empadronamiento que les evoca el antiguo tributo colonial y que lo relacionan con la ingerencia del Estado. La gran diferencia entre las poblaciones "de hecho" y "de derecho" censadas en las áreas rurales y urbanas de una misma provincia es muy problemática; esta diferencia invalida en parte las medidas censales de los flujos migratorios e introduce una duda sobre la importancia de las poblaciones de referencia en relación con los fallecimientos y los nacimientos. Es deplorable también la discontinuidad de las definiciones, sobre todo la de residencia y la de los tratamientos escogidos por el servicio de censos, rupturas que estorban el estudio de las evoluciones(24). Estos son defectos a veces insuperables a los cuales se añaden las deformaciones habituales de la edad declarada, los

errores sobre la localización de los individuos, la omisión de los eventos vitales.

La demografía circunscribe estos defectos y elabora los métodos de su corrección sobre la base de las relaciones existentes entre la estructura y el crecimiento de las poblaciones casi estables y cerradas. Pero esta modelización no es aplicable a las poblaciones en transición: la mayoría de las provincias conocen caídas brutales y desestabilizadoras, tanto de la mortalidad como de la fecundidad. Todas las regiones están atravesadas por flujos migratorios intensos que pueden desplazar poblaciones considerables. Por lo tanto, las estructuras por edad ya no son representativas de la dinámica natural. Para acercarse a las condiciones de aplicación de los modelos, tuvimos que reconstituir la estructura de las poblaciones "cerradas" de cada zona. Para tal fin, se puso entre paréntesis los flujos migratorios en cada grupo de edades en los treinta años cubiertos por las estadísticas, en las veinte provincias ecuatorianas. Luego se simularon los diferentes métodos de ajuste que teníamos a nuestra disposición con el fin de escoger los más neutrales cuando la realidad se alejaba de las hipótesis de su aplicación. Finalmente, realizamos el afinamiento de las curvas de sobrevivencia por el método de los logitos, y luego de los componentes principales, según los padrones de mortalidad establecidos por las Naciones Unidas para América Latina(25).

Estos métodos de la demografía conducen a una cartografía provincial poco detallada que dibuja los grandes rasgos de la transición vital según una distinción entre ciudades y campo, la Sierra y la Costa, las regiones con más población indígena y mestiza en la primera, con economía de plantación y producción familiar en la segunda. La confiabilidad de las correcciones es mínima para algunas provincias; en particular para las de la Región Amazónica formadas por poblaciones inmigrantes con un comportamiento demográfico específico. Los datos parroquiales prometen una representación más fina del espacio demográfico, sin embargo existen casi ochocientos cincuenta parroquias cuyas estadísticas, en cambio, no pueden ser ajustadas. Pese a esto, se obtuvieron buenos resultados con indicadores estructurales, menos sensibles a los errores del empadronamiento.

#### *b) Las alternativas de la observación*

Intentos preliminares nos disuadieron de acometer el análisis factorial de las estadísticas censales y vitales. Las razones para descartarlo se tornaron argumentos a favor de un reconocimiento geográfico y sistemático de las dinámicas demográficas.

El tratar las relaciones demoeconómicas -las que se establecen entre la población, los recursos, el medio ambiente y el desarrollo económico- no es un modesto

proyecto: abarca todo (Tabah L. 1983: 421-450). En este sistema altamente interactivo, las variables son tan interdependientes que cada causalidad deducida aparece como un avatar de la modernización. Por falta de medidas adecuadas, las verificaciones empíricas se limitan a variables llamadas intermedias, escogidas por ser cuantificables y porque traducen en forma sencilla ciertas relaciones socioeconómicas complejas. Su establecimiento requiere encuestas especializadas porque su evaluación falta en la mayoría de los censos. Además, en el Ecuador, la brevedad de las series estadísticas (agravada por la discontinuidad de las definiciones) impide destacar las tendencias largas que son necesarias a la lentitud de las evoluciones demográficas.

Se dispone de un análisis factorial de las correspondencias y de la clasificación ascendente jerárquica de las parroquias para la Sierra ecuatoriana y que incluye media docena de indicadores de carácter demográfico (Thomassin M.M., 1984). Estos exámenes provocan pocas sorpresas y sólo descubren fenómenos evidentes para el observador especializado. ¿Se necesita un pesado aparato estadístico para constatar que el escalonamiento de los cultivos se establece según un clima regido por la altura, el tamaño de las parcelas y una disponibilidad de agua de la cual depende el uso del suelo? No nos extrañamos al constatar que el crecimiento observado por las poblaciones se ve moderado por la emigración, en los lugares donde predomina la pequeña explotación familiar, si la tierra ya está totalmente apropiada.

Restricciones demasiado severas gravan el análisis de los datos construido en base de las unidades administrativas. Ni los cantones ni las provincias coinciden con la geografía natural del Ecuador(26). Pero sobre todo, las relaciones establecidas para algunas unidades de observación no pueden ser extendidas a otras, ni tampoco a los individuos o las familias. Se ignoran muchas veces los peligros de esta "falencia ecológica" porque se vuelve irresistible la tentación de concluir sobre la lógica reproductiva de las mujeres a partir de comparaciones sincrónicas entre las provincias. El espacio observado debe conformarse a una selección reflexionada, tal como la de los sistemas agrarios para el reconocimiento de las dinámicas demográficas.

Y si fuera necesario presentar un argumento complementario a favor de una demografía espacial de la transición, bastaría con recordar el fracaso de la teoría en la explicación de los esquemas regionales de la baja de la fecundidad (Tabutin D., 1985: 359). Así, la simultaneidad muchas veces observada en los movimientos de la natalidad, en Europa hacia 1870-1890, en el mundo hacia 1942 y 1964, sigue siendo mal explicada. La configuración del espacio ecuatoriano, que no escapa a estos sincronismos, proporciona algunas aclaraciones a estas preguntas.

### c) *Las virtudes del mapa*

Es cierto que la consulta de los volúmenes de cada censo, unos sesenta para el último, es poco atractiva. Ahora bien, los datos parroquiales de 1982 pueden ser representados en unos treinta mapas sencillos y sintéticos que son obviamente más sugerentes que los cuadros; lo importante es que la información sea palpable, que sin demora se localicen las intervenciones deseadas. Tomemos como ejemplo la más sólida de las relaciones establecidas por los estudios empíricos: la educación de las mujeres que, como se sabe, acompaña la baja y el control de la fecundidad. Sin embargo, la naturaleza de esta relación aparece más dudosa cuando se considera la escuela como uno de los elementos, entre otros, del desarrollo social invocado por la teoría de la modernización. Una abundante literatura muestra que la enseñanza escolar modifica los comportamientos ancestrales, introduce una racionalidad "occidental" de la visión del mundo, crea nuevas necesidades y facilita el acceso a los métodos contraceptivos. Sin embargo, la relación inversa es igualmente creíble: criar menos hijos permite, tanto para las familias como para las colectividades, una mejor inversión educativa para acceder a los oficios calificados. En suma, el destacar tales influencias nos encierra en el círculo de los razonamientos tautológicos: el descenso de la fecundidad es uno de los componentes de la modernización que lo provoca... La misma afirmación es válida para la planificación familiar que, según lo evidencian las encuestas, acompaña siempre a la transición demográfica. ¿Cómo, si no, reducir la progenitura? Observar esta coincidencia no explica las motivaciones de las familias(27).

La cartografía confiere una elocuencia particular al reconocimiento de estos fenómenos, y guía las políticas hacia los lugares de su mayor oportunidad. Considerando la distribución del analfabetismo femenino, tendremos la ocasión de mostrar que este mapa (10) indica las regiones de transición lenta, de mortalidad infantil elevada o de fecundidad natural. Más allá de esta correspondencia, la cartografía revela las desigualdades regionales, los lugares donde las evoluciones no son evidentes y donde merecerían una asistencia sanitaria, o una acción que favorezca la planificación familiar, para que las poblaciones equilibren sus fuerzas vitales con el medio económico.

Además de ser útil para los que toman las decisiones, esta herramienta obliga al demógrafo a ver lo esencial y permite su rápida localización. Hasta se puede pensar que las correlaciones aportan argumentos falaciosos a las políticas de población si no saben distinguir los lugares que escapan al fenómeno destacado. La yuxtaposición de los mapas parroquiales de densidad rural y de éxodo rural, por ejemplo, es más elocuente que un cuadro cruzado o que un coeficiente de correlación porque refleja el singular vigor del crecimiento na-

tural de las poblaciones de Loja y de Manabí por ejemplo, establece una relación entre su pasado y su diáspora presente y señala la urgencia de las políticas económicas y de las reformas agrarias....

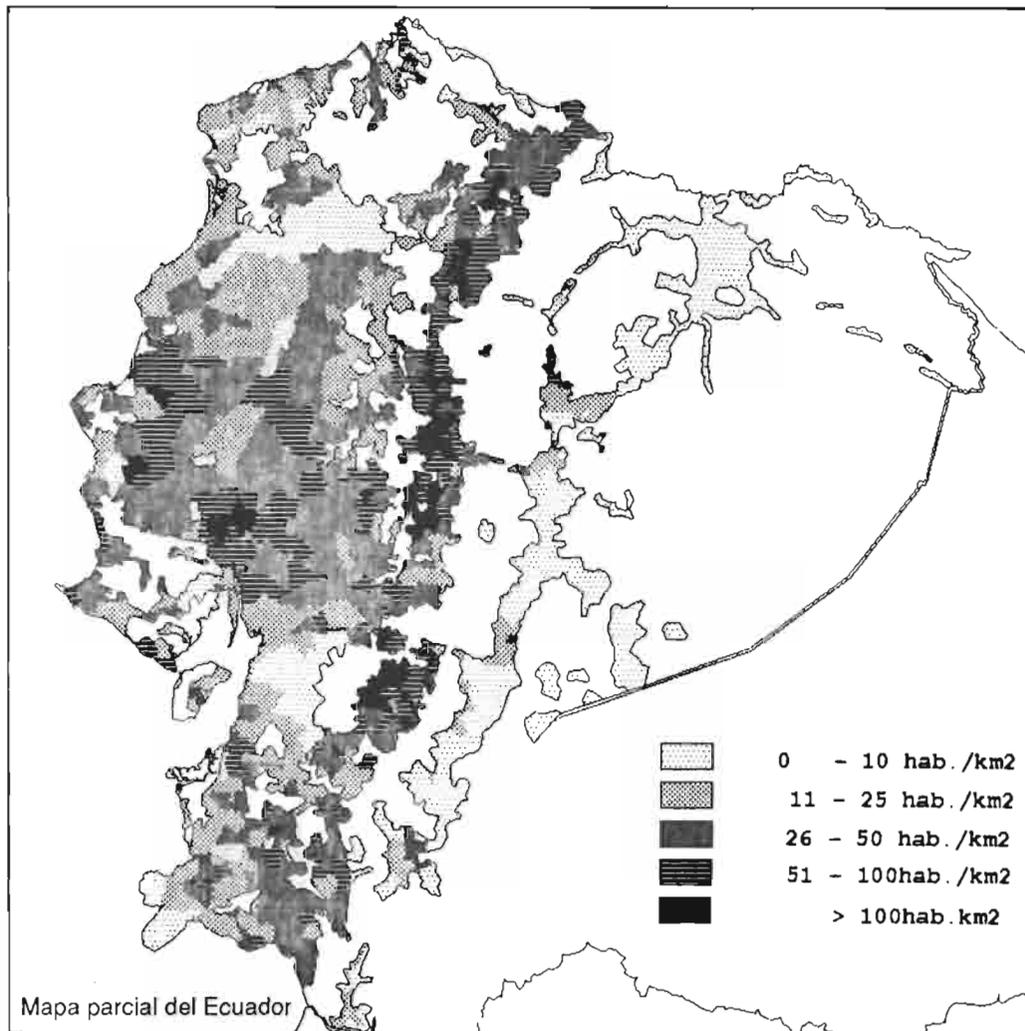
A veces se descuidan las ventajas de la cartografía por no poder calcular los indicadores habituales, como el índice de la fecundidad del momento o una descendencia media, para cada una de las unidades territoriales(28). Los cálculos permitidos, como las tasas globales de natalidad o de mortalidad, contienen varias aberraciones que resultan, allí y acá, de estructuras singulares. En los lugares poco poblados, un hospital o una maternidad bastan para desviar las declaraciones de los nacimientos o de los fallecimientos, una plantación puede deformar una estructura por edad. Sin embargo, el mapa se acomodará a esta aproximación estadística cuando la imprecisión de las cifras no sobrepase la disparidad espacial del fenómeno medido; basta con tomarlo en cuenta al momento de la interpretación.

Siendo el mapa menos exigente que el análisis demográfico, expresa mejor los indicadores descuidados por el demógrafo. Los índices estructurales, generalmente el ratio entre dos subpoblaciones regionales, son por lo general muy expresivos pese a las carencias del empadronamiento. Así, la cartografía parroquial de la tasa de natalidad es un mosaico de hechos y anomalías difíciles de interpretar mientras que la carta de la relación mujeres/niños (ver mapa 3) es, por lo contrario, relevante. Se mostrará cómo la proporción de masculinidad en ciertas edades activas (mapa 7) facilita una buena representación de algunos movimientos migratorios temporales.

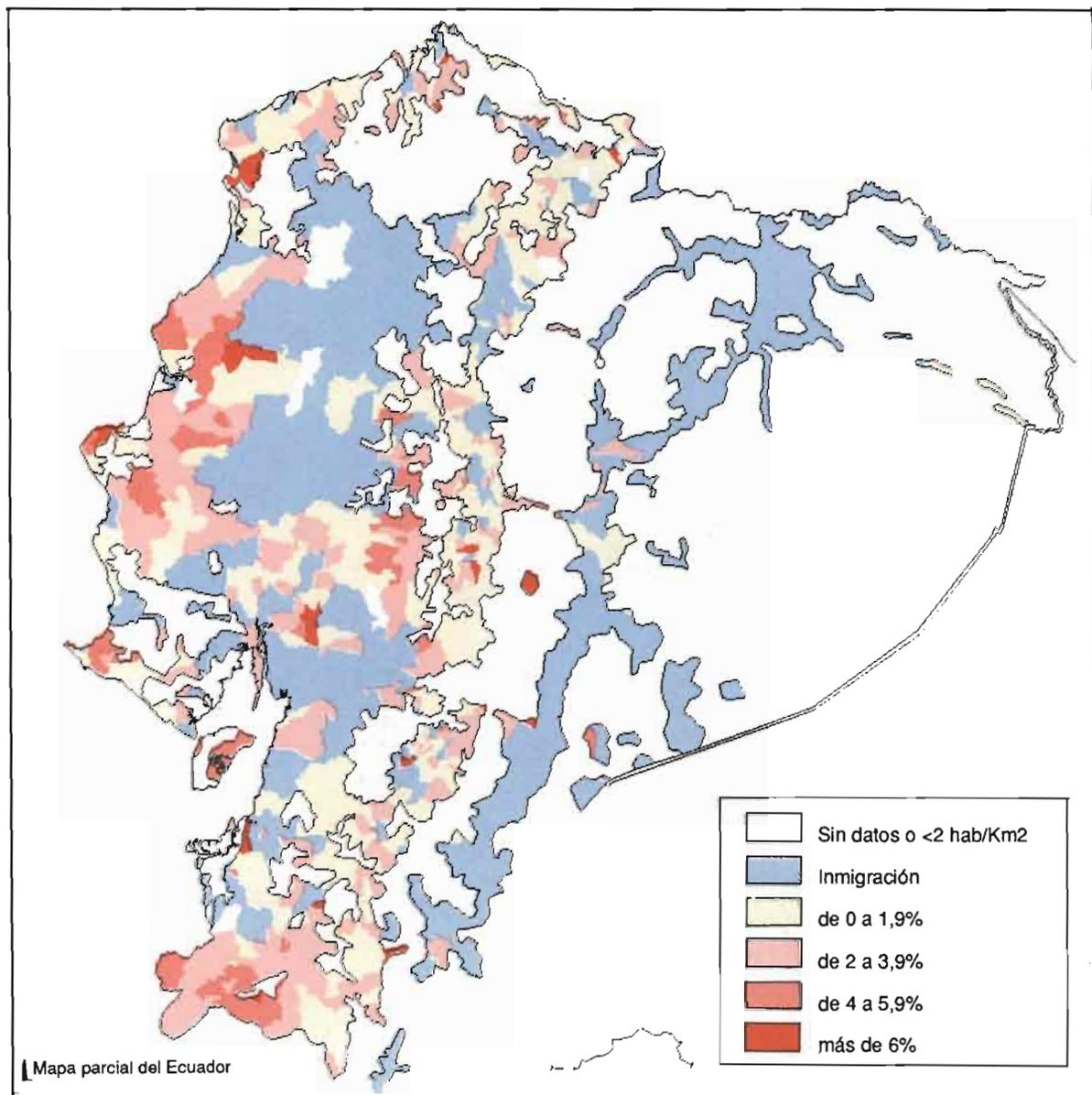
### d) *Observar los sistemas*

En vez de examinar factores raramente independientes, se prefirió considerar sistemas completos, apoyándose en la interactividad de las variables que los componen, esperando así reconocer la influencia de los contextos agrarios y las leyes demográficas de los modos de producción. La teoría de la transición evoca este paso de una sociedad agraria tradicional a una sociedad urbana, industrial y burocrática; así como el crecimiento demográfico desquicia la explotación ancestral de la tierra, los ciclos de vida de las unidades domésticas y la transmisión de los bienes y de los poderes. En el Ecuador, la correspondencia entre estos dos componentes de las evoluciones demoeconómicas es histórica: las reformas agrarias, la apertura de los frentes pioneros y un éxodo rural creciente coinciden con el auge de la revolución demográfica. Si bien no se puede negar el interés de estas cuestiones, la dificultad reside evidentemente en la definición de sistemas coherentes y en delimitarlos en el espacio. Volveremos sobre las premisas teóricas de este enfoque, pero consideremos desde ahora estos procedimientos geográficos.

Mapa 1. De la densidad en 1974



Mapa 2. De la emigración residual



El uso del suelo, el tamaño de las parcelas, las técnicas de la producción agrícola son huellas que los sistemas agrarios inscriben en el paisaje. El maíz, los cultivos fríos (papa, cebada) en tierras parceladas señalan la agricultura familiar andina. El café, el cacao muestran una agricultura campesina de plantación de vocación mercantil. Al observar los campos, es imperativo encontrar las complementariedades de los cultivos que componen estos sistemas y se debe aportar una particular vigilancia a las formas de organización del trabajo familiar en relación con el mercado. Una vez tomada esta precaución, la cartografía de la utilización del suelo dibuja una nueva división agraria del espacio, apropiado para el estudio de los movimientos demográficos (cf. infra). Se utilizaron los mapas elaborados por el Ministerio de Agricultura y de Ganadería y por ORSTOM (Gondard P., 1983-1985; Winckell A., y Zebrowski C., 1977-1986).

La cantidad de los datos por tratar, así como el necesario cruce de dos cartografías con límites distintos, requiere de la herramienta infográfica y de un sistema de programación que permita cruzar, por ejemplo, un mapa de las densidades de la población rural con el del clima y de las aptitudes edáficas. Así, se utilizó un programa —TIGRE—, un banco relacional de información geográfica, que permite trazar un mapa de aptitudes según ciertos criterios tomados a diferentes niveles (climático, del catastro, de la altura, etc.) (Souris M., et. al., 1986: 339-356). El instrumento está dirigido a los que toman decisiones pero también es muy útil para los procesamientos estadísticos en zonas de mayor pertinencia para el análisis temático. La estimación de las superficies de este conjunto agrario es inmediata, así como la medida de las densidades de población. A partir de los mapas de densidad migratoria (Delaunay D., 1987), se puede relacionar el flujo de migrantes con la superficie cultivada. Esta parte de la investigación no será tratada en este estudio pero la preocupación por relacionar los dinamos de población con el contexto agrario guió frecuentemente el análisis de las transiciones demoeconómicas.

## 2.2. Territorios y redes, las formas del espacio demográfico.

La transición demográfica se inscribe en el espacio según dos formas muchas veces imbricadas, dos principios que guiarán el reconocimiento de su geografía. El primero se ubica en los delineamientos de un "territorio", el segundo trata de las redes de propagación de los flujos (Antheaume, et. al., 1987).

El "territorio" es un espacio continuo cuya homogeneidad puede ser natural, política, étnica... Está definido por un clima y un relieve (los Andes), por un sistema agrario (los frentes pioneros), o por una entidad administrativa. Es el lugar de las relaciones de los hombres

con su medio pero también de algunas singularidades demográficas debido a la naturaleza, una cultura, una historia. Así, las comunidades domésticas, organizadas sobre la base de la producción familiar, manejan territorios cuyas fronteras deben garantizar la integridad de una reproducción autónoma. Se vuelve a encontrar esta preocupación en algunas formas modernas de fomento de los recursos del territorio; precisamente la búsqueda de zonas homogéneas de planificación procede, por ejemplo, de esta idea de un desarrollo autocentrado sobre una región maestra de su historia y de su espacio. El mismo principio guió el reconocimiento de los paisajes rurales y la cartografía de la utilización del suelo que sintetizan los principales elementos de los sistemas sociales de producción que se inscriben en el espacio (Fauroux E. y Ramos M., 1987; Gondard P., 1985).

La organización evolutiva del espacio se reconoce en la creación y la sobreposición de redes que ponen en relación estos módulos autónomos, los "territorios". La estructuración reticular resulta del desarrollo de los intercambios (de hombres, de bienes, de capitales,...) y de una creciente división del trabajo. Aquí, el movimiento y la apertura prevalecen sobre la autarquía, la velocidad de circulación importa más que la distancia, en particular cuando las transferencias son inmateriales (información, signos monetarios). Este espacio es discontinuo: un lugar se encuentra o no tocado por tal flujo. El ejemplo de los Incas ilustra ya un control reticular del espacio al organizar los intercambios, el desplazamiento de las poblaciones y de las mercancías entre grupos territoriales autónomos.

La geografía de las poblaciones ecuatorianas deja pensar que, antes de la transición, las diferencias eran sobre todo entre los "territorios", entre la Sierra y la Costa por ejemplo. Constataremos que las disparidades tienden progresivamente a atenuarse en el espacio reticular (las grandes ciudades presentan un comportamiento similar) y que las evoluciones se producen simultáneamente. Al observar las redes, podremos seguir la difusión espacial de la transición demográfica así como sorprendentes sincronías en el calendario, por ejemplo, de la baja de la fecundidad. La diferencia se acentúa entonces entre el espacio territorial y el reticular. Existe seguramente menos distancia entre un Quiteño y un Norteamericano que entre el primero y los indígenas que desbrozan las estribaciones de la cordillera occidental a 200 km. de la capital.

### a) Las diferencias territoriales

Las observaciones extraídas de los inventarios demográficos evidenciarán las configuraciones territoriales de la fecundidad, de la mortalidad y de las migraciones. Por ejemplo, se medirá la menor natalidad de las poblaciones indígenas andinas, índice, quizás, de una reducción de la fecundabilidad por anoxemia de altura y

expresión probable de una necesaria adaptación a la parquedad del medio. Aparecerá más claramente la sobrefecundidad de las zonas secas tanto en la Costa (Manabí) como en la Sierra (Loja): este dinamismo excepcional de las poblaciones manabitas es antiguo, evidente ya en el siglo XVIII (Hamerly M.T., 1973). La inercia de los comportamientos demográficos en las comunidades domésticas andinas se manifiesta hasta el principio de los años ochenta, en perfecta coherencia con la lentitud de los progresos sanitarios. Porque una neta sobremortalidad se mantiene allí, lejano eco de una conquista mortífera, en particular en las comunidades domésticas más retiradas. La Sierra también encierra el mayor riesgo para las enfermedades respiratorias que podrían ser una desventaja de la altura y probablemente de la desnutrición infantil. Las áreas bajas, por el contrario, se destacan por la importancia de los homicidios que, en algunas edades, son causa de muerte tres veces más importante para costeños que serranos. Por una parte, la migración expresa la carga excesiva sobre un territorio con recursos demasiado escasos pero también corresponde a una reproducción vigorosa de las poblaciones: el éxodo es importante en las regiones secas de Manabí y de Loja, zonas densas y con crecimiento natural muy fuerte.

Las singularidades territoriales de los comportamientos demográficos han sido observadas en el mundo en cuanto la información lo permitió. Así, algunos componentes lingüísticos, étnicos y por lo tanto culturales de la fecundidad han podido ser destacados en varias situaciones(29). La supervivencia de un dialecto que designa estas particularidades puede traducir un aislamiento que barreras ecológicas o negligencias políticas favorecen .

#### *b) Las redes de la transición*

La organización reticular del espacio no puede asimilarse únicamente a la difusión de las técnicas médicas, o de la cultura occidental, cuya incidencia sobre las leyes de población ya ha sido subrayada, una influencia a veces supuesta más importante que el cambio social o el desarrollo industrial (particularmente en América Latina: Arriaga E.E., 1970). El hecho de considerar las formas reticulares de la organización espacial no implica reducir el progreso del Tercer Mundo a la vulgarización de la tecnología agraria o sanitaria de Occidente, en la peor tradición difusionista. Existen redes tradicionales de circulación de las riquezas, de las mercancías y de los signos que relacionan a los hombres entre sí antes de ponerlos a la escucha del mundo. Pero es cierto que el fortalecimiento del espacio reticular acompaña el desarrollo económico, la división del trabajo y la ampliación de los intercambios con los cuales se conforma la fluidez de los movimientos demográficos(30). Un servicio de autobús, la radio, la escuela, constituyen aperturas susceptibles de modificar la organización de comu-

nidades territoriales: cuando la Administración estatal sustituye progresivamente a los poderes locales, cuando la migración ensancha las redes familiares...

Esta configuración reticular de la transición demográfica será confirmada por el sincronismo en la ruptura de la fecundidad tradicional, aparente tanto en el mundo como en el Ecuador. La volveremos a encontrar en la sorprendente rapidez de su descenso en economía de plantación donde las estimaciones indican un progreso comparable en las ciudades y el campo, en cuanto una reproducción mercantil de la fuerza de trabajo condiciona la lógica reproductiva de las familias. El trabajo asalariado en la ciudad o en las plantaciones impone restricciones a la multiplicación de los hombres, rompiendo con la racionalidad de las economías domésticas. Los servicios sanitarios, y los recursos pecuniarios para utilizarlos, siguen la jerarquía de las redes implantadas por el Estado o alimentadas por el dinero. De tal manera que el aislamiento geográfico preserva las antiguas mortalidades, en particular para los niños y los ancianos muy amenazados por la enfermedad pero también menos móviles y económicamente dependientes. Lo demuestran los mapas que enseñan la sobremortalidad de las provincias enclavadas, así como la jerarquía urbana de las tasas. Para el migrante, las redes garantizan las solidaridades necesarias, lo guían al momento de escoger destinos u oportunidades monetarias.

### **3. EN PRO DE UNA ANTROPOLOGIA DE LAS RELACIONES DEMOECONOMICAS**

La teoría de la transición aporta un instrumento muy ordinario para la orientación sistemática y regional de este estudio debido a que la complejidad histórica de las relaciones demoeconómicas no aparece claramente en las simples causalidades factoriales. Precisiones sobre el sentido o la medida de una relación entre dos variables aparecen muchas veces negadas por verificaciones empíricas más finas, aplicadas a una realidad particular. Cuando se comprueban estas relaciones gracias a agregados que miden la riqueza de los hombres, se descuidan los modos de producir y las formas no mercantiles de su actividad. Pues bien, las tareas de la reproducción humana, la educación de los hijos y el mantenimiento de las fuerzas de trabajo, siguen siendo ampliamente manejados por la economía doméstica (Meillassoux C., 1975). Por lo esencial, incumben a la mujer que no percibe ninguna remuneración por sus producciones; el capital humano no entra en las cuentas nacionales.

En suma, la lógica que guía los comportamientos demográficos no se establece exclusivamente en el marco del modo de producción capitalista, ni mucho menos. Sin embargo, la inadvertencia es general en cuanto a las producciones no mercantiles: la contabilidad nacional los aparta y, a menudo, el análisis las descuida, una omisión que puede llevar a muchos errores

sobre el sentido de las relaciones demoeconómicas. Así, un aumento monetario de la producción mercantil puede resultar únicamente del reclutamiento de trabajadores formados en la esfera doméstica, sin desarrollo de las fuerzas productivas sino con el aprovechamiento del crecimiento demográfico de ésta última. Al contrario, se puede concebir que la educación de los niños perdidos para las actividades familiares, cuando migran, aumenta las dificultades de la comunidad autárquica que los formó. Estas observaciones recuerdan que las presiones demográficas que sufren los grupos domésticos de autosubsistencia son mal conocidas, así como el impacto de su integración parcial al mercado de trabajo y de las subsistencias.

Al querer reubicar las relaciones demoeconómicas en el marco de la reproducción material y social, Marx sugirió el principio de una ley de población específica a cada modo de producción, sin profundizar en su naturaleza ni en sus mecanismos. Pero ¿existió alguna vez una reproducción totalmente feudal o capitalista del trabajo humano? En ninguna época se entregó un salario a las madres, los niños nunca nacieron en fábricas, el capital humano que se apropiaron los dueños de esclavos era adquirido una vez formado. El educar a los hombres fue la vocación primera y reservada a la economía doméstica; los sistemas feudal, esclavista o capitalista siempre han destinado esta tarea a la célula familiar que, por esta razón, no pudo desaparecer. Sin embargo, esta actividad es desviada, compartida o alterada por las relaciones o durante los contactos que el modo de producción doméstico mantiene con otras formaciones económicas. Este acercamiento puede ser espontáneo (entre cazadores y agricultores por ejemplo) pero generalmente es impuesto. Si el dinero o la violencia se inmiscuyen en las relaciones familiares, es porque el capitalista o el esclavista se preocupan por depender de una unidad doméstica incontrolada para la reproducción de la fuerza de trabajo que utilizan, pero que son incapaces de reproducir. De tal manera que en las economías industrializadas, el Estado y la economía privada buscan dominar una amplia parte de las actividades de la reproducción humana. A través del código civil o el seguro social, esta intrusión va desde la escuela hasta los platos precocinados pero todavía no ha podido descartar el vientre de la mujer, su presencia afectiva, sus tareas cotidianas.

Cabe subrayar que el estudio de las transiciones demoeconómicas debe ante todo ubicarse en el marco de las relaciones que las comunidades domésticas y la familia mantienen con el mercado, el trabajo asalariado y las formas evolucionadas de las lógicas capitalistas.

### 3.1. La estabilidad, ¿ley social de población?

Si existe una ley de población de alcance universal, para todos los modos de producción, no sería la estabi-

lidad, esa regla histórica cuya principal excepción sería la transición? Por estabilidad, entendemos:

- Tanto la reproducción simple de las poblaciones que renuevan las generaciones sucesivas sin modificar su importancia (los demógrafos hablan de población estacionaria);

- como la reproducción ampliada pero homotética. La estabilidad se conserva porque la mortalidad y la fecundidad permanecen a un nivel regular a largo plazo, de lo cual resulta una población en aumento pero con una estructura estable.

La ruptura de la estabilidad es generalmente percibida como una amenaza para la sociedad; se la buscará, para los diversos niveles de la mortalidad experimentada. Esta reproducción regular resulta ser menos una ley empírica -los reveses son frecuentes- que una comodidad para la sociedad porque le permite una relación constante y habitual entre los activos y los inactivos, garantiza la reproducción física de cada parte de la comunidad y facilita la transmisión perenne de los patrimonios y de los poderes. En cuanto se adquiere la estabilidad, los niños cultivan las tierras de sus padres, los pueblos no tienen que dividirse y, esto resulta primordial, los intercambios de riqueza entre las generaciones están equilibrados. Los pueblos europeos antes de la era industrial vivían esta continuidad cuando el territorio imponía a las sucesivas generaciones un mismo número de fincas, de empleos y de puestos (Dupaquier J., 1972) cuyo acceso arbitaban algunos actos de la vida civil, entre ellos el matrimonio. La sociedad adoptaba varias actitudes para limitar la vida, más fácil de controlar que la muerte, por intermedio de los valores que se reconocían a la familia, a la paternidad, según el estatuto de la mujer. Así se determinaba la edad de las uniones, pero también el nacimiento, y hasta la sobrevivencia de los niños (por el aborto o el infanticidio se borraban los nacimientos no deseados).

En la economía doméstica, la autarquía confronta la reproducción del grupo familiar a sus únicas fuerzas productivas y ante todo trabajo realizado por una numerosa descendencia. La familia tiene que ser fecunda dentro de los límites de sus recursos territoriales. Poco a poco, la producción mercantil o el trabajo asalariado obligan a consumir una alimentación adquirida en el mercado, a instruir en la escuela a los futuros trabajadores; la reproducción humana se ve regulada por la distribución de las riquezas monetarias, sometida a las leyes del mercado. En una fase adelantada del desarrollo capitalista, una creciente parte de las actividades domésticas son asumidas por empresas privadas o instituciones públicas, por la escolarización, dentro de las guarderías, por el seguro social o la introducción en el hogar de los aparatos domésticos. La supervivencia del grupo y la manutención de los inactivos ya no dependen tanto de la fecundidad como de los mecanismos de la repartición social. Por lo tanto, la necesidad de la estabilidad ya no es

vivida con la misma fuerza por las familias que renuncian a sus cargos productivos.

Con excepción de los accidentes, las rupturas principales de la estabilidad demográfica sancionan la transformación o la alteración de los modos de producción: paso de las economías de recolección a la producción agrícola doméstica -la sedentarización de los cazadores-recolectores por ejemplo-, transición al modo de producción capitalista. Queda admitido que la revolución demográfica en Europa acompañó el paso de una economía agraria a una sociedad industrial, la transformación conjunta de una organización familiar compleja hacia hogares unidos por lazos afectivos. Puede ocurrir una ruptura similar cuando un sistema productivo se ve brutalmente afectado por un grupo que toma posesión de los medios de la reproducción física de los hombres. La conquista colonial americana es un ejemplo de una brutal sumisión del modo de producción doméstico con las consecuencias que todos conocemos sobre la vitalidad de las poblaciones.

### 3. 2. El cambio en la demografía doméstica

Por lo tanto habría que buscar la singularidad demográfica del Ecuador en la historia del modo de producción doméstico y en sus relaciones con la economía capitalista. La evolución ancestral que ha desviado la economía familiar hacia la producción mercantil empieza por la movilización colonial de la mano de obra indígena, se extiende desde fines del siglo XIX con la arboricultura de exportación, sigue con el boom petrolero y el reclutamiento femenino en el mercado del trabajo. Esta historia no es uniforme de un lugar a otro, existen regiones que han conocido un desarrollo capitalista más precoz o más intenso que otras; algunas comunidades han sido mantenidas apartadas de los intercambios mercantiles, otras resisten mejor a sus efectos. Si nuestras hipótesis poseen una base, la geografía de esta evolución debe coincidir con algunas configuraciones del espacio demográfico durante el período de transición.

La participación en la economía colonial fue impuesta a las economías domésticas primeramente bajo el yugo de un arsenal jurídico y represivo que legalizaba el reclutamiento brutal de los productores (Saint-Geours Y., 1980). El haber golpeado en sus medios de supervivencia provocó una sobremortalidad peligrosa para el grupo: la Colonia, y luego la República, padecieron hasta la segunda mitad del siglo XIX de una carencia endémica de mano de obra debido a una mortalidad muchas veces excesiva, particularmente en la Sierra. Desde esa época, la Costa empieza una reconquista demográfica a partir de las regiones de Manabí, y quizás la Sierra desde Loja, por haber sido en parte las más preservadas y las más prolíficas.

Al no ser el resultado de un proceso endógeno - una

revolución industrial como en la Europa del siglo XIX- la caída de la mortalidad en el Ecuador siguió la difusión de las técnicas médicas. Los primeros efectos favorables se manifestaron en las regiones que se beneficiaron de la prosperidad cacaotera, donde poco a poco el gobierno liberal se hace cargo de la salud. A pesar que una parte de las innovaciones sanitarias es importada, el dinero sigue siendo indispensable al mejoramiento de la cobertura médica, la cual se conforma, por lo tanto, con la configuración de los intercambios. El progreso es primeramente urbano y rompe tardíamente la continuidad demográfica de las economías familiares para luego trastornar el manejo de su espacio territorial y de sus recursos. La rápida caída de la mortalidad puede, desde entonces, llevar a una duplicación de los productores sobre el terreno familiar en el lapso de dos o tres generaciones; el ciclo productivo y parental se ve por lo tanto alargado. Las presiones campesinas sobre las haciendas, así como las reformas agrarias que provocan, dan cuenta de estas modificaciones.

El retroceso de la mortalidad contribuye al crecimiento económico al liberar una nueva fuerza de trabajo hacia la esfera mercantil. De ahí resulta un halagüeño crecimiento del producto interno bruto: más bienes producidos son evaluados al precio del mercado, el empleador ahorra así el costo de la reproducción de los hombres y, en la medida en que se dan las migraciones temporarias, se economiza también su mantenimiento, ya que tanto el uno como el otro son asumidos por la familia campesina. Tenemos que insistir en el hecho de que este peso es ampliamente soportado por las mujeres que, además de las tareas educativas y de la preparación de los alimentos, deben atender los trabajos agrícolas de los hombres ausentes.

La inserción progresiva en el mercado influye en las lógicas natalistas de las comunidades domésticas, confrontadas progresivamente a las consecuencias de una vida más larga. Estas no se manifiestan de inmediato, las diferentes generaciones las perciben al ritmo de sus ciclos de vida: al entrar en la vida activa, al heredar de los padres, cuando hay que educar a los hijos... Tarda pues adaptarse a una mortalidad más clemente y depende, aquí y allá, del contexto económico así como de la integración de la familia al mercado. Los intercambios mercantiles y el trabajo asalariado modifican el costo de la reproducción de la fuerza de trabajo asumida por las familias: se vuelve monetario. La alimentación y la educación serán más o menos "costosas" según la residencia de la familia, si dispone o no de un terreno para cultivos domésticos complementarios, según las producciones agrícolas (comercial o de subsistencia), si la mujer está ocupada o no fuera del hogar y conforme a los gastos de formación que impone el mercado del trabajo...

Estos argumentos serán discutidos al observar la

geografía de la baja de la mortalidad y de la fecundidad, geografía con formas reticulares que resultan precisamente de la extensión del mercado y de la progresión de la economía capitalista. Se trata de una tendencia general cuyo curso puede ser desviado por algunos eventos: una nueva eficacia de los métodos contraceptivos, la prosperidad o una crisis económica, políticas de población eficaces. Estas "intrigas de la historia" se reconocen bastante bien gracias a su sincronía, sus efectos se generalizan en momentos precisos.

Antes de abordar más en detalle estas cuestiones en los respectivos capítulos, algunos mapas parroquiales aportarán una visión global y preliminar del espacio demográfico ecuatoriano. Se escogieron algunos indicadores estructurales para cartografiar las modificaciones que la transición introduce en la composición de las poblaciones regionales.

#### 4. ESTRUCTURAS DEMOGRAFICAS TRANSITORIAS

Al haberse alargado su vida, las parejas más numerosas disponen de más tiempo para completar una descendencia más segura de sobrevivir; y las poblaciones que no modifican su fecundidad crecen a un ritmo inhabitual. La complejidad de esta sencilla consecuencia resulta de la repartición de este aumento demográfico en el tiempo, en el espacio, según las edades y las clases socioeconómicas. Esta compleja evolución cambia el equilibrio de las regiones, de las etnias y de las razas, pero también el peso relativo de los activos, de las generaciones sucesivas... El incremento de las poblaciones en tales proporciones compromete la repartición de las tierras y de las producciones agrarias, precipita los desplazamientos humanos, pesa sobre la educación de los niños, el trabajo y el estatuto de las madres.

Las estructuras demográficas nos informan sobre los movimientos de población, pero en términos confusos, porque los datos censales son todavía demasiado escuetos para dar cuenta de estos trastornos en el detalle de la composición familiar, de las actividades económicas o de los equilibrios entre generaciones. La interpretación, sobre todo, se vuelve difícil al no poder separar la incidencia conjunta de los principales componentes de la transición; el trabajo del presente estudio consistirá justamente en aislar la baja de la mortalidad, la disminución de la reproducción humana, los movimientos migratorios.

Las representaciones estructurales constituyen sin embargo una buena introducción al estudio de las transiciones ya que las bosquejan con una imagen inmediata y sintética. Para cada provincia, las pirámides de edades muestran el equilibrio de las generaciones en presencia, el número de personas activas que mantienen a los ancianos y educan a los niños, algunas deformaciones

migratorias que las estadísticas no revelan(31). Los mapas vendrán a recordar hasta que punto las modificaciones de la mortalidad actúan sobre las migraciones y la fecundidad en función de la naturaleza y la fortuna del lugar, la cultura de los pueblos o su aislamiento.

##### 4-1. Las estructuras por edades

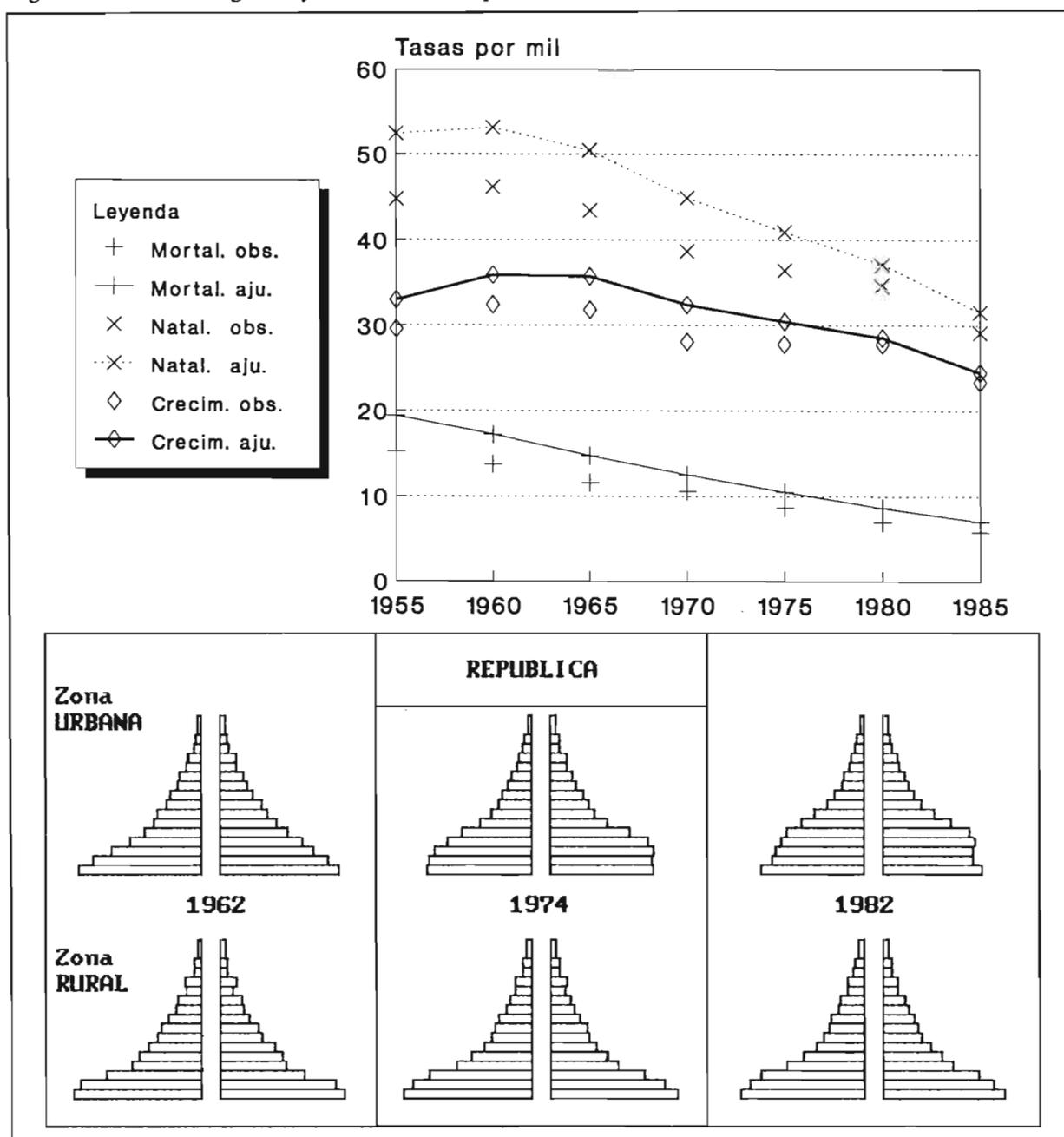
La pirámide de las edades quinquenales es un croquis tan rudimentario que es moderadamente sensible a los errores sobre la edad, aunque lo sea más a las lagunas del empadronamiento. Hay que decir que los niños están impropriadamente censados, sobre todo antes de su primer aniversario(32) y que los ancianos declaran a menudo una edad redondeada a la decena superior. Estos dos sesgos exageran ligeramente los efectos de la transición sobre la estructura observada. En algunas regiones, el éxodo rural deforma con nitidez la pirámide aunque algunas diferencias entre las poblaciones "de derecho" y "de hecho" dejan pensar que los censos atenúan su real amplitud. Numerosos fueron los migrantes residentes en las ciudades que habían regresado a sus pueblos el día del censo: por lo tanto, aparecen exageradamente en la población rural censada ese día(33).

De la transición vital, por regla general y si la perturbación migratoria es ínfima, resulta un ensanchamiento del tronco en perjuicio de la base. La baja benéfica de la mortalidad proporciona una parte relativa más grande a los adultos, el cuerpo de la pirámide se ensancha. Una fecundidad vigorosa confiere a la pirámide un amplio zócalo que la transición reducirá, con el estrechamiento de los efectivos en las edades jóvenes. La pirámide se parece entonces a una botella barrigona.

Esta tendencia prevalece para la mayoría de las provincias durante los años sesenta y setenta, está bien dibujada en la evolución de la población nacional insensible a las migraciones internas. Hasta 1962, las edades jóvenes han aumentado gracias a una mortalidad ya en retroceso pero la natalidad cambia poco, probablemente crece debido al mayor número de adultos. Paradójicamente la clase de los niños de menos de cinco años vuelve a tomar un poco de relieve en 1982, a pesar de que su importancia en la población total esté bajando con relación a 1974. Una mejor declaración de los infantes a los agentes del último censo puede explicar esta deformación anacrónica. Pero la excrescencia aparece sobre todo en las ciudades y las zonas con fuerte inmigración en donde sería el resultado de una estabilización de la natalidad, también visible en la evolución de las tasas (figura 1), durante el final de los años setenta. Este fenómeno se debe a la llegada de generaciones más numerosas que aprovechan el alargamiento de la vida, ventaja que en algunos lugares viene a reforzar un flujo de migrantes adultos en edad de procrear.

La transición vital es menos precoz, y muchas veces

Fig. 1. Transición demográfica y estructura de la república



más lenta, en las zonas rurales. En algunas de ellas, la natalidad había cedido muy poco al momento del último censo, o su baja surtía poca consecuencia sobre la estructura por edad. Una franca disminución del número de los jóvenes con la edad, así en las zonas rurales, lleva a concluir que existe una mortalidad más elevada. Pero poco a poco, los riesgos de fallecimiento se confunden con la salida de migrantes que aparecen en positivo en las poblaciones urbanas. Entonces hay que descartar la posibilidad de establecer la parte precisa de la deformación debida al movimiento migratorio y de la debida a una mejor vitalidad. Esta observación vale para la presencia mayoritaria de las mujeres en las ciudades prácticamente en todas las edades y sensible en todos los

censo. Se evidencia un éxodo de origen rural más importante que el de los hombres: en efecto, el campo es masculino pese a una sensible sobremortalidad de los hombres. La intensidad de este movimiento hacia 1982 intriga: la pirámide femenina se queda deforme entre veinte y treinta y cinco años mientras que el sobrenúmero de las mujeres estaba mejor repartido, aunque no menos intenso, veinte años antes. La razón se encuentra en la selección migratoria pero también en una menor mortalidad de las jóvenes que los trabajos domésticos protegen de las muertes violentas.

El detalle de las estructuras provinciales, y de su evolución, clarifica la geografía de la transición. Muy

Fig. 2. Composición por edad de la Sierra

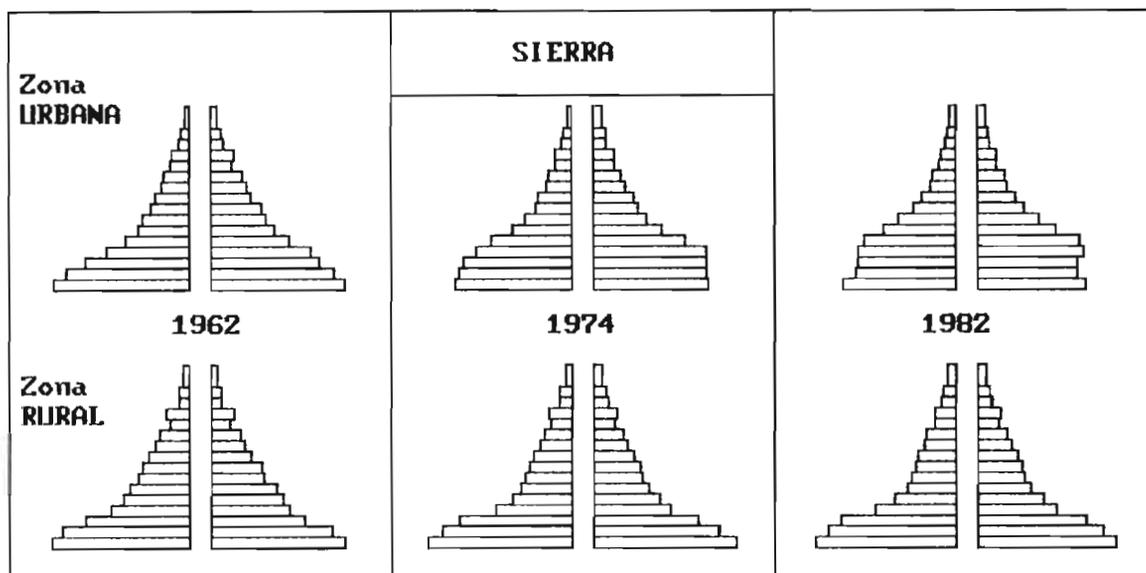
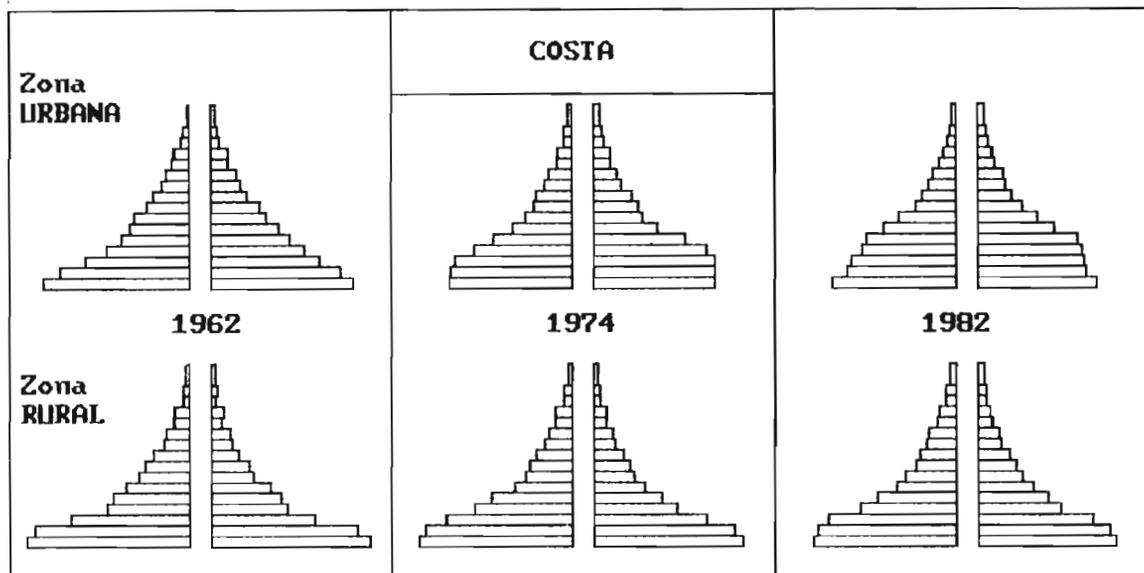


Fig. 3. Composición por edad de la Costa



esquemáticamente, dos grandes reparticiones completan la distinción urbano-rural. La que imponen los Andes que separan las partes bajas costaneras y amazónicas. La segunda repartición, menos clara que esta fractura natural, implica una escala que en la Costa iría de la economía campesina hacia las plantaciones y en la Sierra de los enclaves indígenas hacia las poblaciones más mestizas y mejor integradas a la economía de mercado. .

Las pirámides andinas presentan una base más estrecha, signo de una reproducción mucho más contenida (si suponemos que los niños no son aquí subregistrados), quizás limitada por una mortalidad infantil que la altura agrava, seguramente por una natalidad menos enérgica. Esto vale para las ciudades y las zonas rurales que en 1962, lo cual es bastante raro,

tienen una estructura similar, aunque la supervivencia sea mejor en las primeras. La importancia de los niños menores de cinco años, en los dos casos idéntica, tiende a aumentar en las poblaciones rurales mientras que disminuye en las ciudades, mostrando la aptitud de las familias para controlar su tamaño. Pues, la natalidad baja incontestablemente pese a un excedente de mujeres jóvenes un excedente de 10% a los veinte-veinte y cuatro años hacia 1982 que era de 26% en 1962.

Basta con mirar la evolución estructural de los campos para admitir que el éxodo alcanza, grosso modo, a un tercio de las mujeres y de los hombres adultos. Sobre todo en 1982, se observa el perfil de una población "adelgazada", vaciada de sus fuerzas activas donde la tierra o el desarrollo económico no pueden absorber el aumento de los jóvenes que se han salvado

de las enfermedades o de los accidentes. Resulta un desequilibrio estructural que pesa sobre la economía doméstica cuyas tareas de reproducción se ven acrecentadas. Aparentemente ésta no puede controlar una fecundidad que implica un trabajo femenino pesado, sólo aliviado por la emigración, único medio de moderar una natalidad que la baja de la mortalidad vuelve explosiva. Acordémonos de esta deformación de las estructuras por edades al observar los mapas 8 y 9 de la actividad y de la educación femenina; tal situación refleja el estatuto de la mujer, y contribuye a deteriorarlo.

En las estructuras por edades de las poblaciones costeñas se nota una transición más rápida pese a una natalidad originalmente más vigorosa. En 1962, el desfase entre zonas urbanas y rurales es más contrastado pero estas últimas evolucionan a un ritmo más sostenido que en los Andes. Este progreso y la abundancia relativa

de las tierras no parecen moderar considerablemente la emigración campesina que afecta la pirámide en las edades de mayor actividad. Con el tiempo, el éxodo aumenta su huella en la estructura de edad, sin embargo menos que en la Sierra que alimenta la economía de plantación con trabajadores: los hombres son mayoritarios en varias zonas rurales costeñas.

En el detalle de las provincias aparecen deformaciones más circunstanciales provocadas por la nueva prosperidad de un cultivo comercial, la apertura de un frente pionero, la presencia de una capital... Sin embargo, algunas tendencias se perfilan.

Imbabura, Cotopaxi, Bolívar y Chimborazo, provincias muy indígenas, se distinguen por una base estrecha de su pirámide poco modificada durante los dos últimos decenios, en particular en las regiones rurales

Fig. 4. Composición por edad: Bolívar

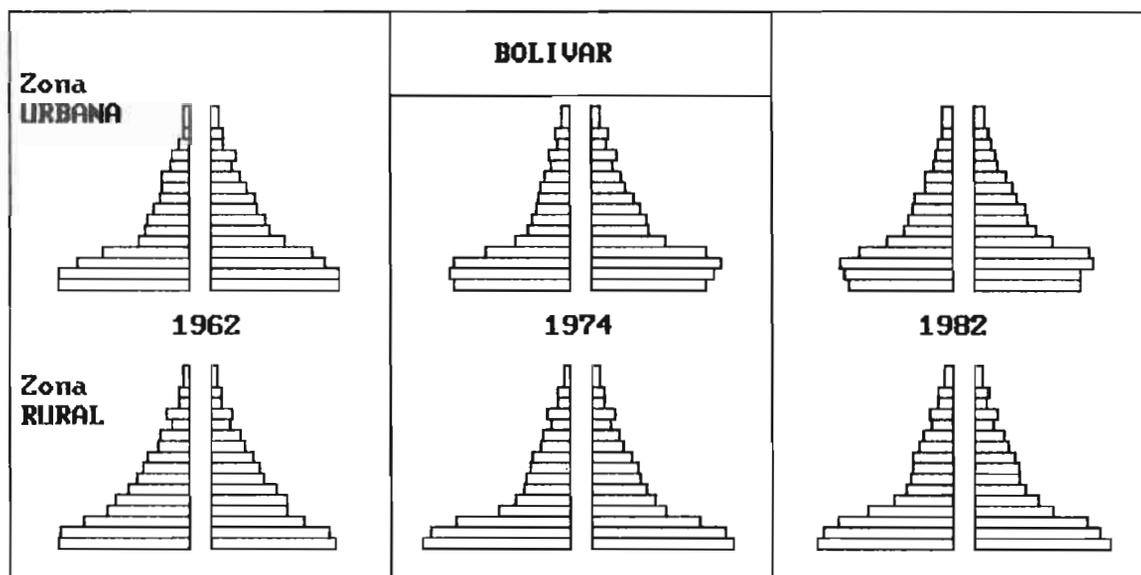


Fig. 5. Composición por edad: Cotopaxi

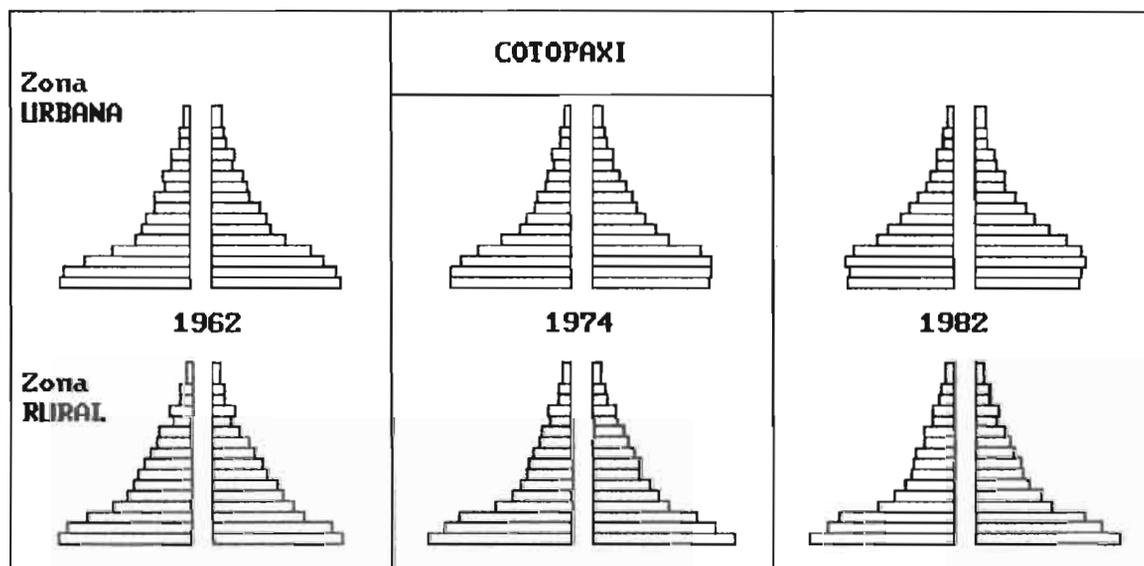


Fig. 6. La transición: Imbabura

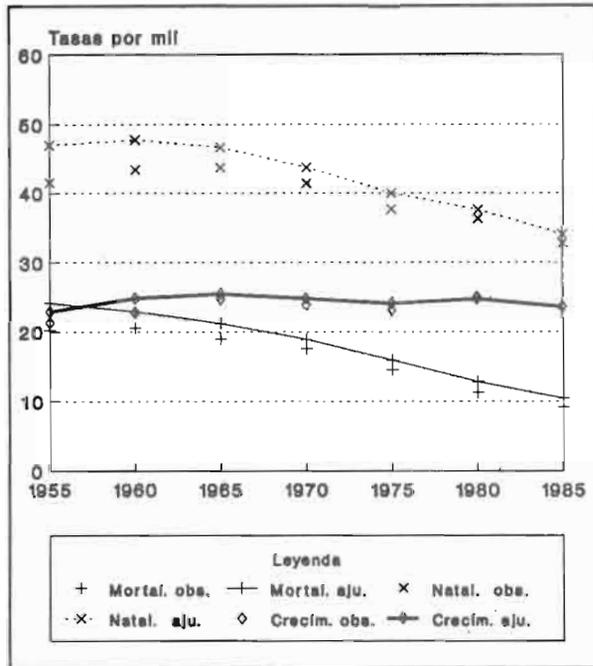


Fig. 7. La transición: Pichincha

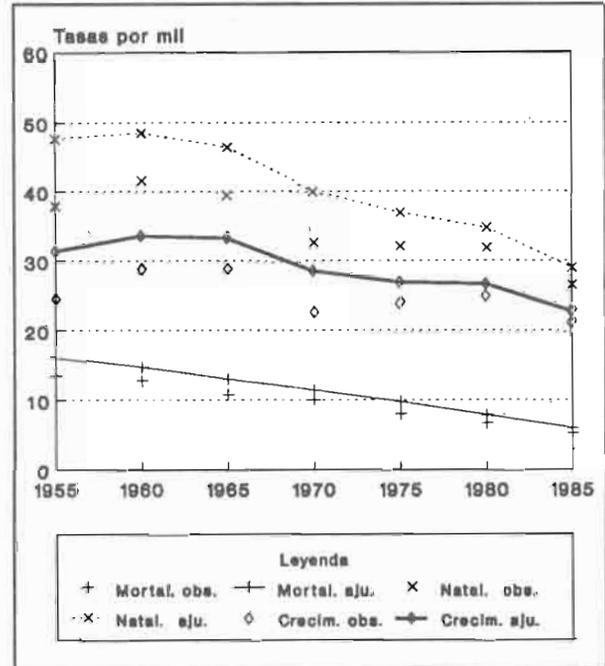


Fig. 8. La transición: Chimborazo

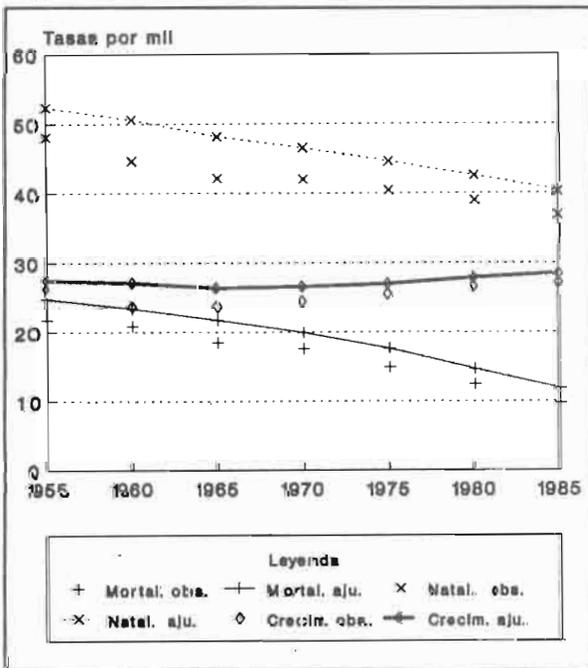
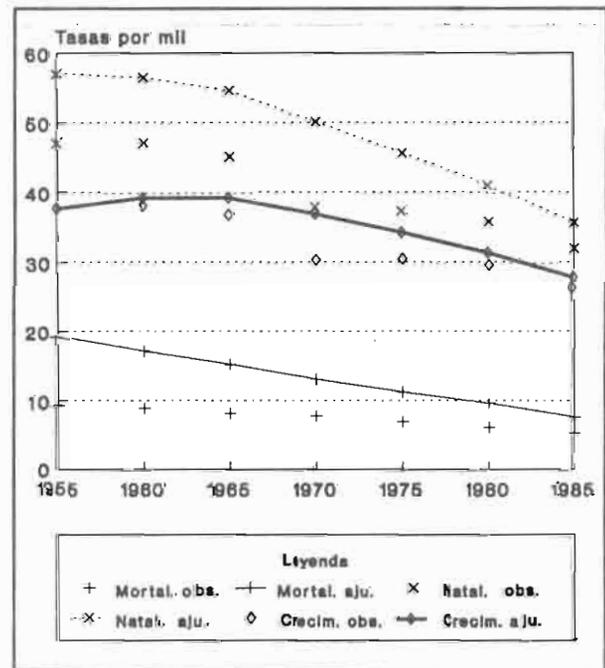


Fig. 9. La transición: Loja



donde la transición vital sería más tardía y la natalidad parece haber cambiado poco. El crecimiento natural está contenido por debajo del 3% pero es constante en todo el período (ver fig. 6 y 8). En tales condiciones, es sobre todo la emigración la que atenúa los efectos indeseables de la transición demográfica -adultos demasiado numerosos sobre tierras escasas-. En la provincia-tesugo de Bolívar (fig. 4), la deserción de los adultos es evidente, tanto en las ciudades como en las zonas rurales, y toca más particularmente a los hombres. La transición migratoria sustituye a la transición vital a ex-

pensas de la economía doméstica, que soporta actividades reproductivas superiores a sus escasos recursos.

La provincia de Pichincha escapa a esta tendencia por el peso demográfico de la capital y por el dinamismo agrícola de la región costera de Santo Domingo. Lo que llama la atención es la diferenciación creciente entre la ciudad y las zonas rurales: parecidas en 1962, se diferencian fuertemente con el desarrollo de Quito. El perfil de la población urbana muestra las formas de una madurez a la cual contribuye la prosperidad económica;

el vientre de la pirámide se hincha con el crecimiento de los sobrevivientes y la llegada de adultos migrantes cuyo número contribuye a sostener la reproducción. La estabilización de las tasas de natalidad, y sobre todo el crecimiento natural en los años setenta (Fig. 7), traduce este efecto pese a una fecundidad cuyo declive es señalado por el estrechamiento de la base. En cuanto a las estructuras rurales, se ven poco modificadas porque el éxodo es mínimo: las zonas rurales que rodean Quito y los frentes pioneros en las tierras bajas reciben un contingente importante de productores. Sin embargo se puede notar la subida de las clases jóvenes cuyo aumento beneficia de una mortalidad en retroceso.

En diversos grados, las demás regiones de la Sierra se ubican entre las dos situaciones extremas ilustradas por Pichincha y Chimborazo. La provincia de Tungurahua se acerca al tipo andino de transición; la de Azuay

de su configuración moderna, imitando a Pichincha, hasta en el escalón del crecimiento natural durante los años setenta. Casi en todas partes, el éxodo rural mitiga una transición demasiado tardía de la fecundidad. Debemos notar que las poblaciones lojanas son más rápidas en controlar su fecundidad pero su éxodo es masivo tanto en el campo como en las ciudades; la reproducción humana en estas regiones era una de las más vigorosas del país. La evolución de las tasas no conoce el escalón común a muchas poblaciones serranas; alejada y excentrada, la provincia vive un ritmo demográfico autónomo. Señalamos por fin que la provincia del Carchi refleja fielmente la transición demográfica nacional.

No sorprende constatar que Guayas se parece a Pichincha por el perfil de sus evoluciones y las estructuras de su población. Se puede notar la misma estabilización

Fig. 10. Composición por edad: Manabí

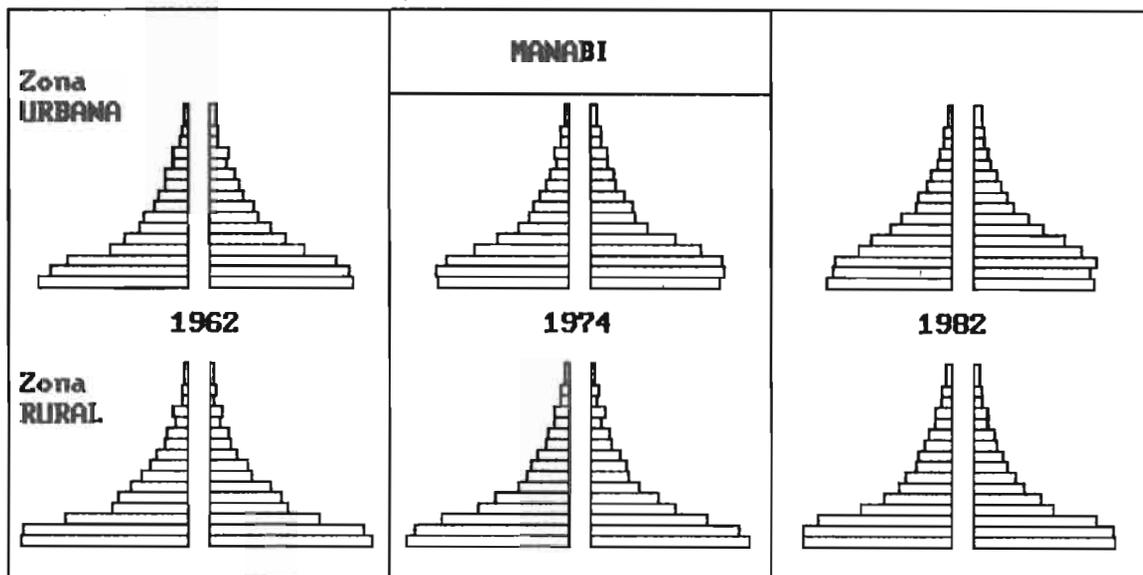


Fig. 11. Composición por edad: Guayas

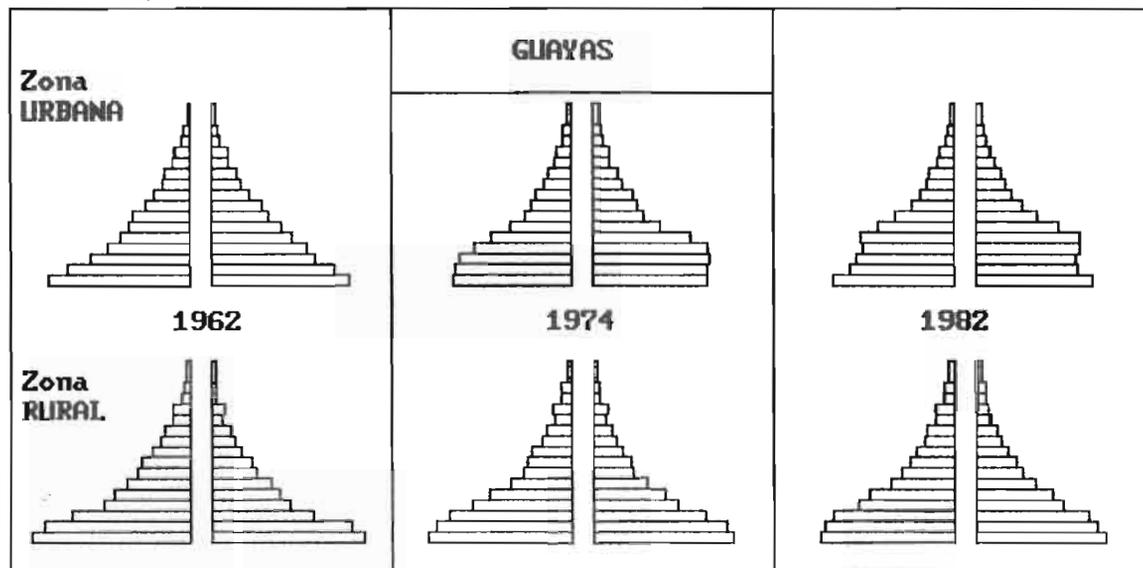


Fig. 12. Composición por edad: El Oro

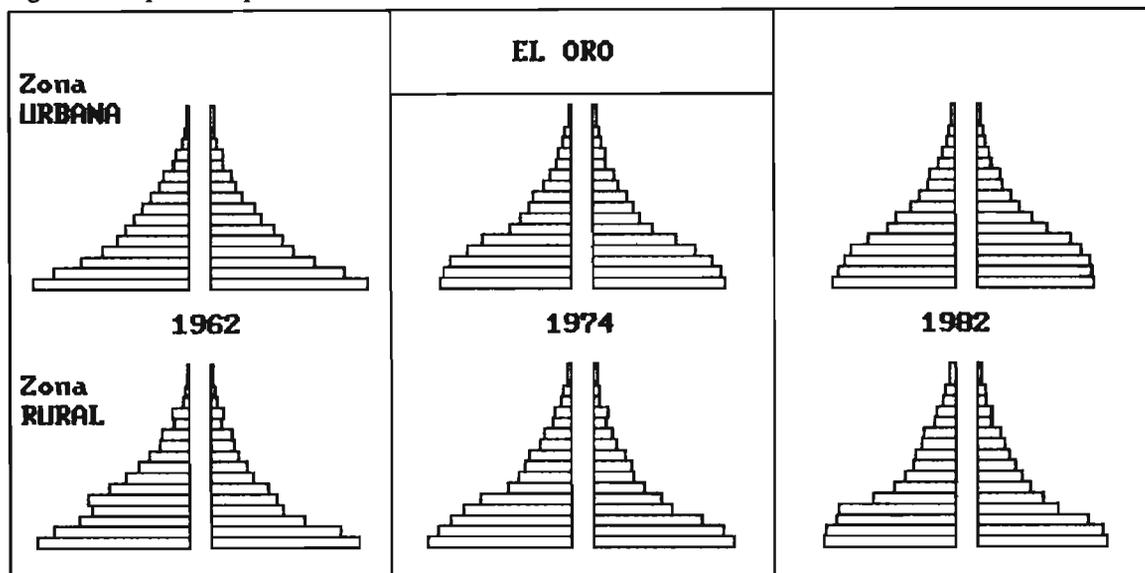
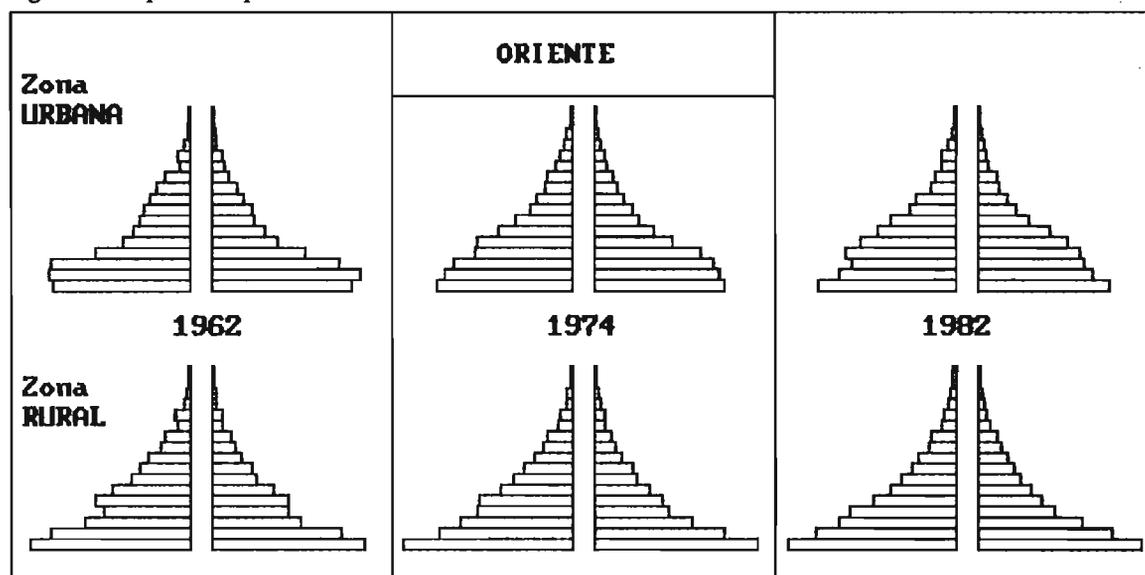


Fig. 13. Composición por edad: Oriente



del crecimiento natural en los años setenta pero las zonas rurales son más rápidas en adoptar nuevos comportamientos reproductores que en la provincia serrana.

Es efectivamente la economía de plantación, en las regiones con una arboricultura próspera, la que se beneficia de los favores de la transición demográfica. La provincia de El Oro, (fig. 12) y la de Los Ríos experimentaban una natalidad muy alta a principios de los años sesenta. La disminución relativa de los niños atestigua una rápida adaptación, el redondeo de la base significa una mortalidad contenida y una natalidad limitada. Algo muy singular en la Costa ecuatoriana es la mínima diferencia entre las ciudades y las zonas rurales. Aunque aumenta durante el período considerado, no es en nada comparable con el atraso acumulado por las

demás zonas rurales del país. La inmigración masculina, precio de la prosperidad agrícola, se la puede leer en la estructura por edades de las zonas rurales; sin embargo, en términos relativos fue más importante en 1962 que ahora: los hombres de veinte-veinte y cuatro años eran en aquel entonces en un 56% más numerosos que las mujeres; veinte años más tarde, el excedente cayó al cuarto de la población femenina. En su generalidad, estas observaciones son válidas para la provincia de Los Ríos quizás con una estructura menos acusada.

Manabí, y más aún la provincia de Esmeraldas, se destacan por una natalidad excepcional, en particular en el campo donde baja lentamente. La inercia caracteriza una economía doméstica implantada en las colinas occidentales y las regiones enclavadas del Norte. La salida de los jóvenes campesinos parece haber sido más

Fig. 14. La transición: Manabí

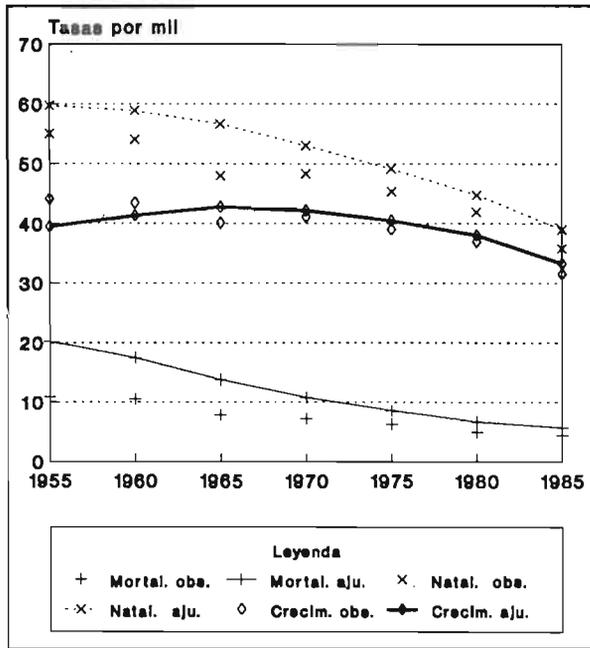


Fig. 15. La transición: Guayas

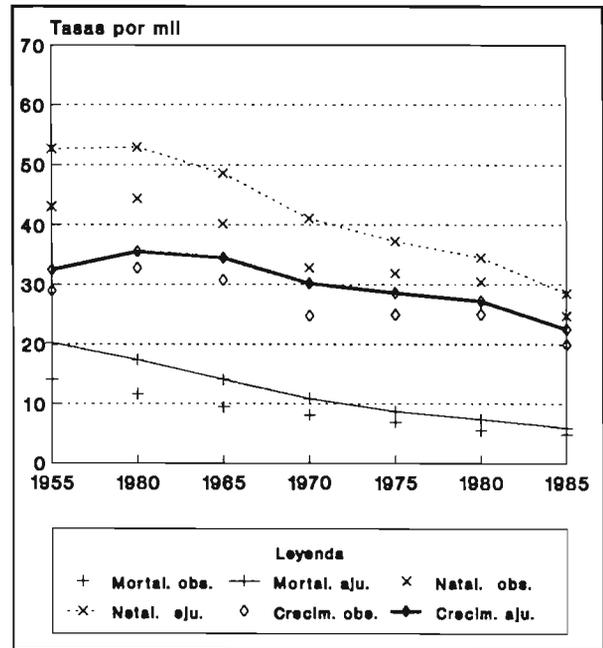


Fig. 16. La transición: El Oro

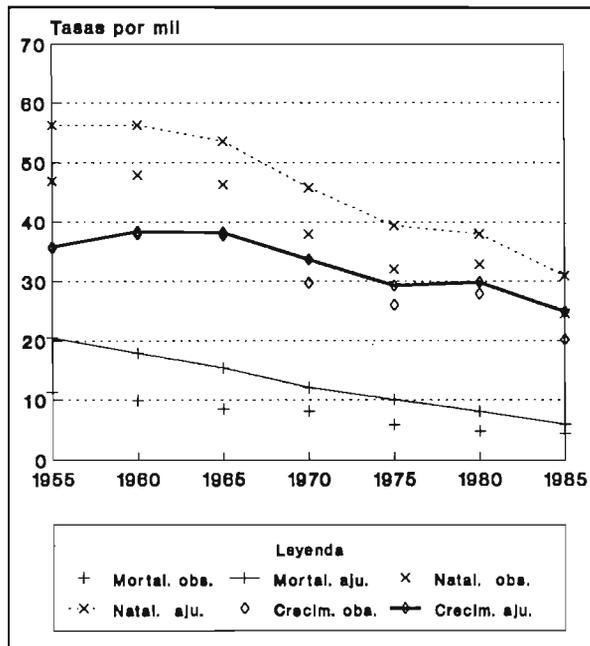
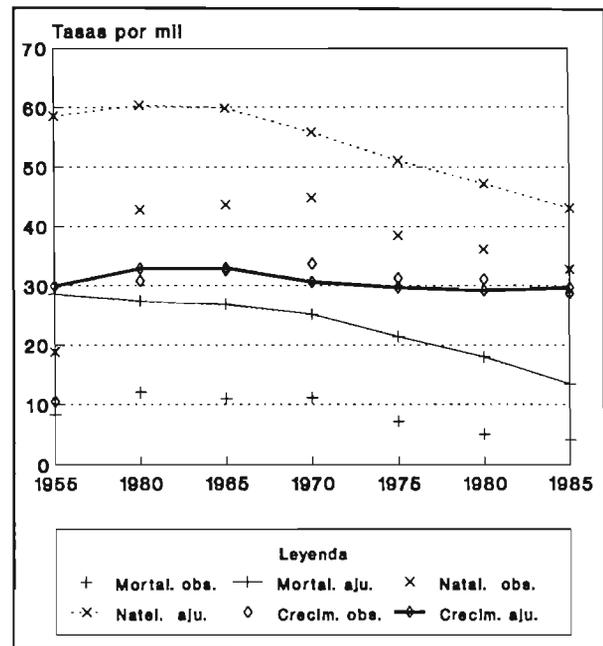


Fig. 17. La transición: Morona Santiago



peculiar hacia 1960 que hoy en día; con el tiempo, este éxodo aparece como mejor repartido entre las diferentes clases de edad. Se puede notar el desequilibrio entre los adultos poco numerosos y los niños, siendo la educación totalmente soportada por la economía doméstica en el período de transición.

En 1982, las poblaciones amazónicas no habían reducido en forma sensible su natalidad, beneficiándose las ciudades de una modesta ventaja. Todo contribuye a un crecimiento demográfico duradero: el aislamiento de

los frentes pioneros, el esfuerzo que las tierras nuevas exigen de la mano de obra familiar y sobre todo la inmigración que infla las clases fecundas. Aparentemente, se mantienen tasas elevadas en los tres decenios que nos toca observar (Fig. 17). Sin embargo resulta más sorprendente el constatar que la afluencia notoria de colonos ya no deforma netamente la composición por edad. El aporte en hombres nuevos es sensible en 1962 sobre poblaciones autóctonas poco numerosas. Una ligera sobremasculinidad se mantiene luego pero la estructura se equilibra para volverse nota-

blemente regular. Este fenómeno, ya constatado en las regiones con fuerte atracción, significa que la fuerza del crecimiento natural prevalece progresivamente sobre el crecimiento inducido por las migraciones, desde entonces menos perceptibles.

Estas tendencias que esbozan las estructuras por edades provinciales son demasiado vagas para el análisis que toca hacer de cada componente de la transición. La cartografía parroquial (Delaunay D., 1987) de algunos proporciones simples (relación de masculinidad, tasa de actividad...), que sin embargo traducen una realidad compleja, aportará una visión exhaustiva del espacio demográfico por describir. Estos mapas ayudarán a visualizar las descripciones que siguen.

#### 4. 2. La fuerza vital de las regiones

Se ha cartografiado un indicador de la reproducción humana para las poblaciones parroquiales de 1982, exclusivamente rurales. Se trata de la relación entre el número de hijos menores de 5 años y el número de las mujeres de 20 a 39 años. Esta clase de edad no cubre todo el período fecundo pero es el único indicio de esta naturaleza que los datos censales permiten calcular al nivel de parroquia. Para el demógrafo, es una medida impura, difícil de interpretar porque mezcla la fecundidad y la estructura por edad de la población femenina, la mortalidad de los niños y la migración de sus madres. Sin embargo, para el geógrafo, indica precisamente la fuerza reproductiva de las poblaciones de lugar, que resulta efectivamente de los componentes enumerados. Este ratio no permite descomponer el fenómeno que describe, de manera que algunas variaciones son difícilmente interpretables. Anótese simplemente que las tramas más oscuras representan un mayor número de niños sobrevivientes por mujeres.

Una ojeada rápida revela que las progenituras numerosas se dan al contacto con los espacios "vacíos" (los que cuentan menos de dos habitantes por kilómetro cuadrado en 1982)(34). El hecho es particularmente marcado en toda la cuenca amazónica, con excepción de la región petrolera y de los corredores de contacto con la Sierra (Baeza, Baños-Puyo, Mendez, Zamora) con un poblamiento más antiguo y menos enclavado. Se observa también una fuerte reproducción en la parte septentrional de la Costa al este y al sur de la ciudad de Esmeraldas(35). Todo este espacio con alta fecundidad coincide con la extensión de los cultivos de bosque tropical, zona de colonización, que localiza el mapa 5. Esta configuración subraya la lógica natalista de las poblaciones pioneras.

Dos islotes con fuerte natalidad emergen en las colinas de Jipijapa y Paján, tierras que han conservado la vitalidad de las antiguas poblaciones manabitas debido quizás a su aislamiento, así como en el extremo Sur del

país. No faltarán las ocasiones de asimilar esta región con la provincia de Loja por sus comportamientos demográficos, en particular migratorios pero también natalistas.

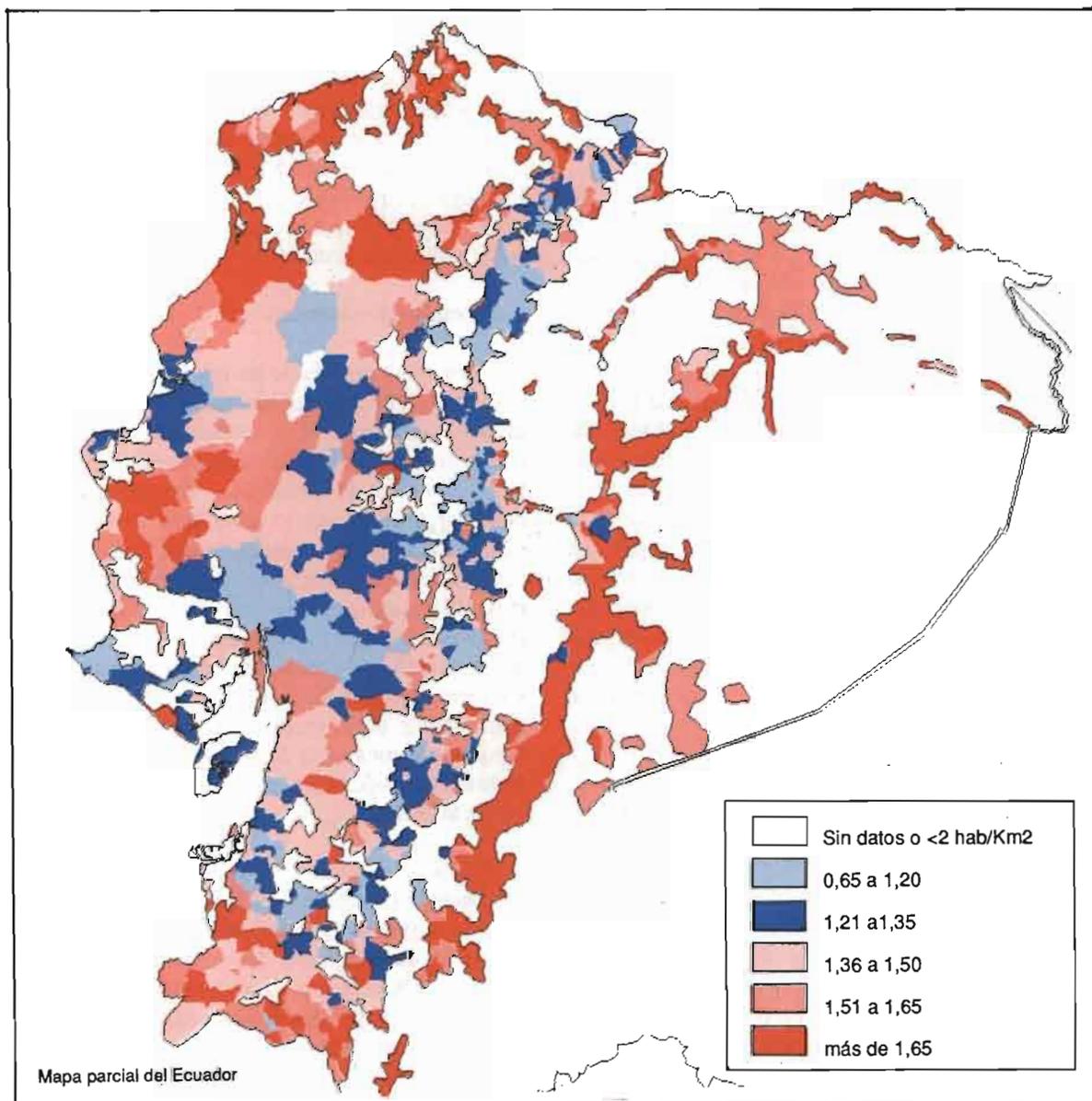
Las reproducciones moderadas están localizadas en el campo bajo influencia urbana (alrededor de Quito, por cierto, pero también en las cercanías de Daule, Babahoyo, Machala ...) o en los lugares de arboricultura. La reproducción mengua en la Sierra con excepción del corredor que baja hacia San Lorenzo a lo largo del río Mira en parte colonizado por las poblaciones negras costeñas. También se destacan algunos asentamientos indígenas por el tamaño reducido de sus familias en particular en Chimborazo y por Saraguro. En estas regiones hostiles al empadronamiento, la mala calidad de los censos impide un pronunciamiento; sin embargo los índices concuerdan sobre la baja fecundidad andina de las mujeres, cuyo éxodo se ha constatado y que dan a luz niños muy fuertemente afectados por las infecciones respiratorias y la malnutrición.

#### 4. 3. Transiciones migratorias

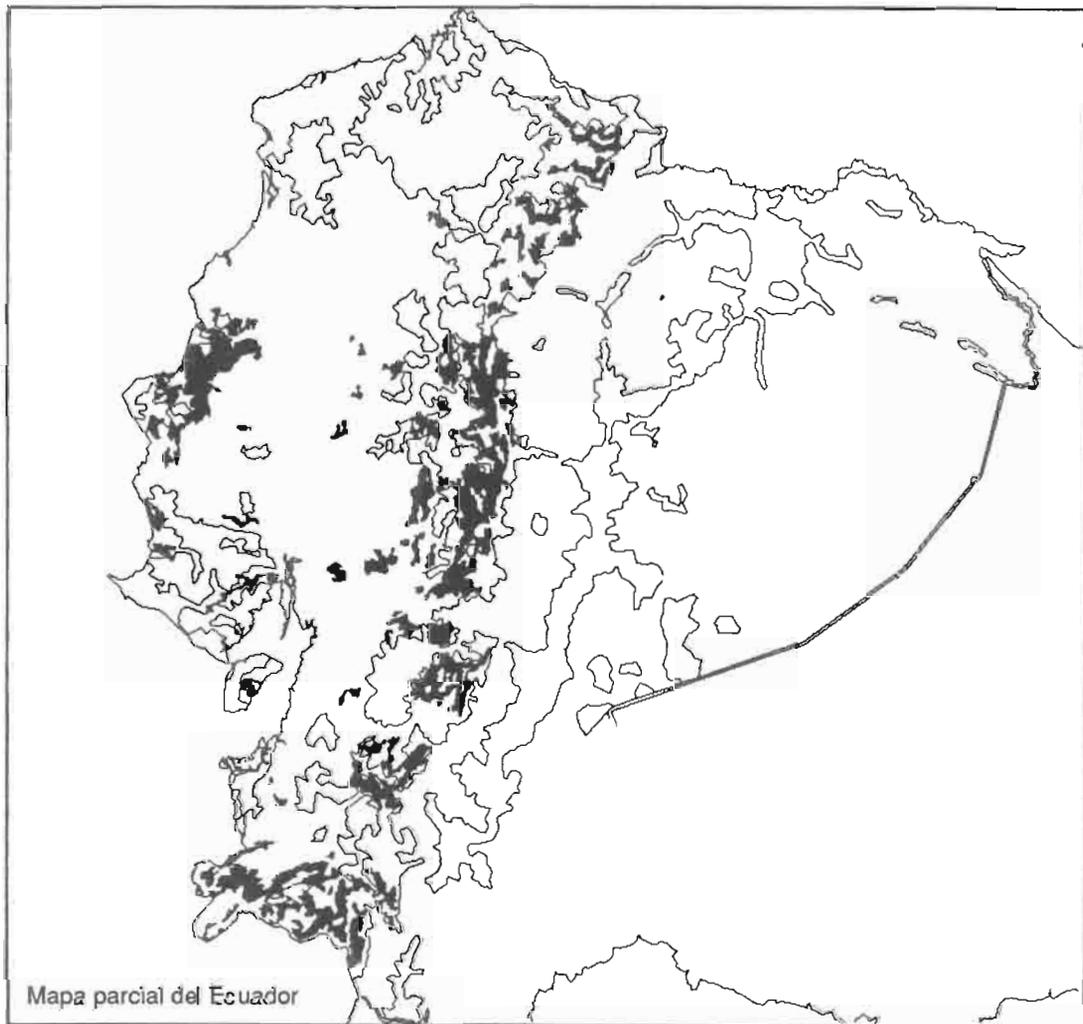
Porque la urgencia de las tensiones demoeconómicas imponen una adaptación inmediata, los adultos migran, pero mucho antes de temperar una fecundidad que raramente consideran como responsable de sus dificultades: controlar los nacimientos sólo aportaría soluciones a largo plazo. Por lo tanto, hay hermanos que se alejan por no poder competir sobre tierras de padres cuya vida se prolonga; parte el jefe de una familia demasiado grande que tiene una parcela exigua; se ausentan jóvenes activos que no sabe emplear una sociedad que se formó en la estabilidad demográfica. Este movimiento de una mano de obra abundante favoreció en gran medida la prosperidad agrícola del Ecuador: la transición demográfica fue indispensable al desarrollo de los cultivos de exportación y a la explotación de las selvas tropicales.

Dos mapas ilustran la medida de esta evolución, comparando la extensión de los cultivos de víveres tradicionales (mapa 4) y del desmonte tropical húmedo (mapa 5). La exigüidad del espacio reservado a los víveres de altura dice mucho sobre las dificultades económicas de las poblaciones andinas autóctonas: estos cultivos corresponden con bastante precisión a los lugares más densos del poblamiento campesino. Sin atribuirle sistemáticamente la colonización de las tierras nuevas, subrayaremos en qué forma el desmonte forestal pudo aliviar las tensiones de un espacio estrecho. La explotación de las estribaciones andinas y de la cuenca amazónica, se debe en gran parte a estos agricultores ya que las poblaciones costeñas del Manabí se volcaron hacia el norte. Esta reciente explotación —se trata de claros o de islotes en bosques hacia los años setenta y cinco— subraya la nueva redistribución del

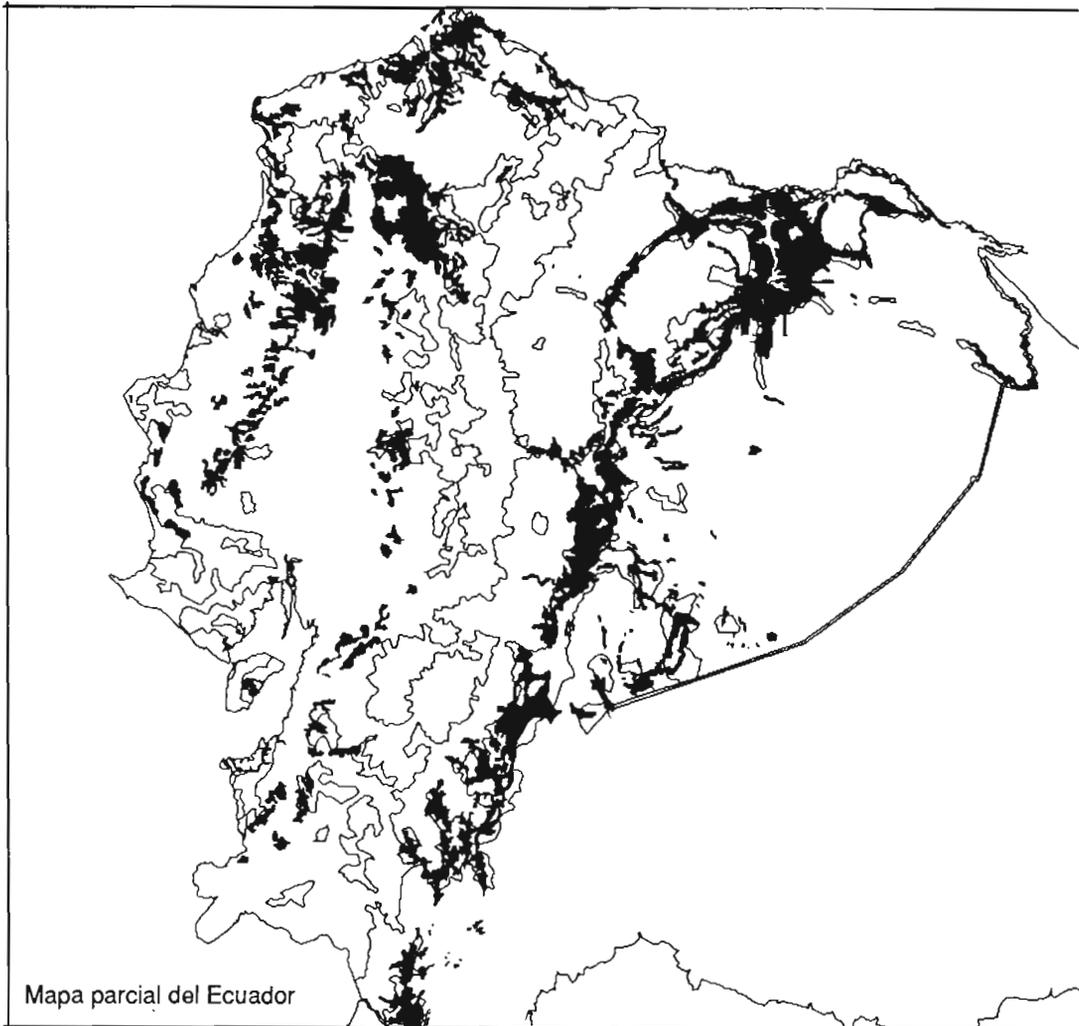
Mapa 3. La reproducción en las parroquias rurales



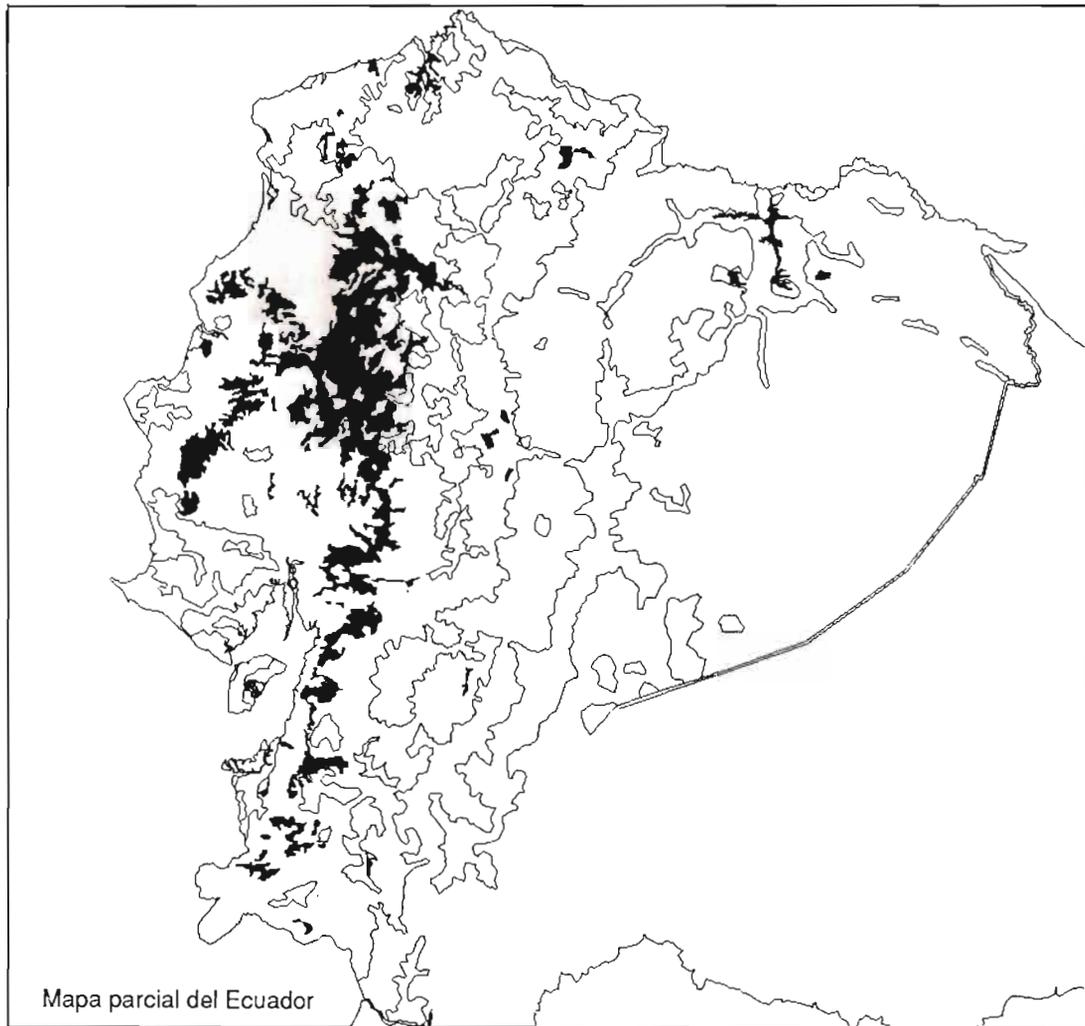
Mapa 4. Cultivos de subsistencia.



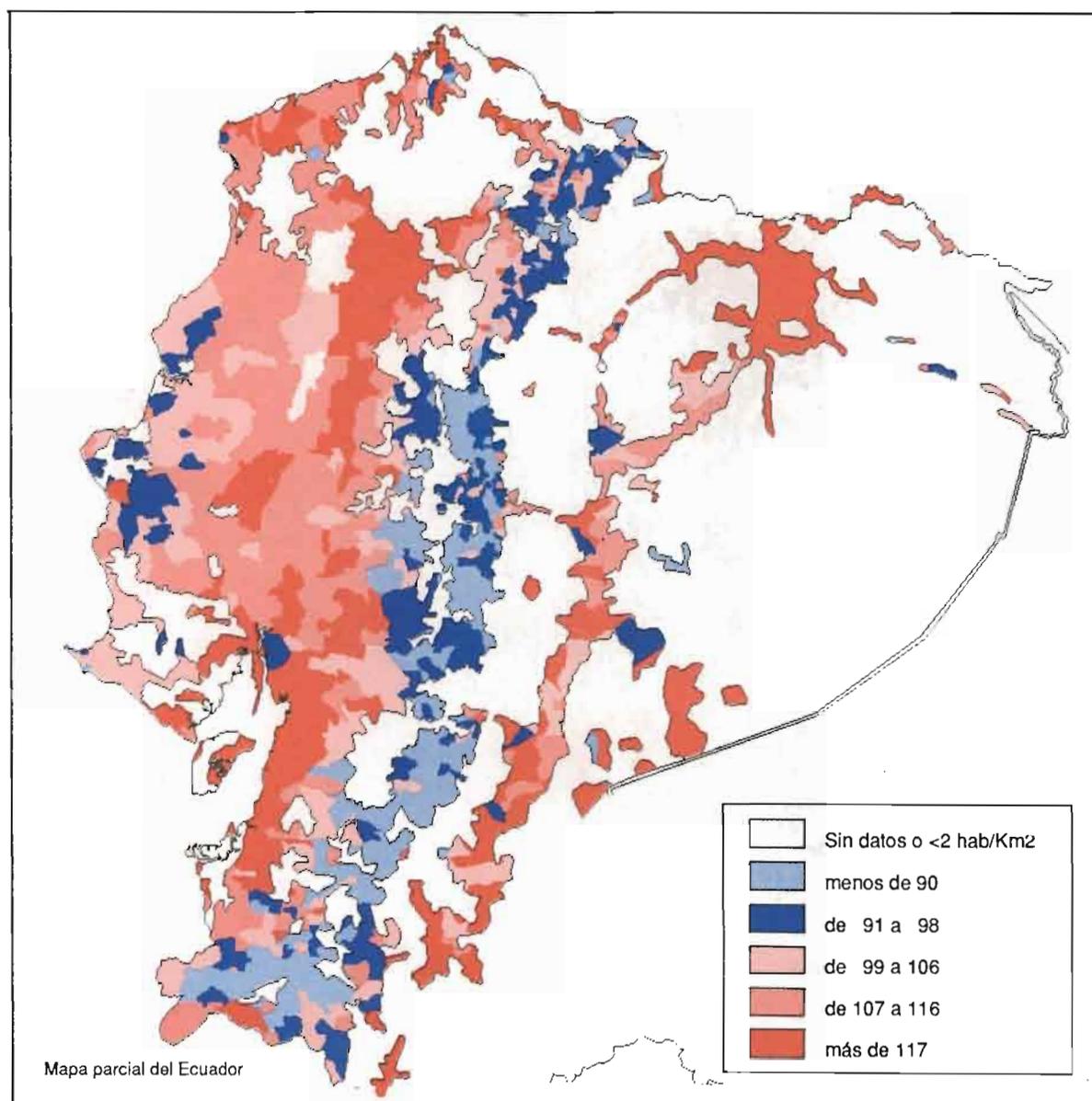
Mapa 5. Frentes pioneros



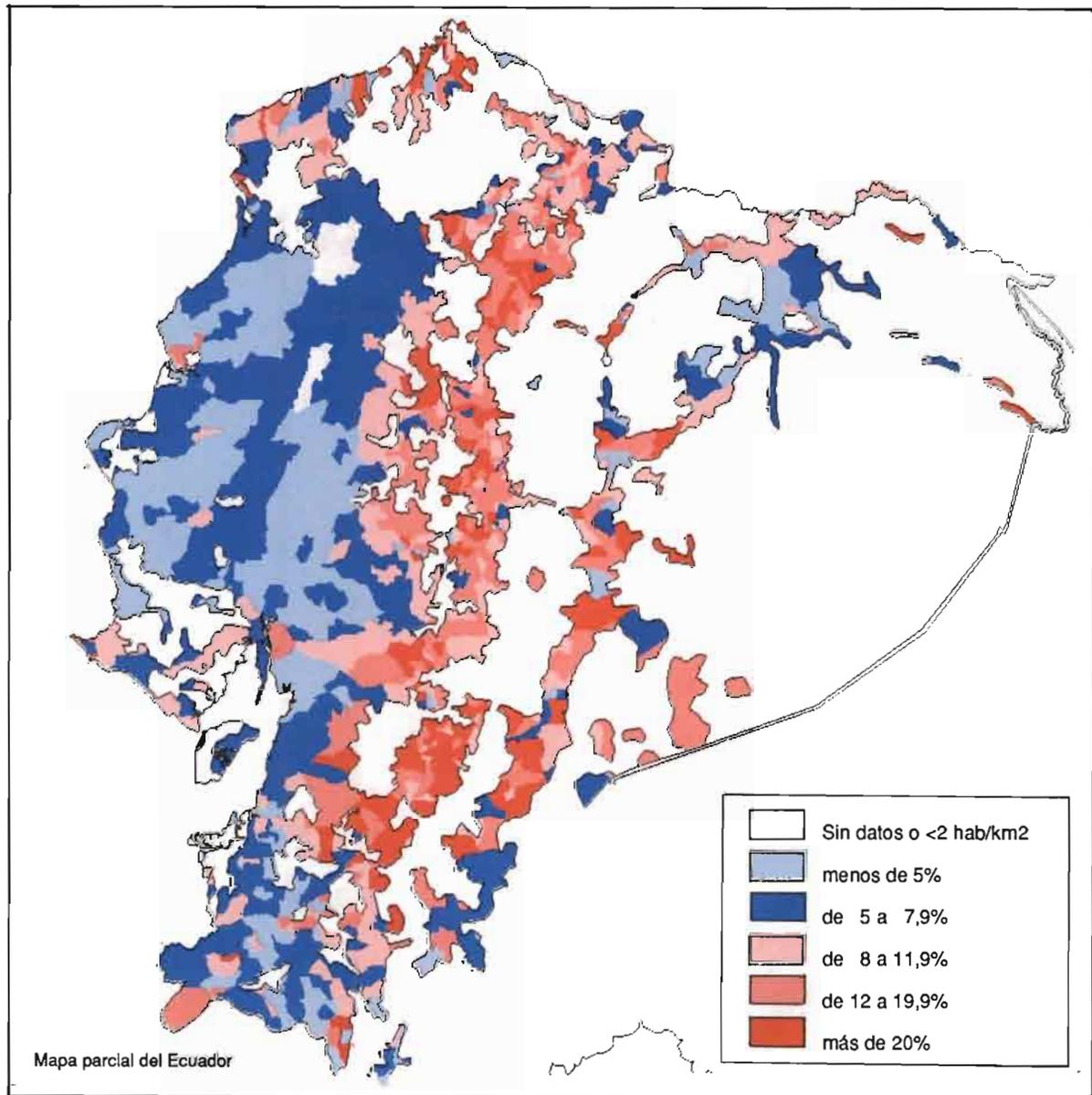
Mapa 6. Arboricultura tropical



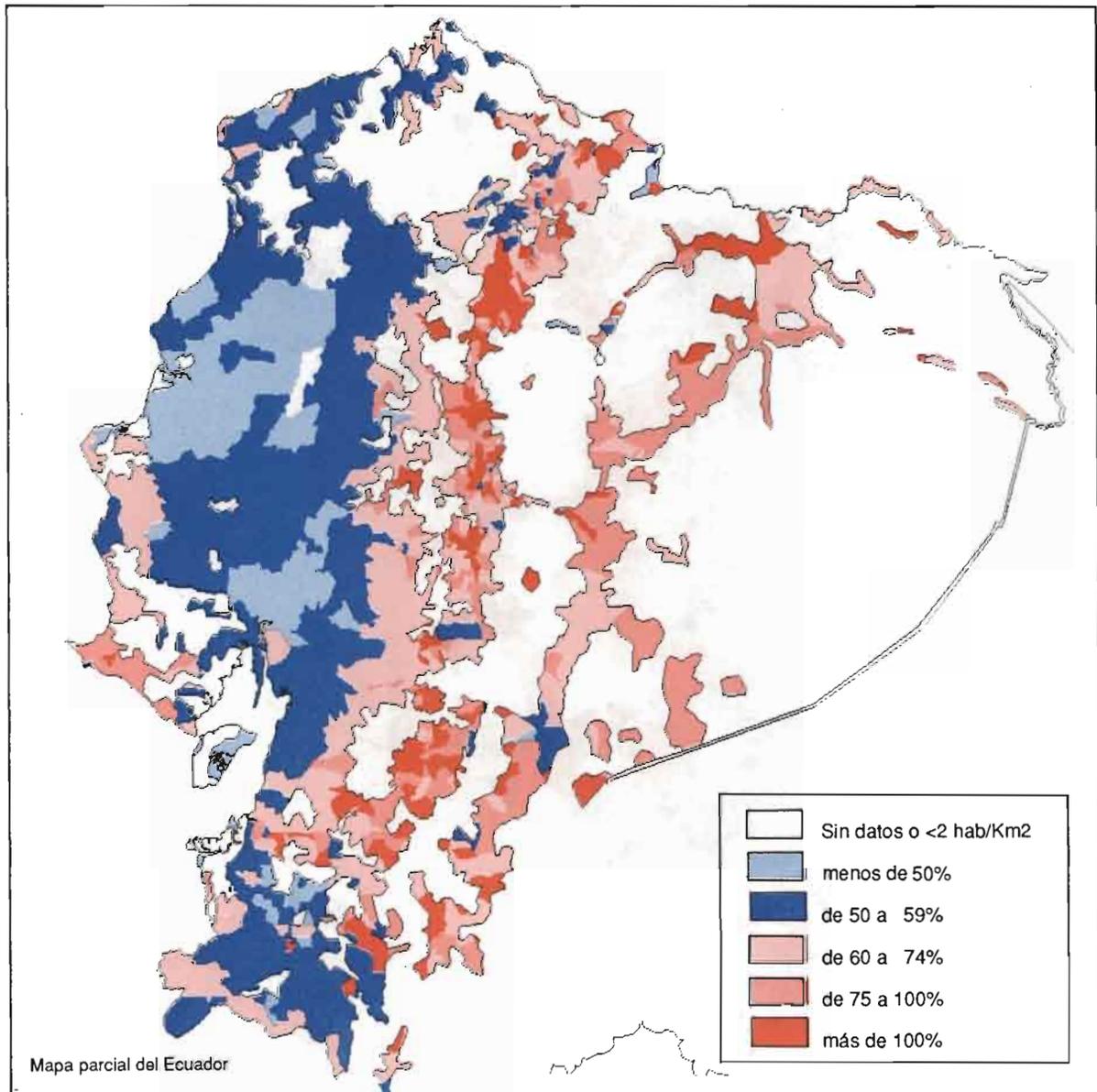
Mapa 7. Relación de masculinidad en 1974



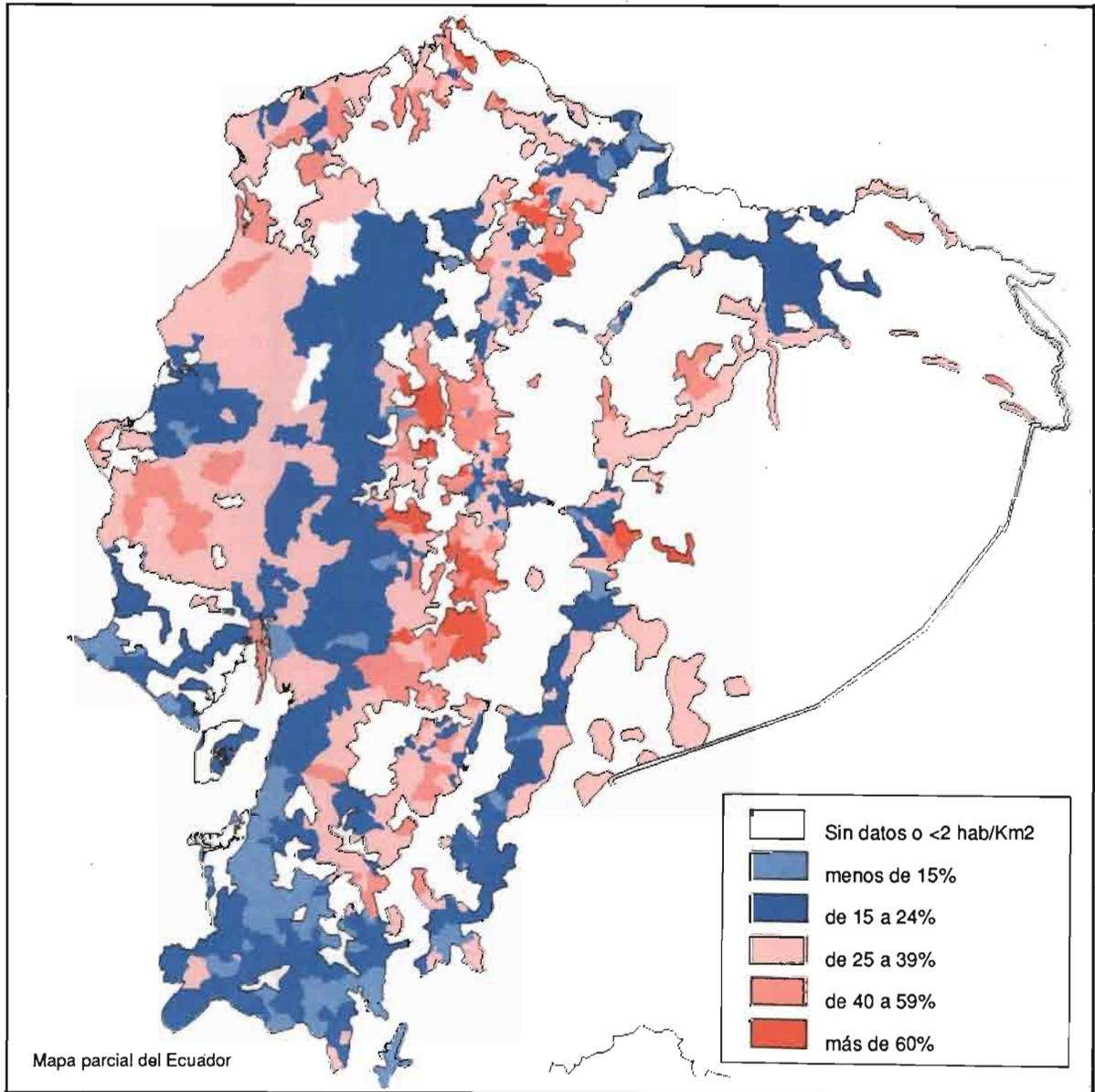
Mapa 8. La actividad femenina fuera del hogar



Mapa 9. Las desigualdades sexuales de la alfabetización



Mapa 10. Analfabetismo femenino



espacio rural por la presión del crecimiento demográfico.

La medida censal de las migraciones confirma este despliegue de las antiguas poblaciones campesinas. Las fuertes densidades rurales de la Sierra coinciden con los cultivos de subsistencia y un éxodo importante. Sobre todo durante los años setenta, la inmigración alimenta los frentes pioneros, en particular en la región de Santo Domingo y con más claridad en el Oriente amazónico. Pero el último decenio ve la desviación progresiva de estos flujos hacia las ciudades.

Debido a un desarrollo más antiguo, la economía de plantación atrae a pocos migrantes definitivos pero siempre a una mano de obra masculina temporal o estacional en busca de un ingreso extra. Los mapas 6 y 7 permiten comparar la localización de la arboricultura y el movimiento de esta fuerza de trabajo. En el primero están reunidos los cultivos industriales de caña de azúcar, de plátano y de palma africana así como las plantaciones campesinas (café, cacao, vergeles, a veces completados por pastizales). Los desplazamientos temporales están indicados por los valores elevados de la relación de masculinidad (Número de hombres por cada cien mujeres) de los adultos de veinte a treinta y nueve años ya que las tareas requeridas conciernen al trabajo viril. Esta clase de edad fue escogida por ser de adultos activos y con el fin de evitar la distorsión provocada por la sobremortalidad masculina que aparece con la vejez. La disposición de estos saldos migratorios confirma el movimiento de trabajadores "ya hechos" de las economías domésticas, con mayoría femenina, hacia la producción agrícola para el mercado y las oportunidades de trabajo asalariado. La cuenca baja del Guayas, que alberga la economía de plantación, se beneficia de un flujo de trabajadores masculinos, al contrario de las colinas occidentales. El movimiento es manifiesto a favor de los frentes pioneros de la Amazonía y de la Costa septentrional pero sobre todo de la explotación petrolera. Las zonas rurales bajo influencia urbana se destacan por un saldo muy favorable: alrededor de Esmeraldas, Guayaquil, Playas; las capitales de la Sierra reducen el éxodo andino. Señálese que el contorno migratorio de la arboricultura se muestra aún más preciso a eso de 1974 (Delaunay D., 1987).

Un movimiento migratorio de tal amplitud no se puede concebir en un período de estabilidad demográfica: la hipótesis de una transición migratoria relacionada con la transición vital hace temer la continuidad del movimiento a partir de las sociedades menos aptas para controlar su reproducción. Así pues, los Andes, y la economía doméstica en general, conocen una transición vital lenta y tardía protegida por su relativa autarquía. Se puede también pensar que la migración permite aplazar la práctica de este control familiar.

#### 4. 4. Economía doméstica, estatuto de la mujer

La educación es una tarea ancestral, pero el análisis de las estructuras demográficas revela que una transición confinada en el marco de recursos escasos penaliza la economía doméstica. Todo deja suponer que el estatuto de la mujer se resiente de esta evolución: dos mapas proporcionan una visión global de la educación y del empleo femeninos. El primero mide la importancia de las mujeres activas<sup>(36)</sup> expresada en porcentaje para cada parroquia, el segundo compara la proporción de analfabetos entre los hombres y las mujeres. Estos índices proporcionan una información sobre la relación de los sexos frente a la instrucción y a la actividad remunerada así como miden la apertura de la célula doméstica.

Las mujeres trabajan fuera del hogar en los lugares donde los hombres se ven obligados a ausentarse y donde las cargas educativas pesan más sobre la economía doméstica. La actividad femenina se ve aliviada en la Costa donde menos del 8% de las mujeres de más de doce años trabajarían afuera; este porcentaje aumenta en algunas parroquias del extremo Norte. Se observan comúnmente tasas de más de 20% de activas en la Sierra, sobre todo cerca de las ciudades de Cuenca y Azogues pero también en los Andes centrales y en los alrededores de Quito. Sabemos que allí el éxodo femenino es considerable, pero además de la necesidad económica impuesta por las migraciones, también puede actuar un factor específico a la cultura andina. Sin embargo, parece seguro que este trabajo no doméstico, poco liberador para la mujer, no es un buen argumento, como se lo presenta comúnmente, en favor del control de la natalidad, por lo menos en las zonas rurales andinas.

En cambio, la configuración del analfabetismo femenino se acerca a la geografía de las altas fecundidades (algunas parroquias de Manabí, Esmeraldas) y sobre todo de las mortalidades infantiles elevadas (en Chimborazo, Imbabura,...). Con algunas excepciones entre las cuales está la provincia de Loja, las carencias de la instrucción atañen a las regiones enclavadas, las que se encuentran lejos de las prosperidades económicas.

El mapa de las desigualdades por género de la alfabetización toma una connotación más territorial que reticular cuyo origen podría ser cultural. Las tramas claras, que muestran una fuerte desventaja femenina (y las más oscuras cierta superioridad), están casi exclusivamente localizadas en los Andes. Las grandes ciudades matizan su rigor así como la singularidad étnica de Loja y del valle del río Mira. En su nitidez, esta geografía del estatuto de la mujer refleja la imagen de la baja de la fecundidad y quizás uno de los secretos de la transición demográfica: sería la medida del grado de la libertad de

las mujeres para controlar su procreación y el respeto que les rodea.

\*  
\*       \*  
\*       \*

Sin pretender concluir lo que sólo es una simple presentación de los capítulos que siguen, conviene insistir en la utilidad de la demografía espacial, incluso sobre la base de datos elementales, para la conducción de las políticas de población. Estos mapas y estas pirámides, con un dibujo ordinario, presentan y anuncian una evolución capital para los ecuatorianos.

Estos esquemas demuestran la gran diversidad de los regímenes de población durante el período de transición, una variedad que revela una desigualdad susceptible de justificar una intervención. El hecho de constatar que todos los ecuatorianos no viven la transición demográfica con el mismo éxito borra muchas dudas sobre la oportunidad de las políticas demoeconómicas. Pudimos señalar las dificultades de la economía doméstica andina penalizada por la exigüidad del espacio cultivable y la carga excesiva de una reproducción mal controlada. Un atraso en la transición vital significa la muerte prematura de los niños, un éxodo muy difícil de soportar para los que se quedan, para las mujeres en particular. ¿Es conveniente esperar la prosperidad económica, como lo sugiere la teoría de la modernización, cuando un poco de la autonomía que negamos a las mujeres puede borrar estas desventajas ancestrales? De la demografía de hoy dependen los equilibrios regionales de mañana.

## NOTAS

1 M.A.G.: Ministerio de Agricultura y Ganadería. ORSTOM: Instituto Francés de Investigación Científica para el Desarrollo en Cooperación. Para los mapas de inventario referirse a: Gondard (P.) et al. -1983-1985 - Mapas de uso actual del suelo y formaciones vegetales. Quito, MAG-ORSTOM, 10 hojas a colores (1-200 000), 85x60 cm. Winckell (A) y Zebrowski (Cl) -1977-1986 -Mapas morfoedafológicos, de uso actual y de los paisajes vegetales, de uso potencial 14 x 3 mapas MAG-ORSTOM. Quito, 1977-1986.

2 La observación longitudinal de la demografía europea muestra la acción moderadora de las migraciones: los desplazamientos se invierten cuando las tasas netas de reproducción descienden por debajo del límite de reemplazo de las generaciones. Para la hipótesis de una transición migratoria asociada a la transición vital de la mortalidad y de la fecundidad, ver Zelinski (W.), 1971: 219-249; 1979: 165-189.

3 Francia hubiera sido una excepción a esta regla, también se habla de Alemania y de Bélgica, Knodel Van de Walle, 1967: 47-55.

4 El largo estudio que este autor consagra a la transición demográfica inspiró ampliamente la presentación que realizamos.

5 Esta previsión puede hacer sonreír cuando se sabe que la fecundidad retrocedió en varios países hacia 1965; los movimientos demográficos son percibidos con retraso por la lentitud de la producción de las estadísticas y por ser con frecuencia poco confiables.

6 La teoría de la modernización encuentra una formulación histórica en los trabajos de Rostow, Tipps D.C., 1973: 199-226.

7 Entre los más recientes, cabe citar la obra colectiva editada por W. Penn Handwerker, 1986.

8 Kuznets (1965) constató que las fluctuaciones de la construcción inmobiliaria seguían con cierto lapso las variaciones largas de la tasa de crecimiento de la población. La misma observación es probablemente aplicable a un gran número de inversiones públicas (escuelas, hospitales, infraestructura ferroviaria o deportiva...).

9 Acotación de Cournot en 1863, recordada por Chesnais, (op.cit.) p. 404.

10 Por diferentes razones: gastos ostentatorios, disposición o evasión fiscales (Myrdal G., 1968).

11 Según Sauvy (1963), quien razona en situación de población estacionaria.

12 El desarrollo de los países pobres era, en el pensamiento de la época, una cuestión de transferencias financieras; disposición ésta que tornará, algunos años después, a favor de la inversión humana.

13 Ya en 1967, S. Kuznets no encontraba ninguna relación significativa entre la variación de la población y el crecimiento del ingreso per cápita. (Kuznets S., 1967: 170-193).

14 El período 1950-1980, fase histórica de la explosión demográfica, se beneficia de un crecimiento económico del 5% anual, prodigioso para el conjunto del mundo. Resulta de ello una confortable duplicación del ingreso per cápita evaluado en promedio en 3,2% por año. Evidentemente, tales promedios esconden valores desiguales: en conjunto, la brecha norte-sur se ensancha durante este período: 1,3 mil millones de personas que residen en las partes más pobres de Asia del Sur y de África Negra ven crecer su ingreso medio sólo en un pequeño 1,6% anual. Lo que, en términos absolutos, representa tres ridículos dólares de más cada año. En esta muestra escogida por Chesnais, veinte y cuatro de los cincuenta y ocho países se benefician de un crecimiento de más del 3 % de su población, sin embargo, es en este grupo que el crecimiento per cápita ha sido más fuerte. Esta relación, muy clara entre 1960 y 1970, se invierte sin embargo durante el siguiente decenio pero el saldo general es favorable a los países con transición avanzada. Si eliminamos los países asiáticos comprendidos en la zona de influencia económica del Japón, el contraste entre los dos períodos se borra casi totalmente y el ritmo de crecimiento de la población no parece haber ejercido un efecto notable, en un sentido o en otro, sobre la evolución del nivel de vida. (Chesnais J.C., 1986: 413 y siguientes).

15 ¿ No sería la correlación estadística más segura como instrumento de invalidación? ¿ Si fuera nula, probaría la ausencia de relación? Una correlación positiva puede traducir la influencia de A sobre B, o la inversa, o una interrelación, o también la acción de un tercer fenómeno C que tendría una influencia sobre las dos variables medidas, o por fin una pura coincidencia. A la inversa, un juego de fuerzas antagónicas borraría esta correlación.

16 Este "atraso" aparece más claramente para la caída de la fecundidad que para la de la mortalidad cuyo calendario se conoce mal. Se supone que empieza después de la Segunda Guerra Mundial, cuando antes durante los años treinta pero en muchos de los países latinoamericanos, entre los cuales está probablemente el Ecuador, las tasas parecen haber bajado durante el siglo XIX en los lugares más accesibles al comercio de víveres, que se beneficiaban de la vacuna, sobre todo en las ciudades.

17 La esperanza de vida al nacer se duplicó en 130 años en Inglaterra o en Suecia; el subcontinente indio o la América tropical obtendrán la misma ganancia en un lapso de treinta años.

18 Los testimonios de mujeres recuerdan hasta que punto el deseo de controlar los nacimientos se veía, anteriormente,

contrariado por el costo o la ineficacia de los métodos a su disposición y algunos de ellos hacen sonreír. Es sin lugar a duda esta nueva eficacia la que les conduce a aceptar la esterilización una vez alcanzada la descendencia deseada; esto provoca un trastorno del calendario de los nacimientos que origina algunas confusiones en la interpretación de los datos transversales de la fecundidad.

19 Francia vivió una transición precoz, pero moderada, con efectos atenuados.

20 Las observaciones más recientes, sobre todo en Ecuador, revelan rápidas caídas de la fecundidad en algunos lugares y para algunos grupos; pero la juventud de la población ecuatoriana proveniente de una transición vigorosa contribuirá por mucho tiempo todavía a volver positivo el crecimiento natural.

21 El Occidente difunde su tecnología, los principios de su aparato educativo y sus valores. Caldwell encuentra en la occidentalización del Tercer Mundo el principio motriz del cambio de las estructuras familiares, el paso de una familia ampliada, autoritaria a unidades nucleares ligadas por lazos afectivos. Un antecedente necesario a la baja de la fecundidad (Caldwell J.C., 1982).

22 Uno de los resultados importantes de las investigaciones de Princeton sobre la transición europea fue de mostrar que la fecundidad no era uniforme antes de su baja. Importantes contrastes regionales permitieron reconocer la influencia de las áreas lingüísticas y culturales de configuración territorial, que la teoría de la modernización tenía tendencia a descuidar.

23 Las precisiones sobre la invalidez de las medidas y los métodos de su corrección son presentadas en una serie especial de los "Documentos de Investigación" del CEDIG, Serie Demografía y Geografía de la Población. Cada número trata de un fenómeno particular (migración, fecundidad, mortalidad...)

24 Esto vale especialmente para la definición de las situaciones de residencia y por lo tanto de las migraciones. El cálculo de las tasas de crecimiento observadas en las poblaciones parroquiales se vuelve fastidioso por la inestabilidad de los límites administrativos que hubo de reconstituir para cada período intercensal con base en los decretos de creación de parroquias.

25 Algunas mortalidades atípicas, andinas sobre todo, se apartan de los modelos establecidos para el continente por los servicios de las Naciones Unidas (Naciones Unidas, 1984).

26 Algunas provincias serranas, Bolívar o Pichincha, se extienden hasta la Costa e impiden observar las configuraciones naturales sobre la base de la división provincial.

27 La racionalidad económica invocada para comprender los comportamientos reproductores no convence. Según la lógica de las leyes del mercado, un nacimiento sería la prueba de la ventaja económica de la progeneratura. La demanda de hijos - que no es lo mismo que la fecundidad - resultaría entonces de un sabio cálculo de los padres tomando en cuenta los

intercambios entre generaciones sucesivas, el riesgo de sobrevivencia del recién nacido (que hasta a los demógrafos les cuesta evaluar), la composición de la familia, las costumbres culturales del grupo, etc. La evaluación atribuida a las comunidades domésticas alcanza, en el espíritu de los autores, una sofisticación fuera del alcance de la prueba estadística.

28 Nacimientos y fallecimientos son eventos relativamente raros; por lo tanto su medida exige poblaciones con una dimensión importante para destacar las tendencias significativas. La división parroquial, que aporta una buena resolución espacial, define poblaciones una vez sobre dos demasiado pequeñas, con tendencias demográficas susceptibles de ser anecdóticas. Pero además, el hecho de relacionar dos fuentes estadísticas diferentes contribuye a amplificar los errores de ambas.

29 El término "venganza de las cunas" fue, por ejemplo, utilizado para designar la fuerte natalidad de las poblaciones francófonas del Canadá víctimas de un prejuicio político y económico. Algunos pudieron reconocer en la configuración espacial de la fecundidad española un mapa lingüístico (Coale A.J., 1974).

30 Verificaciones empíricas de la teoría de la transición han utilizado muchas veces indicadores de la extensión de las redes (de carreteras, de teléfonos) para estimar el desarrollo económico. Su correlación con los movimientos de la natalidad es buena, muchas veces mejor que los propios indicios de ingreso (Beaver S.E., 1975: 30 y ss.) .

31 En tres censos se omite el empadronamiento de las últimas residencias según el sexo del migrante. Por lo tanto no se dispone de estadísticas sobre las migraciones femeninas, sobre

todo las orientadas hacia las ciudades y cuya importancia sugieren las estructuras por edad.

32 Cuando se aísla esta clase de edad (en 1974 y 1982), se constata que está sin duda subvaluada por los censos. Por esta razón, y para que esté conforme con los datos de 1962, se reunió en una misma clase los niños de menos de cinco años.

33 Para probar la corrección de los registros civiles, comparamos los crecimientos provinciales estimados sobre la base de las estadísticas vitales y las que proporcionan los censos para las poblaciones de "hecho", corregidas de los flujos migratorios. Las diferencias constatadas van siempre en el sentido de una subestimación de estos flujos: los censos proporcionan un crecimiento más fuerte (de 0,5% a 1%) de las poblaciones cerradas en las regiones con fuerte inmigración y reciprocamente. La parte de los desplazamientos ocultados es importante si se piensa que el regreso temporal de los ausentes el día del censo contribuyó a atenuar la diferencia observada.

34 La cartografía de las zonas vacías ha sido extraída del N°3 de los Documentos de Investigación, serie Demografía y Geografía de la población: Repartición geográfica de la Población ecuatoriana según el último censo de población. CEDIG-ORSTOM, Quito, Junio de 1986.

35 Se ignora el comportamiento de las parroquias de El Carmen y de la Manga del Cura que no fueron censadas por culpa de problemas territoriales.

36 Según las definiciones censales, esta categoría corresponde a las personas que, durante la semana anterior al censo "tenían trabajo remunerado o no y los que buscaban trabajo; es decir comprende los ocupados, cesantes y los que buscan trabajo por primera vez".

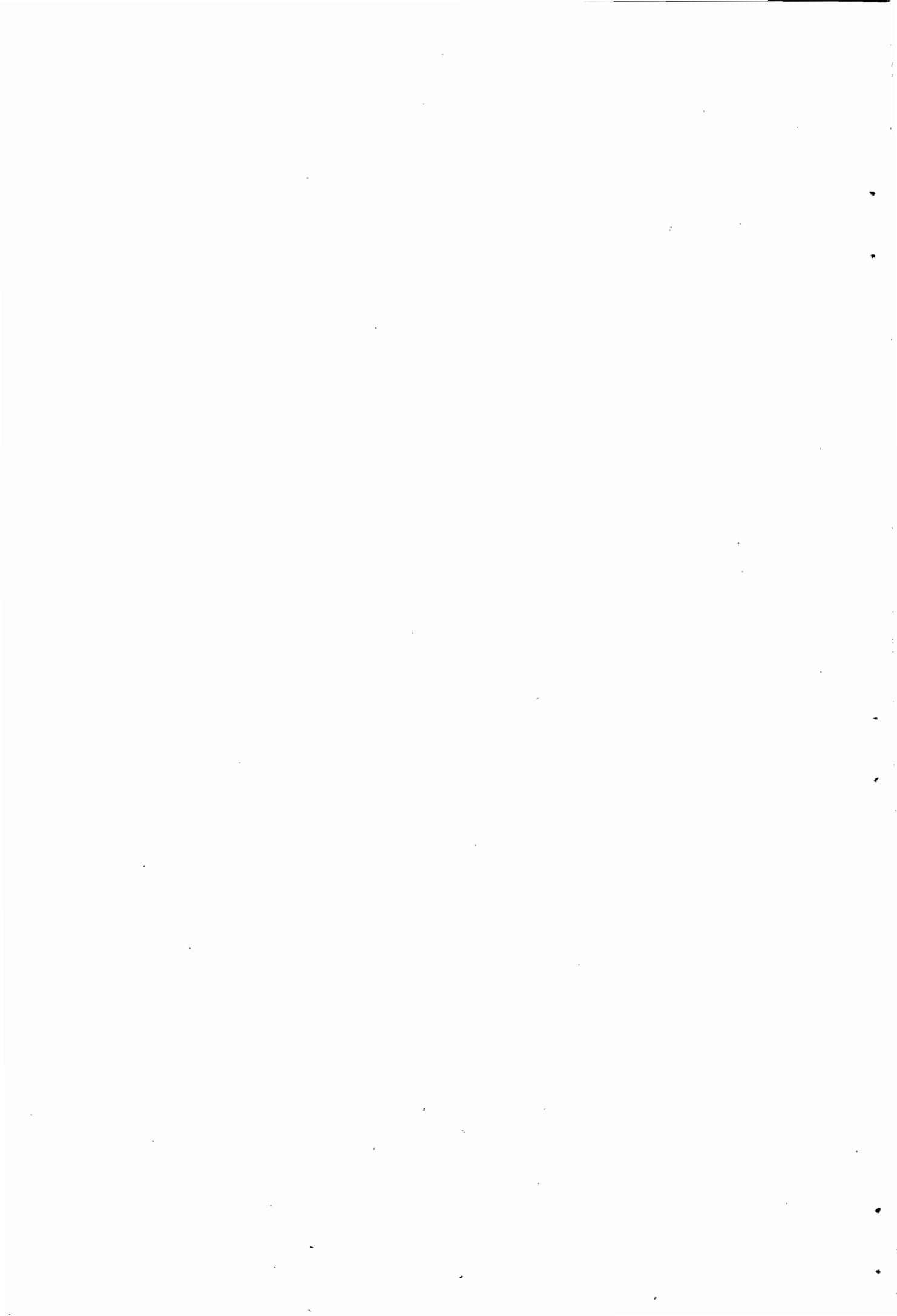
## BIBLIOGRAFIA

- ANTHEAUME, DELAUNAY, PORTAIS, 1987, "L'abeille et l'araignée", in *Bull. de Liaison Départ. H N° 8*, ORSTOM, Paris.
- ARRIAGA (E.E.), 1970, "Mortality Decline and its demographic Effects in Latin America", Berkeley, University of California, Institute of International Studies, *Population monograph. ser. N° 6*, 232 p.
- BEAVER (S.E.), 1975, "Demographic Transition Theory reinterpreted, an Application to recent Nataly Trends in Latin America", *Lexington Books*.
- BLACKER (C.P.), 1949, "Stages in Population Growth", *The Eugenics Reviews*, vol. 39, N° 3
- BOURCIER DE CARBON (Ph.), 1977, "A propos de quelques modèles démo-économiques de développement", *Population*, N° 3, Paris.
- CALDWELL (J.C.), 1982, *Theory of Fertility Decline*. Academic Press, New York, X + 386 p.
- CHESNAIS (J.C.), 1986, *La transition démographique. Etapes, formes, implications économiques*. PUF, Ined, Paris 580 p.
- COALE (A.J.), 1974, "The Demographic Transition in IUSSP", *International Population Conference*, Liège, p.63.
- COALE (A.J.), HOOVER (E.), 1958, "Population Growth and Economic Development in Low-income Countries", Princeton.
- COWGILL (D.O.), 1963, "Transition Theory as general Population Theory". *Social Forces*.
- DE OLIVEIRA (O.), PEPIN LEHALLEUR (M.), SALLES (V.), (Comp.), 1988, *Grupos domésticos y reproducción cotidiana*. México, El Colegio de México, 256 p.
- DELAUNAY (D.), 1987, "Ecuador: cartografía de las poblaciones parroquiales". *Documentos de investigación, serie Demografía y Geografía de la Población*, N° 5, CEDIG-ORSTOM, Quito.
- DUPAQUIER (J.), 1972, "De l'animal à l'homme: le mécanisme auto-régulateur des populations traditionnelles", *Revue de l'Institut de Sociologie*, pp. 177-211.
- FAUROUX (E.), RAMOS (M.), 1979, *Diagnóstico socioeconómico del medio rural ecuatoriano*. MAG-ORSTOM, Documentos A,B,C. Quito.
- GONDARD (P.), 1985, "L'utilisation des terres dans les Andes équatoriennes. De l'inventaire à la dynamique des transformations". in: *Les Cahiers de la Recherche-Développement*, N° 6, avril 1985, pp. 45-54. Montpellier, CIRAD.
- HAMERLY (M.T.), 1973, *Historia social y económica de la antigua provincia de Guayaquil, 1763-1842*. Guayaquil.
- HANDWERKER W. Penn, 1986, *Culture and Reproduction, an Anthropological Critique of Demographic Transition*, Westview Press, Londres, 389 p.
- HANSEN (A.H.), 1939, "Economic Progress and Declining Population Growth", *American Economic Review*, 1939, 29.
- KNODEL (Van de WALLE), 1967, *Demographic Transition and Fertility Decline: The European Case*, Congreso UIESP, Sydney.
- KUZNETS (S.), 1965, *Economic growth and Structure Norton*.
- KUZNETS (S.), 1967, *Population and Economic Growth, Proceedings of the American Philosophical Society*, junio 1967.
- LANDRY (A.), 1909, "Les trois théories principales de la population", *Scientia*, Paris, vol VI, N° XI-3.
- LANDRY (A.), 1934, *La révolution démographique; études et essais sur les problèmes de population*, Paris, Sirey, 227 p.
- MEILLASSOUX (C.), 1975, *Femmes, greniers et capitaux*. Maspéro, Paris.
- MORELAND SCOTT (R.), 1978, "A Demographic-economic Model for Developing Countries: Bachue international", *Population and Employment, Working Papers*, N° 70, Ginebra, ILO, diciembre 1978.

- MYRDAL (G.), 1968, *Asian Drama, an Inquiry into the Poverty of Nations*. Londres, A. Lane, 3 vol., 2284 p.
- NACIONES UNIDAS, 1975, *Informe de la Conferencia Mundial de las Naciones Unidas sobre la población*, Bucarest, agosto 1974, New York, ONU, Naciones Unidas.
- NACIONES UNIDAS, 1984, *Tables-types de mortalité pour les pays en développement*. Naciones Unidas, New York.
- NOTESTEIN (F.), 1953, "The Economics of Population and Food Supplies. Economic problems of population change", *Proceeding of the 8th International Conference of Agricultural Economists*, Londres.
- NOTESTEIN (F.), 1954, "Population, the long View". In: Schultz (ed.) *Food for the World*, University of Chicago Press.
- OESCHLI (F.), KIRK (D.), 1975, "Modernization and Demographic Transition in Latin America and the Caribbean", *Economic Development and Cultural Change*, N° 49.
- SAINT-GEOURS (Y.), 1980, "Quelques aspects de la vie économique d'Equateur de 1830 à 1930", in *Bull. Inst. Fr. Et. And. IX*, N° 3-4, pp. 69-84.
- SANDERSON (C.), 1980, *Economic-Demographic Simulation Models: A Review of their Usefulness for Policy Analysis*, Lasenbourg, IIASA, mayo 1980.
- SAUVY (A.), 1963, *Théorie générale de la population*, 2da ed, Paris, PUF.
- TABAH (L.), 1983, "Quelques réflexions en vrac sur les interrelations entre la population, les ressources, l'environnement et le développement", *Revue Tiers Monde*, t. IIV, N° 94, abril-junio 1983.
- TABUTIN (D.), 1985, "Les limites de la théorie classique de la transition démographique pour l'Occident du XIXe siècle et le Tiers-Monde actuel". En: *Congrès Intern. de Population*, vol. N° 4.
- TEITELBAUM (M.S.), 1976, "Importancia de la teoría de la transición demográfica para países en desarrollo". *Demografía y Economía*, vol.10, N°1 (28).
- THOMASSIN (M.M.), 1984, *Equateur-Sierra. Régionalisation agricole de la Sierra équatorienne pour l'analyse factorielle des correspondances et la classification ascendante hiérarchique*, Thèse 3e cycle, Paris, Université de Paris VII, ORSTOM, 592 p. multigr.
- THOMSON (W.), 1929, "Population". *The American Journal of Sociology*, 34, 6.
- TIPPS (D.C.), 1973, "Modernization Theory and the Comparative Study of Societies: A Critical Perspective". *Comparative Studies in Society and History*, vol.15, N° 2.
- WERY (R.), 1980, "Bachue Modules: Population and Labour Policies Programmes", *Working Paper*, n°84, Ginebra, ILO, enero 1980.
- WINCKELL (A.) y ZEBROWSKI (C.), 1977, 1986, *Mapas morfoedafológicos, de uso actual y de los paisajes vegetales, de uso potencial* 14x3 mapas MAG-ORSTOM, Quito, 1977, 1986.
- WINCKELL (A.) y ZEBROWSKI (C.), 1986, "Las técnicas infográficas aplicadas a la evaluación y utilización de los recursos naturales renovables. Ejemplo en la Costa del Ecuador". In: *250 Años de la Primera Misión Geodésica, Cultura*, vol. III, N° 24a, enero-abril 1986.
- ZELINSKI (W.), 1979, "The demographic transition: Changing patterns of Migration". In: *The Conference of Science in the Service of Life*
- ZELINSKI (W.), "The hypothesis of the Mobility Transition". *Geographical Review*, vol. 62.



**SEGUNDA PARTE**  
**EL HOMBRE EN EL ESPACIO ECUATORIANO**



### Capítulo 3

## LA DISTRIBUCION GEOGRAFICA DE LA POBLACION Y SU EVOLUCION: 1950-1982

Michel Portais  
ORSTOM

El estudio de la geografía de la población y de su dinamismo espacial actual comienza por el establecimiento y el análisis de dos clases de documentos cartográficos:

- Por una parte, los mapas de evolución de la población, al nivel de las más pequeñas unidades administrativas posibles.

- Por otra, el mapa de distribución de la población, por puntos, y los documentos interpretativos que pueden deducirse de él, como el mapa de las densidades de población, croquis de las zonas de igual densidad, de las zonas vacías, etc.

Prosiguiendo el proceso histórico que acabamos de analizar en el capítulo 1, podríamos examinar la evolución de la repartición de la población en el curso de los tres períodos intercensales modernos: 1950-1962, 1962-1974, 1974-1982. Sin embargo, nos parece más estimulante examinar y analizar inmediatamente el fenómeno de la repartición geográfica *actual* de la población, tal como resulta del establecimiento del mapa de distribución de la población, por puntos, y hallar a continuación unas de las claves de explicación de esta repartición en el estudio del dinamismo geográfico actual de esta población a través del estudio de los mapas de evolución de la población en el curso de los recientes períodos intercensales.

### 1. LA REPARTICION GEOGRAFICA DE LA POBLACION SEGUN EL ULTIMO CENSO DE POBLACION (NOVIEMBRE DE 1982).

Partiendo de los resultados del último censo de población (noviembre de 1982), hemos establecido un mapa de repartición de la población por puntos, a la escala 1:1.000.000 y que forma parte del presente volumen de la Geografía Básica del Ecuador.

Este mapa constituye la base de los estudios de geografía de la población, uno de los elementos esenciales de comprensión de los problemas de la organización del espacio y de los estudios de planificación, tanto a nivel nacional como regional. En fin, este mapa asociado a muchos otros fenómenos de orden geográfico también cartografiados, constituye el punto de partida de reflexiones geográficas que permiten examinar las correlaciones existentes entre ubicación de la población y estos mismos fenómenos. Por ejemplo, la simple superposición de este mapa con el de las curvas de nivel de altitud, permite determinar, en la Sierra ecuatoriana, límites altitudinales de ubicación de la población cuyas variaciones están en función de otros factores geográficos como los suelos, la exposición, los microclimas, etc.

En el breve desarrollo del presente volumen, será imposible examinar todas estas correlaciones. Al examinar el fenómeno a nivel nacional, no haremos más que mencionar las que tienen mayor impacto (vías de comunicación, topografía, urbanización, etc.) Al contrario, no hay duda de que estudios detallados, a nivel regional, permitirían explorar muchos otros caminos, muchas otras correlaciones, y sacar conclusiones mucho más detalladas.

#### 1.1. Establecimiento del mapa de distribución de la población

##### • Las fuentes

Para establecer el mapa de distribución de la población, convenía disponer:

- De una cartografía que permitiera delimitar las más pequeñas unidades geográficas a partir de las cuales se

realizó el censo de población, indicando la ubicación de los asentamientos humanos.

- De los resultados del censo a nivel de esas mismas unidades geográficas.

- De una cartografía de base que permitiera consignar los resultados obtenidos a la escala deseada: 1:1.000.000.

Por lo que toca al primero de estos puntos, la única fuente fue la "cartografía censal", establecida por el INEC (Instituto Nacional de Estadísticas y Censos), en la que existe, entre otros documentos, a la escala de 1:50.000, una hoja para cada parroquia que indica:

- Las coordenadas geográficas (longitud, latitud)
- Los límites parroquiales y los de los sectores censales
- Los asentamientos humanos
- Las principales carreteras y caminos, así como otros datos geográficos (ríos, cumbres, etc.)

Los datos correspondientes al segundo punto han sido proporcionados por el INEC y están constituidos por los resultados brutos, a nivel de los sectores censales, del IV Censo de Población y III Vivienda de noviembre de 1982, con algunas excepciones para un pequeño número de parroquias no censadas normalmente.

Finalmente, la cartografía correspondiente al tercer punto, que permitió la consignación de los datos en un documento de base, procede de tres fuentes: por una parte, los mapas de límites parroquiales de PRONAREG-ORSTOM a 1:200.000 para las regiones de la Costa y de la Sierra, en las que hemos procedido a rectificaciones menores; por otra parte, los mapas provinciales del INEC a escala 1:250.000 para las provincias amazónicas; en fin, como base cartográfica se ha utilizado, los mapas del IGM, tanto el de 1979 a escala 1:500.000 para la ubicación de las cabeceras provinciales, cantonales y parroquiales, cuanto el de 1985, a escala 1:1.000.000 para las coordenadas geográficas, los límites internacionales, los caminos, y las principales curvas de nivel altitudinales.

#### • Metodología

Para que la representación cartográfica permita distinguir la distribución de la población *dispersa* y la población *aglomerada*, se ha optado por definir, a la población aglomerada, como la que reside en las cabeceras parroquiales cantonales y provinciales. Esto excluye, por lo tanto, ciertas aglomeraciones que se encuentran fuera de las cabeceras, en las grandes plantaciones, o formando "recintos" llamados a ser cabeceras de parroquia, por ejemplo en los sectores de colonización. Por oposición, todo el resto constituye la población dispersa.

El principio de representación cartográfica ha sido el de figurar la población *dispersa* por puntos negros (de dos tamaños, representando 100 y 500 habitantes, respectivamente) y la población *aglomerada* por círculos rojos de superficie proporcional al número de habitantes de cada cabecera.

- *La población dispersa.* En cada mapa parroquial del INEC hemos consignado, para cada sector, el número de habitantes indicado por el censo. Supongamos que un sector tenga 621 habitantes. Teníamos que localizar 6 puntos (1 por cada 100 habitantes redondeando en la centena más próxima) en función de los datos geográficos esenciales: asentamientos humanos, "caseríos", haciendas, cooperativas, etc., recurriendo a las hojas topográficas del IGM, donde están levantadas.

La segunda etapa consistió en transferir los puntos así determinados a los mapas de base a 1:200.000 (PRONAREG) o a 1:250.000 (INEC) que indican los límites parroquiales. Esto se hizo utilizando un "zoomtransfer" del IGM, cuyo procedimiento óptico permite hacer coincidir las coordenadas geográficas del mapa que se va a transferir (aquí a 1:50.000) en el mapa de base y consignar así los puntos iniciales en las mejores condiciones de precisión posibles (1).

La tercera etapa nos llevó a establecer los calcos definitivos de cada hoja establecida, con puntos de buena calidad gráfica y de dimensión constante. Se procedió en seguida a una reducción fotográfica a 1: 500.000 de todos estos documentos, reunidos luego en mosaico a base de las coordenadas geográficas del mapa a esta escala (2).

Finalmente, para pasar a la escala de 1:1.000.000 se dibujaron nuevamente los puntos a una dimensión adecuada, lo cual obligó a utilizar puntos más grandes (1 por cada 500 habitantes) en las áreas de mayor densidad poblacional.

- *La población aglomerada.* Su representación era mucho más sencilla. Consistió en dibujar el emplazamiento de cada cabecera de parroquia, de cantón o de provincia, con un círculo de superficie proporcional a la población aglomerada indicada en el censo.

#### • Límites de precisión del mapa

Dos causas esenciales limitan la precisión del documento así establecido.

- La ausencia de una cartografía topográfica de base sobre el conjunto del país da como resultado la imprecisión de la cartografía "censal" en la Región Amazónica, en gran parte de la provincia de Esmeraldas y en las vertientes externas de las dos cordilleras. En todas estas regiones, la ubicación exacta de las cabece-

ras de parroquias, de los caminos y de los límites con relación a las coordenadas geográficas (cuadrícula), varía de una representación cartográfica a otra. Así, si colocamos los puntos que representan la población de los colonos a lo largo de una nueva carretera de la provincia del Napo sobre la cartografía del INEC y si la ubicación de esta carretera es diferente en el mapa IGM a 1:1.000.000, tendremos inevitablemente en el documento definitivo, una diferencia entre la ubicación de la población y la carretera, que no existe en la realidad. Hemos podido eliminar ciertos errores de este tipo, pero nos era imposible corregirlos sistemáticamente. Sin embargo, en el conjunto, las concordancias son infinitamente más numerosas que las discordancias. A la escala 1:1.000.000, que ha sido escogida por esta razón; la exactitud obtenida es perfectamente aceptable.

- Otra limitación igualmente relativa a la cartografía, proviene de la mediocre precisión de los límites parroquiales, sobre todo en ciertas zonas de colonización reciente del noroccidente y de la Región Amazónica. Se trata ventajosamente de regiones generalmente muy poco pobladas.

- Anotemos, en fin, la ausencia de datos detallados de las parroquias de Alausí y El Carmen para el censo de 1982 y para la zona conocida con el nombre de "Manga del Cura". Todo esto representa menos del 1% del territorio y de la población del país. Para no dejarlas en blanco hemos utilizado en estos casos los datos de 1974 (Portais, 1975).

## 1.2. Las desigualdades de distribución de la población

Un comentario detallado del mapa de distribución de la población constituiría un verdadero "estudio regional" del país; esto es tan verdadero que las particularidades regionales de la organización del espacio se reflejan en las desigualdades de distribución de la población.

Para llegar a una visión relativamente sintética de los fenómenos de distribución de la población, es útil realizar un documento cartográfico "simplificador": se trata del mapa de las densidades de la población rural.

Este puede ser hecho de muchas maneras. En efecto, todo depende de la unidad espacial de base que es tomada en cuenta para el cálculo de la densidades. Generalmente, se toma la unidad administrativa más pequeña (la parroquia) para la cual se hace la relación entre superficie y número de habitantes. Este método presenta un grave inconveniente en las regiones en las que las parroquias son muy heterogéneas, por englobar zonas muy pobladas y zonas deshabitadas. Es el caso de un gran número de parroquias de la Sierra y de la Región Amazónica, razón por la cual lo hemos rechazado. Otro método consiste en cortar el espacio en cuadrados o en hexágonos, con cálculos de la mayor exactitud posible.

Se llega generalmente a un puzzle poco significativo. En fin, un último método, sin duda el más geográfico -es la razón por la que lo hemos utilizado-, consiste en localizar sobre el mapa de distribución de la población, *regiones homogéneas*, en lo que toca a la repartición de puntos. Son indispensables un ojo observador y un conocimiento regional del país para practicar este método, pues conviene, lo más que sea posible, armonizar los límites de zonas homogéneas, desde el punto de vista de la distribución de la población, con aquello que se conoce de los límites significativos de las regiones geográficas.

Una vez delimitadas esas zonas homogéneas (las hemos determinado para todo el país), conviene planimetrarlas para calcular así la superficie, contar el número de habitantes del sector rural en el interior de cada una y hacer el cálculo de densidad. Entendemos por población rural toda la población dispersa así como la población aglomerada de las cabeceras de las parroquias de menos de 10.000 habitantes. Se excluyen, pues, del cálculo solamente las cabeceras de cantón y de provincia, lo mismo que las muy raras cabeceras de parroquia con más de 10.000 habitantes. Se encuentran así reunidas en una misma modalidad de densidad, numerosas zonas homogéneas. Las modalidades de densidad se determinan por sí mismas en función de una progresión geométrica lógica y de la distribución estadística de las densidades de las zonas homogéneas. Hemos determinado de esta manera siete modalidades: menos de 2 habitantes/km<sup>2</sup>, que hemos asimilado a las zonas vacías; 2 a 10 habitantes/km<sup>2</sup>; 10 a 20; 20 a 40; 40 a 80; 80 a 160; y más de 160 habitantes/km<sup>2</sup>.

El mapa de densidades así establecido (fig. 1) permite una visión sintética del fenómeno de la distribución geográfica de la población rural, para el conjunto del país. Hemos extractado algunos croquis (fig. 2 a 5) que dan una visión todavía más simple de la realidad.

• Las zonas de muy fuertes densidades (más de 160 habitantes/km<sup>2</sup>) son 5: (fig. 2)

- En la Costa, el valle del río Portoviejo - río Chico.

• En la Sierra, la región comprendida entre el lago San Pablo e Ibarra; los alrededores de la ciudad de Quito, al Norte y sobre todo al Este y al Sur de la ciudad (valles de Tumbaco y de Los Chillos); la Sierra Central alrededor de Latacunga, Salcedo, Píllaro y sobre todo Ambato-Quero-Pelileo; en fin, la región de Azogues-Cuenca.

Se puede observar que todas estas zonas son sectores de pequeña propiedad, en los alrededores de las ciudades, cruzados de buenas vías de comunicación y que practican una agricultura intensiva de productos generalmente comercializados (Quito, Tungurahua, Valle de

Fig. 2. Zonas de fuertes densidades (1982)

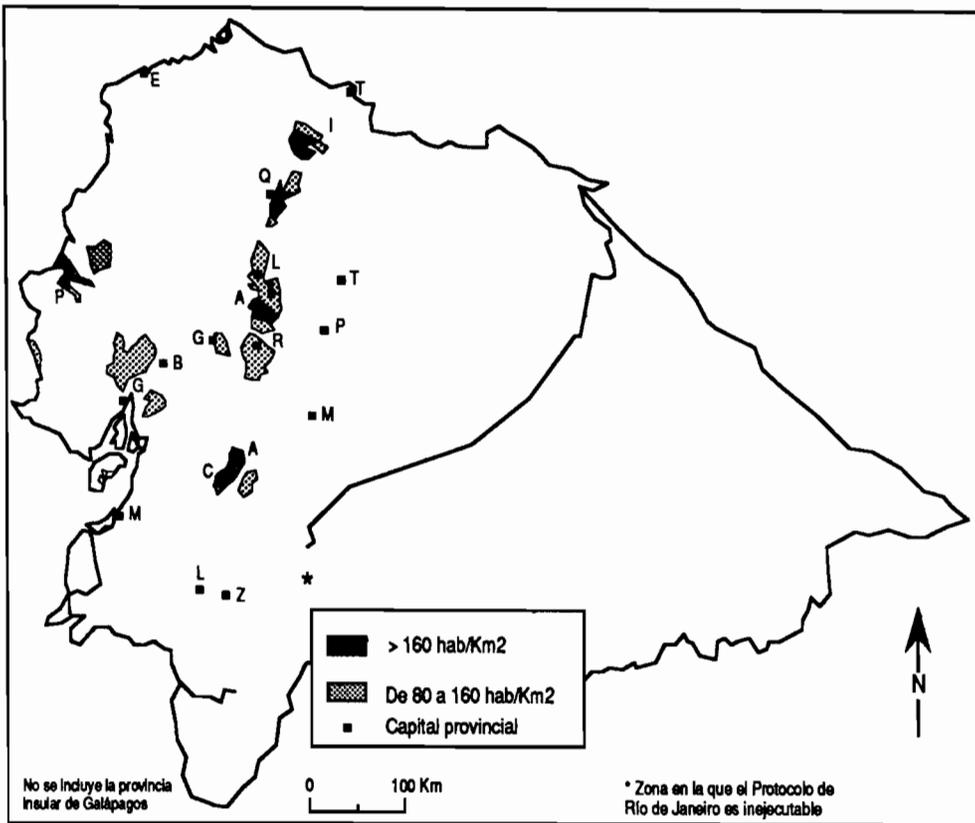


Fig. 3. Zonas de densidades media (1982)

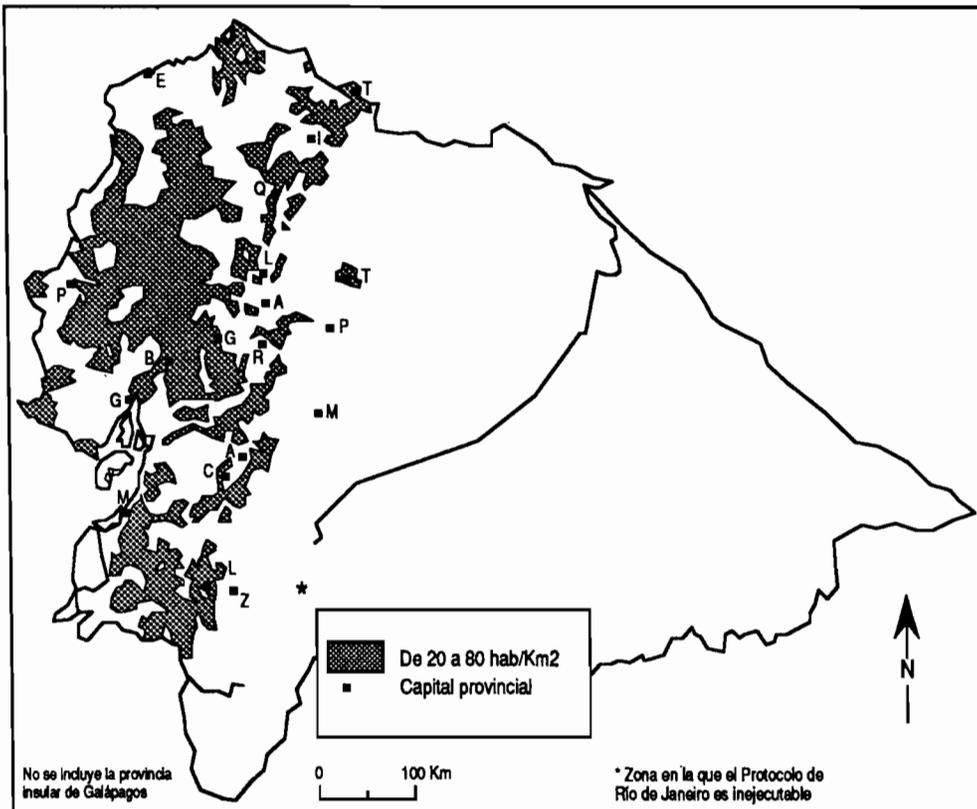


Fig. 4. Zonas de bajas densidades (1982)

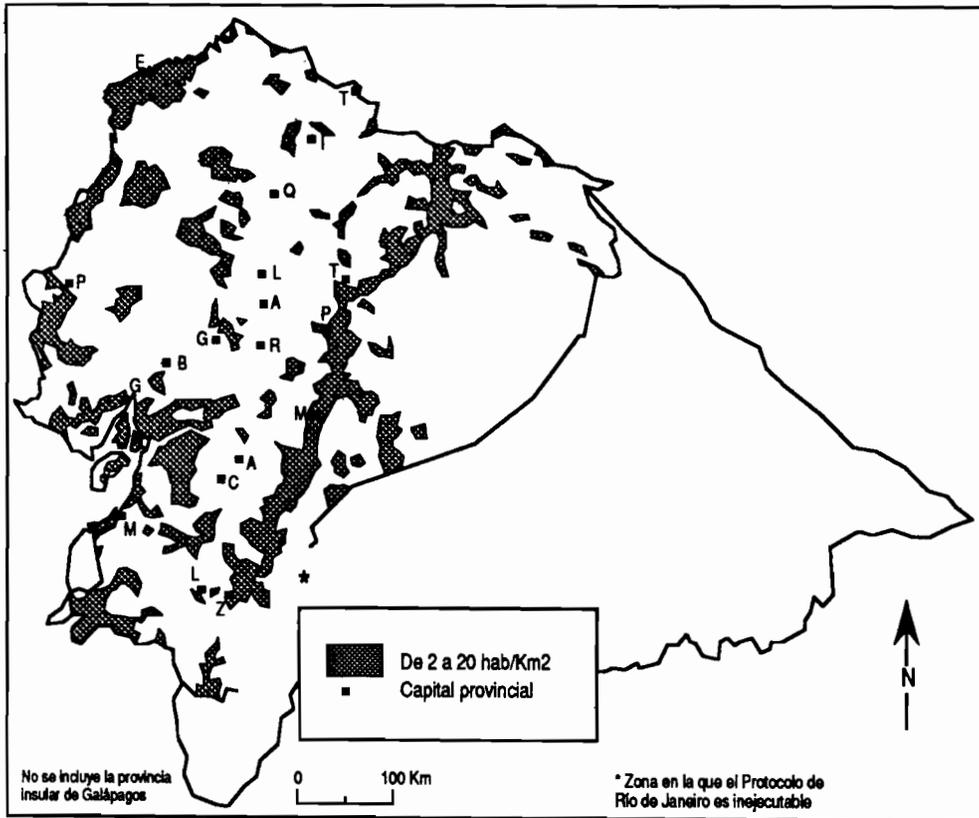
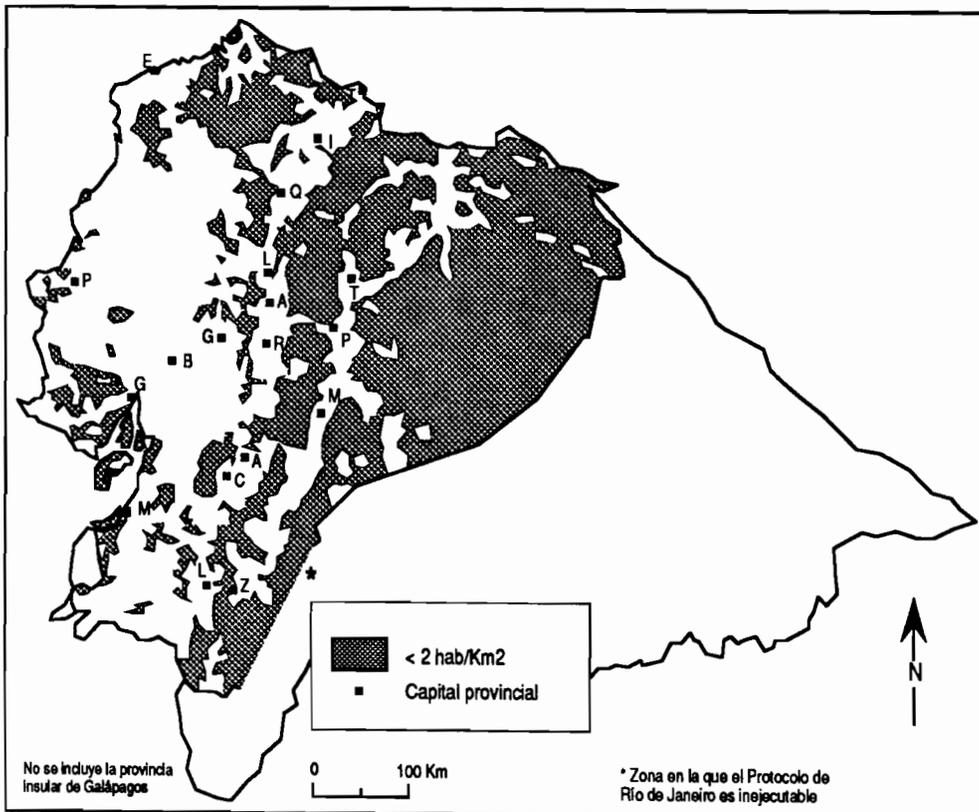


Fig. 5. Zonas vacías (1982)



Portoviejo) o que asocian a la agricultura un complemento de recursos artesanales o salariales (Imbabura, Cañar-Azuay).

• *Las zonas de fuertes densidades* (80 a 160 habitantes/km<sup>2</sup>) (fig. 2)

- En la Costa, se trata principalmente de dos zonas: en Manabí, la región comprendida en el triángulo Chone-Junín-Tosagua, que repite en condiciones geográficas un poco menos favorables (drenaje-irrigación) las condiciones de valle de Portoviejo-río Chico. Y al Norte de Guayaquil, la región principalmente arrocerera de Daule-Palestina-Salitre.

Dos otras zonas, de extensión más reducida, alcanzan estas mismas densidades: la franja costanera de Puerto López y Ayangué, donde han progresado mucho las actividades pesqueras, y la región de Milagro-El Triunfo, donde se ha desarrollado una agricultura tropical muy intensiva (caña de azúcar, arroz, tabaco, etc.) y donde una parte de la mano de obra puede vivir en ese lugar al mismo tiempo que trabaja en Guayaquil.

- En la Sierra, estas zonas cubren la mayor parte del corredor interandino no comprendida en las zonas de muy fuertes densidades antes descritas. Se trata generalmente de regiones en las que las grandes propiedades cubren importantes superficies (Cayambe, Latacunga, Chimborazo) o de zonas de pequeñas propiedades relativamente deprimidas (Bolívar, parte de Chimborazo, parte Este del Azuay).

• *Las zonas de densidades medias* (20 - 80 habitantes/km<sup>2</sup>) (fig. 3).

- Se encuentra en esta categoría la mayor parte de la región costera. Es un rasgo geográfico de primordial importancia esta relativa homogeneidad de poblamiento de una inmensa región que se extiende desde Quinindé al Norte y que engloba la mayor parte de la cuenca del Guayas y de las colinas de Manabí, así como la mayor parte de la región costanera del Sur.

Esta inmensa región, donde alternan la pequeña, la mediana y la grande propiedad en zonas de buenos suelos, sin excesos climáticos fuera de los años excepcionales, constituye el dominio más importante (en superficie) del formidable potencial agrícola del país. Una gran parte de esta región ha sido objeto de una colonización reciente en la que prevalece la mediana propiedad, como lo examinaremos con mayor detalle en el estudio de los mapas de evolución de la población.

- En el Sur, la mayor parte de la provincia de Loja, tierra antiguamente poblada pero en condiciones naturales difíciles, pertenece también a esta categoría de densidades medias.

- En el resto de la Sierra, hay vastas tierras que pertenecen a esta categoría: la mayor parte del Carchi, las partes pobladas de la vertiente occidental de la Cordillera (valle del río Mira, región de Apuela, Selva Alegre, Nanegal, Los Bancos, etc.), el oeste de Cotopaxi (Zumbahua, Angamarca) donde viven comunidades indígenas en el límite de los páramos; el Sur de Chimborazo; el Sur de Bolívar y las regiones marginales de Cañar y Azuay. Se trata de regiones andinas aisladas, de difíciles condiciones naturales como en Carchi, de zonas rurales que han tenido fuertes oleadas de emigración rural desde hace muchos años.

- En la Región Amazónica, la región de Tena-Archidona pertenece de hoy en adelante a esta categoría de las densidades medias.

• *Las zonas de bajas densidades* (2 a 20 habitantes/km<sup>2</sup>) (fig. 4)

- Se las encuentra en la Costa, en una gran parte de la provincia de Esmeraldas y del Norte de Manabí, en las colinas secas del Sur de Manabí y de la península de Santa Elena, en las zonas de manglares del litoral y en la región de Taura. Suelos mediocres, o la sequedad excesiva, o también el aislamiento (Manabí Norte, Esmeraldas), explican en gran parte estas bajas densidades.

- En la Sierra, se trata de la zona más seca, al Sudoeste de la provincia de Loja, o de algunos sectores de difícil acceso en las vertientes exteriores de la Cordillera Occidental.

- Finalmente, casi todas las zonas "pobladas" de la Región Amazónica pertenecen a esta categoría, sea que se trate de sectores de colonización antigua o moderna, o de las regiones Shuars que, poco a poco, como resultado del crecimiento demográfico de este pueblo indígena, pasan de los 2 habitantes por km<sup>2</sup> (o sea, más de una familia por cada 200 ha.).

• *Las zonas vacías* (menos de 2 habitantes/km<sup>2</sup>) (fig. 5). No existen, hablando propiamente, desiertos o verdaderas zonas vacías en el Ecuador, fuera de las partes de la sierra situadas a más de 3.600 o 4.000 m. de altitud. Sin embargo, la necesidad de simplificar nos ha llevado a escoger este umbral de 2 habitantes/km<sup>2</sup> (menos de una familia por cada 200 ha.) como límite de las zonas "vacías". Esto no tiene en cuenta para nada el género de vida de ciertos pueblos indígenas (Huaoranis por ejemplo) que necesitan más tierra para vivir conforme a sus tradiciones. Se trata, sin embargo, de grupos extremadamente limitados dentro de la población.

- Hecha esta reserva, se puede comprobar que en la Costa las zonas "vacías" incluyen más del 50% del territorio de Esmeraldas (el sector más lluvioso) y una



gran parte de las colinas secas del Sur de Manabí y de la Península de Santa Elena.

- En la Sierra, hay una diferencia considerable entre la Cordillera Occidental, en la que únicamente el macizo del Pichincha, al Oeste de Quito y el Nudo de Portete, al Oeste de Cuenca, forman grandes conjuntos casi vacíos; y la Cordillera Oriental que, a parte de los pasos milenarios del Playón de San Francisco al Norte, de Papallacta, de Baños y de Cola de San Pablo, forma en su conjunto una barrera maciza de más de 50 kms de anchura, casi totalmente vacío de habitantes.

- Finalmente, en la Región Amazónica, más del 75% de la superficie pertenece a esta categoría de zonas "vacías".

### 1.3. Hábitat disperso y hábitat agrupado

• En la Sierra ecuatoriana, existen tres formas principales de hábitat rural.

- Por una parte, las cabeceras parroquiales que son, generalmente, las heredadas de los "pueblos de indios" o "doctrinas" de la colonización española, y que se han transformado rápidamente en puntos de contacto entre población indígena y sistema colonial por intermedio de los "cholos" o mestizos. Tienen el trazo en tablero de ajedrez de todas las fundaciones coloniales.

- A pesar de estas aglomeraciones, la forma más corriente de hábitat es la de la vivienda totalmente dispersa.

- Sin embargo, en torno de las haciendas, a cierta distancia de las "casa de hacienda", la población vinculada con el servicio inmediato de la explotación forma con frecuencia "caseríos". Asimismo, otra forma de hábitat, intermedia entre dispersión total y agrupamiento, se encuentra en ciertas comunidades indígenas (Cotopaxi, Tungurahua, Chimborazo) bajo la forma de algunas "chozas" o de algunas decenas de ellas, lo bastante cerca unas de otras para constituir también una especie de "caseríos".

• En la Costa, existe una continuidad entre ciertos pueblos de pescadores indios precolombinos y las actuales aglomeraciones (Canoa, Jaramijó, Machalilla, Puerto López en Manabí, por ejemplo). Muchas aglomeraciones actuales han nacido, sin embargo, de los servicios a la agricultura de plantación, a lo largo de las vías fluviales, en los siglos XVIII y XIX (Daule y Vinces, por ejemplo, sobre el sistema navegable del Guayas). Babahoyo es una fundación más antigua en el punto de ruptura de carga de la vía Quito-Guayaquil. Otras han nacido más recientemente en el cruce de las carreteras, esta vez en las zonas de colonización que se han desarrollado a partir de los años 50. (El Empalme,

El Carmen, Quinindé, etc.). Sin embargo, en toda la región costanera donde ha prosperado la agricultura de plantación, así como en las colinas cafeteras de Manabí, el modelo más general es el de la dispersión del hábitat con reagrupamientos periódicos, sobre todo el domingo, en torno de la iglesia, del billar, de la tienda o del pequeño mercado.

• En la Región Amazónica, la forma tradicional de hábitat de los pueblos indígenas es la dispersión familiar. Los agrupamientos que se encuentran actualmente en ciertos casos, son el resultado de necesidades nuevas (por ejemplo, la escuela) o de la acción misionera. En cuanto a las formas de colonización, han seguido el mismo proceso que en la Costa.

### 1.4. Análisis regional del mapa de distribución de la población

• *La Sierra Norte.* Entre Tulcán y Machachi, las más fuertes concentraciones de asentamientos humanos se encuentran por un lado, en Imbabura, entre Ibarra y el Lago San Pablo y, por otro, a lo largo de las vías de acceso a Quito. La curva de nivel de 3.500 m. constituye, prácticamente, el límite sobre el cual casi ya no se encuentran asentamientos humanos (lo cual no significa que no sea utilizado el páramo). En Carchi, la población rural está más dispersa, mientras que en Imbabura y Pichincha se halla más concentrada en los valles. Tenemos allí dos modelos de asentamientos humanos. ¿Se debe relacionarlos con dos modelos de asentamientos precolombinos? (Gondard, López, 1983) ¿o más probablemente con una topografía y con sistemas sociales de producción muy diferentes?

A este propósito, hay que notar un fenómeno: la diferencia de la concentración del hábitat entre el sector de Cayambe y el de Otavalo-San Pablo. Las condiciones naturales (suelos, altitud, pluviometría) son sensiblemente idénticos en ambos, pero las estructuras sociales son muy diferentes: en un caso predomina la gran propiedad y el artesanado rural casi ha desaparecido, mientras que en el otro prevalece el minifundio, asociado a una práctica todavía muy extendida del artesanado rural (tejido). Esta diferencia en las estructuras agrarias se explica por sí misma en la historia de la conquista incásica. Los Cayambis aliados de los Caranquis estuvieron entre los últimos que resistieron a la conquista militar de los Incas y tuvieron que pagarlo con las masacres y, más todavía, con los desplazamientos de los pueblos en calidad de mitimaes. Sus tierras vinieron a ser "tierras del Inca" y, luego de la conquista española, "tierras de la Corona", que los cabildos entregaron muy pronto a los conquistadores, dando así origen a una región de haciendas. Al contrario, parece que los Otavalos aceptaron el sistema incásico antes de que tuvieran lugar los últimos combates en el Norte, lo que les permitió preservar en gran parte su sistema tradicional y sus

tierras. El principio de las "reducciones" impuesto por los conquistadores acarrió transferencias de población, pero a muy corta distancia (Cavaillat, 1981).

Todas las particularidades en la distribución de la población del callejón interandino tienen así su explicación en un análisis a la vez geográfico e histórico. Hemos citado únicamente el caso de Otavalo-Cayambe, a manera de ejemplo.

Alrededor de Quito, el poblamiento de la región metropolitana se hace en función de una dinámica actual muy diferente y a menudo muy compleja, en la que intervienen las facilidades de relación con el centro (carreteras, líneas de bus) y el precio de la tierra, que está también vinculado a estas facilidades de relación pero asimismo al desarrollo de las redes de servicios (agua, electricidad, teléfono) y al grado de bienestar de las residencias (búsqueda de sitios con vista agradable, alejamiento de los focos de polución, como las fábricas, etc.). Se produce también un fenómeno de difusión poblacional por la transformación de las "fincas vacacionales" en residencias principales, en Guayllabamba, Tumbaco, San Rafael, Sangolquí, La Merced, etc.

En la Sierra Norte, fuera del callejón interandino, se encuentran dos sectores principales de poblamiento, en la vertiente exterior de la Cordillera Occidental:

- De Nanegal a Apuela (valle del río Alausí y del río Cristo) y, más al sur, sobre el eje Nono-Mindo;
- A lo largo del valle del río Mira, cuyos ejes son la vía férrea y la carretera.

Se trata de antiguas zonas de colonización cuya evolución dependerá totalmente de la que tengan los medios de comunicación, ya que los sectores más aislados están llamados a despoblarse.

En esta Sierra del Norte, en lo que toca a la distribución de los centros urbanos, el hecho más notable es una "urbanización del medio rural" en las zonas fuertemente pobladas. En efecto, en la región de Otavalo-Ibarra, San Pablo, Cotacachi, Atuntaqui y San Antonio han llegado a ser pequeños centros urbanos y prácticamente ningún habitante de esta región se encuentra a más de 4 o 5 km de una ciudad. Entre éstas se multiplican las actividades de tipo urbano (servicios, restaurantes, talleres mecánicos, almacenes de venta, etc.) y la distribución de la electricidad y del agua se extiende en toda la región. Asimismo, la difusión de los modos de vida urbanos en los campos vecinos a Quito es un hecho patente, lo mismo que, a las salidas Norte y Sur de la ciudad donde se concentran las actividades industriales, es evidente una extensión de éstas en el valle de los Chillón.

• En la Sierra Central (provincias de Cotopaxi, Tungurahua, Bolívar, Chimborazo), los modelos de poblamiento son muy parecidos a los de la Sierra Norte, con

fuertes concentraciones en ciertos sectores de minifundio, desde Latacunga hasta Quero, y especialmente en la zona hortícola y fructícola de Ambato. Al contrario, en Bolívar y Chimborazo, las concentraciones de población no son nunca tan densas. Las zonas de fuertes concentraciones están asociadas a un desarrollo de pequeños centros urbanos, especialmente en Tungurahua.

Finalmente, en plena Cordillera Occidental, al Oeste de Latacunga, de Zumbahua a Sigchos, generalmente entre 3.500 a 4.000 m. de altitud, encontramos una zona relativamente bien poblada, en condiciones naturales muy difíciles. Es el caso de poblaciones casi enteramente indígenas, cuya presencia en estos lugares poco clementes está vinculada a factores históricos (zonas de refugio), como se encuentra igualmente en ciertas zonas de altitud de la provincia de Chimborazo: San Andrés, Cajabamba, Guamote, Palmira, al Este de Alausí, y al Norte de Bolívar, hacia Salinas, donde una explotación muy antigua de salinas explica la presencia de una importante comunidad.

En la Sierra Central, los valles de comunicación con la Costa forman franjas de poblamiento dentro de las zonas vacías de la cordillera: Río Pilaló (Tingo, La María), Río San Francisco y Río Angamarca (El Corazón), Río Chimbo y Río Chanchán.

• *La región de Cuenca*: constituye una de las más notables concentraciones de población del país. Hemos visto en el capítulo anterior su antigüedad y por lo mismo su permanencia. Está formada de dos ejes principales, el uno, de Biblián a Cuenca, el más fuertemente poblado, y el otro, más al Este, de Paute a Sigchos. Esta verdadera "isla" de poblamiento denso está rodeada de zonas prácticamente desiertas, menos en tres direcciones: hacia Cañar al Norte donde se encuentra una zona de poblamiento indígena de altura que se puede asociar a las que se hallan en Cotopaxi y Chimborazo; hacia Girón—Santa Isabel al Suroeste, con la desembocadura de la región por el río Jubones; y hacia el Sur, en la región de Nabón-Ofía.

Como en Tungurahua y en Imbabura, la concentración de los pequeños centros urbanos es muy notable y Cuenca, la capital del Austro, está a la cabeza de una región muy fuertemente articulada en el plano poblacional.

• *La región de Loja*. El extremo Sur de la Sierra ecuatoriana, formada por la provincia de Loja y la parte alta de El Oro, tiene una situación muy diferente. Al contrario de Cuenca, no se halla aquí ninguna concentración de importancia de la población sino una dispersión y una desarticulación total a causa de una especie de compartimiento del relieve en múltiples tabiques. Los valles son a veces lugares de concentración de la población (río Catamayo, río arriba de Catamayo) pero a

veces también zonas repelentes (río Catamayo, río abajo de Catamayo). En la parte Oeste de la provincia, las vertientes húmedas de las colinas, buenas para el café y para los pastos, están mejor pobladas.

• *La provincia de Esmeraldas y las zonas de colonización reciente.*

Allí se encuentran dos modelos principales de asentamientos humanos, y vastas zonas prácticamente vacías.

- El primer modelo es de tipo tradicional en esta región costanera. Se trata del poblamiento "en hilera" de pequeños valles cuyos ejes son ríos, navegables en canoas, que desembocan en un pequeño puerto pesquero con salida al mar (San Lorenzo, Borbón, Río Verde, Atacames, Súa, San Francisco, Muisne, etc.). En los sectores de fuerte poblamiento negro, la población no está dispersa sino concentrada en pequeñas aglomeraciones o pueblos (generalmente, cabeceras parroquiales, especialmente en los cantones de San Lorenzo y Valdez).

- El segundo modelo, en la región de Quinindé, es el de la colonización moderna con una población dispersa en forma irregular a lo largo de las carreteras y de las líneas de colonización. La dimensión mediana de las fincas da por resultado densidades medianas pero muy uniformes. Es un modelo que vamos a encontrar en toda esta zona, desde Quinindé al Norte hasta Quevedo al Sur, pasando por Santo Domingo y El Carmen.

Al contrario de la Sierra, lo que impresiona en esta vasta zona es el pequeño número de aglomeraciones urbanas, que, por otra parte, tienen características originales y un notable crecimiento, aspecto que se estudia en el tomo III de esta colección. Es probable que esta zona presenciara la creación de nuevas parroquias en los años que vienen.

• *Las colinas y la zona costanera de Manabí*

Fuera de la parte oriental (El Carmen) que está vinculada a la región precedente, Manabí presenta cuatro principales modelos de poblamiento.

- En primer lugar, están los valles de Manabí Central: río Portoviejo, río Chico, río Junín y río Chone. Sobre todo en el caso de los dos primeros, se trata de zonas de muy fuerte concentración poblacional, relacionadas con los sistemas antiguos de irrigación en proceso de modernización. Las colinas de Manabí pueden dividirse en dos partes:

- Al Sur de Chone hay una muy importante población diseminada en el conjunto de las colinas. Es una zona cafetera donde se dispersa una multitud de pequeñas fincas aisladas que se dedican, a parte de la cafi-

cultura, a una policultura de autoconsumo asociada con la ganadería;

- al Norte de Chone, la población es igualmente muy diseminada, pero con densidades menos fuertes. La ganadería extensiva prevalece y son todavía muy importantes los bosques.

- En el litoral, hay una sucesión de pueblos muy antiguos de pescadores a todo lo largo de la Costa, de los cuales ya hemos hablado. Son unos quince desde Cojimés hasta Ayangue.

- A parte de estos pueblos y de los grandes puertos modernos (Bahía, Manta), este litoral está casi vacío y las colinas secas que lo bordean, pese a la "garúa" (3) que les trae un poco de humedad, son también muy poco pobladas.

- Los centros urbanos en Manabí están agrupados en el cuadrilátero Bahía-Manta-Jipijapa-Chone. En efecto, esta parte de la provincia es la más antiguamente poblada y organizada, y posee toda una pequeña red urbana, con una capital provincial, su puerto y varios pueblos de rango secundario. Chone y Bahía son la réplica, al norte y a un nivel jerárquico inferior, de la pareja complementaria Portoviejo-Manta. El sistema urbano de Manabí es un caso único en la Costa y es la prueba de un asentamiento y de una organización regional sólidamente establecidos.

• *La cuenca del Guayas*

El fenómeno más digno de notarse en esta región es la importancia que tiene el *agua* en la ubicación del hábitat. Así, en la región de más fuerte densidad, o sea al sur de un arco de círculo formado por Daule, Palestina, Vinces, Babahoyo, es decir en la parte más antiguamente poblada de la Cuenca (cf. capítulo 1 fig. 4), la población no está dispersada en una forma homogénea sino en función de las condiciones hídricas. Los ribazos, a lo largo de los ríos, que superan el nivel de las crecidas anuales, son los lugares privilegiados de hábitat de esta región. Además, hasta 1950 más o menos, el río ha sido la única vía de circulación de toda la planicie del Guayas. Se distinguen claramente sobre el mapa las "serpientes" de puntos que demuestran este fenómeno a lo largo del río Daule, del río Jigal, del río Los Tintos, del río Vinces, etc. Al norte de la planicie del Guayas así considerada, donde la pequeña propiedad, especialmente la arrocera, ocupa una parte importante de la superficie, se extiende una zona que fue colonizada por las grandes haciendas cacaoeras, sobre todo en la segunda mitad del siglo XIX. Es un sector donde predomina la grande propiedad y, por lo mismo, de densidades relativamente bajas. En la parte Este y Sur, las grandes plantaciones de caña de azúcar o de frutas tropicales forman asimismo sitios de concentración poblacional, en zonas de hábitat más diseminado (Aztra, La Clementina, etc.).

Las orillas de los ríos han sido igualmente sitios privilegiados para la creación de los centros urbanos. Se aprecia un notable desarrollo de estos centros de servicios en toda la región descrita. Es también muy digno de notarse que los dos sectores de la Costa donde se han desarrollado verdaderas redes urbanas, Manabí centro y la planicie del Guayas, corresponden a las dos zonas de poblamiento importante desde el comienzo del siglo XIX (cf. fig. 4).

- *La Península de Santa Elena.* Desde el punto de vista de asentamientos humanos, constituye una prolongación de la franja costanera y de las colinas secas de Manabí. El desarrollo del hecho urbano en la punta de la Península, con Santa Elena, La Libertad, Salinas, por razones de desarrollo petrolero y de vacaciones, es con todo digno de notarse.

- *La Costa, de Naranjal a la frontera peruana,* ha tenido una colonización relativamente reciente, pero con una clara preponderancia de las propiedades grandes y medianas. El modelo de dispersión del hábitat es, pues, netamente menos homogéneo, que el de colonización de la región Quinindé-Santo Domingo. La zona más antiguamente poblada, formada por el cuadrilátero Machala-Guabo-Pasaje-Santa Rosa, concentra asimismo, con densidades más fuertes, la casi totalidad de los centros urbanos de esta región.

- *La Región Amazónica.* Se puede agrupar en cuatro modelos principales los tipos de poblamiento en la Región Amazónica.

- Al pie de la Cordillera Oriental, de Baeza al Norte hasta Zumba al Sur, se extiende una zona casi ininterrumpida de poblamiento que corresponde a una antigua colonización que se ha apoyado en los pequeños centros heredados de las primeras fundaciones españolas del siglo XVI. Sigue una serie de valles y de depresiones recorridas por la carretera cuya conclusión unirá Baeza con Zumba. Como ya lo hemos anotado, es actualmente en esta región de Archidona-Tena donde las densidades alcanzan su máximo para el conjunto de la Región Amazónica ecuatoriana.

- En toda la zona petrolera y sus márgenes, se extiende una zona de colonización reciente donde la población se dispersa en hilera y de manera regular, a lo largo de las carreteras y hacia atrás, en segundo, tercero y hasta sexto "respaldo", cada uno con dos kilómetros de anchura y con las casas que se dispersan en hilera, generalmente cada 250 m, de modo que forman propiedades de 50 ha.

Recientemente, dos grandes plantaciones de palma africana de 10.000 ha. aproximadamente, en Shushufindi y al Noroeste de Coca, han introducido una notable variante en este modelo.

- A lo largo de los ríos navegables (Napo, Aguarico, Putumayo, Curaray, Bobonaza, etc.), se ha establecido una población dispersa donde alternan antiguas haciendas (principalmente en Napo) con familias indígenas.

- Finalmente, ciertos pueblos indígenas, los Huaorani, los Shuar y Achuar particularmente, tienen modelos propios de asentamientos humanos. El modo de vida de los primeros exige inmensos territorios para una muy baja población, territorio delimitado actualmente que se extiende sobre unas 780.000 ha. para 5 a 800 habitantes. Los Shuar, al contrario, tienen un fuerte crecimiento demográfico y tienden actualmente a reagrupar su hábitat, tradicionalmente disperso, cerca de los pequeños centros de servicio que comprenden una pista de aterrizaje para avionetas y, a menudo, la misión y la escuela.

- *Las Islas Galápagos.* La muy reducida población de estas islas no necesita largos comentarios. Se trata de una colonización de pequeñas o medianas fincas relativamente reciente. Actualmente totalmente limitada por la extensión del parque nacional, esta colonización tiende a retroceder, pues la población busca una reconversión hacia los servicios administrativos y turísticos desarrollados hace poco en los pequeños centros de Puerto Baquerizo Moreno, Puerto Ayora y Puerto Villamil.

De este estudio sintético sobre la distribución geográfica de la población en el Ecuador, se puede sacar como conclusiones: la extrema diversidad de las situaciones, el hecho de que las zonas más ricas en el aspecto de los suelos y de la potencialidad agrícola no son siempre las más pobladas, que la influencia de las situaciones históricas es más determinante que el simple factor del medio natural, que los sitios de poblamiento en las zonas de colonización están siempre vinculados al sistema de transporte y, por lo mismo, de comercialización de los productos (sistema fluvial hasta 1950, sistema vial después) y, en fin, que el desarrollo de las redes urbanas es el fruto de condiciones históricas a menudo muy antiguas y que las zonas de reciente colonización, sea en la Costa, sea en la Región Amazónica, pese al crecimiento espectacular de algunos centros (Santo Domingo, Quinindé, Lago Agrio, etc.) están todavía muy desprovistos de ciudades secundarias, a nivel de los pequeños centros administrativos (parroquias) especialmente.

La distribución de la población, es en realidad, el resultado de la dinámica histórica de las relaciones entre el hombre o las sociedades, por una parte, y el medio geográfico, por otra. Es importante, por lo tanto, describir esta dinámica actual desde 1950, fecha del primer censo efectuado según criterios modernos. Un análisis rápido de los aspectos geográficos de esta evolución actual servirá de introducción a los siguientes capítulos en

los que se estudiarán en detalle los mecanismos de esta evolución. Estos se relacionan con dos fenómenos esenciales: la dinámica demográfica natural y las migraciones de población.

## 2. LA EVOLUCION GEOGRAFICA DE LA DISTRIBUCION DE LA POBLACION

### 2.1. Observar y graficar

Para analizar esta evolución, recurriremos de nuevo al método geográfico. Para ello se exponen una serie de croquis de evolución de la población, a nivel parroquial, correspondiente a tres períodos intercensales: 1950-62; 1962-74; 1975-82. Los croquis (figuras 6-11) no representan variaciones absolutas sino tasas de crecimiento anual, calculadas de manera precisa entre las fechas de cada censo. La dificultad material más evidente en el establecimiento de estos mapas ha consistido en hallar los límites de las antiguas parroquias porque muchas de ellas han sido creadas entre los diversos censos. Por razones prácticas evidentes, la referencia cartográfica es siempre la de los límites parroquiales de la fecha anterior. Por ejemplo, si la parroquia "A" en 1962 ha dado origen, entre 1962 y 1974, a tres parroquias A', B y C, el cálculo de evolución consistirá en comparar la población de A en 1962 con la de A' + B + C en 1974. La misma tasa de evolución se aplicará, pues, a A', B y C en

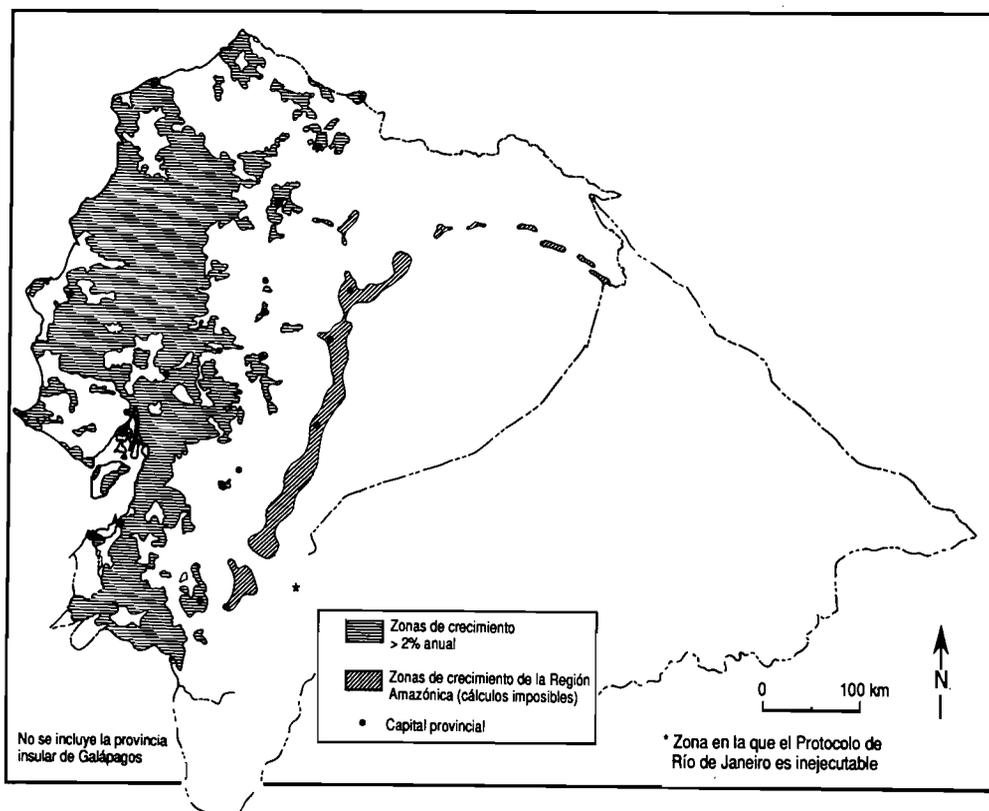
el mapa de evolución 1962-1974 y se referirá, desde el punto de vista cartográfico, a los límites de la parroquia A en 1962 (Delaunay et al, 1985: 2-5).

La leyenda de los croquis de evolución está concebida de modo que se pueda compararlas con la tasa de crecimiento natural. Esta, en el medio rural, varía para los períodos tomados en cuenta y según las regiones, de 2 a 4% por año. Hemos procedido, por lo tanto, en la siguiente forma.

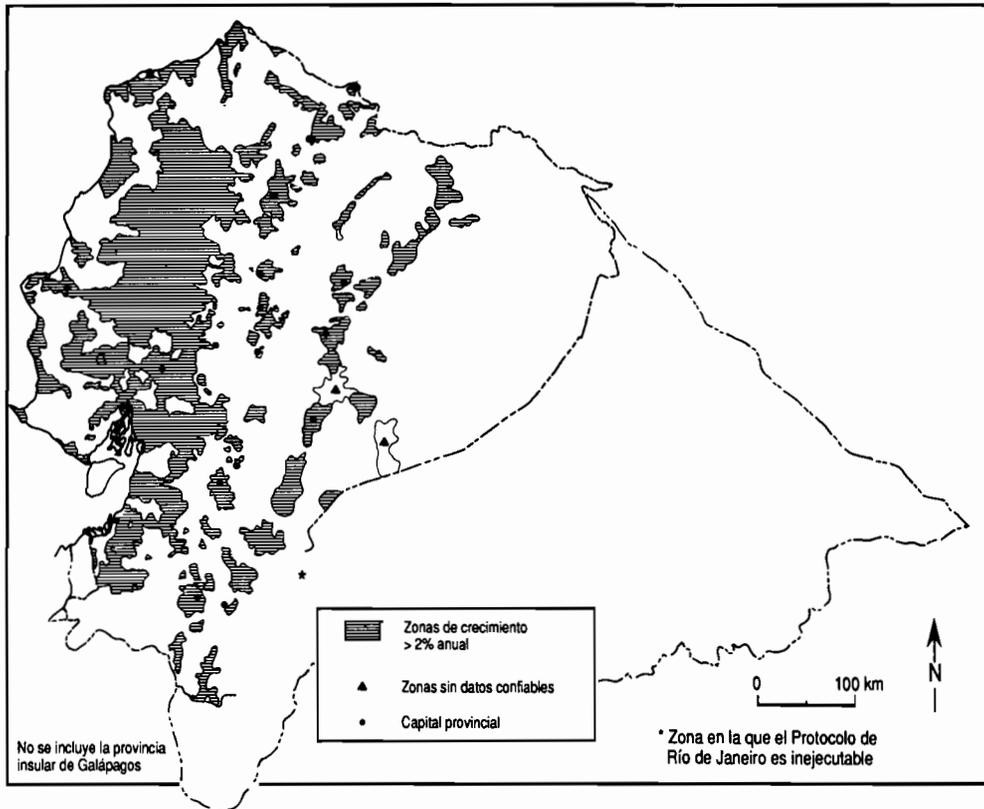
- Por una parte, hemos delimitado las zonas de crecimiento inferiores a 2% por año, lo que corresponde de modo muy general, para cada período intercensal, a las parroquias rurales que tienen un crecimiento negativo o inferior a la tasa de crecimiento natural. Esta categoría reúne a las parroquias que han experimentado una *emigración* rural, y más exactamente una *balanza migratoria negativa* en el curso del período considerado (fig. 9-10 y 11).

- Por otra parte, hemos delimitado las zonas de crecimiento superior a 2% por año, correspondiente a las parroquias que tienen un crecimiento de población al menos igual al crecimiento natural medio, que pueden ser consideradas como zonas de expansión de la población rural, sea por crecimiento natural, sea por inmigración (colonización agrícola) (fig. 6-7 y 8).

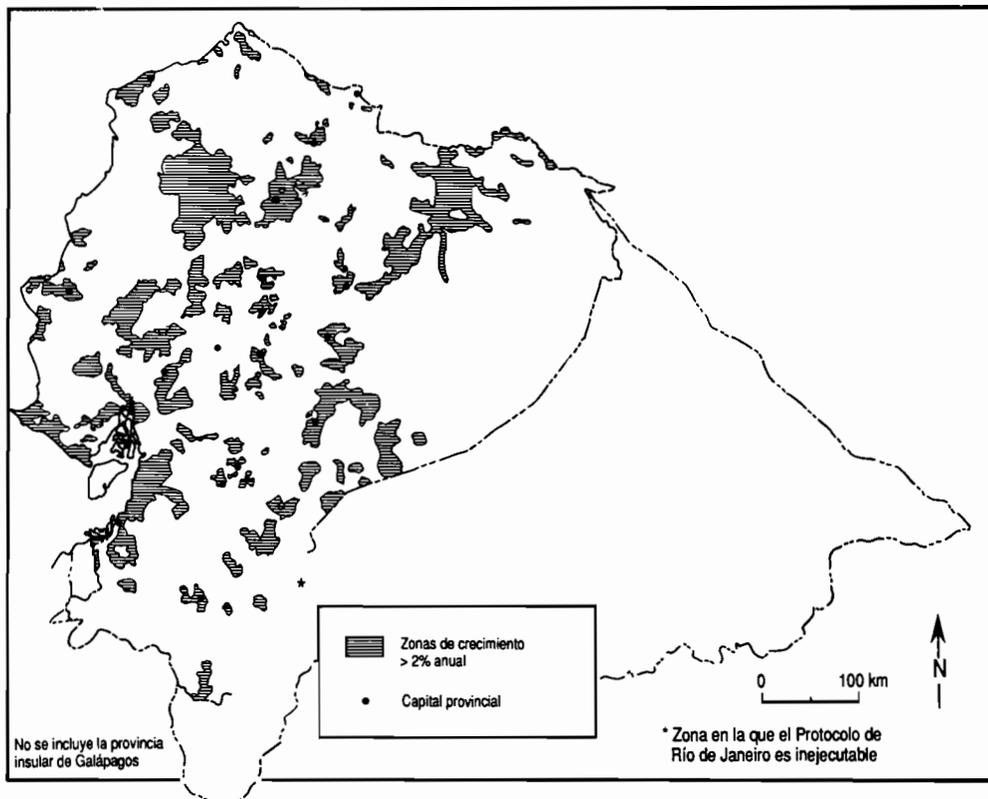
Fig. 6. Evolución de la población rural 1950 - 62 (Fuerte crecimiento)



**Fig. 7. Evolución de la población rural 1962 - 74  
(Fuerte crecimiento)**



**Fig. 8. Evolución de la población rural 1974 - 82  
(Fuerte crecimiento)**



## 2.2. Las tendencias

El análisis de estos diversos documentos cartográficos permite deducir *tendencias generales* en cuanto a la evolución geográfica de la distribución de la población (fig. 6-7 y 8).

Las zonas de crecimiento parecen desplazarse de la Costa a la Región Amazónica en el curso de los tres períodos intercensales. Entre 1950 y 1962, las zonas de crecimiento cubrían más del 90% de los espacios poblados de la Costa ecuatoriana y de la provincia de Loja. En la Sierra, se relacionaban con algunas zonas de colonización de la vertiente occidental (sobre todo la región de Apuela-Nanegal y del río Mira), los contornos de Quito y algunas parroquias aisladas, especialmente en Chimborazo (fig. 6).

Entre 1962 y 1974, la "mancha" de las zonas de crecimiento de la Costa es mucho menos uniforme. Se concentra esencialmente en la gran zona bananera de la colonización que va de Quinindé a Quevedo, así como en el litoral Sur y en el Norte de Manabí. En la Sierra, volvemos a encontrar los mismos sectores de crecimiento que en el período anterior, a excepción de Loja, pero Tungurahua parece reemplazar a Chimborazo. La mancha de fuerte progresión se extiende alrededor de Quito y de Imbabura; Azuay parece experimentar cierta recuperación demográfica. Finalmente, la Región Amazónica tiene un comienzo de crecimiento importante, especialmente en la provincia de Napo (fig. 7).

En el último período intercensal, 1974-82, las zonas de progresión demográfica parecen realmente "atomizadas". En la Costa, tres sectores notables Quinindé-Santo Domingo, el litoral sur (de Naranjal a Machala) y la Península de Santa Elena tienen un fuerte crecimiento. En la Sierra, solamente la "mancha" de crecimiento de la región de Quito forma un conjunto coherente. En fin, la Región Amazónica, especialmente en la zona de colonización de Napo y la región de poblamiento Shuar y Achuar, ve extenderse su área geográfica de fuerte crecimiento demográfico (fig. 8).

En el curso del primer período intercensal, entre 1950 y 1962, los sectores de *emigración rural* están constituidos casi exclusivamente por los espacios poblados del callejón interandino. Las parroquias de la parte oriental, adosadas a la cordillera, son más afectadas que las de la parte occidental. En Imbabura, Cotopaxi y sobre todo Cañar-Azuay, el fenómeno es casi general y afecta a la mayor parte de las parroquias rurales. (fig. 9)

- Durante el segundo período intercensal, entre 1962 y 1974, el fenómeno se hace más difuso. La Sierra es todavía más afectada, sobre todo en las provincias centrales, especialmente Bolívar y Chimborazo. En Imbabura, Cañar-Azuay, la emigración rural es mucho

menos generalizada que en el curso del período anterior. Al contrario, la provincia de Loja, agobiada por la sequía de los años 60, llega a ser la mayor región de emigración rural de todo el país. En la Costa, el fenómeno de las migraciones rurales, muy limitado en el período precedente, toma una amplitud espectacular en una gran parte de Manabí (fig. 10).

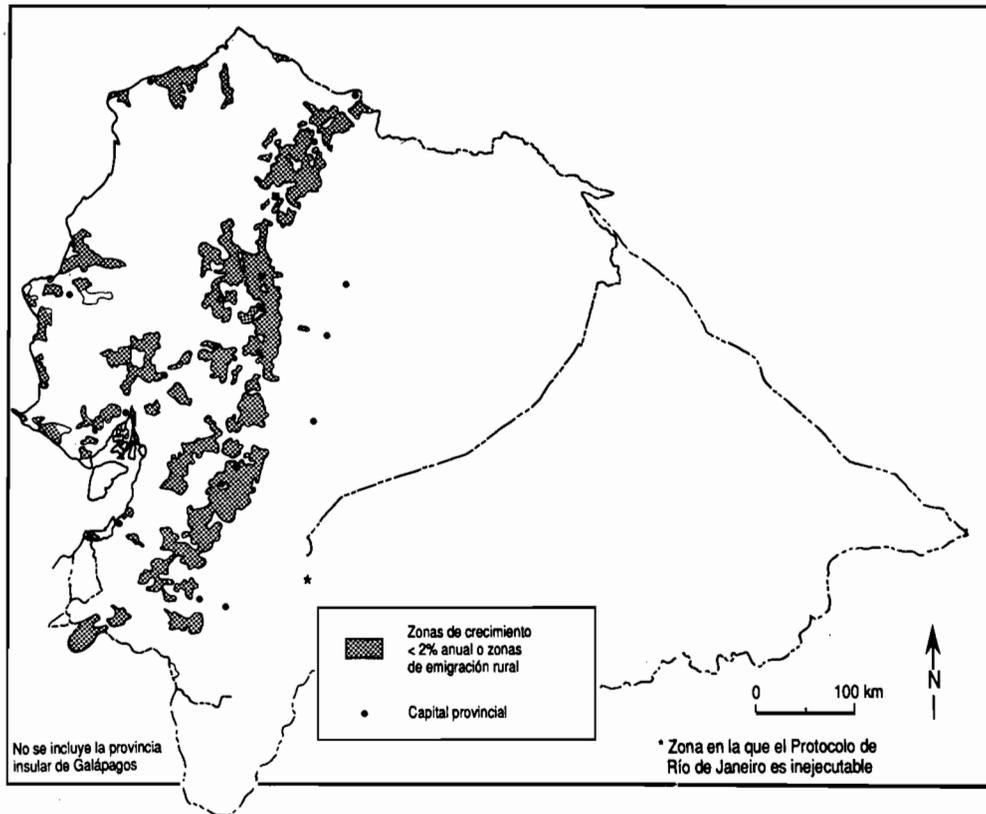
Manabí, Loja, Bolívar: allí encontramos los tres "reservorios" esenciales de las zonas de colonización de esa época, o sea de la región de Santo Domingo y Quinindé, y de la provincia de Napo (creación de "Nueva Loja").

Durante el tercer período intercensal, entre 1974 y 1982, el fenómeno se amplifica considerablemente y afecta a los dos tercios aproximadamente del espacio rural ecuatoriano. Está casi generalizado en Manabí (fuera del eje urbanizado Manta - Portoviejo) y alcanza a una gran parte de las provincias de Los Ríos y del Guayas. Solamente la franja costanera Sur, entre Naranjal y la frontera, la Península de Santa Elena y la región de Santo Domingo-Quinindé parecen ser excluidas en la Costa. En la Sierra, Carchi, Bolívar, el Sur de Chimborazo y Loja son las provincias más integralmente afectadas. Lo más asombroso, desde el punto de vista geográfico, es la extraordinaria diversidad de situaciones en la vertiente occidental de los Andes. En estas regiones, a una situación casi generalizada de crecimiento y de colonización en los períodos intercensales anteriores, sucede una etapa en la que las situaciones muy localizadas juegan un gran papel, y muy especialmente la accesibilidad. Parece que en todas estas vertientes de condiciones geográficas difíciles, un período de emigraciones rurales violentas sucede a la fase anterior de conquista, en todas las zonas a las que no llegaron las buenas vías de comunicación. Anotemos, por fin, para este último período, un comienzo de emigración rural en la Región Amazónica, especialmente en la franja antiguamente poblada del piedemonte andino (fig. 11).

Este rápido análisis de los mapas de evolución de la población en el curso de los tres períodos intercensales no constituye, en realidad, más que una introducción al estudio demográfico y especialmente al de las migraciones de población, objeto del capítulo siguiente. Permite, sin embargo, plantear cierto número de problemas de los que conviene recordar aquí los principales.

- El primer problema que viene a la mente, luego de este breve análisis cartográfico, se refiere a la evolución de las zonas de colonización agrícola. En efecto, muchos espacios rurales que fueron todavía zonas de colonización hasta hace poco tiempo, como el Norte de Manabí, el Norte de la provincia de Los Ríos, las vertientes exteriores de la Cordillera Occidental, algunos sectores de piedemonte amazónico, se han convertido recientemente en zonas de emigración rural. ¿A qué se

**Fig. 9. Evolución de la población rural 1950 - 62  
(Emigración)**



**Fig. 10. Evolución de la población rural 1962 - 74  
(Emigración)**

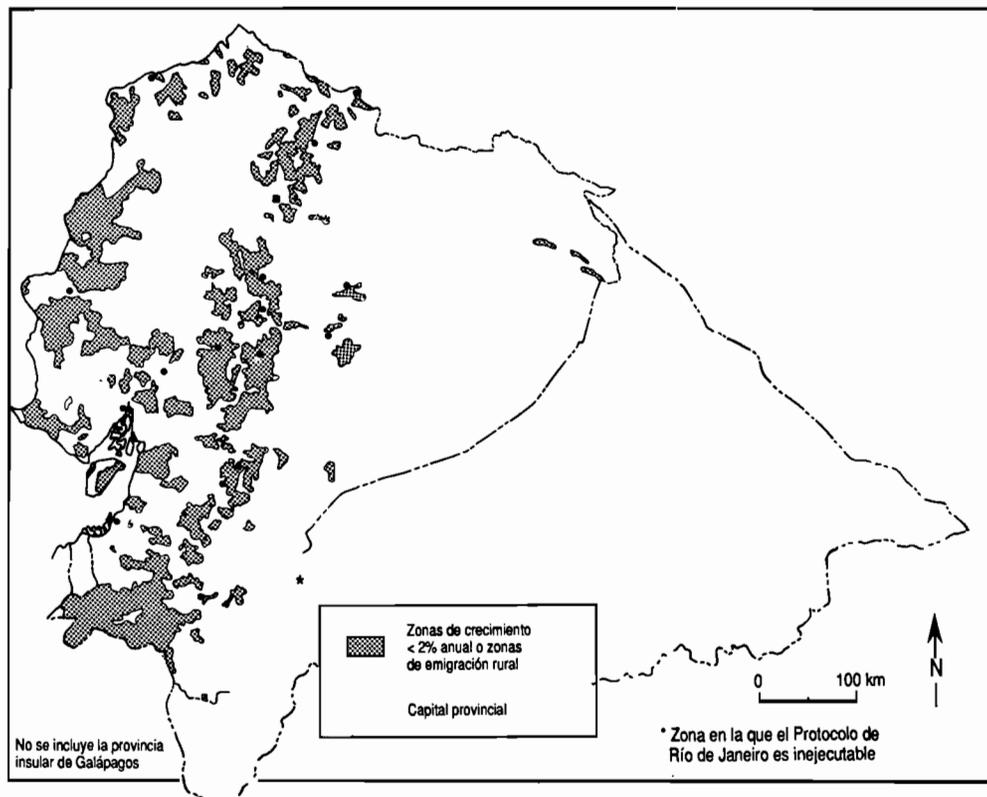
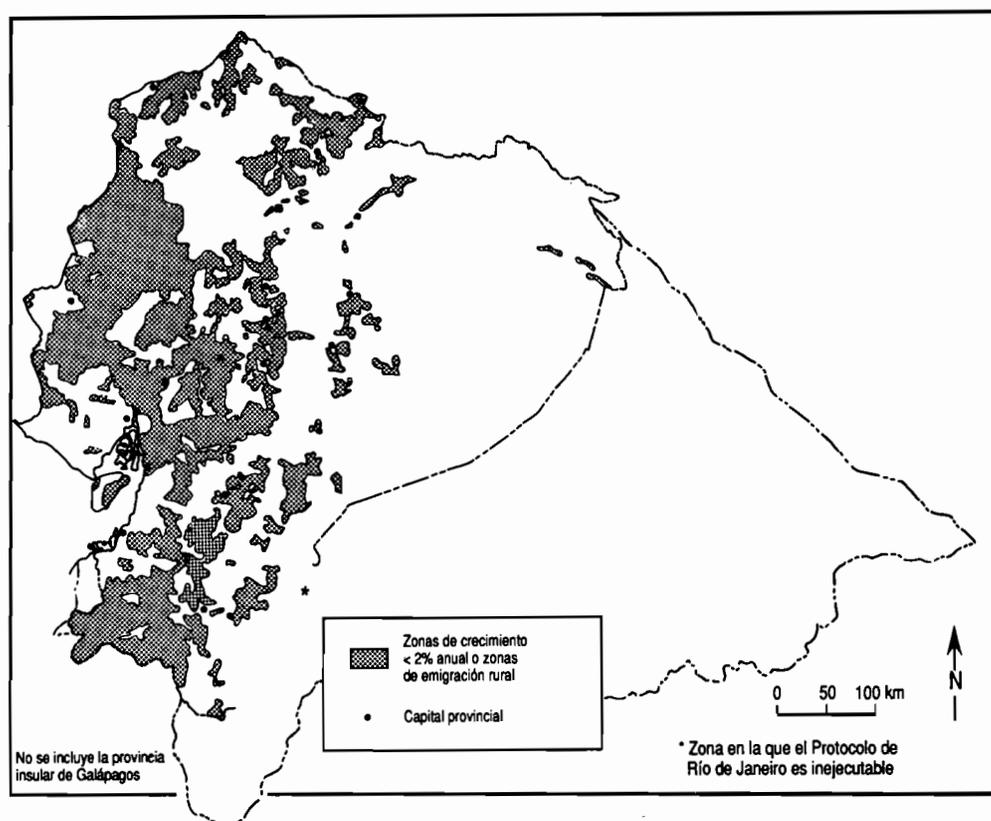


Fig. 11. Evolución de la población rural 1974 - 82  
(Emigración)



debe este fenómeno? Este, por otra parte, alcanza una tal amplitud que se puede preguntar si otras regiones de colonización reciente, alrededor de Santo Domingo, Quinindé o en la provincia de Napo, en un porvenir inmediato, van a sufrir a su vez del mismo fenómeno.

Hemos correlacionado este fenómeno con las facilidades de comunicación (carreteras), pero ¿no existen otros factores que deben ser tomados en cuenta, de orden agronómico por ejemplo (erosión, agotamiento de los suelos, etc.) en ciertos lugares menos favorecidos? Y sobre todo, ¿no existe algún factor más general y más dramático, vinculado al *acceso a las posibilidades de promoción* escolar, económica, social y a los servicios de salud que solamente la ciudad puede dar?

- En sentido inverso, la emigración rural parece estar frenada en algunas zonas rurales de la Sierra consideradas como desfavorecidas. Se trata de zonas servidas cada vez mejor por los transportes viales que prestan fácil acceso al mercado del trabajo urbano, temporal o permanente. Esta facilidad mueve a mucha gente del campo a adoptar un nuevo género de vida, en la que el hombre (o los jóvenes, chicas o chicos) pasa la semana en la ciudad y el fin de la semana en su casa (4). Este fenómeno, muy extendido en un radio de 100 o 150 km. alrededor de Quito y también de Guayaquil, ¿no falsea

acaso el estudio del lugar de residencia y, por lo mismo, la ubicación del hábitat, dissociado del lugar de trabajo y de residencia durante la semana?

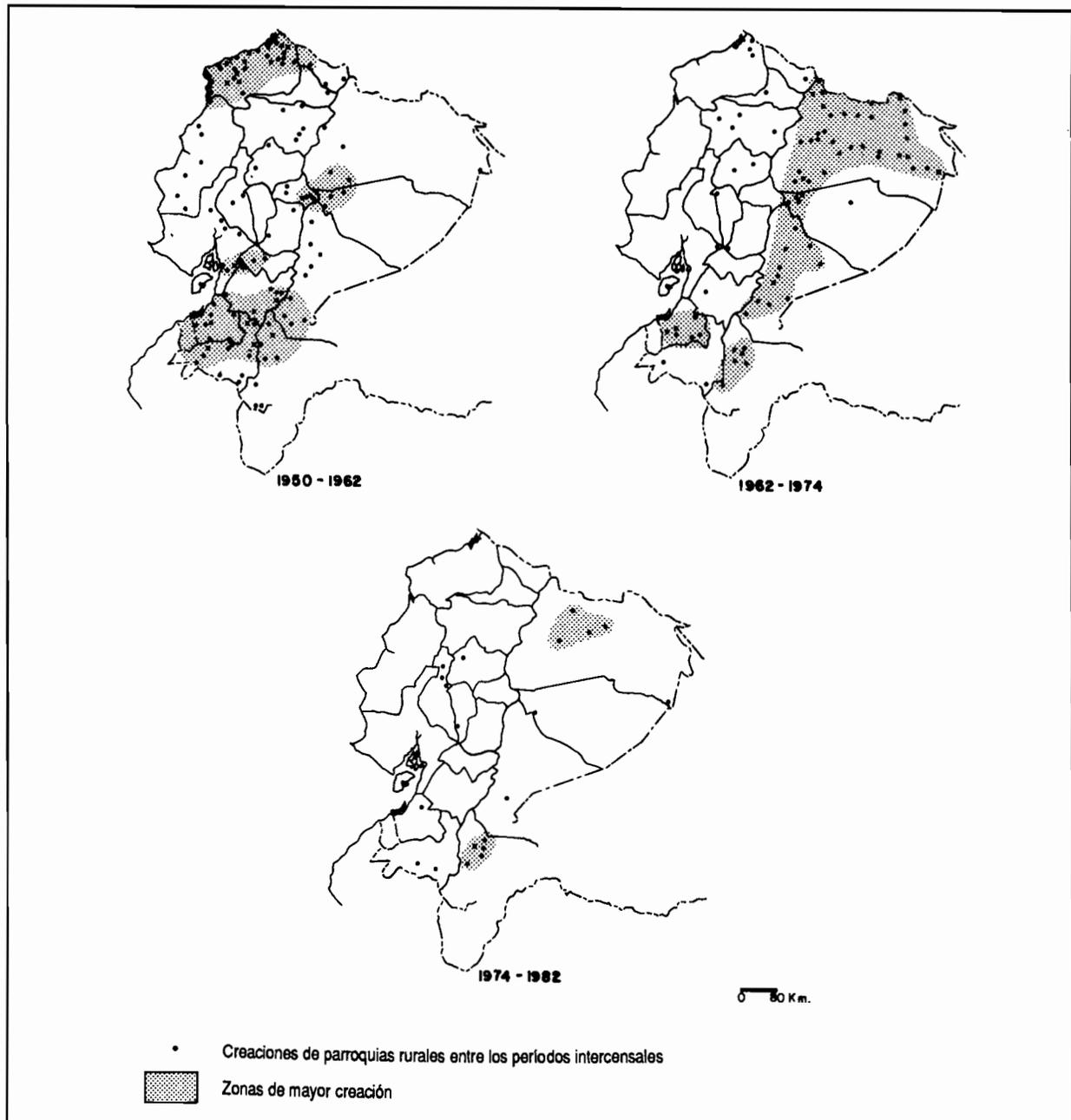
Más, parece que se trata actualmente de un período de transición.

- Por una parte, jamás, desde el siglo XVI, una presión demográfica semejante había movido a la población rural ubicada al borde de los páramos a hacer retroceder hasta tan arriba el límite de los cultivos, buscando conquistar nuevas tierras.

- Por otra parte, paralelamente a una disminución regular y generalizada de las tasas de crecimiento demográfico, están ya en proceso de abandono, por etapas, espacios rurales cada vez más vastos. En un primer tiempo, el jefe de familia o los jóvenes parten en busca de trabajo a la ciudad pero vuelven a la casa el fin de semana o por temporadas, mientras que la mujer casi sola continúa cultivando la tierra. En una segunda etapa, los jóvenes abandonan definitivamente su pueblo y, algunas veces, los sigue toda la familia.

Testimonio de esta contradicción es el mapa de evolución de la población en el último período intercensal. Esto constituye un verdadero rompecabezas en el que

Fig. 12. Creación de parroquias durante los tres períodos intercensales (1950-62, 1962-74 y 1974-82)



resulta muy difícil distinguir situaciones regionales homogéneas. Factores estrictamente locales de accesibilidad, de fuentes de trabajo, de mecanización de las haciendas, etc., determinan evoluciones totalmente distintas de una a otra parroquia cercanas. Las grandes zonas de tendencias homogéneas de los dos primeros períodos intercensales han desaparecido casi completamente. Las estrategias son locales, familiares, casi individuales. Sin embargo, se esboza un proceso que permite imaginar, a mediano plazo, una redistribución de la población rural donde jugará un gran papel la accesibilidad y la mecanización de las grandes explotaciones, con la consecuencia del abandono de las tierras más aisladas y un estancamiento del gran movimiento de colonización

de tierras que comenzó a fines del siglo XVIII en las planicies del Guayas.

Un excelente testimonio de este hecho puede encontrarse en la evolución del movimiento de creaciones de parroquias en el curso de los tres períodos intercensales (fig. 12).

A un período de "equipamiento administrativo" rural que tuvo que ver principalmente con Esmeraldas, El Oro y todo el Sur, sigue un período de creación de parroquias casi en toda la Región Amazónica. En el último período (74-82), esta dinámica se ha atenuado considerablemente..

\*  
\* \*

El análisis de los mapas de evolución nos ha permitido en esta forma plantear un cierto número de problemas concernientes a la evolución de la población rural. El segundo aspecto de esta evolución, lo constituye el fenómeno del crecimiento urbano.

De este fenómeno, no mencionaremos sino el hecho más evidente del crecimiento demográfico, ya que el estudio del proceso de urbanización consta en el tomo III de la presente colección.

El mapa de crecimiento de la población, en términos absolutos y por parroquia y ciudades, entre 1962 y 1982 (fig. 13) resume el fenómeno para los dos últimos períodos intercensales.

---

#### NOTAS

1 No era aconsejable el empleo de un procedimiento de reducción fotográfica teniendo en cuenta la imprecisión de los límites en los mapas INEC a 1:50.000, que son ante todo los documentos de terreno destinados a los encuestadores.

2 Por esta razón existe, en material fotográfico y en positivo, una versión del mapa a escala 1:500.000. Su consulta y utilización puede ser solicitada al CEDIG.

3 La garúa es una forma de neblina que persiste durante toda la estación "seca" y que mantiene un mínimo de humedad.

4 No olvidemos que el censo tuvo lugar un domingo, día en que muchos de los que viven en Quito, por ejemplo, se encontraban en su pueblo de origen.

---

## BIBLIOGRAFIA

(Correspondiente a los capítulos 1 y 3)

- ALCINA FRANCH, 1979, "Patrones de Asentamiento Indígena en Esmeraldas", *XIIeme Congres des Americanistes*, Paris, p. 283-302.
- BATCHELOR (B.), 1980, "Los camellones de Cayambe en la Sierra del Ecuador". *América indígena*, vol XL Nº 4, pp. 671-689.
- BERNARD (J.), 1983, *Le Sang et l'histoire*, Paris
- BROMLEY (R.D.F.), 1973, "The demographic back ground to urban growth and decline in the central Sierra of Ecuador 1780-1900", *Conference of the Society for Latin American Studies*, Leeds.
- CAILLAVET (Ch.), 1983, "Toponimia, Arqueología, Agricultura Prehispánica (Otavalo)", *Bull. Inst. Fran. Etudes Andines* Nº 3 - 4, pp. 1 - 21.
- CAILLAVET (Ch.), 1981, "Etnohistoria ecuatoriana: nuevos datos sobre le Otavalo prehistórico". *Rev. Cultura* Nº 11, Quito, Banco Central, p. 109-127.
- DELAUNAY (D.) et al, 1985, "Poblaciones de las parroquias. Ecuador 1950-1952" en CEDIG, Documentos de Investigación. *Serie Demografía y Geografía d ela Población* Nº 1 y 2, Quito, 69 p.
- DELER (J.P.), GOMEZ (N.), PORTAIS (M.) 1983, *El manejo del espacio en el Ecuador, etapas claves*, Quito, CEDIG-IPGH-ORSTOM, 239 p.
- ESTRADA ICAZA (J.), 1982, *Historia del Ecuador*, vol. 4, Quito, Salvat.
- ESTRADA ICAZA (J.), 1977, *Regionalismo y Migración*, Archivo Histórico del Guayas, Guayaquil, 298 p.
- GONDARD(P.), LOPEZ (F.), 1983, *Inventario Antrpológico Preliminar de los Andes Septentrionales del Ecuador*, MAG-PRONAREG-ORSTOM, Quito, 274 p.
- HAMERLY (M.), 1970, *La Demografía Histórica del Distrito de Cuenca 1778-1838*, Bol. A.N.H, Vol. LIII.
- HAMERLY (M.), 1973, *Historia Social y Económica de la antigua provincia de Guayaquil 1763- 1842*, Guayaquil, Pub. AHG, 212 p.
- KNAP (G.), 1987, *Ecología Cultural Prehispánica de los Andes Ecuatoriales: Biblioteca de Geografía Ecuatoriana*, Quito, Banco Central.
- LARRAIN BARROS (H.), 1980, *Demografía y Asentamientos Indígenas en la Sierra Norte del Ecuador en el siglo XVI*, Otavalo, Col. Pendoneros, IOA, Tomo I, 230 p.
- MINCHOM (M.), 1983, *Historia demográfica de Loja y su provincia desde 1700 hasta finales de la Colonia*, *Rev. Cultura* Nº 5, p. 149 - 169.
- MOSCOSO (J.), 1985, "La Evangelización de la Amazonía por la Audiencia de Quito". *El Universo* 30/01/85.
- PAZ Y MIÑO (L.), 1938 - "La distribución geográfica de la población del Ecuador" *Realidades Ecuatorianas*, Ed. Quito.
- PETIT-JEAN (M.), SAINT-GEOURS (Y.), 1983, "La economía de la cascarilla en el Corregimiento de Loja", *Rev. Cultura* Nº 15, Quito, p. 171-207.
- PORTAIS (M.), 1975, *Mapa de Distribución de la Población. Sierra, Costa y parte del Oriente ecuatoriano*. Quito, PRONAREG-ORSTOM.
- SAINT-GEOURS (Y.), 1984, "La Sierra du Nord et du Centre en Equateur 1830-1875", *Bull IFEA*, XII, 1 - 2, p. 1 - 15.
- SALOMON (F.), 1980, *Los señores étnicos de Quito en la época de los Incas*, Otavalo, IOA, 322 p.
- TYRER (R.), 1976, *The Demographic and Economic History of the Audiencia de Quito: Indian Population and the textile Industry*, Berkeley Univ. of California.

## MIGRACIONES INTERNAS 1950-1982

Juan B. León V.  
CEDIG

Han sido los demógrafos quienes han estudiado tradicionalmente las migraciones. Desde esta perspectiva, la migración ha sido considerada ante todo, junto con la natalidad y la mortalidad, determinante esencial de la configuración demográfica de las poblaciones.

Si el énfasis se pone no tanto en la categoría estadística *población* sino más que todo en el significado espacial de los cambios de residencia de las personas, entonces el tema de las migraciones se vuelve eminentemente geográfico. Efectivamente, los movimientos espaciales de los habitantes constituyen la raíz de la redistribución geográfica de las poblaciones y por ende de las transformaciones en la organización social de los espacios; las migraciones son también expresión vivencial de cambios geográficos claves, cuales son los que se refieren a la relación entre el hombre y su entorno natural y social.

Finalmente, si se quiere entender la causalidad profunda de las migraciones y calificar ponderadamente sus consecuencias más significativas, su estudio se vuelve especialmente socioeconómico y político: los desplazamientos espaciales de los hombres no son en absoluto ajenos a las formas de organización social, económica y política en las que se hallan involucrados; aún más, las migraciones pueden ser vistas, junto con otros flujos espaciales (de cosas, signos y significantes), como eje de toda la cinética social, tan dinámica en los tiempos modernos.

Sin pretender agotar el tema, ni mucho menos, el presente estudio trata de integrar estas tres dimensiones que al parecer son mínimas para su buen entendimiento. El orden de exposición, que desde luego no es el mismo que el de investigación, va de una síntesis de la información cuantitativa existente (punto 1) a su interpretación social (punto 2), que incluye un ensayo de

tipificación de todos los movimientos de migración interna en el Ecuador. Toda la materia desarrollada tratará de ser vertebrada en torno al hilo conductor del espacio. Más que en los flujos mismos, la atención se centrará en la *identidad* y *vinculación* migratorias de los espacios nacionales. Más que a la caracterización de la formación social ecuatoriana, se dará énfasis a un aspecto esencial de ella aún poco estudiado: su funcionamiento espacial o formación socioespacial.

El estudio se limita a las migraciones dentro del territorio ecuatoriano, lo cual no impide rápidas referencias a la vinculación migratoria del país con su mundo exterior. Por consistir en un análisis de datos más que todo censales, casi no se abordarán las migraciones temporales, centrándose el estudio en las migraciones definitivas.

### 1. GEOGRAFIA CUANTITATIVA DE LAS MIGRACIONES

#### 1.1. La métrica de las migraciones

De naturaleza abstracta, el número y la medida imprimen paradójicamente un sello de objetividad al conocimiento científico moderno. Sin ser un aspecto esencial de la realidad, la cuantificación de los hechos y acontecimientos es, sin embargo, algo más que una forma de pensar y decir la realidad. Por cierto, hay objetos del conocimiento más cuantificables que otros y entre los muchos que caen en el ámbito de las ciencias sociales, probablemente son los objetos demográficos los que más numerados y medidos han sido. De allí la dificultad de evadir una amplia presentación numérica del tema, acompañada de algunas líneas metodológicas.

En los actuales momentos, después de casi cuarenta años del primer censo moderno de población en el

Ecuador (1950), la precisión en la medida de las migraciones internas del país está aún lejana. Sin embargo, la relativa abundancia de datos censales sobre esta materia, a despecho de sus graves limitaciones y defectos, permite elaborar una buena geografía de las migraciones. Por cierto, ésta depende no sólo de la calidad y cantidad de los datos censales sino, especialmente, de la forma como son explotados.

En demografía, si bien es cierto que la métrica de las migraciones ha merecido menos atención que la de la fecundidad y mortalidad, algunos son los métodos para cuantificar los movimientos espaciales de la población. En las líneas que siguen no se tratará de exponer una discusión sobre los métodos más pertinentes a los datos disponibles, sino únicamente, señalar en forma rápida pero crítica, lo que el autor cree más conveniente utilizar y cómo, a partir de ese material, se pretende hacer una síntesis geografizada de las migraciones internas en el Ecuador, correspondientes al período 1950 y 1982.

En lo que a dificultad de conteo se refiere, la principal diferencia entre los llamados hechos vitales (nacimientos y defunciones) y las migraciones es que aquellos acontecen una sola vez en la vida de una persona, y éstas pueden, o nunca acontecer, o repetirse muchas veces a lo largo de la misma vida. Por eso es que en la práctica, lo que generalmente se cuenta no son las migraciones sino únicamente el número de personas que tienen, al momento del censo, el estatus de migrante, lo cual es ya una notable limitación (por ejemplo, dos personas que tienen, según un censo, esa misma condición, pueden representar situaciones migratorias muy diferentes: el uno puede haber migrado solo una vez en su vida el otro, múltiples veces). La única forma de detectar directamente las migraciones y no solo los migrantes sería un registro, similar al de los nacimientos y defunciones, que de cuenta, permanentemente, de los cambios de domicilio de todos los habitantes. La riqueza estadística sobre migraciones que tal registro proporcionaría tendría sin embargo un precio sociopolítico muy caro: a más del peso administrativo que ello supondría, implicaría un excesivo control estatal sobre la vida privada de las personas. Un registro de esa naturaleza sólo existe en muy contados países del mundo.

Por otra parte, en lo que toca al tratamiento de los datos sobre migraciones, el cálculo de tasas presenta una particular dificultad: ¿cuál es la población "expuesta a riesgo" de migrar? En el caso de la natalidad y mortalidad esta pregunta clave se resuelve fácilmente: la población "expuesta a riesgo" es la de la mitad del período estudiado. Pero, como dice un conocido demógrafo: "La base lógica de la tasa de emigración de una población que vive en un lugar *i*, es la población residente en ese lugar al inicio del período de observación. Para ser coherente con esta base, en la tasa de inmigración debería tomarse la población residente al

inicio del período fuera de *i*, equivale a decir, la población restante del país. Pero esta última base carece de interés práctico porque no vincula la tasa con la población del lugar *i*; además, al tomarse bases distintas en las tasas de emigración e inmigración, éstas no son comparables (por ejemplo, su diferencia no proporciona la migración neta)" (Elizaga, 1979: 241). La población "expuesta a riesgo" más conveniente para fines prácticos es la población media del lugar y cuya aproximación más simple es la media aritmética de las poblaciones del inicio y final del período de observación.

Finalmente, a la particular dificultad de la métrica de las migraciones, debida al cinetismo de su objeto, debe añadirse la relativa limitación del material estadístico disponible sobre este tema. Por ejemplo, en Ecuador, de los 118 cuadros estadísticos publicados en la sección "resumen provincial" de los tomos por provincia del censo de 1982, solamente 5 son dedicados a migraciones; de los 112 cuadros estadísticos, contenido de las secciones cantonales de estos mismos tomos, *ninguno* se refiere explícitamente a migraciones; de los 175 cuadros del tomo de "resumen nacional", sólo 10 están dedicados al tema migratorio. Si bien es cierto que muchos datos no específicos sobre migrantes sirven para inferir informaciones sobre este tema, ello no impide a quien maneja datos censales tener una sensación justificada de que las migraciones no merecen la atención que su importancia exige.

No cabe aquí desarrollar más la evaluación de los datos censales sobre migraciones. Otros autores ya lo han hecho con amplitud (Delaunay, D., 1987 a, y Papail, J., 1986). Cabe únicamente señalar a continuación una enumeración crítica del material estadístico que se ha utilizado en la presente síntesis geografizada de las migraciones internas del Ecuador correspondiente al gran período intercensal 1950-1982.

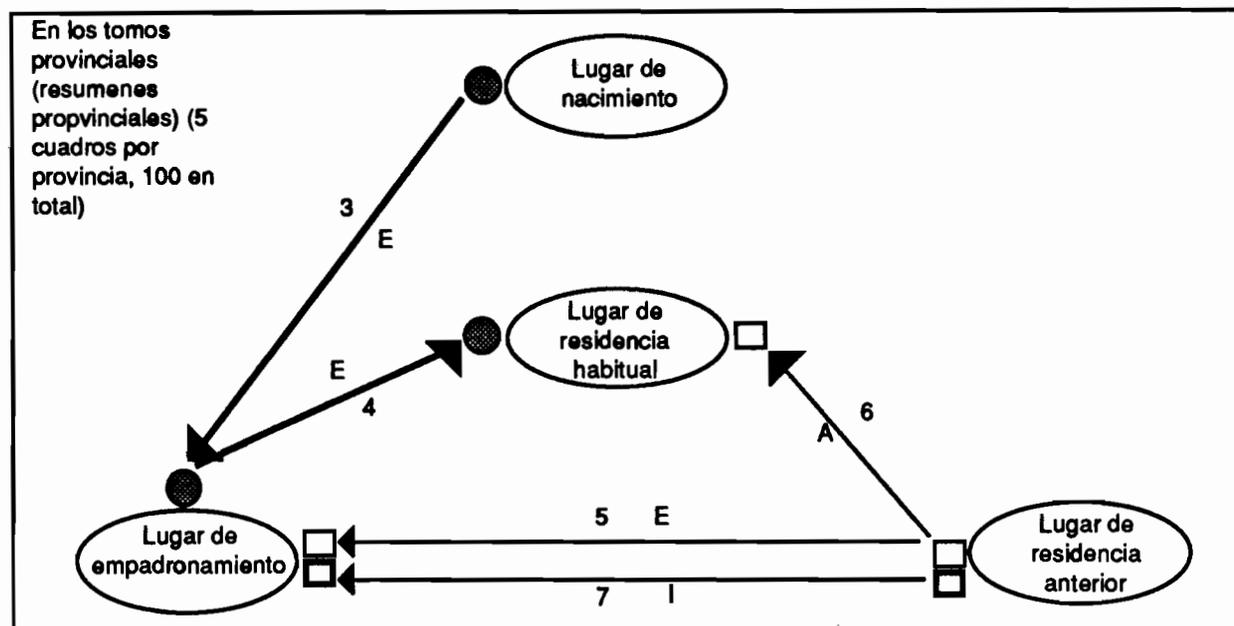
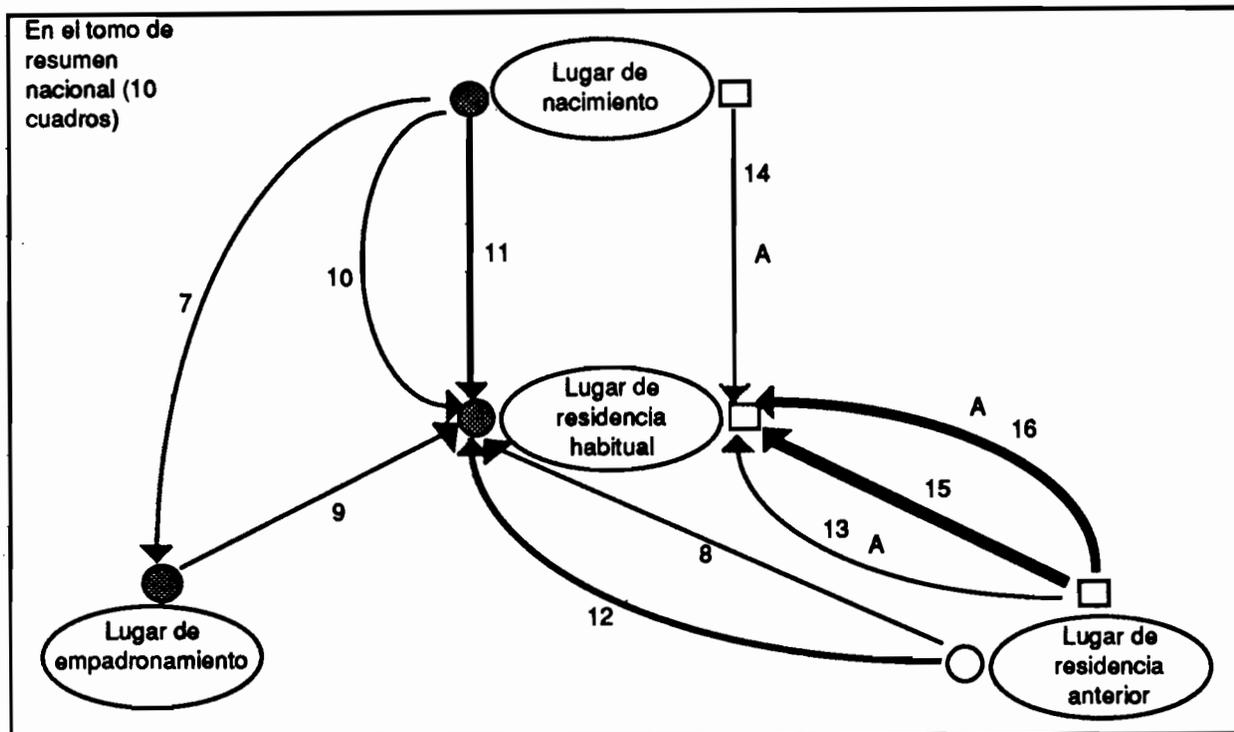
Como es conocido, las fuentes estadísticas útiles para el estudio de las migraciones son de dos clases: directa o explícita e indirecta o implícita.

#### A. Directa o explícita

Es la que aparece de los censos de población u otras encuestas, resultado de preguntas explícitas sobre la vinculación de los habitantes con el espacio geográfico. En los censos ecuatorianos este tipo de información trae cuatro referencias espaciales de la población; dos de ellas tienen, para efecto del estudio de las migraciones, la condición de lugar de origen, y dos, la de lugar de destino:

1. Lugar de nacimiento (origen)
2. Lugar de empadronamiento (destino)
3. Lugar de residencia anterior (origen)
4. Lugar de residencia habitual o actual (destino)

Fig. 1. Estadísticas sobre migraciones publicadas por el INEC, del Censo de 1982



Leyenda: - Cada flecha representa un cuadro estadístico, su sentido, el del flujo migratorio, y su número, el de su numeración en el tomo correspondiente.

- Desagregación geográfica de cada cuadro:

— sólo provincial; — por provincia y áreas urbana y rural\*; — especial (Quito ...)

-Tipo de población considerada: ● población total; □ solo población migrante; □ población migrante de 6 años de edad y más.

- Caracterización de los migrantes: E = por grupos de edad; I = por grado de instrucción; A = por años de residencia habitual.

\* En los cuadros del tomo de resumen (11 y 12), esta desagregación geográfica se refiere al origen y al destino de la migración; en cambio, en los cuadros de los volúmenes provinciales (3 y 4), esta desagregación se refiere solo al origen de la migración.

De la forma cómo se vinculen estas referencias espaciales resultan las dos conocidas subclases de estadísticas migratorias:

a. La que se refiere al "último movimiento migratorio" que vincula lugar de residencia anterior y lugar de residencia habitual o de empadronamiento; y

b. La relativa a "migración absoluta", "acumulada" o "vitalicia" que vincula lugar de nacimiento y lugar de residencia habitual o de empadronamiento.

También se puede hablar de una tercera subclase, utilizable aunque en forma muy limitada para detectar migraciones temporales: la que vincula lugar de empadronamiento y lugar de residencia habitual.

Si la primera de estas subclases es la propiamente específica sobre migración y la que, en los datos publicados de los censos ecuatorianos, más información contiene sobre la población migrante (años de residencia actual, distribución por grupos de edad y nivel de instrucción), es la otra la que mayor desagregación geográfica proporciona (hasta áreas urbana y rural de cada provincia). La figura 1 resume las características de los 111 cuadros estadísticos más actualizados (1982) sobre migraciones.

Para abordar el tema de la "identidad migratoria de los espacios nacionales" (punto 2.2.) se ha utilizado datos derivados tanto de las estadísticas sobre la "migración absoluta" como de las del "último movimiento migratorio". Los primeros se refieren a simples proporciones migratorias calculadas en base de la comparación entre la residencia habitual y el lugar de nacimiento de las poblaciones.

En lo que toca a los datos derivados de las estadísticas del "último movimiento migratorio", en el presente estudio se tratará de hacer una síntesis geografizada del amplio tratamiento que de ellas hace D. Delaunay (1987 a). A pesar de sus limitaciones metodológicas, este tratamiento constituye probablemente el primer intento ampliado de determinar verdaderas tasas migratorias (a la manera de las tasas de fecundidad o de mortalidad, es decir con dimensión anual y teniendo en cuenta una buena aproximación de la población "expuesta a riesgo") a lo largo y ancho del territorio nacional y su evolución a través de los tres períodos intercensales de 1950-62, 1962-74 y 1974-82. Aunque en forma rápida, los resultados de esta geografía de las tasas migratorias serán confrontados con otra recientemente elaborada por el CONADE y el UNFPA (1987: 174-185) cuya base es la comparación de datos sobre "migración absoluta" de los dos últimos censos.

Otra fuente estadística explícita sobre migraciones a la que se hará referencia es la *Encuesta de la Migración*

*Urbana de la Sierra, junio—agosto 1977* (INEC, 1981). Muy rica en información sobre la población migrante: edad, sexo, instrucción, ocupación, motivación migratoria... (en total más de 150 cuadros estadísticos), lamentablemente es un documento que cubre solo una parte del territorio nacional y da cuenta solo de una parte de los resultados de la encuesta (lo correspondiente al área urbana de la Sierra, pues lo referente al área rural no ha sido publicado).

### B. Indirecta o implícita

A falta de estadísticas explícitas sobre migraciones, estas se las puede inferir a partir de las diferencias que aparecen entre el crecimiento intercensal y el crecimiento natural de una población. Para esto se procede manejando los datos censales más generales (número de habitantes, estructura de la población, relaciones de supervivencia, etc.) y los que proporcionan los registros de nacimientos y defunciones (las "estadísticas vitales").

La principal ventaja de este procedimiento es la de poder obtener resultados a nivel de desagregación geográfica muy detallado (el de parroquia por ejemplo) y por eso se lo utilizará en el presente trabajo.

La limitación más importante de este método consiste en que las inferencias que de él se pueden sacar no pueden ir más allá de saldos migratorios. La estimación de los flujos de *emigración* y de *inmigración* que componen esos saldos no es posible realizar manejando únicamente datos sobre crecimiento real y natural de una población.

Otra limitación grave de este método indirecto o residual radica en la relativa deficiencia de los datos tanto censales cuanto del registro civil de nacimientos y defunciones.

En el Ecuador, especialmente este último tipo de información es aún poco confiable y los métodos aplicados para su corrección son, en extremo complejos y sin ninguna posibilidad de alcanzar desagregación espaciales finas, por lo cual sus resultados se hallan todavía lejos de ser ciento por ciento satisfactorios.

Sin embargo, a pesar de estas condiciones, los resultados que se pueden obtener con este método sobre saldos migratorios (a nivel parroquial y de principales localidades urbanas, para los tres períodos intercensales) y sobre relaciones de masculinidad (al mismo nivel de desagregación geográfica, por lo menos para las dos últimas fechas censales) son de extremo interés para atenuar las limitaciones de la información explícita sobre migraciones. En este trabajo se tratará de explotar al máximo la información correspondiente a esos saldos migratorios aunque en muchos casos las conclusiones no vayan más allá de hipótesis de trabajo.

## 1.2. Identidad migratoria de los espacios nacionales

La variedad y heterogeneidad de los paisajes naturales del Ecuador no dejan, incesantemente, y con mucha razón, de ser señaladas por geógrafos y otros observadores de la realidad ecuatoriana. Efectivamente, este pequeño país muestra una particular variedad de morfologías terrestres, climas y microclimas, así como una gran cantidad de especies faunísticas y vegetales, amén de los abundantes y ricos yacimientos minerales...Articulada a esta rica geografía física, no es menos sorprendente encontrar también una variada geografía humana, no solo constituida por diferentes razas de hombres, sino sobre todo por un rico aservo de culturas, etnias y nacionalidades, así como por una especial variedad de formas y procesos socio-económicos de producción.

Frente a una tan particular geografía, cargada de personalidad, identidad y diferencia (aún no valoradas suficientemente), la modernidad arrasadora del capitalismo, dominadora y homogeneizadora por antonomasia, ha hecho del Ecuador un país diferente de lo que él era apenas hace una o dos generaciones.

La formación social ecuatoriana ha sido objeto de abundantes y agudos estudios en el campo de las ciencias sociales durante las últimas décadas. Se ha insistido mucho sobre su carácter dependiente, que lo hace pieza subordinada de un sistema internacional de poder y producción; se ha recalado y analizado con profundidad cómo el desarrollo de la sociedad política ecuatoriana (Estado y aparatos estatales) ha tomado, paulatinamente, más y más preponderancia sobre la debilitada sociedad civil; se ha investigado el papel cada vez más determinante de los modos y formas urbanas de vida frente a las deterioradas modalidades de vida rural; en fin, se ha señalado, como causa eficiente de todas estas notables transformaciones, a la mutación productiva que significa el paso del dominio de valor de uso al despiadado imperio del valor de cambio, principal responsable, para muchos estudiosos, del injusto y desigual desarrollo (o mal desarrollo) que actualmente soporta el país y la sociedad ecuatorianos.

Mucho se conoce pues sobre la formación social ecuatoriana, pero, así mismo, mucho queda por saber y abundantes interrogantes quedan aún por dilucidarse. Uno de ellos, fundamental, es el que tiene que ver nada menos que con el funcionamiento espacial de la formación social. En otros términos, hay muchas preguntas aún mal contestadas entre las cuales merecen destacarse las siguientes: ¿cuál es la formación socioespacial (u organización del espacio) del Ecuador de hoy día? ¿cómo la dinámica de esta formación socioespacial está vinculada con los cambios económicos y de poder que ha experimentado en las últimas décadas el Ecuador? ¿cuáles los flujos o desplazamientos espaciales que hacen que tal o cual lugar, provincia o región del país tenga

tal o cual función, jerarquía o situación subordinada o subordinante, dentro del conjunto? ¿dentro de la variedad de flujos geográficos qué importancia tienen los de personas frente a los de cosas y comunicaciones?

No es la intención contestar aquí, exhaustivamente, todas estas preguntas pero sí ensayar una introducción metódica a su dilucidación. En este punto sólo se tratará de identificar a las diferentes provincias del país según las características migratorias de su población. La intención es comenzar por una rápida imagen y caracterización, a pequeña escala, de los diferentes espacios nacionales en lo que a migración se refiere.

La unidad geográfica utilizada será la provincia y dentro de ésta no se irá más allá de la desagregación entre área urbana y rural. Las fuentes de esta caracterización serán las estadísticas que sean suficientes para determinar, a más de los resultados acumulados de las migraciones (literal A), también la intensidad y los ritmos migratorios (literal B) que han hecho posible esos resultados. No se trata, en este punto, sino solo de ver las diferencias y similitudes entre una provincia y otra en lo que a estos temas se refiere. El tema del origen y destino de los flujos migratorios serán objeto del punto 2.3. *Vinculación migratoria de los espacios nacionales.*

### A. Nativos y migrantes: proporciones migratorias en 1982 (según migraciones acumuladas o vitalicias).

Por todos es conocido que en el Ecuador la polarización espacial de las migraciones es muy marcada. Los dos polos mayores de atracción, es decir las dos áreas metropolitanas del país, contrastan notablemente con los otros espacios nacionales que en gran parte son deficitarios en ese movimiento de flujo y reflujo de poblaciones.

Si bien esto es cierto y hasta evidente, su formulación demasiado general no se compece con muchos de los matices migratorios, componentes importantes de la identidad y diferencia de las variadas situaciones de población y poblamiento ecuatorianos. Si la estructura por edades y sexo de una población, o la distribución de su PEA (población económicamente activa) entre los diferentes sectores básicos de la producción, dan personalidad y particularidad funcional a los conglomerados, la forma cómo una población está compuesta de nativos e inmigrantes es, con mucha frecuencia, raíz de esa estructura y de esa distribución.

En la realidad, todo medio geográfico (natural y social) es a la vez expulsivo y atractivo de población. Por eso es que de todas las cuarenta y un unidades geográficas en que se halla desagregado el país por las estadísticas de migración vitalicia, (ver cuadro 1) no hay una sola que abrigue entre sus residentes una cierta proporción de inmigrantes: en el peor de los casos esta pro-

Cuadro 1  
Jerarquía migratoria, según estadísticas del lugar de nacimiento-lugar de residencia (1982),  
por provincias y áreas

A) PROPORCIONES MIGRATORIAS						B) NUMERO DE MIGRANTES					
Provincias	% de inmigrantes		Provincias	% de emigrantes		Provincias	Inmigrantes		Provincias	Emigrantes	
	Áreas	Urbana		Rural	Áreas		Urbana	Rural		Áreas	Urbana
ZZ no del.			Pastaza	51,31		Guayas	466.978		Manabí	189.487	
Pastaza	64,40	71,20	Bolívar	49,05		Pichincha	445.624		Guayas	181.903	
Galápagos	60,91		Los Ríos	45,56		Guayas		164.066	Manabí		172.052
Napo	57,11		Galápagos		43,98	Pichincha		95.852	Loja		119.117
Galápagos		55,46	Carchi	42,94		El Oro	88.582		Los Ríos		117.665
Zamora Ch.		55,13	Loja	42,11		Los Ríos		81.363	Pichincha		108.967
Zamora Ch.	54,75		Cañar	40,97		Manabí	68.250		Guayas		91.260
Napo		53,07	Chimborazo	40,24		Los Ríos	60.739		Azuay		75.015
Morona S.	49,30		Morona S.	39,34		Esmeraldas	56.495		Tungurahua		74.424
Pastaza		41,51	Zamora CH.	38,26		Azuay	47.432		Chimborazo		72.758
Pichincha	41,17		Napo	37,07		Manabí		42.496	Loja		68.689
Esmeraldas	39,92		Tungurahua	36,37		Napo		37.547	Azuay		60.719
El Oro		38,86	Carchi		36,14	Tungurahua	37.164		Cotopaxi		56.576
El Oro	36,72		Imbabura	35,51		El Oro		35.647	El Oro		55.315
Morona S.		32,98	Cotopaxi	35,38		Imbabura	35.206		Imbabura		52.983
Guayas		32,68	Esmeraldas	35,08		Loja	35.176		Chimborazo		52.563
Pichincha	32,48		Bolívar		34,10	Chimborazo	30.617		Los Ríos		51.884
Los Ríos		32,26	Manabí		33,65	ZZ no del.		29.075	Esmeraldas		45.952
Guayas	30,50		Azuay	31,91		Esmeraldas		28.946	Pichincha		43.883
Los Ríos	30,16		Loja		31,50	Napo	24.367		Bolívar		43.687
Esmeraldas		27,44	Manabí	31,18		Cotopaxi		22.647	Bolívar		40.420
Imbabura	26,78		El Oro		30,56	Cañar		21.423	Carchi		38.339
Azuay	22,86		Galápagos	29,75		Tungurahua		17.964	Cotopaxi		37.740
Tungurahua	22,21		Esmeraldas		29,22	Azuay		17.446	Imbabura		33.296
Chimborazo	22,08		El Oro	26,60		Imbabura		16.688	Esmeraldas		31.598
Carchi	21,42		Imbabura		25,27	Zamora Ch.		15.750	Carchi		27.973
Carchi		20,97	Pastaza		23,93	Morona S.		14.930	Cañar		26.217
Loja	17,68		Chimborazo		23,83	Carchi	13.885		Tungurahua		25.110
Bolívar	16,62		Los Ríos		23,30	Cotopaxi	13.690		El Oro		24.682
Cañar		16,56	Azuay		21,88	Carchi		13.117	Cañar		24.475
Cañar	15,18		Cotopaxi		21,69	Loja		12.944	Napo		10.778
Imbabura		14,49	Guayas		21,26	Morona S.	12.141		Morona S.		8.099
Cotopaxi		14,25	Cañar		18,48	Bolívar		11.309	Zamora Ch.		4.985
Manabí	14,03		Pichincha		18,05	Chimborazo		10.509	Pastaza		4.547
Bolívar		11,81	Zamora Ch.		16,49	Zamora Ch.	9.731		Napo		3.849
Cotopaxi	11,70		Tungurahua		15,19	Bolívar	8.368		Morona S.		3.758
Tungurahua		11,36	Pichincha	14,61		Pastaza		8.027	Pastaza		3.559
Manabí		11,13	Guayas	14,60		Pastaza	7.807		Zamora Ch.		2.532
Loja		7,97	Morona S.		11,02	Cañar	6.758		ZZ no del.		919
Azuay		7,45	Napo		10,39	Galápagos	2.476		Galápagos		673
Chimborazo		5,89	ZZ no del.		7,25	Galápagos		869	Galápagos		548
<b>Total</b>	<b>29,99</b>	<b>22,32</b>	<b>Total</b>	<b>27,22</b>	<b>24,87</b>	<b>Total</b>	<b>1.471.486</b>	<b>698.615</b>	<b>Total</b>	<b>1.284.220</b>	<b>804.776</b>

Definiciones: Migrante: quien no reside en su lugar de nacimiento al momento del censo de 1982  
Lugar: una de las 41 unidades geográficas representadas en el cuadro  
100% de inmigrantes = población residente  
100% de emigrantes = población nativa  
Nota: Se excluyen de este cuadro datos sobre migrantes del o al extranjero y "no declarado". Por esta razón los totales de inmigrantes no coinciden con los totales de emigrantes.

Fuente: INEC, 1985, cuadro 11.

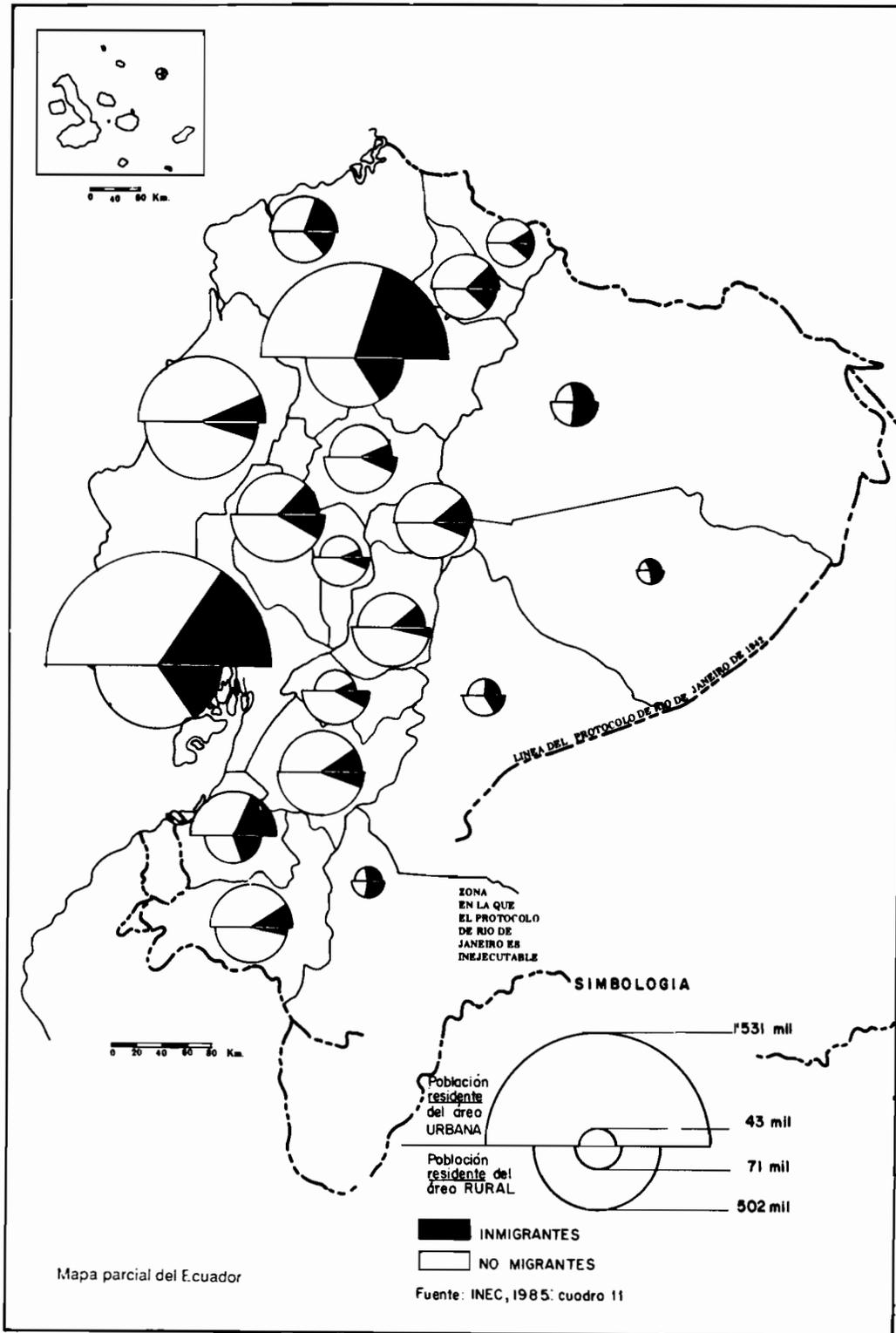
porción (según datos de 1982) es de 5,9% (área rural de Chimborazo) y en el mejor, la proporción es de 71,2% (área rural de las "Zonas no delimitadas"). Por otra parte, tampoco hay unidad geográfica que en alguna medida no haya expulsado nativos: el un extremo de la medida alcanza el 51,3% (área urbana de Pastaza), lo que significa que uno de cada dos no reside en su lugar de nacimiento; el otro extremo de la medida apenas alcanza el 7,2% (área rural de las "Zonas no delimitadas"), lo que quiere decir, grosso modo, que sólo uno de cada diez nativos no reside en el lugar.

De lo que se trata a continuación es, primero, de jerarquizar exhaustivamente esas cuarenta y un unidades geográficas de acuerdo a los mencionados parámetros, y segundo, de proponer hipótesis sobre el fundamento de las diferentes situaciones encontradas.

En el cuadro 1 (cuya expresión cartográfica son los mapas 1 y 2) se establecen dos jerarquizaciones complementarias, la una tiene en cuenta el peso *relativo* (en porcentajes) de la población migrante, la otra el peso *absoluto* (en número de migrantes) de esa misma po-

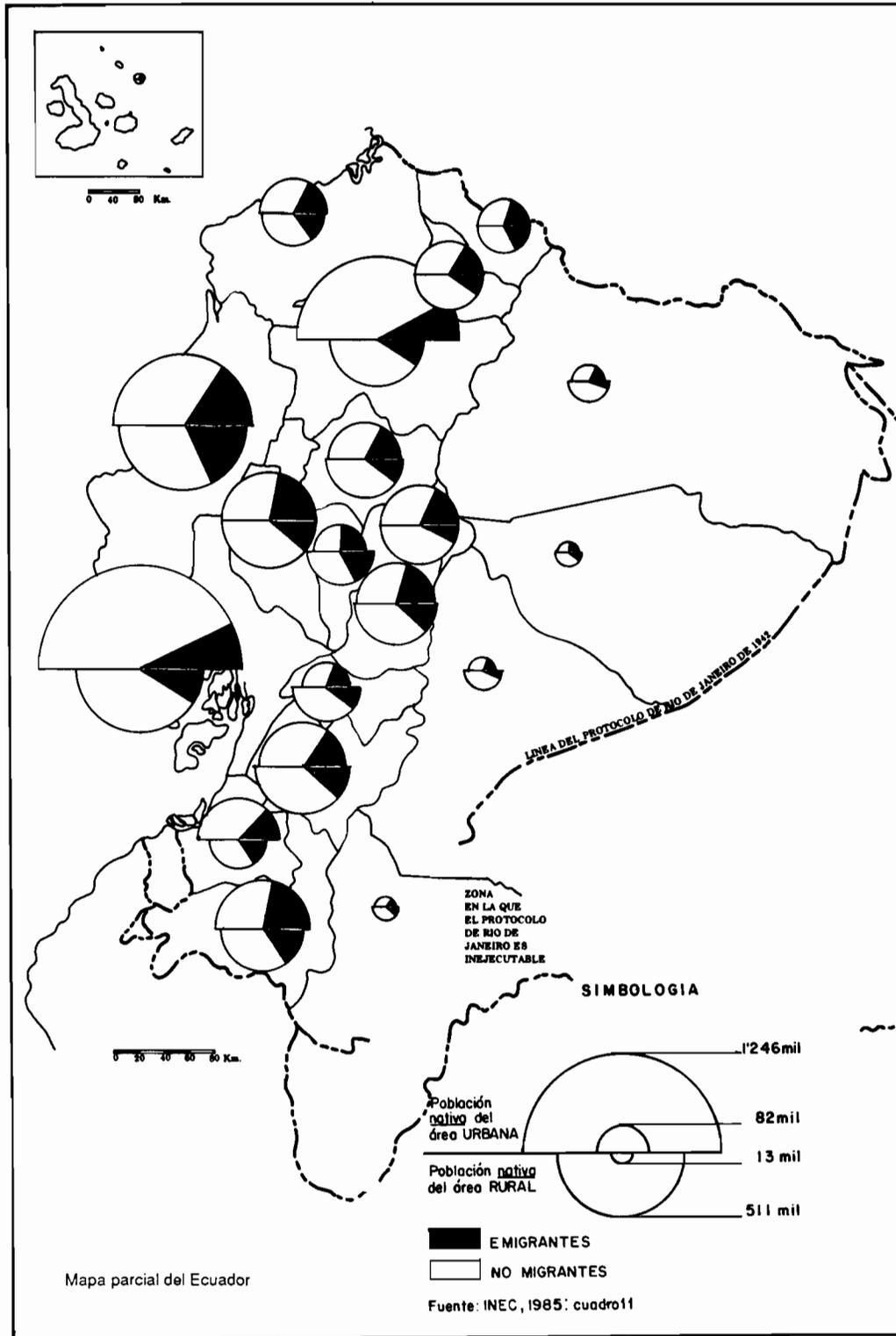
Mapa 1. Impacto inmigratorio 1982

Relación entre población residente no nativa (inmigrante) y residente nativa (no inmigrante), por provincias y áreas



**Mapa 2. Impacto emigratorio 1982**

Relación entre población nativa no residente (emigrante) y nativa residente (no migrante), por provincias y áreas.



blación. La primera es interesante porque mide el impacto de la migración en la población de cada unidad geográfica, independientemente de su tamaño. La segunda tiene interés porque informa sobre el impacto de la migración en todo el país y depende, en gran parte, de la distribución espacial de la población nativa. Centrando la observación en la primera jerarquización, se puede sacar ya una primera identificación migratoria de los espacios nacionales. Es lo que se trata de concretar en los siguientes párrafos.

La simetría perfecta entre emigración e inmigración está lejos de darse en todos los casos. En otros términos, cuando la población de una unidad geográfica ha sido impactada por una fuerte emigración, no necesariamente esa misma unidad geográfica ha tenido un débil impacto inmigratorio. O, viceversa, cuando un espacio ha sido especialmente atractivo, no por eso es poco expulsivo.

En el cuadro 1 hay un caso de simetría perfecta y otro de asimetría casi perfecta, el uno es el de las "Zonas no delimitadas" que tiene el máximo puntaje de inmigración y el mínimo de emigración; el otro es el área urbana de Pastaza que, excluidas las "Zonas no delimitadas" (cuya sola área es rural), ocupa el primer puesto tanto en inmigración como en emigración.

Esta primera constatación sugiere ir más allá de la clásica identificación de los espacios por su solo carácter de atractivos o expulsivos. Combinando ambos elementos se llega a la diversidad de situaciones que muestra la figura 2 y de la que se puede extraer, sin embargo, algunos reglas generales:

a. La dinámica migratoria (inmigración y emigración combinadas) de los diferentes espacios nacionales se halla fuertemente determinada por dos factores esenciales: la condición urbana o rural del espacio y su ubicación regional, esto es, si se halla en la Sierra, en la Costa, en la Región Amazónica o en la Insular.

b. Las áreas urbanas tienen una mayor dinámica migratoria (flujos y reflujos migratorios combinados) que las áreas rurales:

- De las veinte provincias, sólo en seis casos (Cotopaxi, Cañar, Los Ríos, Guayas, El Oro y Zamora Chinchipe) las áreas rurales tienen un carácter *inmigratorio* más importante que sus respectivas áreas urbanas, lo cual no llama la atención teniendo en cuenta dos situaciones bastante conocidas: el fuerte proceso de urbanización debido al éxodo rural y la atracción (oferta laboral, sobre todo) que aún ejercen las áreas rurales tropicales. Nótese, que si de los seis casos excepcionales, sólo dos son serranos, éstos son provincias con importantes sectores occidentales de cultivos de costa (cantones de La Maná y Pangua en Cotopaxi y La Troncal en Cañar).

- De las mismas veinte provincias, sólo en cinco casos (Pichincha, Manabí, Guayas, El Oro y Galápagos) las áreas rurales tienen un carácter *emigratorio* más importante que sus respectivas áreas urbanas, lo cual contradice lo que generalmente se cree, es decir que las áreas rurales son mayoritariamente más expulsivas que las áreas urbanas. La explicación de esta aparente incoherencia puede radicar en una de las particularidades del proceso de urbanización y de su contrapartida, el éxodo rural, cual es la de llevarse a cabo mediante etapas (de la localidad rural a la pequeña ciudad y de ésta a la gran ciudad o metrópoli), que hace geográficamente disperso al abandono del campo y geográficamente concentrado al éxodo urbano (sic).

- La nube de puntos (figura 2) de las áreas rurales se encuentra más cerca del punto cero que la nube de puntos del área urbana, lo cual es, por cierto, coherente con la ubicación de los promedios ponderados de cada área.

Nótese, en fin, cómo estas diferencias entre el mundo urbano y rural se matizan con un cierto paralelismo entre los espacios urbanos y rurales. Consideradas separadamente, las proporciones migratorias son más homogéneas (más concentración de puntos en la figura 2) en el sentido de la emigración que en el de la inmigración, lo cual hace pensar que las causas de expulsión migratoria son más uniformes o repetitivas que las de atracción.

c. Como regla general, los espacios amazónicos e insulares tienen una dinámica migratoria más importante que los de la Costa y estos últimos más que los serranos. Esta regla general se calca coherentemente sobre la cronología de la ocupación de los grandes espacios nacionales: la amazónica e insular, la Costa y la Sierra, son regiones con ocupaciones incipientes, recientes y antiguas, respectivamente.

Las excepciones más notables a esta regla general son las siguientes:

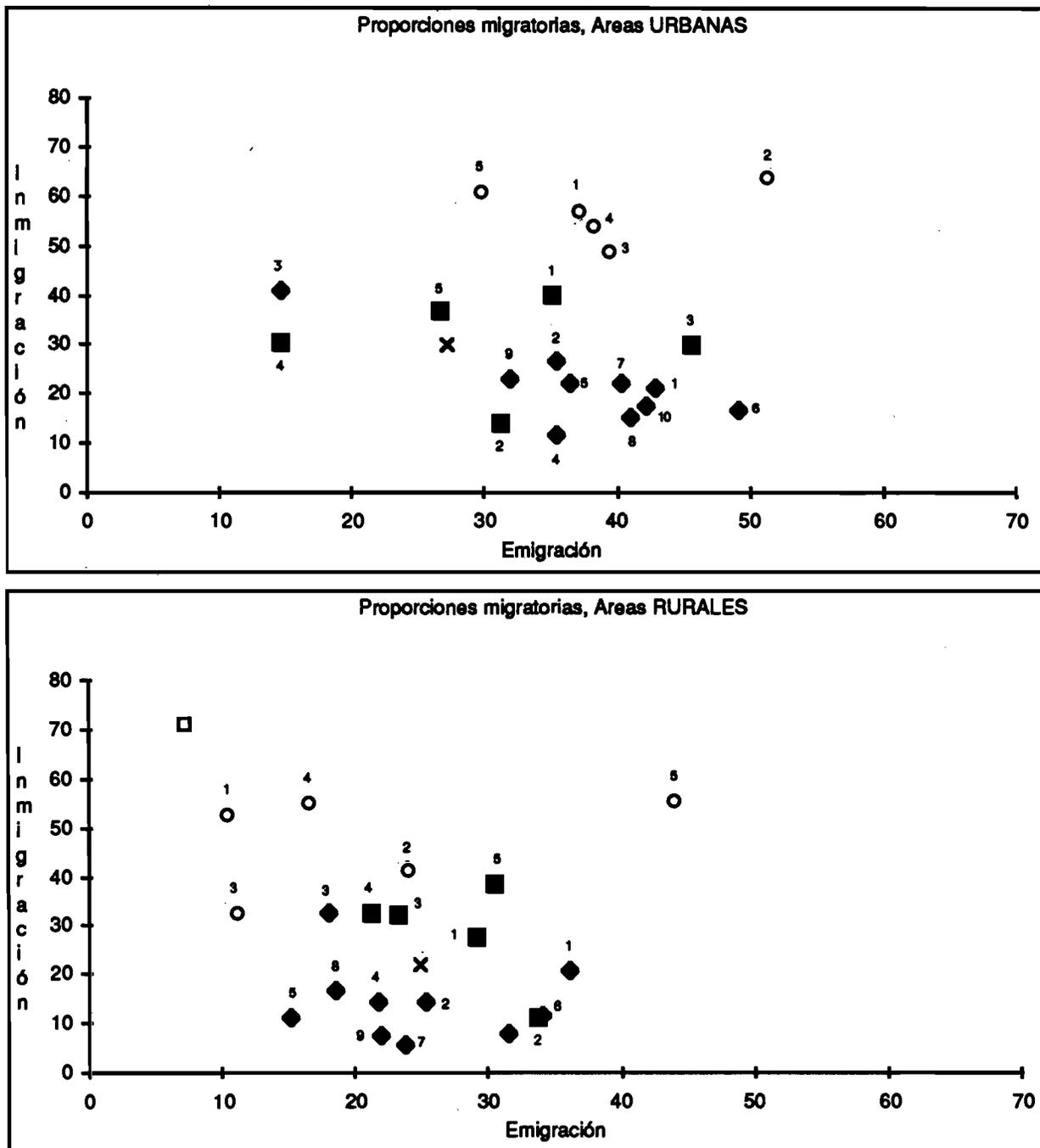
. las áreas urbanas de Pichincha y Guayas, vale decir Quito y Guayaquil, muestran el menor impacto emigratorio dentro de todo el grupo de áreas urbanas, pero experimentan al mismo tiempo, tan solo un mediano impacto inmigratorio.

. la provincia de Manabí, con sus áreas urbana y rural, migratoriamente, tiene un parecido familiar con las provincias serranas.

. Galápagos y las "Zonas no delimitadas", espacios pequeños y muy particulares, tienen impactos migratorios muy especiales.

De todas estas consideraciones más que todo generales, es necesario pasar al detalle de las identidades mi-

Fig. 2. Proporciones migratorias por áreas urbanas y rurales de provincias (1982)



**LEYENDA:**

◆ Sierra:	■ Costa:	○ Región Amazónica e Insular:
1. Carchi	1. Esmeraldas	1. Napo
2. Imbabura	2. Manabí	2. Pastaza
3. Pichincha	3. Los Ríos	3. Morona Santiago
4. Cotopaxi	4. Guayas	4. Zamora Chinchipe
5. Tungurahua	5. El Oro	5. Galápagos
6. Bolívar		
7. Chimborazo	□ Zonas no delimitadas	
8. Cañar		
9. Azúay		
10. Loja	× Promedio de cada área	

Fuente: Cuadro N° 1

gratorias, conformando algo así como "familiar" de espacios con comportamiento migratorio más o menos homogéneo. Es lo que se hace a continuación.

- *Primera identidad migratoria: La Región Amazónica (excluyendo el área rural de Pastaza) e Insular.*

\* Las áreas urbanas de estas regiones son las más dinámicas del país en lo que a flujos migratorios se refiere. Esto quiere decir que gran parte de su población residente no es nativa del lugar tanto porque muchos de los nacidos allí han emigrado, como porque estos espacios amazónicos e insulares han recibido una fuerte inmigración. Se puede entonces decir que se trata de espacios fuertemente expulsivos y, a la vez, fuertemente atractivos. El caso más extremo es el ya mencionado de las ciudades de Pastaza (Puyo y Mera) en donde, en promedio, 6 de cada 10 residentes no son nativos y 5 de cada 10 nativos no son residentes.

Todas las localidades que constituyen las áreas urbanas de la Región Amazónica e Insular son ciudades pequeñas y en algunos casos prácticamente son asentamientos rurales: en 1982, la más poblada tenía 9.758 habitantes (Puyo), y la menos poblada 233 (La Bonita). En conjunto, el peso de estas áreas urbanas en la población urbana del país, excluidas Guayaquil y Quito, es mínimo (3,3%) pero ello no impide que se las pueda identificar como un tipo de asentamiento de alto dinamismo migratorio.

\* Las áreas rurales amazónicas e insulares son migratoriamente menos dinámicas que las urbanas por ser menos expulsivas, aunque, en general, son tan atractivas que estas últimas. Si se observa caso por caso destacan tres particularidades: a) que el campo galapagués es lo más dinámico del país al respecto, b) que las áreas rurales de Zamora Chinchipe y Napo tienen más impacto migratorio que cualquier otra del país y, c) que las áreas rurales de Pastaza y Morona Santiago tienen una dinámica migratoria asimilable a las áreas rurales costeñas. La explicación de estos matices regionales habría que encontrarla en la cronología y en las diferentes intensidades del proceso de colonización, más reciente y fuerte en Napo, menos reciente y fuerte, e incluso frenado, en las otras provincias. Galápagos es un caso aparte por su particularísima situación de alejamiento geográfico del país continental.

Las poblaciones involucradas en este tipo de comportamiento migratorio tampoco tienen, hasta 1982, un peso importante en el país rural (5,1%) y se espera, por razones ecológicas, que no lo tengan en los años venideros.

- *Segunda identidad migratoria: Costa (excluyendo todo Manabí y el área urbana de Guayas) y parte de la*

*Sierra (el área rural de Pichincha) y de la Región Amazónica (el área rural de Pastaza).*

\* Las áreas urbanas de la Costa no muestran un comportamiento migratorio uniforme, por la presencia en esta región de los casos excepcionales de Guayas (vale decir Guayaquil) y Manabí, emparentados, respectivamente, en este aspecto, con Pichincha (vale decir Quito) y con las otras provincias serranas.

Sólo las áreas urbanas de Esmeraldas, El Oro y Los Ríos pueden conformar entre ellas un grupo más o menos homogéneo. En términos de dinámica migratoria, este grupo de tres provincias ocupa (ver fig. 2) una situación intermedia entre las áreas urbanas serranas y las amazónicas e insulares. Nótese que esta situación de equidistancia es función, casi únicamente, de su grado de atracción migratoria, porque en lo que toca a su carácter expulsivo, estos tres casos son, grosso modo, iguales a todas las áreas urbanas del país, excepción hecha de las dos metrópolis, Quito y Guayaquil.

Las localidades más representativas de estas tres áreas costeñas son, en orden de importancia (en 1982) las siguientes: Machala, Esmeraldas, Quevedo y Babahoyo. En su conjunto representan una población de medio millón de habitantes, esto es el 26,7% del total urbano ecuatoriano excluidas Guayaquil y Quito.

\* Las áreas rurales de la Costa tienen mayor homogeneidad migratoria que sus áreas urbanas. Para agrupar casos similares hay que excluir a Manabí por la misma razón señalada para las áreas urbanas. Pero, por otra parte, hay que asimilar al grupo costeño una área rural de la Sierra (Pichincha) y otra de la Región Amazónica (Pastaza). Conformado así el grupo, su principal referencia de comparación es el grupo de áreas rurales de la Sierra, con el cual se diferencia no por motivos de emigración sino sólo por causa de inmigración. Efectivamente, podría llamar la atención el hecho de que áreas rurales serranas, consideradas muy deprimidas como las de Cotopaxi, Chimborazo o Azuay, sean menos expulsivas que las de Esmeraldas o El Oro.

Algunas hipótesis podrían exponerse para resolver este aparente contrasentido. La que parece ser la menos satisfactoria es aquella que se limita a detectar las fuerzas atractivas o repulsivas de los espacios. Otra, más sugerente es la que razonablemente supone que en materia de migraciones hay con frecuencia situaciones de "engranaje migratorio" como puede ser el caso, por ejemplo, de campesinos costeños que al migrar a ciudades de la misma región, abandonando su campo, dejan un lugar que es ocupado por campesinos serranos. En fin, una tercera hipótesis que se puede evocar es aquella según la cual los espacios tienen, según su historia y condiciones socio-naturales, durante un mismo lapso, diferentes grados de "saturación migratoria" o de

“vaciado emigratorio”. Lo primero aparece cuando se comparan ciudades de viejo atractivo migratorio (Quito, Guayaquil) con otras de joven atractivo migratorio (Región Amazónica); lo segundo puede ser el caso de la Sierra rural, ya tan abandonada por sus nativos que su proceso de vaciamiento ha llegado a desacelerarse notablemente.

Por cierto, todas estas hipótesis no se hallan ni confirmadas ni desvirtuadas. Sólo un trabajo empírico de gran aliento aún no hecho las podrá validar, matizar o anular.

- *Tercera identidad migratoria: la Sierra (sin Pichincha y con Manabí)*

El grupo de unidades geográficas serranas, excluyendo Pichincha y añadiendo Manabí, es el que mayor homogeneidad migratoria presenta en el país. Tanto en lo urbano como en lo rural este grupo se caracteriza por ser el que menos atrae migrantes lo cual parece ser normal, pero, por otro lado, no es más expulsivo que los otros espacios nacionales, lo cual podría parecer extraño.

\* Dentro del grupo de áreas *urbanas*, en el extremo del parámetro emigratorio se hallan Manabí y Azuay, y en el otro, Bolívar. Se trata de una situación explicable por el gran desarrollo urbano de tres ciudades: Cuenca, Portoviejo y Manta y, por el aletargamiento urbano de Guaranda, la ciudad que seguramente es la que más emigración sufre, entre todas las del país. Nótese sin embargo que esta última ciudad, marginada geográficamente hasta hace poco tiempo, no es la que menos inmigración recibe; los puntajes más bajos de inmigración los tienen las ciudades de Cotopaxi y Manabí: El caso de Cotopaxi se puede explicar pensando en la gran absorción urbana que tiene Latacunga por parte de Quito debido a la corta distancia que las separa. En cambio el caso de Manabí hace pensar en un defecto en la información censal pues, el gran crecimiento de las dos ciudades manabitas antes mencionadas no se puede dar sin un alto impacto inmigratorio.

\* Las áreas *rurales* de este grupo son las de menos dinámica migratoria del país. Destacan como las áreas más expulsivas las de Carchi, Bolívar, Manabí y Loja, conocidas, salvo la primera, como los espacios más críticos del país. El caso de Carchi es de más difícil explicación pues, con una agricultura técnicamente menos atrasada que las otras tres, puede por esta misma razón provocar más emigración pero también más inmigración que las otras.

Dentro de este grupo cabe señalar, en fin, el caso del área rural de Tungurahua cuya ubicación es la más cercana al punto cero (ver figura 2) lo que le identifica

como el espacio menos dinámico del país, en impacto migratorio. Ni muy atractivo ni muy repulsivo, el campo tungurahuense, el más densamente poblado del país, tal vez en esa forma ha encontrado un cierto equilibrio; en el contexto nacional, no es un espacio ni muy deprimido ni muy avanzado.

- *Cuarta identidad migratoria: los casos excepcionales*

\* Las áreas metropolitanas de *Quito* y *Guayaquil* (vale decir las áreas urbanas de Pichincha y Guayas, de las que representan, respectivamente, el 89% y 86%). Son las áreas urbanas menos expulsivas del país pero no las más atractivas. Si sólo 15 de cada 100 nativos de esas ciudades no residen allí, en cambio, entre 30 y 40 de cada 100 residentes no han nacido allí, lo cual es enorme si se considera que ambas ciudades reúnen, en 1982, la mitad de toda la población urbana del país y la cuarta parte de toda la población ecuatoriana.

En otros términos, en Quito y Guayaquil residen cerca de un millón de migrantes, (42% de todos los migrantes del país) entendidos como tales aquellos que residen allí sin ser nativos del lugar (cuadro 1).

Quito y Guayaquil tienen pues una identidad migratoria que va más allá de su combinación entre porcentajes de inmigración y de emigración. Son ante todo polos centralizadores de los flujos migratorios de todo el país, particularidad que se desarrollará con más extensión en el acápite *Vinculación migratoria de los espacios nacionales*.

\* La provincia de Manabí, tanto en el área urbana como rural es un caso excepcional porque tiene, como ya se ha señalado, una identidad migratoria más de tipo serrano que costero. Si en términos de proporciones migratorias los espacios de esta provincia no ocupan los primeros lugares de expulsividad, en cambio sí lo hacen en términos absolutos (cuadro 1): 17% de todos los emigrantes del país son manabitas. La explicación de este aparente contrasentido está en el gran tamaño demográfico de esta provincia resultado a la vez del limitado fraccionamiento provincial de la Costa. No se olvide que Manabí representa (1982) el 11% de toda la población ecuatoriana y que la Costa y la Sierra, con poblaciones equivalentes, se hallan fraccionadas (político-administrativamente y estadísticamente) en 5 y 10 provincias, respectivamente.

\* Galápagos y “Zonas no delimitadas” muestran un comportamiento migratorio también excepcional pero son espacios con poca población (Galápagos, representa el 0,07% de la población nacional y “Zonas no delimitadas”, el 0,5%). La población de la provincia insular se caracteriza por tener un alto dinamismo migratorio en los dos sentidos de los flujos: muchos nati-

vos de las islas salen a vivir en el continente, y muchos de sus residentes no han nacido en el archipiélago. En cambio, la población de "Zonas no delimitadas" tiene un gran dinamismo migratorio pero en un solo sentido: casi no hay emigrantes y 7 de cada 10 residentes son inmigrantes, lo que les convierte, según este parámetro, en el espacio más atractivo del país.

- Para sintetizar : los saldos migratorios.

Para cerrar esta primera aproximación de identidad migratoria de los espacios nacionales, se tratará a continuación de exponer una síntesis de ella mediante el indicador *proporción de saldo migratorio*.

Más simple que la proporción migratoria, este indicador solo da cuenta de la diferencia, en una sola cifra, entre inmigración y emigración. Su gran limitación radica, por esta razón, en la posibilidad de indicar iguales saldos para situaciones con muy diferente dinamismo migratorio (dos lugares pueden tener un saldo migratorio exactamente igual, por ejemplo, *cero* y ser el resultado, en el un caso, de ningún movimiento migratorio, y en el otro, de importantes inmigraciones y emigraciones que se compensan).

La síntesis que se propone en las siguientes líneas es el resultado de la siguiente operación:  $N-R/N*100$  donde N es la población nativa y R la población residente en 1982 de las unidades geográficas consideradas.

El objetivo de utilizar una población común para saldos positivos y negativos (N) es poder elaborar una jerarquía con solución de continuidad entre unos y otros. Tal jerarquía resultante consta en el cuadro 2.

Según esta jerarquía sintética, es interesante advertir que el balance migratorio, desde un punto de vista geográfico, es marcadamente desigual. Ocho provincias tienen, tanto en sus áreas urbanas como rurales, el signo positivo en sus saldos: las amazónicas, la insular, Pichincha, Guayas y El Oro. Diez provincias, por el contrario, muestran signos negativos en ambas áreas: las nueve restantes de la Sierra y Manabí. En fin, solo dos provincias, ambas costeñas, tienen signos diferentes entre una y otra área: Esmeraldas tiene saldo positivo en su área urbana y negativo en su área rural; Los Ríos, lo contrario, saldo positivo en su área rural y negativo en su área urbana, lo cual hace a esta provincia tal vez, en términos de saldo migratorio, el caso más especial entre todos. La explicación de esta situación particular habría que encontrarla en el gran dinamismo de modernización de su agricultura, especialmente en la zona de Quevedo (Cf. Cuví M. y Urriola, 1988) y la gran vinculación migratoria dependiente de las ciudades fluminenses con relación a las de Guayas (Cf. más adelante en punto 2.3.).

Cuadro 2  
Jerarquía de saldos migratorios vitalicios, según área urbana y rural de provincia (%\*)

Provincias	Saldos POSITIVOS	
	Áreas	
	Urbana	Rural
ZZ-NO DEL.		222,03
NAPO		90,96
ZAMORA CH.		86,11
GALAPAGOS	79,71	
NAPO	46,74	
PICHINCHA	45,14	
PASTAZA	36,79	
ZAMORA CH.	36,43	
MORONA S.		32,76
PASTAZA		30,05
GALAPAGOS		25,76
GUAYAS	22,88	
PICHINCHA		21,37
MORONA S.	19,64	
GUAYAS		16,96
EL ORO	16,00	
EL ORO		13,58
LOS RIOS		13,24
ESMERALDAS	8,05	

Provincias	Saldos NEGATIVOS	
	Áreas	
	Urbana	Rural
CAÑAR		-2,30
ESMERALDAS		-2,45
TUNGURAHUA		-4,32
COTOPAXI		-8,68
AZUAY	-11,73	
IMBABURA	-11,91	
IMBABURA		-12,60
AZUAY		-15,59
TUNGURAHUA	-18,21	
CHIMBORAZO		-19,07
CARCHI		-19,19
MANABI	-19,95	
LOS RIOS	-22,04	
CHIMBORAZO	-23,31	
BOLIVAR		-25,27
MANABI		-25,34
LOJA	-25,56	
COTOPAXI	-26,82	
CARCHI	-27,39	
LOJA	-29,67	
CAÑAR	-30,41	
BOLIVAR	-38,89	

\* N-R/N.100

N=Población nativa

R=Población residente

Fuente: INEC, 1985: cuadro 11

Las situaciones en donde podría pensarse en una "anormalidad" parecida a la de Los Ríos (donde las áreas rurales tienen saldos más positivos, o menos negativos, que las áreas urbanas, dentro de una misma provincia) no son excepcionales y conciernen a nada menos que diez provincias, tres amazónicas y siete serranas. Son situaciones que, miradas a través de este indicador sintético, podrían estar confirmando lo que en páginas anteriores ya se expresó, esto es el carácter geográficamente disperso del éxodo rural. Otra explicación de esta aparente irregularidad podría radicar en la heterogeneidad ecológica interior a ciertas provincias; el caso de Cañar es al respecto muy ilustrativo: su área rural esta cerca de tener saldo positivo, en cambio, su área urbana padece un grave saldo negativo. Como también ya se dijo anteriormente, se trata de una provincia que dispone de amplias áreas agrícolas en climas tropicales y, por otra parte, sus ciudades se hallan en situación de fuerte vinculación migratoria dependiente con la capital azuaya (Cf. más adelante en punto 2.3.).

### Notas Metodológicas

1. El uso de las estadísticas sobre migraciones vitalicias del tipo lugar de nacimiento -lugar de *residencia habitual* es una opción que requiere ser justificada. Hubiera sido posible utilizar las de tipo lugar de nacimiento— lugar de empadronamiento que razonablemente son más confiables (la presencia del habitante en un lugar determinado es un hecho constatado por el empadronador del censo, lo cual no sucede con la residencia actual que, cuando no coincide con el lugar del empadronamiento, se basa en una simple declaración, con frecuencia confusa en el mejor de los casos, de parte del empadronado). Sin embargo, la información sobre la residencia actual puede atenuar el sesgo que provoca, especialmente en las grandes ciudades como Guayaquil y Quito, el hecho de que los censos se realizan en domingo, día que muchos residentes urbanos pasan fuera de la urbe.

A más de esta última razón, que es secundaria, lo que más justifica preferir las estadísticas sobre migraciones vitalicias del tipo lugar de nacimiento - lugar de residencia actual es el simple hecho de que son las únicas del género, entre las publicadas por el INEC (Instituto Nacional de Estadística y Censos), con desagregación por área urbana y rural de cada provincia en los dos sentidos de los flujos migratorios (ver asterisco de fig. 1).

Para tener una idea de las diferencias entre los datos sobre lugar de residencia actual y sobre lugar de empadronamiento, a continuación se exponen aquí dos cuadros pertinentes.

El primero (cuadro 3) sobre la condición urbana de la población, provincia por provincia, hace pensar, ora en una muy alta movilidad temporal del campo a la ciudad, ora en graves fallas de la información censal. Aquí no se va a discernir cómo una y otra razón explican las diferencias que muestra el cuadro pero es difícil abstenerse de indicar una probable incongruencia: entre las diferencias más bajas se hallan, precisamente Guayas y Pichincha.

El cuadro 4 muestra las diferencias entre porcentajes migratorios que arrojan los datos sobre lugar de nacimiento— lugar de empadronamiento y los que se han utilizado en este trabajo. Los resultados exoneran comentarios. Ambas fuentes estadísticas, prácticamente, coinciden.

2. No es por demás insistir que las proporciones de inmigración y las de emigración utilizadas en este punto, en rigor no pueden ser comparadas entre sí por la clara razón de que tienen bases de cálculo diferente: las de inmigración se refieren a la población residente y las de emigración a la población nativa. Por esta razón *no* se ha procedido a calcular con estos datos los saldos migratorios de las diferentes unidades geográficas consideradas. Lo que *sí* se ha hecho es comparar las diferentes proporciones de un mismo tipo entre sí (proporciones de inmigración entre sí, proporciones de emigración entre sí). Es lo que aparece visualizado en la figura 2. Lo que también se ha hecho es calcular los saldos migratorios vitalicios comparando las poblaciones nativa y residente de cada unidad geográfica.

3. Una última nota sobre las limitaciones de toda estadística sobre migraciones vitalicias. Denominadas así precisamente porque se refieren a los dos extremos temporales de la vida del empadronado en el censo, su lugar de nacimiento y su lugar de residencia (o de empadronamiento) al momento del

Cuadro 3  
Porcentajes de la población urbana en 1982, según población de hecho o de derecho

Provincias	H	D.	H.-D
Total	49,23	60,86	11,63
Carchi	37,71	50,90	13,19
Imbabura	37,35	53,30	15,96
Pichincha	70,42	78,58	8,15
Cotopaxi	15,36	42,42	27,06
Tungurahua	36,85	51,41	14,55
Bolívar	15,59	34,47	18,87
Chimborazo	28,15	43,73	15,57
Cañar	16,22	25,61	9,39
Azuay	38,27	46,97	8,70
Loja	33,44	55,07	21,63
Esmeraldas	47,61	57,30	9,68
Manabí	36,70	56,04	19,33
Los Ríos	32,55	44,40	11,85
Guayas	68,66	75,31	6,65
El Oro	63,90	72,45	8,55
Napo	17,38	37,62	20,24
Pastaza	32,50	38,53	6,03
Morona S.	23,67	35,23	11,57
Zamora Ch.	22,69	38,35	15,66
Galápagos	73,43	72,18	-1,25

H= Población de hecho o del lugar de empadronamiento

D.H. = Población de derecho o del lugar de residencia habitual

Fuente: INEC, 1985, cuadros 1 y 5

**Cuadro 4**  
**Comparación de proporciones migratorias vitalicias (a nivel provincial), según**  
**residencia habitual y según lugar de empadronamiento**

Provincias	INMIGRANTES		EMIGRANTES		Inmigr.	Emigr.
	a	b	a	b		
	LN—LRH	LN—LE	LN—LRH	LN—LE		
1. Carchi	13,73	14,12	34,07	34,17	0,39	0,10
2. Imbabura	13,67	13,98	24,25	24,30	0,31	0,05
3. Pichincha	33,95	34,25	7,99	8,11	0,30	0,12
4. Cotopaxi	9,16	9,60	24,93	24,83	0,44	-0,10
5. Tungurahua	9,93	10,22	20,74	20,70	0,29	-0,04
6. Bolívar	7,06	7,32	35,50	35,75	0,26	0,25
7. Chimborazo	6,47	6,62	26,09	26,25	0,15	0,16
8. Cañar	11,31	11,66	21,47	21,51	0,35	0,04
9. Azuay	8,31	8,56	21,18	21,16	0,25	-0,02
10. Loja	4,92	5,18	31,43	31,71	0,26	0,28
11. Esmeraldas	23,47	24,16	20,94	21,02	0,69	0,08
12. Manabí	3,61	3,88	25,21	25,39	0,27	0,18
13. Los Ríos	20,93	24,42	25,44	25,53	3,49	0,09
14. Guayas	23,56	23,86	7,23	7,33	0,30	0,10
15. El Oro	29,67	30,13	18,90	18,96	0,46	0,06
16. Napo	46,48	47,30	8,21	8,25	0,82	0,04
17. Pastaza	44,91	45,48	26,97	27,00	0,57	0,03
18. Morona S.	31,75	32,22	12,76	12,97	0,47	0,21
19. Zamora Ch.	50,23	50,99	18,72	19,01	0,76	0,29
20. Galápagos	56,05	59,63	29,45	29,59	3,58	0,14
21 "Zonas no del."	71,20	71,92	7,25	6,65	0,72	-0,60

Fuente: INEC, 1985, cuadros 7 y 10

LEYENDA: LN = Lugar de nacimiento;

LRH = Lugar de residencia habitual

LE = Lugar de empadronamiento

INMIGRANTES LN—LRH = % de no nativos en el total de residentes

INMIGRANTES LN—LE = % de no nativos en el total de empadronados

EMIGRANTES LN—LRH = % de nativos no residentes en el total de nativos

EMIGRANTES LN—LE = % de nativos no empadronados en el total de nativos

Nota: Las cifras de LN—LRH no son comparables, en cada provincia, a las que se expusieron en el cuadro 1, entre otras razones, porque la definición de migrante es necesariamente diferente cuando hay diferente nivel de desagregación geográfica. Ej.: una persona que nace en el área rural de Carchi y reside en el área urbana de la misma provincia es migrante si los datos tienen desagregación urbano-rural; esa misma persona no es migrante si los datos, como en el presente cuadro, tienen una desagregación únicamente provincial. Por eso también las fuentes de este cuadro no son las mismas que las del cuadro 1

censo, este tipo de estadísticas tienen, por su condición de tales, las siguientes limitaciones:

a. no detectan los movimientos intermedios; por ejemplo: si una persona nativa del área rural de Loja, ha residido, sucesivamente, en el área rural de El Oro y en la urbana de Guayas, aparece en el censo solo como nativa del campo lojano y solo como residente, al momento de su empadronamiento, en la capital del Guayas;

b. no dan cuenta de las migraciones de quien han fallecido antes del censo;

c. no se refieren a un tiempo determinado que no sea la vida del empadronado, lo cual obstaculiza establecer ritmos de evolución de las migraciones.

A pesar de todas estas limitaciones, las estadísticas utilizadas en este punto permiten comparar situaciones

diferentes vividas por subpoblaciones parecidas en lapsos idénticos. Es lo que se ha hecho en este punto.

**B. Evolución del impacto migratorio en las provincias: las tasas de migración entre 1950-1982**

La intención de esta parte es de completar la identificación migratoria de los espacios nacionales, explorando el aspecto evolutivo, provincia por provincia o por conjunto de provincias, de las migraciones. Para este propósito se utilizará la *tasa migratoria* como indicador central. Si con la proporción migratoria, basada en datos sobre migración vitalicia, se hizo una caracterización *actual* o *acumulada* (al momento del último censo) de los diferentes niveles de atracción—repulsión migratoria de los espacios ecuatorianos, a continuación se tratará de establecer, en cierta forma, cómo se llegó a tal situación desde el tiempo que se dispone de estadísticas migratorias, esto es, durante los tres períodos intercensales de 1950—62, 1962—74 y 1974—82.

En rigor, las proporciones migratorias y las tasas migratorias no son entre sí comparables primero porque son indicadores de naturaleza diferente, y segundo, porque en tratándose de proporciones se llegó a una desagregación geográfica de área urbana y rural por provincia, y en las siguientes líneas, por no disponer de algo mejor, se tratará de tasas sólo a nivel de provincia y referentes solo a migraciones *interprovinciales*. Ello no impide, sin embargo, que las tasas sean un buen instrumento para estudiar la evolución del comportamiento de las migraciones internas durante los últimos treinta y dos años en el Ecuador.

**- Las tasas de emigración y de inmigración**

La figura 3 sintetiza, en términos cuantitativos, esta evolución. (los datos cuantitativos respectivos se hallan en el Anexo 3). De ella se pueden extraer las siguientes verificaciones:

1. Lo que primero debe destacarse en la secuencia temporal que representa la figura es la evolución del conjunto de provincias hacia una mayor heterogeneidad migratoria debido al comportamiento de las tasas de *emigración* y no a las de *inmigración* que son elementos bastante estables.

Efectivamente, si durante el primer período intercensal (50—62) todas las tasas provinciales de emigración cabían en una franja de tasas de entre 343 y 1.416 (migrantes por cien mil habitantes), durante el último período (74—82), las mismas tasas se expanden entre 499 y 2.909. En cambio, las tasas de inmigración, excluyendo casos excepcionales de poca población (las provincias orientales), son del mismo género cuantitativo en el primero, segundo y tercer períodos intercensales.

2. Todas las provincias del país, salvando ciertos matices menores, se agrupan, en forma similar a lo que se hizo en base de las proporciones migratorias, en cuatro "familias" bastante diferenciadas:

- las provincias amazónicas y la insular;
- las dos provincias más importantes de país, Guayas y Pichincha;
- las provincias costeras sin Guayas ni Manabí; y
- las provincias serranas, excluyendo Pichincha y añadiendo Manabí.

**a. Provincias amazónicas e insular**

La evolución de las tasas migratorias de las provincias de este grupo es una buena guía e índice para saber dónde y cuándo se ha desarrollado la colonización del Oriente ecuatoriano desde la década del cincuenta a esta parte.

- Mientras Zamora Chinchipe, y en menor medida Pastaza y Morona Santiago, muestran ritmos muy acelerados de inmigración en el primero y segundo períodos intercensales, para decaer un tanto durante el último, en cambio, Napo lo hace en sentido inverso: su dinámica migratoria aparece significativa sólo durante el segundo período intercensal y experimenta aceleración durante el tercero. Recuérdese que la explotación petrolera, asentada en esta última provincia, poderosa locomotora de la más explosiva colonización amazónica del país, se inicia precisamente al final del segundo período intercensal. Por otra parte, se conoce que la colonización de las otras provincias amazónicas se vió fuertemente detenida por la resistencia a ella ejercida por organizaciones aborígenes (Cf. Trujillo, 1988: 66)

- En cuanto a las tasas expulsivas, nótese cómo las provincias amazónicas, a pesar de ser frentes de ocupación poblacional recientes, no escapan de la tendencia general hacia su incremento.

- Galápagos, también tierra de colonización y por ende con tasas parecidas a las amazónicas, experimenta, después de una ligera baja en el segundo período intercensal, una alza durante el último, lo que hace pensar que probablemente detrás de ello está el revuelo que desde el principio de la década del ochenta tiene el turismo en esas islas

- Una observación válida para toda esta "familia" de espacios de colonización es la siguiente: su pequeña dimensión demográfica hace que cualquier inmigración o emigración que experimente, por pequeña que sea genera gran impacto del que da cuenta las tasas. El total de los habitantes de estas cinco provincias en 1950, alcan-

zaba apenas 47 mil. En 1982 llegó a 223 mil, lo cual, con relación a otros espacios nacionales es muy poco, (por ejemplo, es nueve veces menos que el número de habitantes de Guayas la provincia más poblada del país).

#### b. Pichincha y Guayas

Es particularmente interesante constatar el gran paralelismo, del comportamiento migratorio, medido en tasas, de las dos provincias más importantes del país. Pichincha y Guayas son en este aspecto más parecidas que diferentes; al fin y al cabo son las dos provincias sedes de las dos metrópolis del país, que con comparable dimensión demográfica tienen equiparable función central en la macroestructura del espacio nacional: son los mayores polos de atracción migratorio y de otros flujos geográficos mayores.

Efectivamente, si se excluyen diferencias menores, se observa que la evolución de las tasas migratorias de Pichincha y Guayas, siguen parecidos pasos durante los tres períodos intercensales: en el primero, tanto en inmigración como en emigración ambas se hallan, prácticamente, en un mismo punto de partida (503 x 1.503 y 496 x 1.341); durante el período 1962-74 si bien mientras en *inmigración* Pichincha sube (de 1.503 a 2.165) y Guayas baja ligeramente (de 1.341 a 1.263), en emigración ambas suben (de 503 a 573 y de 496 a 526); en fin, en el último período intercensal, si bien mientras en *emigración* Pichincha sube (de 573 a 684) y Guayas baja ligeramente (de 526 a 499), en inmigración ambas suben (de 2.165 a 2.480 y de 1.263 a 1.684).

En el contexto de las otras provincias del país, Pichincha y Guayas adquieren, durante el transcurso de los tres períodos, una identidad migratoria cada vez más propia, es decir más diferente que las dieciocho provincias restantes. A pesar del progresivo aunque ligero distanciamiento, en términos de tasas entre estas dos grandes provincias, en el último período intercensal ambas aparecen aisladas de las otras por razones de emigración, ya que por inmigración, desde 1950 hasta 1982, ambas provincias han mantenido posiciones intermedias.

#### c. Las provincias costeñas de Esmeraldas, Los Ríos y El Oro.

La "familia" de estas tres provincias costeñas se ubica en un término medio, entre las de mayor dinámica migratoria (provincias amazónicas e insular) y las del otro extremo (provincias serranas y Manabí), situación que conserva durante los tres períodos intercensales. Como Pichincha y Guayas, es bastante estable en términos de tasas de inmigración pero en expulsividad tienden a la diferenciación con estas provincias mayores. Dentro de la "familia", la provincia que más dinamismo muestra en los cambios migratorios es Esme-

raldas pues, tanto en emigración como en inmigración siempre experimenta un incremento. Las otras dos, si bien en tasas de emigración también su incremento es sostenido, en tasas de inmigración, al contrario, siempre están en descenso. Un principio de explicación de esta circunstancia puede estar en el hecho de que Esmeraldas es una provincia de atracción más reciente que las otras dos. Atracción que ha sido impulsada notablemente, primero por el desarrollo de la colonización en áreas como las del cantón Quinindé, y segundo por la implantación de la industria hidrocarburífera (refinería) en las cercanías de la capital provincial.

#### d. Las provincias serranas (sin Pichincha) y Manabí.

La evolución de las tasas migratorias de este grupo de provincias tiene una marcada estabilidad en lo que a inmigración se refiere pero una tendencia hacia la heterogeneización interna en lo que a emigración se refiere. Efectivamente, si en todos los períodos intercensales ninguna provincia de éstas supera la baja tasa de inmigración de 862 (Imbabura, 1974-82), en cambio, en emigración las tasas pasan de una estrecha franja de 659 puntos en el primer período intercensal (máximo Carchi con 1.416 y mínimo Manabí con 757) a una mucho más amplia de 1.606 puntos (máximo Bolívar con 2.909 y mínimo Azuay con 1.303).

La gran diferenciación interna que experimenta este grupo de provincia por razones de evolución de tasas de emigración merece algunas puntualizaciones de especial interés:

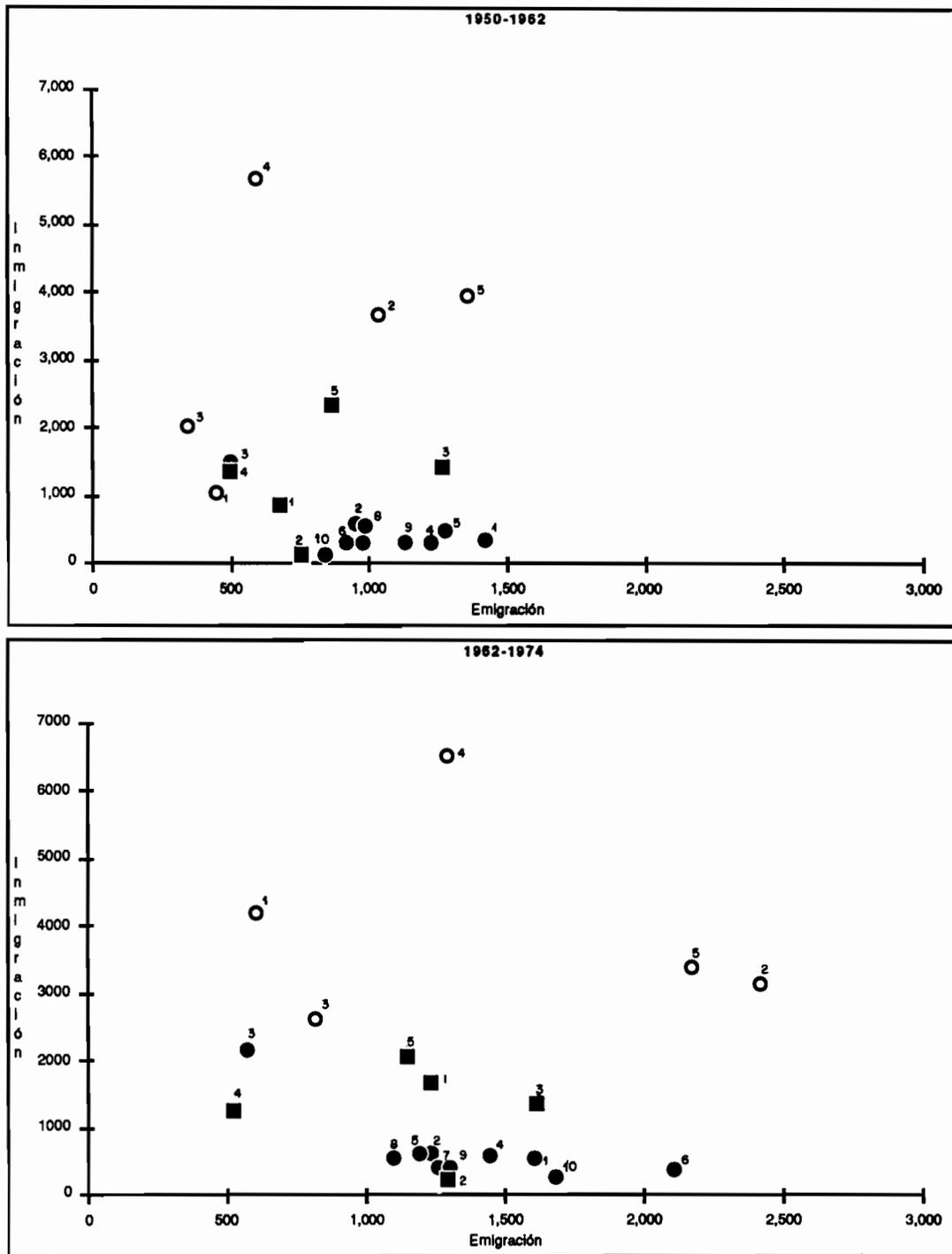
- Las provincias que más han empeorado su situación expulsiva son, entre 1950-62 y 1974-82 las siguientes: Bolívar, Loja, Manabí y Carchi. Las restantes muestran un incremento relativamente moderado de sus tasas de emigración, especialmente los casos de Tungurahua y Azuay en donde se constatan incluso bajas, aunque ligeras, de sus tasas expulsivas entre un período y otro.

- Las hipótesis que se pueden enunciar para abordar este diferenciación giran en torno a las siguientes circunstancias:

- \* Diferente evolución de los sistemas productivos agrícolas en cada una de las provincias, y por ende diferente agudeza de las situaciones de depresión de los campesinos. Se sabe por ejemplo que Carchi fue una de las primeras provincias serranas que inició la transformación del antiguo sistema de hacienda hacia otras formas de producción menos arcaicas.

- \* Impacto de calamidades climáticas en la situación agrícola de Loja y Manabí, particularmente en los años sesenta durante los cuales, campesinos de esas provincias sufrieron las consecuencias de agudas sequías.

Fig. 3. Tasas migratorias interprovinciales (por cien mil habitantes), por provincias y por períodos intercensales (1950-62, 1962-74, 1974-82)



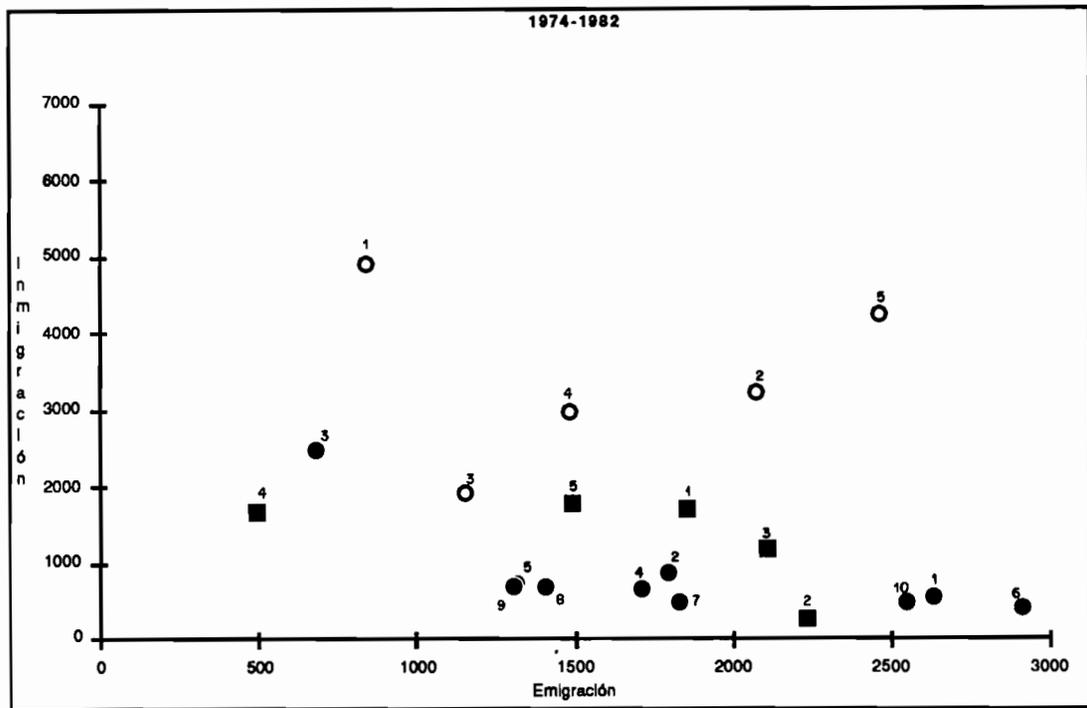
\* Circunstancias diferenciales de aislamiento geográfico.

Por cierto, esta serie de elementos actúan conjuntamente aunque no siempre en forma simultánea para todas las provincias. El quebrantamiento de los tradicionales sistemas productivos de la hacienda andina -u otras modalidades no capitalistas agrarias-, no seguido por significativas redistribuciones de tierra, constituyó un fuerte mecanismo expulsivo. Lo mismo puede de-

cirse de las sequías y de la ruptura del aislamiento geográfico: ambos son elementos expulsivos de población.

*-Los saldos migratorios*

A manera de síntesis sobre la evolución de las tasas migratorias intercensales e interprovinciales, se expondrá a continuación la evolución de los saldos migratorios medidos también en tasas anuales. No es por demás reiterar la advertencia hecha a propósito de los saldos mi-



**LEYENDA:**

● Sierra:	■ Costa:	○ Región Amazónica e Insular:
1. Carchi	1. Esmeraldas	1. Napo
2. Imbabura	2. Manabí	2. Pastaza
3. Pichincha	3. Los Ríos	3. Morona Santiago
4. Cotopaxi	4. Guayas	4. Zamora Chinchipe
5. Tungurahua	5. El Oro	5. Galápagos
6. Bolívar		
7. Chimborazo		
8. Cañar		
9. Azuay		
10. Loja		

Fuente: Cuadro Nº 1

gratorios vitalicios: la gran limitación del saldo como indicador esta en que no da cuenta de sus dos componentes (inmigración y emigración) lo que hace que pueda, en iguales cifras, ocultar dinámicos migratorios muy diferentes.

Luego de la exposición de las tasas de saldos, estas se las confrontará con las de crecimiento, durante los mismos períodos y unidades geográficas, de la pobla-

ción residual, vale decir con el resultado de la sustracción entre las tasas de crecimiento *natural* de las subpoblaciones y las tasas de crecimiento *observado* por los censos.

Finalmente, se completará esta síntesis con una rápida referencia al crecimiento de esa población residual, pero a nivel de *ciudades* y de *parroquias rurales*, durante los mismos períodos intercensales.

a. *La evolución según las tasas migratorias de saldo (1950-1982)*

En la figura 4 se visualiza esta evolución. Las verificaciones más destacadas que se pueden hacer de esta representación gráfica son las siguientes:

1. De las veinte provincias, ocho (todas las amazónicas, la insular, El Oro, Guayas y Pichincha) tienen saldos *positivos* durante los tres períodos intercensales; diez (el resto de serranas más Manabí) muestran saldos *negativos* en forma también sistemática durante esos tres períodos; solo dos tienen en un principio saldos positivos (Los Ríos entre 1950-62, Esmeraldas entre 1950-74) que después se convierten en negativos.

Cosa curiosa: estos dos últimos casos, especiales o "irregulares", corresponden a las mismas provincias, cuyas áreas rural y urbana aparecen con diferente signo en sus saldos migratorios vitalicios. Es lo que hace pensar que las fuertes emigraciones de población *urbana* de

Los Ríos se han presentado a partir de los años sesenta y que se han acelerado (ver fig. 4) durante los de la década del setenta. Por su parte, en el caso de Esmeraldas, lo que parece haber sucedido es en cambio que la pérdida de su población rural hacia otras provincias (recuérdese se están utilizando tasas migratorias interprovinciales) solo se inicia durante el último período intercensal.

2. Generalmente, las provincias que muestran "crónicamente" saldos negativos adolecen también de una tendencia al empeoramiento: sus tasas de saldo son cada vez más negativas entre 1950 y 1982. Tres ligeras excepciones se pueden señalar a esa tendencia mayor: los de las provincias de Azuay, Tungurahua y Cotopaxi.

3. En cambio, las provincias con saldos positivos (o positivos y luego negativos) se caracterizan más que todo por tener tasas de saldo oscilantes: primero suben y luego bajan o viceversa. Cuatro casos pueden señalarse como excepcionales a este comportamiento: dos que muestran saldos cada vez *más* positivos (Napo y

Fig. 4. Evolución de las tasas de saldos, por provincias (1950-1982)

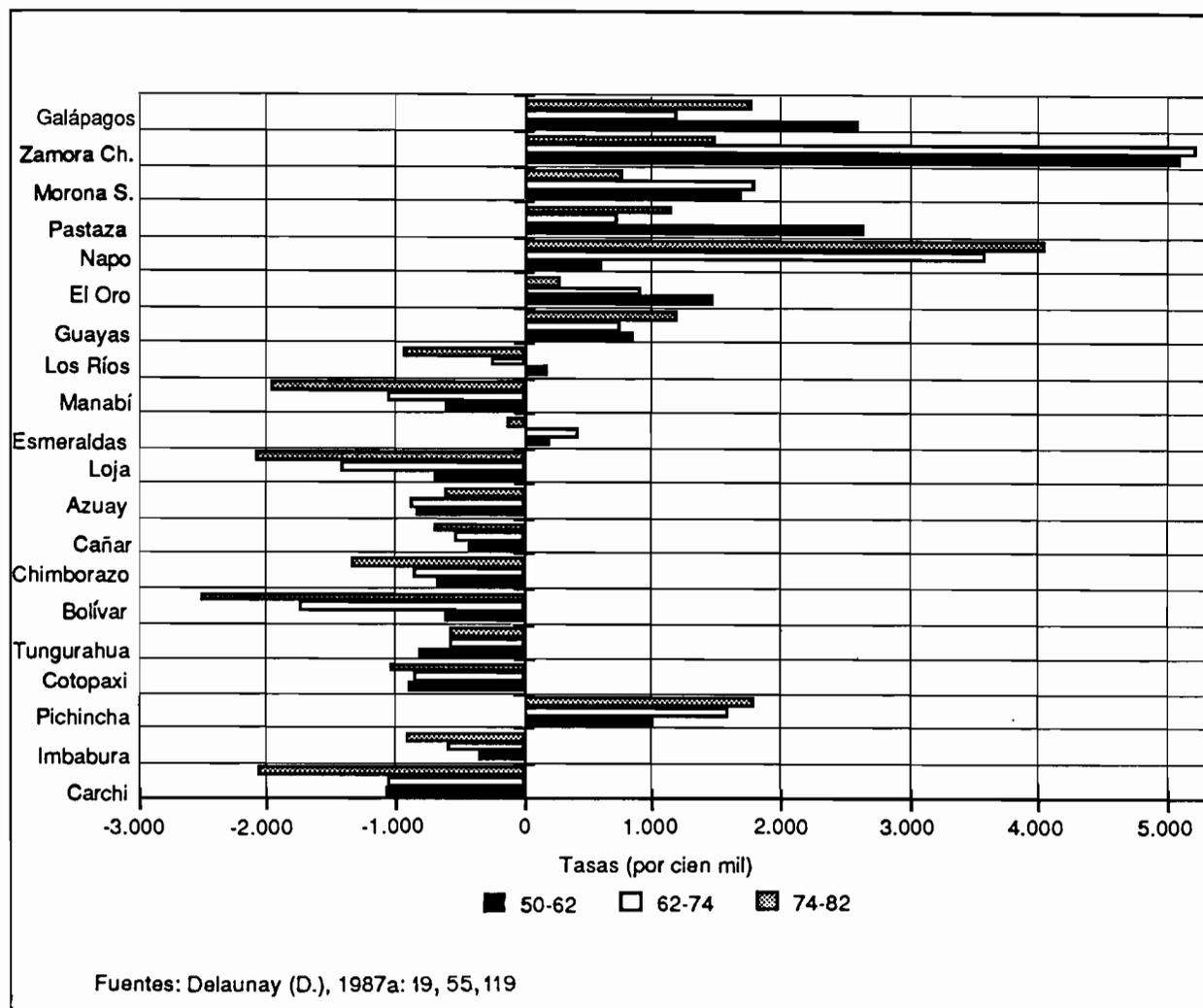
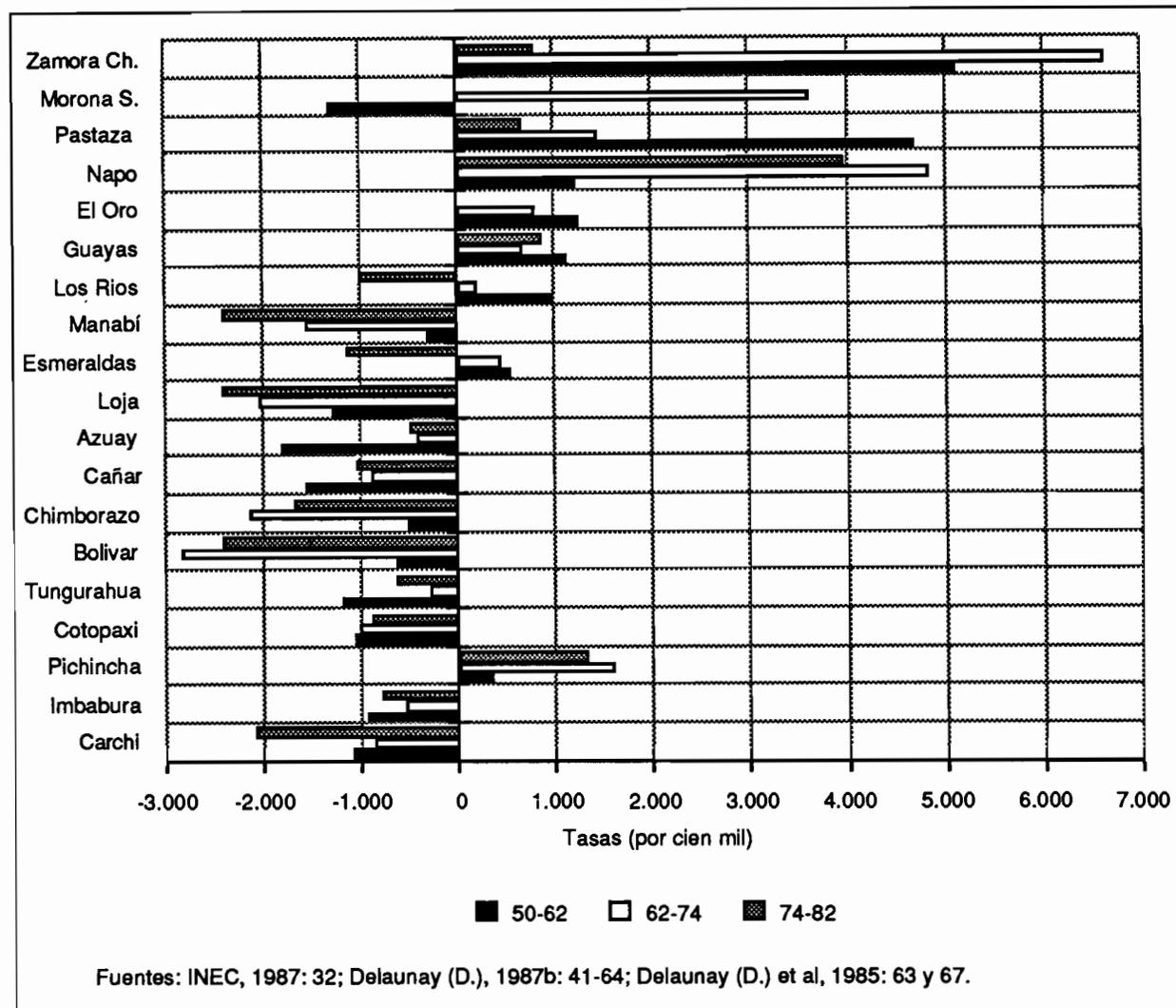


Fig. 5. Evolución de los saldos migratorios, por provincia (1950-1982). Crecimiento anual de la población migrante.



Pichincha) y dos que, al contrario, muestran saldos cada vez *menos* positivos (El Oro) y el ya señalado (Los Ríos) en el que la tasa positiva del primer período se hace cada vez más negativa en los otros dos.

*b. La evolución de los saldos migratorios según las tasas de crecimiento de la población residual (1950-1982)*

En este punto se trata, en primer lugar, de confrontar los resultados de dos métodos de medir la evolución de los saldos migratorios: los ya expuestos de tasas migratorias y los que resultan del método residual es decir el que establece el crecimiento de la población migrante como residuo de la sustracción entre crecimiento natural y crecimiento observado. Aunque los dos indicadores que se confrontan no son en rigor comparables (el de las tasas migratorias provienen de estadísticas de residencia habitual— última residencia, el otro en cambio basa las estadísticas de población de hecho), su aproximación resulta legítima si ambas se las expresa en tasas anuales acumulativas. Es lo que se hace al comparar la figura 5 con la 4.

Dos verificaciones significativas se pueden extraer de esta comparación:

1) La *estructura* geográfica general de los saldos son muy parecidos en uno y otro caso: altos saldos positivos en provincias orientales, menos altos en El Oro, Guayas y Pichincha; graves saldos negativos en el resto de provincias serranas y Manabí; las mismas provincias costeñas (Los Ríos y Esmeraldas) con saldos positivos primero y con saldos negativos después. La excepción que salta a la vista es el de la provincia de Morona Santiago que aparece con un considerable saldo negativo en el primer período intercensal, lo que hace pensar en probables defectos de mucho bulto en los dos primeros censos o en graves deficiencias en el cálculo indirecto de su población de 1950 cuando esta provincia, como tal, aún no existía.

2) En cuanto a tendencias de los saldos migratorios, la figura 5 muestra situaciones más erráticas que la figura 4. Sin embargo, la comparación entre los dos métodos confirman por lo menos cuatro casos en donde la

degradación de los saldos es sostenida: Loja, Manabí, Los Ríos y El Oro.

c. *La evolución de los saldos migratorios en ciudades y parroquias rurales (1950-1982) según el método residual.*

La observación de los saldos migratorios con detalle geográfico de ciudad y parroquia rural constituye una especie de microfisiología de las migraciones. Se trata de un método que puede ir muy lejos en el desciframiento de la causalidad de estos movimientos de población si se dispone, como es el caso, de datos evolutivos. A continuación no se trata de desarrollar con amplitud esta opción metodológica, pues ya se lo hace en otra parte de este libro (capítulo 3) y en otro tomo de la colección (CEDIG, 1986 *El Espacio Urbano en el Ecuador*, IGM, Quito), sino solamente de subrayar las cuestiones mayores que de ella se desprenden.

i. *Saldos migratorios en ciudades (1950-1982)*

Entre los rasgos cuantitativos más destacados del proceso de urbanización en el Ecuador hay que distinguir dos hechos aparentemente idénticos y que no lo son: el incremento del número de localidades urbanas y el incremento del peso de la población urbana en la población total del país. Entre 1950 y 1982 el número de ciudades (definidas como localidades de 10 mil o más habitantes) ecuatorianas pasó de 13 a 49. Durante ese mismo período, el peso de la población urbana (definida en la misma forma) en la población total pasa, grosso modo, de un quinto a la mitad. Un cambio tan sustancial en la distribución geográfica de la población en poco más de tres décadas no puede generarse sin un notable éxodo rural hacia las ciudades. Medir el impacto de este fenómeno en la población urbana, durante los tres períodos intercensales, mediante los saldos migratorios (en términos absolutos y relativos) es el objeto de las siguientes líneas (se trata de una síntesis del anexo 5 en donde se halla el detalle de la información cuantitativa).

En 1950 la población de las 49 localidades, que en 1982 tenían 10 mil o más habitantes, era de unos 833 mil personas. 32 años más tarde, esta población alcanza casi los cuatro millones de ciudadanos. La diferencia, esto es de prácticamente 3 millones, proviene de dos orígenes cuantitativamente poco desiguales: un 57% debido a migraciones (saldos migratorios) y un 43% debido a crecimiento natural. Por cierto, del 1,7 millón de saldo migratorio urbano que ello significa, no menos de seiscientos mil (39%) se han concentrado en Guayaquil y Quito, lo cual quiere decir que, aproximadamente, cada año estas ciudades, en conjunto, ha tenido un *balance* migratorio positivo promedio de *veinte mil personas*. El resto del saldo migratorio urbano nacional se habría repartido así durante este período de 32 años: 54% en las otras ciudades costefías (por debajo de los 1.200 metros de altitud)

y 7% en las otras ciudades serranas, lo cual permite estimar a pesar de las probables imperfecciones de estos cálculos, la gran diferencia regional del papel que ejercen las migraciones de urbanización en el Ecuador. No llama entonces la atención que durante esos años, en la costa (definida altitudinalmente) hayan aparecido nada menos que 28 nuevas localidades urbanas (que en 1950 tenían menos de 10 mil habitantes) y en la sierra solamente 8. Coherente con estas verificaciones está el hecho de que sólo en la costa se puedan encontrar tasas (anuales) de crecimiento espectaculares como las de Huaquillas (19,26% entre 1962 y 1974), Quevedo (13,34% entre 1950 y 1962) y Santo Domingo de los Colorados (que no baja de 12,64% entre 1950 y 1974). En cambio, en la sierra, la tasa más alta que se puede encontrar es la de Sangolquí (5,65% entre 1962 y 1974) atribuible, como puede entenderse, a su cercana vecindad con la capital de país.

No se toman en cuenta aquí las localidades urbanas de la Región Amazónica por una razón metodológica: ninguna en 1982 alcanzaba los diez mil habitantes. Pero, ello no implica el desconocimiento de algunos casos, especialmente en la provincia del Napo, de gran atractivo migratorio como Tena que entre 1974 y 1982 creció a una tasa anual promedio del 11,87%, o Nueva Loja (cantón Lago Agrio), que pasa de la condición de recinto a la de cabecera cantonal y hoy a la de capital provincial (con 7.237 habitantes en 1982) en poco más de diez años.

ii. *Saldos migratorios en áreas rurales (1950-1982)*

El éxodo rural, a pesar de lo dicho en las precedentes líneas, no tiene como único destino las ciudades. También se dan movimientos rural-rurales en donde las situaciones climáticas y de fertilidad de los suelos son condicionantes esenciales. Las causas determinantes de esta redistribución geográfica de las poblaciones rurales son al parecer las coyunturas socio-económicas según las cuales se abren nuevos espacios de ocupación y se abandonan otros. Pero, la asimetría entre unos y otros se acrecienta en progresión geométrica.

La geografía de las tasas anuales de migración neta, a nivel parroquial, muestran efectivamente, que entre el primero y último períodos intercensales la *emigración* rural se hace espacialmente más generalizada, los lugares de *inmigración* rural se hacen cada vez menos numerosos y más puntuales.

Más particularmente, durante el período 1950-62 sólo 41 parroquias rurales (incluidas áreas periféricas y las cabeceras cantonales que en 1982 aún no rebasaban el límite de los 10 mil habitantes) adolecen de tasas anuales de migración neta más negativas que -4%; en 1962-74 estas parroquias suben en número a 63 y en 1974-82 a nada menos que 175.

La creación de parroquias (la contabilidad expuesta se ha elaborado en base de un mismo número de parroquias para los 3 períodos intercensales: las de 1982) ni los defectos de empadronamiento, que son numerosos especialmente en áreas rurales aisladas o refractarias a los censos, no pueden explicar satisfactoriamente este espectacular incremento de espacios rurales expulsivos. Se trata, sobre todo durante el último período intercensal, de un proceso profundo y ampliado de "vaciamiento" poblacional del campo. No sólo se abandonan densas y agotadas tierras ocupadas por indígenas serranos sino también las poco densas y fértiles áreas rurales costeñas y aún amazónicas: de las 175 parroquias con tasas de saldo migratorio más negativas de -4% en el período 74-82, 88 se hallan en la primera región, 50 en la segunda y 37 en la tercera.

Por otra parte si entre 1950-62, 124 parroquias rurales gozan de tasas anuales de migración superiores a 4% en 1962-74, éstas suben a 138 para, en 1974-82, reducirse a solo 47.

La geografía de estos espacios atractivos se reduce para el período 74-82 a sólo dos lugares importantes del país (el nororiente petrolero y noroccidente de Pichincha) amén de no muy numerosos puntos dispersos en el resto del país. (Ha servido de fuente de este punto ii: Delaunay D, 1987 b.: 41 y ss):

#### Notas Metodológicas

La tasa es un indicador de naturaleza muy diferente a la de proporción migratoria. Si ésta sólo indica el peso de la parte en el todo, aquella expresa, según una definición ya clásica, "la relación entre el número de sucesos aleatorios ocurridos y el número de posibles ocurrencias, ambas referidas a un período específico de tiempo" (Elizaga, 1979: 240). La proporción migratoria, por estar basada en datos sobre migración vitalicia no tiene referencia a un período específico de tiempo; se refiere a toda la vida del migrante y no permite establecer cambios salvo si se comparan los resultados de un censo y otro (CONADE-UNFPA, 1987: 102 y ss). La tasa migratoria utilizada en este estudio, como la de crecimiento poblacional observado o vegetativo, es anual (promedial y exponencial) y referida a cada uno de los tres períodos intercensales, para lo cual ha sido necesario basarse en las declaraciones sobre el tiempo de residencia actual seguida al último movimiento del migrante (para mayor explicación sobre el cálculo de las tasas utilizadas en este trabajo, ver Delaunay, D. 1988 b: 1-12).

Sin pretender comparar proporciones y tasas, aquí se los han utilizado como indicadores complementarios entre sí con el objeto de caracterizar la identidad de los espacios nacionales que por cierto en materia de migraciones, puede ser concebido como el conjunto interactivo de los elementos físicos y poblacionales de una entidad geográfica (provincia, área urbana o rural de una provincia, localidad, etc.) estadísticamente determinada.

Es necesario reiterar en estas notas metodológicas que las tasas aquí utilizadas son INTERPROVINCIALES y que para

su establecimiento se tomaron como fuente los cuadros denominados "balance migratorio" de cada provincia con relación a todas las restantes (Delaunay, D., 1988 a: 20-29 y 57-66) y no las denominadas erróneamente "Flujos interprovinciales" (ibidem: 19 y 55) en donde, salvo para el período 74-82, se hallan incluidas tasas INTRAPROVINCIALES (Cf. Anexo 3).

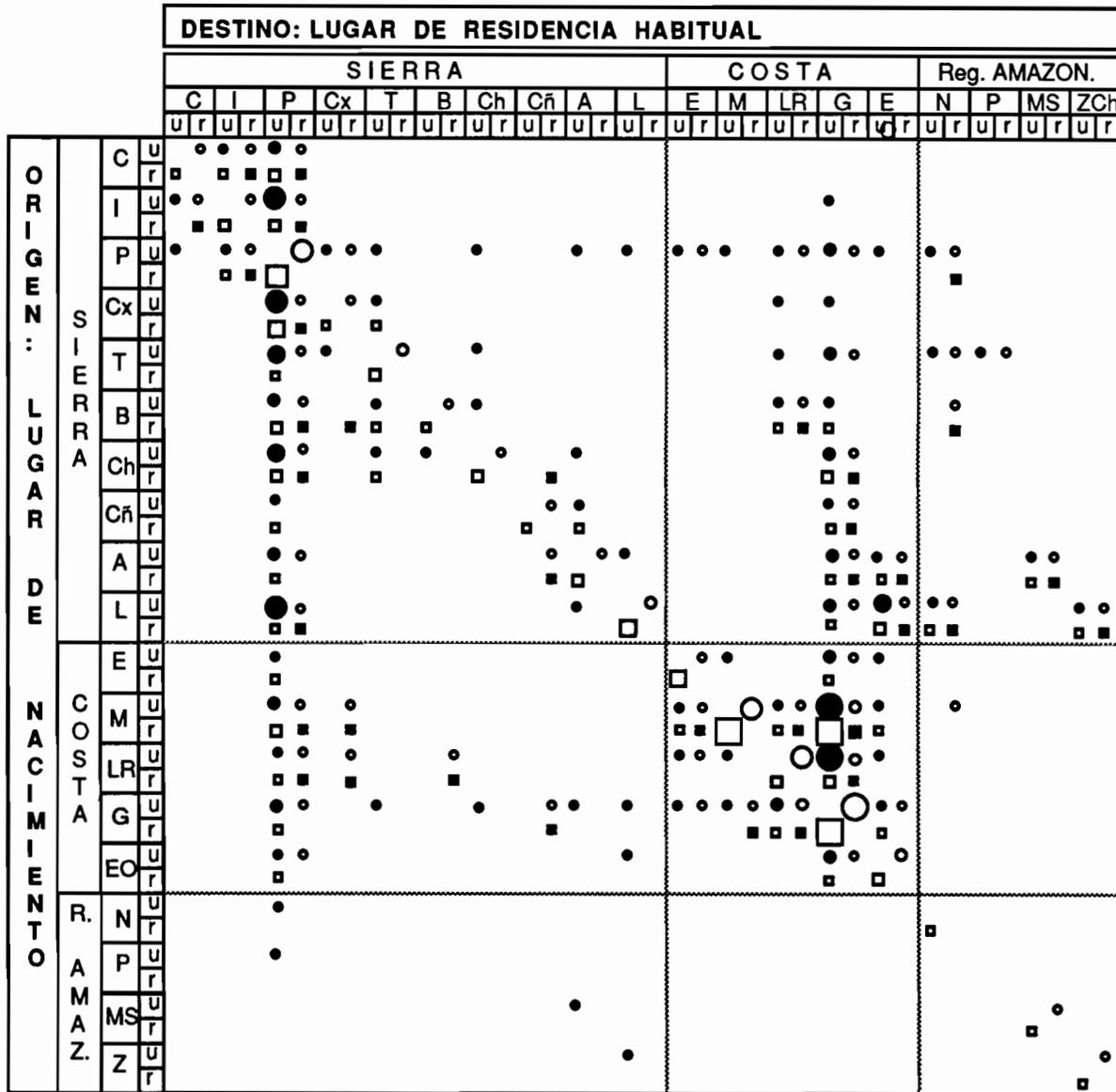
Con relación a las tasas de saldos migratorios de las localidades urbanas (de 10 mil y más habitantes) hay que aclarar que se trata de un trabajo ya publicado (CEDIG, 1987: 45 pero que ha sido refinado al utilizar como referencia central no las tasas de crecimiento natural *del país*, sino las tasas de crecimiento natural *de la provincia* en donde se halla la localidad urbana cuya tasa de saldo migratorio se calcula. Debe aclararse también que el crecimiento de la población de esas localidades imputable a cambios de sus límites urbanos no ha sido excluido de este cálculo. Tal mutación de población rural en urbana por decisión administrativa se lo asimila pues, implícitamente, al efecto de una migración rural-urbana. En fin, hay que señalar que para el cálculo de las tasas de crecimiento observado entre censo y censo se ha tendido en cuenta las fracciones de año de acuerdo a las fechas censales, así, para el período 1950-1962 se fijó como tiempo intercensal el de 11,98 años, para el de 1962-74, el de 11,54 años, y para el de 1974-82, el de 8,47 años.

#### 1.3. Vinculación migratoria de los espacios nacionales

Toda migración tiene dos extremos y un itinerario. Los dos extremos no pueden ser otros que el punto de partida y el punto de llegada. El itinerario, en cambio, puede ser simple o directo, es decir sin puntos intermedios, e indirecto, es decir, con esos puntos intermedios o de paso. En la realidad hay migraciones con itinerario directo y migraciones con itinerario indirecto, pero, en las estadísticas migratorias sólo hay migraciones directas, ora entre lugar de nacimiento y lugar de residencia habitual, ora entre lugar de residencia anterior y lugar de residencia actual...

Por otra parte, salvo excepciones menores, todo espacio es a la vez punto de partida y punto de llegada de migraciones. Es en lo que se ha insistido en la primera parte de este capítulo. Por ser así, toda entidad geográfica, estadísticamente determinada (provincia, área rural o urbana de provincia, localidad urbana o rural) es polo de irradiación migratoria. El conjunto de estos polos y sus vinculaciones migratorias puede ser definido como una red migratoria que, junto con otros flujos (de cosas y comunicaciones) conforman la estructura espacial, organización del espacio o formación socioespacial de un país. El objetivo de esta segunda parte es de establecer, en términos cuantitativos la red migratoria del país; primero (punto A.) en base de las últimas (1982) estadísticas sobre migración vitalicia y, segundo, (punto B.) en base a la evolución de las tasas migratorias, desde 1950 hasta 1982. Se trata, en otros términos, de jerarquizar, según la cuantía de los flujos migratorios, la situación actual (acumulada en 1982) de las vincula-

Fig. 6. Vinculación migratoria entre provincias y áreas de provincia (migraciones vitalicias en 1982)



**LEYENDA**

Sin representación	< 1 mil migrantes
○ ● □ ■	de 1 a 10 mil migrantes
○ ● □ ■	de 10 a 20 mil migrantes
○ ● □ ■	de 20 a 30 mil migrantes
○ ● □ ■	de 30 a 40 mil migrantes
○ ● □ ■	> 40 mil migrantes

———— Migración RURAL-RURAL  
 ———— Migración RURAL-URBANA  
 ———— Migración URBANO-URBANA  
 ———— Migración URBANO-RURAL

u = área urbana; r = área rural

C = Carchi	E = Esmeraldas
I = Imbabura	M = Manabí
P = Pichincha	LR = Los Ríos
Cx = Cotopaxi	G = Guayas
T = Tungurahua	EO = El Oro
B = Bolívar	N = Napo
Ch = Chimborazo	P = Pastaza
Cñ = Cañar	MS = Morona Santiago
A = Azuay	Z = Zamora Chinchipe
L = Loja	

Notas: Se excluye Galápagos por no alcanzar en ningún caso flujos mayores a mil migrantes. Por razones de definición y de desagregación de los datos, no aparecen aquí las migraciones rural-rurales y urbano-urbanas intraprovinciales.

Fuente: INEC, 1985, cuadro N° 11

ciones migratorias entre los espacios nacionales y de determinar cómo, durante un lapso de 32 años esas vinculaciones se han intensificado notablemente, aunque en forma geográficamente desigual.

Una vez caracterizada la red migratoria en su conjunto, se seleccionarán las vinculaciones más fuertes para observarlas de más cerca.

#### A. Red migratoria acumulada (según migraciones vitales en 1982)

La red migratoria nacional que puede establecerse en base de los datos sobre lugar de nacimiento y de residencia habitual es extremadamente desigual: por una parte hay pocos pero muy densos núcleos de polarización migratoria, por otra, las corrientes migratorias son muchas pero solo algunas tienen magnitud importante.

Una imagen de esta realidad se presenta en la figura 6 que da cuenta de 244 corrientes migratorias seleccionadas (sólo las superiores a los mil migrantes). Según esta imagen, las características más notables de la red migratoria en el Ecuador son las siguientes:

a. Marcada polarización de los destinos migratorios en las áreas urbanas de Pichincha y Guayas, es decir, prácticamente, en Quito y Guayaquil. De las 244 co-

rrientes migratorias representadas, más de la quinta parte (54 corrientes) tienen como destino uno de estos dos polos mayores del país. El área urbana de Pichincha recibe 8 corrientes más que la de Guayas debido al poco atractivo que ejerce esta última, por razones de distancia especialmente, sobre el norte y centro de la Sierra y sobre la Región Amazónica. En otros términos, se puede afirmar que Quito y Guayaquil son los lugares más fuertemente vinculados con todo el territorio y población nacionales. Según el censo de 1982 (misma fuente que la figura 6), solo 6 de cada 10 residentes en áreas urbanas de Pichincha son nacidos allí; en áreas urbanas de Guayas esa proporción sube a 7. Además, las áreas urbanas de Pichincha y Guayas son también las que más originan corrientes migratorias hacia al resto del país: en la figura comentada, el área urbana de la primera provincia origina 20 corrientes migratorias y la de la segunda, 16.

Polos migratorios importantes son también, según las frecuencias del cuadro 5, las áreas urbanas de El Oro, Los Ríos, Tungurahua, Loja, Manabí y Azuay, así como el campo manabita. Nótese cómo, de acuerdo a esta jerarquización, las ciudades de Los Ríos son, después de las de Pichincha y Guayas, las únicas que reúnen, a la vez, la calidad de polos positivos y negativos. Se trata, seguramente del más importante *polo-eslabón* migratorio del país. Adviértase también cómo en los casos de las áreas urbanas de El Oro, Tungurahua, Loja y Manabí, las importantes irradiaciones migratorias probablemente no responden, todas, a un mismo factor explicativo: el caso de El Oro hace pensar en el gran desarrollo de su agricultura de exportación (banano); el de Tungurahua, en su situación geográfica centralizada; el de Loja, en su particular capacidad de enviar a lugares lejanos a sus emigrantes; en fin, el de Manabí, en su amplia población urbana (en 1982, es la provincia con más población de este tipo, después aunque de lejos, de Guayas y Pichincha).

b. Es notable la mayor concentración de los flujos migratorios al interior de la Costa que al interior de la Sierra. Independientemente de la forma cómo está agrupada estadísticamente la población de Costa y Sierra (con número de habitantes equivalentes, en 5 y 10 provincias, respectivamente), en la primera hay una frecuencia del 58% (ver cuadro 6) y en la segunda solo de 23%. En otras palabras la vinculación migratoria intraregional es más fuerte y estrecha entre las poblaciones costeñas que entre las serranas a lo cual contribuye la característica que se menciona a continuación.

c. Las corrientes migratorias desde la Sierra hacia la Costa son relativamente más importantes que las que tienen el sentido contrario,

Cuadro Nº 5

Los polos migratorios más importantes (según figura 6)

Provincia	área	Número de corrientes migratorias				
		total	de origen urbano	de origen rural	intra-regionales	inter-regionales
<b>A) Polos positivos:</b>						
Pichincha	urbana	31	16	15	19	12
Guayas	urbana	23	13	10	9	14
Pichincha	rural	21	13	8	15	6
Guayas	rural	16	11	5	7	9
El Oro	urbana	12	7	5	7	5
Los Ríos	urbana	10	6	4	5	5
<b>B) Polos negativos:</b>						
			con destino urbano	con destino rural		
Pichincha	urbana	20	13	7	10	10
Guayas	urbana	16	9	7	9	7
Tungurahua	urbana	12	7	5	5	7
Loja	urbana	12	6	6	4	8
Manabí	urbana	12	5	7	8	4
Azuay	urbana	11	5	6	5	6
Manabí	rural	11	6	5	8	3
Los Ríos	urbana	11	5	6	7	4
<b>Leyenda:</b>						
- Polos positivos: los que mantienen vinculación migratoria con otros lugares del país por su ATRACTIVO migratorio.						
- Polos negativos: idem, pero por su carácter EXPULSIVO.						
- Los números del cuadro indican la cantidad de corrientes migratorias que aparecen en la figura 6.						
- Constan sólo los polos que atraen o expulsan diez o más corrientes.						

Cuadro N° 6  
Tabla de frecuencias de las corrientes migratorias (según la figura 6)

A) Totales posibles					
	u-u	u-r	r-u	r-r	total
c-c	20	25	25	20	90
s-s	90	100	100	90	380
ra-ra	12	16	16	12	56
c-s	50	50	50	50	200
c-ra	20	20	20	20	80
s-c	50	50	50	50	200
s-ra	40	40	40	40	160
ra-s	40	40	40	40	160
ra-c	20	20	20	20	80
total	342	361	361	342	1406

B) Frecuencia, en número de corrientes migratorias (de 1 a > 40 mil migrantes)					
	u-u	u-r	r-u	r-r	total
c-c	16	16	14	6	52
s-s	29	23	25	12	89
ra-ra	0	2	3	0	5
c-s	10	8	5	6	29
c-ra	0	1	0	0	1
s-c	18	12	7	6	43
s-ra	6	7	3	5	21
ra-s	4	0	0	0	4
ra-c	0	0	0	0	0
total	83	69	57	35	244

C) Frecuencia, en número de corrientes (excluidas las de < 10 mil migr.)					
	u-u	u-r	r-u	r-r	total
	5	7	7	1	20
	8	3	11	0	22
	0	0	0	0	0
	2	0	1	0	3
	0	0	0	0	0
	6	0	2	0	8
	0	0	0	0	0
	0	0	0	0	0
	0	0	0	0	0
	21	10	21	1	53

D) Frecuencia, en porcentajes (de 1 a > 40 mil migrantes)					
	u-u	u-r	r-u	r-r	total
c-c	80	64	56	30	58
s-s	32	23	25	13	23
ra-ra	0	13	19	0	9
c-s	20	16	10	12	15
c-ra	0	5	0	0	1
s-c	36	24	14	12	22
s-ra	15	18	8	13	13
ra-s	10	0	0	0	3
ra-c	0	0	0	0	0
total	24	19	16	10	17

E) Frecuencia, en porcentajes (excluidas las de < 10 mil migr.)					
	u-u	u-r	r-u	r-r	total
	25	28	28	5	22
	9	3	11	0	6
	0	0	0	0	0
	4	0	2	0	2
	0	0	0	0	0
	12	0	4	0	4
	0	0	0	0	0
	0	0	0	0	0
	0	0	0	0	0
	6	3	6	0,3	4

Legenda:					
u = área urbana					
r = área rural					
c = costa					
s = sierra					
ra = región amazónica					

diferencia que es más contrastada al sur del país. Efectivamente, la frecuencia de los flujos Sierra-Costa alcanza un 22% y los de la Costa-Sierra únicamente un 15%.

d. Las migraciones con destino a la Región Amazónica provienen casi exclusivamente de la Sierra: 21 corrientes tienen este origen, solo una viene de la Costa.

e. En lo que se refiere al flujo y reflujo poblacional entre áreas urbanas y rurales, la red migratoria nacional funciona según la siguiente jerarquía cuantitativa: 1°

migraciones urbano-urbanas, 2° migraciones urbano-rurales, 3° migraciones rural-urbanas y 4° migraciones rural-rurales. Los porcentajes respectivos de frecuencia, según el cuadro 6, son de 24, 19, 16 y 10.

A pesar de que esta jerarquía se halla calculada independientemente de la *subrepresentación* de las corrientes urbano-urbanas y rural-rurales de la que adolece la figura 6, es necesario referirse aquí a esta limitación metodológica. Así, si se acepta que el proceso de urbanización pasa predominantemente por el itinerario área rural—pequeña localidad urbana— gran localidad ur-

ba, entonces la subrepresentación más grave de la figura 6 sería la referente a las migraciones *intraprovinciales urbano-urbanas* y no a las intraprovinciales rural-rurales. Mientras las primeras consistirían en los movimientos entre cabeceras cantonales dentro de la provincia, probablemente generalizados en todo el país, las segundas se darían solo en provincias grandes y suficientemente heterogéneas como Guayas, Pichincha, Manabí y las amazónicas.

Si hay algo que llama la atención en la jerarquía mencionada es el segundo puesto que ocupan las migraciones urbano-rurales y por ende más importantes que las rural-urbanas que aparecen en tercer lugar. Es una jerarquía que no se compadece con el bajo crecimiento de la población rural, cinco veces menos rápido (entre 1974 y 1982) que la urbana. Al respecto caben hacerse las siguientes aclaraciones:

- Según la definición censal, población urbana es igual a población de cabecera cantonal. El resto es rural. Parte del crecimiento de la población urbana así definida debe imputarse a la creación administrativa de cantones cuyo número total pasa de 86 en 1950 a 126 en 1982 (INEC, 1987: 2).

- Si de la figura 6 se abstraen las corrientes migratorias de menor magnitud (inferiores a diez mil migrantes, como se hace en los apartados C y E del cuadro 6) las migraciones urbano-rurales pasan, salvo dentro de la Costa, a ser menos numerosas que las urbano-urbanas y rural-urbanas. La salvedad costeña es importante por ser imputable, a dos situaciones por lo menos: la una metodológica que consiste, a nivel de magnitud de los flujos, en la impertinencia de comparar Costa y Sierra cuando, como ya se señaló, con poblaciones equivalentes, una y otra región se hallan desagregadas en 5 y 10 provincias, respectivamente; la otra situación es real y tiene que ver con el diferente atractivo ocupacional del campo costeño (piénsese sobre todo en las áreas rurales de la cuenca del río Guayas) comparado al campo serrano.

- No debe olvidarse que buena parte de las migraciones urbano-rurales están probablemente constituidas por las denominadas *de retorno*. Se trata seguramente de movimientos protagonizados por migrantes rurales de cierta edad que, una vez reducidas las obligaciones familiares debido a la mayoría de edad de su prole, regresan a su lugar de origen.

- En fin, no deben descartarse deformaciones de la información censal por imprecisiones en las declaraciones de los migrantes.

f. Por la limitación metodológica ya indicada que tiene que ver con el desigual número de provincias entre Costa y Sierra que en 1982 tenían poblaciones parecidas, no tiene mucho sentido comparar la frecuencia de

los flujos, por su magnitud, entre una y otra región o entre los diferentes movimientos interregionales. Es por eso obvio y casi sin interés constatar por ejemplo que todas las corrientes migratorias de más de 40 mil migrantes son intraregionales costeñas, y que entre las de mil a 10 mil migrantes son más numerosas en la Sierra que en la Costa (67 contra 32).

#### B. Evolución (1950-1982) de la red migratoria (según tasas de migración)

La red migratoria en esta parte no será estimada en número de corrientes migratorias según el número de migrantes de cada una de ellas que se entrecruzan y vinculan las múltiples subpoblaciones geográficas del país, como se hizo en el punto anterior, centrado en las migraciones vitalicias de 1982. Aquí se utilizará el parámetro *tasa migratoria* que como es sabido, mide ponderadamente el impacto de las corrientes migratorias, considerando la población en riesgo de recibir o enviar población. Como en el caso de la red migratoria vitalicia, también se dispone aquí de medidas de ambas fases consustanciales del fenómeno (emigración e inmigración), pero la desagregación geográfica es menor: solo se llega a nivel de provincia.

Los cálculos disponibles sobre tasas migratorias interprovinciales permiten establecer la evolución de la red migratoria así concebida durante tres secuencias, correspondientes a los tres períodos intercensales 1950-62, 1962-74 y 1974-82, tal como se hallan representadas en las figuras 7 y 8.

De la lectura de estas dos figuras complementarias se pueden extraer las siguientes características generales de la evolución de la red migratoria nacional o sistema de vinculación migratoria entre los subespacios o subpoblaciones del país (consideraciones especiales sobre la evolución de algunas corrientes migratorias significativas se harán más adelante):

Pero, antes de caracterizar esta evolución es menester hacer una aclaración importante: el gran desnivel entre las poblaciones provinciales amazónicas e insular y las del resto del país es lo que explica la asimetría entre la faz *inmigratoria* y la faz *emigratoria* de la red migratoria nacional en los tres períodos intercensales. Si entre 1950-62 y 1974-82 el número de corrientes con tasas de inmigración superior a 50 (por cien mil) pasan de 83 a 129 (figura 8) el número de las corrientes con tasas de emigración del mismo tipo (figura 7) solo pasan de 75 a 98, es porque muchas corrientes de o hacia la Región Amazónica o de o hacia Galápagos tienen significado sólo para estas regiones (más en tanto lugares de destino que en tanto lugares de origen) y no para las provincias del resto del país. Por esta razón es pertinente observar la evolución de la red migratoria por partes: primero Sierra y Costa y luego Región Amazónica e Insular.

Fig. 7. Evolución de las tasas de EMIGRACION interprovincial, entre provincias: 1950-1982

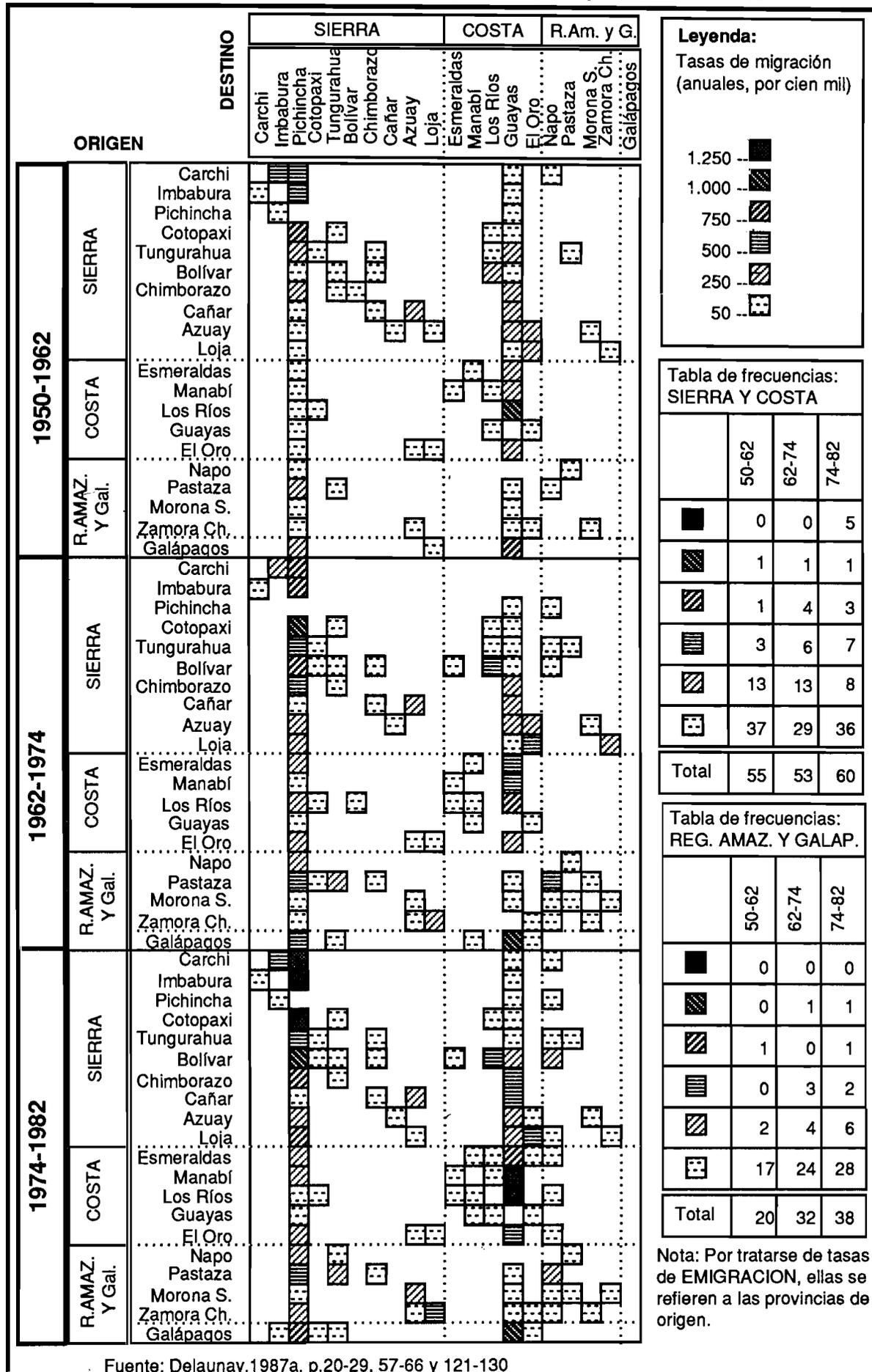
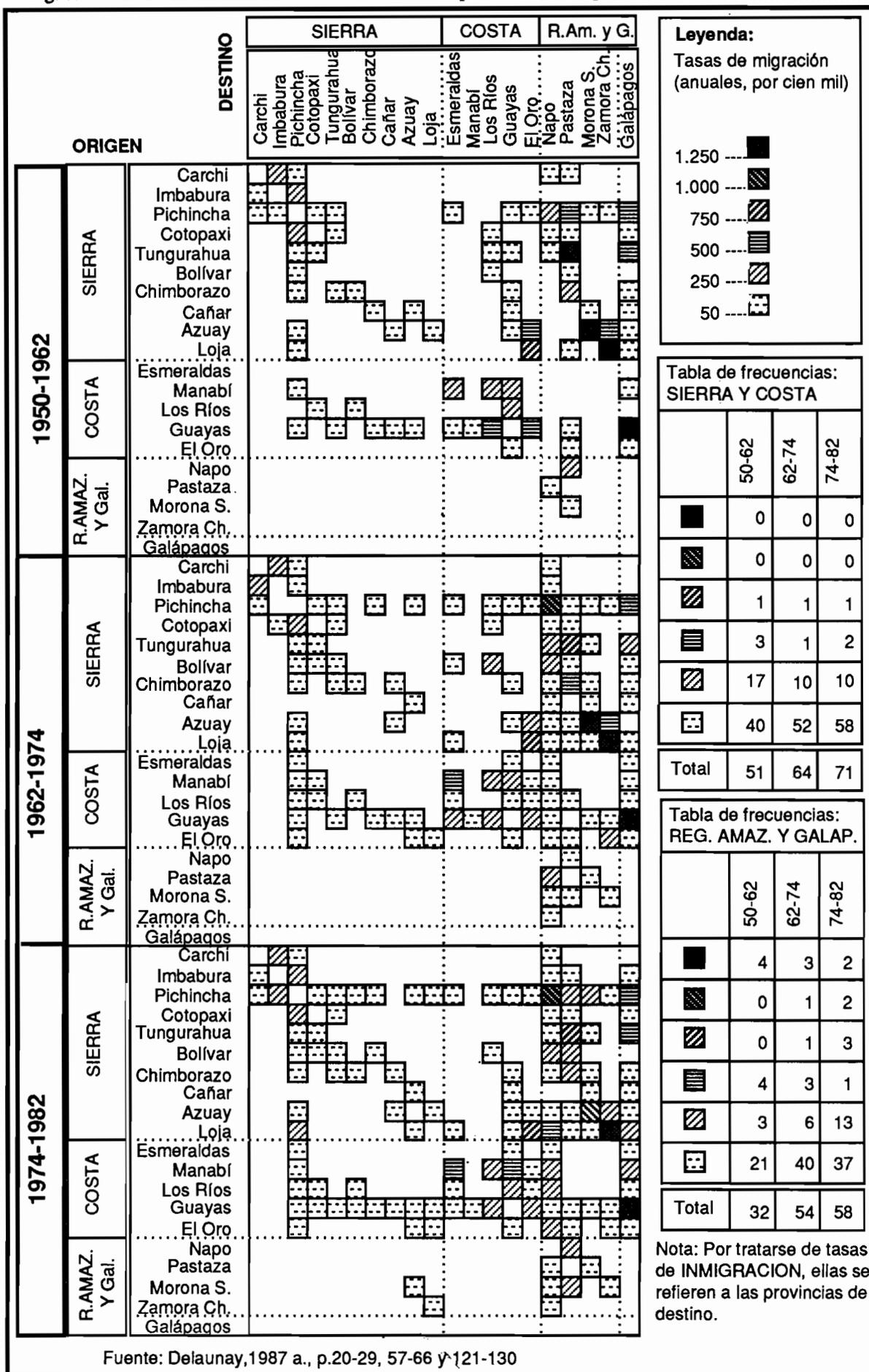


Fig. 8. Evolución de las tasas de INMIGRACION interprovincial, entre provincias: 1950-1982



### a. Sierra y Costa

La primera constatación sobre los cambios sufridos por la red migratoria de estas dos regiones, en donde se concentra no menos del 96% de la población del país, se refiere más a su intensificación que a su densificación. Efectivamente, si del primero al último período intercensal, el número de corrientes migratorias representadas en la figura 7 pasan solo de 55 a 61 y el de las registradas en la figura 8 solo de 51 a 71, en cambio, el peso de las de más impacto (> 500 por cien mil), pasa durante el mismo lapso del 8% al 16% de todas las corrientes registradas en ambas figuras. Esta asimetría persistente entre tasas de inmigración y tasas de emigración, es moderada vistos los desniveles de población entre las 15 provincias consideradas. Adviértase que ya en 1950 la provincia más pequeña de este grupo (Esmeraldas) tenía 7,7 veces menos población que la más grande (Guayas), factor que en 1982 sube a 16 (entre Carchi y Guayas).

a. 1. En lo que se refiere al impacto de las migraciones en los lugares de *origen*, los cambios que más se destacan en la red son los siguientes:

#### i. Entre el primero y segundo períodos intercensales.

Si bien el número total de corrientes registradas en la figura 7 disminuye (de 55 a 53) las de más impacto emigratorio (> 500 de tasa) se hacen más numerosas (aumentan de 5 a 11). Entre éstas se cuentan las que vienen del norte y centro de la Sierra hacia Pichincha, las del norte y centro de la Costa hacia Guayas y las de Bolívar-Los Ríos y Loja-El Oro. Cabe notar que la única de estas corrientes que baja en tasa de emigración es la Los Ríos-Guayas y la que más impacta a la población de origen es la Cotopaxi-Pichincha.

#### ii. Entre el segundo y tercer períodos intercensales.

Durante el último período intercensal la densificación de la red migratoria se halla acompañada de una relativa intensificación: si el número de corrientes registrada en la figura 7 pasa de 53 a 60 entre el segundo y tercer período intercensal, también cinco de las antiguas (de Carchi, de Imbabura y de Cotopaxi hacia Pichincha; de Manabí y de Los Ríos a Guayas) se revisten de las tasas más elevadas de la red (> 1.250 por cien mil); por otra parte, si dos pierden significación (la Tungurahua-Los Ríos y la de esta provincia a Bolívar), nueve nuevas aparecen aunque todas ellas con las tasas menos importantes (las de Carchi e Imbabura hacia Guayas, de Esmeraldas, Manabí y Guayas hacia Los Ríos, de Pichincha a Imbabura, la Tungurahua Chimborazo, la Loja- Azuay, la Esmeraldas-Los Ríos).

a. 2. En lo que toca al impacto de las migraciones en los lugares de *destino*, los cambios más importantes en la red migratoria son los siguientes:

i. En los dos principales polos de atracción, es decir en Pichincha y Guayas, el comportamiento de las tasas de inmigración muestran pocos cambios entre los tres períodos intercensales. Adviértase efectivamente cómo las corrientes hacia una y otra provincia representadas en la figura 8 poco cambian en número e intensidad. Cabe, sin embargo recalcar los siguientes casos con ligera intensificación de tasas:

- hacia Pichincha, las corrientes provenientes de Esmeraldas, Los Ríos, El Oro y Loja.

- hacia Guayas solo hay que contar las que se originan en Esmeraldas y Manabí.

Por cierto, esto no significa que la polarización de las migraciones hacia estos dos lugares centrales del país no se ha pronunciado entre 1950 y 1982 sino que desde el punto de vista de la magnitud de las poblaciones receptoras, cada vez más creciente por los mismos flujos migratorios, estos producen, según la provincia de origen, más o menos el mismo impacto al principio o fin del período.

#### ii. En los otros polos de atracción, es decir El Oro y los Ríos.

- El Oro en cierta forma "diversifica" el origen de sus inmigrantes, pues si en 1950-62 registra 4 corrientes de las cuales 3 tienen tasas superiores a 500 por cien mil, en 1974-82 muestra 6 corrientes de las cuales una sola tiene esa intensidad de impacto. Nótese cómo solo la corriente que proviene de Loja mantiene el mismo tipo de tasa, frente a las otras (de Azuay y Guayas) que disminuyen.

- Los Ríos en cambio, pierde ligeramente vinculación receptiva por disminución tanto en el número de corrientes (5, 5 y 4) cuanto en nivel de tasa (ver corriente proveniente de Guayas).

### b. Región Amazónica y Galápagos

Por tratarse de puntos de gran atracción migratoria y por su baja población (no superior, en conjunto al 3,3% de la población del país) las provincias de estas regiones aparecen extremadamente vinculadas con el resto del país a través de las migraciones. Además, durante los 32 años analizados estas vinculaciones se han intensificado y densificado de manera significativa.

Nótese así cómo entre el primero y último períodos intercensales el número de corrientes migratorias registradas en las figuras 7 y 8 pasan, respectivamente de 20 a 38 y de 32 a 58. La asimetría entre las tablas de frecuencias de emigración e inmigración se debe, como puede entenderse fácilmente, al hecho de que una misma corriente (véase por ejemplo el caso extremo de las corrientes Guayas-Galápagos) puede impactar notable-

mente en el un extremo del flujo y mucho menos o casi nada en el otro, hecho que se debe a los grandes desniveles ya mencionados, entre las bajas poblaciones de las provincias orientales e insular y las de las otras provincias del país.

Haciendo una comparación cronológica de la red migratoria que involucra estas dos regiones, se puede extraer las siguientes constataciones:

*b.1. Vinculaciones migratorias desde el punto de vista de las tasas de emigración.*

En términos generales, las tasas de emigración se incrementan durante los tres períodos. De las 41 corrientes representadas en la figura 7, 34 sufren, entre uno y otro de los períodos intercensales un incremento en sus tasas de emigración y solo 7 muestran decremento. Indudablemente, Napo es la principal provincia beneficiaria de ese incremento especialmente entre el segundo y tercer período intercensal, lapso que coincide con los auges petroleros y de colonización que se presentó en ese espacio nacional. Esta provincia no recibe corrientes migratorias significativas (con tasas >50 por mil de emigración), durante el período, de solo 7 provincias (Imbabura, Cotopaxi, Chimborazo, Cañar, Manabí, Guayas, Galápagos). Por otra parte, las provincias que más impacto emigratorio sufren son, por ser las de menos población, las de Galápagos, Pastaza y Zamora Chinchipe (véase las corrientes migratorias de Galápagos a Pichincha y a Guayas, de Pastaza a Pichincha y a Napo, de Zamora Chinchipe a Loja).

*b. 2. Vinculación migratoria desde el punto de vista de las tasas de inmigración*

Nótese cómo, vista desde este ángulo, la red migratoria muestra su amplio e intenso impacto en poblaciones relativamente poco numerosas y asentadas en frentes de colonización. Los cambios que se pueden advertir entre uno y otro período intercensal dan cuenta de interesantes reorientaciones de ciertas corrientes migratorias y por tanto de las vinculaciones que se establecen a través de estos flujos. Así, mientras hay corrientes que mantienen su fuerte impacto en las poblaciones de destino (Guayas-Galápagos, Loja-Zamora Chinchipe), otras lo aumentan sostenidamente (de Loja, Manabí, Los Ríos y El Oro hacia Napo) y otras lo disminuyen (son los casos de las corrientes de Pichincha y Tungurahua hacia Pastaza entre el primero y segundo períodos intercensales; las de Azuay a Morona Santiago y a Zamora Ch., entre el segundo y tercero).

En general, la tendencia no solo es de una ampliación y diversificación de las vinculaciones migratorias de las provincias amazónicas y Galápagos con el resto del país sino también *dentro* de la Región Oriental. La provincia cuyos vínculos migratorios son los que más se

han desarrollado, especialmente entre el primero y segundo períodos intercensales es Napo. Galápagos también tiene relaciones migratorias bastante diversificadas pero con pocos cambios: es ya tradicional que los inmigrantes que más pesan en su población son los que vienen, en orden de importancia, de Guayas, Pichincha y Tungurahua. En el otro extremo, es decir la provincia que menos vínculos inmigratorios ha desarrollado, seguramente por su aislamiento geográfico, es Zamora Ch., que en el último período solo muestra vinculación importante (con tasas de inmigración superior a 50 por cien mil) con cinco provincias no amazónicas.

*c. Las corrientes migratorias mayores*

Después de haber observado la evolución de la red migratoria en su conjunto, interesa centrar la atención en el comportamiento de las vínculos migratorios mayores entre provincias, verdadera armazón del sistema. Para ello se han seleccionado 36 corrientes migratorias, teniendo más en cuenta el valor de la tasa que las caracteriza que el volumen de migrantes del que están compuestas: sólo se incluyen en este grupo aquellas que, en cualesquiera de los tres períodos intercensales, hayan alcanzado por lo menos una tasa migratoria (de emigración o de inmigración) superior a 500 por cien mil. Todas ellas aparecen en el cuadro 7 con su evolución, tanto en términos de tasas cuanto en número de migrantes que involucran (promedio anual), durante los tres períodos intercensales. La detenida observación de su estructuración espacial y de sus cambios durante 32 años dan cuenta de algo que es esencial en la formación socioespacial ecuatoriana.

De las 36 corrientes migratorias, muchas tipificaciones esclarecedoras se pueden hacer a partir de las características cuantitativas del cuadro 7. La primera, y tal vez la que más interesa al geógrafo es la que las distingue en 5 grupos:

a. Corrientes migratorias *polarizadas*, es decir aquellas que forman un conjunto de dos o más por tener un solo destino compartido; son las que se hallan polarizadas por (entre paréntesis el número de corrientes): Pichincha (9), Guayas (7), El Oro (3), Napo (3), Pastaza (3), Galápagos (3), Los Ríos (2), Zamora CH (2).

b. Corrientes migratorias "*de irradiación*" es decir lo contrario de las anteriores: que forman un conjunto de dos o más porque tienen un origen único y dos o más destinos diferentes; son las siguientes, que se hallan irradiadas desde (entre paréntesis el número de corrientes):

Tungurahua (3), Chimborazo (3), Azuay (3), Loja (3), Pichincha (3), Manabí (2), Guayas (2), Galápagos (2), Carchi (2), Bolívar (2), Pastaza (2)

Cuadro 7

Las 36 corrientes migratorias interprovinciales mayores (con tasas mayores de 500 por cien mil en por lo menos un período intercensal). Las cifras están dados en valores ANUALES

Corrientes mayores	TASAS						POBLACION MIGRANTE*		
	de emigración			de inmigración			50-62	62-74	74-82
	50-62	62-74	74-82	50-62	62-74	74-82			
Carchi-Pichincha	603	925	1.743				513	986	2.170
Imbabura-Pichincha	695	932	1.449				1.112	1.803	3.357
Los Ríos-Guayas	1.038	903	1.371				1.993	2.772	5.744
Manabí-Guayas	457	730	1.369	301	426	657	2.253	5.144	11.568
Cotopaxi-Pichincha	835	1.066	1.326				1.339	2.022	3.404
Bolívar-Pichincha	219	761	1.162				263	1.049	1.693
Galápagos-Guayas	927	1.038	1.132				16	32	56
Loja-Pichincha	125	462	986				310	1.442	3.475
Esmeraldas-Guayas	351	567	936				338	893	2.110
Chimborazo-Pichincha	318	539	888				782	1.562	2.765
Galápagos-Pichincha	262	549	757				5	17	38
Tungurahua-Pichincha	475	539	681				872	1.195	2.064
Loja-El Oro	440	579	650	925	889	770	1.093	1.806	2.289
Carchi-Imbabura	570	466	627				485	32	781
Pastaza-Pichincha	382	664	611				39	117	167
Zamora Ch.-Loja	153	495	568				10	93	228
El Oro-Guayas	474	448	554				561	910	1.647
Cañar-Guayas	445	462	545				467	592	873
Chimborazo-Guayas	422	395	544				1.035	1.147	1.692
Bolívar-Los Ríos	369	630	511				443	869	745
Pastaza-Napo	174	736	488				18	130	134
Loja-Zamora Ch.				4.587	5.079	2.084	311	953	838
Guayas-Galápagos				1.714	1.320	1.379	30	40	69
Pichincha-Napo				388	1.196	1.193	80	445	1.012
Azuay-Morona S.				1.713	1.668	1.101	333	600	675
Tungurahua-Pastaza				1.735	942	771	176	167	211
Loja-Napo				20	242	744	4	90	631
Manabí-Esmeraldas				457	632	738	439	995	1.663
Pichincha-Galápagos				683	578	701	12	18	35
Tungurahua-Galápagos				740	416	601	13	13	30
Chimborazo-Pastaza				354	586	433	36	104	119
Azuay-Zamora Ch.				622	576	258	42	108	104
Guayas- Los Ríos				640	455	405	1.228	1.397	1.695
Azuay-El Oro				591	389	234	699	790	697
Guayas-El Oro				538	415	359	636	843	1.067
Pichincha-Pastaza				511	429	487	52	76	133

\* Cálculo teniendo en cuenta la desigualdad temporal de los tres períodos intercensales:  
1950-62 = 11,98 años; 1962-74 = 11,54 años; 1974-82 = 8,47 años

Fuente: Delaunay, 1987 a: 20-29, 57-66 y 121-130

c. Corrientes migratorias “de vecindad”, si vinculan dos provincias limítrofes entre sí.

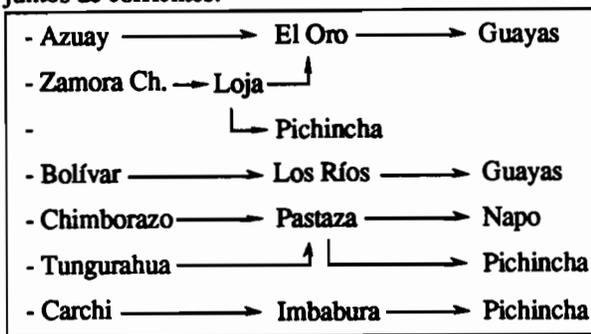
d. Corrientes migratorias “a distancia”, es decir lo contrario de las “de vecindad”, si vinculan provincias no limítrofes entre sí.

De las 36 del cuadro 7, en rigor, 21 son “de vecindad” y 15 “a distancia” (advirtase que si se excluyen de

esta contabilidad las 5 corrientes de o hacia Galápagos, la relación sería 21 “de vecindad” y solo 10 “a distancia”).

c. Corrientes migratorias “de eslabonamiento” que serían aquellas que formando un conjunto de dos o más, parecerían mostrar una continuidad de dos o más flujos migratorios eslabonados a través de una provincia que desempeñaría la función de lugar de paso; sin ser ex-

haustivos, estos serían los casos de los siguientes conjuntos de corrientes:



Por cierto, otras tipificaciones pueden ser pertinentes y aún más sugerentes que la anterior. Así, se pueden distinguir las corrientes según el lugar donde se produce el impacto importante del flujo: en uno solo de los extremos o en los dos simultáneamente. De las 36 corrientes del cuadro 7, solo dos (Manabí - Guayas y Loja - El Oro), tal vez las más importantes de la red, han impactado, significativa y simultáneamente, durante algún período intercensal, tanto en la población de llegada cuanto en la población de partida de la migración.

También se pueden diferenciar las corrientes que forman pareja con su reflujo correspondiente, constando ambas en el cuadro 7, de aquellas en que un solo sentido del flujo es importante. De este tipo hay solo 5 parejas, pero cuyo impacto migratorio, tanto de la una como de la otra corriente, solo es relevante con un solo extremo del flujo; son las de Los Ríos-Guayas y viceversa, de El Oro-Guayas y viceversa, de Zamora Ch.-Loja y viceversa, de Pastaza-Pichincha y viceversa, y, de Galápagos - Guayas y viceversa, con tasas mayores de 500 por cien mil solo en Los Ríos, El Oro, Zamora Ch., Pastaza y Galápagos, respectivamente.

Por otra parte, se pueden tipificar las 36 corrientes migratorias según su evolución entre uno y otro período intercensal. De las 38 series de tasas que se exponen en el cuadro 7, la gran mayoría (18), se incrementan sostenidamente de un período intercensal a otro y solo 7 disminuyen así mismo sostenidamente (merecen ser citadas pues todas son de inmigración: Loja-El Oro, Azuay-Morona S., Tungurahua-Pastaza, Azuay-Zamora Ch., Guayas-Los Ríos, Azuay-El Oro y Guayas-El Oro). Las restantes tienen un comportamiento oscilatorio.

También, es posible y necesario jerarquizar las corrientes según el nivel de tasa migratoria que han generado durante el gran período 1950-82, nivel que se extiende desde 20 por cien mil (Loja-Napo en 1950-62, que en 1974-82, pasa a 744) hasta 254 veces más importante (Loja-Zamora Ch. en 1962-74). Así, de las 114 tasas que aparecen del cuadro 7, solo 3 sobrepasan la tasa de 2.000, 19 se ubican entre 1.000 y 2.000, entre 500 y 1.000, y 40 por debajo de 500.

En fin, es inevitable también hacer una jerarquización de las corrientes teniendo en cuenta el número de migrantes que las involucran. Al respecto adviértase que en el último período intercensal, sólo hay una que supera los 10 mil migrantes anuales (Manabí-Guayas), 9 que están entre 2.000 y 10 mil, 7 entre 1.000 y 2.000, 14 entre 100 y 1.000, y 5 con menos de 100.

\*  
\*    \*

Ahora bien, tratando de integrar en una sola visión todas estas diferenciaciones se puede hacer las siguientes constataciones sobre el funcionamiento y evolución de este conjunto de corrientes mayores, especie de armazón maestro de toda la red migratoria nacional:

a. Las corrientes polarizadas por Pichincha y Guayas, prácticamente en su totalidad, muestran tasas de *emigración* en sostenido crecimiento y son las que mayor número de migrantes involucran. Además, entre ellas el factor vecindad desempeña un rol importante y no menos de cinco de ellas son etapa final de corrientes "de eslabonamiento".

Las excepciones a esta regla que merecen mencionarse son las siguientes: cuando esas corrientes no experimentan un sostenido crecimiento son de comportamiento oscilatorio pero, salvo un caso menor (Pastaza-Pichincha), tienen tendencia al incremento (Los Ríos-Guayas, El Oro-Guayas, Chimborazo-Guayas); las corrientes que provienen de provincias pequeñas en población (Galápagos, Pastaza) no involucran, como puede entenderse, muchos migrantes; en fin, el caso de la corriente Loja-Pichincha que, en desafío a la distancia, en el último período intercensal, llega, entre las que tienen el mismo destino, al promedio anual de migrantes más alto, incluso superior a la Cotopaxi-Pichincha, "de vecindad" por antonomasia.

b. Las corrientes polarizadas por otros destinos migratorios (Galápagos, El Oro, Napo, Pastaza, Los Ríos y Zamora Ch.) tienen tasas con evolución diversificada: 8 descienden sostenidamente u oscilan tendiendo al descenso; igual número ascienden sostenidamente u oscilan tendiendo al ascenso; el promedio anual de migrantes que involucran es generalmente mucho menor a las del grupo anterior excepto, especialmente, el caso de la Loja-El Oro que en todos los períodos intercensales ha estado entre las 7 más populosas. La mayor parte (13 sobre 17) de tasas significativas generadas por estas corrientes son de *inmigración* lo cual las diferencia sustancialmente de las del grupo anterior pues, individualmente, afectan más a la población de llegada que a la de partida. Nótese, en fin, cómo en este grupo de corrientes, al igual que en el anterior, hay una que impacta, simultáneamente aunque desigualmente, ambos extre-

mos del flujo ( la Loja-El Oro); la evolución de su tasa de inmigración es, sin embargo, opuesta a la de la Manabí-Guayas, es decir de sostenido descenso.

c. En cuanto a las corrientes "de irradiación", que en su gran mayoría (20 sobre 24) son las mismas que las "de polarización", no necesariamente dan diversificación migratoria a la provincia que las origina. Así, por ejemplo, si Tungurahua "irradia" tres corrientes hacia Pichincha, Pastaza y Galápagos, al primer destino envía, según el período intercensal, entre 5 y 8 veces más migrantes que a los otros destinos juntos. Más o menos lo mismo sucede con las migraciones "irradiadas" por Manabí, Guayas y Carchi cuyo destino se concentran en Guayas, Los Ríos y Pichincha, respectivamente. En cambio, no sucede lo mismo con las "radiantes" provincias de Chimborazo, Azuay, Loja, Bolívar, Galápagos y Pastaza que sí diversifican, más o menos equilibradamente, los destinos migratorios: Chimborazo envía, grosso modo, parecido número de migrantes a Pichincha y a Guayas, Azuay a El Oro y a Morona S., Loja a Pichincha y a El Oro, Bolívar a Pichincha y a Los Ríos, Galápagos a Guayas y a Pichincha, y Pastaza a Pichincha y a Napo.

d. Si se puede hablar de *reorientaciones* importantes del funcionamiento de la red migratoria nacional es a partir de la detenida observación de las corrientes que más cambian, relativamente, el número de migrantes, entre uno y otro período intercensal. A continuación se hará esta observación por partes: primero del grupo de corrientes que involucran a más de mil migrantes anuales en cualesquiera de los tres períodos (grupo A) y después las restantes (grupo B).

#### *Grupo A (17 corrientes)*

Todas las corrientes de este grupo tienen ritmos migratorios ascendentes: cada vez, el número de migrantes anuales (promedios) no solo que es más grande sino que se multiplica entre 1,1 y 5,5 veces de uno a otro período intercensal. Sin embargo, para muchas corrientes importantes este factor de multiplicación se atenúa entre el 2º y 3º de estos períodos, con relación a los cambios observados entre el 1º y 2º: en este sentido es cómo se pueden detectar ciertas *reorientaciones* migratorias, entre las hay que contar las siguientes (entre paréntesis, primero, el factor de multiplicación del número anual promedio de migrantes entre el 1º y 2º períodos intercensales; segundo, el mismo factor pero entre el 2º y 3er. períodos intercensales):

Bolívar-Pichincha (4,0; 1,6), Pichincha-Napo (5,5; 2,3), Loja- Pichincha (4,6; 2,4), Manabí-Esmeraldas (4,6; 2,4), Loja-El Oro (1,7; 1,3), Manabí-Guayas (2,3; 2,2), Chimborazo-Pichincha (2,0; 1,8)

En cambio, es más sostenido el crecimiento de las migraciones entre:

Carchi-Pichincha (1,9; 2,2), El Oro-Guayas (1,6; 1,8), Imbabura- Pichincha (1,6; 1,9), Cotopaxi-Pichincha (1,5; 1,7), Los Ríos-Guayas (1,4; 2,1), Tungurahua-Pichincha (1,4; 1,7), Guayas-Los Ríos (1,1; 1,2), Chimborazo-Guayas (1,1; 1,5), Guayas-El Oro (1,3; 1,3)

Es decir, las corrientes que entre 1950 y 1974 tuvieron una evolución explosiva (duplicado y hasta más que quintuplicando el ritmo anual promedio de migrantes), después, o sea entre 1962 y 1982, al parecer, por haber alcanzado niveles de saturación, desaceleraron el ascenso sostenido. En cambio, en los casos de corrientes que en un principio crecieron más moderadamente, después aceleraron su ascenso, sin llegar a los explosivos incrementos de los del primer subgrupo.

#### *Grupo B (19 corrientes)*

Se trata de corrientes que también tienen, en su mayoría ritmos migratorios ascendentes en su promedio anual de migrantes. Si algunas de estas corrientes son insignificantes en número de migrantes (hay 5 que no alcanzan nunca ni siquiera 70 migrantes anuales) hay algunas que entre uno y otro período intercensal multiplican el promedio anual de sus migrantes en proporciones enormes (hasta 24,5 veces). Si se aplica a este grupo el mismo parámetro aplicado al grupo A, la desaceleración en el crecimiento sostenido del número de migrantes anuales en el grupo B es más notable; basta recalcar al respecto tres casos: Loja-Napo (21,6; 7,0), Zamora Ch.-Loja (8,9; 2,5) y Pastaza-Napo (7,4; 1,0). Como excepción a esta tendencia mayor hay que señalar cinco casos de aceleración: Pichincha-Galápagos, Pichincha-Pastaza, Guayas-Galápagos, Cañar-Guayas y Carchi-Imbabura, de los cuales el último es de lo más espectacular (0,1 ; 24,5).

Todo hace pensar que entre el primero y segundo período intercensal las migraciones interprovinciales evolucionaron en forma explosiva y que después se moderaron, conclusión que es aplicable a las corrientes del grupo A como también a las del B.

#### *d. Las migraciones intraprovinciales*

Si bien este tipo de migraciones por limitarse al interior de las provincias no operan directamente en la vinculación de espacios a nivel nacional, son elementos importantes del sistema: se trata probablemente del primer eslabón del itinerario de los flujos que termina en la bipolaridad nacional (Quito-Guayaquil) así como en la pluripolaridad constituida por el resto de la red urbana ecuatoriana.

Aunque no se dispongan de informaciones completas sobre la evolución de tasas migratorias y número anual de migrantes referentes a estos movimientos in-

**Cuadro 8**  
Migraciones intraprovinciales, número de migrantes y tasas migratorias (valores ANUALES)

Provincias	Número de migrantes		Tasas (por 100 mil)	
	50-62	62-74	50-62	62-74
Carchi	39	813	45	763
Imbabura	101	1.255	63	649
Pichincha	275	5.258	58	699
Cotopaxi	27	882	17	464
Tungurahua	42	1.171	23	528
Bolívar	18	1.201	15	871
Chimborazo	58	1.469	24	507
Cañar	29	729	27	569
Azuay	24	1.821	9	576
Loja	38	2.542	16	815
Esmeraldas	100	2.658	104	1.687
Manabí	61	8.289	12	1.176
Los Ríos	262	3.284	137	1.070
Guayas	749	9.903	100	821
El Oro	313	3.093	265	1.523
Napo	16	702	77	1.884
Pastaza	37	129	366	730
Morona S.	48	582	246	1.620
Zamora Ch.	13	276	186	1.470
Galápagos	0	18	0	600

Fuente: Delaunay, 1987 a: 20-29 y 57-66.

tenos a las provincias (faltan datos sobre el último período intercensal), lo que se sabe es que entre el primer y segundo períodos intercensales los cambios al respecto han sido espectaculares, aunque de provincia a provincia, se constatan muchas desigualdades. Efectivamente, de uno a otro de esos períodos los promedios anuales de migrantes intraprovinciales se multiplican por factores que van de 3 (Pastaza) a 135 (Manabí), y las tasas correspondientes, por factores que van de 2 a 98 (los mismos casos extremos), lo cual es más sorprendente si se observa, además que de las 19 provincias (se excluye Galápagos de esta cuenta) 12 multiplican por más de 20 su promedio anual de migrantes y 9 lo hacen por igual factor su tasa migratoria correspondiente.

Tanto en 1950-62 como en 1962-74 las provincias que más dinamismo migratorio interno muestran (medido en tasas) son las de la Región Amazónica y de la Costa. En uno y otro de esos períodos, la provincia serrana más dinámica en ese sentido aparece en el 9º (Imbabura) y 8º (Bolívar) puestos, respectivamente. Si esta es una constante importante a tomarse en cuenta a nivel regional, al considerarse individualmente las provincias aparecen algunas excepciones que merecen ser mencionadas; así, los más notables cambios en la jerarquía de las provincias, ordenadas según su tasa migratoria intraprovincial, entre el primero y segundo períodos intercensales, son los siguientes:

Manabí sube del 18º al 6º, Pastaza desciende del 1º al 12º, Bolívar sube del 17º al 8º, Napo asciende del 8º al 1º, y Guayas desciende del 7º al 9º.

Todas estas diferenciaciones, regionales y provinciales, hacen pensar en una compleja causalidad cuya dilucidación está fuera del alcance del presente estudio y que exige amplias investigaciones, caso por caso. Lo que sí aparece pertinente y factible aquí es una comparación, provincia por provincia, entre su dinámica migratoria extraprovincial y su dinámica migratoria intraprovincial. Por cierto, que si se comparan las tasas interprovinciales, de emigración e inmigración sumadas (como parece ser lo más legítimo), con las de migración intraprovincial, en los dos períodos intercensales y en todas las provincias, las segundas son siempre inferiores a las primeras. Pero, esta inferioridad no es igual en todos los casos: solo una provincia (Manabí) tiene una dinámica migratoria no muy diferente (medida en tasas) a su interior que a su exterior (1.176 contra 1.525) y la explicación de esta situación excepcional hay que buscarla en la gran dimensión física y demográfica de esa provincia, en su importante urbanización intraprovincial, así como en su heterogeneidad interior; Pichincha es, migratoriamente 3,9 veces más dinámica con su exterior que a su interior y Guayas solamente 2,2 veces, lo cual hace pensar que esta última provincia tiene una consistencia interior más fuerte que aquella (no olvidar al respecto el hecho de que para Pichincha el tener buena parte de su territorio en el trópico occidental no es un elemento de cohesión intraprovincial; Guayas no "adolesce" de una situación parecida); de las 19 provincias consideradas, la mayor o menor diferencia entre dinamismo migratorio intraprovincial y extraprovincial revela la intervención, en dosificación diferente, de por lo menos cuatro factores a saber: tamaño poblacional de cada provincia, fuerza de atracción migratoria (urbanización y o colonización polarizadoras), fuerza de expulsión migratoria, y vigor de la urbanización intraprovincial. Así, entre las provincias con la más alta diferencia entre uno y otro tipo de tasas migratorias (con factor de multiplicación > 3 e ≤ 7,6), hay los siguientes casos:

a. Provincias poco pobladas, con gran atractivo migratorio de colonización y débil proceso de urbanización intraprovincial (Pastaza y Zamora Ch.)

b. Provincias, medianamente pobladas, con mucha fuerza de expulsión y un mediano proceso de urbanización intraprovincial, todas son serranas (Cotopaxi, Tungurahua, Chimborazo y Azuay).

c. La provincia de Pichincha, muy poblada, de gran atractivo migratorio urbanizador y también probablemente con una, alta urbanización intraprovincial.

Por otra parte, entre las provincias con menor diferencia entre dinámica migratoria intraprovincial y la ex-

traprovincial (con factor de multiplicación  $< 3 \geq 1,3$ ) se encuentran los siguientes casos:

a. Provincias serranas, medianamente pobladas, fuertemente expulsivas y, posiblemente, con un proceso más que mediano de urbanización intraprovincial (Cañar, Imbabura, Bolívar, Carchi y Loja).

b. Provincias con fuerte dinamismo migratorio en los tres aspectos, de la atracción, de la expulsión y al interior de cada una; todas son costeñas (Los Ríos, El Oro y Esmeraldas)

c. Provincias fuertemente atractivas y con una considerable dinámica migratoria intraprovincial (Guayas, Napo)

d. La provincia de Manabí al que se hizo ya referencia, en donde, hay un dinamismo parecido entre tasa migratoria de emigración interprovincial y tasa migratoria intraprovincial.

## 2. SIGNIFICADO SOCIOGEOGRAFICO DE LAS MIGRACIONES EN EL ECUADOR

### 2.1. Migraciones y sociedad

Si hay una tesis que no requiere mucho desarrollo para ser aceptada como cierta es la que establece una fuerte vinculación de causalidad entre migraciones y formas de organización social, económica y política. Una explicación de los movimientos espaciales de población no merece este nombre si sólo se reduce a averiguar las motivaciones individuales que empujan o atraen a alguien a un cambio de residencia. Lo que interesa saber no es por qué tal o cual persona migra sino cuál es esa especie de motivación madre que genera múltiples o masivas motivaciones personales. Es decir, casi por definición, las causas profundas —causas de causas— de las migraciones hay que encontrarlas en la forma cómo el hombre vive en sociedad y más precisamente en los cambios de la organización social. Incluso si se piensa en las migraciones impulsadas directamente por circunstancias tan naturales como una gran catástrofe sísmica o climática, esos movimientos poblacionales tendrán en todo caso una gran connotación social en el sentido de que no involucran por igual a todos los segmentos de la población sino en forma seleccionada según las diferentes condiciones sociales de sus miembros.

En esta segunda parte del estudio se tratará, aunque parcialmente, de concretar cómo los diferentes componentes de la población ecuatoriana (distinguidos según sexo, edad, nivel de instrucción, clase social, ocupación, área de residencia...) migran diferenciadamente, expulsadas o atraídas por un determinado cambio en las circunstancias socioeconómicas o sociopolíticas en que

viven. En vista de que este trabajo se limita a un solo tipo de migraciones —internas y definitivas—, conviene comenzar por ubicarlo en el contexto variado de las otras modalidades migratorias existentes en el país (punto 2.2). Luego se expondrá un análisis acerca del perfil demográfico y grado de instrucción de la población migrante (punto 2.3.). El punto siguiente (2.4.) abordará los cambios socioeconómicos que más vinculación hayan podido tener con las migraciones internas durante las últimas décadas. En fin, un último punto tratará de dar cuenta de los cambios más sustanciales que ha sufrido, por migraciones, la formación socioespacial del Ecuador.

### 2.2. Una tipificación de las migraciones: en el Ecuador

*Tipificación* y no tipología porque a continuación no se trata de desarrollar una teoría de cómo se debe proceder para distinguir las diferentes estructuras, formas y funciones que adopta una misma substancia cual es el desplazamiento espacial de las poblaciones. Lo que en este punto se expondrá es una propuesta muy concreta, empírica e inductiva, es decir fruto de observaciones sobre lo que es particular y propio al Ecuador, para tipificar y caracterizar las migraciones en el país.

Seis criterios básicos estructuran la siguiente tipificación. Su interés se halla en que ellos son complementarios entre sí y pretenden abarcar las dimensiones más esenciales de la cuestión migratoria nacional. Tres de ellos son de diferenciación y tres, de caracterización.

#### *Criterios de diferenciación*

a. Criterio geográfico: distingue por una parte los espacios nacionales de los no nacionales y, por otra, los espacios urbanos de los rurales.

Tipificación resultante: 1. migración internacional y 2. interna. Dentro de esta última: 2.1. rural-urbana, 2.2 rural-rural, 2.3. urbano-rural, y 2.4. urbano-urbana.

b. Criterio temporal: mide la duración o la fuerza del vínculo del migrante con su nuevo entorno de destino. Tipificación resultante: 1. migración de corta duración, llamadas también temporales, ocasionales o pendulares y 2. de larga duración o definitivas.

c. Criterio causal. Tipología resultante: 1. migración generada básicamente por situaciones de orden económico y entre ellas, la principal, los desequilibrios geográficos en la oferta y demanda laborales; 2. migración causada fundamentalmente por circunstancias de orden sociocultural y entre ellas, la principal, los desequilibrios geográficos en la oferta y demanda de servicios de educación y salud. Ambos tipos pueden subclasificarse en migración estructural y coyuntural.

*Criterios de caracterización*

a. La edad de los migrantes. La estructura por edad de la población migrante es, en el conjunto, notablemente diferente a lo que se encuentra en la población nativa: aquella muestra una base y una cumbre estrechas con ensanchamientos a la altura de las edades de entre 15 y 30 años, esta es típicamente piramidal. Aún más, dentro de la población migrante, las diferencias estructurales entre uno y otro lugares geográficos pueden hasta delatar particulares causalidades migratorias.

b. El sexo de los migrantes. Los diferentes tipos de migraciones no comprometen por igual hombres y mujeres. Así, en términos generales las migraciones temporales y las de colonización son más masculinas que las definitivas y las de urbanización.

c. El nivel de instrucción de los migrantes. Es un criterio determinante en la caracterización de las migraciones en el sentido que califica hasta qué punto una migración es negativamente selectiva para el lugar de origen y, a la vez, positivamente selectiva para el lugar de destino, como al parecer, es la mayor parte de las migraciones.

Por cierto, a estos criterios se pueden añadir otros muy demográficos como relación familiar y estado civil que no solo caracterizan las corrientes migratorias sino que diferencian el comportamiento reproductivo entre poblaciones migratoriamente atractivas y poblaciones migratoriamente repulsivas. Lo mismo se puede decir de los criterios económicos referentes a la ocupación de los migrantes. Pero, un tal desarrollo excede los límites de este trabajo cuya finalidad es más de síntesis que de análisis.

La aplicación de estos variados criterios (no exhaustivos pero sí esenciales y combinables entre sí) a la realidad migratoria ecuatoriana, da como resultado la siguiente tipificación y caracterización generales de las migraciones en el Ecuador.

*1. Migración internacional*

Es lugar común decir que este tipo de migración no tiene importancia en el país desde el punto de vista de su impacto en el crecimiento de la población nacional. Efectivamente así lo es porque los flujos de inmigrantes y de emigrantes están muy cerca de compensarse: en 1987 entraron al país 418 mil personas y salieron de él 360 mil (INEC, 1988:1). La diferencia, esto es 58 mil, es apenas del orden de la cientosetentava parte de la población ecuatoriana.

Pero, con afirmar eso no debe ocultarse el hecho de que esos 418 mil inmigrantes superaron en 1,4 veces al total de nacidos vivos durante el mismo año en todo el

país y que, esos 360 mil emigrante superaron en 6,9 veces al total de defunciones en el país (INEC, 1988 b: 1 y 51).

No es tampoco desprovista de importancia la evolución de la migración internacional entre 1978 y 1988 período durante el cual la suma de inmigrantes y emigrantes se multiplicó por 1,5 veces, factor algo superior al 1,3 en que se multiplicó la población ecuatoriana entre esos dos años.

*2. Migración interna**2.1. Interna-rural-urbana**2.1.1. Definitiva*

Es aquella que después del abandono de un lugar rural, el migrante se afina permanentemente en un lugar urbano de inmigración. Si hay retorno, éste es solamente temporal lo cual quiere decir que la ruptura con el lugar de origen es bastante radical. Los vínculos afectivos, económicos o sociales que sin embargo perduran entre el migrante y su antiguo entorno social hacen de esta persona un habitante diferente al nativo. El afincamiento frecuentemente es resultado de una consolidación de antiguos movimientos temporales; rara vez es únicamente individual sino más bien familiar. Al adjetivo "definitivo" no debe aquí entenderse en su estricta acepción; no quiere decir que después de la migración no habrá otra en el futuro, sino que con la llegada del migrante a la ciudad se termina una etapa migratoria del proceso de urbanización del país.

Efectivamente, las migraciones de tipo rural-urbano-definitiva forman parte fundamental de este proceso. Si en 1950 solo tres de cada diez ecuatorianos vivían en las áreas urbanas, en 1982 esa proporción sube a cinco e incluso a 6 (recordar el cuadro 3). Sin una migración importante del campo a las ciudades este gran cambio en la formación socioespacial ecuatoriana no hubiera sido posible, cambio que significa, por una parte, crecimiento poblacional de las localidades que ya en 1950 tenían la calidad de urbanas, a un ritmo superior al crecimiento vegetativo y, por otra, "urbanización de la estructura ecológica" que quiere decir apareamiento y crecimiento poblacional de nuevos núcleos urbanos. Por cierto, este importante tipo de migración no ha tenido, ni de lejos uniformidad geográfica ni homogeneidad en sus modalidades: por un lado, excluyendo Quito y Guayaquil, el ritmo de crecimiento de la población urbana de la costa (por debajo de los 1.200 m. de altitud) ha sido mucho más rápido que en la sierra (por encima de los 1.200 m. de altitud); en la primera región, durante los 32 años considerados el número de nuevas localidades de 10 mil o más habitantes pasó de 4 a nada menos que 32, en cambio, en la región alta, este tipo de localidades pasó de 7 a sola-

mente 15 (CEDIG, 1987: 41). Por otro lado, si se confía en los datos censales, el itinerario dominante de este proceso de urbanización ha sido el siguiente: primera etapa migratoria, del campo a ciudades pequeñas o medianas; segunda etapa, de estas a ciudades grandes o metrópolis. Es lo que parece confirmar lo encontrado por este trabajo (punto 1.3. A.e.) pues parece haber más corrientes urbano-urbanas que rural-urbanas.

Este tipo de migración rural-urbano-definitiva se refiere pues solo a la primera etapa migratoria de la urbanización del país. Es, sin lugar a dudas, por su dimensión cuantitativa y el impacto en la formación socioespacial del país, el tipo de migración más importante de todos.

La estructura por sexo y edad de las ciudades medianas, sobre todo las costeñas (CEDIG, 1987: 54, 55), sugiere que la población migrante involucrada en este tipo de migración es preponderantemente masculina y joven. En cuanto a la instrucción esta población migrante parecería tener una condición similar a la población nativa de lugar de destino (ver punto 2.3). Sobre la ocupación de esta población migrante se puede proponer la hipótesis de que se trata, en su mayoría, de campesinos medios o acomodados que aspiran a descampesinar su descendencia.

### 2.1.2. Temporal

Este tipo de migración no implica afincamiento permanente en el lugar urbano de destino sino un retorno más o menos inmediato al lugar rural de origen. En este tipo de migraciones, si por un lado el migrante rompe solo temporalmente con su lugar de origen, también se vincula solo temporalmente con el lugar de destino. Contrariamente al tipo anterior, la migración rural-urbana-temporal moviliza generalmente individuos y no familias pero puede ser prelude de una migración definitiva. La situación inestable que significa una relación más o menos simultánea con dos entornos sociales no puede tener una duración indefinida.

Como el tipo rural-urbano-definitivo, éste constituye también un elemento esencial en el proceso de urbanización del país en el sentido de que genera una importante población flotante en las ciudades. Seguramente lo más representativo de este tipo es el conocido flujo de campesinos particularmente jóvenes que van, temporal y ocasionalmente, a trabajar como peones o albañiles en las construcciones de las ciudades, especialmente de Quito y Guayaquil. Es una de las expresiones más concretas de la fuerte simbiosis urbano-rural del país: "... las migraciones temporales a la ciudad establecen una forma particular de vinculación entre la economía urbana y la campesina... surge, por un lado, de la necesidad de las unidades domésticas campesinas de contar con ingresos monetarios para sobrevivir como tales. Por otro lado se presenta la propia necesidad de

algunos sectores económicos de disponer de una abundante fuerza de trabajo, fluctuante y rotativa" (Mauro, A., 1986: 111). Las ciudades pues, no solo que son alimentadas en gran medida con la producción del campesino sino que también se construyen con la mano de obra de productores campesinos, en gran parte reproducidos económicamente por sus mismas familias.

## 2.2. Interna-rural-rural

### 2.2.1. Definitiva

Las más representativas de este tipo son las de *colonización*. Consisten en la ocupación de espacios nacionales poco poblados, generalmente tropicales (Costa, Región Amazónica), pero también, en menor medida, subtropicales (valles bajos de la Sierra) y muy limitadamente de altura (cejas de páramo).

La colonización, a su vez, puede ser subclasificada en *antigua* como la de la cuenca del río Guayas, y *reciente* como la del Noroccidente y del Nororiente; en *dirigida* y *espontánea*, según haya o no intervención institucional explícita (del Estado principalmente).

Características propias de los movimientos colonizadores son, desde el punto de vista demográfico, estar protagonizados por poblaciones con una estructura por edad y sexo muy jóvenes y masculinas. Según el censo de 1982 precisamente las áreas rurales de la Región Amazónica, de Esmeraldas y Los Ríos tienen las poblaciones más jóvenes y masculinas del país (CEDIG, 1987: 52,53). Desde el punto de vista socioeconómico las migraciones de colonización se caracterizan por el inevitable choque entre colonos y poblaciones aborígenes (Trujillo, 1988: 68) En fin, vistos desde el ángulo de la ecología, estos flujos de población hacia regiones bajas, con frecuencia implican un grave riesgo de destrucción del *bosque tropical* húmedo, ecosistema particularmente frágil y recurso natural de inestimable valía.

### 2.2.2. Temporal

Se trata de desplazamientos de trabajadores rurales de áreas bastante deprimidas o de poblamiento antiguo que buscan mejor remuneración a su trabajo en otras áreas rurales del país, económicamente más ricas, modernas y dinámicas, generalmente dedicadas a productos de exportación. Es el caso de los campesinos serranos o de las provincia de Manabí que van, ocasional o estacionalmente a trabajar en las fértiles tierras de la cuenca del río Guayas.

Un subtipo importante de estas migraciones es el de los campesinos de la Sierra Central o Sur que migran, estacionalmente, a la zafra costeña de la caña de azúcar, ocasión en la que, como en el caso de los "albañiles campesinos" (tipo 2.1.2.) se da un significativo vínculo

entre una mano de obra originaria de regiones minifundistas y las plantaciones azucareras, empresas que en un momento fueron las pioneras del desarrollo capitalista en el Ecuador agroexportador (Lentz C., 1988: 169).

Otras migraciones de este tipo y en las que tampoco opera un cambio de ocupación del migrante son aquellas, muy particulares al mundo andino que se dan entre diferentes pisos ecológicos de las estribaciones de cordillera. Buenos ejemplos de ellas son las de los Saraguros al Norte de la provincia de Loja, de los de Salinas al Norte de la provincia de Bolívar, y de los de Pucará al Suroeste de la provincia de Azuay.

### 2.3. Interna-urbano-rural

De carácter definitivo o temporal, son migraciones poco investigadas y por lo tanto de importancia desconocida. Algunos datos censales les otorgan inusitada dimensión lo cual plantea curiosas interrogantes; por ejemplo, según los últimos datos sobre migraciones vitalicias (entre lugar de nacimiento y de residencia habitual), a nivel de áreas urbana y rural de provincia, el flujo migratorio más importante tiene como punto de partida el área urbana de Guayas, y como punto final de destino, el área rural de la misma provincia (INEC, 1985: 84; recordar también la figura 6 del presente trabajo).

Buena parte de las migraciones de este tipo deben corresponder, probablemente, a las llamadas *de retorno* que consisten en los regresos, esta vez sí definitivos, al lugar rural de origen de aquellos campesinos que a edad avanzada deciden volver a su tierra después de haber trabajado por largos años en una u otra ciudad. También podría incluirse en este tipo, aunque no se trate de migraciones propiamente dichas, los desplazamientos diarios o hebdomadarios de trabajadores agrícolas que, viviendo en ciudades, sobre todo costefías (Machala, Pasaje, Daule), trabajan en las explotaciones agrícolas de las inmediaciones.

### 2.4. Interno-urbano-urbana

Como se dijo a propósito de las migraciones internas-rural-urbano-definitivas (tipo 2.1.1.), este tipo urbano-urbano que, prácticamente, se presenta solo bajo la forma definitiva, constituye la segunda etapa migratoria del proceso de poblamiento de las ciudades ecuatorianas. De equiparable importancia cuantitativa al tipo 2.1.1., correspondiente a la primera etapa, estas migraciones entre ciudades son las responsables de la biconcentración poblacional en las dos metrópolis del país: 6 de cada 10 residentes en Quito o en Guayaquil tuvieron, según el censo de 1982, su residencia anterior en otras áreas urbanas (INEC, 1985, cuadro 15). Encuestas especializadas realizadas después del censo han aparentemente, comprobado lo contrario: que el 53,2% de los

migrantes a Quito y el 65,5% de los que llegan a Guayaquil provienen de poblaciones de menos de 20 mil habitantes (CEPAR, 1985: 44). Probablemente, todo depende pues de saber si debe o no definirse como urbanas las 25 localidades que en 1982 tenían entre 10 y 20 mil habitantes, amén de saber si esas encuestas son generalizables a toda la población inmigrante de las dos metrópolis.

-x-x-

El criterio causal permite hacer muchas tipificaciones concretas de los movimientos migratorios en el Ecuador, pero más que una diferenciación entre un tipo de migración y otro el discernimiento de la causalidad migratoria da como resultado grandes periodizaciones migratorias que más conciernen a la tarea de caracterizar los tres periodos intercensales, objeto del punto 2.4. Sin embargo, parece pertinente aquí indicar, concretamente, las siguientes diferenciaciones:

1. Migraciones generadas por cambios en situaciones socioeconómicas y particularmente por desequilibrios geográficos en la demanda y oferta de mano de obra.

#### 1.1. Cambios estructurales

Entre los cambios de este tipo, hay que distinguir en primer lugar los tres grandes ciclos de la macroeconomía nacional cuyo impacto en los procesos migratorios ha sido decisivo: al ciclo del cacao, el del banano y el del petróleo. El primero y el segundo, aunque con diferentes connotaciones espaciales (Larrea, 1985:59) están en la raíz del poblamiento de la Costa y particularmente en la conformación, en muchos aspectos explosiva, de la red urbana costefía. El tercero es la causa estructural del poblamiento contemporáneo del Nororiente.

En segundo lugar debe mencionarse la gran transformación estructural del campo ecuatoriano a partir de los años 60 a través de la ejecución de las sucesivas reformas agrarias, que si bien no transformaron en mucho la estructura de tenencia de la tierra, sí lo hicieron de las relaciones de producción, constituyéndose en un decisivo motor, entre otros, del éxodo rural.

En tercer lugar, la industrialización del país que junto con otros procesos de modernización de la economía (terciarización pública y privada), si bien no ha sido gran generadora de puestos de trabajo, ha sido otro motor de atracción migratoria hacia las ciudades.

#### 1.2. Cambios coyunturales

Sin negar que este tipo de cambios se inscriben necesariamente en los del tipo anterior, por razones de es-

cala de observación es necesario puntualizarlos. Entre ellos cabe mencionar los siguientes a manera de ejemplo:

- Crisis de la exportación del sombrero de paja toquilla: en los años 50 la baja en la exportación de esta artesanía originó una masiva expulsión de habitantes rurales de Azuay y Cañar, tanto hacia las provincias del Sur de la Costa como del Sur de la Región Amazónica.

- Sequías en Loja y Manabí durante los años 60.

- Construcciones de grandes obras de infraestructura, tales como las principales arterias de la red vial nacional, el oleoducto transecuatoriano, las centrales hidroeléctricas (Pisayambo, Paute y Agoyán) y de uso múltiple (Daule-Peripa).

### 2.3. Perfil demográfico y nivel de instrucción de la población migrante

Como es conocido, los movimientos migratorios son particularmente selectivos. Seleccionan tanto los lugares como las poblaciones; de lo primero se desprende su geografía y de lo segundo su demografía. El discrimen poblacional más visible que aparecen de las estadísticas migratorias es el referente a la edad; después viene el referente al sexo y luego al nivel de instrucción. Este punto tratará de estos tres criterios de caracterización de la población migrante pero, por razones de

disponibilidad de información, dará prioridad a la edad. Esta se la tratará no solo según los más recientes datos sino en una perspectiva evolutiva a través de los tres períodos intercensales.

#### A. La edad de los migrantes

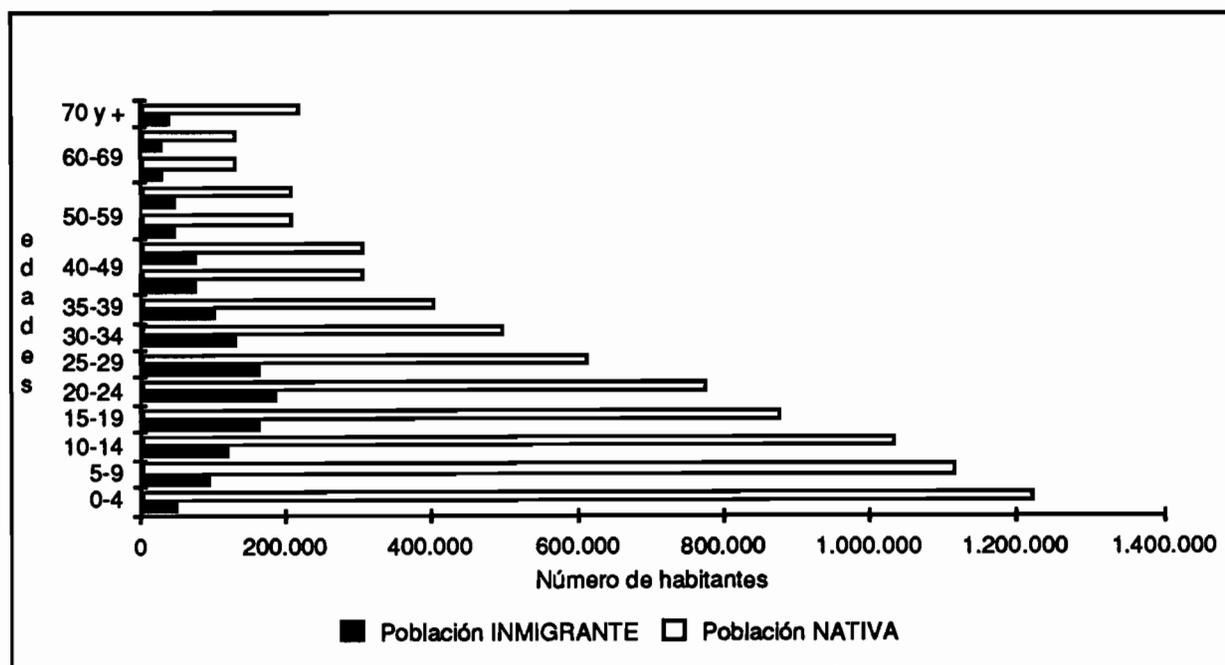
##### a. Situación en 1982

La semipirámide de edades que aparece en la figura 10 es muy elocuente. Concebida en términos absolutos da cuenta visual, simultáneamente, de dos relaciones: la una entre cantidad de nativos y de inmigrantes por grupo de edad; la otra entre distribución por grupos de edad de toda la población inmigrante y de toda la población nativa. Fácil es entonces, a partir de esta figura, puntualizar las siguientes constataciones e inferencias:

- La pirámide de edades de la población "nativa" (que en este caso es la de la población total del país) es la típica de una población relativamente muy joven (41,9% de todos los ecuatorianos tienen menos de 15 años), en cambio, la población migrante es relativamente muy laboral y en gran parte probablemente estudiantil (61,2% de todos los que migran tienen entre 20 y 59 años de edad y los menores de 15 solo son el 19,5%).

- En términos más concretos, la cuarta parte (25,3%) de todos los ecuatorianos que están entre los 20 y 59 años es migrante.

Fig. 10. Estructura de edad de poblaciones Nativa e Inmigrante en 1982



Fuente: INEC, diferentes fechas, cuadros Nº 5 del Resumen Provincial de los tomos del Censo de 1982.  
Nota: por tratarse de población total del país, prácticamente, población nativa es igual a empadronada e inmigrante a migrante.

- De estas simples pero claves características de la población migrante se pueden sacar dos hipótesis muy importantes:

\* La causalidad dominante de las migraciones es de tipo laboral: busca de empleo o de mejor numeración del trabajo; secundariamente es estudiantil: bachilleres que buscan formación universitaria en Quito y Guayaquil.

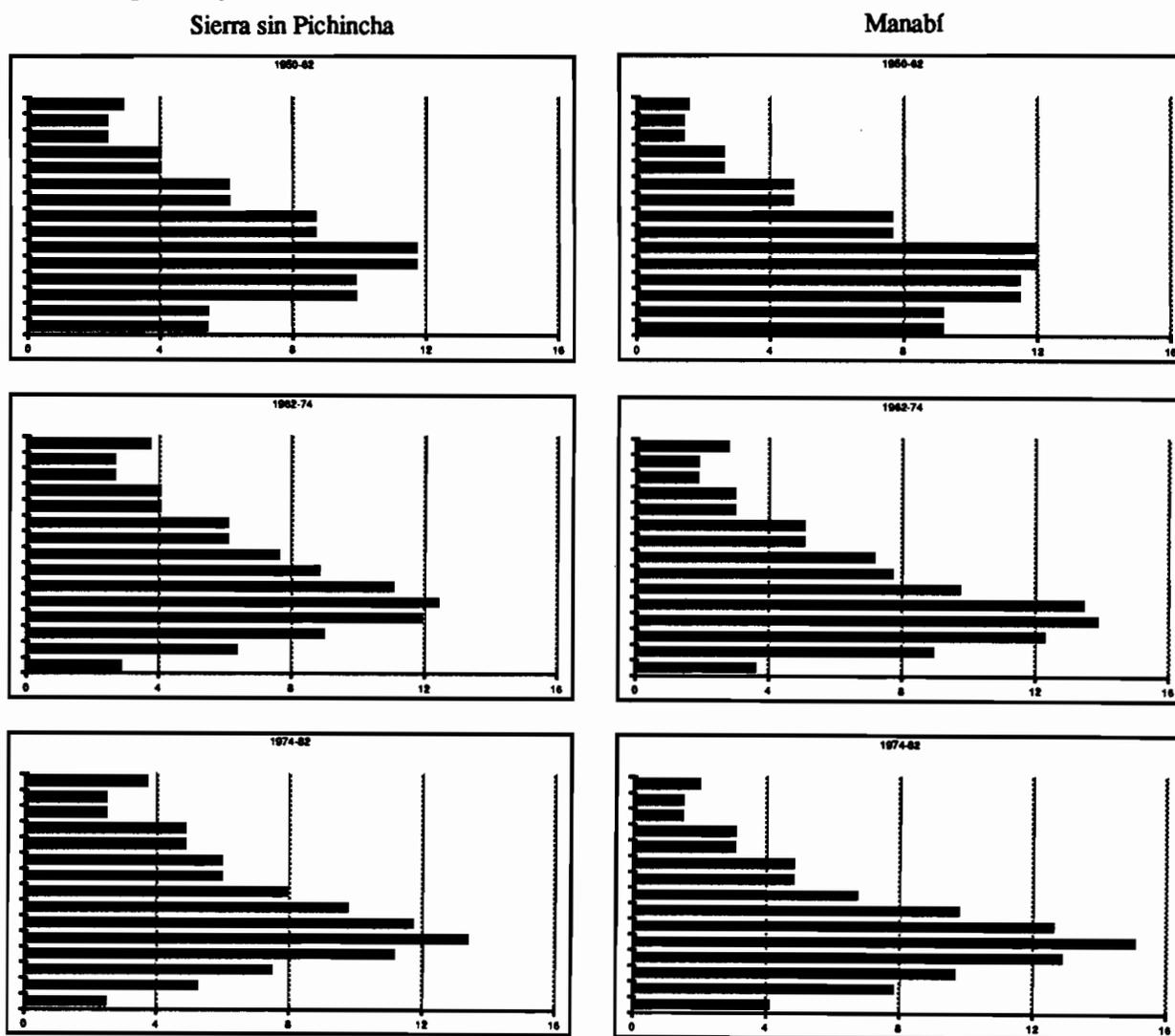
\* La consecuencia más relevante de la migración es, que en los lugares de emigración la "carga de dependencia" es mayor que en los de inmigración, lo cual incide notablemente en la diferenciación geográfica del dinamismo productivo, y de otras actividades sociales, a favor de los lugares migratoriamente atractivos, en detrimento de los expulsivos. Y lo más grave aún, que esta diferenciación, con el pasar de los años puede convertirse en exponencial.

b. Evolución y geografía de la edad de los migrantes

Quienes más migran se hallan entre los 20 y 24 años. Es una constante válida tanto para el conjunto del país cuanto para los diferentes espacios de emigración e inmigración del país. Las figuras 9 a 12 así lo confirman con la reserva para el primer período intercensal cuyos datos no proporcionan el detalle quinquenal necesario y, con la única excepción de los inmigrantes a la Región Amazónica durante el último período intercensal en donde el grupo de 15-19 años es el más numeroso.

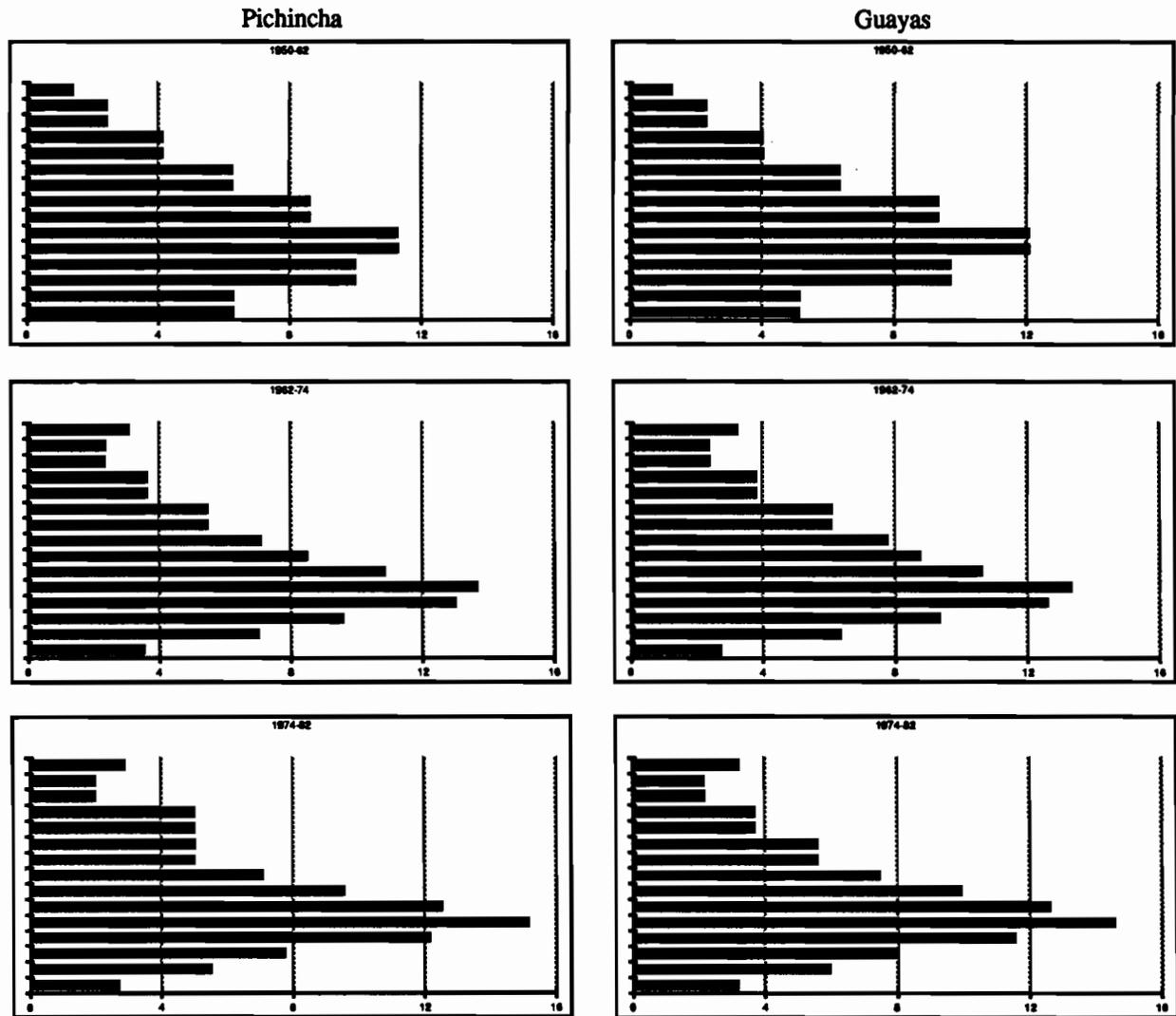
Un poco ocultas detrás de la dominante homogeneidad de estructuras de edad que caracterizan a todas las poblaciones migrantes del país se encuentran ciertas particularidades que son indicios de comportamientos migratorios propios de cada región. Es lo que a continuación se trata de establecer.

Fig. 10. Edad de los emigrantes de la Sierra sin Pichincha y de Manabí, en los tres períodos intercensales (en porcentajes)



Fuente: Delaunay, D. 1987 a: 30-49, 75-94 y 140-146

Fig. 11. Edad de los inmigrantes a Pichincha y Guayas, en los tres períodos intercensales (en porcentajes)



Fuente: Delaunay, D. 1987 a: 30-49, 75-94 y 140-146

En todos los casos y períodos analizados, y sintetizando más los grupos de edad, si por una parte, el más importante es el de los 15-29 años, que es el mismo tiempo el que siempre se incrementa, por otra parte, las proporciones y evoluciones de los otros grupos de edad no son iguales en todas partes y durante todos los períodos.

Así, si se comparan las estructuras por edad de los migrantes de la Sierra sin Pichincha y de Manabí (figura 10), se puede constatar que las proporciones de los menores de 15 años entre los migrantes serranos son mucho menos bajas que entre los manabitas, lo cual hace pensar que la emigración serrana es más de personas (o de jóvenes solteros o de parejas sin hijos) y la manabita más de familias; la serrana más estudiantil y la manabita más laboral. Por otra parte, desde el punto de vista de la evolución estas dos poblaciones emigrantes tienen un comportamiento inverso: mientras las proporciones de los serranos menores de 15 años

aumentan las de los manabitas de la misma edad disminuyen.

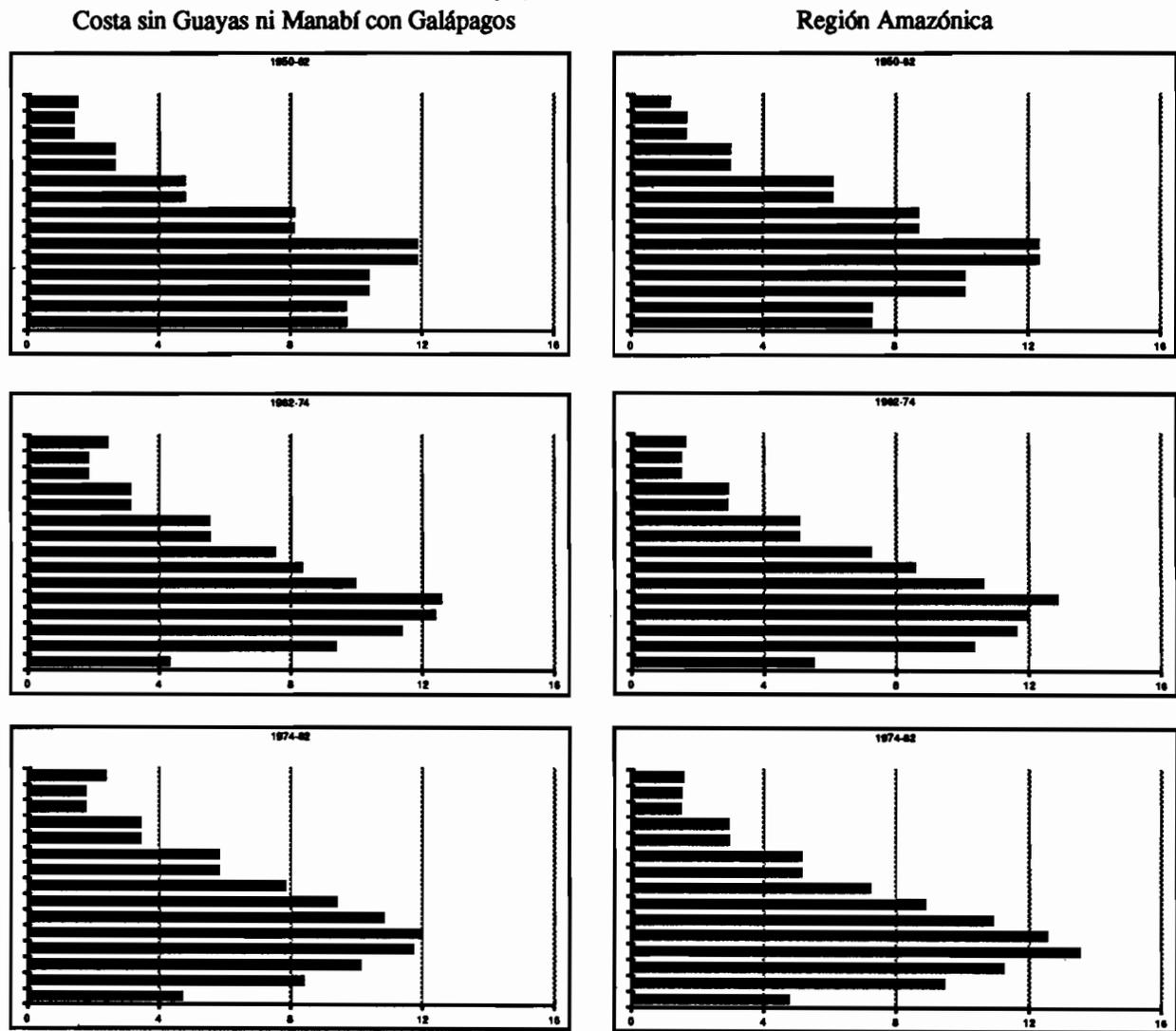
En cuanto a las poblaciones inmigrantes a Pichincha y Guayas (fig. 11) es interesante notar que son muy parecidas aunque en evolución se diría que la de Guayas precede en alguna forma a la de Pichincha, durante el primero y segundo períodos intercensales.

Las similitudes son también notables entre las pirámides de la población inmigrante de la Costa (sin Guayas ni Manabí, con Galápagos) y de la Región Amazónica (fig. 12) que, salvo pequeños detalles pueden entrar en el mismo tipo que las de los emigrantes de Manabí.

#### B) El sexo de los migrantes

Algo se dijo ya en líneas anteriores sobre este tema: a las ciudades migran generalmente más mujeres que

Fig. 12. Edad de los inmigrantes a la Costa (sin Guayas ni Manabí), Galápagos y Región Amazónica, en los tres períodos intercensales (en porcentajes).



Fuente: Delaunay, D. 1987 a: 30-49, 75-94 y 140-146

hombres pero en las medianas de la Costa y de la Amazonía parece que sucede lo contrario; casi sin excepción, en cambio, a las áreas rurales de colonización serranas, costeñas, amazónicas e insulares, migran más hombres que mujeres.

El cálculo de la relación de masculinidad (número de hombres por cada 100 mujeres) de las "poblaciones de las parroquias" en 1974 y 1982 (Delaunay, D. et al 1985) proporciona matices geográficos muy finos a este tipo de afirmaciones generales.

Así, en 1982, la contabilidad regional de las 836 unidades geográficas (712 parroquias rurales más 124 cabeceras cantonales, áreas urbanas y periféricas incluidas) arroja a este respecto los siguientes resultados:

a. Cabeceras cantonales (área periférica incluida)

- Mientras en la Sierra las unidades geográficas de

este tipo con una relación de masculinidad inferior a 95 constituyen la mayoría (54%), en la Costa son ínfima minoría (6,6%) y en la Región Amazónica inexistentes. Cabe aclarar que dentro de este grupo de aglomeraciones unas más urbanizadas que otras están todas las capitales provinciales de la Sierra (salvo, en rigor, Latacunga que junto con su área periférica tiene 95) y tres capitales provinciales costeñas: Guayaquil, Portoviejo y Esmeraldas.

- Correlativamente, las cabeceras cantonales con una relación de masculinidad superior a 105 son solo 5 en la Sierra (de las cuales 4 están en Loja), 17 en la Costa (sobre un total de 45) y 15 (sobre un total de 20) en la Región Amazónica.

- Luego, se puede suponer que el éxodo rural hacia las ciudades serranas es más femenino que masculino y que hacia las ciudades medianas y pequeñas de la Costa y Región Amazónica es lo contrario. La explicación de

esta diferenciación regional se encuentra sin duda en los diferentes motores del proceso de urbanización en las tres regiones continentales del país. La actual red urbana costeña y amazónica son resultados, unos menos recientes que otros, de un proceso de colonización de tierras tropicales y, precisamente, por tratarse de colonización allí las migraciones son más masculinas que femeninas. Sin que esto sea en nada paradójico, la formación de pequeñas y medianas ciudades costeñas y amazónicas ha sido producto de la atractividad que ejerce el mundo rural de esas regiones. En cambio, las urbanización de la Sierra ha sido fruto de la expulsividad que ejerce el mundo rural de esta región alta ya de antigua ocupación humana.

**b. Parroquias rurales**

- Aquí la situación no puede ser diferente; 3 de cada 10 parroquias serranas tienen relaciones de masculinidad inferiores a 95; solo 3 entre 190 parroquias de la Costa y 3 entre 120 de la Región Amazónica tienen ese tipo de proporciones entre hombres y mujeres.

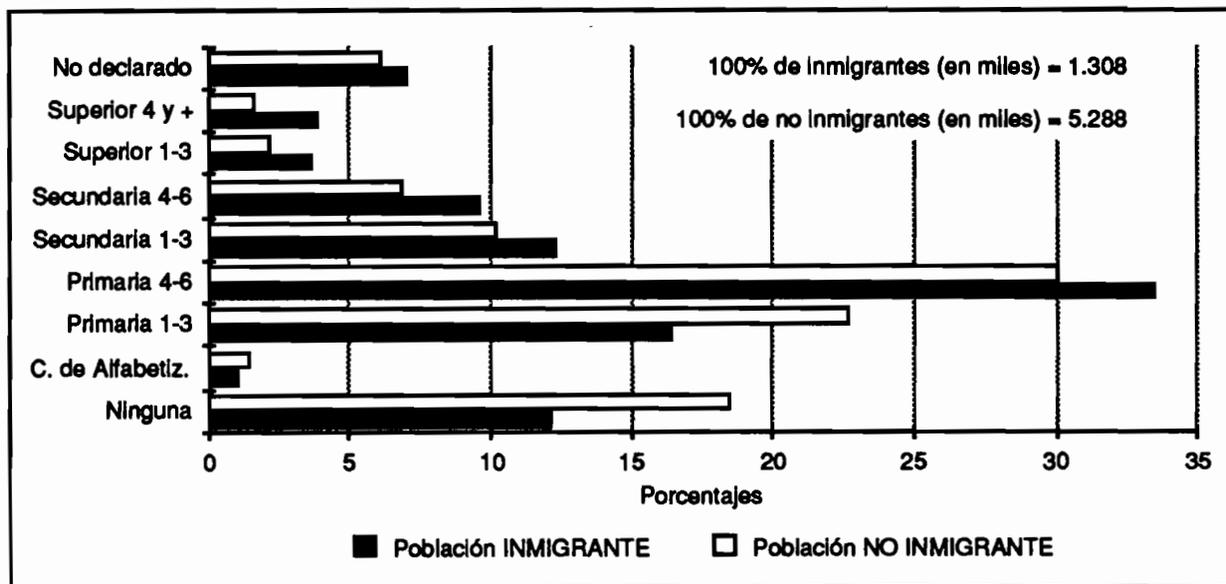
- En el otro extremo, 23% de las parroquias de la Sierra muestran relaciones de masculinidad superiores a 105, mientras en la Costa y la Región Amazónica esa

proporción sube a 87 y a 83, respectivamente. Pero aquí es necesario un detalle, matiz geográfico importante: el 23% serrano parecería alto pero verdaderamente no lo es porque si bien involucra totalmente a parroquias de la Sierra administrativa incluye en su mayoría parroquias de la seudo sierra geográfica, es decir que se hallan en partes bajas. Efectivamente, se trata de parroquias como Tobar Donoso en Carchi, Lita y las parroquias del Valle del Intag en Imbabura, las del Este tropical y subtropical de Pichincha, de Cotopaxi, las cuasi amazónicas de Tungurahua, etc.

- Dos particularidades provinciales merecen a este propósito señalarse: la de Loja y Manabí, provincias, cuyas altas tasas y proporciones de emigración son conocidas, no muestra, como las otras expulsivas, (el resto de serranas excluida Pichincha) bajas proporciones de parroquias muy masculinas. De todas las parroquias rurales de Loja el 30% tienen una relación de masculinidad superior a 105, mientras esa proporción en el resto de la región serrana, excluyendo Pichincha, es de 21%.

En Manabí esa proporción es de 82% prácticamente igual a la de la Región Amazónica en su conjunto. ¿En Loja y Manabí, los altos puntajes de masculinidad no son el resultado de débil emigración masculina sino de una muy fuerte emigración femenina?

Fig. 13. Grado de instrucción de las poblaciones Inmigrantes y No inmigrantes de 6 años y más en todo el país en 1982



Fuente: INEC, diferentes fechas, cuadros Nº 7 en Resúmenes Provinciales de tomos por provincia del Censo de 1982, e INEC, 1985 (Resumen Nacional) cuadro 21.A.

Nota: por tratarse de población total del país, población no inmigrante es igual a población no migrante; ha sido calculada restando la población inmigrante total del país, por grado de instrucción, de la población empadronada también total del país.

c. Una conclusión provisional. Todo hace pensar pues que los motivos dominantes de las migraciones masculinas no son los mismos que los de las femeninas. Partiendo de una fina geografía ecuatoriana de la relación de masculinidad se puede inferir que, lo que más atrae a los hombres es el trabajo en zonas pioneras de cultivos tropicales. A las mujeres en cambio lo que más mueve sus desplazamientos espaciales son las expectativas de trabajo que les ofrecen las grandes ciudades. Por cierto, esta no es más que una conclusión global que por cierto, no es lo mismo que una verdadera constante o ley migratoria.

C. Grado de instrucción de los migrantes

a. Totales nacionales

Los que migran tienen, en conjunto del país, un grado de instrucción más elevado de los que no migran. Con más precisión estadística, las proporciones de las personas instruidas son más elevadas entre las poblaciones migrantes que entre las no migrantes.

Efectivamente, a partir del nivel 4 de primaria hacia arriba (ver fig. 13) las proporciones de los migrantes son no solo siempre superiores a las de los no migrantes sino que mientras más se sube en la escala la relación número de migrantes/número de no migrantes tiende a crecer: si en el nivel 4-6 de primaria hay 3 migrantes por cada 10 no migrantes, en el nivel instrucción superior 4 y + los migrantes son 6 por cada 10 no migrantes.

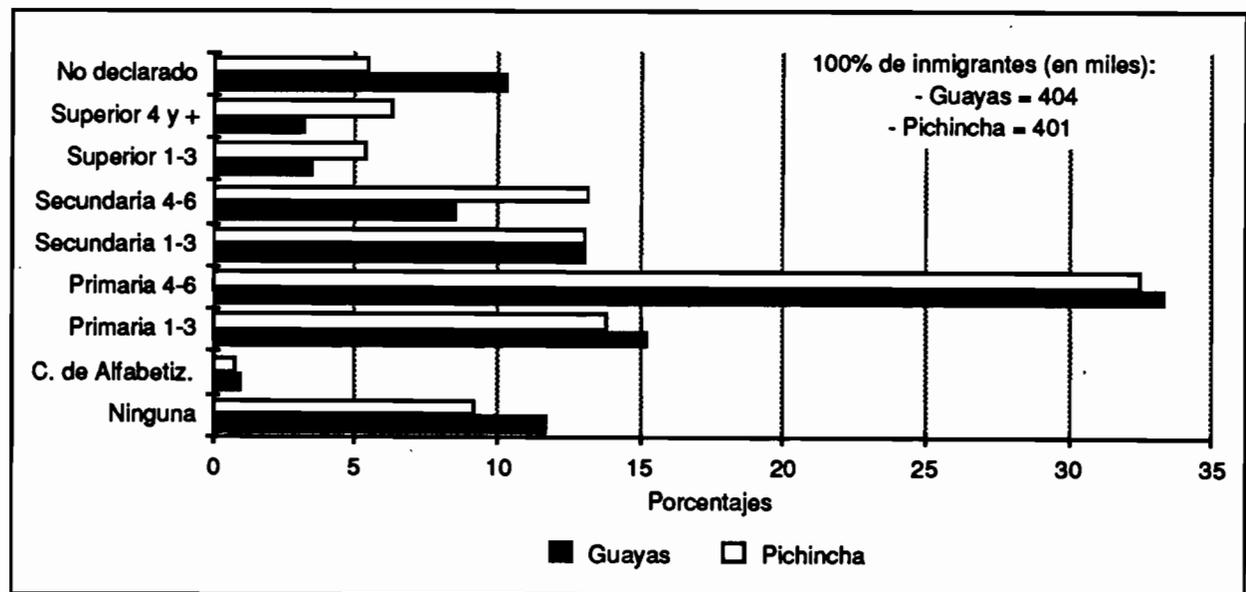
Como se puede entender, esta verificación dice mucho respecto de las causas y consecuencias de los mo-

vimientos migratorios. Sin que la constelación de causas sean en su gran mayoría de tipo laboral o estudiantil, parecería que los motores migratorios son relativamente más poderosos mientras mayor es el nivel de instrucción de las personas. En cuanto a las consecuencias, si bien es cierto que la mayor parte de los migrantes tienen un nivel de instrucción inferior al 6º grado de primaria (63% contra 73% en el caso de los no migrantes) en el balance cualitativo de las migraciones hay un beneficio neto en favor de las poblaciones de llegada a expensas de las de salida, lo cual obliga a matizar lugares comunes tales como el que afirma que las dos grandes ciudades del Ecuador se ven perjudicadas por el gran flujo de personas sin ninguna o poca instrucción. Por cierto, las estadísticas que aquí se comentan son globales y mezclan migraciones rural-rurales de colonización, urbano-urbanas, rural-urbanas, etc. lo que hace necesario una desagregación más fina que desborda el marco limitado de este trabajo. Sin embargo, y a modo de ejemplo a continuación se tratará de comparar el nivel de instrucción de los inmigrantes a Pichincha y a Guayas para luego observar rápidamente algunas cifras sobre los emigrantes de Manabí:

b. Grado de instrucción de los inmigrantes a Pichincha y Guayas.

Si los datos censales que fundan la figura 14 son seguros, la estructura por nivel de instrucción de los inmigrantes a Pichincha es relativamente más calificada que la de los que llegan a Guayas. Adviértase cómo a partir del nivel 4-6 de secundaria la diferencia en favor de Pichincha es notable, lo que puede justificar la siguiente hipótesis: la migración hacia Guayas (léase

Fig. 14. Grado de instrucción de la población Inmigrante de 6 años y más en Guayas y Pichincha en 1982



Fuente: la misma que la figura 13

Guayaquil por obvias razones) es menos estudiantil, menos profesional y más laboral que la que se dirige hacia Pichincha (léase Quito). En términos absolutos esto quiere decir que si a Pichincha llegan 100 mil inmigrantes con instrucción por encima del 4 grado de secundaria, a Guayas llegan solo 62 mil con ese mismo nivel, comparación que es pertinente vista la sorprendente simetría de los totales en una y otra provincia (401 mil/404 mil). Por otra parte, si bien las diferencias entre inmigrantes a una y otra provincia por debajo de 4 grado de secundaria no son importantes (280 mil a Pichincha contra 300 mil a Guayas) y, teniendo en cuenta el gran desnivel de "no declarado", probablemente perteneciente a bajos niveles de instrucción, todo hace pensar que este tópico migratorio es coherente con las particularidades de urbanización de Quito y Guayaquil.

#### e. Grado de instrucción de los emigrantes de Manabí

Vista desde un lugar de importante emigración, como es Manabí, la "semipirámide de instrucción" de los que migran, comparada a la de los empadronados, es particularmente interesante. Los contrastes son pronunciados —mayores que a escala nacional— y confirman una vez más la significativa selección cualitativa con la que proceden los movimientos migratorios. Efectivamente en el histograma de la figura 15 se aprecia cómo si los niveles más importantes de la población manabita empadronada son, conjuntamente, los de 1-3 y 4-6 primaria, el de la población emigrante es netamente el 4-6 primaria; adviértase además las grandes diferencias en las proporciones, favorables a los migrantes en niveles

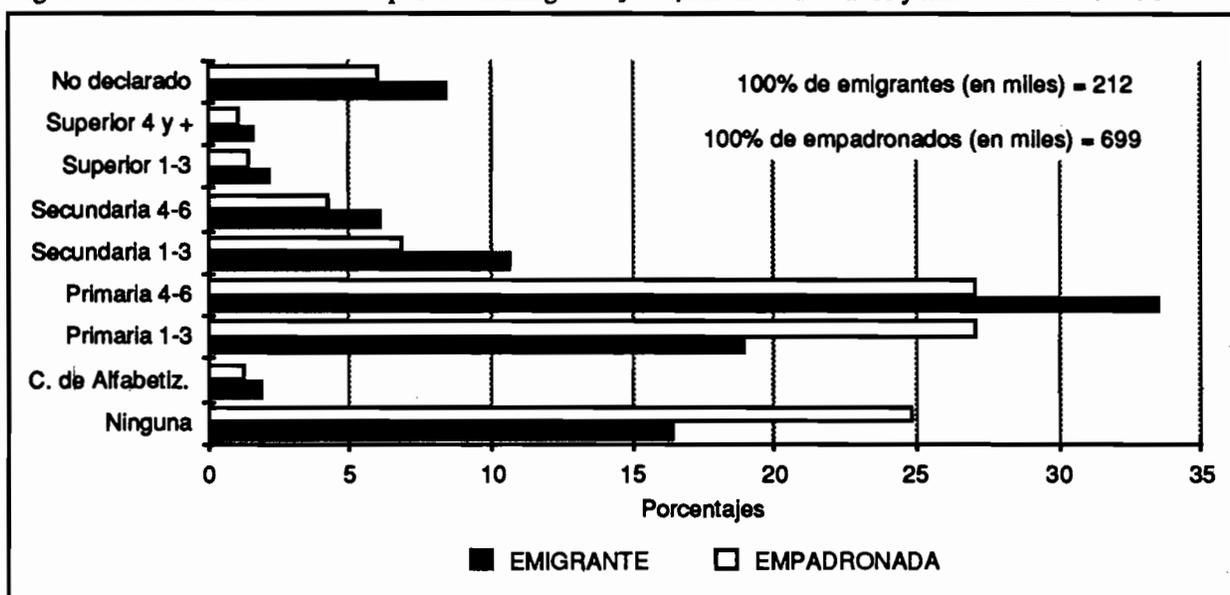
por encima de este último y desfavorable a ellos en niveles por debajo de ese mismo nivel. Así por ejemplo, mientras la proporción de los que tienen instrucción superior es entre los emigrantes 1,5 veces superior que entre los empadronados (3,8% contra 2,6%) la proporción de los que no tienen ninguna instrucción es entre los emigrantes 1,5 veces inferior que entre los empadronados. (16,5% contra 24,9%).

Pero, los discriminados que operan los movimientos migratorios guardan entre sí mucha consistencia lógica: el discriminado de lugar tiene que ver con el de nivel de instrucción; en otras palabras las poblaciones que emigran del campo a la ciudad no tienen la misma "estructura de instrucción", por ejemplo que las que van de campo a campo. Es por eso interesante constatar que si se comparan las poblaciones manabitas que emigran a Guayas (básicamente a Guayaquil) y los que van a Pichincha (básicamente a Quito y Santo Domingo) su "estructura educativa" es prácticamente igual, pero, cuando se compara ésta con la de los manabitas que se dirigen a Los Ríos o Esmeraldas, provincias atractivas por sus tierras agrícolas más que por sus ciudades, las diferencias aparecen en forma clara e indudable: los que migran a las ciudades tienen un nivel de instrucción más elevado que los que migran a los campos agrícolas (ver fig. 16).

#### 2.4. Perfil sociogeográfico de los tres períodos intercensales

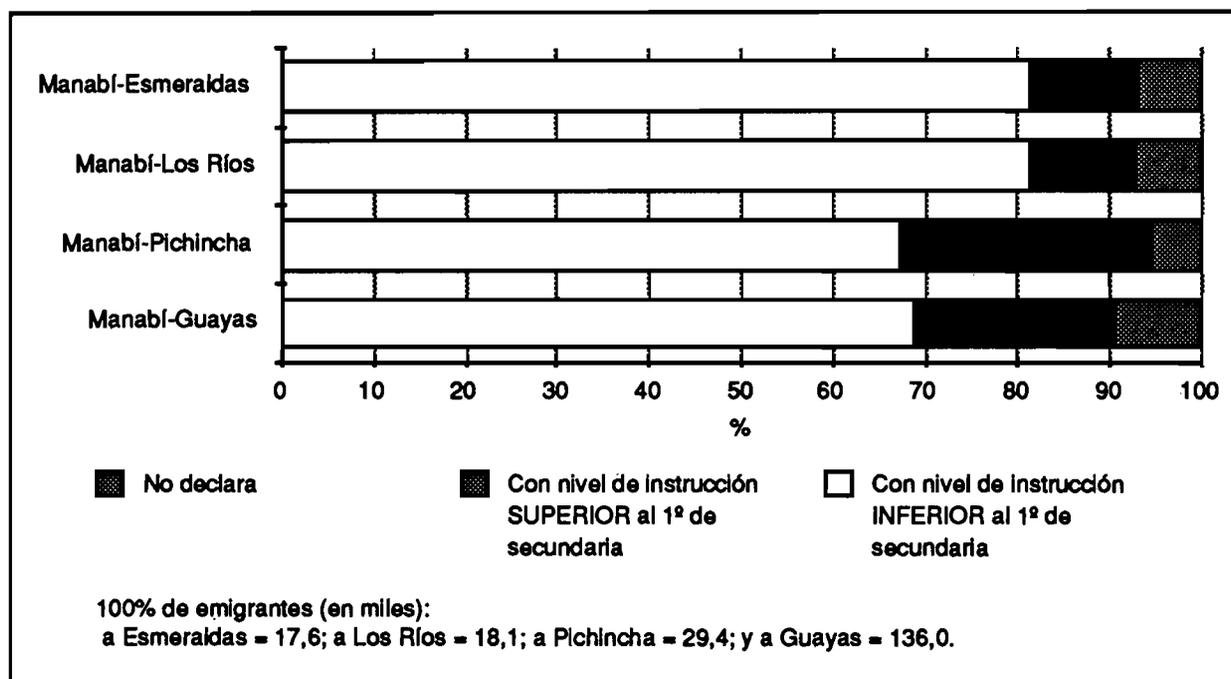
A despecho de los cambios bruscos o brutales, cualitativos o cuantitativos, que acaecen en las sociedades,

Fig. 15. Grado de instrucción de la población Emigrante y Empadronada de 6 años y más en Manabí en 1982



Fuente: la misma que la figura 13

Fig. 16. Grado de instrucción de los Emigrantes de Manabí según el lugar de destino



la realidad de su devenir es esencialmente continuo. Afirmar esto, no significa que ese devenir sea necesariamente lento sino esencialmente concatenado. A pesar de esa continuidad y concatenación de los hechos sociales su conocimiento y comprensión se realiza mediante la técnica cognocitiva de la periodización que se funda en hechos claves o reorientaciones históricas significativas. La periodización intercensal, a la que se ha hecho referencia innumerables veces a lo largo de este trabajo, no es una periodización de este tipo: se trata simplemente de una discretización del tiempo (en el sentido estadístico del término) determinada por las fechas en que se han realizado los censos y esto constituye, como la división político-administrativa en el espacio, una traba para el conocimiento de las reales secuencias en que se inscriben los procesos socioespaciales de nuestro país. Sin embargo, tal traba se atenúa cuando se piensa en el torrente de información cada vez más nutrido que traen los censos y, sobre todo, cuando se considera a los censos no como una simple observación externa a la población sino como un hecho social por el cual una sociedad se mira a sí misma porque siente necesidad de ello. Así, el primer censo moderno de 1950 se realiza en un momento en que la sociedad ecuatoriana está dando un paso importante hacia la modernización de su economía al mismo tiempo que hacia una más estrecha vinculación con el mundo exterior: dos años antes es el inicio del llamado boom del banano. El censo de 1962 marca asimismo el comienzo de otra etapa de transformación social cual es el del cambio de las estructuras agrarias tradicionales: dos años más tarde se promulga la primera ley de reforma agraria ecuatoriana. 1974, año del tercer censo de población, coincide, una

vez más, con dos años de diferencia, con el inicio de la "época petrolera": en 1972 se exporta el primer barril del hidrocarburo amazónico. En fin, el cuarto y último censo de 1982 coincide con el inicio de la llamada "crisis", polifacética por muchos títulos: crisis de los precios internacionales del petróleo, crisis latinoamericana de la deuda externa, etc.

Según un autor (Farrell et al., 1988: 15-17), tres serían los "factores" dominantes y tres las especificidades que marcan las migraciones internas en cada uno de los tres períodos intercensales: conformación de estructuras regionales, transformaciones agrarias y proceso de urbanización serían los "factores" mayores de las migraciones del primero, segundo y tercer período, respectivamente. Migraciones interregionales con predominancia de movimientos definitivos sería la especificidad del primer período intercensal; combinación de migraciones interregionales con intraregionales y de flujos definitivos con temporales sería la especificidad del segundo y, migraciones intraregionales con preponderancia de flujos temporales sería la especificidad del tercero.

Otros estudiosos, con visión más sociológica que demográfica o geográfica, como Pachano (1988: 13-37) reflexionan sobre el carácter tardío de los estudios poblacionales en el Ecuador, incluidos los que tocan el tema de las migraciones, debido, dice este autor, al débil avance del capitalismo en el país y a la lenta formación del mercado de trabajo, o lo que es lo mismo, al entorpecimiento de la movilidad poblacional (entre diferentes espacios, clases o estratos sociales, sectores o

actividades económicas) por parte de las formas dominantes de producción tales como la hacienda andina y la plantación costeña que, antes de los años sesenta, eran las responsables de una importante "población cautiva".

Cuadro 9

Tasas de saldo migratorio regionales por período intercensal (%)

Región	1950-62	1962-74	1974-82
Sierra	-0,323	-0,234	-0,206
Costa	0,334	0,119	0,017
R. Amaz. y Gal.	1,889	2,769	2,651
PAIS	0,000	0,000	0,000

Fuente: Delaunay, D., 1987 a: 17, 54 y 118.

No hay duda pues que durante el lapso que comprende los tres períodos intercensales, desde 1950 hasta 1982, muchos cambios sustanciales se sucedieron en la sociedad ecuatoriana y de ellos son consecuencia y/o expresión las migraciones, su evolución y especificidades. Pero, carece en absoluto de interés limitarse a esta aseveración muy general aceptada por todos. Lo que sí cabe es ensayar, aunque sea en forma exploratoria, algunas explicaciones particulares a cada período.

Por ejemplo, es pertinente verificar que en realidad entre el primero, segundo y tercer períodos intercensales las tasas de saldos migratorios (ver cuadro 9) se hacen cada vez menos negativos para la Sierra y también menos positivos para la Costa, lo cual quiere decir que el intercambio migratorio entre regiones las impacta cada vez menos, debido, hipotéticamente, a un predominio creciente de las migraciones intraregionales (sobre todo en la Costa polarizadas por Guayas y en la Sierra polarizadas por Pichincha) y segundo, por el incremento de las migraciones Sierra-Región Amazónica cuyas

tasas de saldo primero suben y luego bajan ligeramente.

Pero, centrando la atención sólo en los cambios habidos en las *emigraciones Sierra-Costa* durante los tres períodos intercensales (ver cuadro 10), es interesante destacar las siguientes constataciones:

a) El flujo promedio anual Sierra-Costa tiene un crecimiento sostenido entre primero, segundo y tercer períodos intercensales.

b) La relación promedio anual del flujo/población total serrana de inicio de cada período (referencia pertinente), es ligeramente oscilante, primero sube de 0,44 % a 0,50%, para después bajar a 0,48%.

Algunas aclaraciones y reflexiones sugieren estos datos:

i) Ni ese crecimiento sostenido ni esta evolución oscilante de la emigración Sierra-Costa contraría lo dicho acerca de las tasas de saldo regional pues estas últimas son síntesis de emigraciones e inmigraciones entre todas las regiones.

ii) Si hay una baja en la atracción migratoria de la Costa hacia la Sierra, en términos de impacto sobre la población de esta última, se presenta, en proporciones muy bajas, entre el segundo y tercer períodos y no entre el primero y segundo, por lo cual no se puede afirmar que la crisis del banano implicó un corte en la atracción que anteriormente ejercía esta región sobre la población serrana (Farrell et. al., 1988: 47) ni que, durante el intervalo 1962-1974, el estancamiento de la producción bananera, y del sector agroexportador en su conjunto, detuvo la migración Sierra-Costa (Larrea, C., 1986:125). Lo que sucede es que sin haber corte ni de-

Cuadro 10

Evolución de la Emigración Sierra-Costa, por período intercensal

Sierra (ORIGEN)	Promedio ANUAL de emigrantes					Total a la Costa (A)	(B)	
	Provincias de la Costa (DESTINO)							
	Esm.	Man.	Los R.	Guay.	El O.			
Total de la	50-62	228	219	961	4.828	1.995	8.231	0,44
	62-74	753	460	1.536	5.425	2.938	11.112	0,50
Sierra	74-82	972	554	1.552	8.362	3.557	14.998	0,48

LEYENDA:

(B) es la medida del impacto de la emigración a la Costa en la Sierra (= (A)/población de la Sierra al inicio del período —1950, 1962 y 1974—, por 100).

Fuentes: Para los promedios anuales, Delaunay, D., 1987 a: 20-24, 57-61, 121-125.

Para las población serrana: INEC, 1987: 31.

Nota metodológica: Para el cálculo de los promedios anuales se tuvo en cuenta que los períodos intercensales tuvieron 11,98 años el primero, 11,54 años el segundo y 8,47 el tercero

tención de esa atracción hay discontinuidad en su causalidad. Los determinantes socioeconómicos de esta atracción cambian de un período a otro.

iii) Efectivamente, la Sierra y la Costa de 1950 no son las mismas que las de 1970: entre ambos años tanto la clásica hacienda andina como la plantación costeña, incluidas las formas de producción bananera, han dado paso a nuevas modalidades sociales y técnicas de producción de la tierra; entre 1950 y 1982 la red urbana serrana ha pasado de 8 a 19 localidades de más de 10 mil habitantes mientras que la costeña, en el mismo período, pasa de 5 a nada menos que 30. Pero, más precisamente ¿qué es lo que hace persistir una emigración Sierra-Costa tan importante? ¿No habría que buscar una buena respuesta a esta pregunta en ciertas características geográficas que revelan las cifras sobre migraciones tales como las siguientes? (ver anexo 9):

- Las provincias serranas que más impacto sufren durante el último período intercensal por la emigración a la Costa son, en orden de importancia, Loja y Bolívar; Azuay, Cañar y Chimborazo; las cinco restantes.

- Las provincias serranas que más contribuyen a engrosar el flujo de emigrantes a la Costa son, también durante el último período intercensal, Loja, Pichincha, Azuay y Chimborazo que, en conjunto, ponen casi los 3/4 de todos los migrantes Sierra-Costa.

- Las provincias serranas que más han multiplicado su promedio anual de emigración hacia la Costa, entre el primero y último períodos son Loja, Pichincha y Bolívar que lo han hecho por más de dos veces.

- Guayas es el principal destino de las emigraciones serranas a la Costa, salvo las que provienen de Bolívar que se dirigen más que todo a Los Ríos y las que se originan en Loja que se encaminan principalmente hacia El Oro.

En cuanto a las migraciones *intraregionales*, según muestra el cuadro 11, tienen un crecimiento también sostenido a lo largo de los tres períodos intercensales,

pero, si hay un salto importante en su evolución es entre el segundo y el último período, tanto en los promedios anuales del flujo como en los impactos sobre las respectivas poblaciones (no de la Región Amazónica). Comparando esta evolución con las de las emigraciones Sierra-Costa (cuadro 10), se puede afirmar que es entre el segundo y tercer período cuando se da una especie de reorientación general de las migraciones o, dicho en otros términos, que desde el primero al último período intercensal las migraciones dentro de la Sierra siempre han sido más importantes que las emigraciones Sierra-Costa con la particularidad de que entre 1974 y 1982 las primeras cobran tal importancia que atenúan el ritmo de las segundas. Desde luego, el hecho de que en el cuadro 11 no se incluyan las migraciones intraprovinciales puede invalidar lo dicho pero, no hay que descartar que el incluirlas podría también reforzar esa aseveración; desafortunadamente, según los datos publicados por el INEC no se pueden calcular las migraciones de este tipo para el último período. Todo lo cual no impide reiterar lo dicho en líneas anteriores (punto 1.3.B.d.) sobre la evolución de las migraciones intraprovinciales: entre el primero y segundo períodos intercensales los cambios al respecto han sido espectaculares...

Imbricadas en los flujos inter e intraregionales, las *migraciones de urbanización* han sido también cada vez más importantes entre 1950 y 1982. Por lo menos dos indicadores, complementarios entre sí, confirman este acerto (ver anexo 5, columnas A). El primero es el incremento del número de localidades de más de 10 mil habitantes entre uno y otro período: entre 1950 y 1962 aparecen ocho (todas en la Costa), entre 1962 y 1974 lo hacen trece (siete en la Costa y seis en la Sierra) y, entre 1974 y 1982 alcanzan esta categoría quince adicionales (once costeñas y sólo cuatro serranas). El segundo son los porcentajes, por fecha censal, de la población correspondiente a estas localidades respecto de la población total del país (o de la región): en 1950 es de 21,32% (en la Costa es de 24,74% y en la Sierra de 19,47%); en 1962 es de 29,87% (Costa: 36,17%, Sierra: 25,18%); en 1974 sube ya a 37,96% (Costa:44,13%, Sierra:34,13%); finalmente, en 1982 es de 46,67% (Costa: 55,65%, Sierra:41,33%).

Cuadro 11  
Migrante Intraregionales por período intercensal  
(Se excluyen migrantes intraprovinciales)

	Promedios anuales			(A)		
	1950-62	1962-74	1974-82	1950-62	1962-74	1974-82
Sierra-Sierra	10.704	16.033	29.200	0,51	0,58	0,84
Costa-Costa	8.716	15.581	30.271	0,51	0,59	0,85
Reg. Amaz-Reg. Amaz.	79	330	617	0,13	0,27	0,28

Leyenda: (A) es el impacto de los promedios anuales sobre la población regional respectiva que para este caso es la del medio de cada período.

Fuentes: Delaunay, D. 1987 a: 20-28,57-65,121-129; INEC, 1987: 31.

Sin insistir mucho sobre este tipo de información bastante estudiado y que da cuenta del mayor dinamismo relativo de la urbanización costeña, es interesante aquí ensayar una observación del comportamiento de las migraciones de urbanización a esas localidades (ver anexo 5 columnas F y G), utilizando el método residual (crecimiento observado menos crecimiento natural). De los resultados de esta operación, cuyas estimaciones cuantitativas son meras aproximaciones (debido sobre todo a la gran dificultad de calcular bien las tasas de crecimiento natural a nivel de localidad, precisamente debido a la presencia de las migraciones) se pueden seleccionar los siguientes:

a) Entre uno y otro período intercensal las dos metrópolis del país —Guayaquil y Quito— muestran comportamientos diferentes en lo que se refiere a la importancia del elemento migratorio en su crecimiento: mientras para el puerto el peso de este elemento es oscilante, para la capital del país es de ascenso sostenido.

El alto peso de los saldos migratorios en la población guayaquileña detectada por el censo de 1962 tiene una vinculación bastante segura con el auge bananero pues Guayaquil desempeñó un papel importante en la economía generada por este (Larrea, C., 1986: 123); entre 1962 y 1974 las migraciones hacia Guayaquil bajan debido a la crisis que sucedió a aquel auge (ibidem: 125), aunque hay el criterio de que cuando sobrevino la crisis del cultivo del banano se intensificaron las migraciones a esta ciudad (Godard, H. en CEDIG, 1987: 114); en fin, durante el último intervalo censal los saldos migratorios vuelven a pesar mucho en el crecimiento de la metrópoli costeña y la razón de este retorno hay que buscarlo en las nuevas características de la economía nacional y regional inducidas por el petróleo.

En cambio, la evolución regular de las migraciones hacia Quito es reflejo de los cambios progresivos sobre todo en las economías agrícolas seranas que no pasaron, como las costeñas, por pronunciados contrastes entre auges y crisis productivas de uno u otro producto. Si hay un salto importante en la mencionada evolución es el que se da entre el primero y segundo períodos cuando el peso del saldo migratorio pasa de un 33,29% a un 43,63%, pues, el incremento que se observa durante el último período es muy leve (de 42,02% a 43,63%). ¿Los cambios agrarios de los años 60, que operaron substanciales transformaciones en las formas y relaciones de producción del agro serrano, provocaron entonces un mayor éxodo rural que la consolidación de nuevas modalidades productivas en ese mismo agro durante los años 70 y que fue notablemente coadyuvada por los ingresos de origen hidrocarbúrico?

b) En lo que toca a las otras ciudades, cuerpo de la red urbana ecuatoriana, también son destino de migra-

ciones cuyos caudales están desigualmente determinados por los cambios socioeconómicos mayores que, sin ser los mismos en una y otra región del país, se hallan no obstante cada vez más articulados entre sí.

En las localidades costeñas (en el sentido altitudinal del término) de Machala, Santo Domingo de los Colorados y Quevedo el peso del elemento migratorio fue espectacular durante el primer intervalo censal; motor de tan importante flujo no puede haber sido otro que el incremento de los cultivos bananeros en la áreas circundantes de estos centros de urbanización explosiva. Sin embargo, si se suman los saldos migratorios de estas y otras ciudades que estuvieron directamente involucradas en el denominado boom bananero (Esmeraldas, Babahoyo, Sta. Rosa, Pasaje y Balzar), el total no alcanza ni a la mitad del saldo migratorio del que se benefició Guayaquil en el período, lo que plantea la inquietud de saber cómo la misma vertiente del boom bananero generó flujos migratorios diferenciados y/o hubo, simultáneamente, otras razones para migrar.

De todas estas localidades "agrobananeras", sólo Sto. Domingo y Sta. Rosa mantienen un peso creciente del componente migratorio en el siguiente período, el de la crisis del banano, y ello se explica, por un lado, por la construcción de la vía Quito-Sto. Domingo y, por otro, por el cambio de la geografía bananera del cual salió privilegiada la provincia de El Oro. Pero, la baja de las migraciones a las otras ciudades "agrobananeras" fue menos importante que para Guayaquil: el total del saldo migratorio de ésta, comparado con el total de aquellas, pasa, de uno a otro intervalo censal, de una relación de 1:2 a otra de, prácticamente, 1:1. Si a esto se añaden las corrientes migratorias que reciben otras localidades costeñas (en especial Manta, Milagro y La Libertad cuya modesta industrialización al parecer las hizo polos de atracción), entonces se puede decir que el segundo período intercensal es el que más favoreció la formación de una equilibrada red urbana costeña que, en gran medida fue anulada en la subsiguiente etapa intercensal. Efectivamente, el censo de 1982 constata que el saldo migratorio guayaquileño, entre 1974 y este año, es mayor en un 29% a los saldos migratorios de trece ciudades costeñas juntas (incluidas las ocho "agrobananeras" más Portoviejo, Manta, Milagro, La Libertad y Chone).

Las migraciones hacia la red de ciudades intermedias de la Sierra muestra comportamientos diferentes a las que alimentan el crecimiento de su pareja costeña. En primer lugar porque la relación saldos migratorios de Quito/saldos migratorios hacia las otras nueve capitales seranas de provincia siempre ha estado en constante incremento desde el primero hasta el último intervalos censales: 1,61, 2,62 y 2,89. Segundo, porque el peso de los saldos de estas ciudades nunca han llegado a los altos niveles tan frecuentes en la Costa.

Tercero, porque la urbanización de la Sierra se debe básicamente al carácter expulsivo de sus áreas rurales y la de la Costa al atractivo de sus tierras.

Si hay una pequeña similitud de crecimiento entre ciudades intermedias serranas y costeñas es la que se encuentra, en términos muy generales, en la evolución de sus saldos migratorios: estos alcanzan su mayor importancia durante el primer período intercensal, para después bajar durante el segundo y el tercero. Pero, esto es un parecido muy relativo porque las excepciones son importantes: Quito, Cuenca y Loja cuyos saldos siempre están en crecimiento; algo parecido sucede con Riobamba mas en niveles muy bajos que por ser tales podrían mejor asimilarse a los casos de Azogues y Guaranda, localidades de crónico signo negativo en sus saldos.

### 3. CONCLUSION: MIGRACIONES Y FORMACION SOCIOESPACIAL

Los cambios que ha experimentado la sociedad ecuatoriana de 1950 a 1982 son esencialmente multifacéticos. Una de las facetas más visibles y al mismo tiempo más profundas de los cambios es la que tiene que ver con la formación socioespacial (u organización social del espacio) cuya expresión más vital son los cada vez más densos e intensos flujos de personas, cosas, valores, signos y significantes.

El presente trabajo sobre migraciones internas en el Ecuador ha tratado de dar cuenta de una parte

importante de esta especie de vitalidad espacial de los ecuatorianos, sobre la base de los datos censales, testimonios numéricos de una época clave de transiciones.

Si hay una conclusión que aquí es necesario hacerla explícita es la articulación de dos tipos de transición que se dan durante los treinta y dos años del período estudiado, articulación en la cual las migraciones han desempeñado un papel de engranaje mayor: transición socioeconómica y transición geográfica.

Al dar más énfasis al segundo tipo de transición, se ha señalado con bastante detalle la variada identidad migratoria de los espacios nacionales, así como las diferentes consistencias de los flujos que configuran la red migratoria nacional. Como resultado de estas identidades y flujos se ha tratado de descifrar cómo las migraciones son el origen y funcionamiento de la nueva estructura socioespacial del país hoy vertebrada más que nunca en torno a la red urbana, a sus dos cabezas regionales y a sus cuerpos serano, costeño y amazónico.

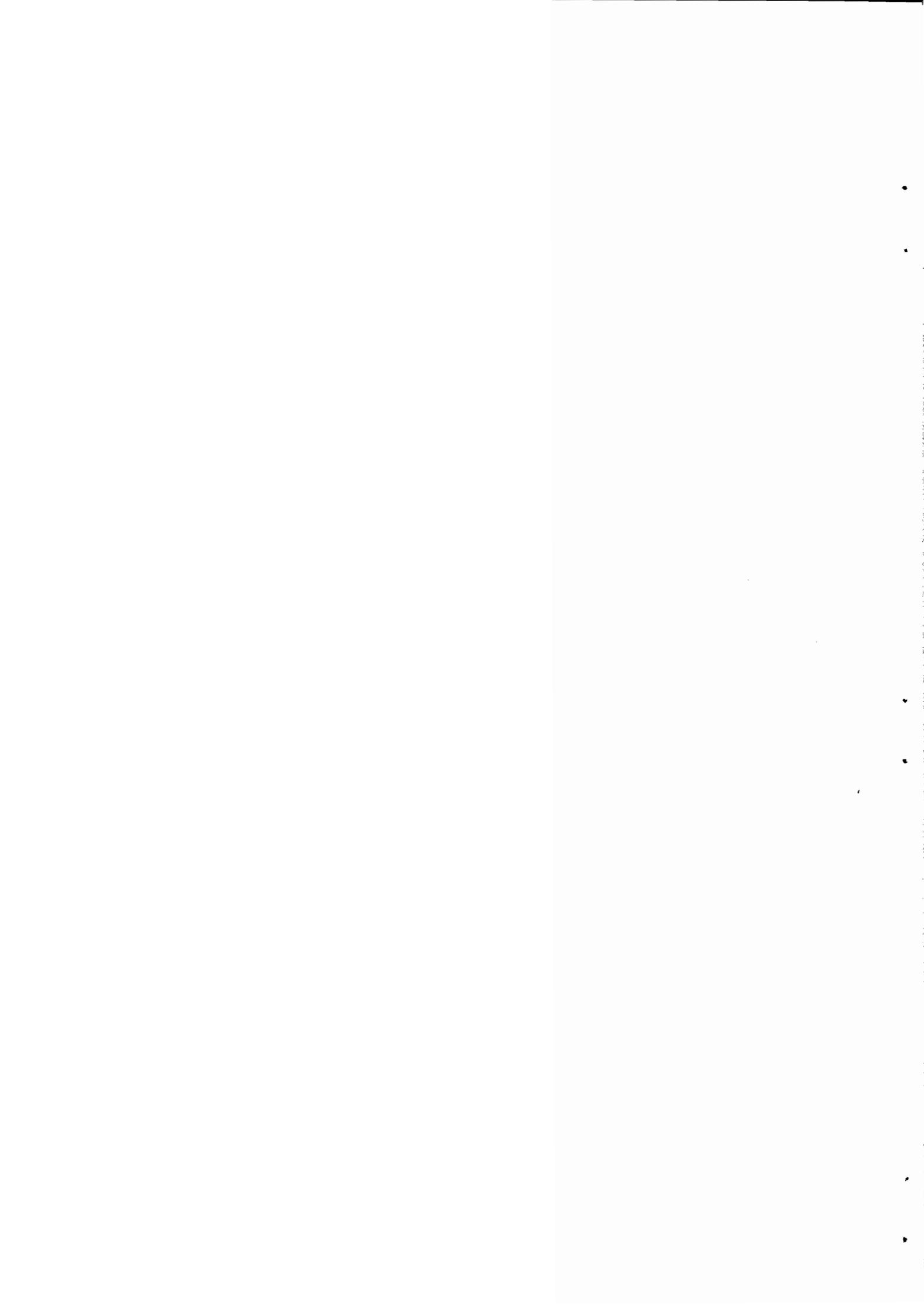
Las conocidas transiciones socioeconómicas del período, esto es los cambios habidos en los modos de producir y de vivir en sociedad —cuya raíz se halla en el auge y crisis del banano, en las reformas agrarias, en el auge petrolero, en la industrialización— han sido consideradas aquí como motores de los movimientos migratorios y por ende, causas de la nueva formación socioespacial ecuatoriana.

---

## BIBLIOGRAFIA CITADA

- CEDIG, 1987, *El Espacio Urbano en el Ecuador, red urbana, región y crecimiento*, Quito, IPGH-ORSTOM-IGM, 307 p.
- CEPAR, 1985, *Inmigración a Quito y Guayaquil (Estudios de Casos)*, Quito, CEPAR, 191 p.
- CONADE-UNFPA, 1987, "Migración interprovincial", en *Población y cambios sociales, Diagnóstico Sociodemográfico del Ecuador, 1950-1982*, Quito, UNFPA-Corporación Editora Nacional, p. 97-185.
- CUVI, (M.) y URRIOLO, (R.), 1988, "Oleaginosas, cereales y agroindustria en la Costa ecuatoriana", en Gondard (P.) et al. (Coord.), *Transformaciones Agrarias en el Ecuador*, Quito, CEDIG-IPGH-ORSTOM-IGM, p. 95-107.
- DELAUNAY, (D.), 1987 a, "Migraciones internas en el Ecuador 1950-1982", *Documentos de Investigación, Serie Demografía y Geografía de la Población N° 4*, Quito, CEDIG, 165 p.
- DELAUNAY, (D.) et al, 1985, "Poblaciones de las parroquias, Ecuador 1950-1982", *Documentos de Investigación, Serie Demografía y Geografía de la Población N° 1-2*, Quito, CEDIG, p. 18-69.
- DELAUNAY, (D.), 1987 b, "Ecuador: Cartografía de las poblaciones parroquiales", *Documentos de Investigación, Serie Demografía y Geografía de la Población N° 5*, Quito, CEDIG, 64 p.
- ELIZAGA, (J.C.), 1979, *Dinámica y Economía de la Población*, Santiago de Chile, CELADE, 592 p.
- FARRELL, (G.) et al., 1988, *Caminantes y Retornos*, Quito, IE, 167 p.
- INEC, 1981, *Encuesta de migración urbana de la Sierra, junio-agosto-1977*, Quito, INEC, 163 p.
- INEC, 1981, *Migración Internacional - 1978*, Quito, INEC, 57 p.
- INEC, 1985, *IV Censo de Población 1982, resultados definitivos, resumen nacional, Ecuador-noviembre de 1982*, Quito, INEC, 458 p.
- INEC, 1987, *IV Censo Nacional de Población y III de Vivienda 1982, Resumen Nacional, Breve análisis de los resultados definitivos*, Quito, INEC, 92 p.
- INEC, 1988 a, *Anuario de Estadísticas de Migración Internacional-1987*, Quito, INEC, 65p.
- INEC, 1988 b, *Anuario de Estadísticas Vitales (Nacimientos y Defunciones), Ecuador - 1987*, Quito, INEC, 459 p.
- LARREA, (C.), 1985, "El sector agroexportador y su articulación con la economía ecuatoriana durante la etapa bananera (1948-1972): subdesarrollo y crecimiento desigual", en LEFEBER, (L.), (ed.), *Economía Política del Ecuador, Campo, Región, Nación*, Quito, CEN, CERLAC, FLACSO, p.35-90.
- LARREA, (C.), 1986, "Crecimiento urbano y dinámica de las ciudades intermedias en el Ecuador (1950-1982)", en *El Proceso de Urbanización en el Ecuador (del siglo XVIII al siglo XX)*, Quito, El Conejo-CIUDAD, p. 97-132.
- LENTZ, (C.), 1988, "Los "Pilamungas" en San Carlos", en PACHANO (S.), (ed.), *Población, Migración y Empleo en el Ecuador*, Quito, ILDIS, p.167-196.
- MAURO, (A.), *Albañiles Campesinos, Migración temporal de los obreros de la construcción*, Quito, CIUDAD, 136 p.
- PACHANO, (S.), 1988, "Los estudios sobre migraciones, población y empleo en el Ecuador", en PACHANO, (S.), (ed.), *Población, Migración y Empleo en el Ecuador*, Quito, ILDIS, ... p.
- PAPAIL, (J.), 1986, "Migración y fuerza de trabajo en el agro serrano ecuatoriano: Algunos problemas ligados al uso de las estadísticas censales", en Lê Châu (editor), 1986 *Investigación agraria y crisis, Venezuela, Colombia, Ecuador, Perú, Bolivia*, Quito, Corporación Editora Nacional -ORSTOM- Junta del Acuerdo de Cartagena, p. 393-407.
- TRUJILLO, (J.), 1988, "La colonización en el Ecuador" en Gondard (P.) et al. (Coord.), *Transformaciones Agrarias en el Ecuador*, Quito, CEDIG-IPGH-ORSTOM-IGM, p. 59-70.

**TERCERA PARTE**  
**LA MUTACION VITAL**



## LA FECUNDIDAD

Daniel Delaunay  
ORSTOM

Durante la mitad del presente siglo, el Occidente descubre el crecimiento demográfico de los países pobres y, como Malthus al inicio del capitalismo, se preocupa por el fenómeno. De las numerosas investigaciones nacidas de esta inquietud, resulta que la fecundidad es mejor conocida que la mortalidad. Sin embargo, ningún análisis está seguro de prever el sorprendente ritmo que a veces anima, muy diferente del modelo europeo, la transición demográfica del Tercer Mundo. No estaba prevista, por ejemplo, la fuerza de la declinación de la fecundidad ecuatoriana durante los años de la presente crisis.

Un primer ofuscamiento nacido del temor malthusiano fue sin duda el asimilar la transición demográfica al solo descenso de la fecundidad, una restricción que lleva muchas veces a despreciar sus interrelaciones con los otros componentes de las evoluciones demoeconómicas. Ha sido reconocido el influjo de la mortalidad, en particular la de los niños, pero los estudios minimizan la compleja sinergia entre el nacimiento, la muerte, y las migraciones; un conjunto de causas que interfiere en la dinámica de las poblaciones, modifica sus estructuras y los equilibrios demográficos regionales.

Víctima de los valores humanitarios en juego, el análisis, particularmente la Encuesta Mundial de Fecundidad, privilegió la observación de factores intermedios que se espera sean más dóciles a la política de los Estados. Así es cómo la lactancia, la edad al matrimonio, la contracepción se reconocen como decisivas en el cuadro restringido del aparato estadístico a nuestra disposición. ¿Pero son estas variables fundamentales en la cadena de las causalidades?

De manera general, la observación refuerza la idea clave de la teoría que supone una declinación de la fecundidad asociada al desarrollo social, a la mejor situación económica a la "modernidad" como se dice de modo impreciso. Pero no se sabe analizar bien los dinamismos profundos de esta mutación, discernir su complejidad, medir su impacto. Esta falencia se hace patente cuando se trata de explicar la configuración espacial de la fecundidad en un país tan diversificado como el Ecuador.

Ilustramos este punto con una observación que subraya los límites del análisis factorial y aboga en favor de una lectura espacial y global de la transición demográfica. La evolución de la natalidad ha presentado un sincronismo sorprendente e inexplicado en los pueblos diferenciados por la historia y el nivel de las fuerzas productivas. Los países anglosajones de ultramar (Australia, Canadá, Estados Unidos, Nueva Zelanda) manifiestan una común vitalidad demográfica nueva desde 1942, que los llevará casi a doblar su fecundidad hacia 1960. Ahora bien, los europeos no esperan el fin de las hostilidades para iniciar, exactamente en la misma fecha, el "baby-boom" de la postguerra. Esta recuperación de la natalidad sigue la depresión igualmente demográfica de los años de crisis, prácticamente general en el mundo occidental (1). El descenso de la fecundidad a partir de 1964 no parece menos enigmático: se instala un poco en todas partes en Europa con diferencias del orden de un año, dos para Italia (Azevedo, 1983). Ahora bien, el movimiento alcanza inmediatamente la mayoría de los países del Tercer Mundo sometidos a la influencia occidental, norteamericana o japonesa. En el Ecuador desciende la fecundidad precisa-

mente en 1964, en la misma época que en el conjunto del mundo industrial a pesar de los evidentes desfases económicos y de claras particularidades culturales.

El presente estudio intenta delinear una imagen tan justa como posible de los dinamismos de la fecundidad ecuatoriana cuyo ajuste —rápidamente presentado en el preámbulo— ha sido ideado para precisar su configuración espacial.

La primera parte estará dedicada a la descripción geográfica del nivel y de las tendencias de la fecundidad ecuatoriana en el marco latinoamericano. Luego vendrán las explicaciones, que no podrán tener más precisión que las raras estadísticas capaces de explicar las diferencias establecidas.

La geografía de la transición vital (2), sus sincronismos como sus contrastes, ofrecerá la clave de una lectura atenta a una doble diferenciación:

- de naturaleza *territorial* en los límites impuestos por la naturaleza o la sociedad;
- la *reticular* que resulta de una transición económica conforme a las redes instaladas de la circulación de los bienes y de los hombres (ver capítulo 4).

## 1. LA MEDIDA DE LA DUDA

Imperfectas, las cifras no descubren sino una parte de una realidad por lo mismo difícil de reconstituir. Las fuentes de información son tan desiguales como múltiples, cuando no contradictorias. Si las estadísticas vitales son incompletas, las encuestas especializadas, más precisas sin ser integrales, pecan de puntuales en el tiempo o de cobertura espacial poco afinada. Observadores atentos de la geografía de la población ecuatoriana, hemos dado preferencia a las informaciones exhaustivas (de las estadísticas censales y vitales) tratando de corregir su mala cobertura por métodos de estimación indirecta (3).

La integralidad del registro de los nacimientos varía de un lugar a otro, pero también en el tiempo, según el rigor administrativo: ciertas poblaciones aisladas, así como algunas minorías étnicas ignoran a la autoridad central. En general, la declaración del nacimiento es necesaria en la vida civil, pero algunos esperan la edad adulta para regularizar sus documentos y a veces mueren en el entretanto. Así la cobertura de las estadísticas mejora con la mortalidad declinante de los niños.

La corrección de las estadísticas de la natalidad presenta ciertas dificultades singulares. En contraposición a la mortalidad, la rectificación continua del subregistro de las estadísticas vitales es imposible, sólo la estimación puntual y aproximada de la fecundidad provincial de las mujeres empadronadas en 1974 y 1982 puede ser calculada. Su memoria es entonces susceptible de falla

tanto para el número de sus hijos cuanto respecto a la fecha de su nacimiento. Los métodos ideados para recuperar esta omisión, en particular el de Brass (1974, 1985) (llamado de los cocientes P/F) lamentablemente son dudosos en situación de transición demográfica. En efecto, es cosa bien especificada que estas técnicas indirectas basadas en la comparación de las tasas por período y de las parideces medias declaradas, no tienen validez sino para una fecundidad que ha evolucionado poco en los años recientes, particularmente entre las mujeres jóvenes sobre las cuales se apoya la estimación de integridad. La presente revolución demográfica debilita el crédito de estas correcciones, de las que no se sabe si miden la integridad de las declaraciones o la variación de la fecundidad (4). Las variantes ideadas para eludir la hipótesis irreal de una fecundidad estable llevan a resultados decepcionantes, en parte porque la cobertura del registro civil varía durante los lapsos que nos interesan. Observamos finalmente que la Encuesta Nacional de Fecundidad de 1979 quita valor al método, pues da un nivel menor situado grosso modo en el centro de los valores observados y corregidos para la fecundidad del momento. La prudencia sugiere atenerse a esta estimación media y probable para el ajuste del fenómeno en todas las provincias. Los valores deducidos aquí se apoyan en las correcciones operadas con los primeros nacimientos para 1982 (5), siendo esta variante menos sensible a los cambios de la fecundidad.

Las cifras conservarán alguna parte del secreto. Cabe señalar las incertidumbres más frecuentes.

a. Los niveles de la fecundidad provincial no son conocidos con precisión antes de los años setenta por la imposibilidad de apoyarse en el cálculo censal de las parideces (realizable desde 1974) en una época de registros especialmente defectuosos (6). Los valores antiguos son extrapolados a partir de los censos y siguiendo la tendencia que indican las estadísticas vitales, en las que se supone un mejoramiento progresivo. En los casos de una falla radical de los datos, especialmente en la provincia de Esmeraldas, la tendencia está calcada sobre una región vecina al comportamiento semejante hoy día.

b. El crédito que se atribuye a las variaciones anuales de la fecundidad debe ser cuestionado. Pensamos que la procreación es más estable que la mortalidad de los niños expuestos a las epidemias, cuya muerte precoz probablemente altera el registro de nacimientos muchas veces declarados con atraso. De este modo, pero tal vez también por una influencia directa sobre la salud de las madres embarazadas, ciertos accidentes climáticos son visibles en las modificaciones de la fecundidad, como la sequía de Loja en 1968.

c. Hasta 1975, las estadísticas de los nacimientos seleccionaban la fecha del registro y no la del nacimiento. A partir de esta fecha, las declaraciones tardías

(las que no son presentadas el año del nacimiento del niño) son clasificadas según la fecha efectiva del acontecimiento. Esta confusión entre los nacimientos declarados y efectivos sería despreciable si el calendario de las rectificaciones permaneciera constante, lo que parece dudoso. Es preciso señalar en primer lugar la importancia de los retrasos, en general más numerosos en la Costa que en la Sierra y paradójicamente más largos en las capitales regionales que en el conjunto del país. Una buena mitad de estas negligencias son corregidas el año que sigue el nacimiento del niño, el resto se reparte en una decena de años. Sin embargo la parte creciente de estas declaraciones tardías es inquietante, hace sospechar el mejoramiento progresivo de los registros. Júzguese: el 17% de los nacimientos acaecidos en 1976 son registrados los años siguientes, esta proporción pasa al 30% para los acaecidos en 1983 y esta cifra es provisional porque está recopilada en 1986 (7).

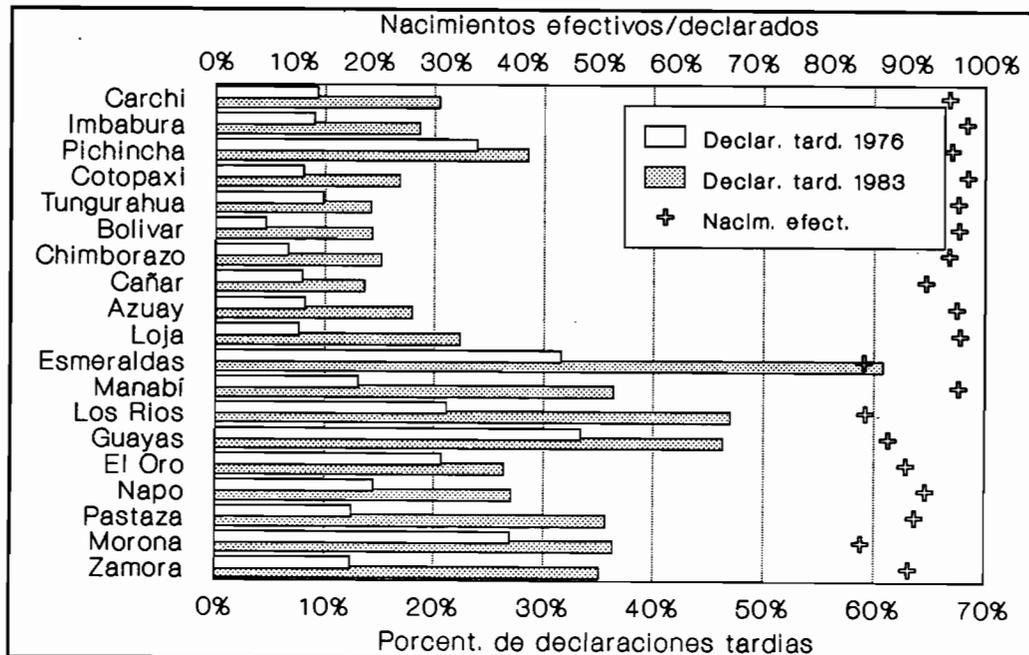
Este desprestigio persistente respecto a las estadísticas vitales, si tuviera que ser confirmado, matizaría el retroceso excepcional de la fecundidad durante el presente decenio. Se puede pensar sin embargo que ciertos acontecimientos omitidos antes se declaran ahora pero con retardo, mejorando los registros al mismo tiempo que inflan las declaraciones tardías. En pro de esta hipótesis, comprobamos que son más numerosas en las metrópolis con registros mejor llevados. Esta recrudescencia de las declaraciones tardías podría provisionalmente resultar de un acortamiento de los plazos entre el nacimiento del niño y su declaración. En efecto, los nacimientos registrados estos últimos años, especialmente en 1983, tienden a superar del 3% al 15%

los nacimientos efectivos indicando una recuperación. Estas dos interpretaciones abogan en favor de los nacimientos efectivos corregidos de las declaraciones tardías, en ruptura con las estadísticas anteriores a 1975.

d. El retardo en la inscripción de los nacimientos por parte de los padres introduce ciertamente un error sobre la edad de la madre al alumbramiento en los casos en que se inscribe la edad del momento de la declaración. Conviene señalar (8) la nueva reglamentación de 1966 susceptible de haber aplazado, incluso disuadido, las inscripciones. Ahora bien, la baja de la fecundidad se manifiesta en este momento preciso en varias provincias y precede una sensible estabilización del fenómeno que podría atribuirse al proceso de rectificación de estas negligencias.

e. La divergencia entre las estadísticas consignadas en el numerador y el denominador de las tasas introduce una nueva dificultad. Las definiciones no coinciden: los nacimientos se clasifican según la residencia de la madre mientras que los censos enumeran a las mujeres presentes (9). Por esta razón, las fecundidades urbanas y rurales (10) se han deducido de la sola paridez censal. Conviene así mismo contar con la incertidumbre relacionada con el empadronamiento de las poblaciones de referencia, sobre todo las que manifiestan una franca hostilidad hacia los agentes del censo. Es necesario precisar que las correcciones efectuadas son relativas: toman en cuenta la cobertura de las estadísticas vitales con relación a la de los datos censales (11). Finalmente, el crecimiento de las poblaciones provinciales no es regular de un empadronamiento a otro, sobre todo cuando las migraciones son intensas o súbitas. Una brusca

Fig. 1. Importancia de las declaraciones tardías



modificación de la población repercutirá más rápidamente en las estadísticas anuales de los acontecimientos vitales que en los censos, pues la interpolación de las poblaciones de referencia es regular.

Pero tranquilizamos al lector: los valores ajustados son bastante seguros para cimentar los análisis que vendrán a continuación y las dudas siguen siendo mínimas en la amplitud de los movimientos reales. La encuesta nacional de 1979 confirma nuestras estimaciones que se revelan ligeramente superiores, en parte por tomar en cuenta las fecundidades excepcionales de la Amazonía. Sistemáticamente se ha buscado la coherencia con los otros componentes de la transición demográfica: los crecimientos naturales así evaluados para cada provincia son cercanos a los valores dados por los censos, descontadas las migraciones.

## 2. EL ORDEN Y LA FUERZA DE LAS MUTACIONES

### 2.1. El ejemplo del mundo

La transición vital es un fenómeno mundial y se sabe que, tarde o temprano, afectará a toda nación. Las simultaneidades señaladas en las fechas claves de 1942 y 1964 dan el ritmo y la dimensión planetarios del fenómeno. En el espacio demográfico ecuatoriano y mundial, los movimientos de la fecundidad sacan pro-

vecho de la fluidez del espacio reticular y chocan contra la inercia territorial de las regiones enclavadas. Sólo para los países poco desarrollados Chesnais (1986: 118) reconoce un calendario en cuatro tiempos.

a. El primer impulso se manifiesta en América Latina entre las poblaciones inmigrantes de origen europeo: Argentina en 1885, Uruguay un decenio más tarde, Chile probablemente hacia 1915-1920. Siguen, poco después, los países de la Europa del Sur de donde parte la migración.

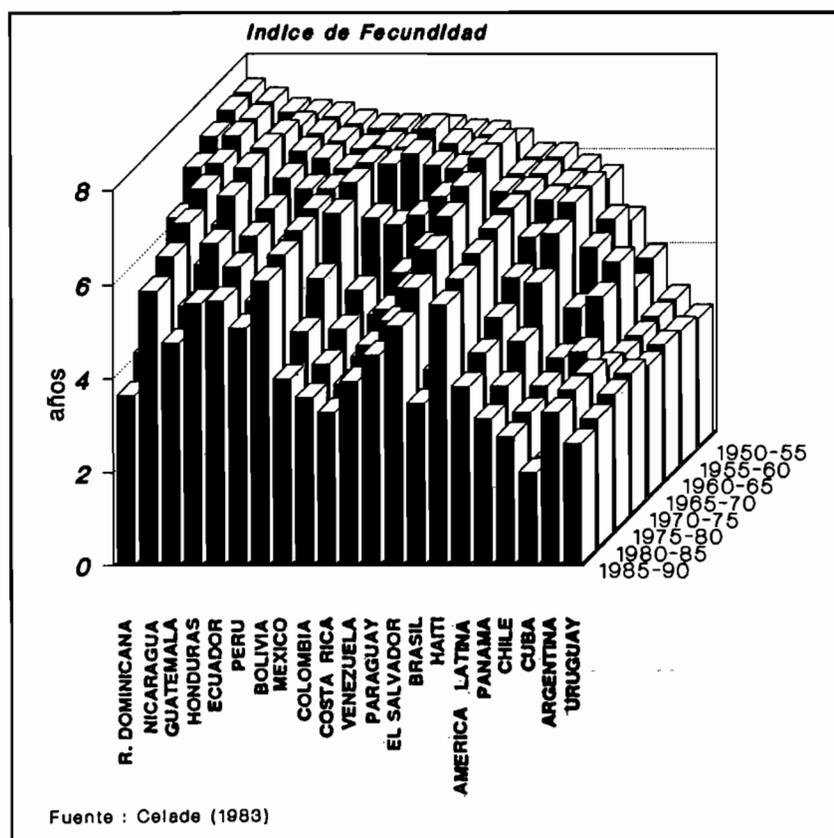
b. A mediados de los años cincuenta, declina la fecundidad en las pequeñas sociedades densas, generalmente insulares, que caracteriza su apertura marítima hacia el exterior. Esto concierne sobre todo a Chipre en 1950, luego a Formosa, Singapur, Sri Lanka. Vienen a continuación en América Latina, los países de dimensión reducida situados en la zona de influencia de los Estados Unidos: Puerto Rico, Trinidad y Tobago, Guayana Británica y Cuba.

c. Durante los años sesenta se opera el viraje decisivo entre los países más poblados del mundo (China, India y Brasil), todos marítimos. Esto es válido para América Latina donde Venezuela, Colombia, Costa Rica, Panamá y el Ecuador se encaminan en ese mismo momento hacia la revolución contraceptiva.

d. Las mutaciones tardías caracterizan en adelante a las poblaciones más pobres o enclavadas de los países andinos, Perú, Bolivia. En esta época el descenso comenzaría en el Salvador, el Paraguay y en muchos países musulmanes (Marruecos, Argelia, Irán, Paquistán).

Las estadísticas continentales de la figura 2 contienen una lección. Se observará que los datos estimados por el CELADE (1983) para el Ecuador se apartan considerablemente de la realidad descrita, aparentemente más próxima a la situación de Colombia. Exceptuados algunos países (Argentina, Cuba) los Estados empadronan mal a sus habitantes, los que mueren y los que nacen. Aprovechando de esta laguna, las previsiones internacionales fueron probablemente alteradas por la preocupación de justificar las intervenciones contra el vigor demográfico de las poblaciones involucradas.

Fig. 2. El Ecuador en América del Sur



## 2.2. Las fecundidades previas a la transición

Una fecundidad "incontrolada", es decir sin contracepción, probablemente nunca alcanza los límites teóricos de la reproducción humana. Se la designa no obstante como natural. Este calificativo algo engañoso desemboca sin embargo en una definición estadística simple y precisa: el número de niños por venir es independiente del número de nacimientos anteriores. En otras palabras, las probabilidades de aumento no están ligadas a la descendencia lograda para una duración de matrimonio y para una edad determinadas. Como lo subraya L. Henry, inventor del concepto, la noción de fecundidad natural es ante todo empírica, y se define por la ausencia de limitación voluntaria de los nacimientos en las parejas.

El nivel más alto de la fecundidad natural (12) se encontró entre los Huteritas. Entre 1921 y 1930 las mujeres de esta secta religiosa del Dakota del Norte casadas a los veinte años tenían en promedio una descendencia final de 10,9 niños (Tietze, 1957: 89-97). Con la revolución industrial, el límite fisiológico de la fecundidad probablemente se benefició del progreso sanitario. La duración de la vida fecunda de una mujer se habría alargado por la disminución de la edad en las primeras menstruaciones (Biraden, 1982: 3-10) y por el retardo de la menopausia; la esterilidad habría disminuído y la capacidad de fecundación (probabilidad de concebir por ciclo menstrual) se habría acrecentado (Kuczynski, 1938).

Según Kuczynski (Ibid), la natalidad nunca habría superado los índices de sesenta y cinco nacimientos por mil habitantes, marcas observadas en algunas localidades de la Rusia del último siglo. Hecho notable, ciertas provincias de la Costa ecuatoriana se han podido beneficiar de índices parecidos hacia 1960, gracias a veces a una inmigración favorable. La provincia de Manabí, cuya vitalidad demográfica se ha señalado desde finales del siglo XVIII (Hamerly, 1973), alcanzaba probablemente índices comprendidos entre cincuenta y siete por mil (observados) y sesenta por mil (ajustados). Los promedios nacionales en esta época están enre las más fuertes natalidades registradas en el continente.

Se comprobará que esta fecundidad, antes de la revolución contraceptiva de los años sesenta, no es uniforme. Esta diversidad ilustra la desigual aptitud de los pueblos para reproducirse, disposición que en lo esencial se inscribe en el espacio territorial por el juego de las coacciones naturales, fisiológicas pero también en conformidad con los usos y costumbres que rigen las comunidades. Los primeros factores tendrían sin embargo una incidencia moderada al lado de las reglas sociales del matrimonio (edad de la unión y soltería definitiva), de la prescripción religiosa sobre costumbres sexuales. En las metrópolis, donde el descenso de la fe-

cundidad interviene a partir de un nivel inicial más bajo, son antiguas las incitaciones a una reproducción moderada y a probables prácticas contraceptivas. Mujeres pioneras deben haber reducido su descendencia en proporciones inusuales para la época.

## 2.3. Las premisas paradójicas de la mutación

Una fecundidad declinante fue paradójicamente anunciada por un ligero aumento de la capacidad reproductiva de la mujer ecuatoriana. Las informaciones compiladas por Merlo (1971) revelan una disminución sensible de la natalidad de 1930 a 1950, cuando interviene un aumento hasta 1964. ¿Se trata del efecto de una estructura por edad modificada por la transición? Sí, en lo que se refiere al descenso de 1930 a 1950, en la medida en que la mortalidad retrocede fuertemente durante este período y se rejuvenece la población gracias a una mejor supervivencia de los niños. Entonces el número relativo de las mujeres en edad de procrear disminuye y hace bajar las tasas de natalidad (13). Más tarde, el mecanismo en sentido contrario confirma la subida de la fecundidad de 1950 a 1964.

Todas las evoluciones provinciales atestiguan este aumento, en particular el de la tasa de reproducción neta. Vacilamos en precisar mejor esta recrudescencia porque coincide con una mejora sensible de las inscripciones (14). La tendencia sin embargo se confirma en la mayoría de los países latinoamericanos.

En 1955, una ecuatoriana es reemplazada por 2,48 hijas en edad de dar a luz, lo que corresponde a una tasa intrínseca de crecimiento de 3,13% por año (15). La tasa neta de reproducción del momento aumenta hasta alrededor de 1965 (entonces es de 2,72) para volver a encontrar su nivel de 1955 en los años setenta. Pero esta evolución se debe tanto a la baja de la mortalidad de las hijas cuanto al aumento de la fecundidad de las madres: la tasa bruta de reproducción presenta una mejor estabilidad porque no toma en cuenta la supervivencia del niño hasta su pubertad.

Este incremento moderado acompaña ciertamente los progresos sanitarios y la baja concomitante de la mortalidad de los adultos que alarga la duración de las uniones y la vida fecunda de las madres. La mejor salud de las mujeres favorece su fecundidad cuando desaparecen ciertas enfermedades infecciosas responsables de su esterilidad. El abandono de la lactancia materna acentúa la tendencia.

Las explicaciones no son tal vez suficientes cuando las fechas registradas de este fenómeno confirman un movimiento circunstancial compartido con el mundo occidental de 1942 a 1964 ya señalado en la introducción. Se encuentra este ciclo en los países latinoamericanos de estadísticas confiables, Argentina y Cuba (16),

Mapa 1. La natalidad provincial en 1955

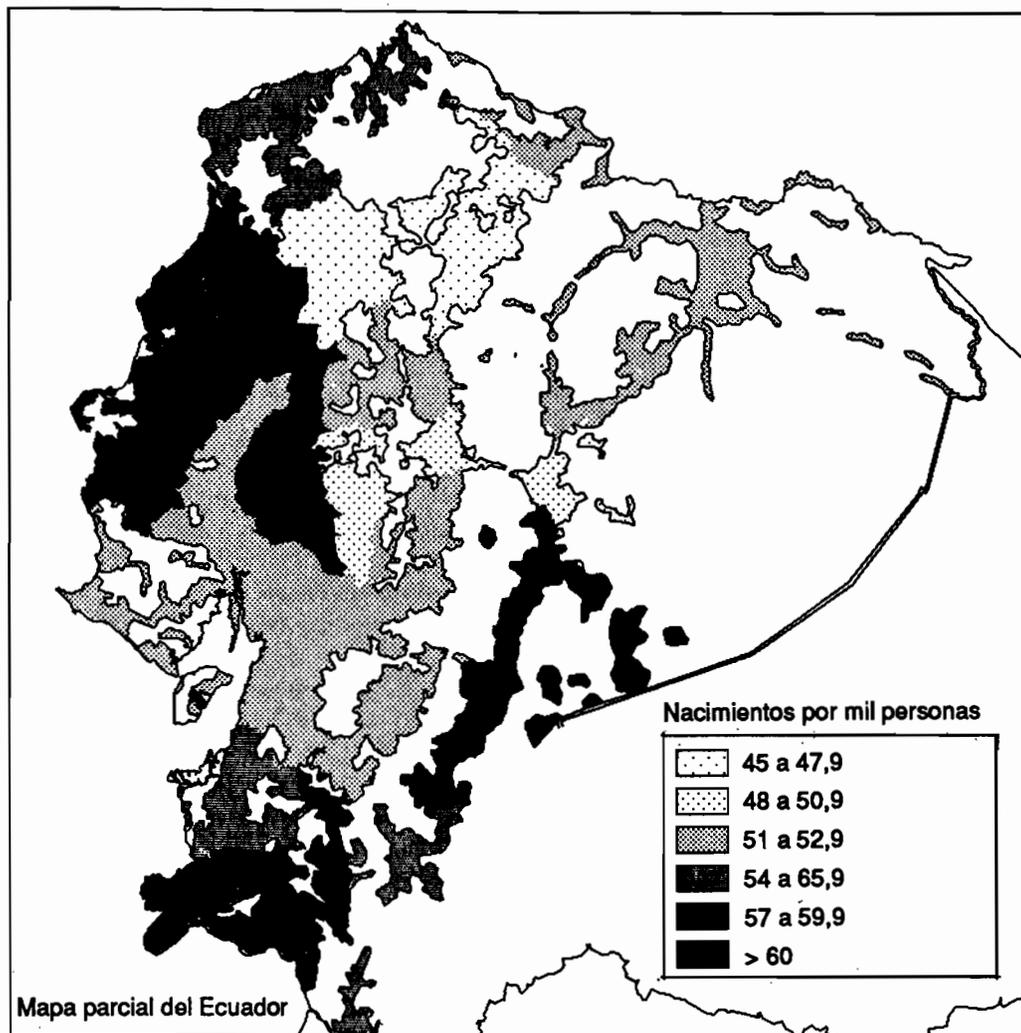
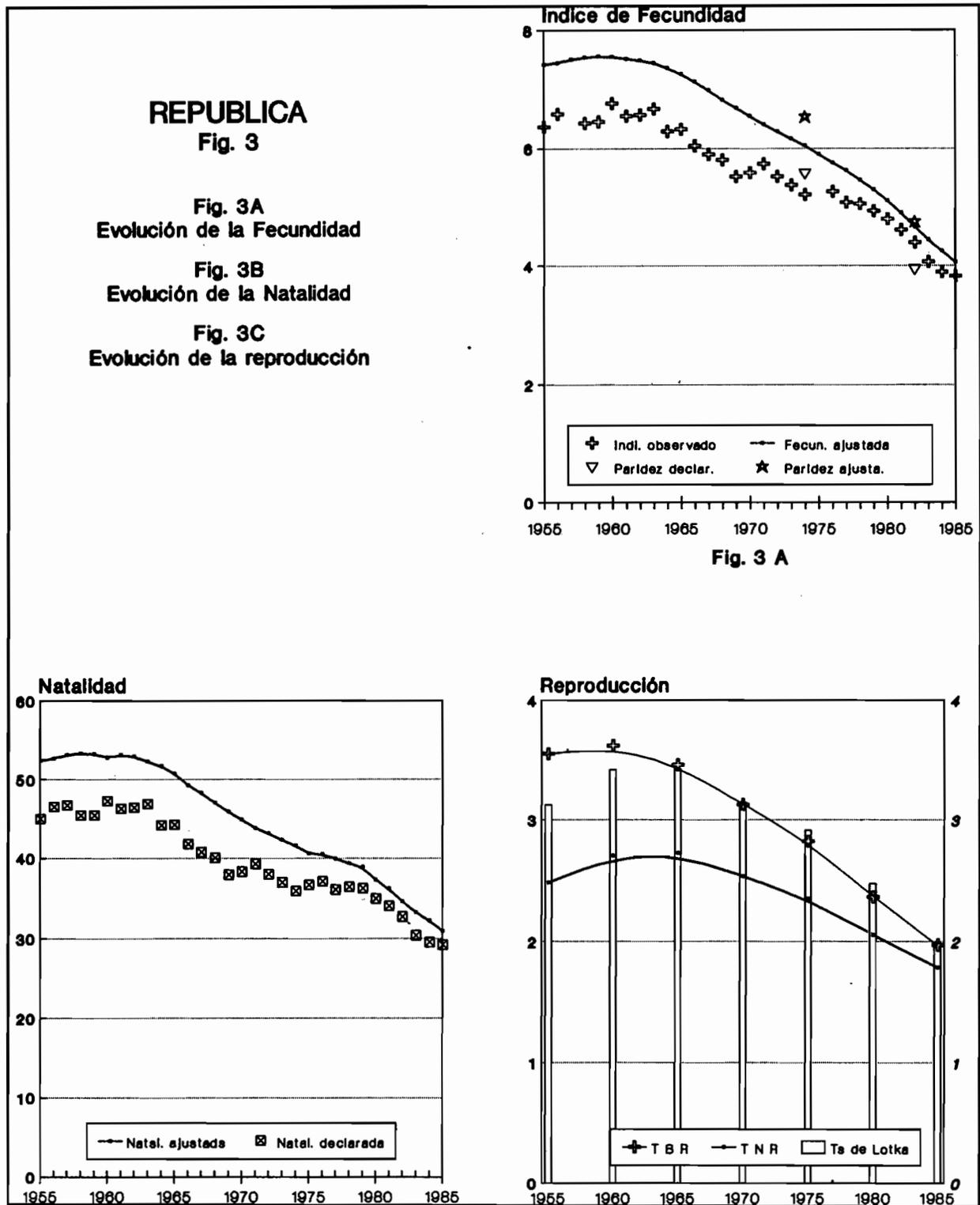


Fig. 3. Evolución de la fecundidad en Ecuador



y no se lo puede descartar para el Ecuador, principalmente en las metrópolis afectadas por la gran crisis y luego sensibles a la recuperación económica de la post-guerra. No hay que excluir una mejora coyuntural de la fecundidad.

**2.4. La revolución contraceptiva**

Si la baja del índice de la fecundidad ecuatoriana sorprende precisamente desde 1964 es por su sincronía con la misma ruptura en numerosos países del mundo.

Pero al observar el calendario provincial, la coincidencia es menos general que en los promedios nacionales. La declinación es franca y definitiva desde 1964 en las provincias de Pichincha, Los Ríos, Guayas. Durante los años siguientes se instala en Carchi, tímidamente en Imbabura, Azuay, Manabí, El Oro. La ruptura parece sobrevenir en la misma fecha en la provincia de Loja pero la sequía y el éxodo perturban la evaluación. El mismo fenómeno se da en la provincia de Esmeraldas, pero la fecundidad declarada, muy imperfectamente, parece volver a subir en los años ochenta. Las provincias amazónicas no presentan un retardo a la medida de su enclavamiento; todas entrarían en mutación demográfica a comienzos de los años setenta. Finalmente, las poblaciones indígenas andinas son las que aparecen más reticentes en modificar su comportamiento reproductivo. La baja de la fecundidad es muy moderada en Imbabura hasta 1975, realmente sensible a partir de esta fecha en Cotopaxi, Bolívar, Chimborazo.

Los demógrafos del Centro de Análisis Demográfico (CAD, 1974) piensan que la modificación fue provocada por una legislación más severa: la Ley de Registro Civil, Identificación y Cedulación codificada se promulgó en 1966. La nueva reglamentación, al castigar a los ciudadanos en situación irregular o en retraso, habría podido disuadir ciertas inscripciones. Pero esta explicación no parece aceptable puesto que la baja se instala de manera neta y definitiva dos años antes de la ley (17), la cual no parece perturbar a las poblaciones provinciales tradicionalmente reticentes a las obligaciones administrativas. Es notorio, en cambio, que esta reglamentación ha incitado a los padres a alterar la fecha del nacimiento del niño para evitar la multa, práctica que tiende a inflar las inscripciones después de esta fecha y por tanto compensar las omisiones inducidas por la reforma administrativa. ¿Y por qué no creer que los rigores de la ley tuvieron un efecto persuasivo en favor de las inscripciones?

Esta época es de progreso social, gracias principalmente a la reforma agraria iniciada en julio de 1964, pero la baja de la fecundidad es entonces un fenómeno exclusivamente urbano. La sincronía con el mundo se observa en las provincias abiertas, las de las metrópolis Quito y Guayaquil cuyo peso demográfico modifica los promedios nacionales, pero también donde predomina la agricultura de exportación (Los Ríos).

La declinación de la fecundidad se mantiene a un ritmo muy regular hasta 1969, momento de una ligera recuperación que dura dos años. Se puede invocar un mejoramiento de las estadísticas vitales cuyas causas permanecerían oscuras. La breve recrudescencia se manifiesta de preferencia en las regiones de fuerte inmigración, en particular en las partes bajas meridionales costeras y orientales. En la provincia de Zamora Chinchipe, que recibe el mayor contingente de migrantes lo-

janos, el índice de fecundidad del momento se sitúa de nueve a diez niños por mujer entre 1968 y 1972 (cf. figura 20). En estas provincias, en efecto, el brusco aflujo de poblaciones de fuera aumenta el número de nacimientos pronto declarados en las oficinas del registro civil mucho antes de que los inmigrantes sean empadronados por los agentes del censo, y luego distribuidos en todo el período intercensal. Así las tasas se encuentran exageradamente infladas.

Esta explicación no es válida para el conjunto del territorio donde los flujos se compensan y donde no obstante el renuevo de la fecundidad declarada se mantiene, aunque más modestamente. La incidencia de un sesgo estadístico es plausible después de una depresión inhabitual de la mortalidad de los niños en estos años (1970-1971), ciertamente favorable a la declaración de su nacimiento.

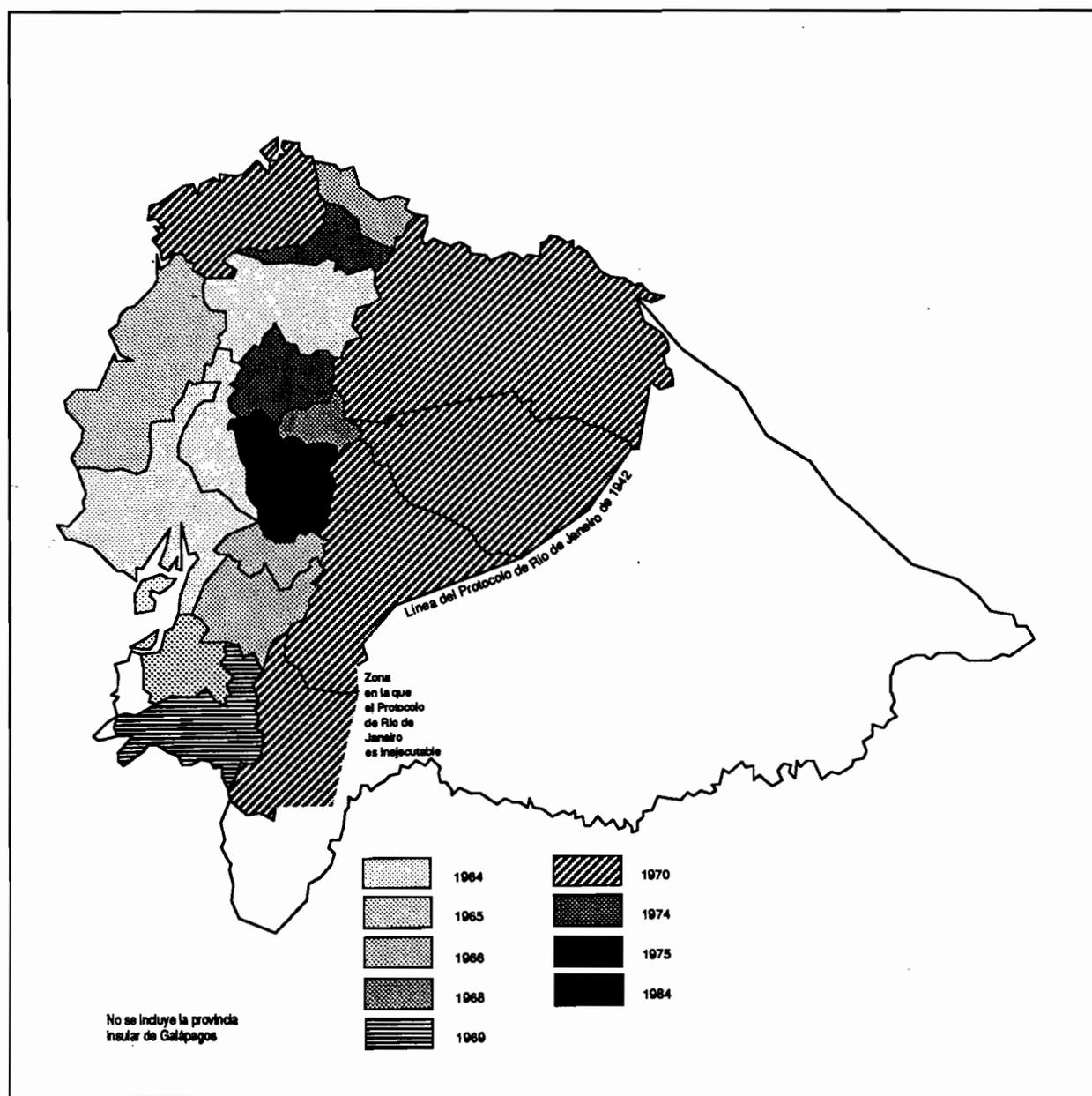
## 2.5. La estabilización relativa de los años 1975-1980

Muy sostenida durante la segunda mitad de los años sesenta, la declinación de la fecundidad parece moderarse en el siguiente decenio, en particular en torno a 1975. Esta fase es manifiesta para la natalidad observada de la República en 1975 a 1979, en la Sierra de 1972 a 1980, un poco más tardíamente en la Costa (1974-1979) y más todavía en el Oriente (1977-1980). Cada provincia respeta el calendario de la región que la engloba a excepción de Bolívar y Chimborazo, provincias mal censadas y tan enclavadas como la región meridional de Loja de evolución igualmente autónoma. La estabilización aparece franca y durable en la provincia de Cañar (1974 a 1981), excepcional en la provincia de El Oro, anormal en la de Esmeraldas de estadísticas particularmente defectuosas. El fenómeno se observa muy claramente en las capitales regionales.

En verdad, muchos países del mundo, principalmente europeos, viven en este momento una modesta estabilización e incluso una tímida recuperación de su fecundidad. Pero en el Ecuador, la pausa podría ser una ilusión de las cifras puesto que está mejor marcada donde los datos son deficientes. Y es que durante este período, las tendencias ajustadas no conocen esta templanza y se aproximan a los valores señalados por el registro civil cuya calidad se mejora en esta época. Conviene recordar que la mortalidad infanto-juvenil cede más ampliamente desde 1972-1973 con el esfuerzo sanitario permitido por la prosperidad petrolera.

Esta reserva estadística no debe llevar a desestimar el impacto demográfico de las reformas sociales y agrarias de los años 72-74 por el hecho, en particular, de las migraciones que facilitan. Este influjo es patente en Guayas y Pichincha, El Oro y el Azuay donde los inmigrantes no modifican su fecundidad tradicional sino con un tiempo de adaptación al modo de vida urbana. El

Mapa 2. Fechas del comienzo de la transición vital



efecto estructural de las migraciones se confirma por una estabilización muy clara de las tasas de natalidad en las provincias citadas.

## 2.6. Los años ochenta

Los valores observados de la natalidad como de la fecundidad vuelven a encontrar un ritmo de decrecimiento rápido desde 1979 en la Costa, un poco más tarde (1982) en la Sierra pero aún no en el Oriente amazónico. En la Costa, después de cuatro años de un fuerte retroceso (cerca de un niño y medio), la evolución señala un descanso. Tales variaciones pueden ser de naturaleza coyuntural: en la medida en que las catástrofes naturales que soportan las poblaciones costeñas en esta época serían funestas para los recién nacidos y disuadirían la declaración de sus nacimientos. Pero se puede dudar de la validez de las estadísticas vitales, incluso en 1980, al recordar el sensible alargamiento de los retardos en el registro de los nacimientos. Será necesario esperar los próximos años para juzgar de un posible deterioro o ajustes más precisos que conservarían el ritmo corto de las variaciones de la fecundidad (18).

En muchas regiones, la baja de los años ochenta es la más rápida jamás registrada. Cabe señalar las provincias del Carchi, Pichincha, Los Ríos, pero también desde 1984 las de Cotopaxi, Cañar, Azuay; correspondiendo el récord a la provincia de El Oro. En contraste, destacan otras regiones por la temperancia de su transición que debe atribuirse a su aislamiento: Amazonía, las provincias de Chimborazo, de Bolívar.

Las interpretaciones, sobre la base de estas únicas observaciones, serían muy especulativas antes del análisis de las variables susceptibles de precisar la naturaleza de las evoluciones estudiadas. Pero ya son dignos de notarse dos fenómenos:

- el sincronismo del inicio de la mutación con los movimientos de la fecundidad en el mundo y las reformas sociales de los años sesenta en América Latina, que estimula la Alianza para el Progreso;
- en muchos casos la rapidez de la evolución parece descartar las previsiones pesimistas, entre ellas las de los servicios de las Naciones Unidas (19) que argumentaban en favor de las políticas maltusianas.

## 2.7. ¿Prever la evolución?

Es difícil atreverse a establecer previsiones sobre la base de las tendencias actuales, excepto para indicar grosso modo la duración total de la transición al presente ritmo. La legitimidad de estas extrapolaciones sumarias reside en la regularidad global de las evoluciones ajustadas: la fecha del fin de la transición (una simple renovación de las generaciones) (20) ha sido extrapolada prolongando la tendencia de toda la transición vital. Sin

embargo, el pasado nos recuerda cuán imprevisible es la reproducción de los hombres. La rapidez de los progresos comprobados en los veinte últimos años debe ser atribuida a una contracepción eficaz, hecho nuevo a partir de los años sesenta y cinco. Pero sería exagerado especular sobre una evolución tan rápida del tamaño deseado de las familias: era de 3,7 niños en 1965-67, pasa a tres niños en 1979 (INEC 1984: 173).

Por lo tanto, si el futuro confirma la evolución presente, habrá sido necesario menos de dos generaciones para que la mayoría de los ecuatorianos adapten su fecundidad al nuevo régimen de mortalidad. El retardo histórico de la transición acentúa su vigor, como lo recuerda Chesnais (1986: 128), pero existen otros casos de mutaciones repentinas: Alemania antes del nazismo divide su índice por tres (5 niños por mujer en 1900, 1,6 en 1933) y Austria vive una situación equiparable, lo mismo que Japón en los años cincuenta (Chesnais, 1986), Argentina y Cuba.

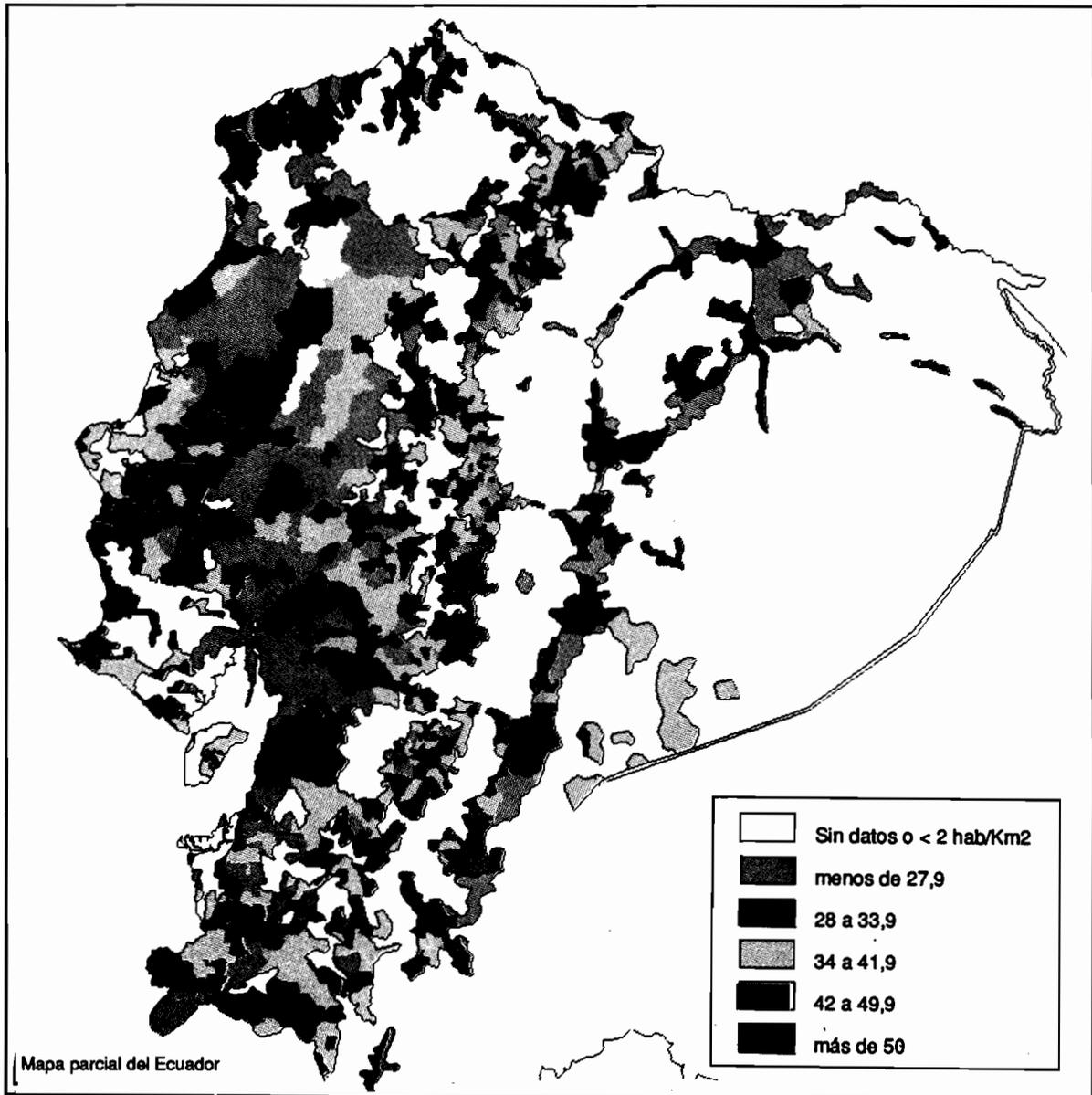
La mutación en Pichincha y Guayas podría tener este impulso: de más o menos siete niños por mujer en 1960 a unos dos en los años noventa. En cualquier otra parte, habría que esperar el próximo milenio para llegar a una reproducción simple de las poblaciones. En los Andes centrales y la Amazonía, se mantendrá una fecundidad excedente todavía durante más de una generación, lo que contribuirá a una creciente importancia de estas regiones.

## 3. LAS CONFIGURACIONES REGIONALES

Dos diferenciaciones del "espacio demográfico" aparecen de las observaciones que siguen. La primera es territorial y se manifiesta más claramente en situación de fecundidad natural: ésta es sensible a las particularidades naturales del lugar, a las características fisiológicas o culturales del grupo. La segunda se deriva del hecho de que la transición demográfica es selectiva, escoge sus localidades y sus mujeres, y así introduce un nuevo contraste cuya configuración será reconocida como *reticular*. Los orígenes fisiológicos o naturales de las antiguas diferencias se habrán de esfumar cuando se afirmen las motivaciones económicas de nuevos comportamientos reproductivos.

Pareció difícil juzgar los determinantes sociales de los nuevos regímenes de fecundidad fiándose en los datos censales o en las estadísticas vitales. Por consiguiente, se ha dado una atención particular a las formas espaciales que toma la difusión de la baja de la fecundidad. Esta lectura sugiere otras interpretaciones en términos de organización del espacio y de modo de producción. La fecundidad evoluciona más rápidamente que la riqueza, a veces precede el desarrollo social. ¿Así, el vigor particular de la transición demográfica durante la crisis económica del presente decenio no contradice una

Mapa 3. Configuración parroquial de la natalidad, hacia 1983-86



teoría que afirma la necesidad del desarrollo en esta evolución?

Al correr la transición, aparecerá un contraste acentuado entre las regiones enclavadas y los lugares de paso de los flujos, los cuales. Las ciudades por ejemplo: tienden a la conformidad. Esta variedad transitoria es tal que coexisten prácticamente todos los regímenes de fecundidad conocidos, a manera de capas geológicas; los más recientes diseñan un espacio de forma reticular.

Tengamos presente el mapa de la natalidad parroquial establecido para los años 1983-1986 (21); este mapa ilustra las observaciones que siguen. Esta imagen que ofrece el bosquejo espacial más fino, está tachada de sesgos estadísticos de consecuencias ciertamente molestas para el análisis (22). La disparidad de las tasas de natalidad, resultado de distorsiones estructurales, es en todo caso excesiva en las regiones de poblaciones fluctuantes, aisladas o muy desequilibradas.

Las natalidades bajas están ubicadas en las grandes ciudades y en sus alrededores. Se las observa igualmente en la parte próspera de la arboricultura de plantación del Guayas y, más al sur, en la región de Machala. Las natalidades medias, en términos nacionales, estarían en el interior del país: en medio de las hoyas de la sierra (Quito, Ambato, Cuenca), en el conjunto de la cuenca costera (eje Machala, Guayaquil, Quevedo, Santo Domingo). Las natalidades fuertes, en cambio, se encontrarían más bien en los márgenes, muchas veces cerca de las zonas deshabitadas. Se las observa alrededor de la cordillera occidental de los Andes del centro, en la parte seca de Manabí y en la región septentrional y costera de Esmeraldas, en la Amazonía (pero las avanzadas pioneras están mal censadas). Muchos contrastes son reveladores de una economía de tipo familiar: los pueblos negros a lo largo del río Mira hacia San Lorenzo, las poblaciones autóctonas del litoral en el eje Chone-Portoviejo, los indígenas de la región de Cañar, Alausí, Guaranda, Pujilí, etc.

### 3.1. Las capitales regionales

#### 3.1.1. Una natalidad homogénea

Si se clasifican las cabeceras de cantón (incluida su periferia rural) según un promedio de sus tasas de nata-

lidad entre 1984 y 1986, las capitales regionales se encuentran entre las diez más bajas, a pesar de la inmigración de la que se benefician. En conjunto, las principales ciudades andinas tienen una natalidad menor que muchas ciudades secundarias de la Costa. Una inmigración intensa en las áreas bajas explica en parte estas variaciones, como las que se encuentran entre Ambato, Riobamba y Quito.

El ajuste provincial de los datos urbanos y la inmigración favorecen las metrópolis y sin embargo el avance de Quito y Guayaquil no sobresale al lado de ciudades secundarias como Ambato, Cuenca, Machala. Las fecundidades alcanzadas en 1980 en las provincias de Pichincha o del Guayas, se observan cuatro o cinco años más tarde en el conjunto del país. Esta armonía de la natalidad en el espacio reticular formado por las ciudades merece ser señalado por lo fuertes que pueden ser las rupturas con los lugares contiguos: la vecina provincia de Cotopaxi esperará 1980 para descender al nivel de la fecundidad máxima de Pichincha antes de su mutación.

#### 3.1.2. La revolución contraceptiva de 1964

Antes de 1964, la fecundidad en las provincias de Guayas y de Pichincha es más baja que en otras partes pero aumenta ligeramente. La práctica de una regulación de nacimientos, que denota este nivel moderado de la fecundidad, apenas compensa las ganancias que introduce el progreso sanitario. La fecha de 1964 marca por tanto un viraje en la eficacia de los métodos contraceptivos más que en su aceptación y se piensa inmediatamente en la píldora difundida en esta época. Su uso está entonces restringido a algunas mujeres pero la inflexión está dada aunque no sea sino por la publicidad que la acompaña. La ruptura es tanto más clara en las metrópolis cuanto que existe ya esta voluntad de reducir el tamaño de la familia.

#### 3.1.3. Las similitudes

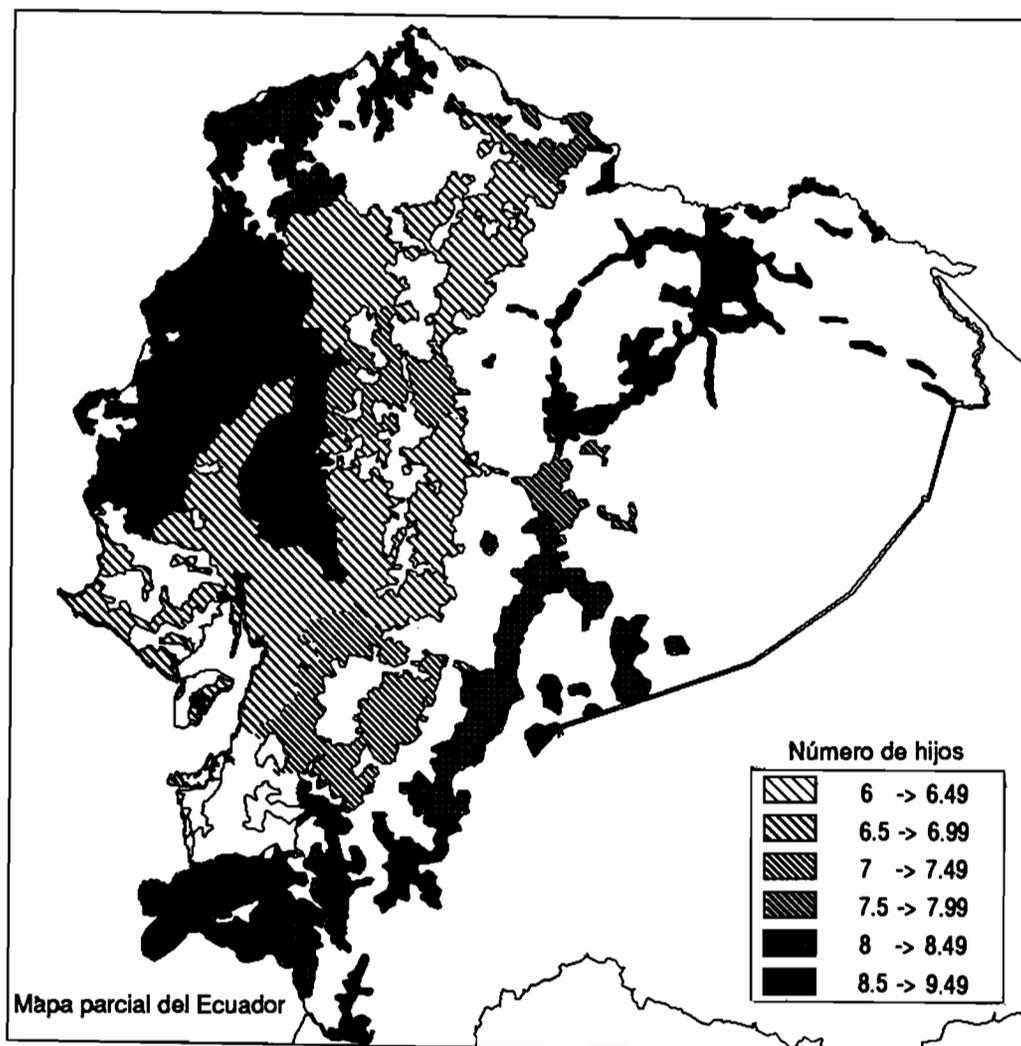
Lo esencial reside por lo tanto en las semejanzas.

La primera atañe a una cobertura decepcionante de las estadísticas del registro civil: las inscripciones son anormalmente tardías. La inmigración importante conserva ahí una población flotante cuya residencia inestable es mal captada por los censos. No se sabe dónde declaran estos inmigrantes los acontecimientos vitales de su familia. Según las estimaciones censales de la fecundidad, que parecen buenas, los registros mejoran antes de 1980. El método de Brass sin embargo se ve tergiversado por una paridez más numerosa de las inmigrantes de origen rural.

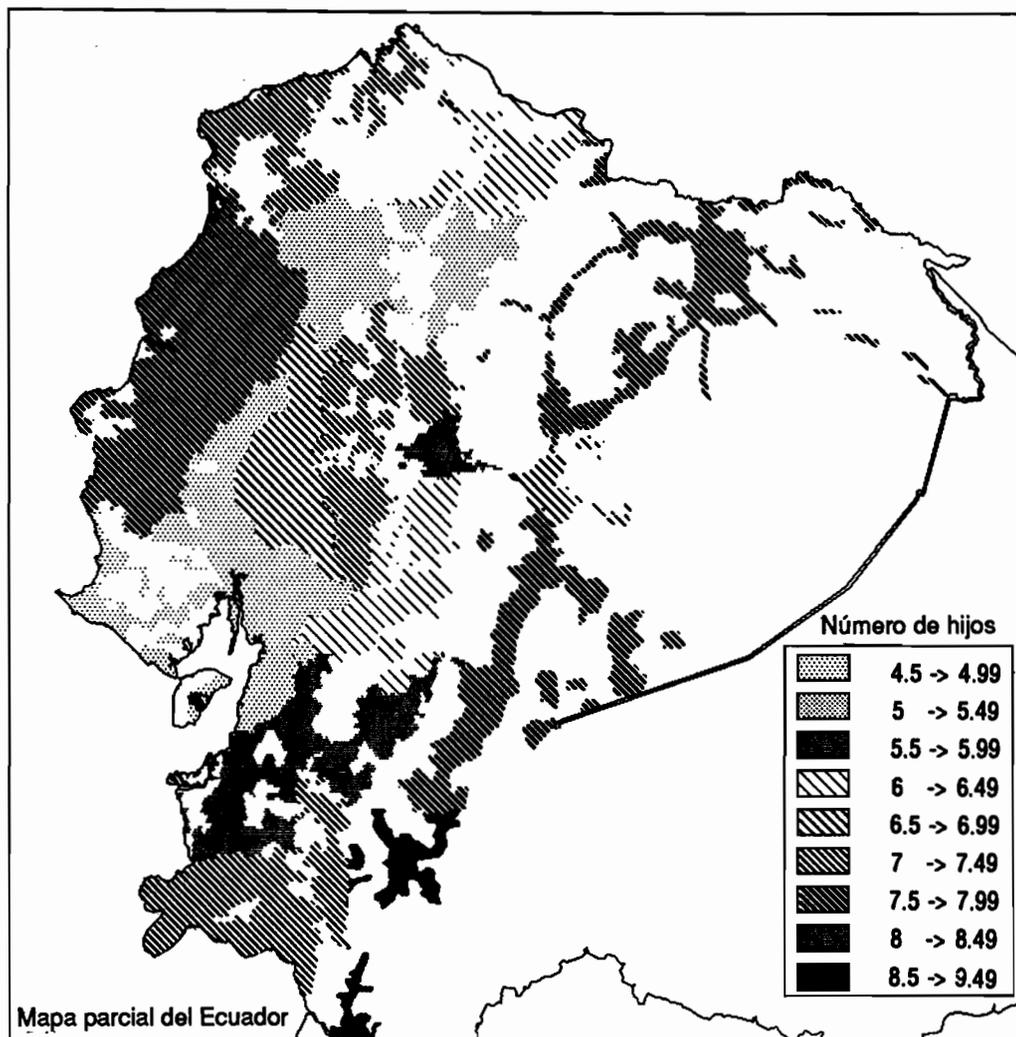
Cuadro 1  
Algunas Tasas de natalidad urbanas  
(1984-1986)

Ambato	25,72	Riobamba	25,76	Guayaquil	26,98
Machala	27,52	El Angel	28,13	Ibarra	28,43
Quito	28,83	Cuenca	28,85	Atuntaqui	29,13
		Latacunga	30,45		

Mapa 4. La fecundidad provincial en 1955



Mapa 5. La fecundidad provincial en 1970



Mapa 6. La fecundidad provincial en 1985

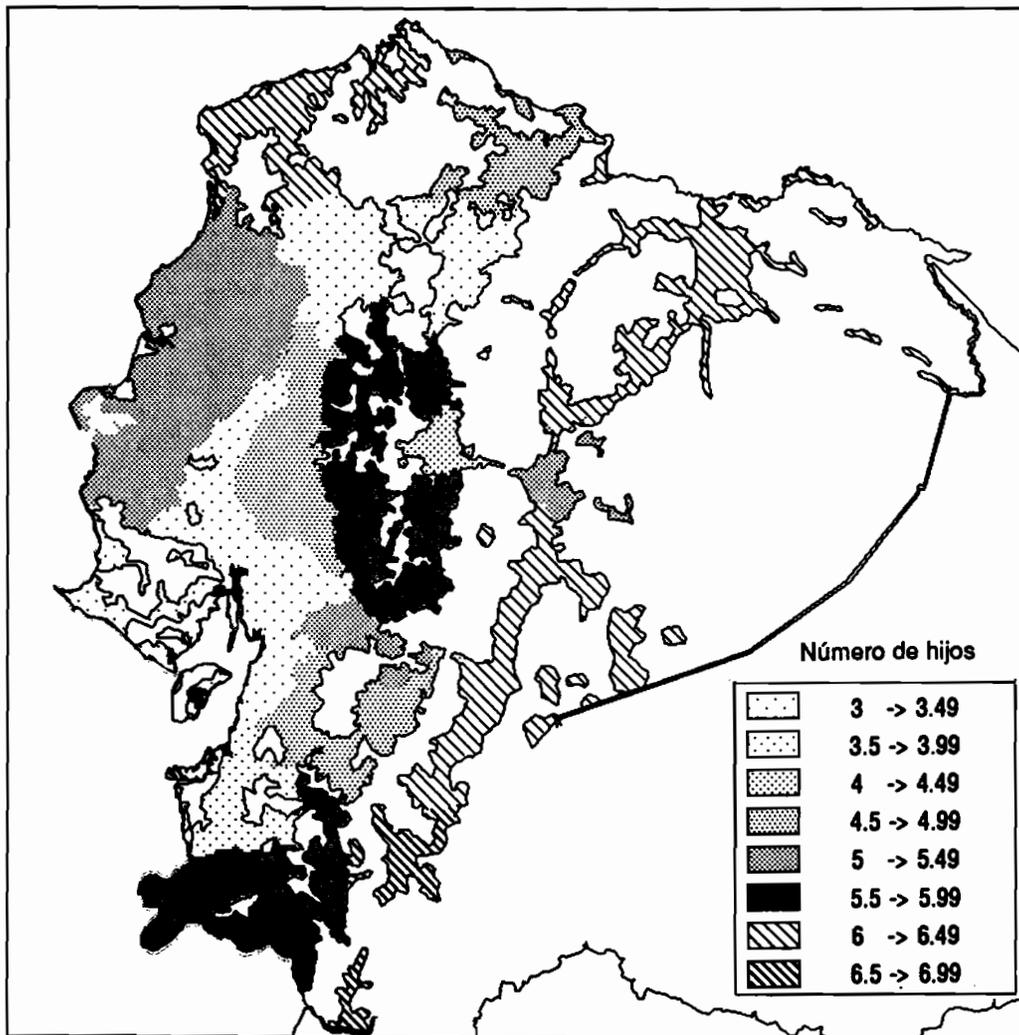


Fig. 4. Evolución de la fecundidad - Pichincha

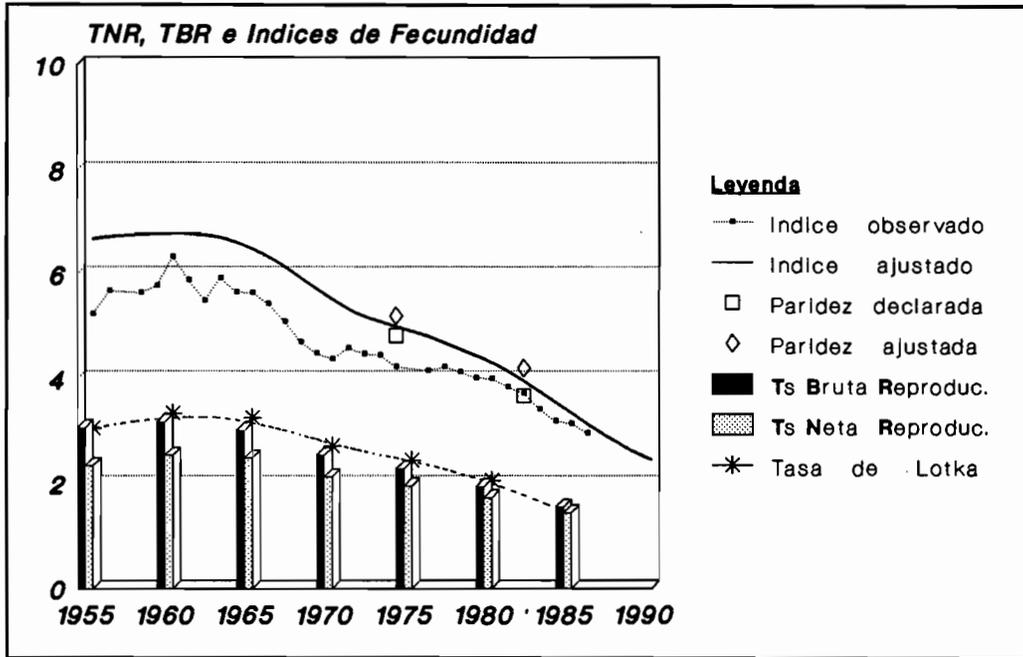
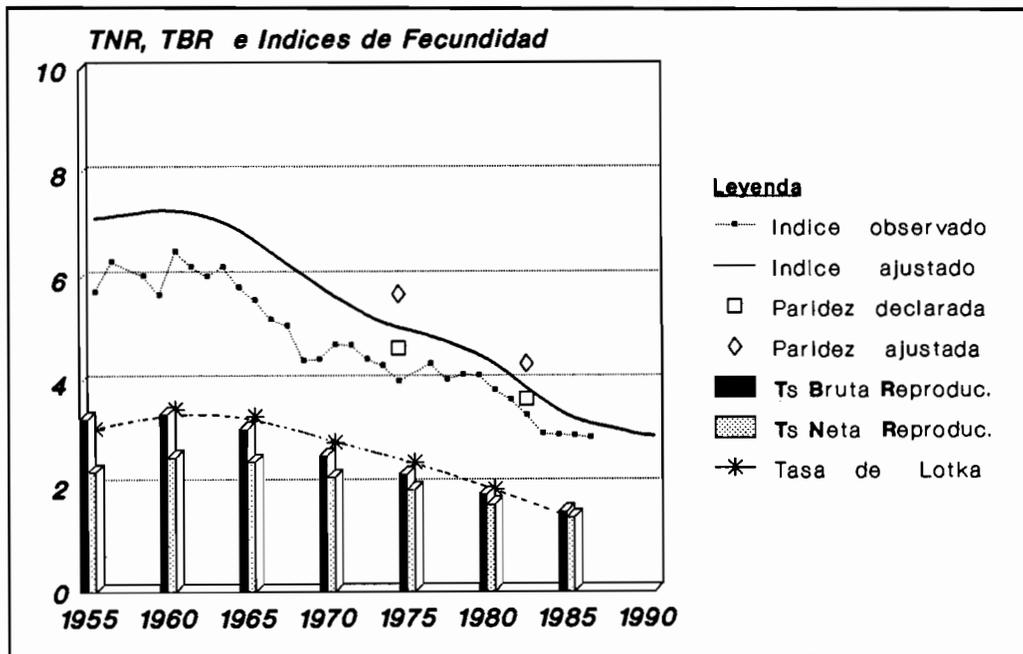


Fig. 5. Evolución de la fecundidad - Guayas



Las semejanzas entre Quito y Guayaquil se manifiestan hasta en las irregularidades a corto plazo de la fecundidad observada (cf. figuras 4 y 5). No obstante, las variaciones anuales son más marcadas en la provincia costera por el hecho de una mortalidad de los niños más accidental. En cambio, el bajón de los años setenta se afirma más en Pichincha, en particular para la natalidad que designa así su causa probablemente migratoria: la colonización de la región costera de Santo Domingo incluida en la provincia serrana.

Esta estabilización durante el decenio precedente es un fenómeno urbano de orígenes equívocos. Por cierto, la llegada de los migrantes, en edad de procrear, pesa sobre las tasas de natalidad prácticamente constantes entre 1970 y 1980. ¿Pero qué sentido dar entonces a la reactivación de la transición en los años 80. ¿Supone una repentina, y poco probable, moderación de los flujos migratorios hacia las metrópolis? ¿El ritmo de la fecundidad urbana estaría sometido a reverses de la prosperidad económica (la baja rápida está paradójicamente

asociada a los años de crisis)? Contentémonos con señalar la conyuntura de tres fenómenos.

i. La baja excepcional de la mortalidad infanto-juvenil unos diez años antes (en 1971-72) (23) da lugar a un mayor número de niños en edad escolar en el momento de la crisis y refuerza la necesidad de una limitación de la natalidad.

ii. El tema demográfico de las relaciones entre la fecundidad y los ciclos económicos parecería muy académico para las familias numerosas enfrentadas a la alza de los precios alimenticios, al desempleo en una economía de mercado. El hecho es nuevo para poblaciones migrantes originarias de una agricultura doméstica en parte autónoma y cuya reproducción escapaba a estas lógicas comerciales.

iii. La incidencia invocada de la migración supone un desfase entre el calendario de la transición urbana y rural. En los campos, los matrimonios han esperado los años ochenta para iniciar una mutación con retardo de diez o quince años después de las grandes ciudades (cf. infra). Durante este lapso, la fecundidad alta de los migrantes de origen rural contrariaba la transición urbana; ahora en declinación, la acompaña.

En este ámbito la transición demográfica esfuma las particularidades antiguas entre las dos capitales. Antes de 1965, la ciudad costeña se destacaba por una fecundidad algo más elevada. Pero esta ligera diferencia de un medio hijo por mujer, que confirma la encuesta de 1967 (INEC/JUNAPLA, 1967 b) (24), se esfuma progresivamente con las prácticas contraceptivas. En 1979, la Encuesta Nacional de Fecundidad da siempre una ventaja a Guayaquil para la fecundidad conyugal (0,3 niños) (INEC, 1984), pero se invertiría para los valores retrospectivos y de la paridez media (INEC, 1984: 152). Hacia 1985, sobre los tres últimos años de las estadísticas publicadas, el índice llega a ser idéntico (3,17 niños en la provincia serrana y 3,14 en el Guayas).

### 3.1.4. Una reproducción declinante

La información decisiva atañe al fin del crecimiento naturalmente fuerte de las metrópolis. La tasa de Lotka, que indica el crecimiento intrínseco de una población de acuerdo con la reproducción del momento de las generaciones y de su mortalidad, pasa de un valor de 3,19% en 1960 a 1,25% en 1985 en la provincia de Pichincha, de 3,35% a 1,23% para el Guayas. La fuerza de este dinamismo mantenía la explosión urbana de los años pasados; dinamismo ampliamente atribuido al éxodo rural cuando el impulso tomaba su vigor en una transición vital particularmente viva y más precoz de las ciudades. El retroceso de casi dos tercios del crecimiento vegetativo anuncia cuán estacionarias por naturaleza vendrán a ser las capitales regionales durante el próximo decenio; su crecimiento entonces tomará fuerzas en las poblaciones que las rodean. Sin duda la coyuntura económica

lo decidirá, pero, en adelante, la moderación estará del lado de las ciudades y la presión demográfica vendrá de los campos al tiempo de una fecundidad más sostenida. En 1982 ésta casi duplicaba la de las ciudades: 6,31 niños para las mujeres del campo de Pichincha contra 3,41 para las de la ciudad, 6,02 contra 3,67 en el Guayas (25).

### 3.2. Fecundidades andinas y costeñas

Esta distinción entre Sierra y Costa se justifica por la claridad de los contrastes naturales entre el corredor interandino de altura y las partes bajas, pero también por la observación del crecimiento más rápido de las poblaciones costeñas antiguamente minoritarias. Además, aquí el argumento de un crecimiento debido a la inmigración corre el riesgo de ignorar las diferencias considerables de los ritmos de la reproducción.

El tema de una fecundidad moderada en altura había sido debatido en los años sesenta (cf. infra). La diferencia observada en aquella época esta confirmada por las estadísticas recientes pero según una amplitud ya moderada por la transición: las mujeres son menos fecundas en la altura; en compensación son más lentas en reducir su descendencia. De eso resulta que entre 1965 y 1980, las estadísticas vitales no corregidas asumen valores comparables en la Sierra y en la Costa.

Antes que el control de la fecundidad "natural" se haga eficaz, la costeña aportaba a su región con un niño más, o sea una descendencia de alrededor de ocho niños por mujer. Esta ventaja se reduce gracias a una transición más rápida y los valores ajustados del índice se nivelan entre las dos regiones al inicio de los años ochenta, desde 1982 según nuestro ajuste (26). La Encuesta Nacional de Fecundidad no contradice estos plazos: comprueba la mayor fecundidad de las mujeres de la Costa en 1979, tanto en las ciudades como en los campos, superior en aquellas que en éstos. En cambio, la estabilización de la natalidad durante los años setenta se afirma mejor en la Costa bajo el efecto de una inmigración más intensa. La cual no impide una declinación precipitada de la fecundidad costeña durante el presente decenio, en que desaparece su ventaja. Se trata tal vez de una evolución circunstanciada porque la diferencia se atenúa de 1983 a 1986.

El crecimiento vegetativo ha favorecido pues a las poblaciones costeñas: en los años sesenta la tasa de Lotka alcanza 3,65% en la Costa contra 2,98% en la Sierra, o sea un predominio de un quinto que puede ser antiguo, explicando la relativa disminución de las poblaciones andinas en el país. La alteración de 1985 debe esperar una confirmación del futuro pero la reproducción neta evoluciona, hoy día, con poca ventaja para la Sierra. Se verá ahí la marca de la inercia de las poblaciones indígenas andinas cuya mutación demográfica es más lenta. Bajo reserva de una inflexión siempre posible

Fig. 6. Evolución de la fecundidad - Sierra

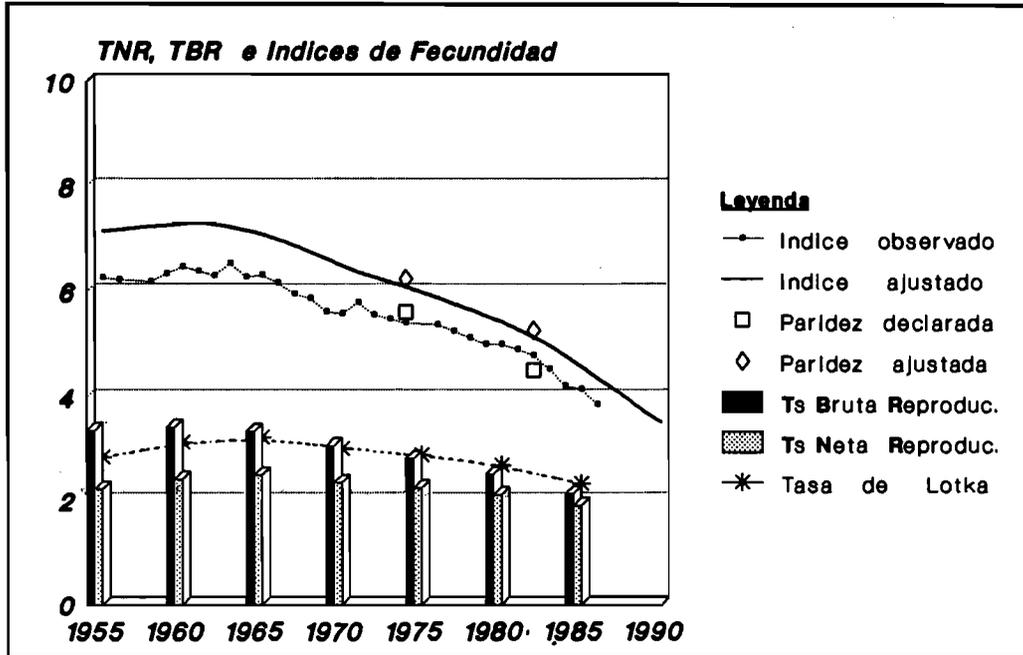
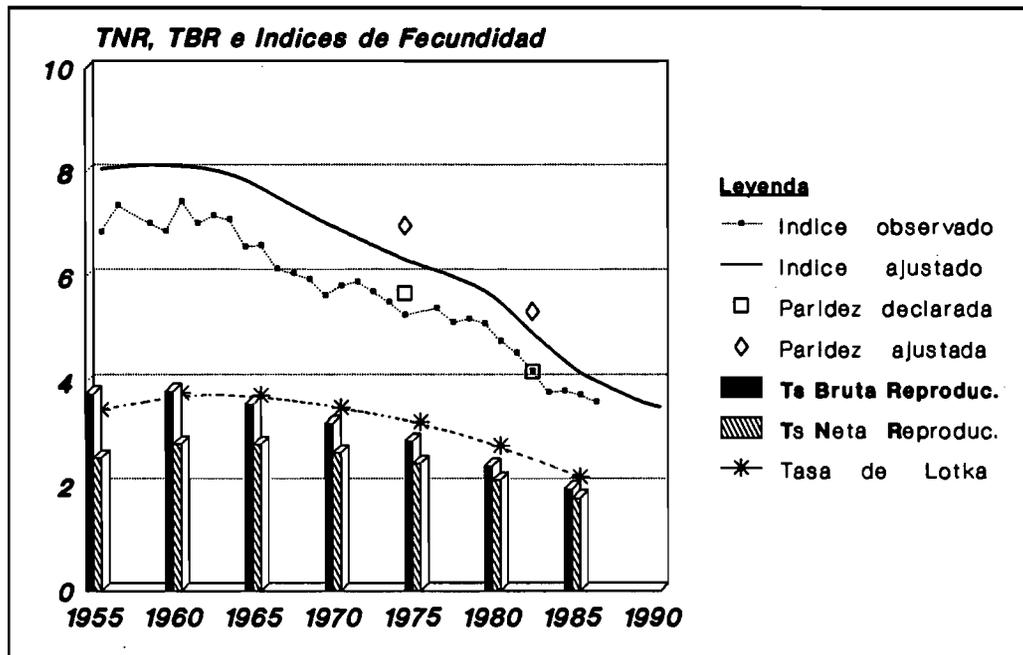


Fig. 7. Evolución de la fecundidad - Costa



de las tendencias naturales y migratorias, las poblaciones de altura han terminado con el retardo relativo, pero secular, que las aquejaba. Con todo, el éxodo hacia el Oriente puede contribuir a mantener el actual equilibrio demográfico entre las dos regiones.

### 3.3. Las poblaciones indígenas de altura

La fecundidad de las provincias del centro de la Sierra, de Imbabura al Cañar, por cierto sin la región de Quito, es singular. Se piensa en la población indígena de

este espacio y en una fecundidad natural menor en los países andinos. Pero la duda estadística nunca está lejos porque los censos son ahí mal aceptados.

Queda la fuerte presunción de una transición tardía y lenta en los campos de altura cultivados por las comunidades domésticas indígenas. Sus capacidades reproductivas, en estos últimos veinte años, se mantienen casi inalteradas contribuyendo al aumento relativo, inusual desde la conquista, del pueblo autóctono en el Ecuador.

3.3.1. La duda

Es una primera sorpresa: las estimaciones censales y las estadísticas vitales parecen coincidir y sugieren una buena cobertura del registro civil. La tradición de los registros parroquiales ha podido actuar en favor de esta aparente calidad pero más todavía los defectos de los empadronamientos censales. La concordancia de las dos estimaciones puede significar la mediocridad comparable del descuento de los nacimientos y de las poblaciones de referencia. Algunos sesgos son manifiestos,

y así las parideces observadas en las zonas rurales del Chimborazo al tiempo del censo de 1974, se sitúan muy por debajo de la medida dada por los registros. Otras dudas están permitidas, el aumento por ejemplo del índice sintético de fecundidad en Bolívar hasta 1974, data de un censo probablemente muy incompleto. La incertidumbre es mayor en los niveles que en las tendencias, pero no es radical porque la mala calidad de los censos falsea poco las medidas censales de la fecundidad del momento (cada mujer informa sobre su descendencia) (27). La doble tendencia indicada por las

Fig. 8. Evolución de la fecundidad - Imbabura

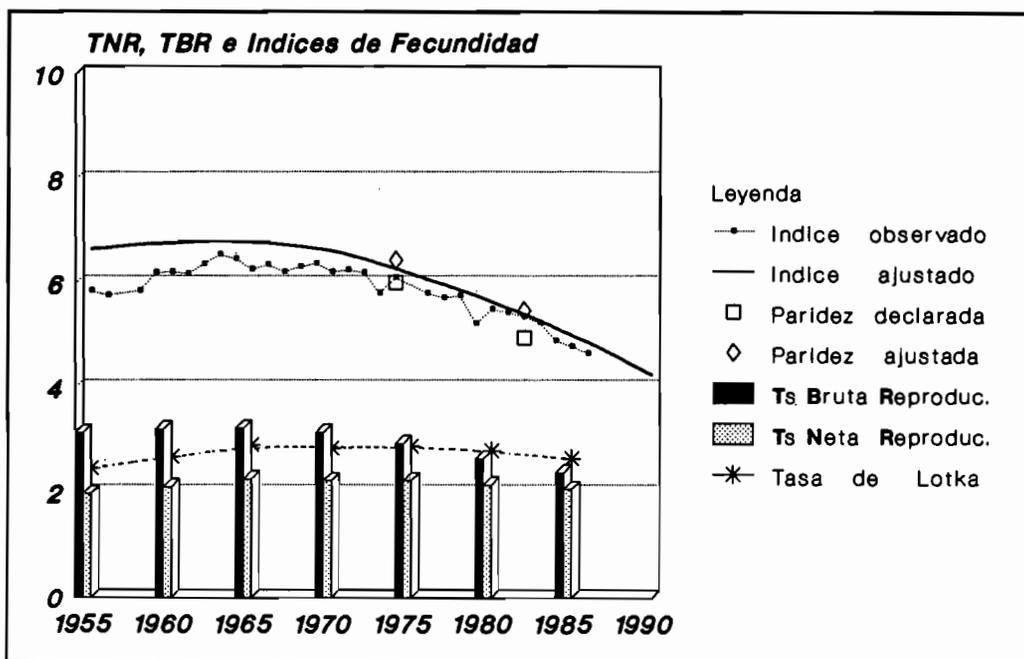
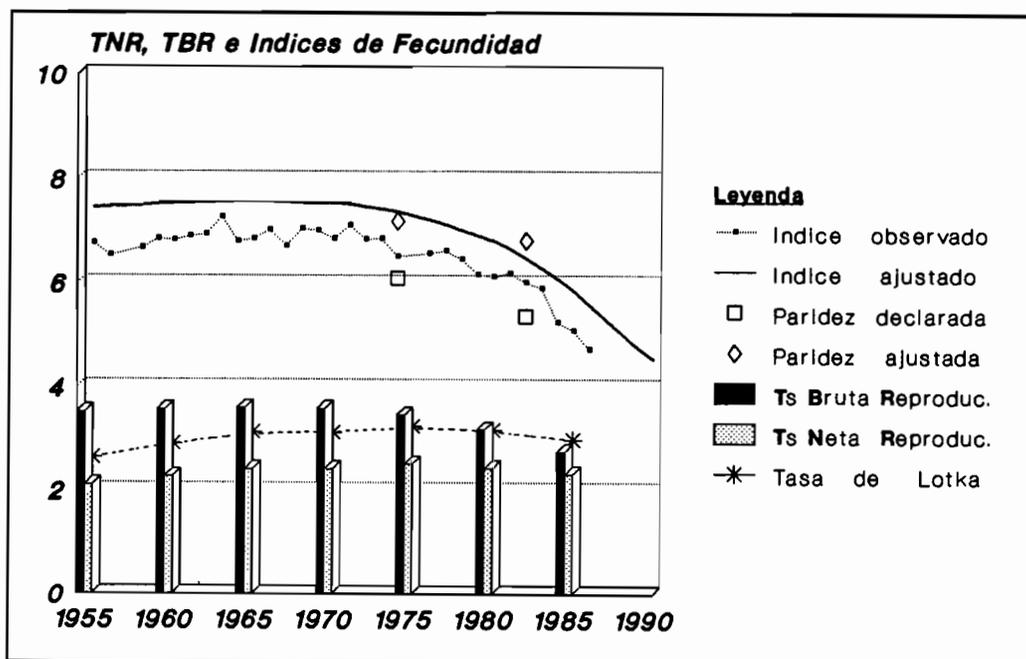


Fig. 9. Evolución de la fecundidad - Cotopaxi



estimaciones censales y por las estadísticas continuas de los registros son coherentes. La duda es más tenaz para el período que precede a la transición durante el cual no existen las referencias censales.

### 3.3.2. Una moderación consuetudinaria

Aun suponiendo un mejoramiento sensible de los registros, los niveles estimados de la fecundidad tradicional parecen moderados, los más bajos del Ecuador, exceptuadas las metrópolis. Sobre la base del censo peruano de 1940, Stycos ya observó la débil fecundidad de las zonas indígenas que atribuyó a la fuerte proporción de uniones libres y a la inestabilidad conyugal. El autor apoyaba su argumento en la constatación de una sexualidad fuera del matrimonio más permisiva en las comunidades andinas (28). Heer refutó la demostración señalando una proporción más importante de uniones libres entre los mestizos y extendió su observación a Bolivia y Ecuador. En estos tres países, el indicador deducido (29) era de once a quince por ciento superior entre las poblaciones costefías de lengua española. Resultado que confirman las medidas hoy día más precisas a nuestra disposición para el Ecuador en la misma época. El examen de las relaciones con el ratio de masculinidad y de la participación femenina en la población activa no ha mostrado clara evidencia estadística. Entre los factores de probable incidencia, los autores citan una fuerte mortalidad infantil que falsea las declaraciones (Whitehead, 1968: 71-73), el trabajo intenso de las mujeres indígenas (30) y la endogamia aldeana que restringe la elección de las uniones cuando los hombres emigran o mueren en mayor número que las mujeres. En los Andes ecuatorianos, Scrimshaw (1974) sospecha prácticas infanticidas o funestas negligencias en contra

de las hijas mayores que reducen por lo mismo el futuro número de las madres. A todas estas causas, se añaden tal vez las naturales: los fisiólogos habrían acumulado las pruebas de una reducción de la fecundabilidad por anoxemia de altura (31).

Estos mecanismos expresan seguramente una necesaria adaptación a la carestía de los recursos (Collins, 1983: 61-75), imperativo ecológico e histórico. En el corredor interandino, las densidades humanas son fuertes en tierras encerradas por la barrera natural y el constrictamiento colonial.

### 3.3.3. Una transición tardía

En Imbabura y Bolívar, la baja es moderada pero regular desde el comienzo de los años setenta. Hay que esperar que termine el presente decenio para su confirmación. Es muy reciente en Cotopaxi e imperfecta en Chimborazo donde las variaciones erráticas siguen siendo fuertes.

A falta de una modificación decisiva de los comportamientos reproductivos, la adaptación ha sido ante todo migratoria: la salida de los adultos, definitiva o temporal, deprime la natalidad antes que baje la fecundidad y modera por tanto el crecimiento espontáneo de las poblaciones. La declinación es sensible desde 1964 en Imbabura, en la misma época en Cotopaxi según una inflexión más suave, muy clara desde 1966 en Cañar. ¿La reforma agraria no favorece las migraciones, causa de esta alteración?

En los Andes más que en otras partes, la mutación es en primer lugar urbana. Entre 1974 y 1982, la fe-

Fig. 10. Evolución de la fecundidad - Bolívar

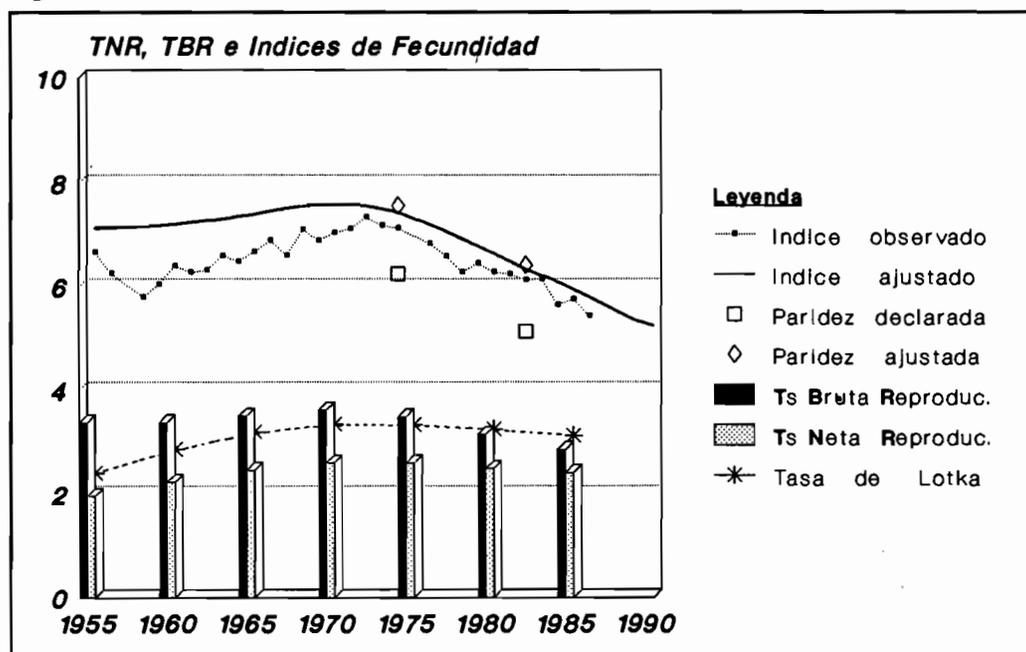
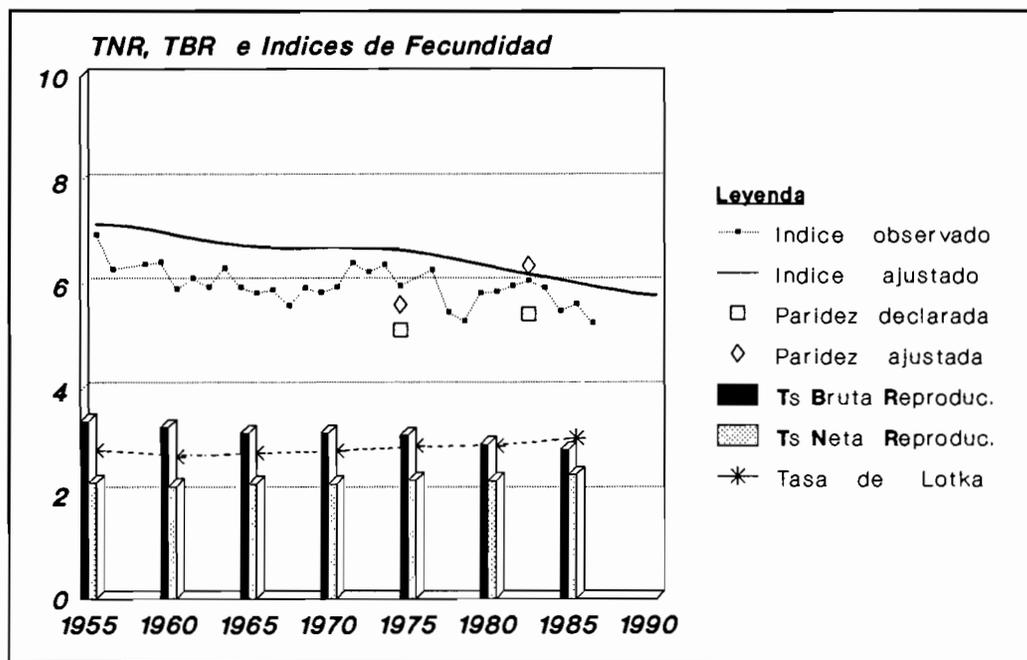


Fig. 11. Evolución de la fecundidad - Chimborazo



cundidad en las ciudades de Imbabura disminuye en un 26% mientras que en los campos solamente en un 10%, 18% y 4% respectivamente en Cotopaxi (32). Esto confirma la inercia de las comunidades domésticas hasta el comienzo de los años ochenta, la cual estaría asociada a la lentitud de los progresos sanitarios, responsable de la muerte prematura de los niños.

3.3.4. Una reproducción intacta

La lentitud de la transición se traduce por la relativa estabilidad de las tasas de reproducción neta cuyo mejo-

ramiento prima hoy día sobre su declinación. Las tasas se estabilizan en un nivel medio después de una notable mejora debida a una mortalidad en disminución. Hoy día el crecimiento vegetativo de las provincias indígenas doblaría al de las provincias muy urbanas de Pichincha y Guayas. En las primeras, la tasa de Lotka en 1985 se sitúa entre 2,50% y 2,9% según el lugar, mientras que cae a 1,25% en las segundas. Estamos lejos de los ritmos récords de las regiones costeras pero el potencial reproductivo de las poblaciones indígenas está todavía poco afectado. Esta resistencia al cambio mantendrá la presión sobre una tierra escasa y predispone al éxodo.

Fig. 12. Evolución de la fecundidad - Carchi

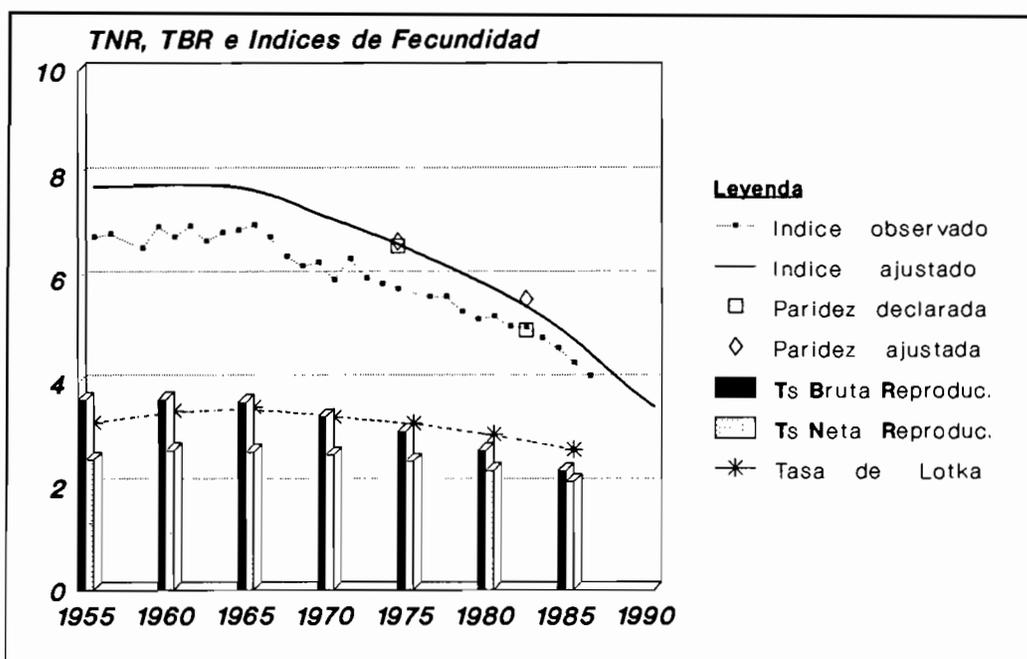
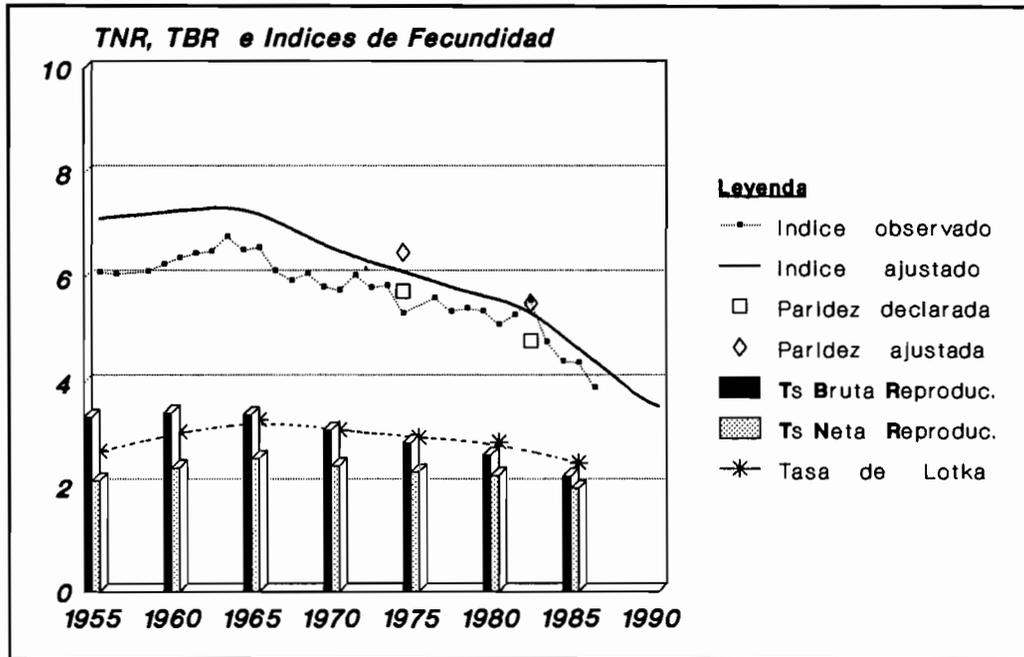


Fig. 13. Evolución de la fecundidad - Azuay

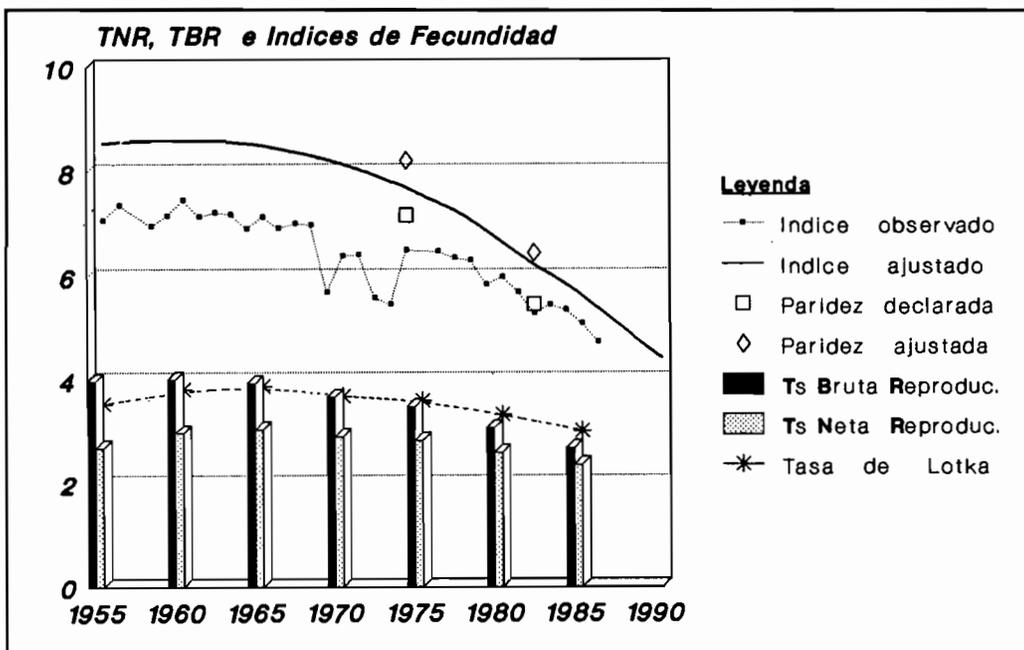


3.4. El peso del mestizaje

Es difícil calificar a las provincias serranas que se apartan sensiblemente del modelo andino de fecundidad. Digamos que Carchi se distingue por ser representativas de la República en su conjunto Azuay, por el peso de la ciudad de Cuenca, mientras que la provincia de Tungurahua se acerca más al modelo andino. En cuanto a la provincia de Loja, la menos serrana, se distingue por el clima, sus poblaciones blancas y el enclavamiento de su economía familiar.

La provincia del Carchi (figura 12) da una imagen fiel de la evolución de la fecundidad en el conjunto del país con un desfase constante de 0,3 niños. Esta semejanza podría parecer anecdótica si no contuviera los ingredientes generales de la transición vital: agricultura comercial (papas, cereales) que aprovecha de los frentes pioneros de altura, poblaciones y flujos migratorios diversificados, una escolarización avanzada, etc. La transición se muestra ahí regular, tanto para la fecundidad cuanto para la natalidad que se beneficia de una emigración sostenida. Signo de las poblaciones mestizas que se

Fig. 14. Evolución de la fecundidad - Loja



encuentran en la Costa, el índice sintético de fecundidad se sitúa de entrada en un nivel más elevado que en los Andes y su retroceso es más rápido.

El peso de Cuenca, un tercio de la población provincial en 1982, destaca la provincia del Azuay del resto de la zona andina; pero su fecundidad en las zonas rurales es comparable a la de las regiones de densa población indígena.

De todas las provincias de la Sierra, la más meridional -Loja- es singular hasta parecer costeña. Antes de la transición, las mediocres estadísticas vitales dan más de siete hijos por mujer pero el verdadero valor estaría próximo a los nueve. Los accidentes de la natalidad declarada en 1969 y 1972-1973 revelan la sequía y repentinos desplazamientos hacia las zonas pioneras. En efecto, estas rupturas se encuentran en simetría en Zamora Chinchipe a donde van los colonos. Resultan de un artificio estadístico ya señalado: la amplia y repentina variación de las poblaciones (de referencia en el cálculo de las tasas) en desplazamiento. Estos sesgos impiden situar con precisión el comienzo de la declinación de la fecundidad que no se afirma sino durante el presente decenio. Insistimos en que la originalidad de estas provincias de población menos indígena se debe sobre todo a una evolución más rápida de las zonas rurales (33), ya que entre 1974 y 1982, la baja de la fecundidad urbana es comparable en todas partes. El espacio reticular andino parece homogéneo.

Los valores elevados de la reproducción neta, tan fuerte que equivale a una triplicación de las generaciones femeninas a eso de 1965, aclaran la diáspora de los

lojanos en el Ecuador. De 1950 a 1980, las tasas de crecimiento intrínseco han superado ampliamente el 3%, incluso el 3,5% durante unos quince años. Este dinamismo es excepcional para la Sierra; supera las capacidades de una agricultura naturalmente mal dotada y alimenta una emigración masiva.

### 3.5. La economía de plantación

Una de las singularidades demográficas de la economía de plantación está representada con precisión en los mapas parroquiales de la relación de masculinidad que indica una inmigración masculina (34) favorable a la nupcialidad femenina. Dos provincias la contienen mejor que las demás: El Oro y Los Ríos. Hacia 1960, el índice sintético de fecundidad superaba ahí los ocho hijos por mujer, cerca de nueve en la segunda.

La baja sostenida de la mortalidad cuando la natalidad se mantiene vigorosa, reforzada además por la inmigración, ha conferido un dinamismo histórico a la arboricultura de exportación en estas regiones. Se observan tasas intrínsecas de crecimiento que se aproximan al cuatro por ciento anual al comienzo de los años sesenta. Más desconcertante es la rapidez de la baja: cerca de dos niños en promedio cada diez años en la provincia del Sur. Este ritmo se mantiene, a pesar de sus irregularidades, hasta las últimas estadísticas vitales. La transición vital tal vez no tomará sino unos treinta años, de 1965 a 1995; es el tiempo de una generación, la diferencia de edad entre las madres y sus hijas. Los hijos de las familias numerosas tendrán una fecundidad "moderna" y una familia reducida. La baja es apenas más lenta para las poblaciones de la provincia de Los

Fig. 15. Evolución de la fecundidad-Los Ríos

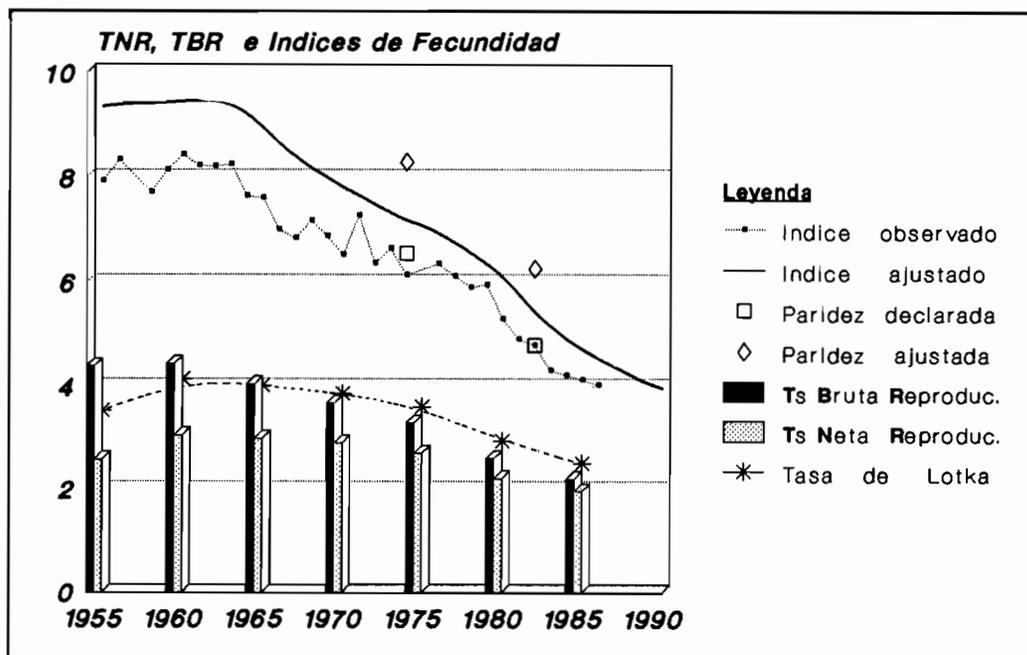
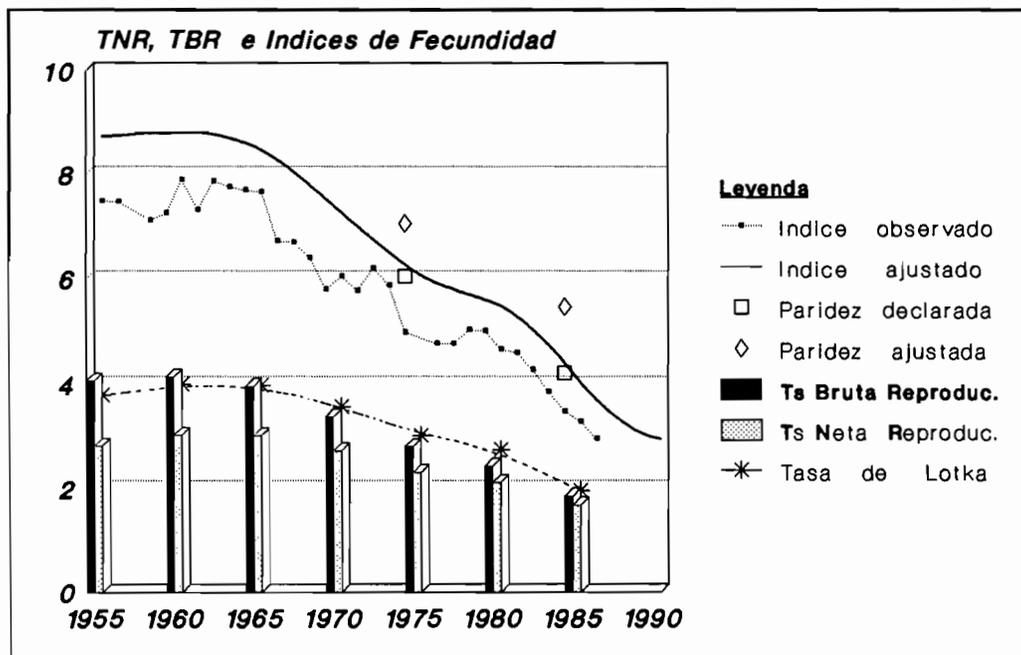


Fig. 16. Evolución de la fecundidad-El Oro



Ríos, donde la transición comenzó a partir de un nivel más alto.

El margen de ajuste de las estadísticas censales es amplio, sin duda tergiversado por la rapidez de los cambios (35); muy abierto igualmente es el abanico de los posibles valores de la fecundidad urbana y rural. No obstante estas reservas, todas las estimaciones dan una baja comparable en las ciudades y el campo. Esta concordancia tiene un sentido: la lógica reproductiva está en ambos casos condicionada por una reproducción mercantil de la fuerza de trabajo. El salariado en la ciudad, o en las plantaciones, impone sus restricciones a la reproducción de los hombres; rompe con la racionalidad de las economías domésticas de donde vienen los migrantes. Siendo éstos numerosos, han podido desviar el movimiento a la baja, principalmente en la provincia de El Oro a eso de 1975-80, pero desde ahora se adaptan a los imperativos de una fecundidad contenida. La regularidad de la transición en los años ochenta se debe tal vez a la reducción de estos flujos migratorios reorientados hacia las ciudades (Delaunay, 1989).

### 3.6. La economía doméstica costeña

La denominación "doméstica" es una comodidad de lenguaje para designar la economía de las provincias septentrionales de la Costa (Esmeraldas y Manabí). Es exagerada porque una parte de su territorio acoge plantaciones y fincas de ganadería extensiva, pero la mano de obra familiar participa ampliamente en la producción agropastoril, en particular en la parte seca de Manabí y en el norte y centro de la provincia de Esmeraldas. Las poblaciones de estas regiones tienen una fecundidad tra-

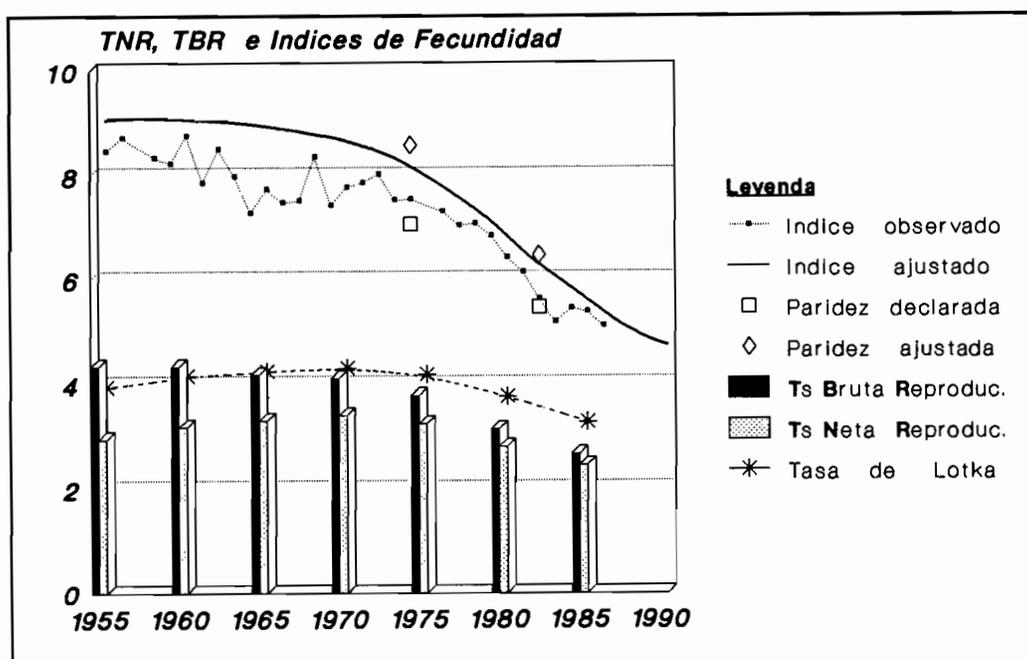
dicionalmente muy fuerte cuya baja más tardía caracteriza las lógicas domésticas.

¿Será que la provincia de Esmeraldas tiene un nivel menor y más estable de la fecundidad del momento? ¿Qué crédito dar a la depresión del período 1966-1975? ¿Estamos en presencia de un inicio de transición, principalmente urbana, postergado por la inmigración, o simplemente se trata de un deterioro de los registros después de la ley de 1966? La información es muy deficiente para emitir un juicio pero los valores del censo indican una buena semejanza con la vecina provincia de Manabí en la cual se ha llevado a cabo el ajuste. Según estos vagos indicios, la baja observada sigue siendo moderada hasta 1980-1982 pero más franca desde 1975 para los valores ajustados.

Las estadísticas dan hoy día testimonio de la fuerza demográfica secular de las poblaciones manabitas (Hamerly, 1973). Esta provincia de población indígena antigua presentaba en 1965 niveles récords de fecundidad, que se acercaban sin duda a los nueve hijos por mujer. Es difícil situar el comienzo de la transición por lo erráticas que son las variaciones del índice del momento entre 1960 y 1973, fecha de un retroceso de la mortalidad infantil y de un mejoramiento de los registros. El índice de fecundidad debía acercarse a los ocho hijos por mujer en 1975, la transición es por tanto reciente y las mujeres todavía muy fecundas (alrededor de 5,5 hijos en 1985).

Otra característica territorial del espacio demográfico se observa en estas regiones semiáridas que conservan las fecundidades más altas de la Sierra

Fig. 17. Evolución de la fecundidad-Manabí



(Loja) y de la Costa (Manabí). La amenaza de la sequía, y el espectro de la carestía que la acompaña, han contribuido probablemente a esta fecundidad socialmente poco contrariada, respuesta al riesgo natural. Hoy en día este vigor demográfico alimenta la dispersión de las poblaciones enfrentadas a una naturaleza parca. Pero el éxodo aligera la necesidad de una descendencia reducida.

Muy enclavadas, las regiones del extremo norte oponen siempre su inercia a una evolución cuya lentitud es también urbana. En cambio Manabí presenta un retroceso más vivo sin distinción de zona, tal vez más rápido en los campos antes muy fecundos: en 1974 las parideces corregidas ahí seguían siendo elevadas (6,36 niños).

Las tasas de crecimiento intrínseco traducen esta reproducción excepcional favorecida por una mortalidad moderada: más del 4% por año durante unos veinte años. Manabí, sin duda más que la Sierra, ha colonizado el resto de la Costa y ha insuflado su dinamismo demográfico en la prosperidad de los cultivos de exportación.

### 3.7. La Región Amazónica Oriental

Todas las provincias orientales de la Amazonía presentan en diversos grados, una evolución en forma de campana. A un crecimiento inusual de la fecundidad hasta cerca de 1970 sigue una disminución casi simétrica. Se trata siempre de índices calculados con las es-

tadísticas vitales y censales, dos medidas imperfectas cuya calidad respectiva determina la de las tasas (36). Paradójicamente en la Amazonía es donde la corrección según el método de cocientes de Brass es la más débil, donde la paridez y la fecundidad del momento concuerdan mejor. Así para el Napo en 1974, las medidas observadas y corregidas son idénticas. Más amplias que en otras partes del Ecuador, las variaciones anuales se regularizan después de 1970; el pequeño número de poblaciones involucradas y una alta mortalidad accidental de los niños causan este fenómeno.

Si los censos dan una estimación verosímil de la fecundidad entre 1974 y 1982, sería en cambio muy arriesgado querer calcularla para años anteriores fiándose en las estadísticas vitales. Teniendo en cuenta el subregistro de entonces, es legítimo pensar que era fuerte, del orden de ocho niños por mujer al comienzo de los años setenta, refuerzada por el impacto de las olas pioneras. Una reproducción más moderada de las poblaciones autóctonas, observada aunque no medida (37), hace enteramente probable este aumento, más allá del mejoramiento de los registros, gracias a la colonización de las tierras vírgenes.

Se adivina la lógica reproductiva particular de las poblaciones pioneras preocupadas por disponer de una mano de obra familiar importante para explotar las tierras nuevas. Las presiones sobre las opciones matrimoniales, la edad a la unión o el tamaño de las familias son evidentemente más flexibles en estas sociedades de dispersión, atomizadas y menos estructuradas (38).

Fig. 18. Evolución de la fecundidad-Oriente

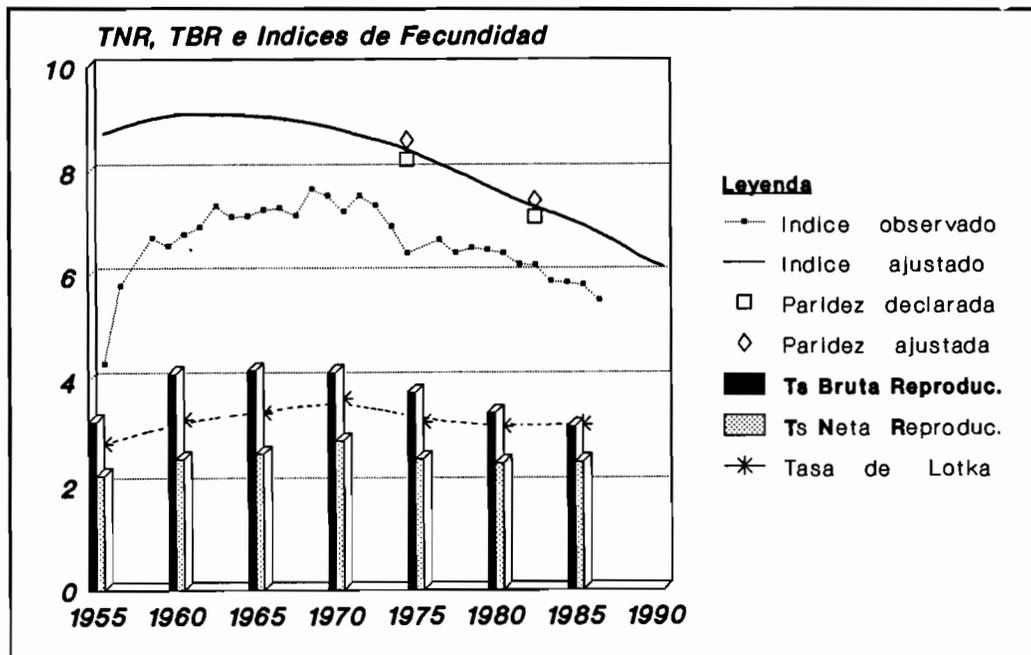
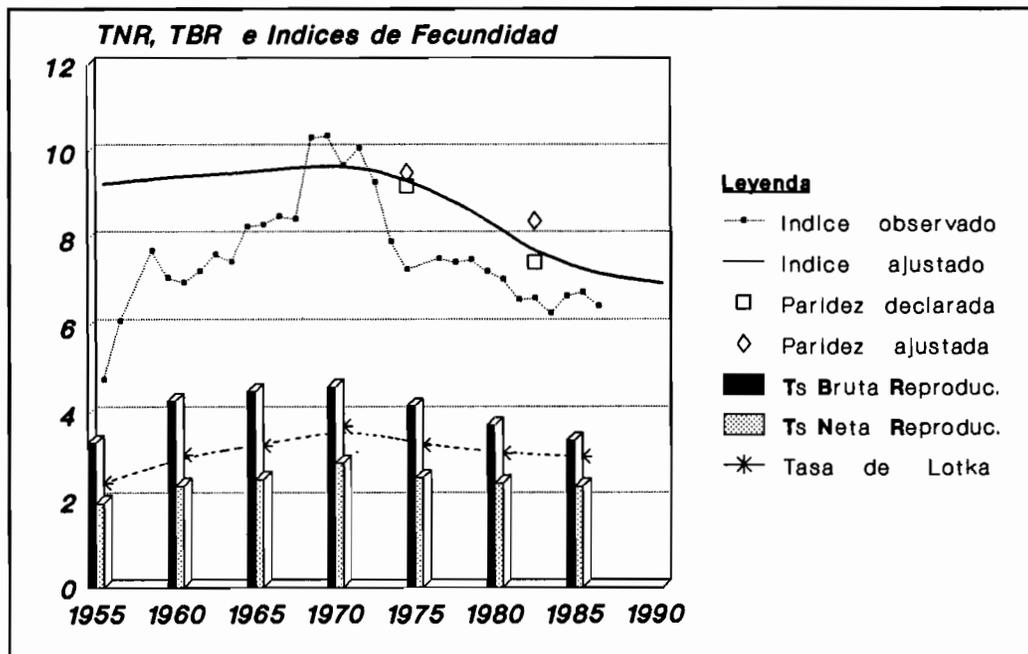


Fig. 19. Evolución de la fecundidad-Napo

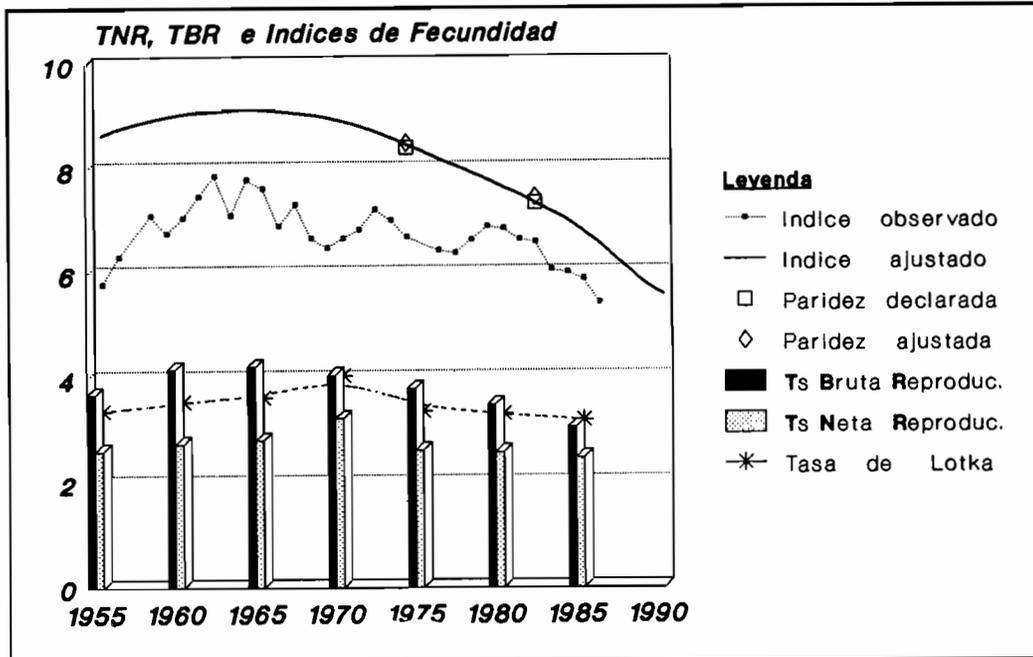


Por poco que sea posible pronunciarse, la fecundidad amazónica es homogénea, con ligeros desfases en el calendario de su evolución. Más urbanizada y antiguamente poblada, la provincia de Pastaza guarda una fecundidad en disminución antes de 1975, la baja de la fecundidad ahí es sin embargo apenas más rápida que en otras partes. Zamora Chinchipe se singulariza por una brusca explosión, en parte artificial, de 1968 a 1973. Pasada la ola de inmigración, interviene un tímido control de la natalidad desde los años ochenta. En la provincia del Napo y de Morona Santiago, la evolución de la fecundidad del momento está en conformidad con la

tendencia general de la región: una baja modesta después de los años setenta que debe atribuirse sobre todo a las aglomeraciones.

En la Amazonía, el ritmo lento de la transición no cambia sino durante el presente decenio. Antes, los avances pioneros absorbían los crecimientos demográficos y disuadían las prácticas malthusianas. La reproducción no refleja la intensa procreación por estar gravada por una mortalidad muy lenta en ceder; el crecimiento es naturalmente fuerte pero sin los sobresaltos transitorios que pueden observarse en la Costa o en

Fig. 20. Evolución de la fecundidad-Zamora Chinchipe



Loja. Esta constancia hace pensar que se mantendrán de manera más durable, ejerciendo mucho tiempo todavía su presión sobre las tierras nuevas o explotadas por los pueblos aborígenes. El movimiento de colonización por olas, discernible en los mapas migratorios (Delaunay, 1989), sería probablemente alimentado por esta dinámica demográfica del espacio vacío.

#### 4. LOS FACTORES DE LA DIFERENCIACION

La observación espacial de la fecundidad ha ignorado la descripción de los factores capaces de explicarla. Será el objeto del presente capítulo, proyecto modesto impregnado de la desilusión de comprobar que las causas reconocibles no son muchas veces sino intermediarias en la cadena de determinantes solidarios. Se ha hablado de los límites de la teoría, será preciso admitir los del análisis factorial para comprender el espacio demográfico.

##### 4.1. ¿Dónde situar la explicación?

La selección de las variables por considerar es raramente innovadora por estar sujeta a los límites de la medida y a las incertidumbres de la prueba estadística; faltan argumentos fundados en factores independientes de la fecundidad. Es forzoso que el análisis recaiga sobre las variables intermediarias aun cuando se ignore su posición en el orden de las causalidades que trataremos de reconstituir.

a) Existen ante todo los factores que interfieren directamente en el fenómeno estudiado y cuya incidencia conviene aislar. La tasa de natalidad, por ejemplo, po-

dría ser modificada por la sola estructura por edad de la población total. Así el demógrafo calculará la natalidad de una población testigo en que todas las mujeres se casan a los veinte años, sin que corran el riesgo de volverse estériles y que presentan una composición estable por edad... Estas variables demográficas son bien reconocidas por los modelos que simulan el juego de sus interferencias.

b) Pero el análisis se confronta pronto con la compleja relación que asocia las leyes demográficas de una sociedad a su organización social y su prosperidad económica. La mortalidad de los niños, la nupcialidad, la lactancia son sensibles a los desequilibrios demoeconómicos y responden al control social de la reproducción. Pero el campo de las interrelaciones es vasto: las mujeres instruidas aptas para cambiar su comportamiento reproductivo, tienen más oportunidades de vivir en la ciudad, de tener un trabajo remunerado fuera del hogar, de pertenecer a una clase social más acomodada, de aplicar bien los medios de un control de sus embarazos. Aislar tal variable es ciertamente cómodo pero discutible. Esto puede llevar a abogar por la planificación familiar sobre la base de una sola correlación, mientras se olvida que la aceptación de la contracepción depende de un interés económico y cultural nuevo en favor de las familias reducidas.

En esto reside el límite de la clasificación de las variables intermediarias por Davis y Brake (1956: 211-235) que guía todavía la gran mayoría de los estudios empíricos, por ende la Encuesta Mundial de Fecundidad que fue aplicada a las mujeres ecuatorianas. Hay variables allegadas a la fecundidad en la cadena causal,

fácilmente medibles, a través de las cuales actúan las determinaciones sociales o económicas. Tres conjuntos de factores corresponden a tres fases fácilmente identificables del proceso de procreación: las relaciones sexuales, la concepción y el parto. Reservaremos la nupcialidad para el primer grupo, teniendo en cuenta la edad inicial al comienzo de las uniones, la soltería permanente y el tiempo de exposición al riesgo de procrear. La concepción puede ser alterada por estados de esterilidad definitiva o temporal (como la provocada por la lactancia), por el empleo de contraceptivos o por la esterilización voluntaria. Finalmente el embarazo podrá verse interrumpido por el aborto. Se designan algunas de estas variables intermediarias como voluntarias cuando el comportamiento en estos casos es deliberado, otras escapan al control del individuo.

Los estudios empíricos sobre la naturaleza y el flujo de estas variables son muy numerosos para ser mencionados aquí (39). Digamos que los censos ofrecen medidas demasiado toscas para estos análisis que exigen encuestas especializadas. La más útil y precisa es sin duda la Encuesta Nacional de Fecundidad llevada a cabo en el Ecuador a fines del año 1979. Fue ideada justamente para medir las variables intermediarias aplicando de manera sistemática el cuadro analítico de Davis y Brake. Es deplorable, para nuestro análisis regional, que esta encuesta se haya apartado voluntariamente de una investigación metódica de las fuerzas económicas y sociales que actúan a través de estas variables.

c) Situándose en un grado más alto en la jerarquía de las causalidades, los modelos socioeconómicos tratan de ampliar la explicación de la fecundidad. Pero con demasiada frecuencia, no se trata sino de una evaluación global del conjunto de las variables intermediarias (i) o de una generalización de los comportamientos reproductores sobre la base de una racionalidad presumida de sus agentes, familias o clases sociales (ii).

i. La Encuesta Mundial de Fecundidad ha ayudado enormemente a evaluar las variables intermediarias ofreciendo una información calibrada y homogénea sobre la proporción de mujeres unidas en cada grupo de edad, el uso y la eficacia de los contraceptivos, la duración del período postnatal de esterilidad, el recurso al aborto, etc. La apreciación del modelo es generalmente excelente (40) ya que las encuestas están ideadas con este propósito pero el análisis multivariable limita su alcance por lo difícil que es aislar los factores independientes (41). La necesidad de actuar mantiene el atractivo de estos modelos ya que permiten simular una intervención humana, a favor de la contracepción por ejemplo. Pero la interactividad de las variables lleva siempre a recomendar las acciones integradas dirigidas a muchos componentes: salud, educación, ... susceptibles de alentar el uso de la píldora o del condón.

Cosa más grave para el estudio, estas investigaciones no son diacrónicas: no reconocen sino la diversidad de los lugares o de los grupos en un solo momento. A esta limitación se debe la endeblez patente de sus previsiones, incluso hasta la vaguedad de las relaciones que revelan.

ii) Subiendo aun más de un grado en el esfuerzo de abstracción, se encuentran los análisis en términos de costos-beneficios, preferencia de las investigaciones anglosajonas. Se atribuye una racionalidad económica a los comportamientos reproductores (42). Inspirada en las leyes del mercado, la fecundidad sería basada en esta lógica simple en que el nacimiento de un niño constituiría una ventaja económica. Se ve enriquecida por la consideración de supervivencia del recién nacido (que los propios demógrafos tienen dificultad en evaluar), así como la composición de la familia (Morgan y Rindfuss, 1984: 129-139) y los hábitos culturales del grupo. El cálculo alcanza pronto una sofisticación prohibitiva, en todo caso rebelde a la verificación empírica al alcance del demógrafo. No se puede aplicar tal teoría a las poblaciones provinciales del país, sabiendo de la parsimonia estadística, en sitios en que muchas veces las lógicas domésticas campesinas prevalecen y la reproducción de los hombres es todavía un asunto social (43).

Con sensatez se concibe la categoría profesional, o simples indicadores económicos, como discriminantes de la fecundidad. Al hacerlo, se amplía el campo de las variables intermediarias por la observación de sus verdaderos determinantes: es claro que la contracepción varía con la educación de las mujeres, su tipo o sector de actividad, los ingresos del hogar (Potter, 1979).

d) Investigadores (44) han estudiado el peso del progreso técnico, de la tenencia del suelo, de las relaciones internacionales sobre la fecundidad. Pero con el esfuerzo de generalización, aumentan las dificultades de una verificación empírica. Por cierto, la reproducción de los hombres condiciona la perennidad de las clases sociales que pueden tener lógicas demográficas propias. La idea de Marx, una ley de población específica de cada modo de producción, inspira muy poco los estudios concretos; este punto sin embargo encuentra un desarrollo muy documentado en algunos autores como J. Caldwell que estudia las economías domésticas africanas (Caldwell, 1982).

Nuestro camino seguirá en cierta forma las indecisiones de la teoría, observando de entrada los componentes propiamente demográficos de la fecundidad, luego las variables que les transmiten los determinismos económicos. Será forzoso limitarse a las informaciones que detallan los censos para ilustrar una interpretación general de las transiciones demoeconómicas.

## 4.2. La muerte de los niños

### 4.2.1. El orden de la transición vital

El postulado central de la teoría de la transición se debe a esta observación general: las poblaciones adaptan su fecundidad al régimen existente de la mortalidad. Por lo que se sabe, no hay excepción en cuanto a la anterioridad de la baja de la mortalidad (45), como lo atestigua en todo el mundo el fuerte crecimiento transitorio de las poblaciones. Como corolario, se puede decir que el retroceso de la muerte es una cuestión previa al control de los nacimientos y todo esfuerzo de planificación familiar será vano en ausencia de progreso sanitario. En cambio, siguen imprevisibles la amplitud y el calendario de este desfase que deciden de la intensidad y de la duración de la transición vital.

Adaptar el remplazo de los hombres a su mortalidad es ante todo una respuesta biológica necesaria para la reproducción del grupo (46). En las sociedades domésticas, el interés de las familias es tener hijos adultos que se encarguen de su vejez y conserven su patrimonio. Se trata de reemplazar a los que perecen o de concebir bastante hijos para descartar el riesgo de su desaparición. Sin embargo, ciertos autores (47), siguiendo a Scrimshaw (1978) que se basa en el caso de los Andes ecuatorianos, han impugnado el sentido de esta relación. Sin demostrar la anterioridad de la declinación de la fecundidad, su interpretación sugiere que una mortalidad más elevada constituye una respuesta al número juzgado excesivo de nacimientos y que por consiguiente no podría estimular la procreación. Es verdad, los embarazos seguidos son dañinos para la salud del niño y de la madre pero sobre todo el argumento se adhiere a la opinión de los que han estudiado la historia del infanticidio como "el método más extendido del control de la población durante la historia de la humanidad" (48). Este recurso es frecuente entre los cazadores-recolectores cuando una mujer se encuentra en la imposibilidad de continuar sus actividades con dos niños de tierna edad. Ya sea para seleccionar el sexo del heredero o eliminar a uno de los gemelos o un nacimiento que se juzga indeseable, las prácticas de eliminación son más o menos conscientes yendo desde la negligencia, hasta la subalimentación o la entrega para criarlos fuera. Es muy probable que la sobremortalidad de los últimos niños de una familia numerosa no se debe sólo a causas biológicas sino también a la atención declinante de la madre (49).

La tesis de que primero baja la mortalidad al momento de la transición vital es sólida como lo es la realidad de una interacción con la fecundidad (50). Porque siendo la regla general un crecimiento demográfico moderado o por lo menos homotético (que preserva la estructura por edad), la transición vital sería la excepción momentánea e indeseable.

Las ventajas económicas y sociales de la estabilidad son manifiestas en las poblaciones que explotan recursos limitados: la relación es constante entre los activos y los inactivos, cada generación cultiva las tierras de la anterior, los poblados no tienen que dividirse. Conformar el número de los niños a sus oportunidades de supervivencia contribuye ciertamente a la continuidad social (51).

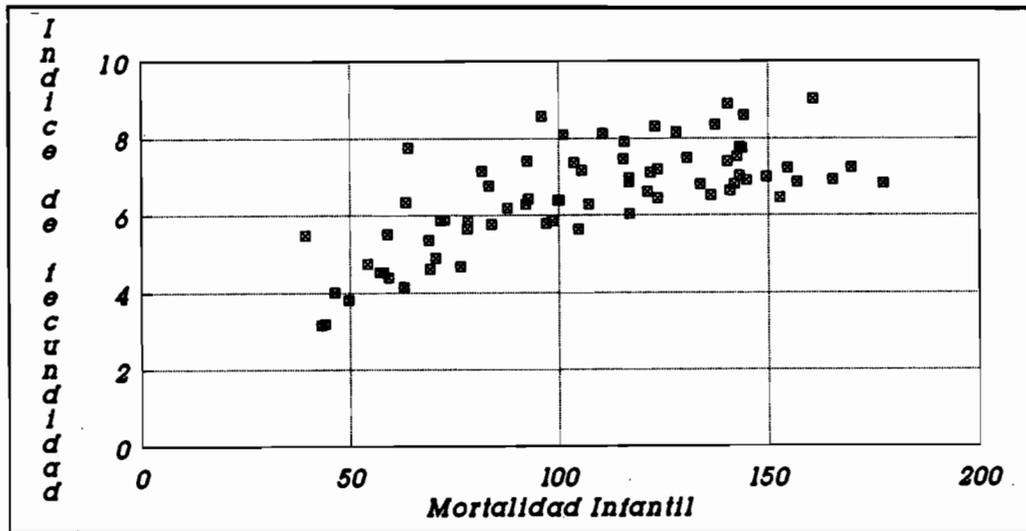
### 4.2.2. El panorama ecuatoriano

Y sin embargo, Chesnais (1986: 151) hace constar que ninguna relación estadística existe entre el nivel de la fecundidad y el de la mortalidad de los niños. La baja de la natalidad sobreviene en contextos sanitarios muy variables que representan toda la gama de las mortalidades infantiles. Para América Latina, un estudio derivado de los datos de la encuesta PECFAL-RURAL muestra que la "mortalidad infantil tiene una reducida incidencia sobre la conducta efectiva en materia de fecundidad"... (Rutstein y Medica, 1976). Pero en esa época, en particular en los campos, la fecundidad continuaba incontrolada y únicamente los mecanismos de tipo biológico eran susceptibles de intervenir. Más recientemente, Bulatao y Elwan (1965) realizaron un análisis empírico de las correspondencias entre la declinación de la fecundidad y el descenso de la mortalidad en los países de transición tardía. Una esperanza de vida de al menos cincuenta y cinco años sería necesaria para la baja de la fecundidad pero la condición no es en sí suficiente si no va seguida por la educación, la urbanización, la contracepción. Los resultados varían de un continente a otro y las relaciones establecidas cambian con la fase alcanzada por la transición (52).

Las provincias ecuatorianas revelan una correspondencia más unívoca entre los dos componentes de la transición vital citada en la figura 21 (53). Precisamente, esta relación no es lineal sino para una escala logarítmica de las mortalidades infantiles, lo que confirma que la fecundidad consolida su retroceso cuando mejora la supervivencia del niño: el índice de fecundidad se modifica más claramente pasado el umbral de cien fallecimientos por mil nacimientos. Por cierto, la dispersión de la nube de puntos sigue siendo grande pero tiende a atenuarse con la convergencia de las provincias más avanzadas. Una reagrupación regional de los valores aumenta la coherencia de la relación al eliminar las disparidades regionales de la fecundidad debidas a otros factores. La correspondencia es imprecisa para las comparaciones sincrónicas pero gana en precisión para las observaciones diacrónicas que convienen a la relación probada.

Se conocen otros efectos a corto plazo de la mortalidad infantil sobre la fecundidad. Primero, un efecto biológico cuando el fallecimiento del recién nacido viene a interrumpir la lactancia y por tanto la esterilidad

Fig. 21. La fecundidad v/s mortalidad infantil.  
Provincias costeñas y serranas, en 1955, 65, 75 y 85.



pasajera de la madre. Otro efecto es el de sustitución del niño desaparecido, pero no se sabe si este deseo basta para estimular la fecundidad ya que semejante incitación no funciona sino en las sociedades que practican la limitación de los nacimientos y donde el niño corre poco peligro de morir (54). Cabe señalar finalmente una correspondencia ficticia entre los dos fenómenos cuando una sobremortalidad accidental de los niños va acompañada de una declinación sensible de las inscripciones en el registro civil. Probablemente ésta es la causa de las variaciones contrarias que se observa para los valores declarados (y no corregidos) de la fecundidad y la mortalidad infantil.

### 4.3. La edad de las madres

La ley de la edad en materia de fecundidad es de entrada fisiológica. Pero entre la pubertad y la menopausia, la tasa por edad varía de uno a diez, de uno a cuatro si se excluyen los años extremos que cierran la vida fecunda. Así mismo la modificación del comportamiento reproductivo de una mujer es más o menos lenta e intensa según la época de su vida. Sabremos que las comparaciones que siguen se apoyan sobre los índices del momento, analizados sobre un período demasiado corto para seguir una generación femenina durante su procreación (55).

Fig. 22. La evolución de la fecundidad por edad. - Sierra

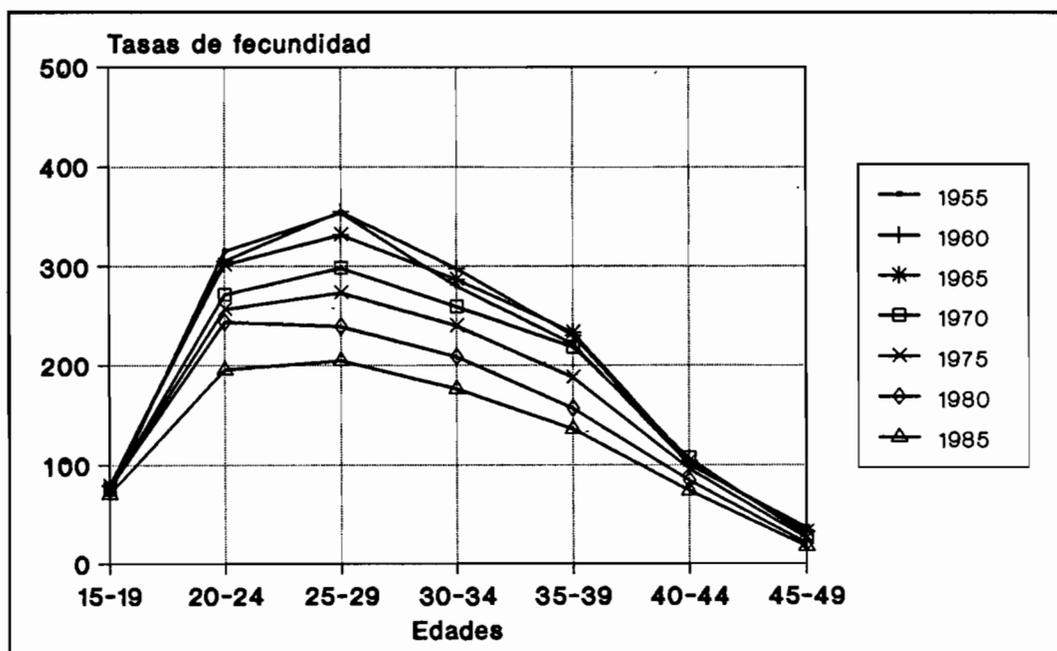


Fig. 23. La evolución de la fecundidad por edad. - Costa

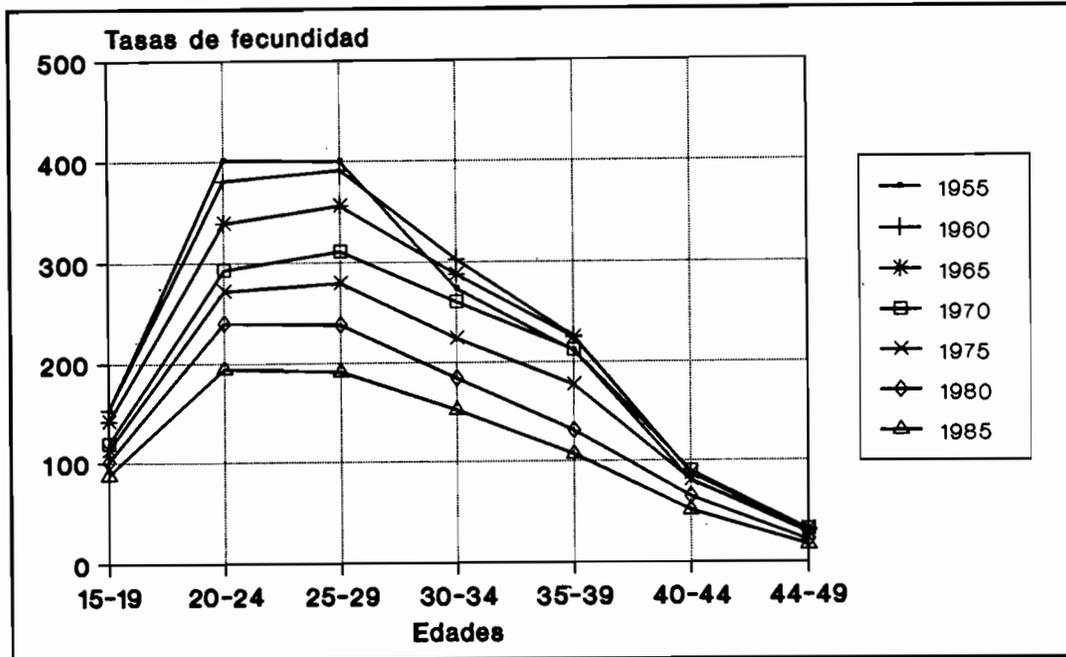
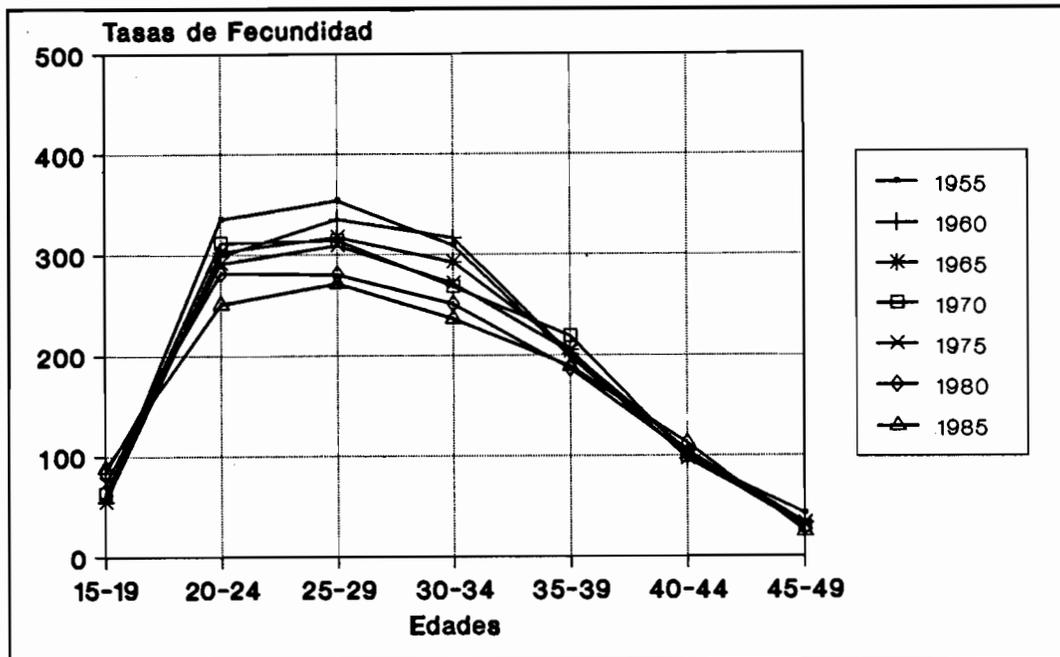


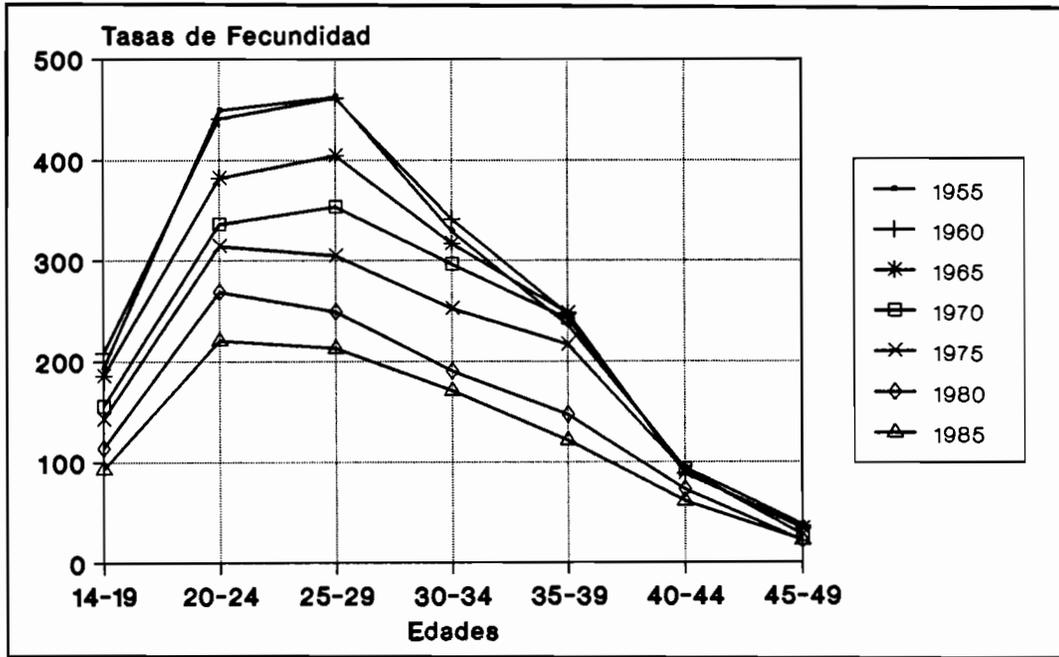
Fig. 24. La evolución de la fecundidad por edad. - Chimborazo



En valor absoluto así como en variación relativa, la fecundidad baja más en las edades de su mayor vigor: sobre todo entre los 25 y 29 años, luego en las clases de edades precedentes (20-24 años) y finalmente después de los 30 años. La transición vital aplanada la curva de la fecundidad por edad al mismo tiempo que se desliza hacia abajo y se regulariza el calendario de los embarazos. De manera que en varias provincias costeñas, la fecundidad máxima se sitúa en adelante entre 20 y 24 años. Si la transición es lenta, no entraña modificación neta sino en las edades más fecundas, a la manera de las

poblaciones de Chimborazo tomadas como contraejemplo de la región costera de Los Ríos en las figuras 22 a 25. Estos dos casos extremos subrayan, exagerándolas, las singularidades de las fecundidades andinas y costeñas. Las maternidades jóvenes son más prontas en la Costa pero las mujeres jóvenes están ahí también más prontas a moderar su descendencia. En 1955, las que no tienen treinta años, causan la diferencia de la fecundidad costera, ventaja ya esfumada. Hoy día, las serranas cuádragenarias han manifestado cierta reticencia a modificar su fecundidad consuetudinaria y serían más

Fig. 25. La evolución de la fecundidad por edad. - Los Ríos

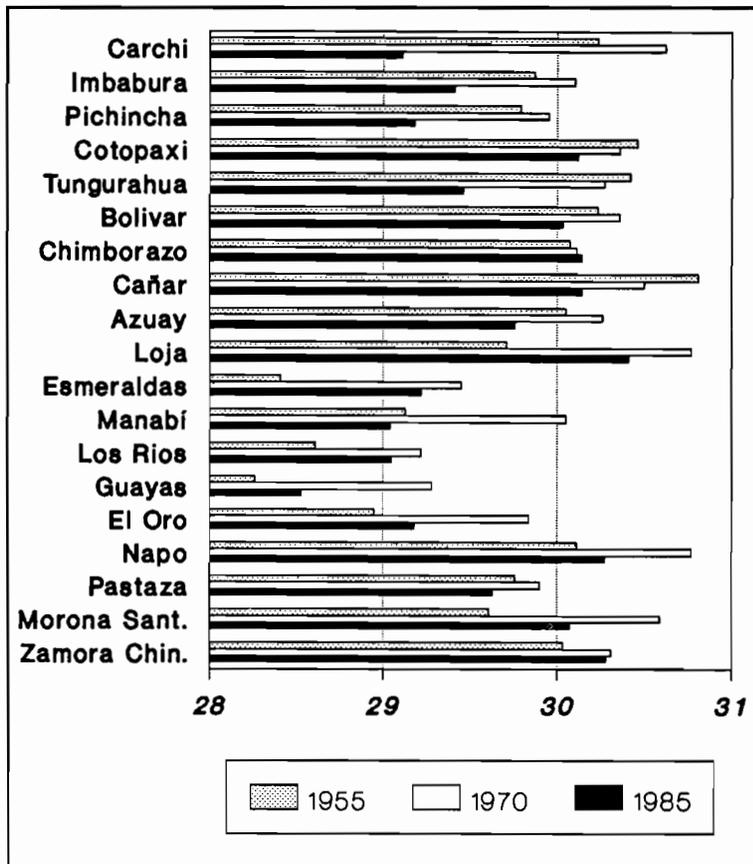


fecundas a pesar de la desventaja de una soltería definitiva difundida.

El rejuvenecimiento de las madres no es ni general ni muy franco. La edad-promedio en el parto se eleva un

tiempo con la baja de la mortalidad maternal, luego decae con la contracepción entre las mujeres que han formado ya su descendencia. Durante los treinta años observados, el rejuvenecimiento no es sensible sino en la Sierra donde la fecundidad de los primeros años era menor y las maternidades más tardías. La tendencia va hacia una sensible uniformación de una región a otra.

Fig. 26. Edad media de las madres en el nacimiento de sus hijos



La regla de la baja experimenta sin embargo una doble excepción. En las edades extremas de la vida fecunda, las tasas de fecundidad aumentan muy ligeramente y durante poco tiempo. En este caso, el aplanamiento de las curvas va acompañado de un breve enderezamiento de los extremos. O sea: para las mujeres que pasan de los treinta años, la ventaja se nota hasta 1960, en 1965 para las de 35-39 años en esta fecha, un poco más tarde para las de más edad. Este progreso está mejor marcado en los Andes de población indígena pero se observa en todas partes aun cuando sea un poco. El fenómeno se observa también entre las madres muy jóvenes que constituyen la segunda excepción hasta alrededor de 1960.

Aquí todavía, el sesgo estadístico es probable. En estas edades en efecto, la inexperiencia o los partos seguidos hacen correr un riesgo suplementario al niño. Cuando bajen estas fuertes mortalidades, se declararán mejor los

Fig. 27. Fecundidad antes de veinte años, variación de 1955 a 1985

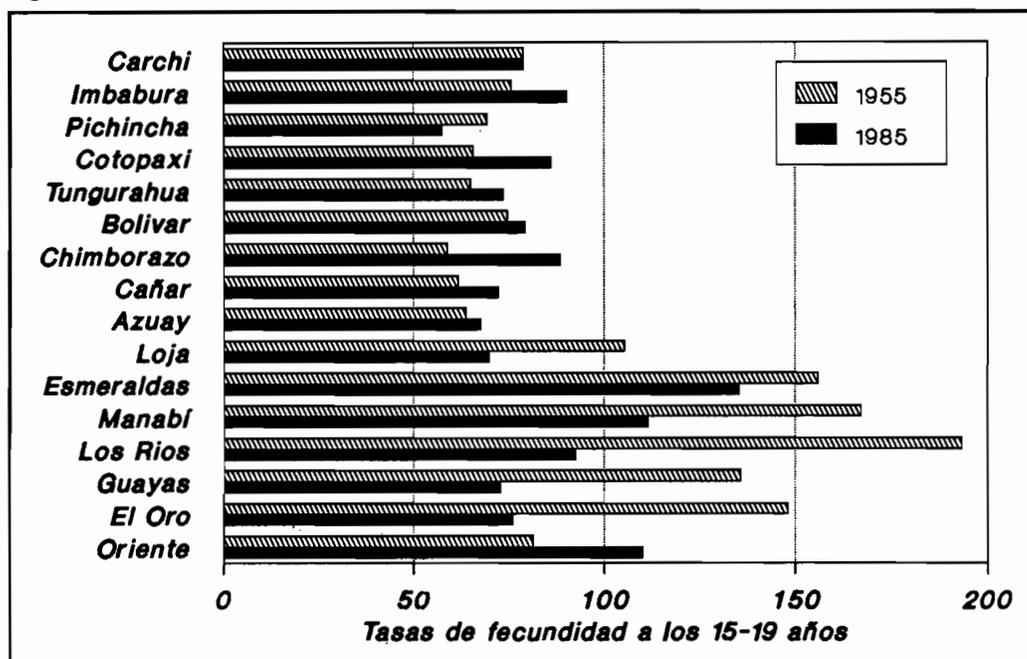
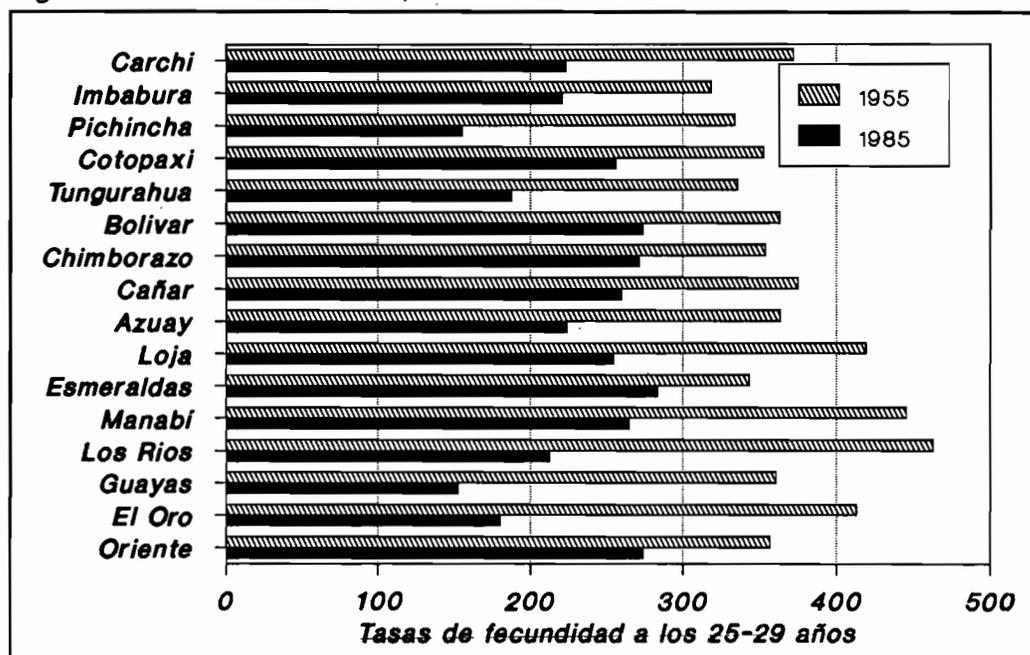


Fig. 28. Fecundidad de 25 a 29 años, variación de 1955 a 1985



nuevos nacimientos, pudiendo superarse los efectos de la contracepción. El error sería en particular sensible para la generación de las mujeres de antes de la transición, justamente las de más de treinta años en 1960 que terminan su vida fecunda en el momento en que el control de nacimientos se expande. El aumento de las tasas (56) en Imbabura en los años sesenta sería del 15% para las mujeres de 40-44 años; es de igual importancia en Cotopaxi, Chimborazo, Loja y asume valores récords en Bolívar; regiones en donde justamente la mortalidad de los niños alcanzaba niveles elevados. En cambio, la ganancia es imperceptible (57) en torno a la capital

donde las mujeres jóvenes de 20-24 años logran una baja considerable.

Y sin embargo, las variaciones regionales de la fecundidad antes de veinte años (figura 27) van mucho más allá de un sesgo estadístico. En la mayoría de las provincias serranas (fuera de Loja y Pichincha) la ganancia es positiva en treinta años (de 1955 a 1985) mientras que la baja es nítida en la Costa. Partiendo de una situación muy contrastada entre los Andes y la región costera, se va hacia una homogeneidad nueva de la fecundidad de las mujeres muy jóvenes: aumenta donde

era moderada, se atenúa donde era vigorosa. ¿La tendencia no denotaría la normalización de los comportamientos matrimoniales?

Estas madres jóvenes no comienzan a controlar su fecundidad sino hacia 1960 en Pichincha, 1975 en Imbabura, 1985 en Chimborazo. Entre ciertas poblaciones andinas, las mujeres de menos de veinticinco años casi no aplazan sus embarazos. Lo que significa que la contracepción no interviene sino para frenar una descendencia que se juzga de suficiente tamaño. Esta lógica concilia la necesidad de asegurar la presencia del grupo en las tierras de la familia con una supervivencia más larga de los niños.

Esta fecundidad precoz, que premia a la Costa, persiste más alta en las partes bajas del noroeste y de la

Amazonía. La provincia de Esmeraldas establece hoy día un récord en la materia así como para los nacimientos llamados ilegítimos. En 1955 era la provincia de Los Ríos la que en este aspecto se destacaba. Estas regiones de inmigración masculina y de mezcla de poblaciones favorecen las uniones informales, la soltería de las mujeres se vuelve rara gracias a una relación de masculinidad favorable. Lo que confiere un dinamismo particular a las regiones pioneras de colonización.

4.4. La nupcialidad

Las reglas matrimoniales expresan opciones sociales rara vez explícitas pero siempre decisivas para la reproducción física del grupo. Cuando una sociedad valora a las progeneraturas numerosas, la unión se ve apresurada por la familia y concierne casi a todas las muje-

Fig. 29. Fecundidad según el estado civil o conyugal en la Sierra urbana

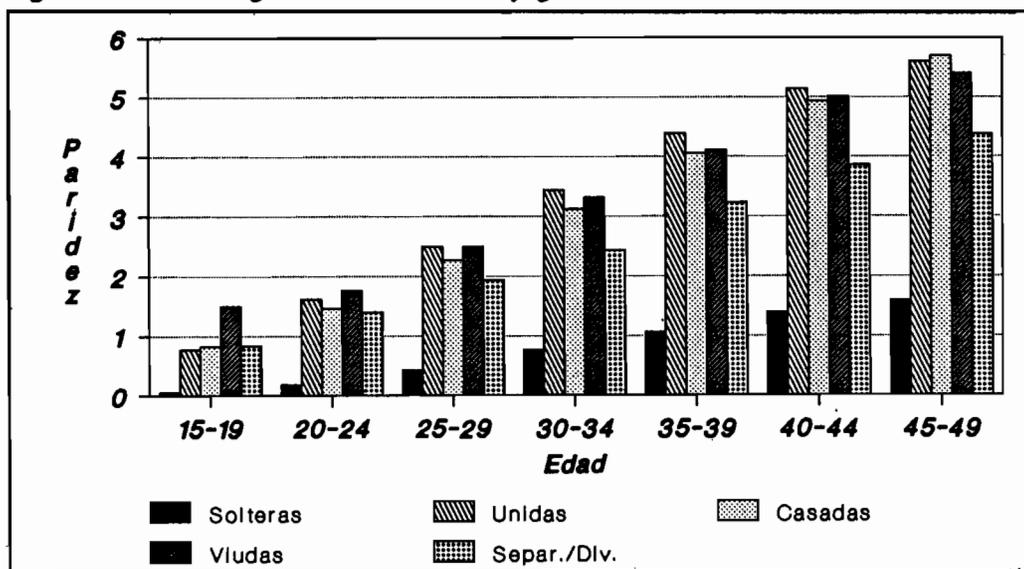
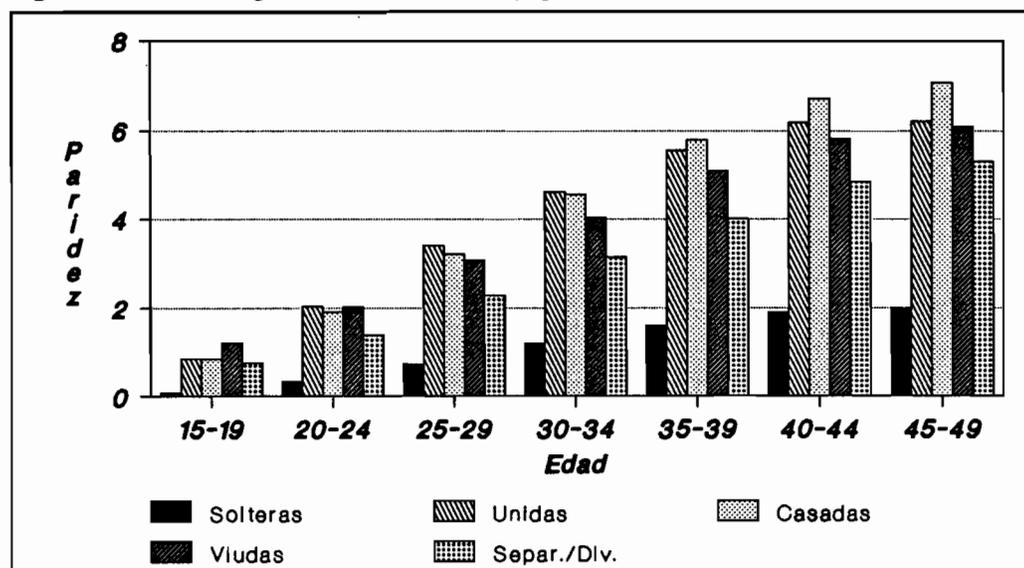


Fig. 30. Fecundidad según el estado civil o conyugal en la Sierra rural



res. Números autores han atribuido a las prácticas matrimoniales tardías, y a la importancia del celibato permanente, los bajos niveles de fecundidad que aparecen en Europa con la revolución industrial (Hajnal, 1965). El Japón de la primera mitad del siglo XX así mismo ha podido reducir considerablemente la natalidad por el aplazamiento del matrimonio.

Sin embargo, la distinción entre una fecundidad legítima y general pierde su pertinencia en los países, entre ellos el Ecuador, en donde las uniones libres son numerosas y fecundas. En estas condiciones particulares, es menos justificado asociar un esquema preciso de fecundidad a tal tipo de cohabitación o de estado matrimonial: muchas mujeres solteras tienen relaciones sexuales e hijos, la migración separa las parejas legítimas por períodos bastante largos y altera la procrea-

ción, las uniones consensuales no son necesariamente más esporádicas que los matrimonios legalmente constituidos.

4.4.1. La fecundidad de las diversas cohabitaciones

Las medidas llevadas a cabo por el CELADE (Centro Latinoamericano de Demografía, Santiago) en algunas ciudades sudamericanas durante los años sesenta revelan que la unión libre era en general más fecunda que el matrimonio (Henriques, 1980). Esta observación exclusivamente urbana se encuentra ahora matizada por comparaciones ampliadas (Miro, 1966). La fecundidad respectiva de cada estado matrimonial no sería por lo demás estable: las uniones libres eran antes menos frecuentes y menos prolíficas (58). El Ecuador durante el presente decenio confirma esta tendencia.

Fig. 31. Fecundidad según el estado civil o conyugal en la Costa urbana

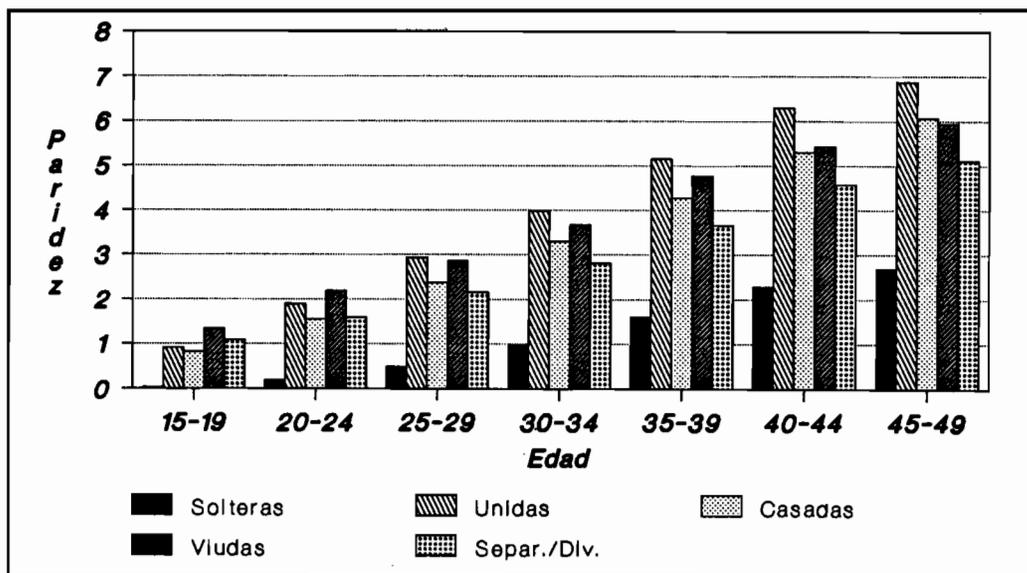
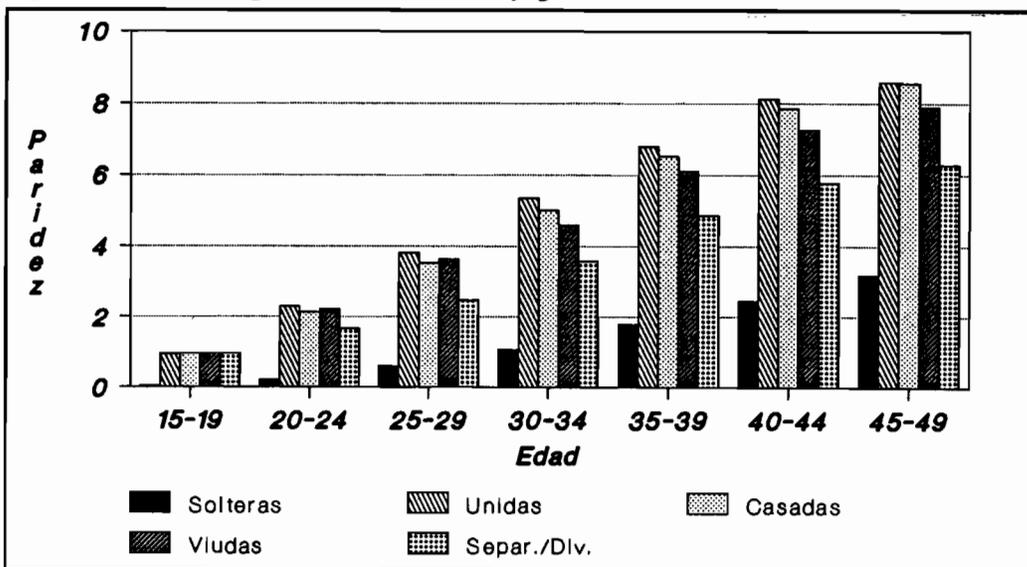


Fig. 32. Fecundidad según el estado civil o conyugal en la Costa rural



Hay madres solteras que, incluso, renuevan sus generaciones porque al llegar a la menopausia estas mujeres ya han dado a luz más de dos niños en las ciudades (2,12 hijos) como en los campos (2,29). La configuración regional de su fecundidad es conforme a la de todas las ecuatorianas: menor en la Sierra, superior en las regiones bajas como el concubinato que revelan algunos de estos nacimientos. En efecto, muchas informantes guardan discreto un concubinato pasado, o presente, y se declaran solteras. La Amazonía sería propicia a la fecundidad de las mujeres solas a juzgar por las parideces urbanas (2,8 niños) que sobreentienden una descendencia notable donde el aislamiento y la movilidad de los colonos disuaden sin duda el matrimonio civil. Pero se destacan sobre todo las mujeres solteras de la provincia de Esmeraldas cuya paridez era excepcional: 5,8 niños en las ciudades, 6,7 en los campos. La diferencia no alcanza dos nacimientos entre las mujeres unidas, pero esta singularidad tiende a atenuarse en las generaciones jóvenes. ¿Sería la expresión de una libertad particular de costumbres en esta región o una reticencia para declarar el concubinato? El laxismo matrimonial ha conferido un dinamismo particular a estos pueblos dispersos, descendientes de esclavos o colonos. ¿No sería así como las poblaciones negras o pioneras han conquistado tierras en las sociedades indígenas mejor estructuradas pero más maltusianas?

De todas las mujeres, las concubinas son las más fecundas, tienen alrededor de 0,7 niño más que las esposas legítimas. Esta ventaja es general en las ciudades pero no sistemática en los campos, en particular andinos. Se afirma entre las generaciones jóvenes, pero el olvido de los embarazos antiguos, una tradición menos conciliadora y sobre todo la inestabilidad de las uniones contribuyen sin duda a reducir la paridez declarada por las mujeres de edad avanzada. En una palabra, la tendencia parece moderna, se manifiesta en Pichincha y Guayas (cuya importancia modifica los promedios nacionales) pero no en las regiones de tradición indígena de Imbabura y de la Sierra central. Las razones de esta evolución y del predominio de la unión informal siguen siendo inciertas. Es verdad que atañe a las capas modestas más prolíficas de la población, que cada nueva unión fomenta el deseo de un niño, incluso la frecuencia de las relaciones. Pero el concubinato, si fuera menos estable, alargaría los períodos de la soltería (59).

La fecundidad legítima sirve de referencia a los demógrafos que ven en la familia el marco normal de la reproducción física de las sociedades. Prevalece, pero poco, en la mayoría de los campos serranos, para las generaciones antiguas y en las provincias menos "modernas". Así en Loja, la ventaja de las mujeres casadas es notable hasta en las ciudades. El detalle de las diferencias provinciales carece sin embargo de precisión cuando los errores sobre la edad y pequeñas poblaciones contribuyen a mezclar las clases de edades.

El hecho que la fecundidad de las uniones legalmente constituidas supere a la de las viudas, divorciadas o separadas, se debe evidentemente a la duración de la vida marital, pero es probable que la perennidad de los matrimonios contribuye a un mejor control de las descendencias.

Pues en el conjunto de las ciudades ecuatorianas, la fecundidad de las viudas se sitúa entre la de las mujeres unidas y casadas, para todas las clases de edades comprendidas entre veinticinco y cuarenta y cinco años. ¿Significa esto que se vive la viudez con una libertad fecunda? La respuesta se encuentra sin duda en la sobre-fecundidad absoluta de las viudas jóvenes de quince a veinticinco años que debe explicarse por un matrimonio particularmente precoz y una vida marital más larga. Una mortalidad disminuida hace bajar la edad de la viudez en las mujeres por consiguiente más aptas para ellos completar su descendencia. En las zonas rurales serranas que los hombres abandonan, emigran o mueren más jóvenes que sus compañeras, la fecundidad relativa de las viudas declina más rápidamente por el desequilibrio numérico de casaderos entrados en edad: el déficit masculino obstaculiza una nueva unión y un embarazo suplementario.

El divorcio o la separación hace perder en promedio un niño a las mujeres casadas, por tanto más que la viudez. La razón es simple: divorcio y separación afectan siempre a las parejas antes del fallecimiento del hombre, la unión así rota es menos larga que la de una pareja que separa la muerte. Hay sin embargo algunas raras regiones donde la diferencia se reduce a poca cosa (El Oro, Los Ríos).

#### 4.4.2. La unión: el riesgo de procrear

La fecundidad acumulada de las mujeres casadas entre los quince y diecisiete años es de 8,48 niños contra 6,08 para las que esperan los veintidós-veinticuatro años, o sea 2,4 niños menos para una unión acortada de siete años. En el vocabulario del demógrafo, atento a las fecundidades legítimas, se diría que la soltería quita a la mujer el riesgo de procrear... y las ecuatorianas le dedican un tercio de su vida fecunda (30% para las generaciones del 55-64, 36% en 1970-79) (INEC, 1984: 131). Dos variables son decisivas: la edad en el matrimonio y el número de mujeres solteras que llegan a la menopausia.

La nupcialidad constituye una variable que afecta la transición demográfica por la misma razón que los factores socioeconómicos (Ruzicka, 1982) bajo cuya influencia evoluciona (INEC, 1984: 98). Escolarizada y viviendo en la ciudad, la mujer se casa más tarde. La tendencia está confirmada por la Encuesta Nacional de Fecundidad: de las generaciones antiguas a las más jóvenes, la edad promedio en el matrimonio pasa de 17,8

años a 19,1 lo que contribuye a reducir su descendencia. Según la misma investigación, las nuevas costumbres matrimoniales serían las responsables de un 21% de la baja de la fecundidad ecuatoriana. Esto representa una baja de dos tercios para las mujeres de 15-19 años, de la mitad para la clase de edad entre los 20-24 años y solamente de un quinto en las de 25-29 años (60). La soltería permanente provocaría por sí sola una carencia de 0,44 niños para el conjunto de la población femenina, o sea alrededor del 8% de la fecundidad general (INEC, 1984: 131).

Estas observaciones dejan ver que el medir la incidencia del estado matrimonial exige asociar la duración de la unión a la edad de las mujeres, lo que no permiten los datos censales. Pero L. Henry (1969) ha demostrado que los primeros años de matrimonio son los más fecundos, tendiendo a decrecer la frecuencia de las relaciones sexuales con el paso de los años de vida común. La encuesta de 1979 comprueba una mayor fecundidad durante los cinco primeros años de vida marital mientras más edad tiene la mujer. Esto podría traducir, según el INEC, una voluntad de los matrimonios formados tardíamente "de compensar su menor disponibilidad de tiempo reproductivo" (INEC, 1984). La misma encuesta revela cuán críticos son los primeros años para la estabilidad conyugal y estima que el 20% de la población femenina ve una primera unión quebrantada.

#### 4.4.3. Bosquejo geográfico de la nupcialidad ecuatoriana

La edad promedio en la primera unión, legítima o libre, está mal evaluada por las estadísticas del censo que mezclan las generaciones durante una nupcialidad cambiante. El cálculo obtenido del censo de 1982 aparece por lo demás notablemente superior a los valores de la Encuesta Nacional de Fecundidad de 1979 que distinguía las generaciones y averiguaba con cuidado las uniones efectivas. Las diferencias regionales serían por lo demás endebles (de uno a dos años) y probablemente no susceptibles de trastornar la fecundidad.

Más considerables son las diferencias provinciales de la soltería definitiva que van en el sentido de las variaciones de las parideces. Aproximadamente una mujer serrana entre ocho es soltera a los cincuenta años, por una entre veinte en las zonas orientales, una entre doce aproximadamente en la Costa. Hay que saber que desde 1974 esta proporción tiende a retroceder en uno o dos puntos en todas las provincias a excepción de la Región Amazónica donde la estructura de las poblaciones de colonos se normaliza.

El reparto bastante homogéneo entre estas regiones subraya el contenido cultural de estas prácticas matrimoniales y la naturaleza "territorial" de la nupcialidad. Si se compara esta configuración de la soltería definitiva

con el mapa de las relaciones de masculinidad, indicador del número de los casaderos presentes, éstas son claramente favorables a la unión de las mujeres en la Costa y, más particularmente, en la parte oriental donde se desarrolla la economía de plantación que atrae a los trabajadores masculinos (Delaunay, 1988). Es desventajosa en la Sierra por el hecho de la emigración y de la sobremortalidad masculinas.

El contraste está sobre todo en el tipo de la unión. Es legal en los Andes, consensual en las regiones bajas. Menos del 5% de las mujeres serranas viven en concubinato por cerca del 28% en la Costa. La unión libre toca a 41% de las mujeres en edad de procrear en la provincia de Esmeraldas y 45% en la de Los Ríos.

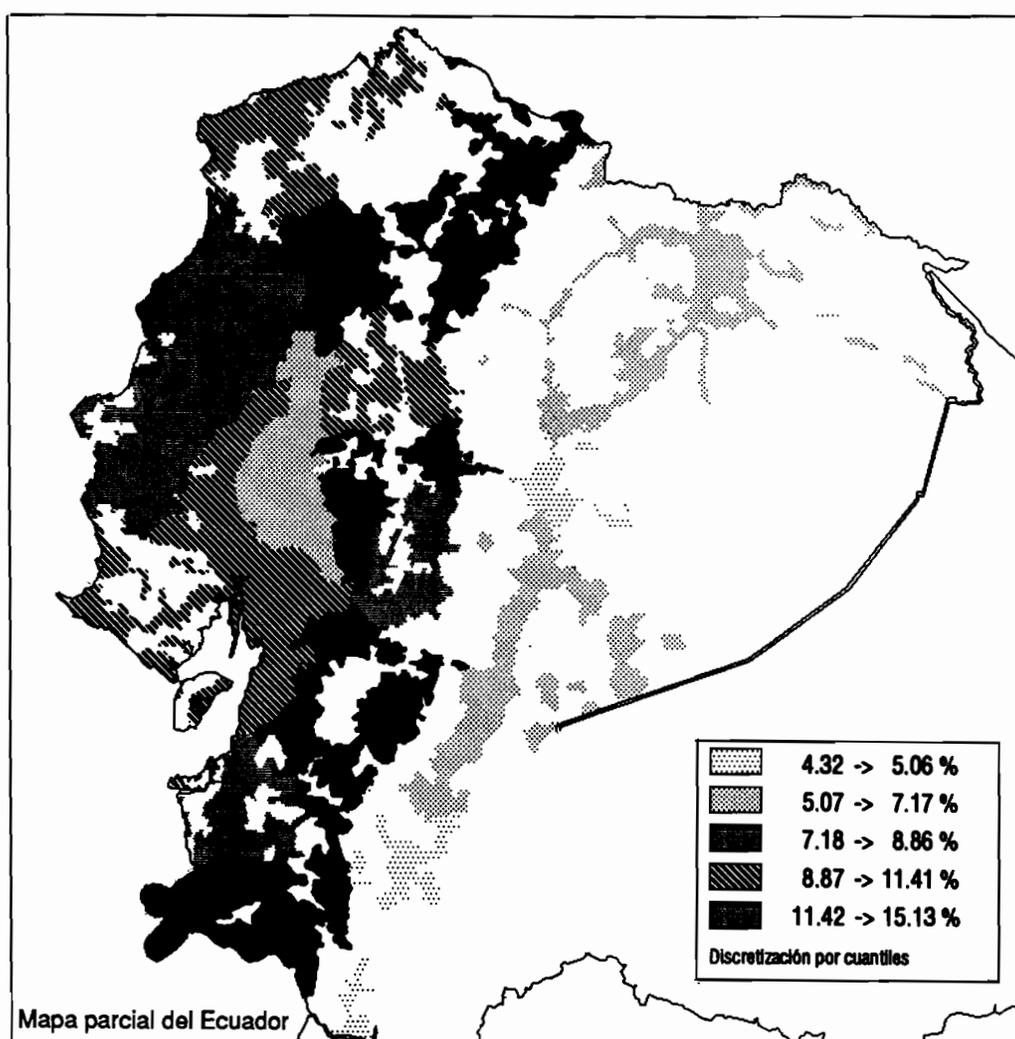
#### 4.5. Las migraciones

La ruptura de los equilibrios demográficos antiguos por la baja de la mortalidad provoca una reacción maltusiana de componentes múltiples: una fuerte emigración masculina, restricciones matrimoniales impuestas a los pretendientes, limitaciones a la fecundidad de las parejas. Chesnais, que recuerda la interactividad de los diversos componentes de la transición, concluye a propósito de las migraciones:

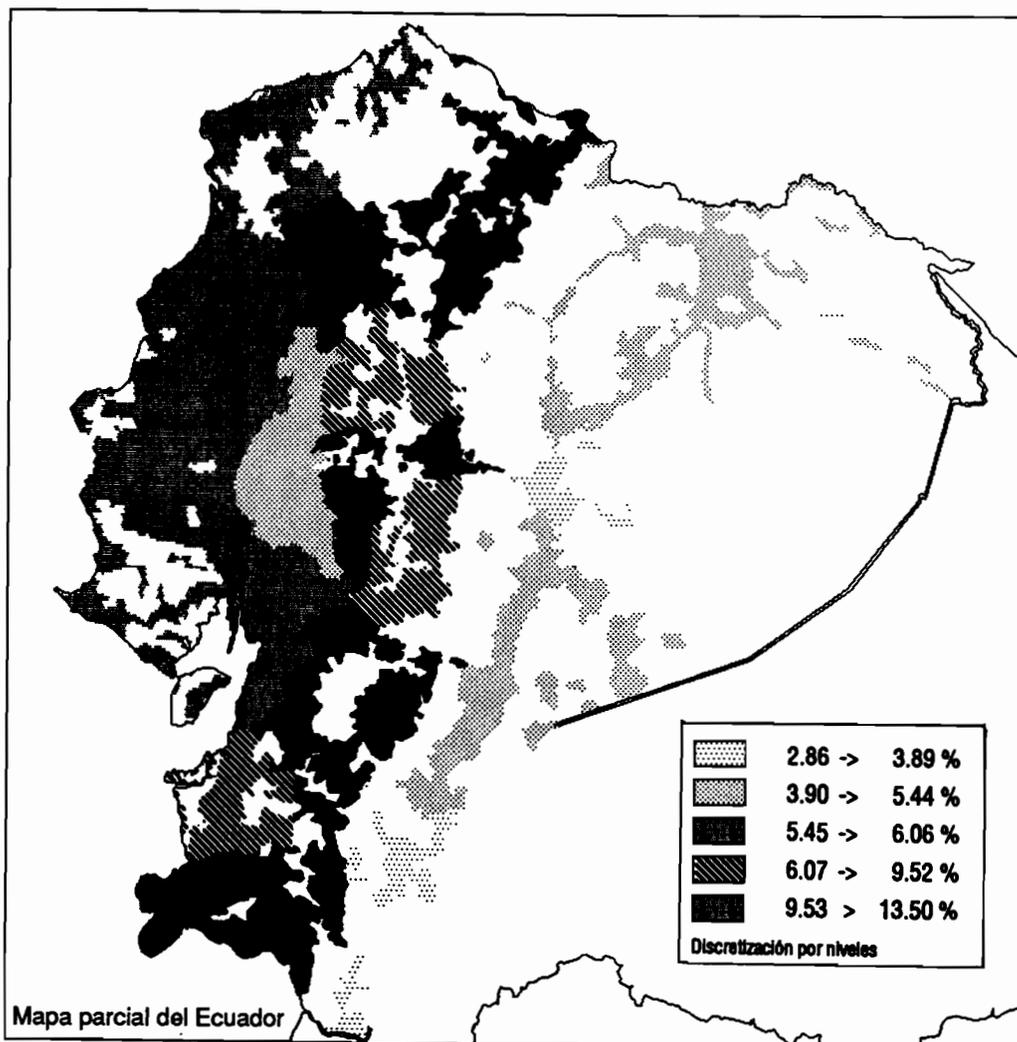
"En Europa, igualmente, las migraciones masivas se desarrollan a partir de los países donde la baja de la mortalidad ha sido precoz. Incluso parece que durante largo tiempo se da ahí cierta relación de proporcionalidad entre la reproducción neta y la propensión a emigrar: en los países donde la tasa neta de reproducción de las generaciones nacidas hacia mediados del siglo XIX es la más elevada (Noruega, Alemania y Gran Bretaña), la emigración ha sido, en proporción, la más importante y precisamente en estas generaciones que mantienen récords históricos de reproducción neta. En muchos países, al mismo tiempo que esta gran ola de emigración, la nupcialidad se hace más tardía y menos frecuente" (61).

Por la emigración de los hombres, la abstinencia modifica la fecundidad de las mujeres que tienen el cuidado de la célula doméstica; se dice que la emigración sería a veces aconsejada a las parejas muy fecundas. La partida temporal de los campesinos andinos hacia las zonas tropicales, o las zonas de recursos ecológicos complementarios, ha podido aligerar la presión demográfica en las áreas sometidas a fuerte presión sobre la tierra, pero es difícil en esto emitir un juicio. El punto más frecuentemente destacado es el de una diferenciación de los migrantes en materia de reproducción. Es un asunto de interés más general de lo que parece porque el desplazamiento precipita con mucha frecuencia una modificación radical de la actividad productiva de la familia. Ya sea hacia las ciudades en las que prevalece el trabajo asalariado, o bien hacia los

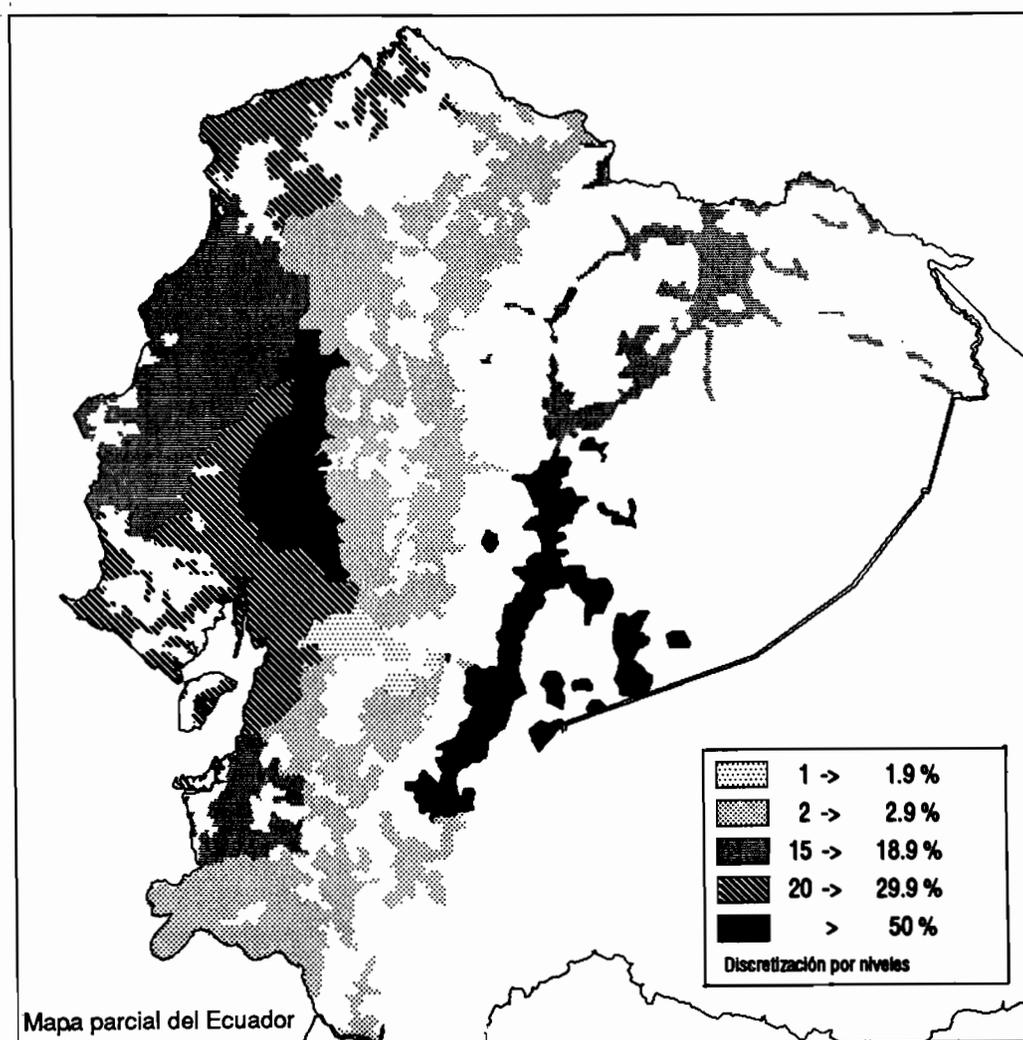
Mapa 7. Proporción de mujeres solteras entre 45 y 54 años en zona urbana



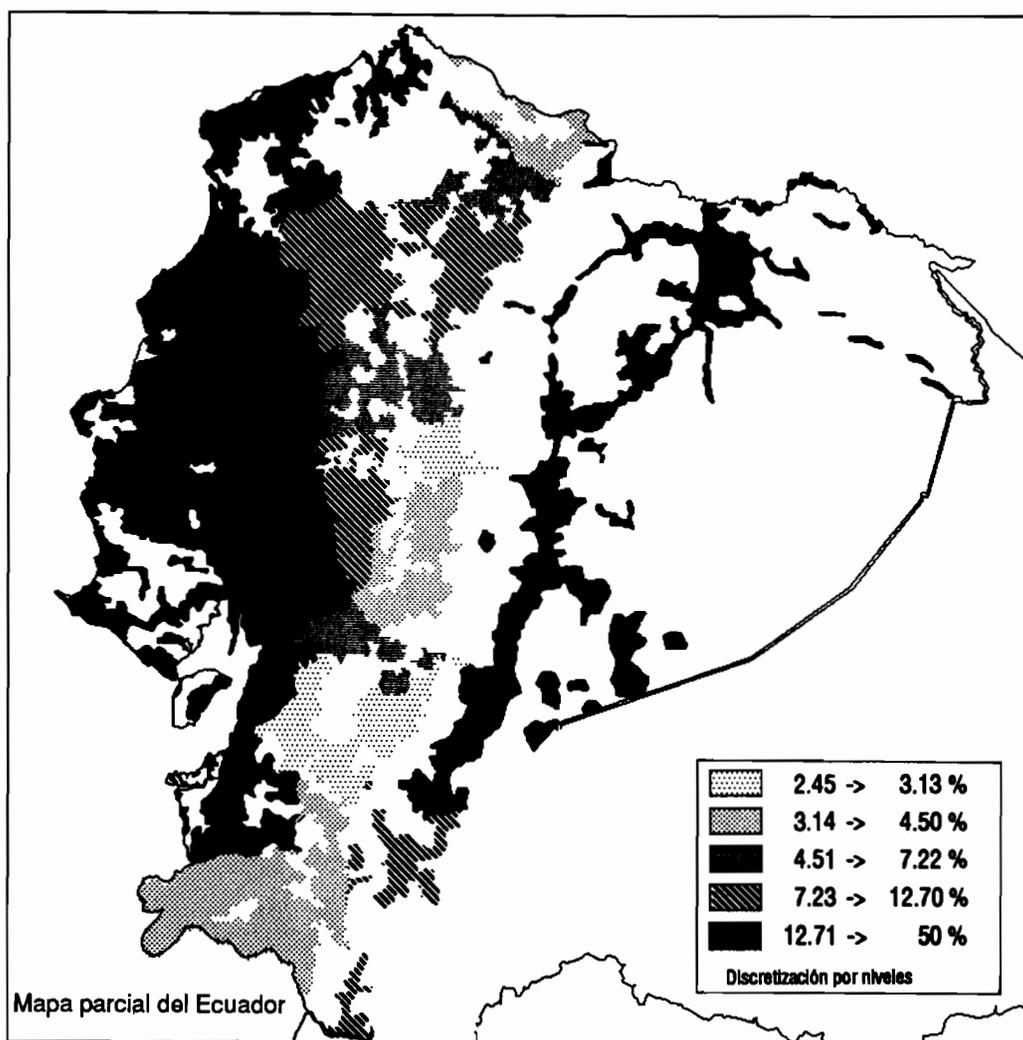
Mapa 8. Proporción de mujeres solteras entre 45 y 54 años en zona rural



Mapa 9. Importancia de la unión libre en zona urbana



Mapa 10. Importancia de la unión libre en zona rural



frentes pioneros de lógicas expansivas nuevas; la migración concreta la transformación de la economía familiar. Comprobar que los migrantes se acomodan a los hábitos reproductivos de su nueva inserción ilustraría hasta qué punto la fecundidad obedece a las reglas sociales de la producción.

Falta en el Ecuador la información para sostener esta hipótesis. Es notorio que la fecundidad de las mujeres de origen rural que viven en la ciudad es superior a la de las nacidas en urbes pero inferior a la que prevalece en los campos (INEC, 1984: 146). Se ignora no obstante el tiempo necesario para que los migrantes se adapten a las nuevas incitaciones. El éxodo campesino hacia las metrópolis ha contribuido ciertamente a temperar y posponen la transición urbana durante los años setenta.

#### 4.6. La esterilidad

Los matrimonios que desean una progenitura numerosa se verán contrariados en su proyecto por la esterilidad femenina. Muchos observadores sugieren que ésta es una de las causas más frecuentes de divorcio y de un nuevo matrimonio en los Andes (Bolton, 1977). Generalmente se la evalúa contando las mujeres no solteras que llegan sin hijos al final de su vida fecunda, estadística contenida en los censos pero que el INEC no publica. Esta proporción está disponible sólo para la totalidad de las mujeres, incluidas las solteras, estadística que mezcla la esterilidad y la soltería definitiva. Esta última pesa con toda su importancia en las ciudades en general y en la Sierra en particular (cf. mapas 7 y 8).

Un modo muy aproximado de evaluarla fue establecer la relación lineal entre la soltería definitiva y la in-

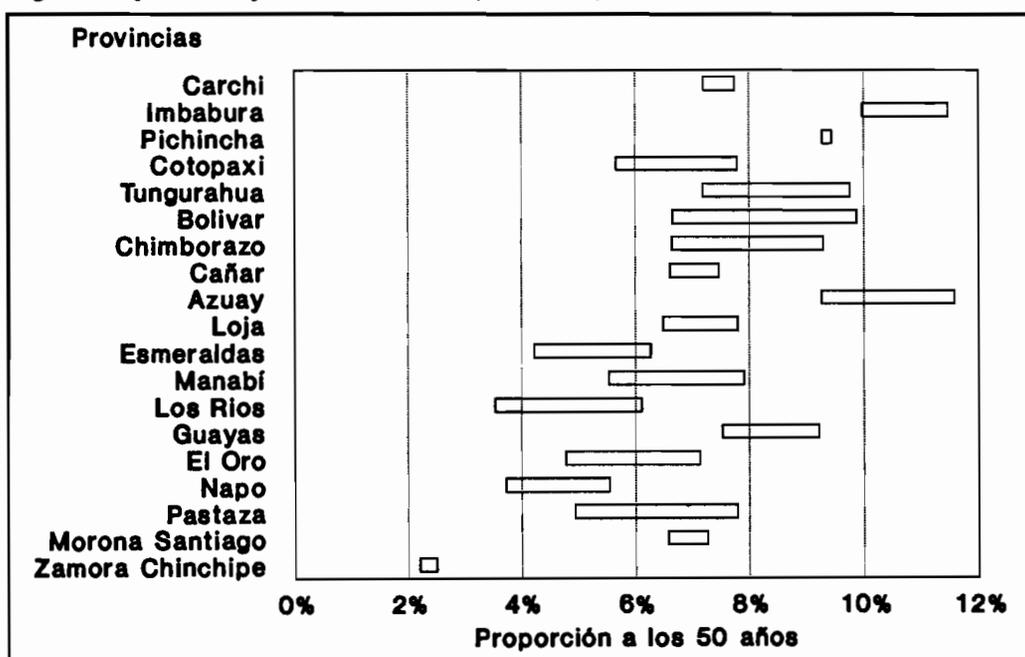
fecundidad a los cuarenta y cinco años (62). La tendencia así estimada da un poco menos de 4% de esterilidad en las no solteras, lo que sería superior al nivel "normal" en un punto (Frank, 1983). Sería más fuerte en la Sierra (alrededor del 5%) que en la Costa (2-3%), pero la dispersión de los valores en torno a esta tendencia, así como la contracepción, quita crédito a esta diferencia, conforme sin embargo con la ventaja sanitaria de la Costa.

Es muy neto en cambio el aumento relativo de las mujeres infecundas de 1974 a 1982; su medida está dada en la figura 33. Esta tendencia podría ser la de la esterilidad puesto que la soltería definitiva tiende a decrecer (excepto en la Amazonía) pero las mujeres sin hijos en la menopausia no son todas estériles. Algunas, cada vez más numerosas, rehusan la maternidad. Admitimos que las enfermedades venéreas podrían ser culpadas cuando caen los obstáculos tradicionales a la movilidad sexual, la exogamia y la prostitución favorecen la difusión de las enfermedades que causa la esterilidad.

#### 4.7. La lactancia

En ausencia de una contracepción eficaz, la lactancia es el mejor regulador de la fecundidad legítima puesto que inhibe la ovulación y tiende a alargar el intervalo genésico. Probablemente es el estímulo nervioso de la mamada, y no la producción de leche, el que bloquea la fecundidad pero el mecanismo preciso de la inhibición sigue siendo mal conocido. La observación sugiere que la frecuencia de las mamadas tiene más importancia que la duración de la lactación de modo que la actividad ovárica se recupera muchas veces con alimentación com-

Fig. 33. Mujeres sin hijos a los 45-49 años (1975-1982)



plementaria. La abstinencia sexual postnatal, cuando es recomendada, viene por tanto a reforzar un medio de contracepción que la creencia popular, por esta razón, considera poco confiable. Alrededor del cinco por ciento de las mujeres en amenorrea de lactación en los países en desarrollo pueden estar de nuevo embarazadas (Short, 1984).

Pero la práctica de la lactancia se ve progresivamente acortada, incluso abandonada con la urbanización, la escolarización, el salariado que la transición demográfica sustentan. Su acción contraceptiva se va por consiguiente atenuando, y ha podido contribuir a rehabilitar la fecundidad antes de que sea bien controlada, e incluso a compensar la acción de los programas de planificación familiar. Puesto que, por causas que comparten, fecundidad y lactancia bajan de concierto: las mujeres jóvenes, urbanas y escolarizadas tienden a reducir su duración, incluso a abandonar su práctica. La educación es también aquí la primera variable discriminadora de la lactancia que, sin embargo, sigue siendo ampliamente mayoritaria en el Ecuador, para el bien de los niños que aprovechan de concentraciones importantes de anticuerpos maternos en el calostro.

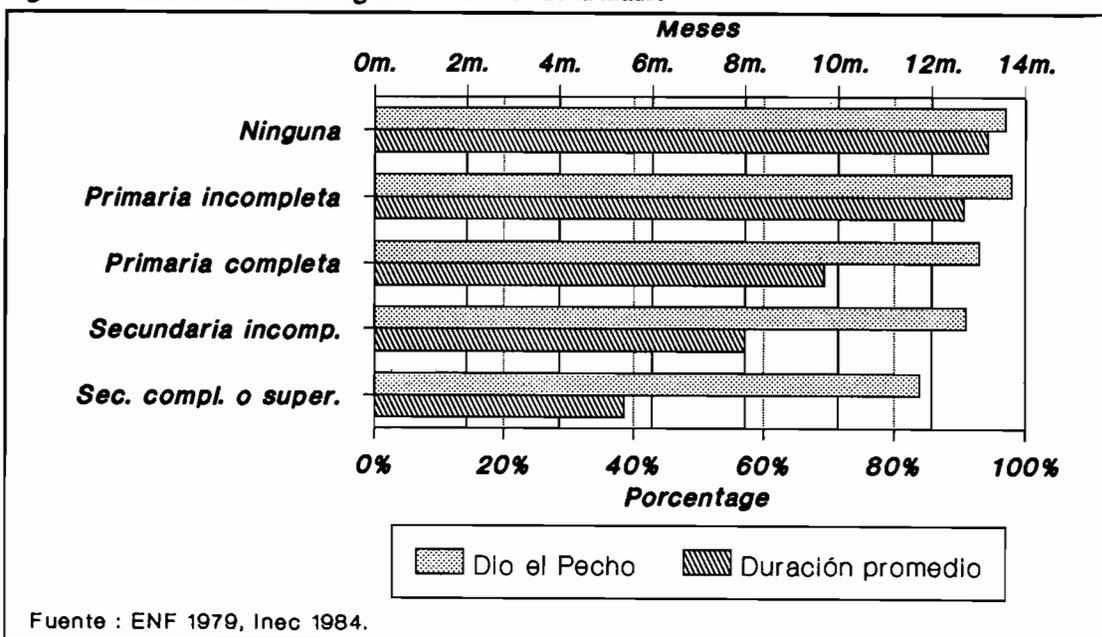
#### 4.8. La contracepción

A partir de cierto nivel, la baja de la fecundidad está con mucha evidencia asociada a la difusión y uso de métodos contraceptivos. Los programas de planificación familiar se apoyan en esta evidencia tranquilizadora, pero que elude las motivaciones reproductivas, muchas veces inconscientes, de las familias.

La concordancia entre la transición vital y la contracepción está evidentemente confirmada por las sucesivas encuestas: la proporción de las mujeres que utilizan cualquier contraceptivo se ha triplicado de 1965-67 a 1982, pasando del 13 al 40% (63). Para los países de la Encuesta Mundial de Fecundidad, la relación es precisa: "El incremento del tres por ciento en el uso de contraceptivos está asociado con una declinación de un punto de la tasa de natalidad" (64). La encuesta confirma muy claramente que el uso de estos métodos contraceptivos coincide con la variación de la fecundidad según el lugar de residencia, la educación de la madre, su nivel de vida, etc. Más del 55% de las ecuatorianas que viven en Quito y Guayaquil los habían adoptado en 1982, y eran dos veces más numerosas en las ciudades que en los campos. Señalamos, en el capítulo de las motivaciones, que el conocimiento de estos métodos está ampliamente más extendido que su uso: nueve de diez mujeres interrogadas conocían la existencia por lo menos de un medio contraceptivo, menos de la mitad los utiliza. Lo cual es coherente con esta proporción del 42% de mujeres interrogadas en 1982 por el ININMS que deseaban su último embarazo.

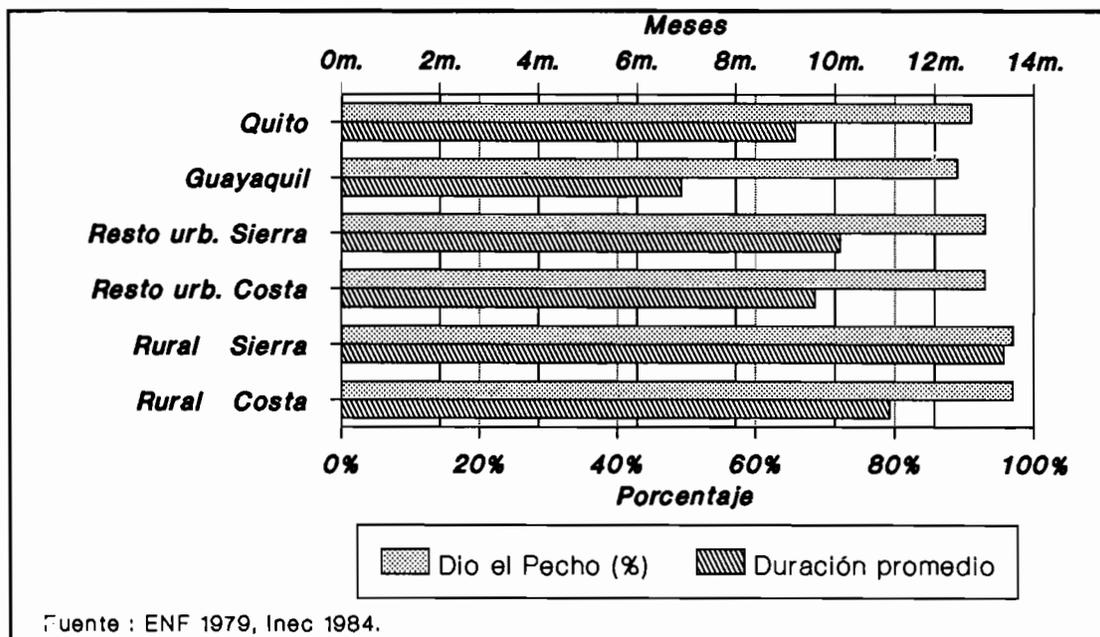
Por cierto se va desarrollando la voluntad de controlar el tamaño de familia pero la contracepción gana también en eficacia gracias a la asistencia médica, la cual difunde métodos más seguros. Si la educación de las madres interfiere en su fecundidad, es también por la vía de una contracepción mejor aceptada y sobre todo más eficiente. Scrimshaw, que observa las prácticas populares en Guayaquil hacia 1971 (Scrimshaw, 1971), llama la atención sobre la ignorancia que a veces las inspira. Las mujeres sitúan su período fértil en el mo-

Fig. 34. La lactancia materna según la educación de la madre



Fuente : ENF 1979, Inec 1984.

Fig. 35. La lactancia según la zona de residencia



mento de su menstruación (y la observación del ciclo menstrual es entonces el método más utilizado), usan la aspirina o el agua salada como espermaticida. Creen en los efectos más misteriosos del limón, del jugo de aguacate y del orgasmo para los mismos fines contraceptivos. Conocidos por una fuerte mayoría de mujeres (87%) estos métodos, cuando fracasan, no llevan siempre a una interrupción del embarazo por medio de raíces abortivas como el *tallo* o a intervenciones menos confesables. Porque el aborto es ilegal, y por ende caro, es poco accesible a las clases modestas que el autor interroga. La encuesta de 1967 revela ya esta eficacia suplementaria que la escolarización aporta a la contracepción. En efecto, desde el inicio mismo de la transición demográfica, el tamaño deseado de las familias según el nivel de educación varía mucho menos que la fecundidad efectiva.

La Encuesta Mundial de Fecundidad subraya cuanto difieren las motivaciones en materia de procreación en los países de transición tardía como el Ecuador. Actualmente el recurso a la contracepción está motivado sobre todo por la voluntad de detener los embarazos después de haber constituido la familia deseada (65), mucho más que para diferir el primer nacimiento y luego espaciar los siguientes como en los países desarrollados (66). Se reconoce en el primer caso la lógica reproductiva de las economías domésticas preocupadas por la reproducción del grupo pero enfrentadas a una menor mortalidad de los niños. Progresivamente, el mercado del trabajo y de las subsistencias obliga a un control permanente, hijo por hijo, de la fecundidad según los recursos del hogar, el empleo, en particular de la madre, y los gravámenes monetarios entonces considerables de la educación.

Pero volvamos sobre esta coincidencia, que parecía más curiosa que convincente, entre la baja casi mundial de la fecundidad en 1964 y la adopción de una acción internacional en pro de la planificación familiar el mismo año (67). Parece, por lo menos en el Ecuador, que esta intervención tiene resonancia demasiado endeble para explicar la baja irreversible de la fecundidad en este preciso momento. En 1964, la visita de un emisario de la International Planned Parenthood Association es un fracaso. El año siguiente, un nuevo trámite producirá un eco sensible de estos asuntos en el cuerpo médico y en la prensa. En 1966, se fundó una asociación afiliada a la precedente (Asociación pro bienestar de la familia ecuatoriana), primera institución de planificación familiar en el Ecuador cuasi confidencial y de acción limitada. Será preciso esperar la presidencia de Velasco Ibarra para que uno de los fundadores de esta asociación, Francisco Parra, sea nombrado Ministro de Salud y organice un servicio de planificación familiar apropiado en los centros de asistencia. Débiles motivaciones y pocos medios no debían transformar la fecundidad del 11% de la población atendida en esos dispensarios. En realidad, el Estado canaliza las motivaciones que nacen como resultado de la baja de la mortalidad de los niños. Así, los servicios de salud del ejército se sensibilizan en el problema demográfico, ofrecen atención pre y postnatal, informan a los reclutas sobre sus responsabilidades paternales. Se dan cursos bajo el patrocinio de organizaciones comunitarias o privadas como el Centro Ecuatoriano de Educación Familiar (Sanders, 1971). Estas acciones parecen demasiado superficiales para hacer volcar la fecundidad ecuatoriana, y esto tanto más cuanto que el país no entra en la política de contener el crecimiento de una población que se la desea numerosa para poblar las tierras vacías y codiciadas.

Sin embargo, la píldora llega precisamente en 1964 a las metrópolis suramericanas donde se observa esta mutación histórica. Su uso es probablemente restringido pero al fin y al cabo eficaz; la publicidad que la rodea ha debido contribuir a modificar las lógicas reproductivas.

#### 4.9. El aborto

El descrédito social que rodea la interrupción voluntaria del embarazo oculta este medio, tal vez el primero, de control de la natalidad. Las recientes encuestas sobre la fecundidad ignoran su importancia. En 1971 en Guayaquil, Scrimshaw (1971) llegaba a la conclusión de un sensible aumento del aborto provocado, comprobando la disminución, después de 1942, del número de nacimientos vivos por embarazo. Según las medidas del autor, 3% de los embarazos serían interrumpidos voluntariamente en 1971 (ninguno en 1941) (68). La encuesta hospitalaria del CEAS (1981) en Quito tampoco permite precisar su importancia. Las cifras presentadas para el aborto voluntario (10,2% de todos los casos de abortos atendidos en clínicas) están ciertamente muy lejos de una realidad que los pacientes esconden y que escapa a la atención médica. De este estudio se concluye que:

- las poblaciones provinciales que están a la cabeza en tales intervenciones tienen precisamente una transición vital avanzada (Pichincha, Guayas, El Oro), lo contrario se observa en las regiones más tardías (Bolívar, Loja, Cotopaxi);

- entre las variables asociadas a un riesgo elevado de aborto en hospitales se destacan la "no-productividad" de los hijos, una débil práctica religiosa de los padres, su separación o divorcio, el rechazo del embarazo y el conocimiento de los métodos de contracepción. Todos estos hechos señalan el papel contraceptivo del aborto que los pacientes declaran ser espontáneo.

Cuadro 2  
Algunas medidas de la fecundidad Urbano-Rural  
Índice sintético

Medida	URBANA		RURAL	
	Sierra	Costa	Sierra	Costa
CELADE 67-68	5,72	6,90	6,48	7,82
Censo 1974*	4,57	5,09	7,10	8,65
ENF 1979**	5,20	7,90	6,70	8,40
ENF 1979***	5,50	6,60	7,50	8,30
Censo 1982*	3,78	4,20	6,52	6,89
ESMIVD 1982	3,75		6,28	

\* Valor corregido según el método de los coeficiente de BRASS

\*\* Retrospectiva, la fecundidad urbana no incluye las metrópolis

\*\*\* Fecundidad conyugal al momento de la encuesta, excluidas las metrópolis

#### 4.10. La actividad y la residencia, indicadores del modo de producción

##### 4.10.1. La fecundidad de las ciudades y de los campos

Diversas evaluaciones de la fecundidad consideran el lugar de residencia que parece diferenciarla. Con este criterio salimos del campo de las variables intermedias: la urbanización constituye, con el trabajo y la educación de la mujer, uno de los raros indicadores de que disponemos para traducir las transformaciones económicas asociadas a la transición vital. Estas variables no son sino vagamente operacionales para verificar nuestras hipótesis; sin embargo las ciudades son las retículas del espacio estructurado por los flujos.

La menor fecundidad de las ciudades no es por lo demás un fenómeno universal, aun cuando más pronunciado en el continente suramericano fuertemente urbanizado. Hay países donde una residencia urbana no implica sino una diferencia insignificante (Bangladesh, Indonesia, Mauritania, Trinidad y Tobago...). En otros sitios (Haití, Indonesia, Senegal y Nigeria), la Encuesta Mundial de Fecundidad ha comprobado incluso sensibles recrudescencias de la fecundidad en las grandes ciudades, con relación a los pueblos, con el abandono de la lactancia o de las prácticas de regulación tradicional (69).

En el Ecuador, la medida de esta diferencia está esfumada por la incertidumbre estadística introducida por el éxodo rural hacia las ciudades; la evaluación por encuestas está alterada por las mismas reservas (70). Finalmente, las medidas censales que mantendremos (la paridez declarada de las mujeres urbanas y de las rurales) indican muy imperfectamente la evolución real cuya observación está condicionada por métodos poco confiables de corrección. Y como siempre, las conclusiones contradictorias de los análisis factoriales amplían nuestras dudas. La urbanización se revela significativa en algunos casos de análisis multivariados, no en todos los países ni en todos los momentos de la transición demográfica. Según Stykos (1978), que hace el inventario de estos estudios en América, la correlación de la fecundidad con la urbanización sería la menos sospechosa de las relaciones pero según otros estudios, el hecho urbano en sí mismo sería de escaso valor explicativo una vez eliminada la influencia del ingreso per cápita, de la instrucción, y de la mortalidad infantil (Chenery y Syrquin, 1975). Debería por tanto verse como una variable intermediaria que no actúa sobre la fecundidad sino a través de discriminaciones más fundamentales: formas sociales de la producción, posiciones diferenciadas con

relación al mercado del trabajo, cambios culturales, comercio de los alimentos...

Estas cifras muestran claramente que la diferencia se ahonda durante el período observado, pasando de menos de un hijo a eso de 1968 a dos hijos y medio en 1982. Síntoma de la transición demográfica, la diferencia parece establecerse antes de 1975 para mantenerse constante hasta el último censo. Pero en el mismo momento, se reduce en la Costa donde la baja de la fecundidad rural es particularmente rápida. Por lo que pueden informar las series estadísticas demasiado cortas y puntuales (mapas 11 y 12), la transición vital no afecta, todavía en 1980, ciertas áreas rurales, principalmente en el centro de la Sierra. Recordemos que la baja de 1964 fue urbana y no alcanzó a ciertas zonas rurales sino en el siguiente decenio.

#### 4.10.2. La actividad de las mujeres

De todas las formas de actividad femenina medidas por los censos, dos tienen un peso demográfico considerable: el trabajo fuera del hogar y las tareas domésticas. Las otras categorías están muy por debajo en el plano estadístico, de manera que no se tomaron en cuenta sino las mujeres sin empleo pero normalmente activas. Lo que revela la menor fecundidad de las mujeres empleadas fuera del hogar, es claramente la naturaleza doméstica de la reproducción de los hombres. La figura 36 sugiere una doble lectura: se comprueba hasta que punto las mujeres cuya actividad se limita al hogar son más fecundas pero también que la carga de una familia numerosa moviliza toda la energía femenina.

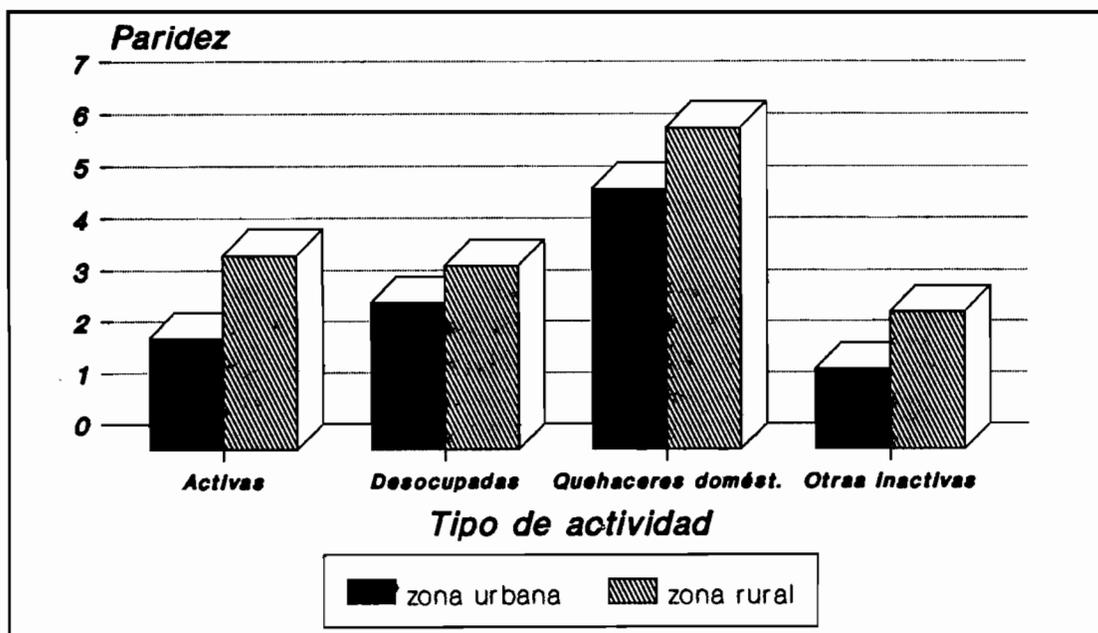
Un hecho importante, y un argumento en favor de nuestras hipótesis, domina estas estadísticas: en 1982, o sea veinte años después de la inflexión de una fecundidad declinante, las mujeres activas y radicadas en la ciudad han alcanzado prácticamente el umbral de una reproducción simple. Una completa inserción de la familia en el modo de producción capitalista impone una reducción drástica de su reproducción física para llegar a la estabilidad de las generaciones. En oposición a esto, la economía familiar rural, todavía en 1982, no había modificado sino levemente su lógica reproductiva ya que la paridez de las mujeres superaba todavía los seis hijos. A ellas corresponde por lo tanto la carga principal de la reproducción de los trabajadores.

Teniendo en cuenta estas medidas, la actividad femenina resulta tal vez más discriminante que la urbanización. Pero su asociación revela todo el papel decisivo del mercado y del salariado; el nuevo orden demográfico es asunto del modo de reproducción capitalista. Pero las ciudades no han desalojado la actividad doméstica que se ha desviado de las tareas productivas para dedicarse al cuidado de los niños. La fecundidad sigue siendo elevada (unos cinco hijos por mujer en el hogar) como es considerable el trabajo que implica esta actividad no remunerada de reproducción.

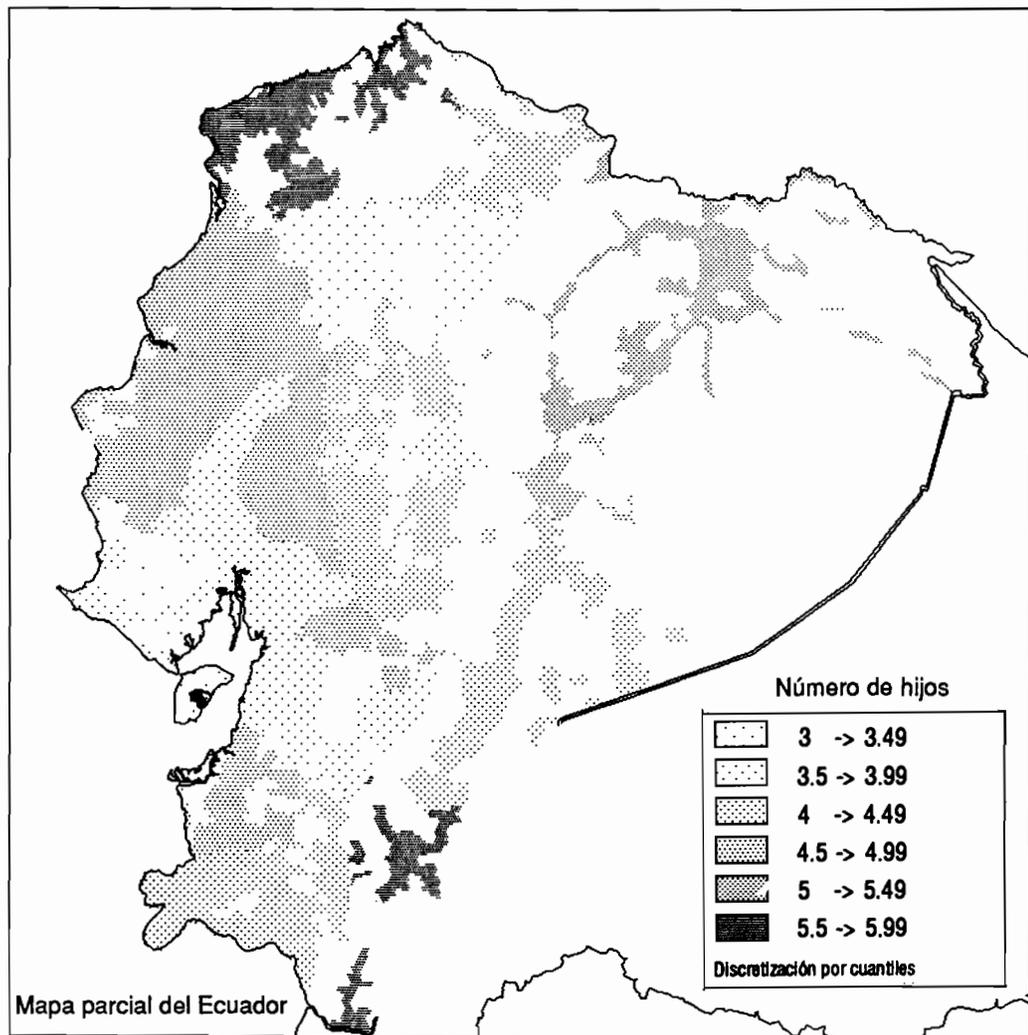
#### 4.11. La educación, indicador socioeconómico

La educación prepara a las actividades no hogareñas, al uso de los contraceptivos, a una mejor higiene del niño... Es considerado como el indicador más general del desarrollo socioeconómico de la familia. Su inci-

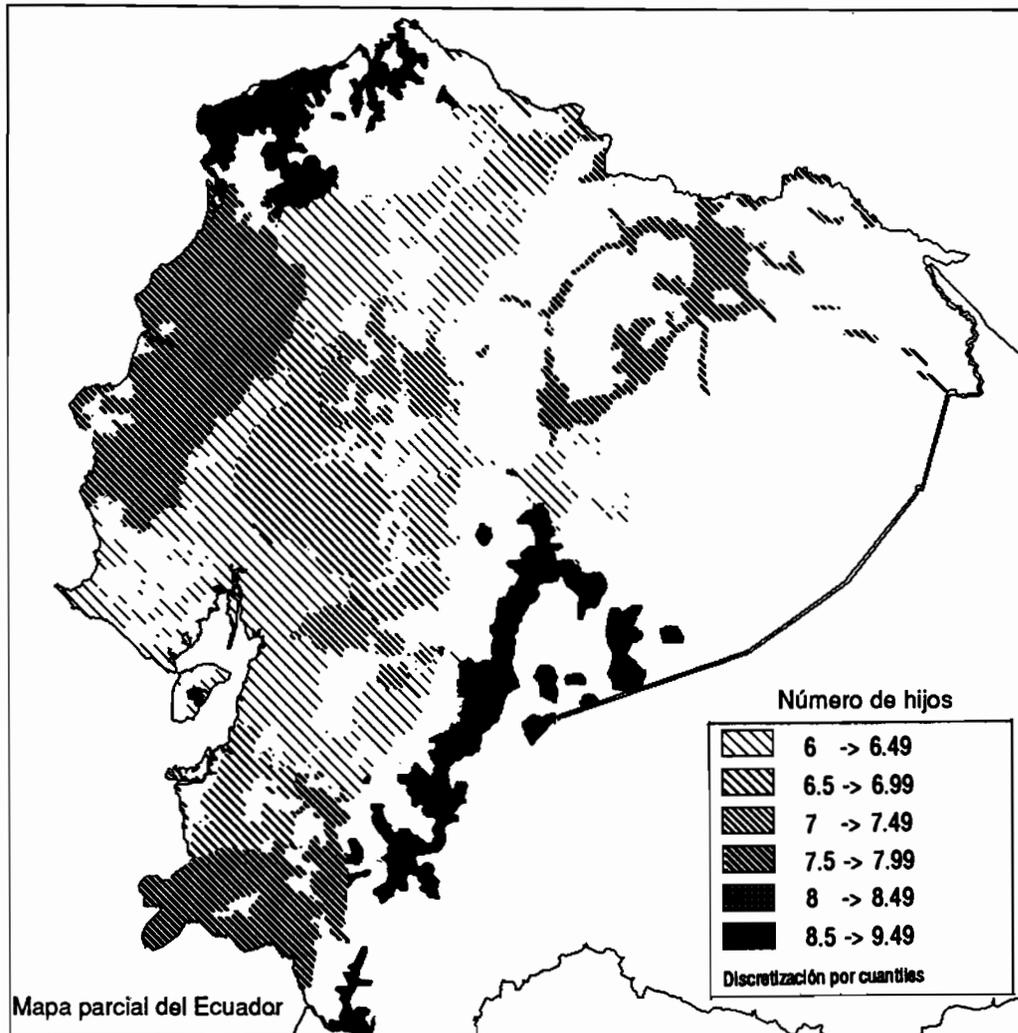
Fig. 36. Fecundidad según el tipo de actividad



Mapa 11. Repartición de la fecundidad urbana en 1982



Mapa 12. Repartición de la fecundidad rural en 1982



dencia sobre la fecundidad no sorprende, la educación concreta generalmente la emancipación femenina de sus tareas domésticas, esencialmente de sustento y reproducción de los hombres. El desarrollo económico favorece el acceso a las formas comerciales de estas actividades (guarderías infantiles, enseres domésticos, empleadas domésticas).

Las encuestas de 1967-1968 (71) aportan las primeras, aunque vagas informaciones sobre los fundamentos socioeconómicos de los contrastes de la fecundidad. Si la relación estadística está claramente establecida entre la educación de las mujeres y su número promedio de hijos, es en parte por el sesgo de la edad cuya distribución no ha sido normalizada de un nivel de educación a otro: en medios más jóvenes (72), las mujeres escolarizadas han tenido menos hijos. En cuanto al criterio económico, es muy impreciso para el análisis: las relaciones con la fecundidad no son significativas sino entre un nivel alto y bajo, medio y bajo del estatuto económico de la familia. Únicamente los más pobres manifestarían un comportamiento singular. En las metrópolis, al momento del inicio de la transición, las diferencias según la actividad profesional son mínimas, lo mismo que entre las mujeres que trabajan y las que permanecen en el hogar.

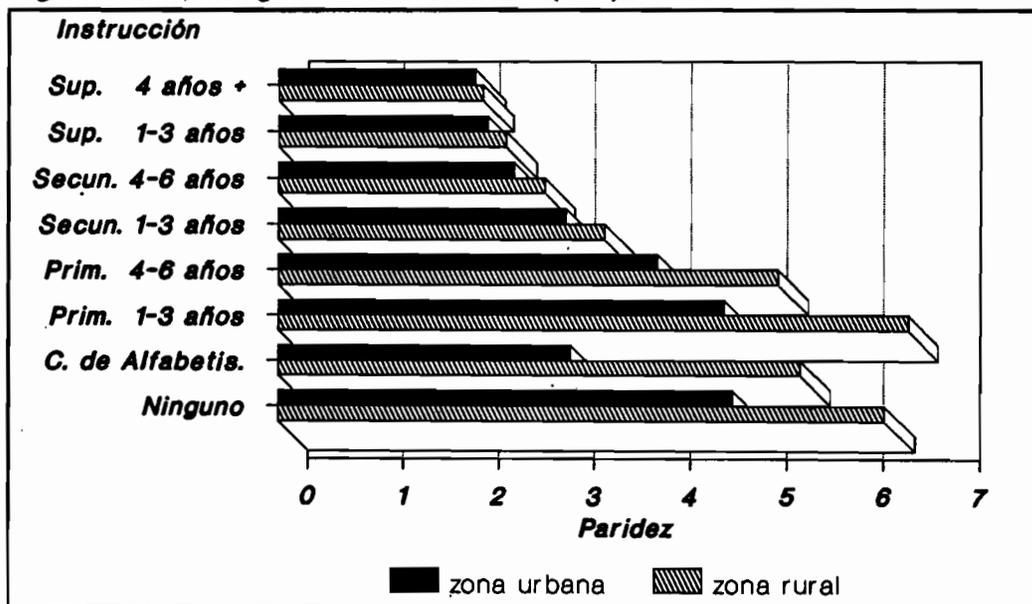
Las encuestas recientes (INEC, 1984), llevadas a cabo durante la transición demográfica, ponen en evidencia una diferenciación creciente en el sentido esperado: son las mujeres escolarizadas y ocupadas en una actividad extradoméstica las que controlan su descendencia. En 1979, las campesinas que no habían frecuentado la escuela permanecían naturalmente tan fecundas como sus madres. De todas las características sociales, la educación es la más discriminante, hace variar de uno

a tres hijos entre las madres que han seguido estudios secundarios y las analfabetas (INEC, 1984: 147).

La encuesta de 1982 facilita datos no ajustados, pero sus autores piensan que la medida de las diferencias es significativa. La demarcación provocada por la educación estaría entonces reforzada, yendo de 2,1 hijos para las mujeres que han seguido un curso secundario a 7,7 hijos para las excluidas de la escuela. Las primeras son por tanto capaces de aplazar y controlar su descendencia de manera que obtienen una reproducción simple de su familia. Por el contrario se observa que la fecundidad de las poblaciones rurales analfabetas no ha declinado sino muy poco (73). En 1982 se confirman así las observaciones de 1979. Siempre bajo reserva de la validez de estas cifras brutas, la diferencia se ahondaría entre las madres que trabajan fuera del hogar y las que se limitan a las tareas domésticas (74). El censo de 1982, cuyos valores (no ajustados) exponemos en la figura 37, confirma estas aproximaciones.

No afirmamos que estas relaciones sean de causalidad entre la fecundidad y las variables cuya fuerte intercorrelación no se mide aquí (75). Los estudios estadísticos que se refieren a un gran número de situaciones correctamente medidas (76) inspiran conclusiones mejor matizadas. Ellas confirman que las diferencias asociadas a la educación de la madre se amplian en período transitorio, donde la fecundidad ha descendido fuertemente, particularmente en América Latina. Pero la escuela tiene a veces un efecto inverso, que favorece una ruptura con ciertas prácticas malthusianas tradicionales (edad al matrimonio, lactancia...). Por el contrario, se han podido observar declinaciones tajantes de la fecundidad, en Colombia por ejemplo, entre las mujeres no escolarizadas. La escuela predispone a la aceptación y al

Fig. 37. Fecundidad según el nivel de instrucción (1982)



dominio de las prácticas contraceptivas pero no es una condición ni necesaria ni suficiente para su realización.

De estos componentes socioeconómicos conservaremos dos observaciones.

i. En período de transición, coexisten prácticamente todos los niveles de la fecundidad, aun los extremos, traduciendo los desfases importantes en el calendario de la mutación demográfica. La estabilidad asociada a un crecimiento débil, pre o postransitorio, significa una mayor homogeneidad de los componentes reproductivos tanto de una región como de una clase social a otra.

ii. Pero sobre todo, las variables en juego designan muy bien el trayecto de una mutación que parte de un modo de producción familiar rural y de subsistencia a un sistema capitalista en que predominan el mercado, el salariado urbano y los intercambios. Lo que es lento en la transición demográfica no es la modificación de las lógicas reproductivas sino más bien la de los modos de producción.

## 5. PARA CONCLUIR

Este estudio ha confirmado la utilidad de las estadísticas vitales y censales tan precisas –y menos costosas para explotar– como las encuestas especializadas para medir la fecundidad. Si esta información descuida de ciertos aspectos factoriales del fenómeno (la contracepción o las preferencias reproductivas, que aparentemente justificaron las grandes encuestas de los años setenta), la descripción espacial gana en finura y el análisis diacrónico en precisión.

La ventaja reside entonces en la observación del es-

pacio demográfico de la transición vital. Una interpretación nueva de la reproducción de los hombres resulta posible sobre la base de criterios geográficos que revela el paisaje. Es una manera de afinar el examen de una mutación vital que acompaña a la "modernización" o está asociada a la transformación de los modos de producción, al tomar en consideración los sistemas de producción o de uso del suelo. Porque es estrecha la sinergia entre la multiplicación de los hombres y la diversificación de los sistemas agrarios principalmente por vía de las migraciones, según las formas de la contratación de la mano de obra familiar, el peso del mercado o la naturaleza y la intensidad de las producciones agrícolas o pastoriles.

Varios índices sugieren la incidencia de la presión sobre la tierra, del clima o de los cultivos, sobre la dinámica de las poblaciones. La inserción de las familias en el mercado de trabajo, para las actividades productivas como para las tareas reproductivas, parece decisiva para la fecundidad. Así la redistribución de los campesinos después de las reformas agrarias contribuyó a diferir la mutación vital de los campos mientras que la crisis de los años ochenta ha precipitado el vigor de la transición demográfica en las ciudades.

Estas observaciones han llevado el análisis a privilegiar el papel de las retículas, y del espacio que estructuran, para seguir la difusión de nuevas lógicas reproductivas. Las políticas de población pretenden una eficacia falaz cuando aprovechan de la existencia de estas retículas, las que justamente contribuyen a la fluidez de los movimientos demográficos. Son ante todo las regiones enclavadas, apartadas de los circuitos de la información y de los intercambios, las que deben ser asistidas para controlar sus fecundidades.

## NOTAS

1 Cuando los españoles estabilizan su fecundidad al tiempo del franquismo.

2 La transición vital expresa, dentro de la transición demográfica, lo que se refiere específicamente a la evolución de la mortalidad y de la fecundidad. Se completa por la transición migratoria, la que da cuenta de la aceleración del éxodo rural y de la colonización de las zonas vacías. Ver para más detalles el capítulo 2.

3 El valor informativo de las diversas fuentes, el detalle de los métodos de su corrección se discuten en un documento anexo

que presenta los ajustes (Delaunay (D.), 1986). Las figuras y los mapas aquí diseñados toman sus datos de este documento, salvo indicación en contrario. Al momento de la realización de este trabajo, no se disponía de estadísticas de 1984 a 1986 que ahora completan y precisan los resultados entonces procesados. Por esta razón, los últimos ajustes operados se apartan a veces sensiblemente de los presentados en este documento de trabajo.

4 Las comprobaciones siguientes refuerzan la sospecha contra las estimaciones efectuadas por este método.

- Los coeficientes de corrección tienden a aumentar en 1982

mientras que un deterioro de los registros es poco probable;  
 - el número de niños así empadronados para los doce meses que preceden al censo de 1982 es inferior a los nacimientos imperfectamente registrados el mismo año en las oficinas del registro civil;

- los coeficientes de corrección son con frecuencia más elevados en zona urbana donde el subregistro no es necesariamente más grave, pero donde sí la transición es más rápida;

- se comprueba, principalmente en 1982, que los valores de los cocientes P/F no son constantes, crecen al contrario, con la edad de las mujeres (prueba del sesgo introducido por una fecundidad decreciente);

- las correcciones son endeble en 1974 en las regiones de fecundidad tradicional, como la provincia del Napo, cuya falta de estadísticas es bien conocida.

5 Esta información no es facilitada por el censo de 1974.

6 Según el Centro de Análisis Demográfico, el subregistro de las estadísticas vitales es de 11,8% en 1967-68 pero esta estimación no atañe sino a las metrópolis. Hubiera sido magnífico disponer de una evaluación censal de la descendencia en 1950 y 1962, en la época de la fecundidad natural (INEC y JUNAPLA, 1967)

7 Para corregir las estadísticas de 1984 a 1986, ignorando los nacimientos a declarar después de estas fechas, se aplicó la tasa de corrección de 1983, ella misma incompleta. Este sesgo compensa el introducido por una extrapolación exponencial de las poblaciones de referencia según las tasas del período 1974-82 que la transición vital, en realidad, ha temperado.

8 Este punto será analizado a su tiempo (2.4.) (CAD, 1974).

9 Al menos hasta 1974 para las poblaciones femeninas por edades introducidas en el cálculo de los índices sintéticos de fecundidad por provincia.

10 Las diferencias entre las poblaciones "de derecho" y "de hecho" son más importantes entre las zonas rurales y urbanas de cada provincia que entre las mismas provincias.

11 Se corrigió la mala cobertura de las enumeraciones censales según informaciones proporcionadas por el INEC.

12 Esta referencia se emplea como norma para medir la fecundidad legítima (índice de Coale) o estimar el impacto de la contracepción (índice de Coale-Trussell).

13 Hay que advertir que las migraciones operan una misma regulación sobre la natalidad cuando la partida de los adultos desvía su progenitura futura a otras regiones. De hecho, las provincias afectadas por el éxodo conocerán un retroceso más rápido de la natalidad, que ha podido incluso preceder al de la fecundidad en algunas provincias serranas.

14 Este sesgo sin embargo se compensa por el subregistro no corregido del censo de 1950.

15 Tasa llamada de Lotka, o tasa intrínseca de crecimiento natural, que indica lo que sería este incremento de la población

si la fecundidad y la mortalidad se mantuvieran al nivel del año en curso. Se calcula por la fórmula  $r = a\sqrt{Ro} - 1$ , donde (Ro) es la tasa neta de reproducción del momento, y (a) la duración de una generación, sea también la edad promedio de las madres al nacimiento de sus hijos.

16 Véase por ejemplo un análisis reciente de la fecundidad en América Latina (Cosío (M. E.) 1988)

17 El análisis citado lo ignora al medir la evolución de la natalidad por una media móvil de tres años.

18 Reconocemos que la medida del índice de fecundidad está falseada a partir de 1983 por el desconocimiento del número exacto de la población ecuatoriana. Ignorando la amplitud de las migraciones, era difícil establecer previsiones confiables para cada provincia. Lo tedioso de los cálculos de proyección abogó en favor de la sencilla extrapolación de las tendencias censales precedentes. De la baja real del crecimiento natural, resulta un sesgo mínimo en nuestras estimaciones del orden de uno o dos puntos para la tasa de natalidad calculada en nacimientos por mil personas.

19 Ver CELADE, 1969 y ONU, 1977.

20 Lo que no significa el fin del crecimiento demográfico favorecido por las estructuras jóvenes heredadas de la transición.

21 Se puede referirse al mapa, sin duda más clara, del ratio niños/mujeres presentado con la descripción general de la transición, que da la medida de las fuerzas reproductivas regionales.

22 Las tasas de natalidad representadas no dan una evaluación de la fecundidad pura. Varían con las estructuras demográficas de la parroquia, composiciones desconocidas y muchas veces singulares en las regiones de fuerte migración. Además, el pequeño número de nacimientos acaecidos en ciertos lugares tiene variaciones fuertemente circunstanciales, muchas veces del simple al cuádruplo, que no son expresión de ninguna ley, sino del azar y eventualmente de lo incompleto de los registros. Porque esta información no ha podido ser corregida para cada parroquia; solo el ajuste provincial ha sido aplicado aquí. Además era imposible distinguir las poblaciones urbanas y rurales en los cantones; no obstante, estas diferencias entre ciudades y campos son muy significativas.

23 Cf. nuestro estudio de la mortalidad de los niños en la presente obra.

24 La medida de la fecundidad antes de 1965 es aproximada por falta de referencia censal.

25 Corrección según el método de cocientes de Brass, utilizando los primeros nacimientos. Para el método cf. ONU, 1984. Manuel X. Etudes Démographiques N° 81, p. 38.

26 Los valores obtenidos por el método de los primeros nacimientos son algo contradictorios: las medidas globales son apenas más elevadas en la Sierra, pero claramente más bajas para las medidas separadas de las ciudades y de las zonas

rurales. Una mala cobertura de los registros en la Costa estaría confirmada por las variaciones anuales más amplias de los nacimientos declarados según la mortalidad de los niños.

27 La fecundidad de las poblaciones no empadronadas está evidentemente excluida pero no atañe sino a algunas comunidades más reticentes de cuya singularidad demográfica, sin embargo, no se puede decir nada.

28 "... the permissiveness about sexual relations encourages Indian couples to delay the establishment of cohabiting marital arrangements longer than is characteristic for mestizos, and that cohabiting relationships, once entered into are less stable than those entered by mestizos". J. Mayone Stycos, *Culture and Differential Fertility in Perú*, *Population Studies*, 16, 3, mar. 1963, p. 257-270. Cita p. 266.

29 El número de niños de menos de cinco años por mil mujeres de quince a cuarenta y nueve años. David M. Heer. *Fertility Differences between Indian and Spanish-speaking Parts of Andean Countries*. *Population Studies*, 18, p. 71-84.

30 Herr, (D) op. cit.

31 Monge (C), 1948. *Acclimatization in the Andes*. Johns Hopkins Press, Baltimore.  
Weihe (ed.), 1964. *The physiological effects of high altitude*. Pergamon Press, Oxford.  
McClung (J), 1969. *Effects of high altitude on human birth*, Harvard Univ. Press, Cambridge.  
Abelson (A) y al., *Altitude, Migration and Fertility in the Andes*. *Social Biology*, vol. 21, Nº 1 p. 12-27.

32 Se trata de los valores corregidos de la paridez declarada al momento de los censos según un ajuste que tiene en cuenta todos los nacimientos.

33 Esta conclusión se apoya en las dos estimaciones de Brass, la calculada para los primeros nacimientos y la otra para la totalidad.

34 Estos mapas de la relación de masculinidad por parroquia en 1974 y 1982 han sido publicados por el CEDIG en la Serie Demografía y Geografía de la Población: DELAUNAY (D), *Cartografía demográfica de las parroquias ecuatorianas*, Nº 5 1987.

35 Los ajustes no valen, teóricamente, sino para una fecundidad estable.

36 Aparecerían "verdaderas" por una falta de integridad comparable de las dos fuentes.

37 Comunicación personal de Eric Benefice. Pero sería en efecto difícil afirmar que se traslucía en las estadísticas cuando las poblaciones indígenas, a las que atañe esta observación, descuidaban probablemente registrar a sus recién nacidos. Benefice (E), 1986. *Salud y nutrición en la región amazónica ecuatoriana (Napo)*. PRONAREG, INCRAE, ORSTOM, Quito, 101 p.

38 Las singularidades de la población pionera se evocan en

una presentación del espacio demográfico ecuatoriano (Delaunay, 1989).

39 Para el Ecuador, hemos establecido la bibliografía de los estudios de población (Delaunay, 1985).

40 Así, cuatro variables intermediarias explicarían el 94% de la variante de la fecundidad en el mundo: proporción de casados, contracepción, aborto, fecundidad post-partum (Bongaarts (J), 1982, p. 179-190).

41 Cleland (J) y Scott (C), 1987.

42 Entre estos estudios, el más impresionante por la dimensión (1488 páginas), es la obra colectiva de Bulatao y Lee que lleva al extremo la descomposición de esta lógica. Bulatao, Rodolfo A. y Lee, Ronald D., (eds.), 1983. *Determinants of Fertility in Developing Countries 2 vols.*, XVIII + 1488 p. Academic Press, New York.

43 Para una crítica de esta teoría, véase Cañ que analiza la preocupación imperativa de la seguridad de los padres (Cañ, 1983: 688-702).

44 De los cuales Boserup, 1970, 1981 a y 1981 b.

45 Véase este aspecto de la teoría y sus detractores: Chesnais (C.), 1986, op. cit. p. 143.

46 Ante las limitaciones de la fecundidad natural, se admite que una población de individuos que mueren antes de los veinte años está condenada a la extinción.

47 Van de Walle y Knodel, 1980. *Europe's Fertility Transition: new Evidence and Lessons for today's Developing World*, *Population Bulletin*, vol. 34, Nº 6, feb. 1980, 44 p.

48 "The most widely used method of population control during much of human history" (Polcar, 1972:203-211).

49 Ver Wolfers y Scrimshaw, 1975: 490; y Puffer y Serrano, 1975.

50 Véase la discusión de estas hipótesis en Taylor, Newman, y Kelly, 1976.

51 Véase la presentación general de la transición en la presente obra.

52 Preston, 1975. Se pronuncia por el equilibrio en la regulación de las dos variables.

53 El detalle de las provincias amazónicas no ha sido expresado en esta figura por conocerse la mala calidad de sus estadísticas.

54 Véase el intento de verificación empírica de Chowdhry y al. para el Pakistán y Bangladesh. *The effect of child mortality experience on subsequent fertility: Pakistan and Bangladesh*. *Population Studies XXX*, Nº 2 (1976) p. 253. No encuentran ninguna diferencia estadística significativa del intervalo entre

los nacimientos para las mujeres que han tenido un hijo muerto (al menos) y las otras.

55 Los ajustes, efectuados en la suma de nacimientos reducidos, corrigen la fecundidad por edad sobre la base de un coeficiente único para todas las generaciones de mujeres. No sería a causa de una mortalidad infantil variable según la edad el hecho que las declaraciones no tengan la misma calidad de una generación de madres a la otra.

56 Se trata de tasas de fecundidad del momento, o también de la suma de los nacimientos reducidos.

57 Se mantiene durante algunos años para las mujeres de 30-34 años.

58 Un estudio aplicado a Jamaica y a la Guyana, muestra que ha cambiado profundamente a través del tiempo: en los años cuarenta y cincuenta la fecundidad de las mujeres casadas superaba a la de las concubinas, mientras que se vuelve inferior en los años setenta. Singh (S), 1984. Guyana, Jamaica and Trinidad and Tobago: Socio-economic differentials in cumulative fertility. Voorburg International Stat. Instit., Scientific Report N° 57, 98 p.

59 Chen (K-Hwa), Wishik (S.M.), Scrimshaw (S): Effect of Unstable Sexual Unions on Fertility in Guayaquil, Ecuador. Social Biology, vol. 21, N° 4, 1974.

60 (INEC, 1984: 134) Pero para esta evaluación, se supone nula la fecundidad de los solteros.

61 "En Europe, de même, les migrations de masse se développent à partir des pays où le recul de la mortalité a été précoce. Il semble même y avoir, sur une longue durée, un certain rapport de proportionnalité entre la reproduction nette et la propension à émigrer : dans les pays où le taux net de reproduction des générations nées vers le milieu du XIXe siècle est le plus élevé (Norvège, Allemagne et Grande-Bretagne), l'émigration a été, en proportion, la plus importante et précisément dans ces générations qui détiennent des records historiques en matière de reproduction nette. C'est aussi à peu près en même temps que cette grande vague d'émigration que, dans de nombreux pays, la nuptialité devient plus tardive et moins fréquente". Chesnais, 1986. La transition... (op. cit.) p. 120

62 Más precisamente entre la proporción de mujeres solteras y la de las mujeres infecundas de 45-49 años para todas las provincias en 1974 y 1982.

63 Resultados de varias encuestas (PELFAL, 60, ENF 79,

ESMIVD 82) recopilados en CEPAR (Centro de Estudios de Población y Paternidad Responsable), 1984. Fecundidad en el Ecuador. Quito 31 p.

64 World Fertility Survey, 1984. Major Findings and Implications Voorburg Intern. Statist. Inst. London, World Fertility Survey VIII - 61 p.

65 Ya en 1967, el uso de los contraceptivos aumentaba vigorosamente con el rango del embarazo, llegando al 90% en el séptimo.

66 World Fertility Survey, 1984. (op. cit.).

67 En esta fecha la International Planned Parenthood Federation obtiene un estatuto consultivo en el Economic and Social Council de las Naciones Unidas. Stycos, 1978, Recent trends in Latin America fertility. Population Studies, vl. 32, N° 2, p. 407-42.

68 Es de temer que el número de personas en la muestra, muy mediocre, sea insuficiente para las mujeres de edad avanzada que informan sobre los antiguos abortos, sin contar las fallas de su memoria.

69 World Fertility Survey, 1984 (op. cit.).

70 Ministerio de Salud Pública, 1984. Encuesta Nacional de Salud Materno Infantil y variables demográficas. Informe final. 2 vol. Quito.

71 INEC/JUNAPLA, 1967. Encuesta de fecundidad levantada en las principales ciudades y en algunas parroquias rurales del país, 1967, 240 p. INEC Quito.

Merlo Jaramillo (P), 1971. Ecuador: análisis de la encuesta de fecundidad urbana y rural realizada en el año 1967-68 Serie C, N. 133, dic. 1971 32 p. multigraf. CELADE, Santiago.

72 Ibid. tab. 11, p. 16

73 Ministerio de Salud Pública, 1984. Encuesta ... (op. cit.) tab. 5. 18, p. 163.

74 Ibid. tab., 5.20 p. 165

75 Intercorrelación entre la educación de la madre y el estado profesional del padre, la renta del hogar y su categoría social; el efecto de la escolarización sobre la edad al matrimonio es evidente lo mismo que sobre la costosa necesidad de formar a su vez a los hijos.

76 World Fertility Survey, 1984. (op. cit.).

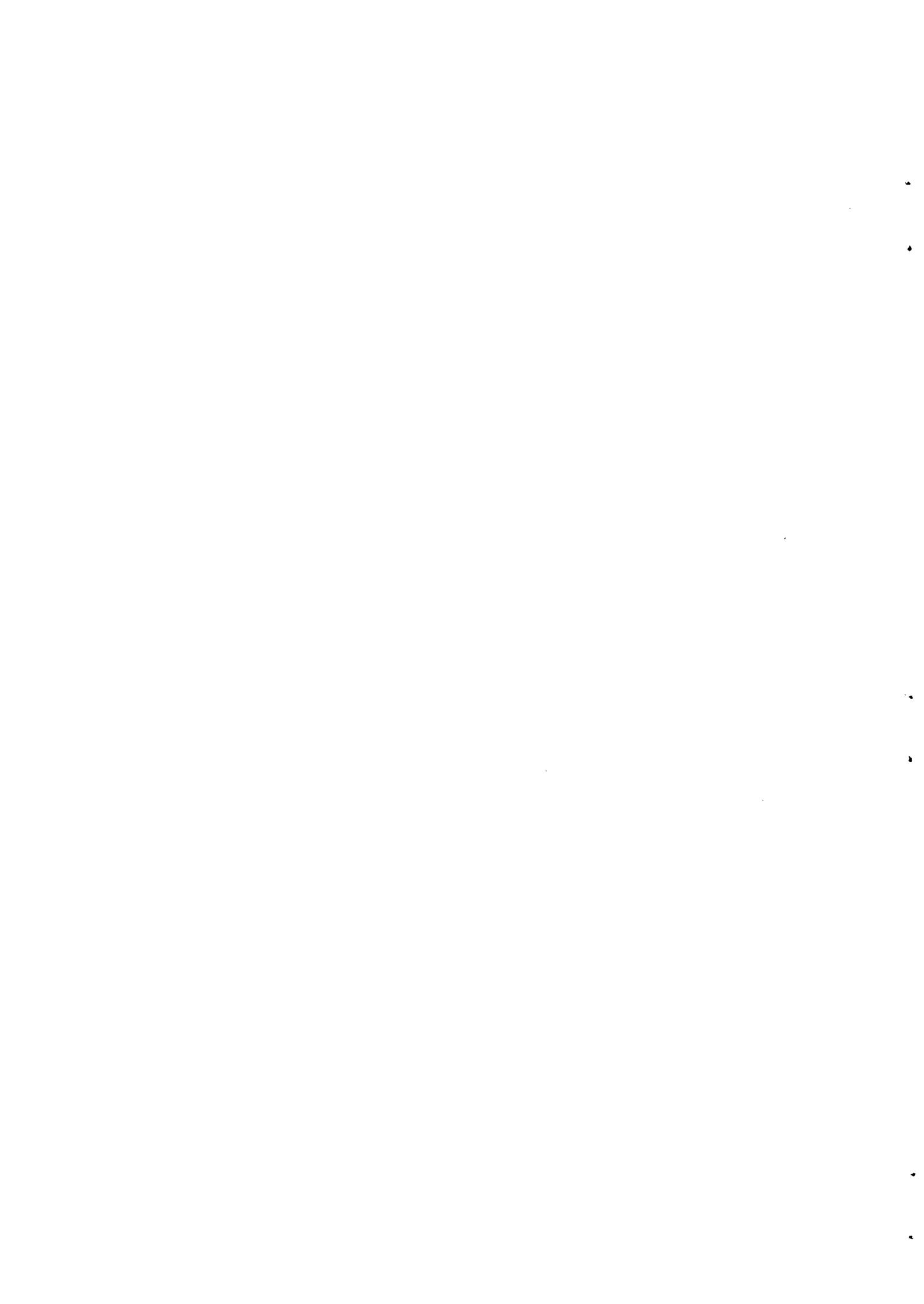
## BIBLIOGRAFIA DE LA FECUNDIDAD

- ABELSON (A.) y al., "Altitude, Migration and Fertility in the Andes". *Social Biology*, vol. 21, Nº 1 p. 12-27.
- AZEVEDO (C. de), 1983. "Synchronisme des tendances de fécondité en Europe". En: *Colloque Evolution démographique et transferts sociaux*. 31 p. . Liège 1983.
- BENEFICE (E.), 1986. *Salud y nutrición en la región amazónica ecuatoriana (Napo)*. PRONAREG, INCRAE, ORSTOM, Quito, 101 p.
- BIRADEN, (J.N.), 1982, "L'évolution récente du temps biologique dans les sociétés industrielles". En: *Les âges de la vie*, INED-PUF. Travaux et Documents, cuaderno n° 96 Paris.
- BOLTON (R.), 1977, The Qolla marriage process. En: BOLTON R. y MAYER E. (ed.), 1977. *Andean Kinship and Marriage*, Washington, D.C. p. 217-239.
- BONGAARTS (J.), 1982, "The Fertility Inhibiting, Effects of the intermediaite Fertility Variables". *Studies in Family Planning*. vol. 13, Nº 617, jun-jul. 82.
- BOSERUP (E.), 1970, *Evolution agraire et pression démographique*. Flammarion, Paris.
- BOSERUP (E.), 1981a, *Population and Technological Change: A Study of Long-term Trends XI*, 255 p., Univ. of Chicago Press, Chicago.
- BOSERUP, (E.), 1981b, *Population and Technology Basic*. Blackwell, Oxford.
- BRASS (W.), 1974, *Métodos para estimar la fecundidad y la mortalidad en poblaciones con datos limitados*. CELADE, Santiago.
- BRASS (W.), 1985, *Advances in Methods for Estimating Fertility and Mortality from limited and defective Data*, Centre for Population Studies, 103 p.
- BULATAO (R.A.) y ELVAN (A.), 1985, "Fertility and Mortality Transition Patterns, Populations and Interdependance". *World Bank Staff Working Papers, Nº 681. Population and Development Series; 6*. Washington D.C. 87 p.
- BULATAO, (R. A.) y LEE, (R. D.), (eds.), 1983, *Determinants of Fertility in Developing Countries* 2 vols., XVIII + 1488 p. Academic Press, New York.
- CAD, JUNAPLA s/f - *Análisis de los resultados preliminares de una encuesta de fecundidad y de actitudes relativas a la promoción de la familia en Quito y Guayaquil*. Junapla, Quito. 69 p.
- CAIN (M.), 1983, "Fertility as an Adjustment to Risk". *Population and Development Review*, vol. 9 (4) (dic. 1983).
- CALDWELL, (J. C.), 1982, *Theory of Fertility Decline*. X+ 386 p., Academic Press, New York.
- CEAS, 1981, "Determinantes estructurales del aborto hospitalario", *Informe de Investigación*, Centro de Estudios y Asesoría en Salud, Quito, 103 p.
- CELADE (ONU), 1969, "América Latina, Tasas de fecundidad por países". *Boletín Demográfico, año II, Nº 4*, julio 1969. Santiago.
- CAD, 1974, *Análisis de la Fecundidad en la República del Ecuador, 1954-1971*. Centro de Análisis Demográfico, 21 p. JUNAPLA, Quito.
- CELADE, 1983, *Boletín Demográfico, año XVI, Nº 32*. Centro Latinoamericano de Demografía, Santiago de Chile, julio 1983.
- CEPAR y CDS, 1985, *Población y desarrollo socioeconómico en el Ecuador*. Cepar, Quito, 92 p.
- CEPAR, 1980, *Encuesta a los médicos privados de la Sierra ecuatoriana sobre opiniones y actitudes acerca del crecimiento poblacional y la planificación familiar*. Cepar, Quito. 48 p. + annex.
- CEPAR, 1983, *Encuesta de información y opiniones, población, planificación familiar, educación sexual*, Ecuador. Cepar, Quito.
- CEPAR, 1984 a, *Encuesta sobre las repercusiones de nuevo nacimiento*. Cepar, Quito, 51 p.
- CEPAR, 1984 b, *Fecundidad en el Ecuador. Resultados comparativos de las encuestas de Fecundidad de 1979 y Materno Infantil y Variables Demográficas de 1982*. Cepar, Quito, 30 p.
- CEPAR, 1985, *La mujer, el empleo y la fecundidad en el Ecuador*. Cepar, Quito, 116 p.

- CHEN (K.-H.), WISHIK (S.M.), SCRIMSHAW (S.), 1974, "Effect of Unstable Sexual Unions on Fertility in Guayaquil, Ecuador". *Social Biology*, vol. 21, N° 4.
- CHENERY (H.) y SYRQUIN (M.), 1975, *Patterns of Development, 1950-1970*. Oxford, OUP, 234 p.
- CHESNAIS, (J.C.), 1986, "La transition démographique. Etapes, formes, implications économiques. Etude de séries temporelles (1720-1984) relatives à 67 pays". *Travaux et Documents*, N° 113, INED/PUF Paris, 580 p.
- CLELAND (J.) y SCOTT (C.), 1987, *The World Fertility Survey*, New York Oxford University Press, The International Institute. XVI - 1058 p.
- COLLINS (J.), 1983, "Fertility Determinants in a High Andes Community". *Population and Development Review*, 9, 1, 1983.
- CONADE, INEC, CELADE, 1984, *Ecuador, estimaciones y proyecciones de población 1950-2000*. Conade, Quito., 150 p.
- COSIO (M. E.), 1988, "Changement de fécondité au Mexique et politiques de population". *Tesis de Doctorado de Estado*, Univ. René Descartes, Paris V, 2 vol.
- DAVIS (K.) y BLAKE (J.), 1956, *Social Structure and Fertility: an analytical Framework, Economic Development and Cultural Change*, N° 4, 1956.
- DELAUNAY (D.), 1985, "Demografía en el Ecuador: una bibliografía". *Documentos de Investigación, serie Demografía y Geografía de la Población*, N° 1, jun. 1985. CEDIG/ORSTOM, Quito.
- DELAUNAY (D.), 1986, "La fecundidad en las provincias ecuatorianas. 1954-1985. Documentos de Investigación". *Serie Demografía y Geografía de la Población*, N° 4, CEDIG/ORSTOM, Quito, 68 p.
- DELAUNAY (D.), 1987, "Cartografía demográfica de las parroquias ecuatorianas", CEDIG/ORSTOM, Quito, 40 p., 32 mapas.
- DELAUNAY (D.), 1988, "Las migraciones internas según los censos ecuatorianos 1950-1982". *Documentos de Investigación, serie Demografía y Geografía de la Población*, N° 5, 159 p., ORSTOM/CEDIG, Quito.
- DELAUNAY (D.), 1989, "Espacios demográficos y redes migratorias en el Ecuador". en: *Estudios de Geografía*, N° 1, *Flujos geográficos en el Ecuador*, pp. 71-98, Quito.
- FRANK (O.), 1983, "Infertility in sub-Saharan Africa: Estimates and Implications". *Population and Development Review* vol. 9, N° 1, marzo 1983, p. 137-152.
- HAJNAL (J.), 1965, "European marriage in perspective". En: GLASS (D.V.) y EVERSLEY (D.E.C.) (ed.) *Population in History; essays in historical Demography*, Londres.
- HAMERLY (M.T.), 1973, *Historia social y económica de la antigua provincia de Guayaquil, 1763-1842*. Guayaquil.
- HEER (D. M.) "Fertility Differences between Indian and Spanish-speaking Parts of Andean Countries". *Population Studies*. 18, pp. 71-84.
- HENRIQUES (M.H.F.T.), 1980, "Unões legais e consensuais: incidencia e fecundidade na América Latina". 1980. *Laboratories for Population Statistics, Scientific Report Series* N° 32.
- HENRY (L.), 1969, "Schémas de nuptialité: déséquilibre de sexes et âges au mariage". *Population*, vol. 24, N° 6 p. 1067-1122.
- INEC, 1979, *Análisis de la fecundidad*. Inec, mimeo, Quito., 16 p. + annexes
- INEC, 1980, *Encuesta Nacional de Fecundidad*. Inec, Quito. s/p
- INEC, 1984, *Encuesta Nacional de Fecundidad*. Ecuador -1979. Inec, 2 vol., Quito, 273 p.
- INEC/JUNAPLA 1966, *Encuesta de fecundidad levantada en las principales ciudades y en algunas parroquias rurales del país*, y en Guayaquil y Quito. Junapla, Quito, s/p.
- INEC/JUNAPLA, 1967 a, *Encuesta de Fecundidad de las Ciudades de Quito y Guayaquil*. Junapla, Quito, 200 p. env.
- INEC/JUNAPLA, 1967 b, *Encuesta de fecundidad levantada en las principales ciudades y en algunas parroquias rurales del país - 1967*. 240 p. INEC, Quito.
- INEC/JUNAPLA, s/f., *Análisis de los resultados preliminares de una encuesta de fecundidad y de actitudes relativas a la formación de la familia en Quito y Guayaquil*. Inec, Junapla, Quito, 66 p.
- ININMS, 1984, *Encuesta Nacional de Salud Materno Infantil y Variables Demográficas -*

- Ecuador 1982. Inims, Quito, 2 vol.
- INST. DE ESTUD. SOC. EN POBLAC., 1976, *Sexto seminario nacional de demografía: informe sobre políticas de población, fecundidad* Heredia, Quito. 419 p.
- KUCZYNSKI, (R.R.), 1938, "Childless marriage". *The Sociological Review*.
- MANGAY-MAGIACAS y PIZURKI (H.), 1983, "Les accoucheuses traditionnelles dans sept pays : études de cas sur leur formation et leur utilisation". *Cah. de Santé Publi.* n° 75. OMS, Genève, 232 p.
- McCLUNG (J.), 1969, *Effects of high altitude on human birth*, Harvard Univ. Press, Cambridge.
- MERLO JARAMILLO (P.), 1971, *Ecuador: análisis de la encuesta de fecundidad urbana y rural realizada en el año 1967-68*, Serie C, N° 133, dic. 1971 32 p. multigr. CELADE, Santiago.
- MERLO JARAMILLO (P.), 1971, *Análisis de la Encuesta de Fecundidad Urbana y Rural realizada en el año 1967-68*. Celade, Santiago ser. C, n° 133, 32 p. multigr.
- MINISTERIO DE SALUD PUBLICA, 1984, *Encuesta Nacional de Salud Materno Infantil y Variables Demográficas. Informe final*. 2 vol. Quito.
- MIRO (C.), 1966, "Some Misconceptions disproved: A Problem of comparative Fertility Surveys in Latin America", en: B. BEELSON y al. (eds.). *Family Planning and Population Programs*, p. 615-634, Univ. of Chicago Press, Chicago.
- MONGE (C.), 1948, *Acclimatization in the Andes*. Johns Hoptins Press, Baltimore.
- MORGAN (S.P.) y RINDFUSS (R.P.), 1984, "Household structure and the Tempo of Family Formation in Comparative Perspective". *Population Studies*, vol.38, (1984).
- ONU, 1977, *Levels y Trends of Fertility Throughout the World, 1950-1970*. New York.
- POLCAR (S.), 1972, "Population History and Population Policies from an Anthropological Perspective". *Current Anthropology*, XIII, N° 2 p. 203-211.
- POTTER (Joseph E.), 1979, "Demographic Factors and Income Distribution in Latin America". En: *Proceedings of the Conference on Economic and Demographic Change*, Helsinki, 1987 Intern. Union f. the Scient. Study of Popul. Liège.
- PRESTON (S.H.), 1975, "Health programs and population growth". *Population and Development Review*, 1 N° 2, dic. 1975. En: Samuel PRESTON (ed.), *The effects of infant and child mortality on fertility* (New York, Academic Press, 1978). *Proceeding of the seminar on Infant Mortality in relation to the level of fertility*, Bangkok, 6-16 may 1975. Paris CICRED, 1975.
- PUFFER (R.R.) y SERRANO (C.V.), 1975, "Results of the inter-american Investigations of Mortality relating to Reproduction Epidemiology of Abortion in Latin America": *Selected Reports (PAHO Scientific Publication, N° 306, 1975*.
- RIVADENEIRA (M.I.H. de), 1983, "Evaluación de la encuesta nacional de fecundidad de 1979 de Ecuador" W.F.S. *Scient. Report n° 51*. Inst. Stat. Int., Voorburg, 59 p.
- RUTSTEIN (S.O.) y MEDICA (V.), 1976, "Efectos de la mortalidad infantil sobre la fecundidad" (p. 176). En: SIMMONS, CONNINGS, VILLA (ed.). *El contexto social de cambio de la fecundidad en América Latina rural*. Intern. Develop. Res. Centre. Informe manuscrito, CELADE, Santiago 525 p. *The Child survival Hypothesis Population Studies*, XXX, N° 2, 1976., 1975. *Child survival and intervals between pregnancies in Guayaquil, Ecuador. Population Studies*, XXIX, N° 3, 1975.
- RUZICKA (L.T.) (ed.), 1982, *Nuptiality and Fertility*, V + 406 p. Ordina Editions. Liège.
- SANDERS (T.G.), 1971, *Family Planning in Ecuador Field Staff Reports*, vol. 18, n° 3, 8 p.
- SCRIMSHAW (S.C.M.), 1971, *Fecundidad: actitudes y variantes relativas en los tugurios y suburbios de Guayaquil*. Minist. de la Salud Publica, Quito, 85 p.
- SCRIMSHAW (S.C.M.), 1974, *Culture, Enviroment and Family Size, a Study of Urban Inmigrants in Guayaquil, Ecuador* 158 p., Colombia University, Ph. D. thesis, Columbia.
- SCRIMSHAW (S.C.M.), 1978, "Infant Mortality and Behavior in the Regulation of Family Size". *Population and Development Review*, vol. 4, N° 3, Sept. 1978.
- SHORT, 1984, *L'allaitement*. Pour la Science, junio 1984.

- SINGH (S.), 1984, "Guyana, Jamaica and Trinidad and Tobago: Socio-economic differentials in cumulative fertility". Voorburg International Stat. Instit., *Scientific Report N° 57*, 98 p.
- STYCOS (J.M.), 1978, *Recent trends in Latin American fertility Population Studies*, vol 32, N° 2 (1978) p. 407-425.
- TAYLOR, NEWMAN, y KELLY, 1976, *The child survival hypothesis Population studies*, XXX, N° 2, 1976.
- TIETZE (C.), 1957, *Reproductive span and rate of reproduction among Hutterite Women. Fertility and Sterility*, New York, N°8 en feb. 1957.
- VAN DE WALLE y KNODEL, 1980, "Europe's Fertility Transition: new Evidence and Lessons for today's Developing World", *Population Bulletin*, vol. 34, N° 6, feb. 1980, 44 p.
- WEIHE (ed.), 1964, *The physiological effects of high altitude*. Pergamon Press, Oxford.
- WHITEHEAD (L.), 1968, "Altitude Fertility and Mortality in Andean Countries". *Population Studies*, 21.
- WOLFERS (D.) y SCRIMSHAW (S.), 1975, "Child survival and intervals between pregnancies in Guayaquil, Ecuador". *Population Studies*, XXIX, N° 3 (1975) p. 490.
- WORLD FERTILITY SURVEY, 1984, "Major Findings and Implications Voorburg Intern". Statist. Inst. London, *World Fertility Survey VIII* - 61 p.



## Capítulo 6

## LA MORTALIDAD

Daniel Delaunay  
ORSTOM

Si los ecuatorianos nunca han sido tan numerosos, se debe principalmente a que la duración media de sus vidas casi se ha duplicado en el transcurso de este siglo. Esta mutación vital es única en su historia. Significa que cada niño que no ha muerto será un adulto suplementario en capacidad de procrear, que las parejas permanecen unidas y fecundas durante más tiempo, que la composición de la familia y la distribución de la población nacional se encuentran cambiadas.

Esto fue una revolución: en el lapso de tres decenios, el tiempo de una generación, el riesgo de morir en cada edad ha descendido a la mitad, lo mismo que la tasa bruta de mortalidad. Durante esta época un hombre habría ganado en promedio un excedente de siete meses de vida al diferir por un año su nacimiento.

Estamos ante un progreso sin embargo tardío en el contexto de América Latina y moderado con relación a otros países. Y este balance globalmente favorable disimula, y aún refuerza en este período transitorio, la terrible desigualdad de los hombres ante la muerte.

El presente estudio (1) intentará detallar las tendencias y los niveles de la mortalidad en los pormenores de su disparidad regional. Se cotejará continuamente con la duda que generan las estadísticas incompletas. Estimaciones indirectas tratarán de eludir este obstáculo pero imperfectamente, pues no suprimen todas las dudas y obligan ser prudente en las interpretaciones. La información así ajustada no autoriza construir un análisis factorial, que la complejidad de las relaciones en cuestión disuade llevar sobre bases estadísticas tan frágiles. El espacio ofrecerá la clave de un análisis de las diferencias durante la transición demográfica, de la

identificación de los grupos con alto riesgo de muerte. Luego se describirá la mortalidad infanto-juvenil y se la comentará a la luz de los censos y de las estadísticas vitales, menos ricos, es verdad, que las encuestas especializadas para deducir su causalidad. Finalmente, nos detendremos en las discriminaciones según la edad y el sexo. Con referencia a la norma latinoamericana, se revelarán ciertas "anomalías" de la mortalidad ecuatoriana, las causas inmediatas de estas sobremortalidades en ciertas edades designarán algunas injusticias o funestas negligencias.

## 1. EL VALOR DE LOS NUMEROS

### 1.1. Un valor ajustado

El registro de los acontecimientos del estado civil entre los países poco desarrollados no es completo sino en unos quince, todos en una fase avanzada de su transición demográfica (Chesnais, 1986: 59). Esta carencia obliga a un largo preámbulo de precauciones sobre la calidad de las cifras. En otra publicación se trató en detalle de las medidas provinciales de la mortalidad, en donde se informa igualmente sobre los métodos de su ajuste (Delaunay, 1988 a.).

El cálculo final de la mortalidad, para cada período quinquenal y para todas las provincias, fue escogido en la horquilla definida por los modelos de William Brass (1975) luego de Samuel Preston y Coale (1986: 179-202) (2). La selección ideada aprovechaba de las cualidades de cada uno de los métodos confrontando sus resultados con los demás componentes de la transición demográfica. Para aplicar estos métodos, fue necesario eliminar las perturbaciones migratorias: se utilizó una

estructura por edad corregida de las últimas migraciones. Los coeficientes de mortalidad por edad así ajustados fueron afinados conforme a las tablas-tipo de las Naciones Unidas para América Latina (UNITED NATIONS, 1984). Estas nuevas estructuras normativas presentan una mejora incontestable para la corrección de los datos ecuatorianos.

Los ajustes operados para el conjunto de la República resultan coherentes con las diversas medidas estadísticas de la fecundidad, de la mortalidad infantil y de las tasas del crecimiento observado. Pero es necesario analizar las informaciones provinciales con mayor prudencia, sobre todo si son antiguas o atañen a las poblaciones menos densas o fuertemente perturbadas por las migraciones. Porque en teoría, los métodos de ajuste no son aplicables a las poblaciones abiertas. El estudio de las mortalidades diferenciales para subconjuntos categoriales o regionales se vuelve incierto por el hecho de que la movilidad geográfica o social modifica la composición por edad de las poblaciones. Tales desplazamientos actúan sobre estas estructuras a manera de acontecimientos vitales que se intenta así reconstituir. Ahora bien, en cada provincia la composición por edad de la población ecuatoriana ha sufrido fuertes modificaciones de sus estructuras tradicionalmente "estables" bajo el efecto de una mortalidad y fecundidad declinantes y de manera más irregular y violenta por las migraciones. Conociéndose éstas por los censos, se reconstituyó pacientemente la estructura por edad de una población "cerrada" para cada período intercensal. Ciertas incoherencias subsisten pero en vez de corregirlas arbitrariamente, nos pareció mejor conocer su origen y señalar su existencia. Por lo tanto, se presentará un vaivén sistemático entre las informaciones toscas y los datos corregidos a la luz de los esclarecimientos que siguen.

### 1.2. El tratamiento del tiempo

Puede originarse una confusión en los observadores de la mortalidad entre su medida instantánea -sincrónica- y el análisis longitudinal de los fallecimientos en una generación. La primera, la más frecuente por falta de estadísticas y por ser inmediata, considera el conjunto de las clases de edades en determinada fecha como una cohorte ficticia. No es en realidad sino una yuxtaposición de generaciones con historias diferentes de las cuales debería dar cuenta su análisis longitudinal.

Las estadísticas vitales no permiten seguir las generaciones durante toda su vida. Además, los errores sobre la edad de los individuos en cada declaración civil o censal impiden una delimitación precisa de las cohortes de sobrevivientes. Se comprende la preferencia forzosa dada a los análisis transversales en materia de mortalidad pero ellos tienen el defecto de confundir las historias y los determinismos, de mezclar el calendario y la

intensidad de los fenómenos (Pressat 1969). Al tiempo de una rápida inflexión de la mortalidad, las dos perspectivas discrepan hasta el punto de presentar formas atípicas: se observa por ejemplo una mortalidad claramente decreciente con la edad durante la vida adulta de las generaciones recientes. Notamos que esta confusión se atenúa con la antigüedad de las generaciones: en edades avanzadas, la esperanza de vida "transversal" se acerca a la realidad de las cohortes de sobrevivientes.

### 1.3. Las fuentes y sus discordancias

Disponemos del registro de las muertes masculinas y femeninas de 1954 a 1986 según las clases de edades que ganan en detalles estos últimos años. Cuando no existía la precisión quinquenal se la inferió según el modelo de las tablas normativas de las Naciones Unidas. Sin embargo, para la estimación de las coberturas se conservaron ciertos reagrupamientos decenales a fin de que coincidieran con las clases migratorias; esta opción presentaba además la ventaja de atenuar la atracción de las cifras redondas. La notificación del área urbana o rural, de residencia de los difuntos según su edad no se ha obtenido del INEC sino, excepcionalmente, de 1977 a 1980.

Los censos proporcionan una información susceptible de cimentar una estimación indirecta de la mortalidad y de corregir las carencias de las estadísticas vitales. Hemos probado varios métodos -con éxitos moderados-, y hemos mantenido sólo los más sólidos. Fueron descartadas las probabilidades intercensales de supervivencia en el seno de cada cohorte quinquenal; ellas están falseadas por las migraciones y las irregularidades de los períodos intercensales que impiden seguir grupos idénticos de cohortes. Asimismo, la estimación de la mortalidad infantil por el conteo de los sobrevivientes entre los niños nacidos vivos durante el año que precede al censo (Johnson, 1982) de 1982 da resultados equivocados por una razón que no hemos podido esclarecer (3). Quedan las informaciones sobre la supervivencia de los niños nacidos vivos que permiten la estimación de la mortalidad juvenil (UNITED NATIONS, 1984). El método es sensible a los errores sobre la edad de los jóvenes y a la omisión de algunos individuos por parte de los informantes. Nada autoriza considerar estos resultados como mucho más seguros que las informaciones proporcionadas por las estadísticas vitales y no hemos hecho un gran uso de ellas dado que Behm y Rosero (1977) las habían precisamente analizado.

Los censos y las estadísticas vitales adolecen de sus propias lagunas; su comparación en el cálculo de las tasas es causa de errores incontrolables por el desconocimiento de la precisión conjunta del numerador (las muertes) y del denominador (las poblaciones de referencia). El registro de los acontecimientos vitales es normalmente menos confiable que los censos pero

puede sin embargo beneficiarse de la tradición del registro parroquial, y contraresta la indisposición que los empadronamientos estatales suscitan en algunas personas. De igual manera, el subregistro de los niños de uno a cuatro años exagera las tasas de la mortalidad juvenil. Se debe deplorar la discordancia entre el conteo de las muertes que publica el INEC según la residencia habitual del difunto y las poblaciones "de hecho" que enumeran los censos. En efecto, la evaluación de las poblaciones "de derecho" y "de hecho" presenta algunas divergencias (aceptables) para el conjunto de la provincia pero ellas resultan demasiado grandes entre zonas urbana y rural donde las migraciones temporales son importantes y desconocidas (4). Es muy probable que las generaciones que más atañen estos flujos sean mal evaluadas y sus tasas de mortalidad alteradas.

Todas las tasas calculadas comprendían en el numerador el número rectificado de los fallecimientos, y convenía por tanto escoger una población de referencia corregida de las principales lagunas de cada censo. Se utilizaron los coeficientes de cobertura del censo proporcionados por el INEC para cada provincia y los tres últimos censos. Esta alternativa produce tasas más débiles y exagera la corrección de los registros vitales de cuya singularidad no habrá que extrañarse al tiempo de las comparaciones con otros cálculos. Por las mismas razones, las mortalidades infantiles (antes de un año de edad) han sido evaluadas sobre la base de los nacimientos corregidos (Delaunay, 1988 a.) y no observados. Siendo así mismo incompleto el efectivo de los niños en edad preescolar en los censos, se calculó directamente un cociente de mortalidad juvenil entre uno y cuatro años considerando el número de niños todavía en vida en su primer aniversario. Este número de sobrevivientes fue estimado a partir de los nacimientos corregidos según la mortalidad infantil observada durante el año. Ignorando si el sexo del difunto intervenía en la calidad de los registros, se aplicó una misma tasa de cobertura a los hombres y a las mujeres. Hemos contado sistemáticamente 488 niñas por 1.000 recién nacidos, relación natural de masculinidad al nacer. Esta opción sistemática en favor de las poblaciones ajustadas, aun imperfectamente, buscaba la coherencia entre las fuentes y para todos los cálculos. Y hemos observado que la tabla de supervivencia así obtenida era más conforme al modelo establecido para América Latina y por consiguiente más probable a pesar de inevitables desviaciones.

#### 1.4. Una variedad de lagunas

Lo incompleto de los registros, a pesar de las obligaciones legales, falsea la observación de las tendencias y de los niveles de mortalidad. Conviene notar que las variaciones de la cobertura estadística están más contrastadas en el espacio que en el tiempo, introduciendo una doble incertidumbre para las comparaciones interprovinciales. Los ajustes de las tendencias se ven fal-

seados por la transición demográfica que hace caduca la hipótesis de estabilidad requerida por los modelos de evaluación. Las correcciones de una región a otra son tergiversadas por un parcial desconocimiento de los flujos migratorios. El estudio de las diferencias espaciales debe por tanto apoyarse con prioridad sobre las medidas recientes más seguras.

La segunda fuente de error, que no es menor, se debe a la variación de la cobertura del registro civil según la edad al momento de la muerte. La muerte de un recién nacido se oculta más frecuentemente que la de un adulto inserto en la vida social e identificado por la Administración. Los datos de que se dispone no permiten corregir esta duda. En efecto, las mortalidades juveniles, deducidas de los censos por el método de Trussell (1975: 87-108), adolecen igualmente de severas incertidumbres. El afinamiento del conjunto de las probabilidades de supervivencia según las tablas normativas ofrece un paliativo imperfecto, no obstante conservado: hemos evaluado la mortalidad de los niños sobre la base del ajuste de la de los adultos, en conformidad con las tablas normativas. Pero reconocemos que los modelos utilizados representan mal algunas poblaciones estudiadas, especialmente andinas.

#### 1.5. El afinamiento de las tablas abreviadas de mortalidad

Este procedimiento trata de atenuar las irregularidades o llenar las lagunas que falsean nuestro conocimiento de la mortalidad del momento. Exige que la tabla por estimar presente una repartición por edad de los fallecimientos semejante a la de la tabla-tipo que se juzga más segura. Supuesta esta conformidad sobre la base de una homogeneidad conjeturada de las poblaciones regionales, se seleccionó la tabla-tipo de América Latina elaborada por las Naciones Unidas (UNITED NATIONS, 1984). Pero la inadecuación de las mortalidades normativas para ciertas regiones ecuatorianas es inevitable en vista de la especificidad física y sanitaria del medio andino, o amazónico, los cuales no están representados en los modelos.

Nunca se dice bastante que la utilización de las tablas-tipo, incluso las recientes de las Naciones Unidas, no va sin reserva y dificultad (Yaarkoubk, 1986: 221). Estas se derivan de las restricciones impuestas por los métodos de corrección de los datos brutos utilizados para la elaboración de las tablas, principalmente la hipótesis de estabilidad incompatible con una situación de transición demográfica. Así como el considerar independientes los factores de la mortalidad es injustificado y hace discutible el método de ajuste por componentes principales.

Para las provincias ecuatorianas, la conformidad es rara y las atipias son complejas de analizar porque el

afinamiento corre el riesgo de borrar las singularidades reales y dignas de atención al mismo tiempo que los errores de observación (Delaunay, 1988b.). Las verificaciones, por lo tanto, han sido múltiples: se probaron varias tablas normativas, se ensayaron varios métodos de afinamiento y se efectuó una verificación sistemática de la conformidad según el procedimiento propuesto por Brass (1974). Se hará referencia a esta evaluación para el análisis de la edad y del sexo de los difuntos a fin de revelar ciertas particularidades.

1.6. ¿Qué clase de lectura?

Multiplcando los ajustes, sin saber siempre qué crédito atribuirles, se corre peligro de recargar el análisis. ¿Es preciso mantener los valores afinados de la mortalidad infanto-juvenil o los niveles observados? Porque los primeros, una vez pasados al molde de las tablas normativas pierden ciertas singularidades reales e instructivas, principalmente a propósito de las diferencias de un sexo a otro.

Así se dispone de un desglose fino de las causas de fallecimientos por provincias pero se sabe que el diagnóstico es aproximado en muchos casos y en particular si la mortalidad es alta. Son deseables los reagrupamientos pero las nomenclaturas internacionales cambian cada diez años (5).

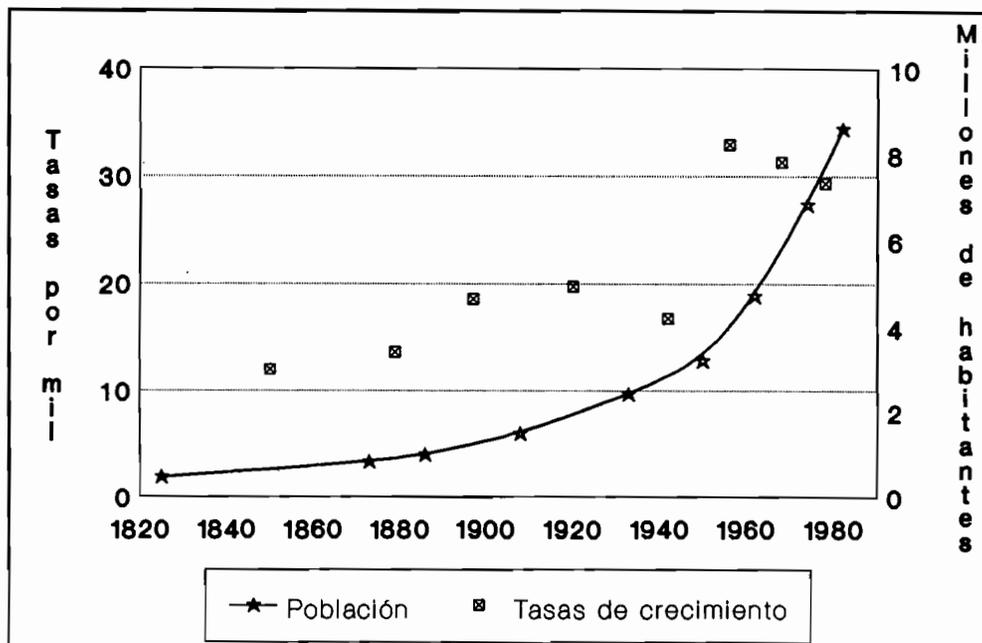
Lamentamos que las estadísticas vitales sólo revelan un corto período (treinta años) de la mortalidad de las

generaciones, por lo demás desconcertante en período de transición.

La descripción de la mortalidad regional en el Ecuador será por lo mismo prudente y confrontada con muchas perspectivas. La lectura se ha referido a las configuraciones regionales con la preocupación de compararla con la organización agraria y socioeconómica de las regiones. En cambio, se apartaron los análisis factoriales demasiados inciertos por la ausencia de una evaluación precisa y confiable de las variables independientes, y en particular de los indicadores socioeconómicos y sanitarios.

Por falta de largas series estadísticas, sería sospechoso asociar las variaciones de la mortalidad en el tiempo y en el espacio, y confundir los órdenes diacrónico y sincrónico. Los obstáculos naturales, las desigualdades sociales pueden modificar el calendario; son susceptibles ciertas prosperidades económicas o las políticas sanitarias acelerar su cumplimiento. La distinción entre un espacio territorial y reticular guiará el reconocimiento de las evoluciones y evitará tal vez el escollo de la "fallencia ecológica". El sincronismo de ciertas variaciones, como la modificación excepcional y general de la mortalidad después de 1972, está ciertamente ligado a la importancia de las redes espaciales. Por lo contrario, la lentitud relativa del retroceso de la transición en los campos andinos o los frentes pioneros, traduce el peso de los determinismos territoriales al abrigo de sus fronteras.

Fig. 1. Evolución de la población ecuatoriana



Fuentes: de 1825 a 1933, los efectivos de la población han sido compilados por Deler (1981). De 1950 a 1982 las estadísticas provienen de los valores del censo corregidos por el INEC al 30 de junio de los años representados.

## 2. EL SIGLO DE LA MUTACION VITAL

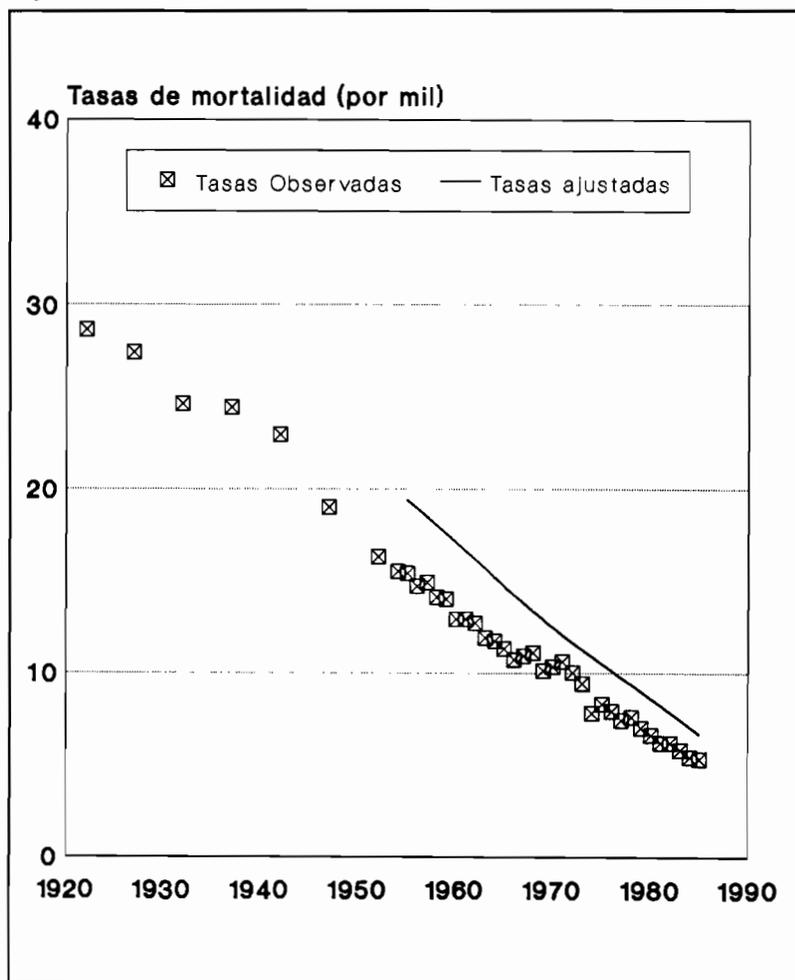
### 2.1. El ritmo de la evolución

Es cosa admitida que la evolución rápida de la mortalidad en América Latina se afirma solamente después de la segunda guerra mundial menos en los países de fuerte inmigración europea donde fue más precoz (UNITED NATIONS, 1983 a.). Este calendario, confirmado por las observaciones internacionales, subraya con insistencia, los beneficios de la medicina occidental y la incidencia benéfica atribuida a sus técnicas. La utilización terapéutica de la penicilina data de 1941, la Organización Mundial de la Salud se creó en 1946 con esta idea nueva contenida en su constitución, que "los gobiernos tienen la responsabilidad de la salud de sus pueblos". Pero el concepto de subdesarrollo aparece en la misma época (1949, el presidente Truman) y talvez acompaña también la idea de una transición demográfica económicamente asistida en los países pobres.

Las informaciones disponibles para el Ecuador matizan estos prejuicios: la transición vital (6) ahí sería antigua y de una sorprendente regularidad en el largo plazo de esta mitad de siglo (1920-1970).

La antigüedad de esta mutación en el Ecuador debe ser recordada para subrayar un progreso que no es todo deudor de las técnicas médicas del Occidente. Extrapolamos una tosca proyección ex-post de las tendencias corregidas hacia las tasas de cuarenta por mil que han podido prevalecer antes de la transición demográfica y se podrá suponer que la muerte retrocede ya al inicio mismo de este siglo. Una mejora más moderada en un período muy corto adelantaría la fecha de este progreso conforme al calendario del crecimiento demográfico. Los historiadores (Hamerly 1973) señalan el sorprendente "despegue" demográfico de las poblaciones de Manabí desde finales del siglo XVIII. Este dinamismo singular y precoz alimentará diversos frentes pioneros hacia las regiones húmedas, en los alrededores de Chone, en dirección a las partes bajas del Guayas y del Daule, y después hacia Guayaquil (Deler, 1981: 139). Entre 1780 y 1825, la población andina se estanca o, en la parte central de la Sierra, retrocede sensiblemente. Según las cifras, la transición vital entonces limitada a las capitales, empieza al final del siglo XIX. Las tasas de crecimiento llegan casi a duplicarse durante la segunda mitad del siglo pasado (fig. 1) mientras que la fecundidad se mantiene (7). Un comienzo sin duda poco vigoroso pero conforme a su tiempo. En comparación, se sabe que en la Italia de 1871-1890, la esperanza de vida no supera los treinta y cinco años y no aumentará regularmente sino a partir de 1875 (Cipolla, 1965: 570-587).

Fig. 2. Evolución de las tasas brutas de mortalidad 1920-1982



Fuentes:

Tasas observadas: Tasas brutas observadas según Merlo (1977: 3)

Tasas ajustadas: Tasas quinquenales corregidas según las estadísticas vitales (De-launay, 1988 b.)

Otra característica de la evolución ecuatoriana, si se descarta el accidente de los años treinta, es su constancia a largo plazo. No obstante, que los valores afinados y quinquenales acentúan, de manera talvez ficticia, la regularidad de esta evolución. Se distinguen dos estancamientos que, sin embargo, no alteran la tendencia larga y sostenida de una baja que lleva una mortalidad de treinta por mil en 1920 a un nivel probable de seis por mil hacia 1990.

Para seguir la evolución de estos índices, hay que tener en cuenta que

la población crece más rápidamente de lo que baja la mortalidad. El número de hombres aumenta por el alargamiento de la vida media y más todavía por la disminución de la mortalidad en la infancia. Las modificaciones estructurales de una población en transición dan entonces la ventaja numérica a los adultos en edad de procrear y menos expuestos a las enfermedades. Entre 1955 y 1980, la tasa bruta de mortalidad disminuye en 55% mientras que la esperanza de vida al nacer de los dos sexos reunidos pasa de cuarenta y ocho a sesenta y cinco años, o sea un aumento del 36%.

La ligera aceleración del progreso vital en los años cuarenta parece ser una recuperación del pésimo decenio precedente. Esta mejora sigue un largo período de estancamiento que coincide con la crisis de la economía mundial y la del cacao en el país. Hay por lo tanto una compensación en el largo plazo que confirman las tasas del crecimiento observado que duplican a partir de 1950 después de bajar en los años treinta. No se puede culpar al censo de 1933, tal vez incompleto, en la medida en que las tasas de mortalidad se estancan igualmente al tiempo de la crisis.

Un segundo estancamiento sobreviene al final de los años sesenta y al inicio mismo de los años setenta y fue sensible para el conjunto del continente (UNITED NATIONS, 1983 y Arriaga, 1982). En el Ecuador, la debilitación del progreso aparece muy clara para la mortalidad infantil, en particular en la Sierra, pero temporal. Un esfuerzo sanitario renovado, y la prosperidad económica del pasado decenio, volvieron a dar un nuevo impulso al retroceso de la mortalidad.

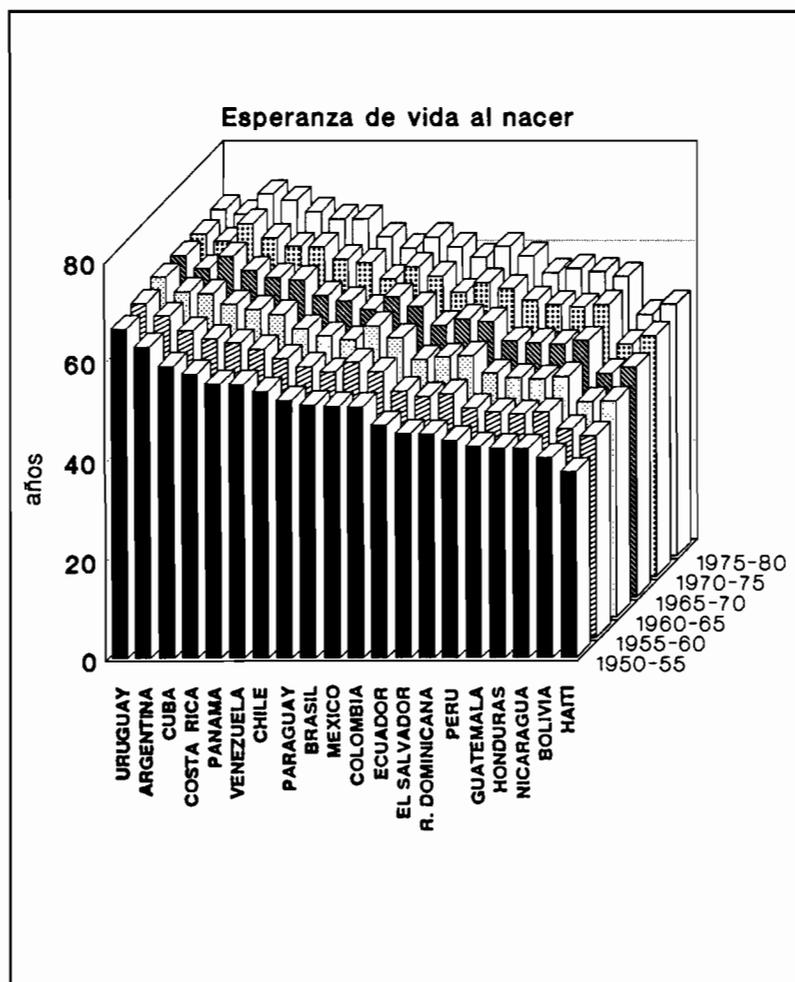
Este accidente será estudiado en el detalle de las medidas provinciales, pero señalemos desde ahora que corresponde a la inflexión de la tendencia hacia un nivel mínimo. Sino, la evolución de 1920-1970 conduciría a un valor nulo de las tasas hacia 1995. El retroceso de las tasas se modifica desde los años setenta bajo el peso del envejecimiento de las generaciones dejadas a salvo por la transición vital, las nacidas en 1920 que alcanzan las edades amenazadas por la enfermedad. Con el aumento del número de los ancianos se elevarán las tasas.

## 2.2. El contexto continental

Unas comparaciones con Europa serían halagadoras: en cuarenta años la mortalidad el país pasó de treinta a quince decesos por mil habitantes, un progreso que exigió ciento cincuenta años en Francia y ciento veinticinco a los suecos (UNITED NATIONS, 1978 b.). En América Latina, este ritmo es normal. Es decir que no se puede suponer que la baja de la mortalidad aquí, y en el continente, seguirá el camino trazado por los países europeos u otros en desarrollo. Antaño se manifestaban diferencias notorias en desventaja de los niños, hoy día de los adultos. Prever las relaciones entre la mortalidad, el crecimiento económico y las técnicas médico-sanitarias encierra una buena dosis de incertidumbre que se añade a nuestro desconocimiento del futuro económico de una nación.

El Ecuador se sitúa en un modesto término medio. Duodécima nación del continente para la esperanza de vida en 1950-55, conserva grosso modo este puesto hoy en día si se corrige el pesimismo de las previsiones del CELADE (1984) (9) representadas en la figura 3. La distribución geográfica de la mortalidad en América Latina es globalmente estable: los países conservan,

Fig. 3. El Ecuador en el contexto continental



Fuente: CELADE (1984) (8)

excepto los errores de estimación, su orden de 1950. Sin embargo se instalan dos excepciones a los extremos de la distribución: una positiva para Cuba y Costa Rica que superan a la Argentina y al Uruguay entonces a la cabeza, negativa para Bolivia y Haití cuyo retardo relativo se acentúa.

De la observación del grupo de los países retrasados, se desprenden dos caracteres territoriales: las alturas frías de los Andes y, en el Caribe, situaciones político-económicas desastrosas para los menos favorecidos. El Perú y Bolivia son, a semejanza del Ecuador, castigados por las fuertes mortalidades que se observan en las poblaciones indígenas de altura. El otro grupo reúne a Haití, Nicaragua, Honduras, Guatemala. Destaquemos, para dar la medida de estos retardos, los resultados cubanos -ahí se vivía en promedio diez años más que en el Ecuador- que deben ponerse a cuenta de "una repartición social más eficaz de los servicios de salud disponibles" (UNITED NATIONS 1983 a: 170) y menos sin duda a una tecnología médica accesible a todo país.

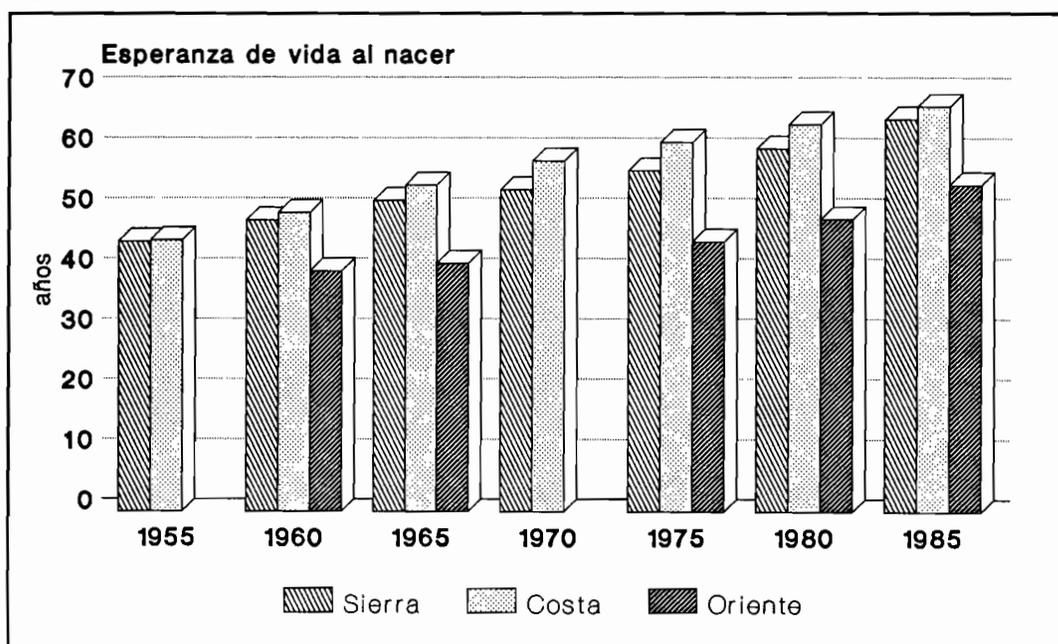
Los observadores temían una disminución de los progresos en materia de mortalidad, muy particularmente en los países que luchaban con éxito contra las enfermedades infecciosas y parasitarias (UNITED NATIONS, 1978 a.; Palloni (A) 1981; Arriaga 1982). La convergencia hacia los valores límites de la esperanza de vida se atribuye con frecuencia a los rendimientos decrecientes de las políticas sanitarias que se enfrentan a las enfermedades del recién nacido y de la vejez más difíciles de combatir. Sería inquietante observar que esta estabilización sobreviene para los niveles todavía bajos de la mortalidad en comparación con

Europa, pero no se ha manifestado todavía en el Ecuador.

La esperanza de vida de los ecuatorianos se sitúa en el promedio del mundo, incluso es ligeramente superior. Trivial, esta posición oculta un hecho transitorio de importancia: los contrastes de la mortalidad en el país están a escala de la diversidad mundial, todos los regímenes están ahí representados, los de la América del Norte, los de siempre. Esta observación puede ser traducida en términos geográficos: el Ecuador vive su transición al ritmo del calendario sudamericano pero según una amplitud que modera su diversidad y el aislamiento de algunas de sus regiones. Se sabe en efecto que las comarcas del continente pobladas por la inmigración europea (Argentina, Cuba, Uruguay) se han beneficiado de un retroceso precoz de la mortalidad, al mismo tiempo que los países originarios de los migrantes. El Ecuador vive un inicio de transición en la misma época pero de una limitada extensión social y territorial. Así, el retardo boliviano da la medida del retardo en los Andes centrales y la Amazonía, por su aislamiento.

Es verdad que los contrastes geográficos o naturales ceden progresivamente ante la diferenciación que producen la economía y la sociedad. El hecho se observa en el curso de las transiciones demográficas (UNITED NATIONS, 1978b: 144) y se comprende fácilmente desde que se juzga el retroceso de la mortalidad como uno de los beneficios de la prosperidad. El riesgo de morir disminuye tanto al mejorar la distribución de las riquezas como por el progreso de la medicina, pero cada vez menos a las molestias climáticas del lugar.

Fig. 4. Evolución de la vida media de 1955 a 1985



Distinguiendo un espacio territorial y otro reticular para la mortalidad, tendremos que disociar, en la transición vital, lo que toca al desarrollo económico de las regiones, a las particularidades geográficas o culturales y a la difusión del progreso sanitario. Aunque faltan las estadísticas que permitirían emitir un juicio con la precisión deseada.

### 2.3. Las causas de una vida más larga

El hombre no sabe dilucidar el exacto determinismo de esta mutación única en su historia que constituye la duplicación de su vida media. El debate sobre los factores de la baja de la mortalidad es antiguo, muy documentado pero poco concluyente. El optimismo que acompañaba las políticas sanitarias de los años sesenta ahora da paso a la incertidumbre ante el fracaso de muchas políticas de salud.

#### 2.3.1. El ovillo de las causalidades

La mortalidad desafía las ciencias sociales tanto como la medicina: todos los determinismos de la producción social y de las actitudes individuales son activos según una jerarquía muy delicada de establecer.

El medio natural y el habitat, la densidad de población, la dieta alimenticia son evidentemente decisivos. Las actitudes culturales ante la enfermedad, la muerte o hacia los niños lo son igualmente como el nivel de instrucción de cada uno. Ciertas prácticas sociales como el infanticidio, el alcoholismo, el tabaquismo o las costumbres alimenticias nefastas son susceptibles de evolucionar. El nivel y la repartición de los ingresos regulan el acceso a los servicios de salud pero cada país dispone de un personal médico, de una infraestructura sanitaria (dispensarios, hospitales) o de equipamientos biomédicos (vacunas, antibióticos) que varían en densidad y en calidad.

El mejoramiento de la infraestructura general de las comunicaciones, de la distribución del agua y del tratamiento de los desechos son igualmente decisiones comunitarias cruciales para la salud. Finalmente las políticas sanitarias del Estado, su legislación de la higiene pública, del precio de los servicios médicos, la extensión de los seguros sociales son muchas veces causa de progresos muy sustanciales de la esperanza de vida. Ciertas negligencias de la legislación del trabajo o de la circulación vial resultan mortíferas.

Por ser evolutiva, la jerarquía de estos innumerables factores es difícil de establecer. El orden de los determinismos no es el mismo para los niños y los adultos, varía en el curso de la transición vital y según la época de su inicio. Así el prolongamiento de la vida desde finales del siglo XVIII en Europa debe muy poco a la medicina pero ciertamente mucho a la instalación de los Estados

modernos garantes del orden social y legislativo, promotores de infraestructuras viales o agrícolas que contribuyen al retroceso del hambre y de las epidemias (Chesnais 1986: 87). Más tarde, otros países (Taiwan, Japón, Cuba) sacaron provecho de la acción conjunta de un crecimiento económico rápido y de la aplicación de grandes descubrimientos médicos. Hoy día, la recesión económica mundial y el endeudamiento de los países de América Latina, la baja de los precios de las materias primas obstaculizan los progresos sanitarios dejando un espacio más grande a las actitudes culturales, a las opciones políticas.

La combinación de las causalidades está igualmente dictada por la resistencia particular de ciertos agentes patológicos más o menos activos según la edad de sus víctimas. La aplicación de técnicas simples y poco costosas, las vacunas y los antibióticos, fueron de gran eficacia en las enfermedades infecciosas o parasitarias que representan casi la mitad de las muertes en los regímenes pretransitorios (Preston y Nelson, 1974). Pero la lucha contra las enfermedades cardiovasculares o de la degeneración, contra el cáncer, exige técnicas e inversiones mucho más onerosas cuya rentabilidad sanitaria decrece. Preston (1975) precisa la economía de las diversas patologías en el caso de los países poco desarrollados. Intervenciones sanitarias poco costosas serán muy eficaces para la malaria, la tuberculosis, la viruela y el sarampión; enfermedades todavía fatales en el Ecuador. En cambio las diarreas, las enfermedades infecciosas temibles para los niños exigen progresos diversificados en la educación de las madres, la agricultura, el saneamiento de las aguas (Chesnais, 1986: 88).

#### 2.3.2. Comprender para actuar

Puesto que el análisis debe revelar determinismos que guiarán las intervenciones, tendrá entonces que medir el impacto de determinada campaña de vacunación o evaluar una infraestructura médica. Las lagunas estadísticas obligan con demasiada frecuencia a elegir un reagrupamiento por familias de factores o un indicador global. Así muchas medidas demuestran que el ingreso per cápita, índice muy general del desarrollo económico, sigue una relación logística con la esperanza de vida (Chernery, 1975) o la mortalidad infantil (Chesnais, 1986: 86).

Una dicotomía común a muchos estudios opone las técnicas sanitarias al desarrollo económico pero aún nos interrogamos acerca de su peso respectivo en el retroceso de la mortalidad. Para ceñirse a las políticas de salud, se distingue entre las intervenciones verticales o puntuales y las acciones horizontales integradas. Las primeras se concentran sobre los medios específicos de erradicación de un conjunto reducido de estados mórbidos: rehidratación oral en caso de diarrea, campaña de vacunación, eliminación de los vectores del paludismo.

Las segundas no apuntan a determinada causa de mortalidad sino al predominio de un gran número de enfermedades a la vez. Así el control de las normas de polución, la enseñanza escolar de las reglas de una higiene elemental o la aducción de agua potable participan en la lucha contra las enfermedades más corrientes.

Por útiles que sean para las políticas, estas distinciones se muestran mediocres para comprender la transición demográfica y no faltan las razones para descartarlas de los análisis factoriales. Nosotros ya no estamos, por ejemplo, en capacidad de disponer en lo inmediato para el Ecuador de una evaluación precisa y confiable de las mortalidades diferenciales según las categorías sociales. La estimación cifrada de indicadores sociales y económicos es igualmente incierta, lo mismo que las estadísticas sanitarias suficientemente detalladas. Luego la interdependencia de las variables demoeconómicas dificulta la interpretación del análisis factorial (10). Así la coincidencia continuamente demostrada entre la baja de la mortalidad de los niños y la escolarización de las madres no es sino una parte de un sistema complejo de relaciones entre la transición demográfica y el desarrollo económico. Pero la escuela por sí sola no basta para este resultado si por ejemplo la infraestructura sanitaria se deteriora o las desigualdades sociales se encuentran exacerbadas.

La dicotomía entre los factores económicos y la acción médica es ciertamente falaz, puesto que los dos conjuntos de factores no son independientes. Su asociación es histórica: tanto para el desarrollo como para la puesta en práctica de los conocimientos médicos. La sociedad debe destinar importantes recursos económicos para construir los hospitales, formar el personal médico, fabricar los medicamentos. Incluso las intervenciones verticales promovidas y financiadas desde el exterior, principalmente por las organizaciones internacionales, se apoyan en la infraestructura económica y política del estado beneficiario. Cabe recordar, en fin, que el desarrollo social contribuye a la nivelación de las oportunidades de acceso a los recursos materiales, a los servicios de salud y de educación pero también a la participación de todas las capas de la población en la vida local y nacional (Palloni, 1985).

Para ilustrar los resultados a veces desalentadores del análisis cuantitativo en un sistema interactivo citemos una de las raras evaluaciones estadísticas de la política sanitaria ecuatoriana:

“El desarrollo socioeconómico y la salud individualmente explican alrededor del once y diez por ciento de la variación en la mortalidad y solamente pequeños porcentajes de la variación en las variables dependientes, las relaciones indicadas por las correlaciones previas parciales están afectadas por el problema de la multicolinealidad, es decir, hay una correlación alta

( $r=0.94$ ) entre las variables independientes. Alrededor de 88 por ciento ( $r^2 = 0.877$ ) de la variación en una variable es atribuible a la otra.” (Uquillas Rodas, 1976: 148) (11).

Estas dudas y nuestra ignorancia incitan a atenerse al prudente resultado de las coincidencias observables entre el ritmo del desarrollo económico, los diferimientos de las políticas sanitarias y la baja de la mortalidad en el Ecuador.

### 2.3.3. *Los ingredientes del despeque demográfico*

En todo tiempo, las epidemias, las catástrofes naturales o las guerras amenazan las ventajas de un crecimiento demográfico moderado. El espectro de algunas epidemias se atenúa ya en las ciudades más grandes del país que disponen, desde 1860, de las vacunas de la viruela y de la fiebre amarilla conservadas por las Juntas de Sanidad (sobre instituciones de salud, ver el volumen 2 “Geografía de la salud” del presente tomo). Según toda probabilidad, la declinación de la mortalidad se afirma al nacer el siglo XX con la exportación de la producción cacaotera, la extensión concomitante del mercado interno y la revolución alfarista. Así pues, estos ingredientes de un desarrollo económico todavía circunscrito estimulan una mutación demográfica que se inicia en la Costa para llegar a la Sierra.

La coincidencia está ante todo en el auge del cacao y el final del poder conservador. Se impone entonces el principio liberal de una salud pública a cargo del Estado y ya no deudora de la caridad de los acaudalados y de la Iglesia. Se crean las instituciones sanitarias en los últimos años del siglo XIX, pero hay que esperar 1926 para que la ley haga obligación del Estado el promover los servicios de salud (Uquillas Rodas, 1976: 27). Casi nada se sabe de las actividades sanitarias de los poderes públicos de entonces, y falta por lo demás de una información y de los medios apropiados para la planificación de la salud. El único suceso señalado, es el de la First Yellow Fever Commission, enviada por el Rockefeller Institute, en la lucha contra esta enfermedad después de 1918. Las campañas de eradicación serán más frecuentes y diversificadas a partir de 1930 como efecto de la creación de una Dirección Nacional de Sanidad e Higiene (Uquillas Rodas, 1976: 29).

Es crucial en esta época el desarrollo de intercambios y la extensión de la economía de mercado articulada al comercio del cacao. En el transcurso del último tercio del siglo XIX se construye la red moderna de vías de comunicación: primera ruta carroable de las tierras altas entre Quito y Ambato en 1871, acomodamiento de la pista Flores entre los Andes y Babahoyo, vía Guaranda (1890) conexión de la ruta andina y del ferrocarril de Guayaquil (1897), prolongación de éste hasta Riobamba (1905) y Quito (1908) (Deler, 1981: 147). Un

tránsito ferroviario creciente acompaña y estimula el desarrollo del mercado interno del que se benefician las haciendas situadas en la proximidad de las vías de transporte. Los productos agropecuarios circulan mejor y en mayor cantidad en beneficio dietético de algunos. El desarrollo sensible de las fuerzas productivas suscita la transformación de las relaciones sociales de producción en favor del salariado y una integración parcial de las unidades familiares en la economía de mercado. En la Costa, los salarios han podido representar la mitad del monto de las exportaciones (Deler, 1981: 170). El despliegue del cultivo del cacao crea una dinámica demográfica nueva por el aporte migratorio, el cual expande las clases fecundas de mortalidad reducida. Esta colonización contribuyó a aligerar la presión sobre las tierras en el Manabí árido y la parte occidental del corredor interandino, regiones de origen de migrantes.

A escala nacional, la incidencia de estas transformaciones económicas sobre la mortalidad está muy localizada pero ya se inscriben en el espacio demográfico las formas reticulares de su diferenciación y de sus dinámismos. Una disminución sustancial de las tasas de mortalidad da una ventaja a las zonas desenclavadas y sobre todo a las ciudades cuyas poblaciones se multiplican. Ellas se benefician de un excedente migratorio selectivo, de una acción sanitaria curativa y de una mejor escolarización; o sea, progresos cuya acción positiva sobre la transición vital se subraya constantemente.

La reducción de la mortalidad va en todas partes acompañada de un debilitamiento de sus fluctuaciones a corto plazo. Antes de 1920, las estadísticas vitales son inciertas pero las fluctuaciones anuales, importantes hasta 1945, se regularizan a la baja según los datos compilados por Velez (1968). Mcneil (1976) atribuye esta ganancia a la preponderancia gradual de las endemias sobre las epidemias gracias a los progresos profilácticos pero también por la reducción del hambre y la carestía. Sin embargo el detalle de las políticas sanitarias en el Ecuador subraya su versatilidad y denuncia cierta ineficacia, por defecto de coordinación entre las numerosas agencias e instituciones en juego. Se destacan tres fechas decisivas de la política sanitaria sin que por ello se reconozca su impacto sobre las tendencias de la mortalidad.

- La acción preventiva se organiza con la Dirección Nacional de Sanidad e Higiene creada hacia 1930 y que supervisará la acción de unas cincuenta agencias ministeriales en el control de las epidemias, del medio ambiente sanitario y durante las campañas de inmunización. La incidencia de este esfuerzo de coordinación queda sin embargo oculta por la crisis de la economía de exportación. Después de 1940 se crean varios institutos especializados: el Instituto Nacional de Higiene (1941), Instituto Nacional de Nutrición (1948), la Liga

Ecuatoriana Antituberculosa (1942), la cual se verá dotada de recursos propios, etc. (Uquillas Rodas, 1976: 31). A comienzos de los años cincuenta se emprenden campañas masivas de vacunación contra las enfermedades contagiosas.

- La revolución cubana inspira un viento de reforma entre las naciones latinoamericanas que suscriben la Alianza Para el Progreso en 1961 en la Conferencia de Punta del Este. Surge una voluntad nacional y un consenso político, principalmente de parte de la Junta Militar de 1963, en favor de una reorganización de los servicios de salud pública decretada "prioridad nacional" en el marco del primer plan de desarrollo nacional (1964). Este período de ambiciones pregonadas verá la creación del Ministerio de Salud Pública en 1967, inicio de una reorganización y centralización de las políticas sanitarias.

- Pero habrá que esperar el comienzo de los años setenta para que se amplíe la reforma administrativa, se desarrolle la medicina rural y se faciliten recursos a la altura de los objetivos afirmados en el plan nacional de 1973-1977. Los gastos en este momento se multiplican por seis (Uquillas Rodas, 1976: 71). El boom petrolero y la opción política en favor de la salud en 1973 logran cambiar el estancamiento de la mortalidad particularmente sensible en la Sierra (12).

A pesar de todo es sorprendente comprobar lo poco que estas vicisitudes de la política sanitaria perturban la evolución regular de la mortalidad general. El considerable esfuerzo hecho en 1973 refuerza la tendencia hasta 1975 que en seguida vuelve a tomar su ritmo (13). El estancamiento de los años treinta sería un mentís a las acciones preventivas empeñadas en esta fecha. El accidente de los años sesenta y cinco corresponde al balance alarmista del ministro en 1969 que subraya la leve disminución de las enfermedades reductibles (Uquillas Rodas, 1976: 52) y deplora el abandono de las acciones sanitarias preventivas. ¿Se debe ver en esta inercia, el peso de los determinismos económicos y el impacto difuso de una agitación administrativa cuyas deficiencias destaca Uquillas? Hasta los años 1970, instituciones muy diversas actuaban sin coordinación con medios insuficientes tanto en personal como en material y sus intervenciones tenían un carácter puntual y discriminatorio.

#### 2.3.4. La discriminación

Se observará en el capítulo de la acción sanitaria, que los gastos de salud sitúan al Ecuador en el mismo lugar que la mortalidad con respecto a otros países sudamericanos (Uquillas Rodas, 1976: 79). La discriminación de las políticas fue siempre flagrante entre las ciudades y los campos generando las diferencias comprobadas. Teniendo en cuenta los escasos recursos na-

cionales, se ha acordado constantemente prioridad a las fuertes concentraciones humanas y particularmente en Quito y Guayaquil. Los servicios de cuidados curativos estaban concentrados exclusivamente en las capitales regionales que se beneficiaban igualmente de las infraestructuras de aducción de agua y de alcantarillado. Las campañas preventivas no atendían al campo donde se contentaba con contener las epidemias ya declaradas (Uquillas Rodas, 1976: 41). Habrá que esperar el plan de medicina rural de los años setenta para movilizar a los jóvenes titulados en favor de la asistencia sanitaria en las zonas rurales (14).

La existencia de instituciones categoriales ha contribuido asimismo a consolidar las desigualdades contenidas en el desarrollo económico. Observemos, por ejemplo, que las cajas de seguro de enfermedad, como la dirección médicosocial nacional del IESS, disponían entre 1965 y 1972 de un presupuesto superior a los gastos sanitarios del gobierno mientras que sus miembros representaban solamente el 6% de la población nacional (Uquillas Rodas, 1976: 75). El ejército y la policía han conservado de sus participaciones en el poder la prerrogativa de un servicio de salud autónomo y renombrado.

### 3. EL ESPACIO DISCRIMINANTE

#### 3.1. Las reservas

Comparar las mortalidades regionales supone evaluar las negligencias que alteran su medida. A pesar del cuidado puesto en el ajuste de los datos provinciales, algunas informaciones siguen siendo sospechosas, principalmente en la Amazonía de la que no mantendremos sino los valores de conjunto. Sabemos que la medida de las evoluciones es sensible a las diferencias reconocidas de la cobertura de los registros y no nos detenemos en las discordancias entre el conjunto del país y las regiones ya que, al mantener los límites superiores del ajuste de las estadísticas vitales para las provincias, hemos exagerado las sumas regionales.

El segundo sesgo en las comparaciones es estructural. El peligro de morir varía en el curso de la vida de un individuo de suerte que las tasas globales cambian, por una mortalidad igual, con la importancia relativa de las poblaciones entradas en años e infantiles. Por no disponer de una repartición por edad de las enfermedades mortales, era imposible tener en cuenta la diversidad estructural de las provincias (15) para cada causa.

Cuadro 1

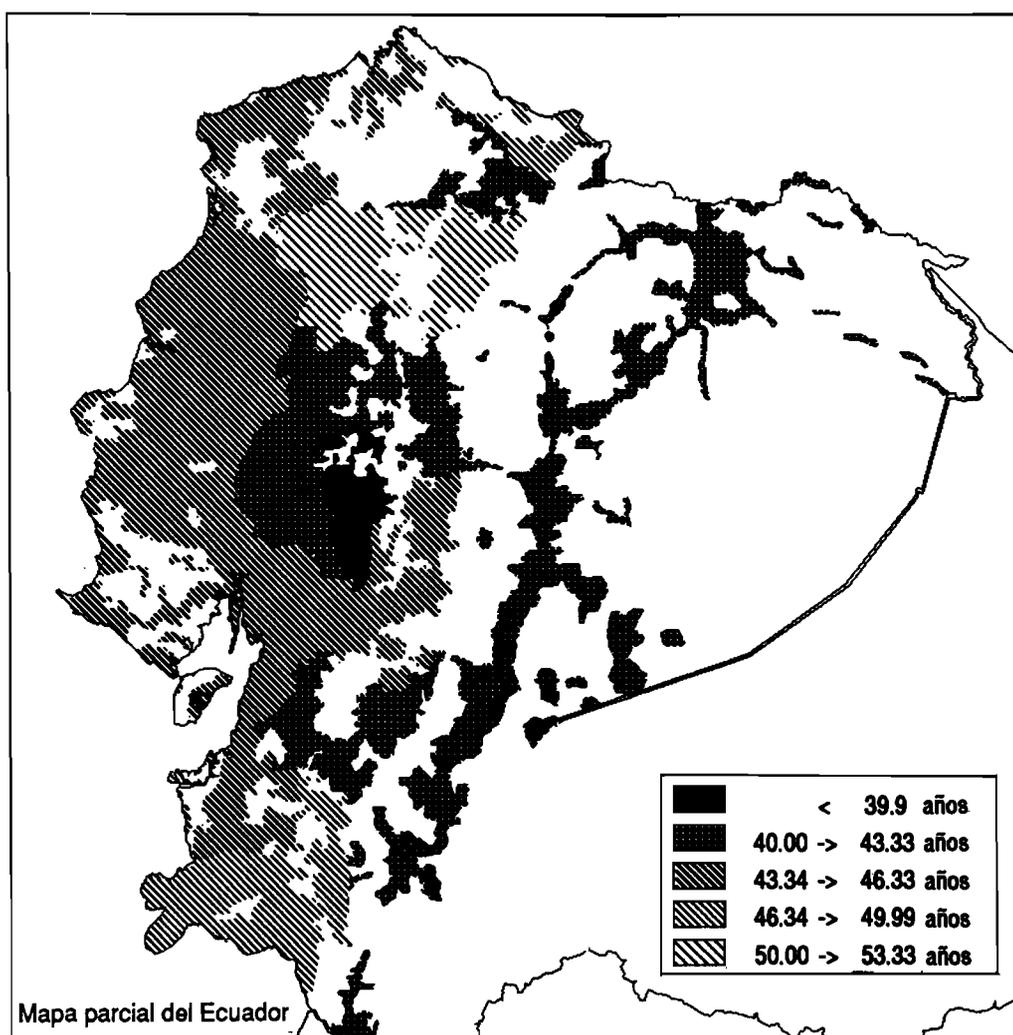
Valores y variaciones de la esperanza de vida según las provincias  
(Promedio de las esperanzas de vida para los hombres y las mujeres ajustado por el método de los tres componentes principales)

Provincias:	Variación	1955	1960	1965	1970	1975	1980	1985*
REPUBLICA	39%	47,9	51,6	55,3	57,4	60,1	63,1	66,9
SIERRA	45%	44,9	48,5	51,8	53,6	56,8	60,4	65,3
COSTA	49%	45,2	49,7	54,3	58,3	61,4	64,4	67,4
ORIENTE	36%		40,0	41,3		44,9	48,7	54,4
CARCHI	40%	47,6	51,3	54,1	55,9	59,3	63,2	66,8
IMBABURA	44%	43,5	45,2	48,0	49,4	53,6	57,2	62,8
PICHINCHA	30%	53,5	56,5	58,7	60,1	61,7	65,4	69,5
COTOPAXI	50%	40,6	43,6	46,2	47,4	51,2	54,7	61,3
TUNGURAHUA	61%	40,7	45,5	49,2	51,6	55,9	59,8	65,4
BOLIVAR	57%	39,0	45,8	48,5	50,0	53,1	56,9	61,5
CHIMBORAZO	36%	43,7	44,5	46,9	47,8	51,0	54,1	59,4
CAÑAR	44%	42,9	45,6	48,9	51,3	55,4	58,3	61,9
AZUAY	55%	42,1	46,8	52,0	53,7	56,4	60,2	65,2
LOJA	38%	46,6	50,7	53,7	55,8	58,6	61,1	64,4
ESMERALDAS	39%		47,8	51,5	54,8	57,3	59,5	62,5
MANABI	50%	45,4	50,1	55,4	59,3	62,7	66,3	68,1
LOS RIOS	60%	40,6	45,1	49,9	55,2	58,5	61,0	64,9
GUAYAS	48%	46,4	51,1	55,6	59,6	62,8	65,4	68,7
EL ORO	42%	45,8	49,3	52,7	56,6	58,1	62,0	66,2

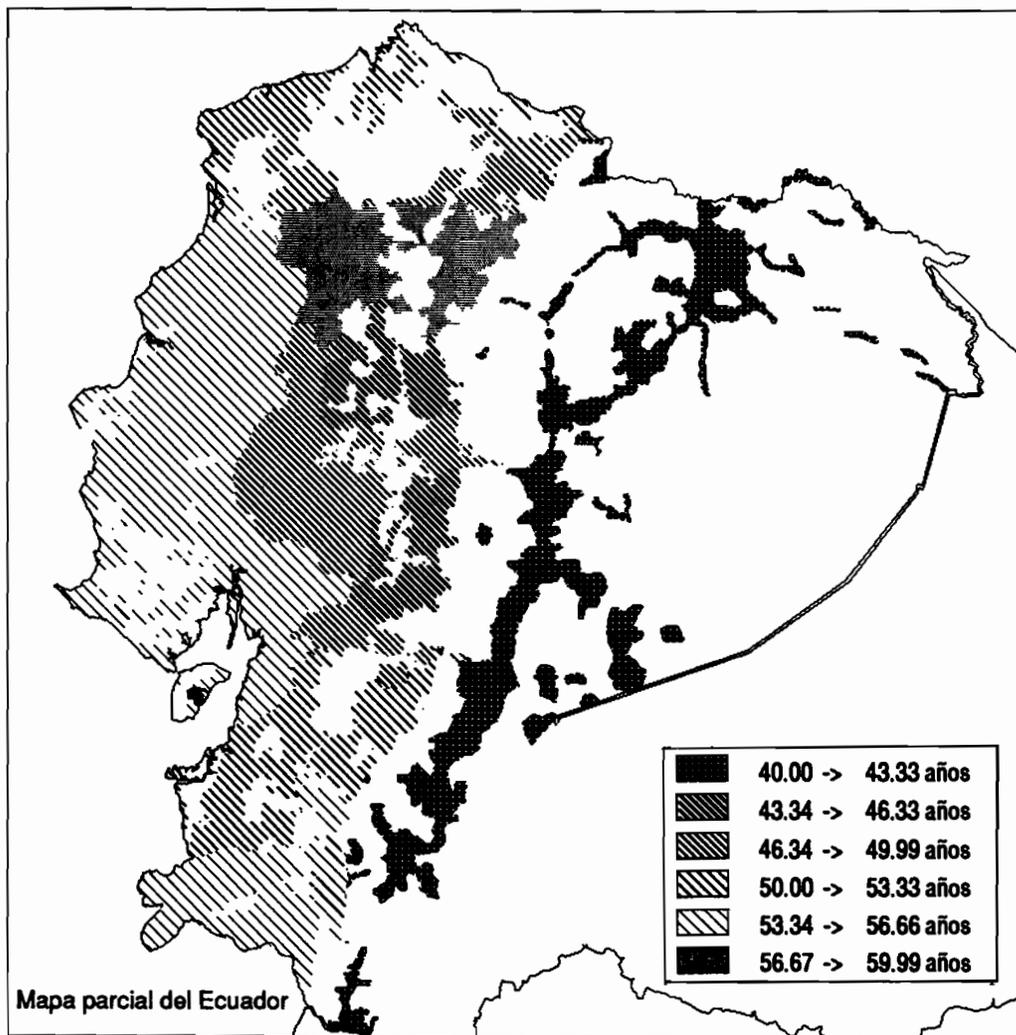
Faltan ciertos valores por dudosos

\* Los valores en esta fecha se aplican al primero de enero del año 1985, por no haber podido disponer de las estadísticas vitales de 1987. Por tanto, atañen a un período de cuatro años, de 1983 a 1986.

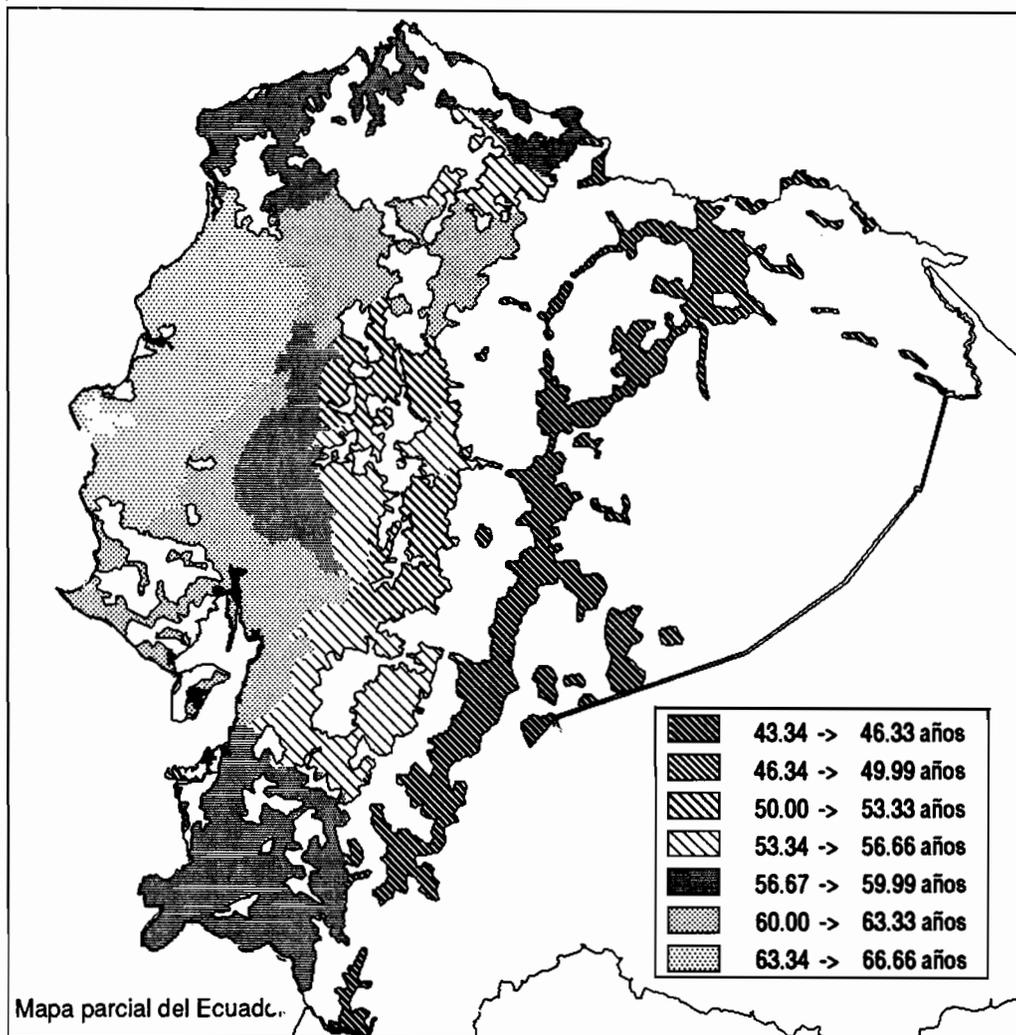
Mapa 1. Esperanza de vida al nacer en 1955



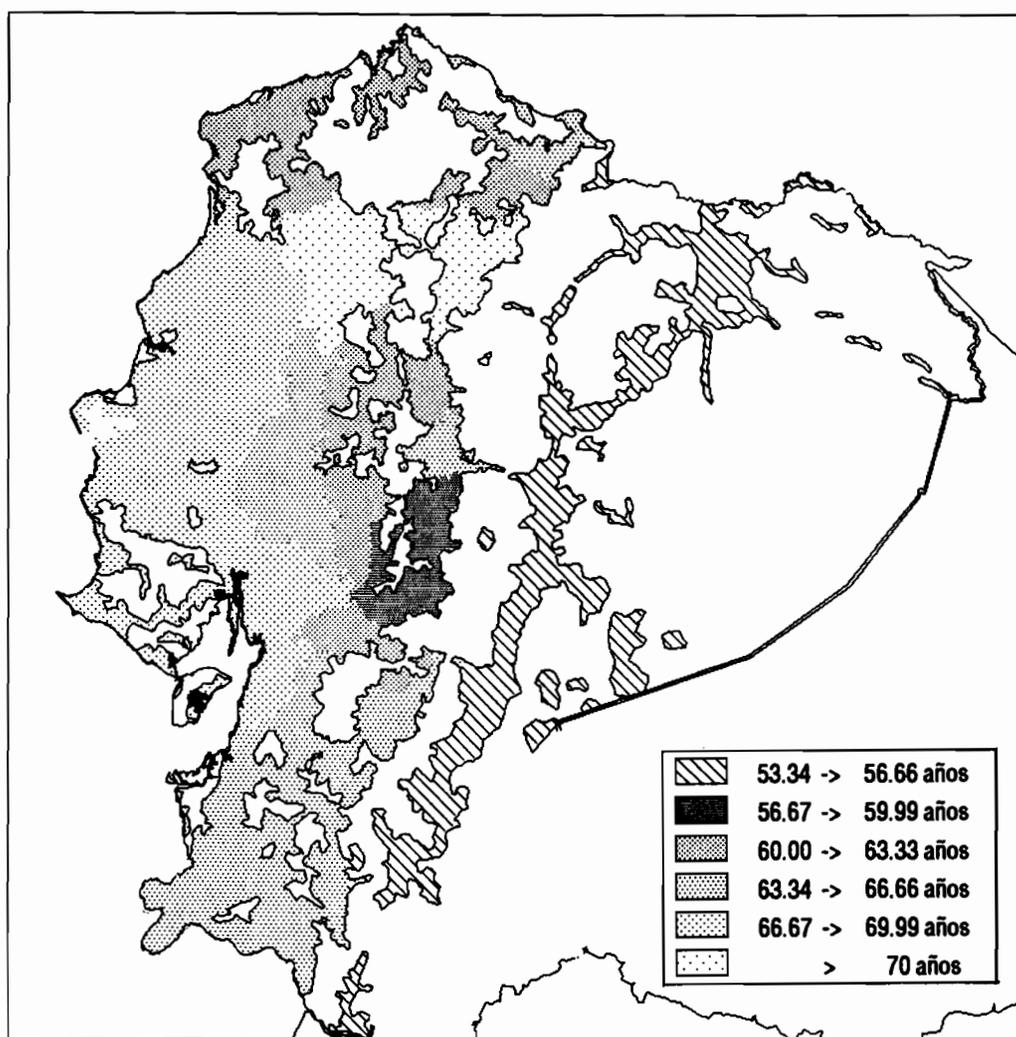
Mapa 2. Esperanza de vida al nacer en 1965



Mapa 3. Esperanza de vida al nacer en 1975



Mapa 4. Esperanza de vida al nacer en 1985



Una última incertidumbre atañe al diagnóstico de esta causa. Esta es comprobada rara vez con la competencia médica o la autopsia que requiere el detalle de la clasificación internacional en vigencia, que cambia cada diez años. La evolución durante el período observado se apoya en once grupos de causas (16), una repartición provincial más fina ha sido establecida sobre los cincuenta y seis grupos principales utilizados desde 1980 por el INEC. Estas dudas restringen el campo de los análisis posibles, que son sin embargo capaces de esclarecer las variaciones regionales de la mortalidad y el fundamento de las desigualdades más manifiestas. Algunas son tan claras que los sesgos estadísticos resultan despreciables, tanto más cuanto que muchos fallecimientos son bastante bien identificados (traumatismos, mortalidad materna...)

### 3.2. Las desigualdades provinciales

En la mayor extensión del país, la esperanza de vida gana unos veinte años en un tercio de siglo, un poco más de siete meses por año. La transición vital señala algunas preferencias, principalmente a favor de la Costa, pero no cambia las desigualdades antiguas entre las provincias; se mantiene el contraste regional (cf. mapas 1 a 4 y cuadro 1). Esta configuración geográfica de la mortalidad traduce el orden reticular de la transición que afecta ante todo a las provincias del eje Guayaquil-Quito asociando las capitales a la agricultura de exportación. Los retardos se observan en las regiones indígenas del centro de la Sierra, y en el extremo norte de la parte oriental del país.

Durante los años sesenta, la esperanza de vida crece menos en la Sierra que en una región costera tal vez más próspera hasta que el flujo petrolero permite reducir la diferencia. Vivir en las regiones andinas indígenas más bien que en la provincia de Pichincha significa tener una esperanza de vida inferior en cinco a nueve años. Pero las desigualdades intraprovinciales son probablemente más impresionantes. A pesar de su petróleo que contribuye a la riqueza nacional, la Amazonía no compensa su desventaja de alrededor de doce años de vida. Las provincias orientales tienen hoy día el nivel de Pichincha en 1955. Con referencia al conjunto del país, el desfase en el calendario de la transición sería de unos quince años.

La progresión de cada provincia obedece ante todo al ritmo propio de una transición vital que elimina en primer lugar los fallecimientos más fáciles de prevenir o de combatir. La medicina, al reducir las enfermedades infecciosas, se encuentra confrontada a los trastornos de la degeneración; el rendimiento de las acciones sanitarias decrece a medida del alargamiento de la esperanza de vida. Unas cuantas estadísticas sobre la declinación de la mortalidad por grandes familias de causas ilustran esta simple regla (fig. 6). Así una medicina que se im-

ne discierne mejor las razones de la muerte: la parte de las causas desconocidas se divide por cuatro en veinticinco años(17). Sus éxitos y los de la higiene tocan a las enfermedades de origen infeccioso y parasitario, entre ellas las que afectan a las vías respiratorias (pneumonías y bronquitis). Las curas médicas parecen eficaces contra algunos accidentes del sistema digestivo (úlceras, oclusiones intestinales, hernias...) lo mismo que para la mortalidad maternal no mencionada en la figura 6

De este modo, la progresión más lenta de la vida media en la provincia de Pichincha denota su avance en la transición vital. En 1955, la esperanza de vida era cinco años y medio superior al promedio general, ventaja que cae a dos años y medio en 1985 cuanto la vida media raya en los setenta años. La provincia del Guayas se mantiene un poco así atrás, pero lo estaba todavía más(18), mientras que se vive más tiempo en las zonas bajas que en la altura. ¿Se debe ver ahí la señal de una insalubridad especial en los suburbios de Guayaquil, o el efecto de la centralización administrativa de Quito?

Según la misma lógica, pero en favor de una transición más tardía, ciertas provincias de la Sierra central y de Los Ríos se han beneficiado de progresos excepcionales(19), entre ellos la ganancia en vida media que puede acercarse al 60%, (30% solamente para Pichincha). Por el contrario, las provincias de Esmeraldas, de Loja, los Andes indígenas y la Región Amazónica no llegan a cubrir su desventaja. Su enclavamiento puede explicar la difusión imperfecta de los progresos sanitarios a partir de las capitales regionales. Aparentemente, la transición vital llega a las provincias del Napo y de Morona Santiago hacia los años setenta.

### 3.3. La configuración espacial de la mortalidad

La mortalidad integra un espacio demográfico de formas ya familiares: a las particularidades de naturaleza territorial se impone una mutación de difusión reticular. La antigüedad de la evolución, sin embargo, impide observar la repartición de las enfermedades mortales según las solas predisposiciones del medio o de la sociedad; la ley de las redes es ya en adelante predominante y tiende a atenuar estas reparticiones antiguas.

Los rasgos ecológicos circunscriben los determinantes naturales de la muerte que son numerosos. El paludismo se atenúa con la altura (20), la cual, en cambio, predispone a los trastornos, tan mortales, de las vías respiratorias. La geografía de la mortalidad por causas dará testimonio de estos predominios territoriales, que implican principalmente a las poblaciones indígenas rurales de la Sierra en un eco lejano de las hecatombes de una conquista mortífera. La naturaleza pero también la cultura y la historia: autores han señalado negligencias culpables en contra de los niños en los Andes (Scrimshaw 1978: 383-404). Las cifras sugieren ahí el

Fig. 5. Esperanza de vida al nacer, variación de 1955 a 1985 por provincias.

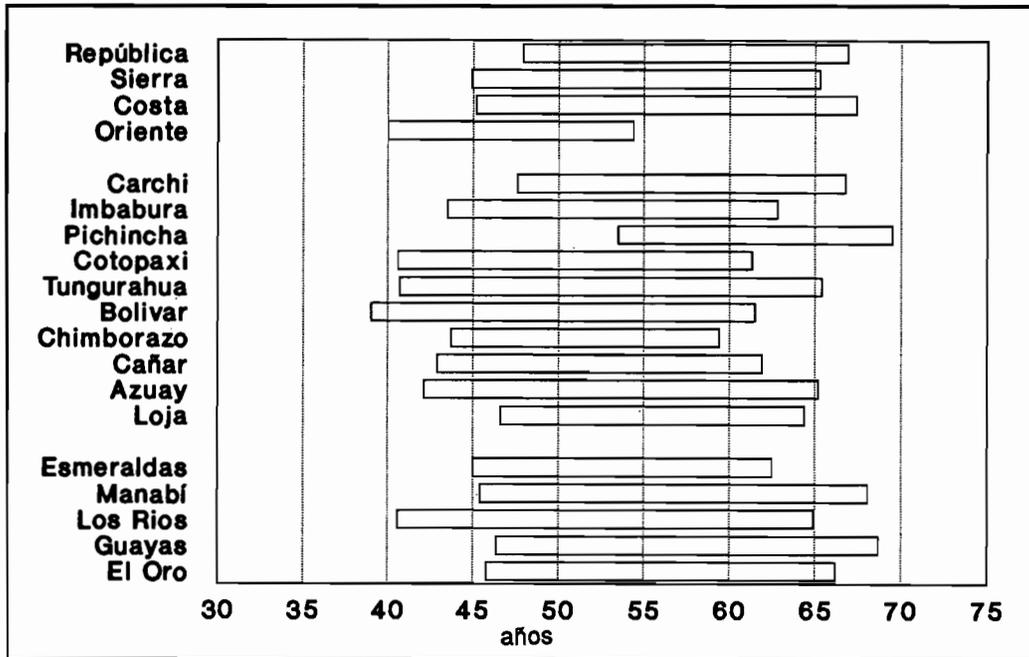
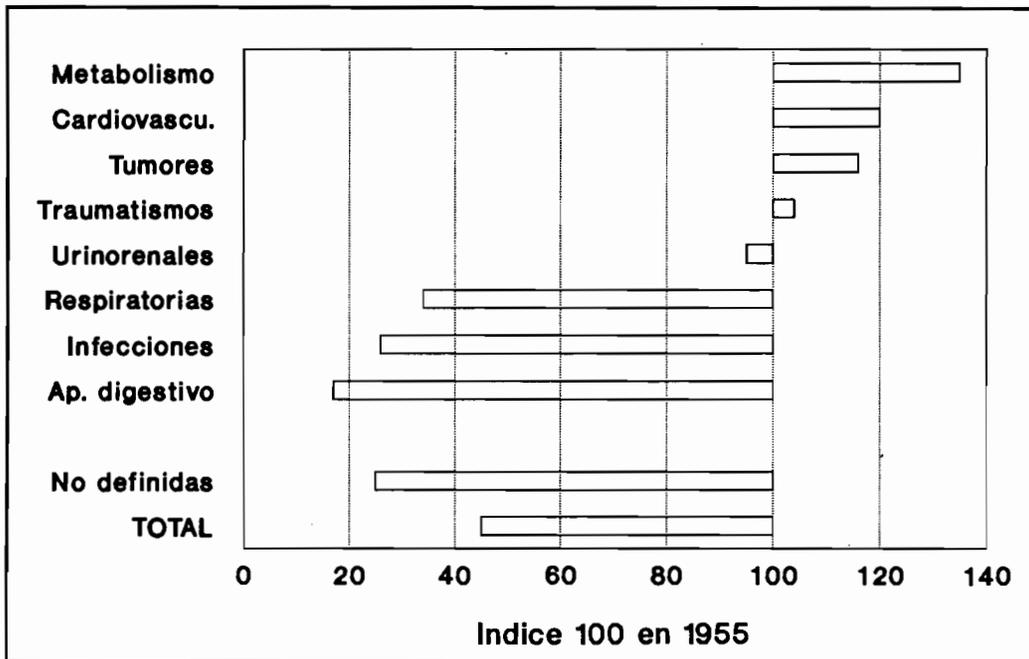


Fig. 6. Causas de fallecimiento. Variación de 1955 a 1980



peso del alcoholismo, pensemos en todas las acciones discriminatorias en contra de un pueblo autóctono despojado por los conquistadores y sus descendientes.

¿Como explicar la relativa moderación de las mortalidades observadas en Manabí y la provincia de Loja teniendo en cuenta las dificultades económicas de estas regiones de fuerte emigración? ¿El clima semiárido o la tradición pueden contener la transmisión de las enfermedades infecciosas y parasitarias? (21). En todo caso esta ventaja vital es secular como el dinamismo antiguo de los pueblos de estas regiones. La presencia de

centenarios en los valles lojanos de Vilcabamba es también indicio de una característica territorial de la mortalidad (22).

En el territorio, se sitúan los desequilibrios entre recursos y hombres que, según Malthus, eran sancionados por la muerte. Aunque la manera de explotar la naturaleza tiene tal vez más importancia que la riqueza del lugar; como lo sugieren las diferencias notables entre la morbilidad y la salud de las poblaciones autóctonas e inmigrantes en la Amazonía (Benefice, 1986). Este determinismo puede ser igualmente corregido por

la apertura de las fronteras territoriales sobre un *espacio reticular organizado*. Ya los Incas se mostraban como pueblo civilizador al dotar a los Andes de estas redes (23) que se amplificarán. Las consecuencias del hambre y la carestía han sido temperadas por la existencia de circuitos de aprovisionamiento (Caldwell, 1986; UNITED NATIONS, 1986: 72-73), pues el problema del hambre es también el de encauzar los socorros y asegurar su distribución equitativa.

Hoy día, la situación de un grupo en el espacio reticular determina su acceso a los servicios de salud y a los medios pecuniarios para utilizarlos: amenazados por las enfermedades, el niño y el anciano son también menos móviles y económicamente dependientes, de algún modo fuera de los circuitos. Puesto que el aislamiento geográfico conserva las morbilidades antiguas, los mapas que designan la sobremortalidad de las provincias enclavadas lo demuestran al igual que la jerarquía urbana de las tasas. No es una casualidad si las mortalidades en Quito y Guayaquil son hoy día similares en un medio ambiente distinto.

Una buena ilustración de esta configuración reticular de la mortalidad está en la diferenciación que exacerbaban las enfermedades infecciosas y parasitarias (cf. mapa 8) cuyo control clínico está justamente al alcance de los hombres, que las hace evitables, muchas veces a bajo costo. Ahora bien, esta desigualdad cuadra con las jerarquías urbanas, sigue el desarrollo de los cultivos comerciales, las rutas, las redes de informaciones. ¿El aislamiento relativo de las comunidades indígenas andinas, principalmente frente al poder estatal, no sería un elemento de las fuertes mortalidades que prevalecen,

por ejemplo, en el Chimborazo? La mortalidad amazónica ilustra también este aislamiento mortífero, muy poco atenuado por la migración temporal de los adultos menos expuestos a la muerte.

### 3.4. La Geografía de las enfermedades mortales

Las figuras 7 y 8 indican las variaciones, en el tiempo y en el espacio, de algunos grupos de enfermedades mortales (24). Los órdenes diacrónico y sincrónico están vinculados: la repartición provincial de las causas de fallecimiento dependen ampliamente de la fase de la transición vital. El predominio de las enfermedades infecciosas y parasitarias denota un retardo sanitario relativo y una mortalidad elevada; en cambio el incremento relativo de las afecciones cardio-vasculares, los tumores y los traumatismos señalan los progresos realizados por la medicina. Se observará sin embargo, pero esto será objeto de los mapas que siguen, ciertas configuraciones territoriales de la mortalidad que quedan sin cambiar, incluso reforzadas, a medida que la vida se alarga: las enfermedades respiratorias predominan en la altura y los homicidios en la Costa.

La diversidad regional más contrastada se observa para las causas no definidas (mapa 7) y se puede pensar que ellas reflejan las desigualdades de la cobertura médica de *difusión reticular*. Las tasas de todos los fallecimientos de origen incierto son muy escasas en Quito y Guayaquil (2 a 3 casos por 10.000 personas) pero están cerca de los valores de 50 por 10.000 en las provincias andinas de Cotopaxi, Bolívar, Imbabura. Las ciudades de la Sierra están más desfavorecidas (50%) que las ciudades costeñas y los campos de altura (144%). Entre

Fig. 7. Repartición de ciertos grupos de causas 1955

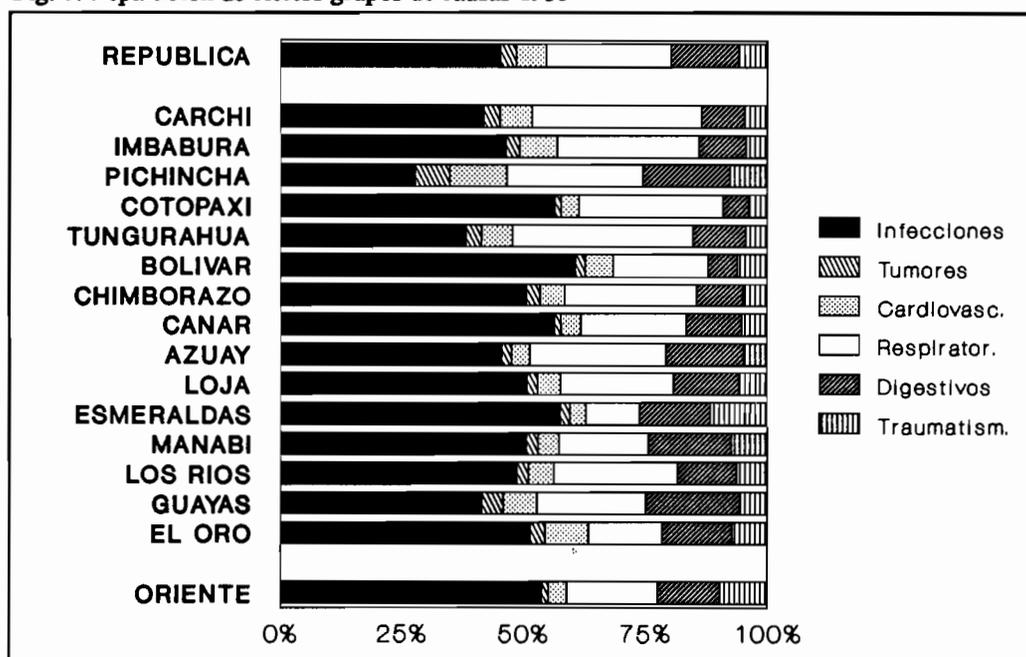
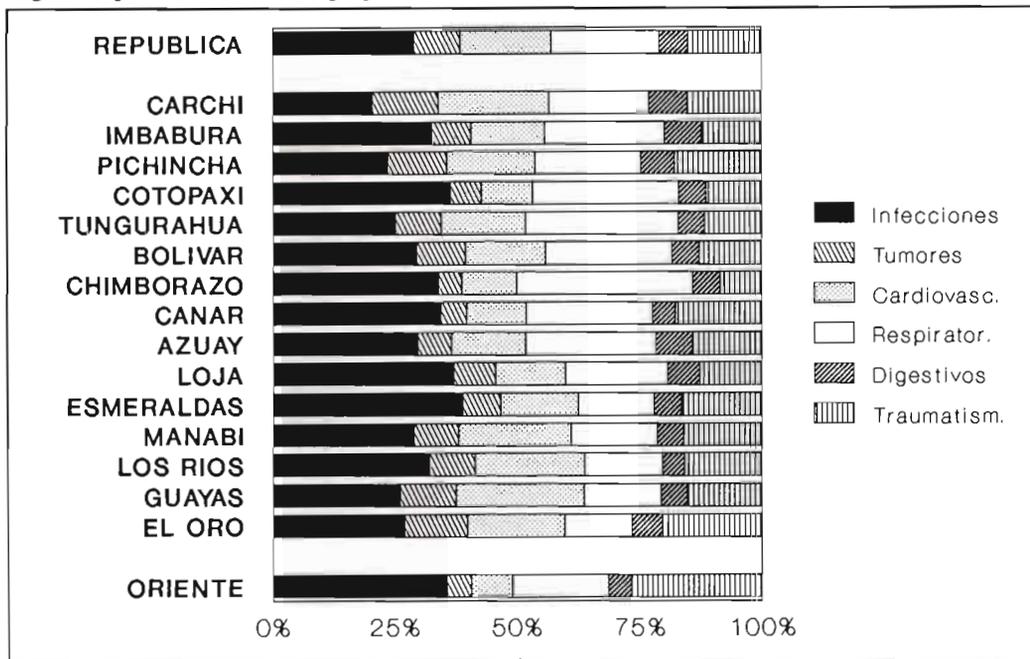


Fig. 8. Repartición de ciertos grupos de causas 1980



los centros urbanos y las zonas rurales la diferencia frecuentemente es de uno a tres o cuatro veces.

Las causas obstétricas de la mortalidad cuadran con esta configuración, ya que dependen del equipo sanitario, pero según un contraste menos marcado. Las capitales están a salvo pero no las poblaciones de fuerte fecundidad (Manabí y Loja); la Amazonía está notablemente golpeada, lo mismo que las poblaciones rurales que, en la Sierra, afrontan una mortalidad maternal doble.

El impacto de las enfermedades infecciosas y parasitarias (25) (mapa 8) tiene, para el demógrafo, valor de referencia. Por ser primera causa de muerte, su retroceso alimenta lo esencial del crecimiento numérico de las poblaciones (26), su desaparición señalará el fin de la transición vital. En 1955, ellas provocaban el 40% de las muertes comprobadas en el país, y solamente el 23% en 1980. Fuertes contrastes de un lugar a otro traducen la injusticia social de una muerte que los médicos saben evitar. Puesto que ella atañe poco a los adultos, mucho a los niños, estas tasas de mortalidad son sensibles a las modificaciones estructurales inducidas por la baja de la fecundidad. Pero las ligeras diferencias comprobadas entre la Sierra y la Costa no parecen ser imputables a variaciones estructurales.

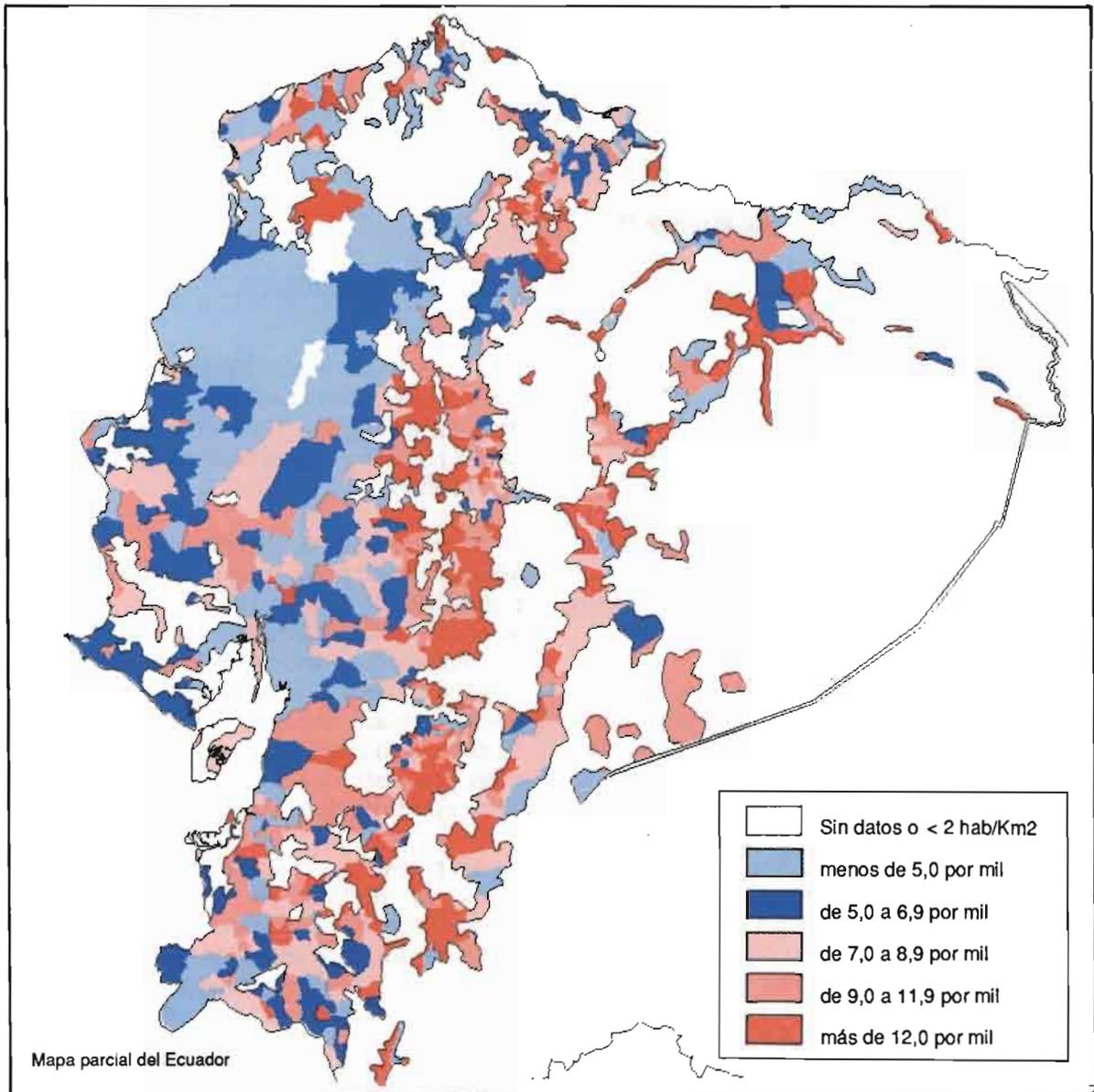
Las desigualdades se afirman con una definición más fina del espacio, en particular en la Sierra: las tasas pueden duplicarse entre las provincias de Carchi, Pichincha y las limítrofes de Imbabura, Cotopaxi, Tungurahua. La situación es mejor en el extremo Sur pero alcanza la tasa récord de 3,5 muertes por mil habitantes en Chimborazo. La incidencia de las infecciones

es débil en Manabí y en Galápagos que gozan en parte, con la provincia de El Oro, de una saludable sequedad de clima. En la Costa, el contraste se afirma entre la capital regional y la provincia más aislada del norte (Esmeraldas).

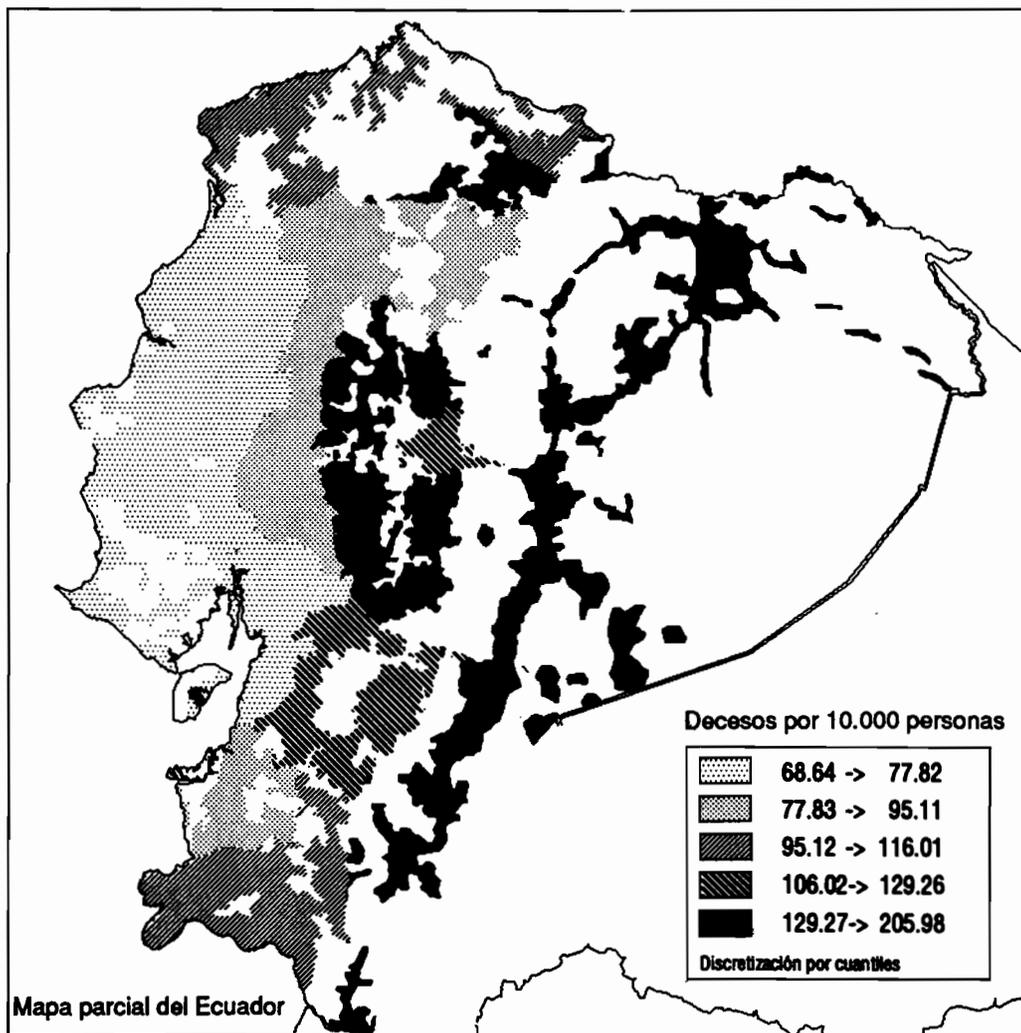
El desfase entre las ciudades y los campos es asimismo muy indicativo de una "injusticia" médica y probablemente de la desnutrición. Sin la corrección del subregistro de los campos que ampliaría las diferencias, se comprueba que la sobremortalidad rural se eleva de la mitad en los Andes, y muy particularmente en las provincias indígenas, mientras que está moderada en la Costa (de sólo 20%). Por lo que permiten juzgar las cifras, la mortalidad se acomoda a la jerarquía urbana, disminuyendo con la importancia de la ciudad (27).

Hay geografías de la enfermedad menos claras o más difíciles de interpretar, por falta de un desglose revelador o a causa de un diagnóstico erróneo. Muy raras, ciertas muertes toman un sentido incierto de una región a otra. Así los fallecimientos que llevan las señales de una deficiencia nutricional serían más raros en algunas provincias sin embargo reputadas pobres (Loja, Cañar), casi ausentes en Manabí pero numerosas en un Carchi más bien próspero, más frecuente en Pichincha que en el Guayas. Se observará que el hambre mata más en las provincias del centro de la Sierra. La distribución de las muertes que se deben a las anemias sorprende poco: menos frecuentes en las capitales regionales (zonas urbanas de las provincias de Pichincha, Azuay, Guayas) y ligeramente rurales en el conjunto del país. Estas informaciones son inconsistentes ya que los desnutridos mueren muchas veces de una patología ficticia, la que

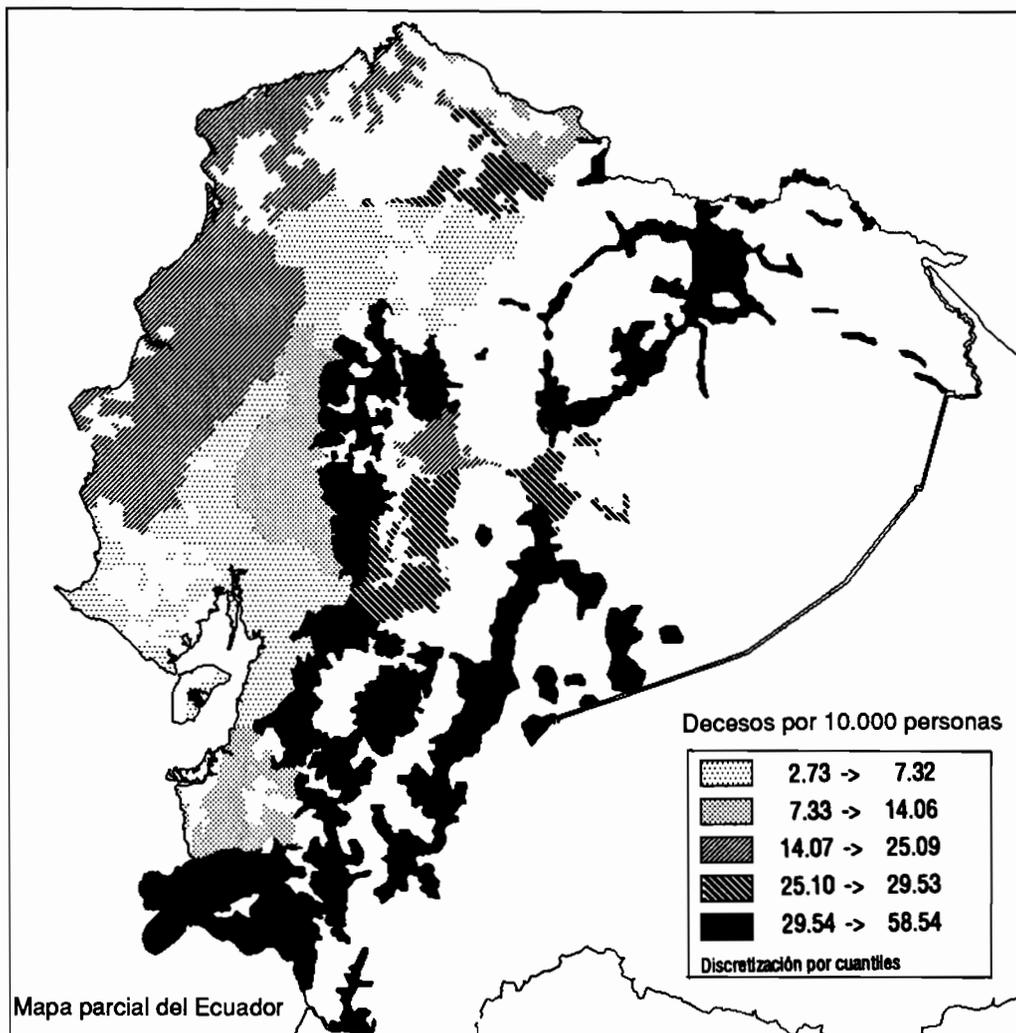
Mapa 5. Las mortalidades parroquiales (tasas de mortalidad)



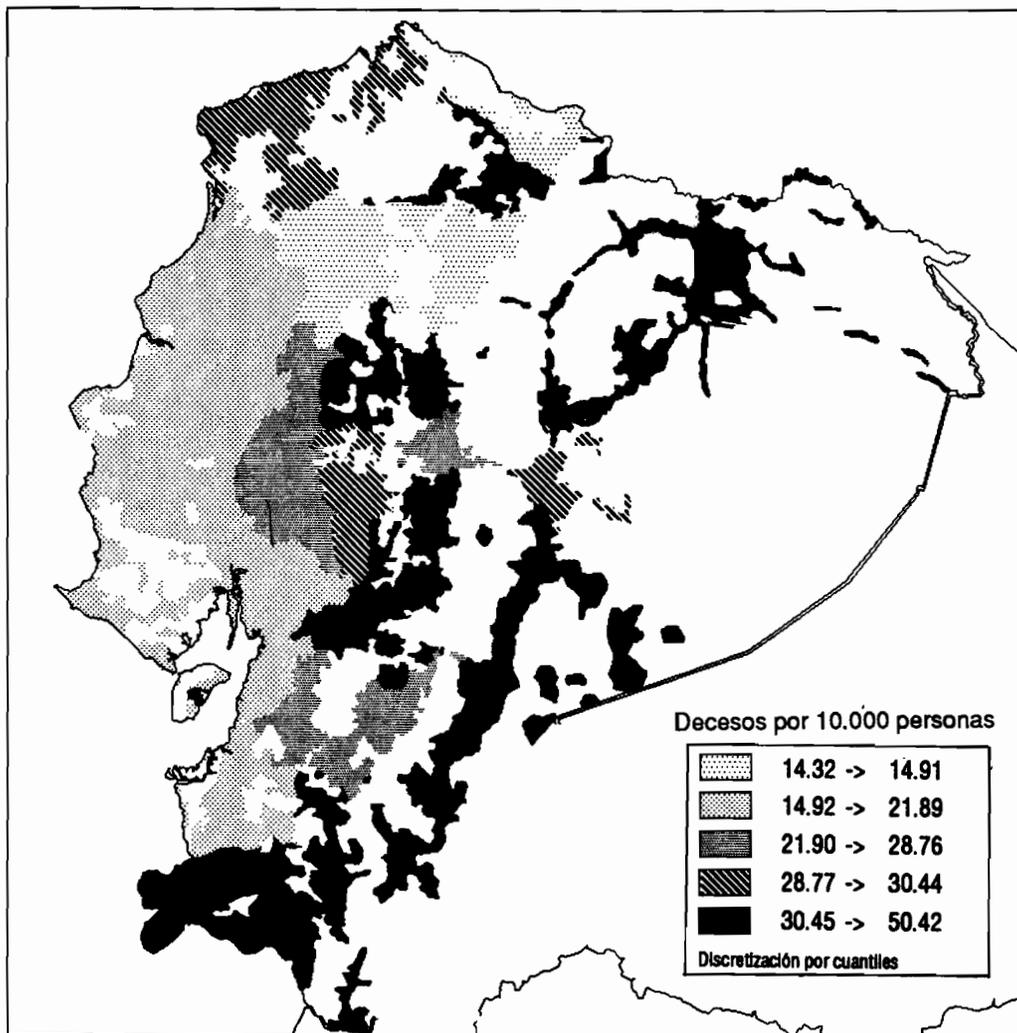
Mapa 6. Las mortalidades provinciales en 1980



Mapa 7. Mortalidad por causas no definidas



Mapa 8. Mortalidad por enfermedades infecciosas



los registros retienen. En este sentido, la complejidad de las nomenclaturas contribuye a ocultar la incidencia elevada de la desnutrición sobre la supervivencia de los niños.

Pero hay también peligros de muerte mejor comparados o cuya mala identificación oculta posibles desigualdades regionales. Las enfermedades venéreas son de éstas, parecen más mortíferas en las ciudades de ciertas provincias andinas. ¿Pero no sería esto el caso del azar? La misma observación conviene mejor todavía a las enfermedades de las glándulas endócrinas y del metabolismo, aparentemente más urbanas por más difíciles de identificar. Señalemos la igual repartición de las muertes al término de una enfermedad del sistema urinario, de una anomalía congénita (28), de una reacción anormal a un cuidado clínico, de envenenamientos accidentales. Los tumores matan con más frecuencia a los de la ciudad, sobre todo los cánceres de los órganos digestivos, respiratorios, del seno y de los huesos. La precisión del diagnóstico contribuye a este predominio, lo mismo que una mejor protección contra las enfermedades infecciosas, pero la vida urbana y la exposición a las poluciones activan los cánceres. Con todo, las cifras no son convincentes por falta de una corrección adecuada del subregistro rural: la aplicación de una tasa de cobertura general para la provincia tiende a exagerar las declaraciones urbanas más completas (29). Recordemos que la diferenciación territorial de estas enfermedades está así mismo sometida a la casualidad de los pequeños números.

Las diferencias en el espacio aparecen a veces con las migraciones de adultos que concentran los peligros de una muerte asociada a su edad. Surge una desigualdad entre la Sierra y las áreas bajas para las muertes violentas que tiene que ver con los hombres jóvenes. Ella se aplica a los suicidios, ligeramente más numerosos en las regiones costeras, y aun más en el oriente amazónico. (30) ¿Es la señal de las migraciones el hecho que el suicidio está en mayoría urbano en los Andes, rural en la Costa? Sería difícil afirmarlo, pues las excepciones existen. Las enfermedades del aparato urinario serían sensibles a este efecto estructural: se nota un ligero recargo en la Sierra, sobre todo para las regiones de fuerte emigración rural, igualmente las más pobres. Estos trastornos parecen más mortales en la ciudad donde son mejor identificados y mejor cuidados, ventaja que puede atraer a los que se enferman en el campo, e incitarlos a declarar una residencia urbana. El mismo efecto de estructura actúa sin duda para la repartición de las muertes como efecto de una enfermedad genital un poco más frecuente en la Sierra, y principalmente para las mujeres de las zonas rurales donde son mayoritarias.

Hay la fuerte presunción de sobremortalidades regionales, a pesar de la ambigüedad de las medidas. La más clara atañe a las complicaciones de las vías res-

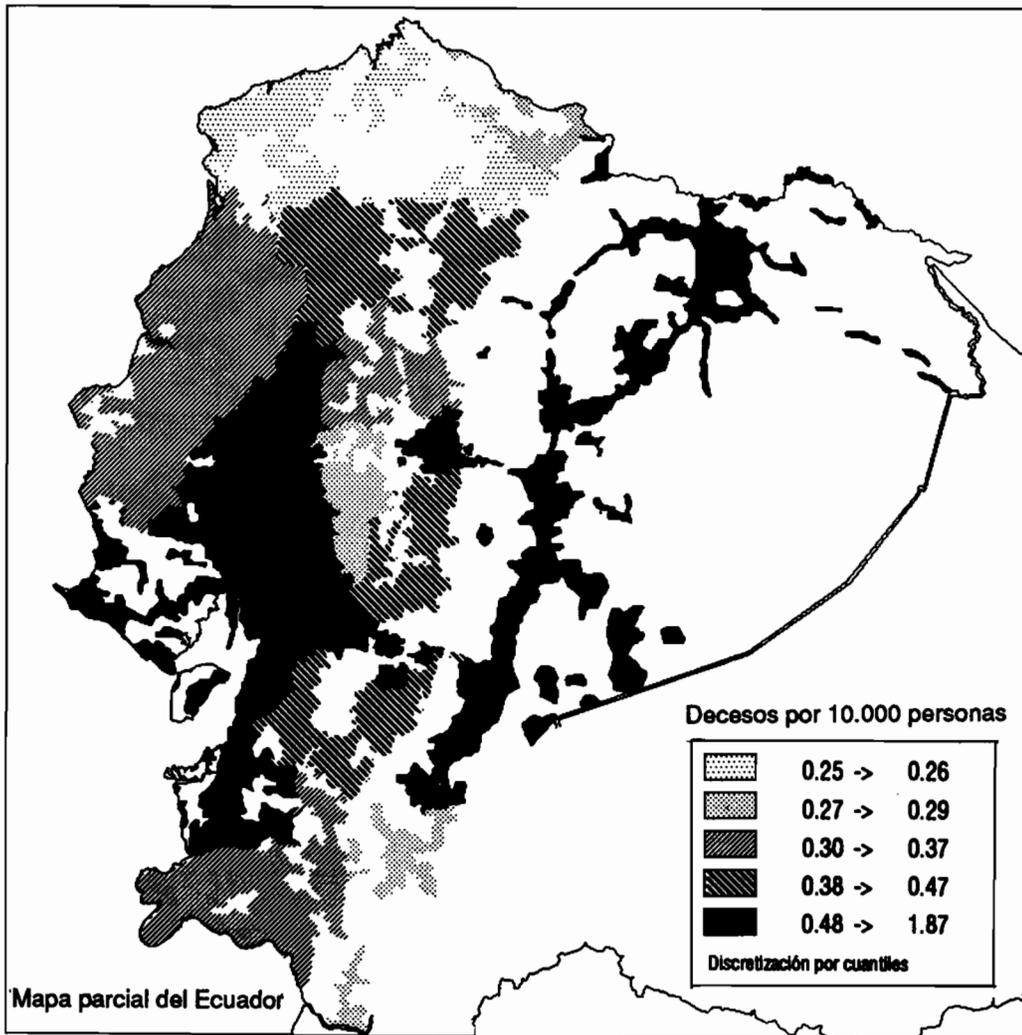
piratorias en los Andes ya observadas por (Damon, 1975; Montoya-Aguilar, 1977: 1-9) (31) y que ilustra el mapa 10. Ninguna provincia de la Costa experimenta, para este conjunto de enfermedades, un peligro superior a la menos afectada de las regiones de la Sierra. Notamos que la parte baja de Bolívar modera talvez la incidencia de estas afecciones, el clima seco de Loja, la relativa prosperidad económica del Carchi y de Pichincha igualmente. Las regiones indígenas (Imbabura, Cotopaxi, Chimborazo...) son las más afectadas, como la provincia costera de Los Ríos que recibe un fuerte contingente de migrantes andinos. El campo de Chimborazo bate un deplorable récord: la mortalidad debida a las infecciones de las vías respiratorias alcanzaría, hacia 1980, una tasa de nueve por mil o sea la mortalidad global del país en la misma época.

El detalle de las enfermedades respiratorias adolece de la imprecisión de los diagnósticos pero no invalida la geografía de esta mortalidad. La sobremortalidad andina es sin embargo modesta para la tuberculosis, en 15% superior con relación a la Costa, muy clara en cambio en las partes bajas amazónicas (cerca del 50%), particularmente mortífera en Cotopaxi, Chimborazo. Ella se despliega igualmente hacia las zonas de El Oro y Los Ríos de inmigración andina. Muy débil en Manabí, en disminución en Loja, esta afección inscribe en el espacio sus preferencias climáticas. Cuando están bien identificadas, las bronquitis y neumonías confirman un muy fuerte predominio andino, de casi el doble de las tasas observadas en la Costa, con una concentración siempre muy fuerte en Chimborazo. Esta configuración provincial y la sobremortalidad de los campos parecen designar el blanco indígena de estas perturbaciones. La observación de las ciudades y de los campos revela un fenómeno raro: la tuberculosis, como la mayoría de las enfermedades respiratorias, sería sobre todo rural en la Sierra pero urbana en las partes bajas. ¿Es un asunto de medida o de contagio de origen migratorio?

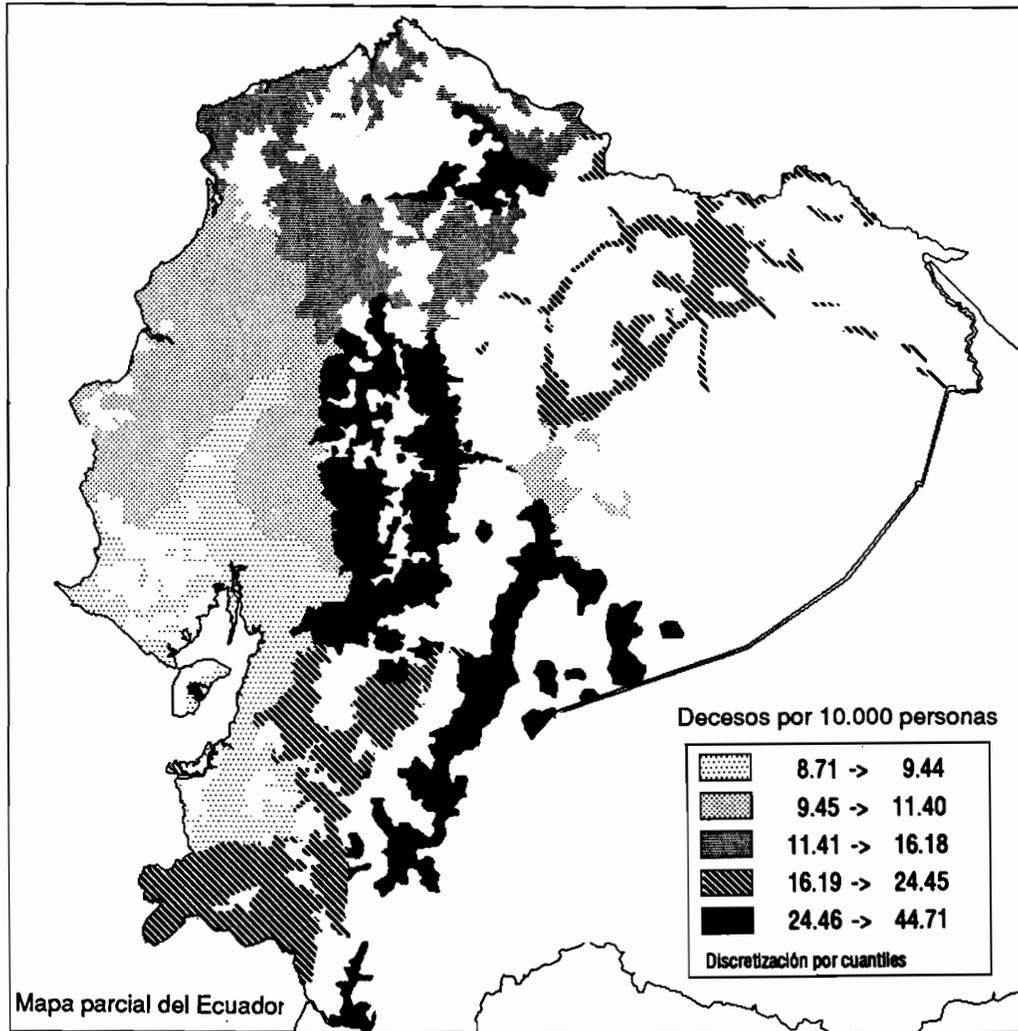
Las enfermedades víricas, compuestas en más del 85% por el sarampión, son muy mortíferas en las regiones andinas y orientales (mapa 11). ¿Se trata de una desventaja natural, de una negligencia culpable para la higiene de los niños o más simplemente de una funesta deficiencia de la alimentación (los desnutridos son particularmente frágiles ante esta enfermedad) y de las intervenciones sanitarias, principalmente de las vacunaciones? Las ciudades de la Sierra se ven dos veces más afectadas que las de la Costa pero los campos seis veces más. Esta desventaja está presente para el conjunto de las enfermedades infecciosas o contagiosas, incluso las mal definidas. Ellas contabilizan cerca del doble de las muertes en la altura, cinco veces más en el Oriente. Esta sobremortalidad no podría resultar de un efecto de estructura porque golpea en su mayoría a los niños.

Se manifiestan otras singularidades de la mortalidad

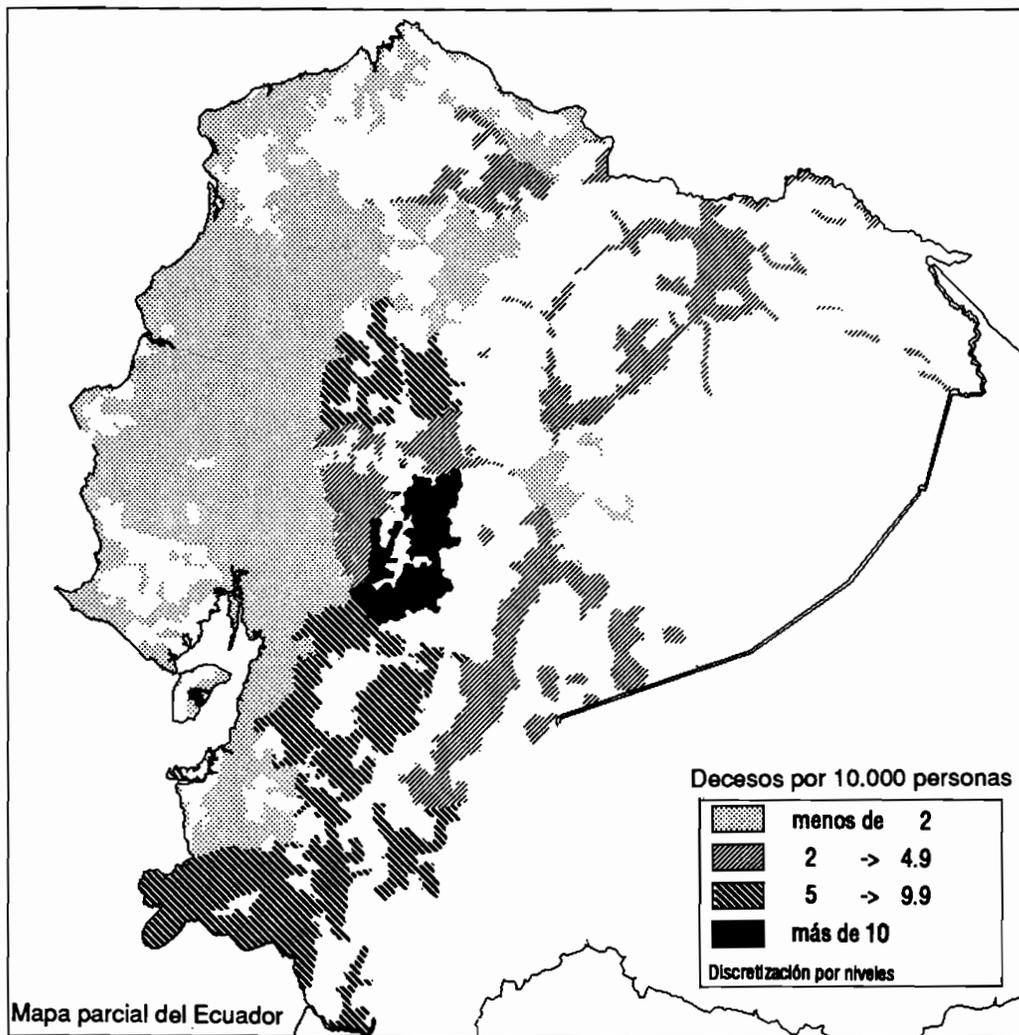
Mapa 9. Mortalidad por suicidio



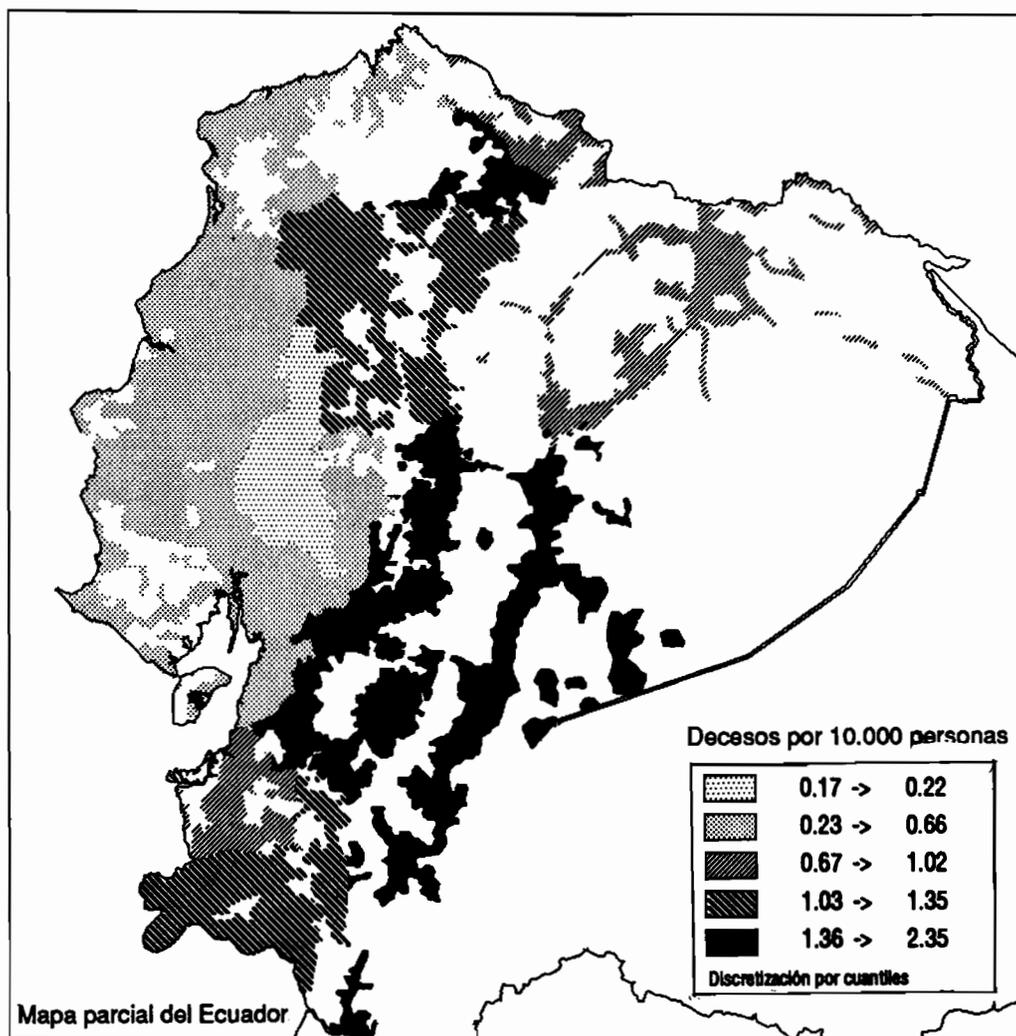
Mapa 10. Mortalidad por enfermedades respiratorias



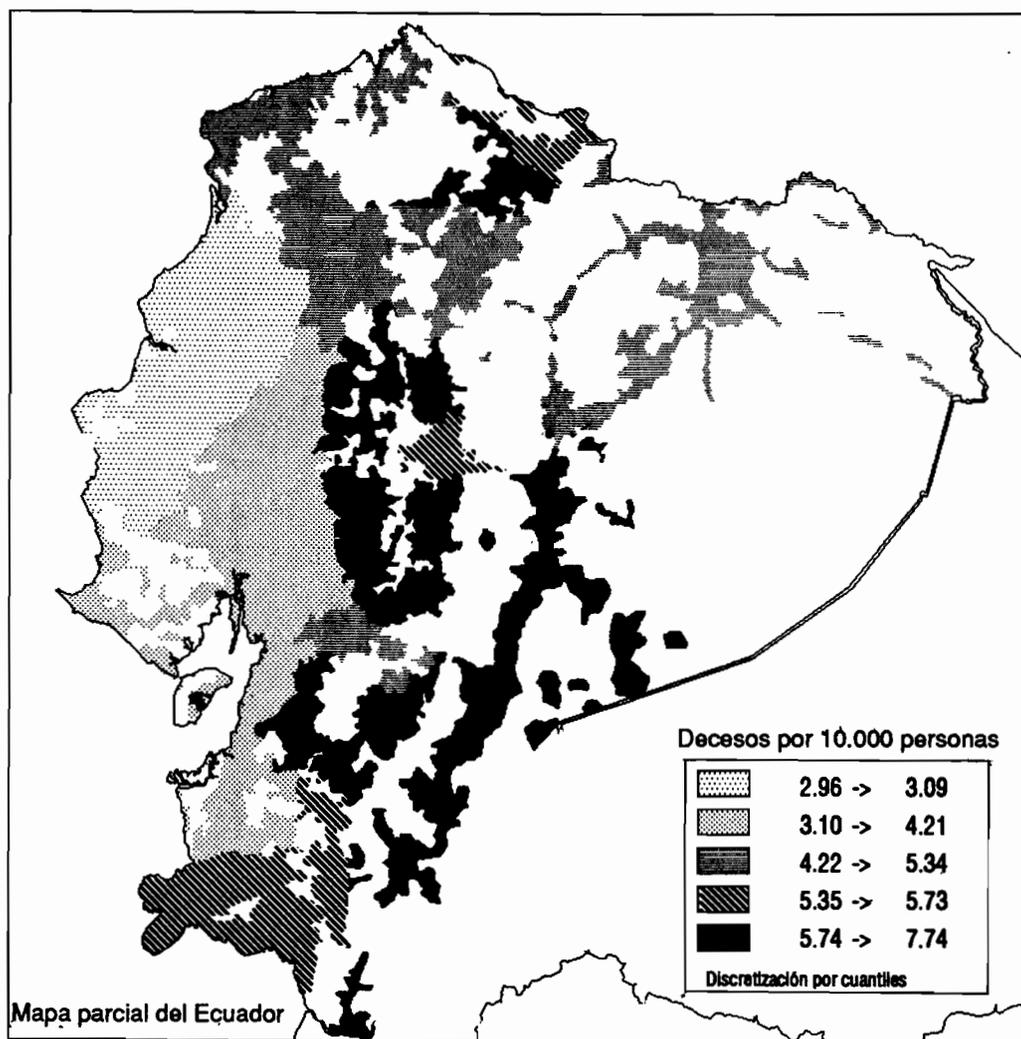
Mapa 11. Mortalidad por enfermedades víricas



Mapa 12. Mortalidad por trastornos mentales



Mapa 13. Mortalidad por enfermedades del aparato digestivo



andina: los trastornos mentales (mapa 12) y las enfermedades del aparato digestivo (mapa 13) serían ahí más mortíferos. La comparación podría parecer incongruente si no designará un denominador común, el alcoholismo, cuya responsabilidad no está establecida con precisión, ni es total, sino sugerida por la convergencia de algunos indicios. El número superior de difuntos que han presentado un trastorno mental es ahí pasmoso, más de cinco veces superior al de la Costa, más marcado todavía en el Oriente, mientras que las desapariciones provocadas por una enfermedad del sistema nervioso son perfectamente regulares de un lugar a otro, un poco más escasas en zona rural (32). Esta sobremortalidad es rural a causa de las provincias de Imbabura, del Chimborazo y del Tungurahua. Ahora bien una cuarta parte de estas muertes de origen mental se atribuye al síndrome de dependencia alcohólica, el resto es discretamente indefinido. Las enfermedades mortales del aparato digestivo son por cierto diversas (apendicitis, úlceras, oclusiones intestinales) pero las cirrosis son numerosas como las causas no o mal definidas. Estas enfermedades matan más en la Sierra (60% de muertes suplementarias) y en la Amazonía por falta de cuidados como lo sugiere su menor incidencia en las provincias del Guayas y de Pichincha pero talvez por el hecho del alcoholismo.

Las sobremortalidades costeñas son menos frecuentes y contrastadas. Algunas se derivan en parte del envejecimiento normal de las poblaciones cuya transición vital fue más vigorosa hasta 1980. Este efecto de estructura no explica que las enfermedades cerebrovasculares sean en un 30% más mortales en la Costa y en 50% en las ciudades. Las tasas imputables a estas enfermedades se destacan en las provincias del Carchi y de Loja, así como en la totalidad de las provincias de la Costa, menos Esmeraldas. Las muertes causadas por la hipertensión no son muy frecuentes pero un poco más numerosas en la Costa, mucho más en las ciudades (cerca del doble). La región de Guayaquil está a la cabeza para estas causas. Finalmente las enfermedades isquémicas del corazón (mapa 14) provocan una clara sobremortalidad en la Costa, en las provincias de las grandes capitales (incluida Azuay), en el Carchi y en las ciudades. Sin embargo podemos dudar que una esperanza de vida de tres a cuatro años más prolongada en las áreas bajas hacia 1980 pueda explicar esta diferencia. El impacto de las enfermedades de la hipertensión en la provincia del Guayas supone, quizás, ciertos modos de vida o costumbres dietéticas nefastas.

Los costeños estarían tres veces más amenazados por los homicidios que los serranos, proporción que comprende las consecuencias de lesiones causadas intencionalmente. La tasa de estas muertes criminales se elevaría en la Amazonía. Las diferencias provinciales no son sin embargo significativas ya que la medida se refiere a un pequeño número de casos. Los homicidios

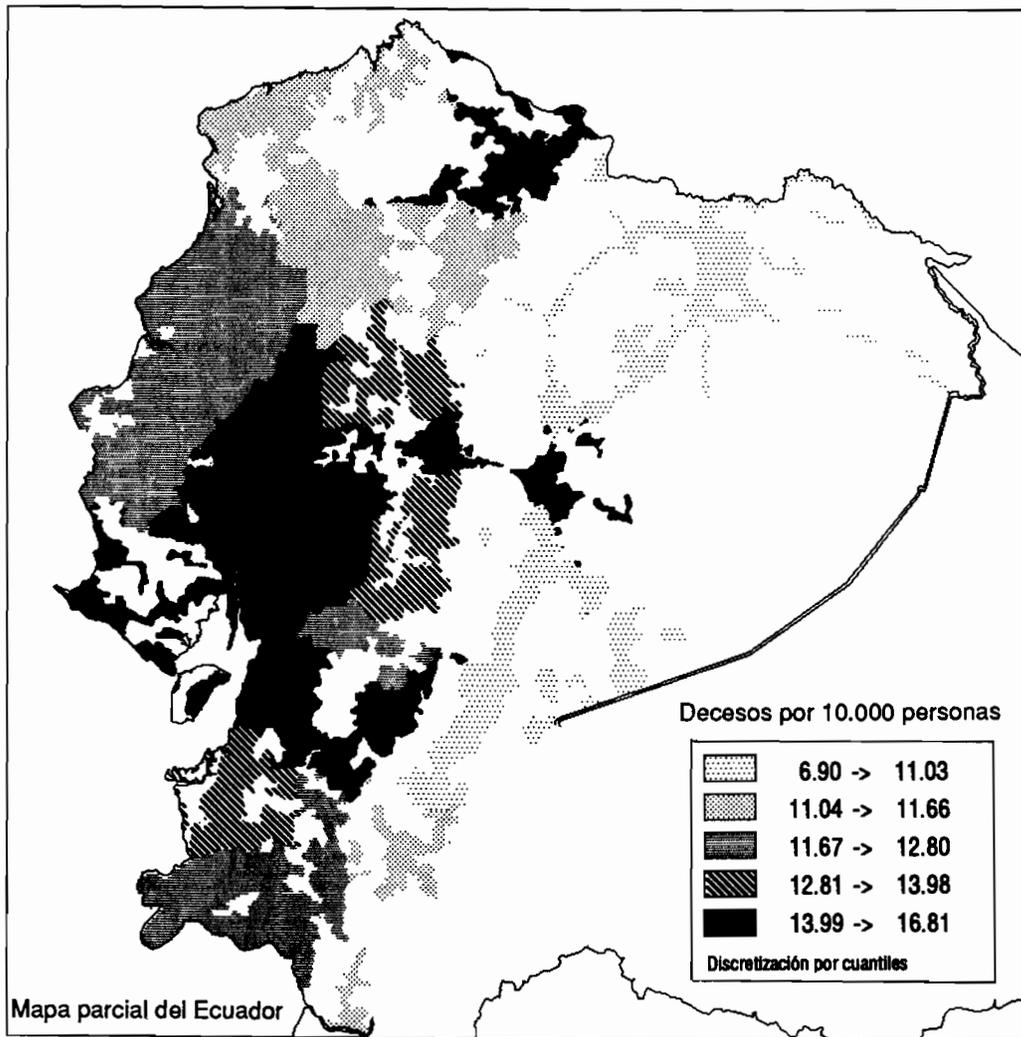
se reparten bastante bien entre zonas rurales y urbanas salvo en las capitales regionales, ligeramente más peligrosas que los campos que las rodean. Esta sobremortalidad es el hecho de los hombres, que son igualmente sus víctimas, cuyo número es alimentado por la inmigración (33); la deformación de las tasas es, pues, sólo en parte estructural. La sensible sobremortalidad por suicidio igualmente observada en las regiones occidentales y orientales puede ser imputada a esta distorsión de la pirámide de las edades.

En cambio, los accidentes de transporte, más mortales que los crímenes, provocan más víctimas en la Sierra: las rutas montañosas siendo más peligrosas, en cerca del 40%, y las pistas amazónicas todavía peores (con las reservas habituales en las cifras). Con raras excepciones, las ciudades acentúan esta causa de mortalidad, muy particularmente en la Sierra. Pero estas estadísticas no abarcan el lugar del accidente sino de la residencia de los accidentados, pues los ciudadanos circulan más.

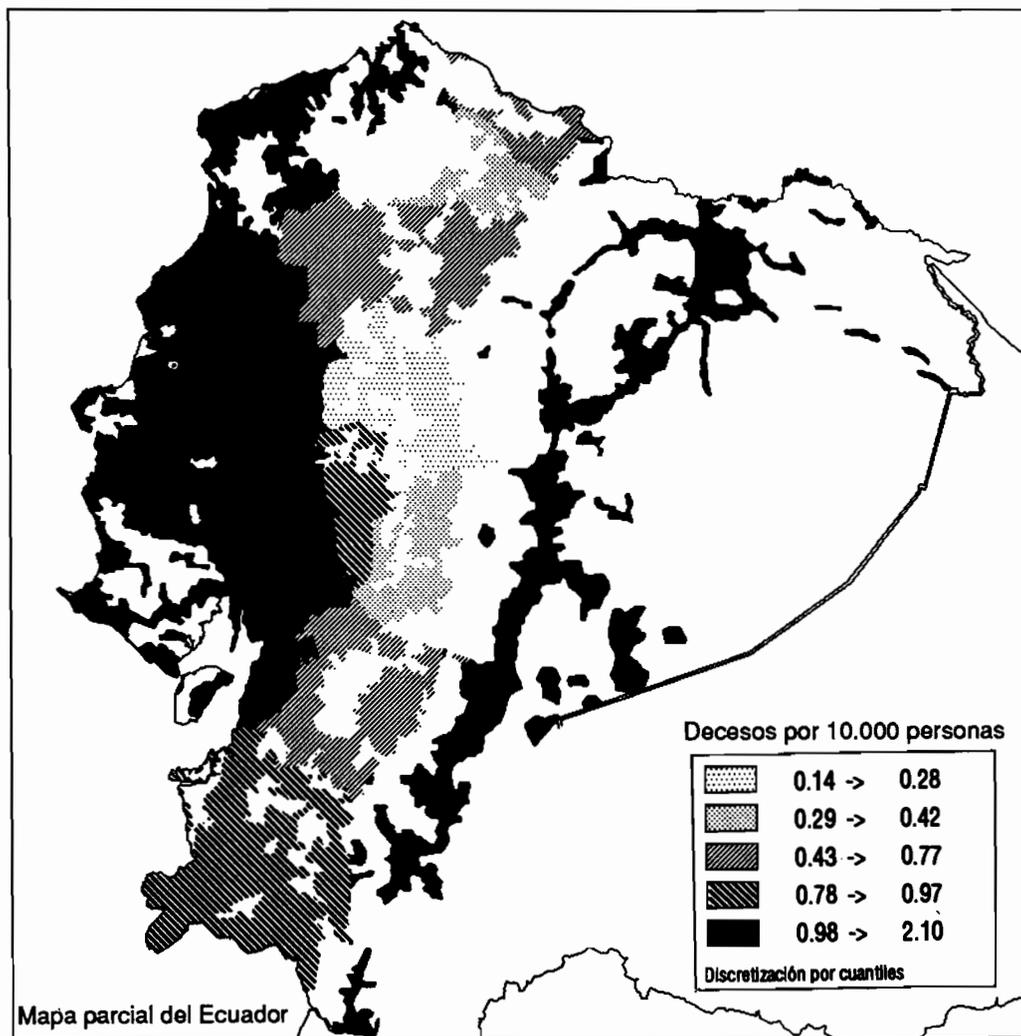
### 3.5. Una desigualdad reticular: el lugar de residencia

¿La más aparente de las desigualdades no estaría entre las ciudades mejor provistas de médicos y centros de salud, y los campos que las políticas sanitarias han descuidado hasta 1972?. Las cifras no son sólidas y no existe ley universal en la materia. Las ciudades industriales de Europa y América del último siglo eran notoriamente más insalubres, sobremortalidades de veinticinco por ciento no eran raras (UNITED NATIONS 1978 b: 140). Hoy día, en los países industrializados en final de transición vital, las gentes de las ciudades y de los campos están en pie de igualdad. En cambio, una residencia rural en América Latina, como en Africa, implica una vida más corta (Ibid.); los ciudadanos, más acomodados y mejor educados, estarían más sensibilizados a los imperativos de la medicina preventiva. Aunque el hacinamiento y la higiene deplorable de los tugurios constituyen una desventaja para sus residentes. Se ha obtenido del INEC la clasificación de las mortalidades provinciales según la edad (a fin de corregir la mala cobertura) y la zona de residencia para los años 1977 a 1980. Globalmente y sin ajuste, esas cifras destacan una sobremortalidad de los rurales del orden del 15% que sube a 30% en la Sierra. Pero estas estadísticas son sospechosas hasta el punto de que la sobremortalidad se invierte y se vuelve urbana en las regiones de cobertura estadística imperfecta, en las zonas costeñas y amazónicas (34). La distorsión es igualmente estructural en la medida en que las zonas rurales liberan a los adultos menos expuestos que los ancianos y los niños que emigran poco. Así, al calcular las tasas de mortalidad general sobre la base de la estructura-tipo de una población de referencia, del país por ejemplo, la sobremortalidad aparente de los campos del país baja entonces al 2%, la de la Sierra al 14%.

Mapa 14. Mortalidad según las enfermedades cardio-vasculares



Mapa 15. Mortalidad por homicidio



A pesar de estas incertidumbres sobre su amplitud, el fenómeno no puede ser puesto en duda porque se manifiesta no obstante la pésima calidad de los registros rurales del estado civil que tiende a esfumar las diferencias. Para juzgar de esto, se aplicó el método de ajuste de Preston y Coale (1986); pero el éxodo rural masivo hacia las capitales regionales, lo mismo que las confusiones señaladas en las poblaciones de hecho y de derecho, hacen aproximadas estas correcciones (35). Después del ajuste del subregistro y del efecto estructural, las tasas sugieren una sobremortalidad de los rurales del orden del 30% para el conjunto del país, de cerca del 50% en los Andes, llegando hasta el 80% en las provincias centrales del Chimborazo, Tungurahua y Cotopaxi. En cambio, las capitales regionales (Cuenca, Quito, Guayaquil) favorecerían los campos circundantes (36) cuya sobremortalidad no supera el 25%. Esta cuarta parte de muertes suplementarias se encuentra igualmente en la Costa, en su conjunto, donde los riesgos asociados a una residencia rural serían no solamente más escasos sino que también estarían mejor repartidos. Esta misma configuración entre las ciudades y los campos se perfilaría en la Amazonía pero para una mortalidad de más del doble en los dos casos. Según las estadísticas, la dispersión de las mortalidades urbanas sería menor, y las diferencias entre zonas rurales más marcadas. He aquí que confirmaría la tendencia a la homogeneidad y a la sincronía del espacio reticular.

#### 4. LA MORTALIDAD DE LOS NIÑOS

La permanencia de una mortalidad infantil elevada durante la transición vital caracteriza a la América Latina y castiga a los niños ecuatorianos cuya vulnerabilidad particular comprobaremos. Las descripciones dejarán ver cómo reacciona su supervivencia a estímulos más complejos y amplios que la de los adultos, con la cual está débilmente correlacionada.

Conjuntamente, se deplorará la ineptitud de las estadísticas vitales y de los censos para extraer los efectos respectivos de la infección y de la desnutrición, del impacto del medio físico, de las formas de desarrollo económico. Con todo, se considera la mortalidad infanto-juvenil ser de fácil estimación por el gran número de fallecimientos y por los métodos elaborados por Brass (1974) y Trussell (1975). Este optimismo es abusivo en muchas situaciones, principalmente en las subpoblaciones regionales o categoriales para las cuales estos métodos no se aplican sino imperfectamente. Numerosos sesgos estadísticos ocultan también las desigualdades de una evolución globalmente favorable. De hecho, la medida, y sobre todo la causalidad de la mortalidad de los niños, están mejor detalladas por las encuestas especializadas aptas para controlar los principales errores de la información e ideadas para integrar las variables que se suponen activas. No se mantendrán sino las informaciones censales y estadísticas vitales

que completan los resultados de estas encuestas (37).

##### 4.1. Una medida incierta

Las estadísticas vitales son muy particularmente incompletas para los fallecimientos que sobrevienen poco después del nacimiento, antes de que éste sea declarado. Una negligencia que señala cuanto el reconocimiento social del niño no se consolida sino pasados los riesgos de la niñez temprana. La cobertura de los registros se beneficia seguramente de la asistencia médica u hospitalaria. Sabemos que las técnicas clásicas de ajuste (38) son aquí impotentes por estar fundadas sobre una integridad invariable del registro del estado civil de una edad a otra. Además, las tablas-tipo de mortalidad utilizadas, fundadas en estructuras medianas, no dan cuenta de las situaciones de sobremortalidades singulares, andinas o amazónicas, donde la conformidad con la mortalidad continental no es obvia. Las atípicas comprobadas y estudiadas en el capítulo siguiente matizarán las cifras aquí presentadas.

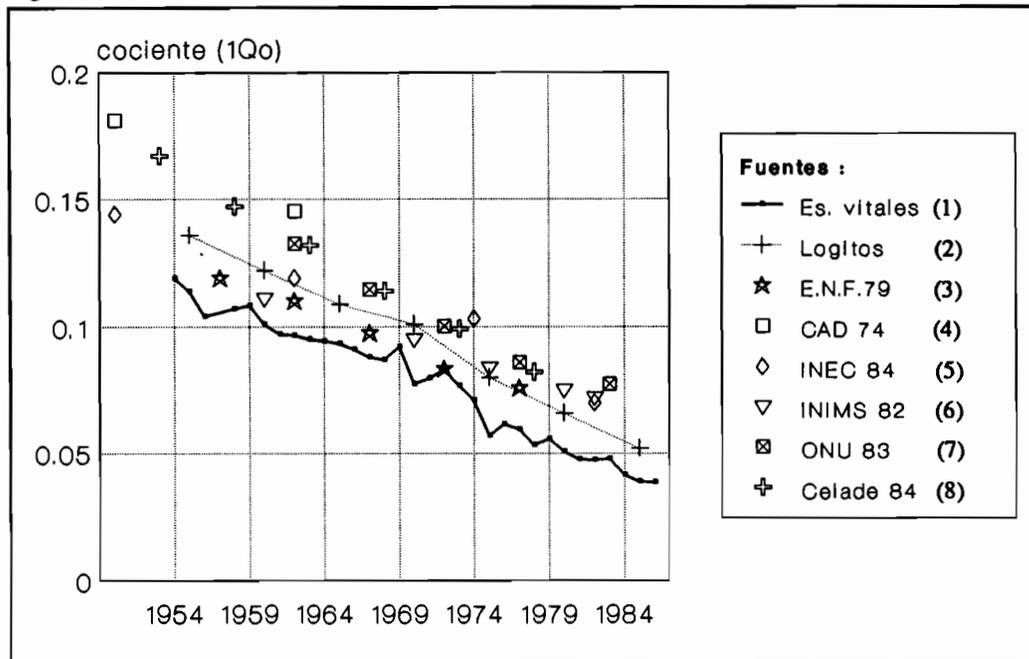
Los datos del censo ofrecen la posibilidad de una sólida estimación de la mortalidad infantil por medio de los informes sobre la supervivencia de los niños nacidos el año que precede al censo; sólo el de 1982 proporciona esta información. Pero su explotación produce, por una razón no aclarada, resultados erróneos, en todo caso incompatibles con las otras medidas y ciertas leyes universales (39).

Las estimaciones fundadas en la repartición de los niños sobrevivientes según la edad de la madre dan resultados cercanos a las estadísticas vitales, aunque imperfectas. Esta medida indirecta es en efecto sensible a los errores en la declaración de las edades, y a las variaciones recientes de la fecundidad pero sobre todo a las omisiones de fallecimientos precoces. Se la utiliza frecuentemente en la evaluación de las mortalidades diferenciales por esta ventaja: no depender del empadronamiento de las poblaciones de referencia (40). A su crédito, conviene añadir que la información censal sobre la supervivencia de los niños nacidos vivos se distribuye según diversas variables de un interés analítico cierto, ausentes de los registros del estado civil.

##### 4.2. La tendencia general

Está permitida la duda sobre los niveles antiguos de la mortalidad infantil (41), pero la incertidumbre no altera sino muy poco la medida de un descenso amplio e indiscutible. La figura 9 esboza la tendencia de esta evolución sobre la base de diversas estimaciones encontradas. La prudencia es de rigor dada la importancia de las diferencias pero no un pesimismo excesivo: se observará que nuestros ajustes y la Encuesta Nacional de Fecundidad coinciden hacia 1975, y los primeros parecen mejores para las estimaciones antiguas.

Fig. 9. Diversas estimaciones de la mortalidad infantil



## Referencias:

- (1) Nacimientos y muertes observados. INEC (43)
- (2) Tasas de mortalidad infantil corregidas (método de los loglitos) (Delaunay, 1988 b.: 49)
- (3) Encuesta Nacional de Fecundidad 1984 (INEC, 1984 a)
- (4) CAD/JUNAPLA 1974
- (5) INEC 1984 b
- (6) INIMS 1984
- (7) UNITED NATIONS 1983 b
- (8) CELADE 1984 (44)

Los valores ajustados sugieren un retroceso favorable—la mortalidad de los niños de menos de un año se ha reducido en la mitad en el lapso de treinta y cinco años—. Pero también se puede deplorar el relajamiento de un esfuerzo iniciado en los años setenta que habría permitido cubrir el retardo del Ecuador con respecto al continente. La declinación observada de la mortalidad en 1972-1975 daba, en efecto, un estímulo sólido en favor de una política sanitaria.

La amplitud de la evolución es, conforme a los contrastes latinoamericanos, una diferenciación extrema para los niños de uno a cuatro años, una vez eliminada la mortalidad endógena. Según los datos (42) representados en las figuras 10 y 11, que muestran la monstruosa desigualdad de los niños ante la muerte, el riesgo en estas edades varía de uno a veinte aproximadamente entre el Uruguay y Bolivia y esta relación se mantiene, hasta el presente, más bien estable.

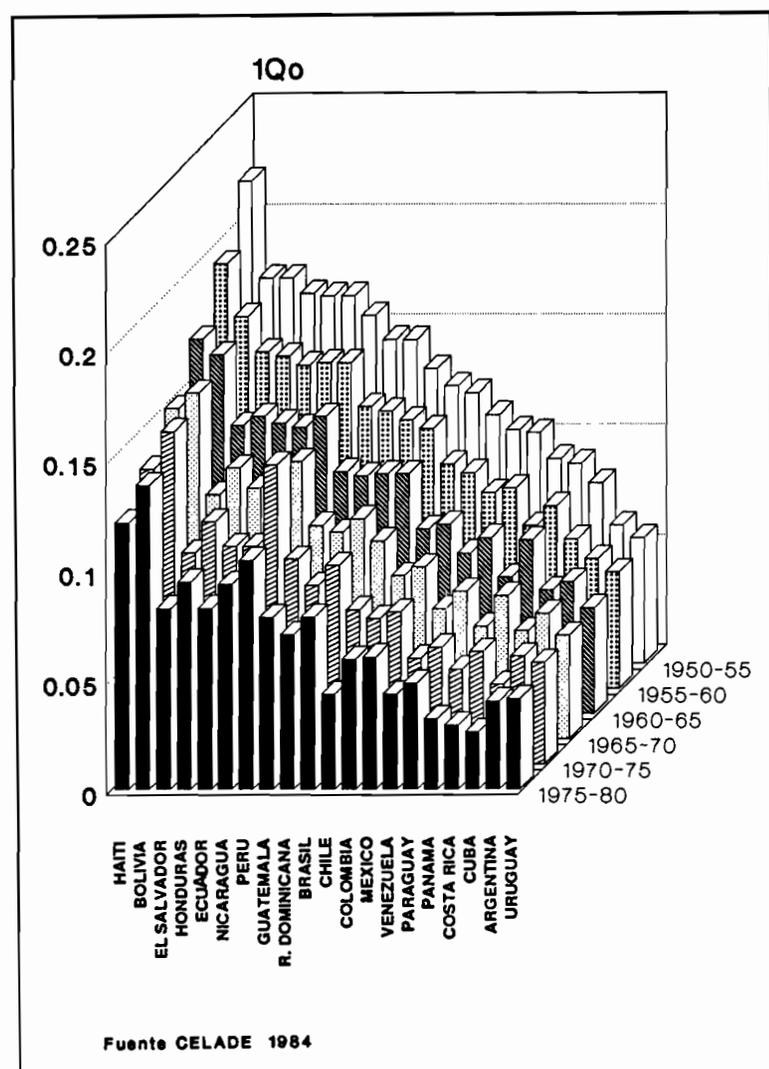
Cuba o Costa Rica con tasas del veinte por mil son aquí ejemplares en la eficacia de los cuidados generalizados. Por el contrario, las poblaciones de Haití, El Salvador, Honduras, Nicaragua, sufren una fuerte desventaja económica y social. Ambos casos tienen evidentes connotaciones políticas. Conviene señalar, a

propósito de las comparaciones dentro del continente, el peso del medio andino sobre las fuertes mortalidades infantiles de Bolivia (124 por mil nacimientos) y del Perú (81,9 por mil), país que está justamente por encima del Ecuador en la graduación sudamericana de los años 80-85 (45).

Es verdad que los valores ajustados esfuman las variaciones de lapsos cortos. Las series estadísticas brutas de la mortalidad de los niños (fig. 12 y 13) revelan períodos de casi estancamiento, o de recrudescencia, entrecortados por progresos rápidos. Su interpretación sin embargo sigue siendo incierta cuando baja la mortalidad de los niños. Las ambigüedades de la lectura persisten en las regiones cuyas mortalidades elevadas tienen oscilaciones amplias de un año sobre otro.

El casi estancamiento de la mortalidad infantil durante todos los años sesenta sería, según las cifras corregidas, sobre todo un fenómeno andino, mientras el retroceso es más regular y rápido en la Costa. La Sierra presenta una ligera recrudescencia del peligro soportado por los niños entre uno y cuatro años durante una docena de años (1961-72), estas mismas tasas observadas se mantienen constantes en la Costa pero a un nivel aparentemente más débil. La ruptura de 1972-75 sigue

Fig. 10. La mortalidad de los niños latinoamericanos



la explotación petrolera y un esfuerzo sanitario acrecentado cuya incidencia benéfica se nota en las estadísticas andinas y costeñas. Tal vez en virtud de un retardo antiguo, el movimiento en favor de los niños de los Andes continúa después de 1975 mientras que en la Costa el retroceso sigue siendo muy modesto después de 1978. En la corta recuperación de 1982-83 se podría ver la marca de los accidentes climáticos del comienzo del decenio. Los datos orientales, no representados aquí por ser excesivamente defectuosos, conservan un nivel constante hasta 1972 con amplias variaciones anuales de naturaleza probablemente epidémica. La disminución de las tasas no es sensible sino después de esta fecha en que, a pesar de ciertos accidentes (1977), se estabilizan sus oscilaciones.

Conviene destacar esta injusticia de la sociedad con los niños por una última comparación continental. Según las estadísticas compiladas por la Organización Panamericana de la Salud, las tasas de la mortalidad juvenil (de uno a cuatro años) en el Ecuador superarían de lejos las de los países sudamericanos más desprotegidos

(46) con exclusión de Bolivia. En torno a 1980, esta tasa duplica el nivel observado en los países vecinos del Perú y de Colombia, y decuplica la tasa cubana. Pero no todas las fuentes concuerdan, principalmente las del CELADE (47).

#### 4.3. Las causas inmediatas de la muerte de los niños

Las estadísticas por causas confirman la especificidad de los peligros en que incurren los niños de cero a nueve años (cuadro 2) (48).

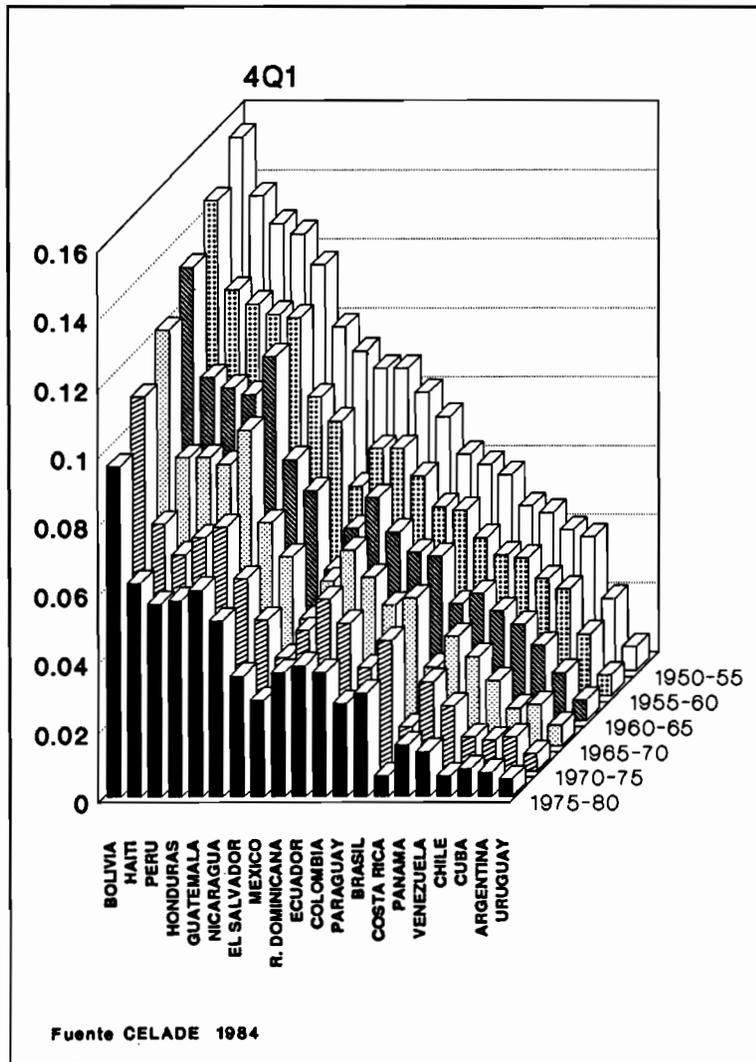
La mortalidad postneonatal se debe principalmente a las infecciones intestinales y de las vías respiratorias que representan respectivamente el 36% y 35% de las muertes entre uno y once meses en 1980. Esta repartición se modifica poco hasta el quinto aniversario. Su importancia relativa parece haber aumentado ligeramente pero las comparaciones temporales precisas resultan invalidadas por la masa moviediza de las causas no definidas y de las declaraciones no certificadas o dudosas. Las enfermedades víricas, entre ellas el sarampión, golpean tanto a los recién nacidos, como a los niños, atenuándose su incidencia después de los cinco años. Señalemos así mismo los accidentes, principalmente por el fuego, frecuentes en estas edades. Es lamentable el no poder

juzgar de la configuración espacial de estas causas, no lo permiten las estadísticas. Se puede sin embargo tener una idea de ellas al observar la geografía de las enfermedades reconocidas como muy mortíferas para los niños. Se establecería ciertamente el predominio de las afecciones respiratorias en los Andes, y en particular en las regiones rurales de la Sierra central.

#### 4.4. Las variaciones provinciales de la mortalidad infantil

En la Amazonía donde las medidas no son seguras, los valores provinciales fueron ignorados en beneficio de la región entera que tampoco está exenta de incoherencias. Los valores antiguos de las provincias mal cubiertas por los registros (Esmeraldas, Loja...) son inciertos, su evolución debe ser interpretada con precaución. Hay que añadir a esto que las fronteras provinciales aislan mal los factores naturales o económicos cuya pertinencia se sospecha. La provincia es en sí una muestra de casi todas las diferencias y la dosificación entre las ciudades y los campos, los ricos y los pobres...

Fig. 11. El contexto continental de la mortalidad juvenil



varía ahí en proporciones matizadas (49). Está por tanto excluido reconocer la graduación precisa de la mortalidad de los niños de un lugar a otro. A lo más se pueden extrapolar ciertas diferencias (hasta el doble entre las provincias contiguas de Pichincha y Cotopaxi) para convencerse de sobremortalidades excesivas en ciertas poblaciones localizadas (cuadro 3) (50).

#### 4.4.1. Calendario del retroceso de la mortalidad infantil

El calendario de la transición vital para los niños no es uniforme en todas las regiones del país. Los progresos son menos regulares en la Sierra donde la pausa de los años sesenta acompaña la reducción de la fecundidad, en el momento en que se inician las reformas agrarias.

Consideramos las estadísticas vitales no corregidas (51) cuyos valores regionales están representados en las figuras 12 y 13 (52). Una fuerte mortalidad está asociada a amplias oscilaciones de un año a otro, al azar de las epidemias. La presencia de éstas es obvia en Cotopaxi,

Tungurahúa, Bolívar, Chimborazo y desde luego en el Oriente amazónico. La regularidad, en cambio, caracteriza Pichincha (aún más que el Guayas) y sobre todo Manabí. Es frecuente que las fluctuaciones amplias acompañan las disminuciones rápidas. Entre los accidentes más destacados, se observará la fecha de 1972 en el norte (Imbabura, Esmeraldas y de manera más atenuada en el Carchi), 1967-1968 en Bolívar, Cañar, Azuay y 1969 en la provincia de Loja afectada por la sequía. Manabí y El Oro, provincias parcialmente compuestas de zonas áridas, se señalan también por una clara sobremortalidad de los niños en este año.

En las regiones andinas indígenas, en donde los niños se hallan expuestos a un peligro anormal e irregular, el ritmo lento de la disminución se modifica favorablemente al comienzo de los años setenta. Los progresos se hacen más rápidos desde esta fecha pero las epidemias siempre mortíferas se manifiestan todavía por amplias variaciones anuales. Esta evolución es común a toda la Sierra central y septentrional. La provincia de Pichincha presenta una recrudescencia de la mortalidad de los niños de 1967 a 1972, y hasta 1970 para los recién nacidos. Es probable que las olas de inmigraciones hacia la capital y la región de Santo Domingo hayan contribuido a esta regresión, lo mismo que a

una posible mejoría de los registros. Las epidemias son ahí siempre mejor controladas. En la Sierra meridional la evolución sigue una tendencia general más constante de donde no están excluidos los accidentes epidémicos. Aparentemente, estas regiones lejanas tienen un ritmo propio insensible a la prosperidad petrolera. La mejoría muy lenta en el extremo Sur ilustra esta autonomía. Esta observación es válida también para la Costa, en particular para Manabí cuya regularidad es evidente. Allá se destaca la provincia del Guayas por una mortalidad infanto-juvenil inestable de 1968 a 1977. En esta provincia, y en la de Los Ríos, la recrudescencia ya señalada de los años 1981 a 1983 aparece más claramente, es sin embargo observable en un grado diverso en todas las regiones costeñas.

#### 4.4.2. La configuración provincial

##### El Oriente

El perfil amazónico se caracteriza por un nivel elevado de la mortalidad de los niños, sometida a fuertes

Cuadro 2  
Cocientes de la mortalidad de los niños según causas principales  
en torno a 1980

Causas masculinas	<1 mes	1-11 mes	1-4 años	5-9 años
TOTAL	212,75	438,07	405,10	84,37
Enf. infect. et intestin.	7,82	164,53	126,73	11,05
Enf. víricas	0,03	19,07	52,48	9,28
Defic. de la nutrición	0,08	29,13	28,73	2,53
Enf. de la sangre	0,22	4,57	8,24	3,12
Enf. del sist. nervioso	0,49	7,41	7,31	4,07
Enf. del apar. respiratorio	23,84	147,35	103,84	15,05
Enf. del apar. digestivo	0,27	5,81	7,28	2,68
Enf. del apar. urinario	0,08	2,65	4,81	1,06
Anomalías congénitas	11,18	9,08	2,71	0,99
Enf. perinatales	165,74	4,74		
Envenenamiento accidental	0,03	0,39	1,61	0,59
Fallecimiento por el fuego	0,05	1,21	4,98	2,31
Otros accidentes	0,36	3,46	10,98	8,07
Causas Femeninas	<1 mes	1-11 mes	1-4 años	5-9 años
TOTAL	175,90	417,99	423,40	75,06
Enf. infect. et intestin.	6,77	149,69	132,27	11,26
Enf. víricas	0,03	18,72	55,14	10,41
Enf. de la sangre	0,06	5,12	9,00	3,00
Enf. del sist. nervioso	0,46	6,39	7,10	3,35
Enf. cardiovasculares	0,03	0,07	0,22	0,00
Enf. del apar. respiratorio	22,23	146,22	113,83	14,38
Enf. del apar. digestivo	0,29	6,56	7,46	2,18
Enf. del apar. urinario	0,03	1,82	3,98	1,36
Anomalías congénitas	8,72	8,28	2,73	0,51
Del periodo perinatal	134,81	5,08		
Fallecimiento por el fuego	0,09	1,31	5,06	2,26
Otros accidentes	0,23	2,61	7,50	4,48

variaciones a corto plazo. Por lo que informan las estadísticas, la transición vital se consolida alrededor de 1972-1975 y se acelera en los años ochenta. Un máximo de fallecimientos parece coincidir con la ola de inmigración en Pastaza y Zamora Chinchipe, pero se trata probablemente de un sesgo estadístico ya señalado. Las cifras por lo demás no son más transparentes que las diferencias internas reveladas. Ciertamente la Amazonía ecuatoriana no es un territorio de población homogénea: el aislamiento ha podido proteger de los contagios a los autóctonos (Descola, 1986). Las diferencias se instalan entre las ciudades y las zonas de acceso difícil, entre colonos e indígenas cuya higiene, alimentación y morbilidad difieren (Benefice, 1986). Sin prejuizar de su realidad, se observa la diversidad aparente de las situaciones: una mortalidad estable y más débil en el Napo, fuertemente errática en Zamora Chinchipe, marcando progresos ejemplares en Morona Santiago. ¿Se debe invocar el trabajo asalariado, los flujos migratorios o el origen de los colonos? Sólo la dificultad de imputar a los datos defectuosos estas diferencias los confiere algún fundamento. En la duda, una sola observación sólida: la reducción de las amplitudes

anuales de la mortalidad de los niños confirma el retroceso de las epidemias. El hecho es sin embargo más claro para el conjunto de la Región Amazónica, donde actúa una probable compensación, que no opera para cada una de sus provincias.

#### Las regiones secas

El contraste de la baja mortalidad en las provincias de Loja, y sobre todo de Manabí, sorprende. Esta provincia costera establece un récord nacional en la materia, delante de Pichincha y Guayas, tanto más notable cuanto que la fecundidad es aquí elevada, e implica intervalos genésicos cortos nefastos para la salud del niño. La oposición es inmediata con la Amazonía: predomina un clima más seco y las poblaciones emigran en gran número (53). ¿Se puede pensar que la sequía sería un factor de salubridad cuando provoca conjuntamente las tensiones demoeconómicas que el éxodo aligera pero que se vuelven mortíferas en los años malos? Así es el caso hacia 1968-69 en Loja que, hasta 1962, tenía una mortalidad infantojuvenil regular que puede traducir el menor impacto de las epidemias. No se sabe si la aridez temporal y el aislamiento de los valles lojanos contienen la transmisión de las enfermedades infecciosas y parasitarias o si se trata de beneficios de tradiciones sanitarias favorables.

En todo caso esta ventaja es secular como el dinamismo antiguo y natural de los pueblos de estas regiones.

#### Las capitales

Las provincias de las capitales regionales, Pichincha y Guayas, presentan una ventaja comparable, al menos durante el reciente período. Cabe una duda en los años cincuenta y cinco y sesenta, pues sólo la corrección de las estadísticas vitales da una mortalidad más elevada para la región de Guayaquil, siendo muy próximos los niveles observados que evolucionaban paralelamente. Sin embargo, no conviene rechazar de entrada las correcciones efectuadas, han probado su confiabilidad y se confirman por la amplitud de las oscilaciones de los cocientes en el Guayas de esta época, signo de la importancia de las epidemias. El registro del estado civil ha sido siempre mejor en la Sierra.

Las cifras señalan el fenómeno sin permitir explicarlo, ni tampoco certificarlo. Convendría considerar el impacto de una emigración masiva en los barrios de

Cuadro 3  
Evoluciones provinciales de la mortalidad de los niños (54)

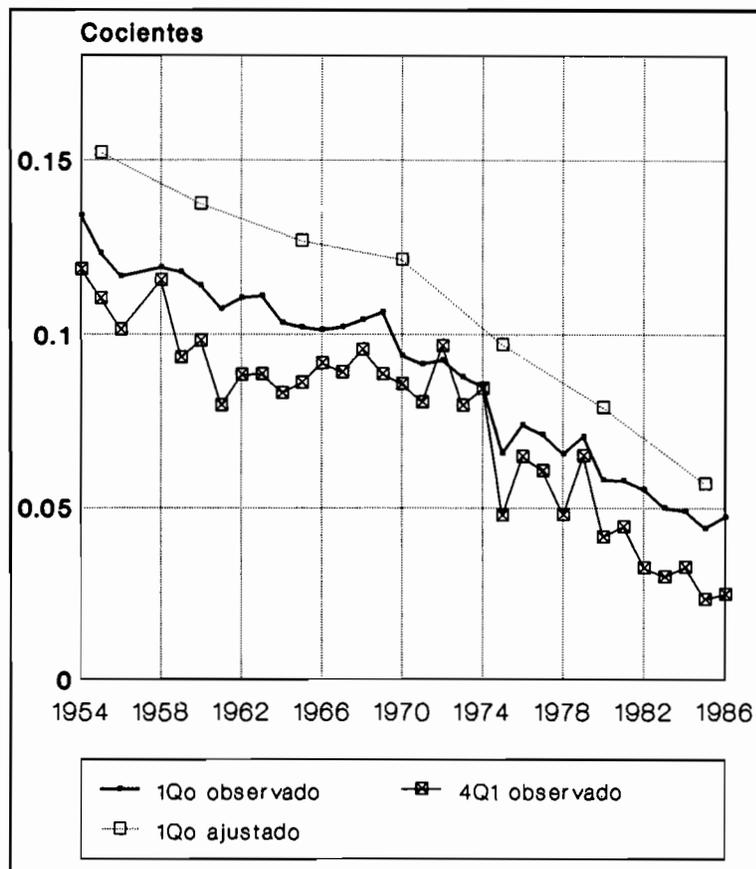
Provincias :	1955		1965		1975		1985		1955-85	
	1Qo	5Qo	1Qo	5Qo	1Qo	5Qo	1Qo	5Qo	% (1Qo)	% (5Qo)
REPUBLICA	136	217	109	166	80	121	52	73	61,8	66,5
SIERRA	152	247	127	197	97	149	57	82	62,6	66,6
COSTA	146	239	113	173	72	108	47	66	67,8	72,5
ORIENTE	139	224	143	253	137	229	81	134	42,1	40,2
CARCHI	182	265	145	208	110	155	57	79	68,5	70,0
IMBABURA	167	268	158	243	115	181	65	100	61,0	62,8
PICHINCHA	117	180	100	146	79	116	46	62	61,0	65,6
COTOPAXI	192	307	166	257	133	204	83	120	56,9	60,9
TUNGURAHUA	193	306	150	232	108	165	61	87	68,7	71,5
BOLIVAR	173	296	135	214	106	167	73	108	57,8	63,7
CHIMBORAZO	157	259	147	237	124	196	70	111	55,0	57,1
CANAR	168	268	130	212	91	149	60	92	64,5	65,9
AZUAY	166	273	126	197	97	151	53	78	68,4	71,6
LOJA	100	185	90	151	71	114	50	77	49,8	58,6
ESMERALDAS	134	225	116	184	96	144	62	92	54,1	59,3
MANABI	127	217	99	154	61	92	36	52	71,3	75,9
LOS RIOS	175	286	144	219	85	129	59	84	66,2	70,6
GUAYAS	157	246	115	171	72	105	48	64	69,6	73,9
EL ORO	137	231	108	174	74	120	45	66	66,9	71,2

Fuente INEC, ajuste DELAUNAY

1Qo => riesgo de morir de 0 a 1 año por mil nacimientos

5Qo => riesgo de morir de 0 a 5 años por mil nacimientos

Fig. 12. Mortalidad infantil y juvenil en la Sierra

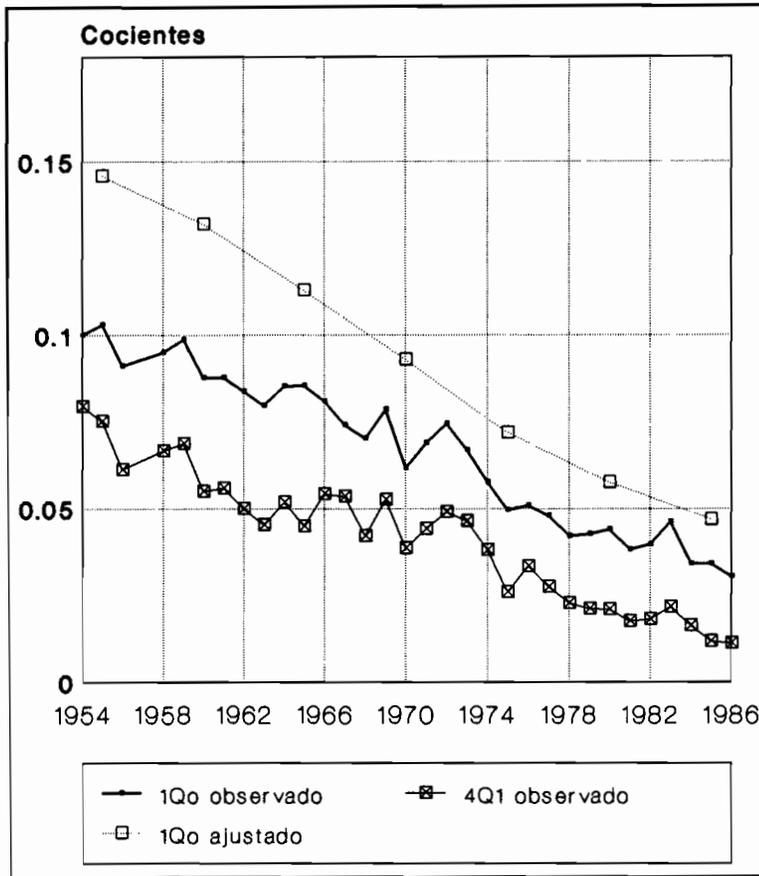


tugurios insalubres. Sobre esta base incierta, la evolución que después favorece Guayaquil no significaría necesariamente un retardo de Quito sino que subrayaría el peso demográfico creciente de la región de Santo Domingo. Hay que pensar entonces en las carencias de servicios sanitarios, pero la inmigración de familias provenientes de regiones desfavorecidas ha podido, en este contexto, pesar gravemente sobre los progresos. Se puede igualmente emitir la hipótesis de una sensibilidad mayor de las ciudades a la inconstancia de las políticas sanitarias, hasta en sus fracasos.

#### Los Andes

Luego sobresalen las provincias andinas, con exclusión de Loja por sus particularidades naturales, e igualmente el Azuay por el hecho del desarrollo urbano de Cuenca, su capital. La mortalidad de los niños es ahí elevada, de evolución irregular y de progresos recientes. Las más indígenas entre ellas muestran una transición tardía cuya

Fig. 13. Mortalidad infantil y juvenil en la Costa



mortalidad retrocede en 35% (Chimborazo, Cotopaxi) cuando variaciones de 60% son comunes. Estos promedios regionales, a pesar de la presencia de las ciudades, hacen suponer la situación arcaica de niños desfavorecidos, descuidados por la medicina (Bolívar, Cotopaxi, Imbabura...). Para el comienzo de los años setenta, Behm y Rosero habían ya revelado una sobremortalidad rural andina concentrada entre las poblaciones indígenas, con riesgos que superaban los doscientos fallecimientos por mil nacimientos en los niños antes de su segundo aniversario (Behm y Rosero, 1977).

En las zonas rurales andinas hay desventajas naturales, como lo confirma la patología singular de altura (Whitehead, 1968), pero igualmente social y cultural. El repliegue hacia las tierras altas, y las privaciones que él entraña, son menos una opción ecológica que una presión ancestral impuesta por la apropiación colonial de las tierras llanas e irrigadas. La escasez de recursos dicta ciertas preferencias para el tamaño y la composición de las familias que se pueden traducir por una mortalidad acrecentada de los niños. En los Andes ecuatorianos, Srimshaw (1978) observaba una relación de masculinidad del primer niño anormalmente favorable a los varones. Las mujeres interrogadas tendían a

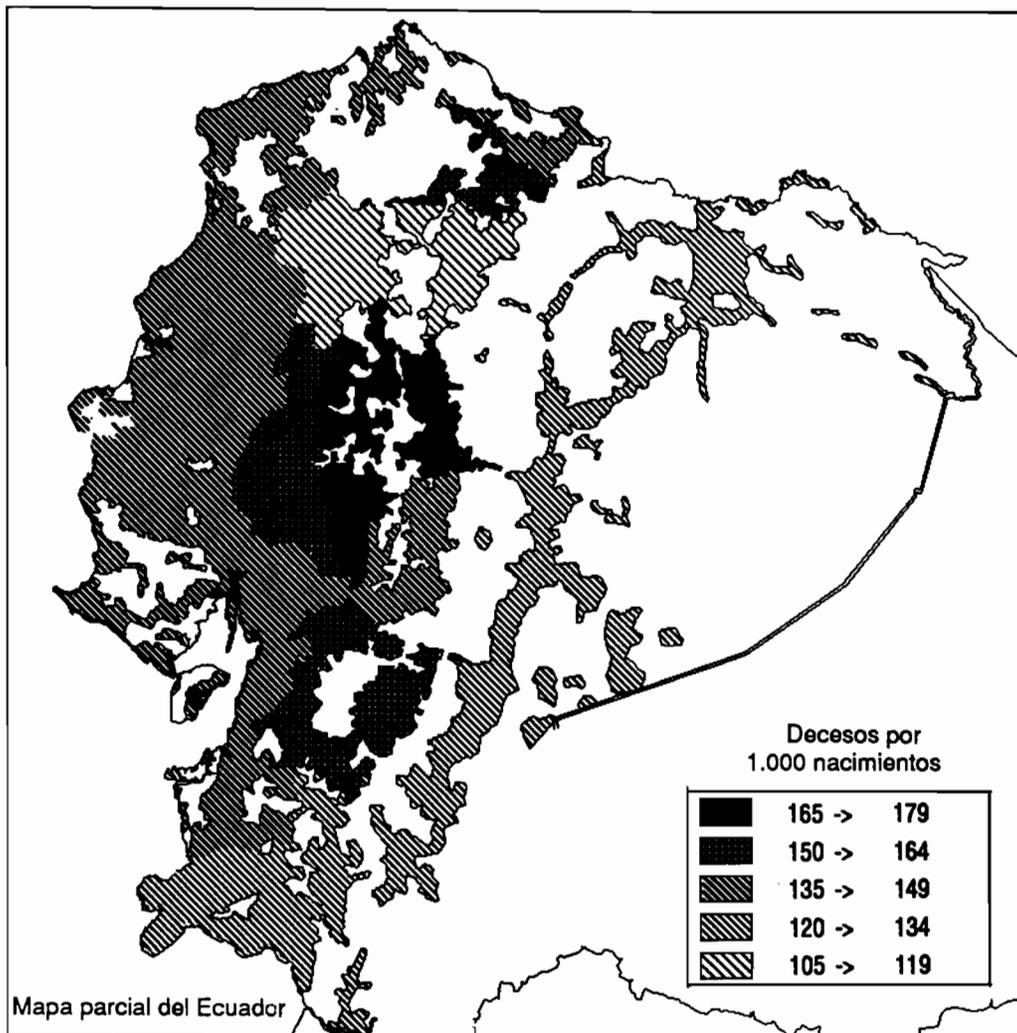
ocultar su primer embarazo cuando el nacido era una hija fallecida. Las observaciones antropológicas del autor revelaban que "Ocasionalmente la negligencia para con las niñas y hasta el infanticidio tenían lugar y que se considera muy importante que el primer hijo sea varón" (55). Esta negligencia, por lo menos, está atestiguada por el análisis, que sigue, de las diferencias sexuales de la mortalidad. Las observaciones médicas de Galarza en los Andes confirman la fuerte proporción (57%) de niños fallecidos antes de los cinco años que manifestaban signos de deficiencia nutricional, aparentemente causa primera o asociada de la muerte (Galarza, s.f.). Esta malnutrición golpea también a las madres; asociada a la altura, atrofia el desarrollo intrauterino del niño (56). El frío somete el habitat a un principio de economía del calor, las casas carecen de ventilación, la escasez de agua no alienta los baños, el niño no adquiere un peso afectivo sino pasada la fragilidad fisiológica que sigue su nacimiento (MINISTERIO DE SALUD PUBLICA, 1979). Las poblaciones andinas, y sobre todo los niños, mueren también del aislamiento de las comunidades de altura: in-

cumben a la mujer o al curandero el diagnóstico (57) y la preparación de los remedios.

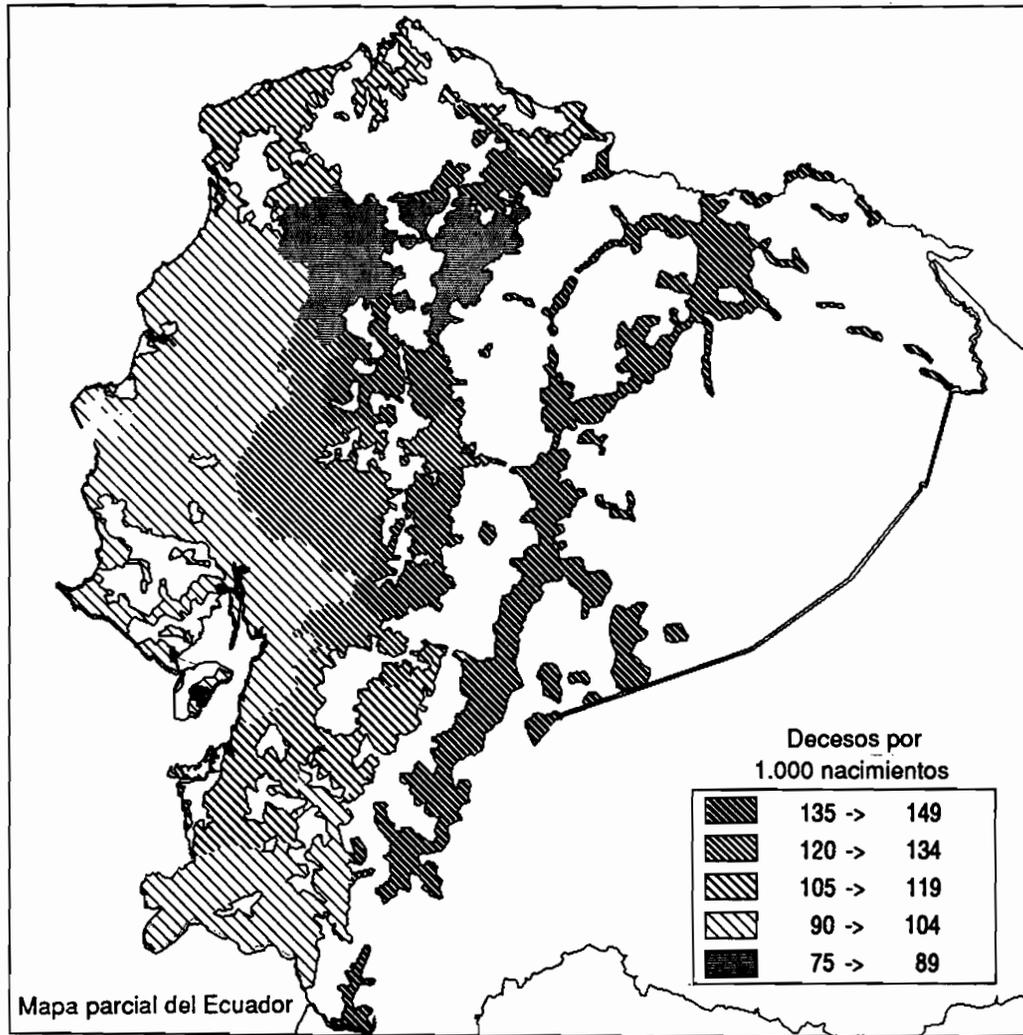
#### La Costa

La ventaja relativa de los niños costeños en 1955 se consolida por un retroceso de su mortalidad superior al 60% en cuatro provincias sobre cinco. La estructura por edad de los fallecimientos es aquí conforme al modelo sudamericano por el hecho de un menor predominio de los trastornos respiratorios. Se dijo cómo la provincia de Manabí de población indígena era ejemplar en este campo. En general, los progresos han sido más regulares y mejor repartidos; aparentemente menos sujetos a las políticas sanitarias que en la Sierra. La diversidad relativa de las producciones agrícolas (58), pastoriles y pesqueras contribuyen a esta ventaja, lo mismo que los ingresos de los cultivos de exportación que facilitan el acceso a una medicina privada cuya mejor implantación es reconocida (MINISTERIO DE SALUD PUBLICA, 1979). Aquí de nuevo, el aislamiento actúa en contra de la provincia apartada de Esmeraldas (59). Es más sorprendente la sobremortalidad de las poblaciones de Los Ríos, a pesar de la economía de plantación que ahí prospera. Un predominio más fuerte de las enfermedades respiratorias deja entrever el impacto de la migración serrana de inserción precaria.

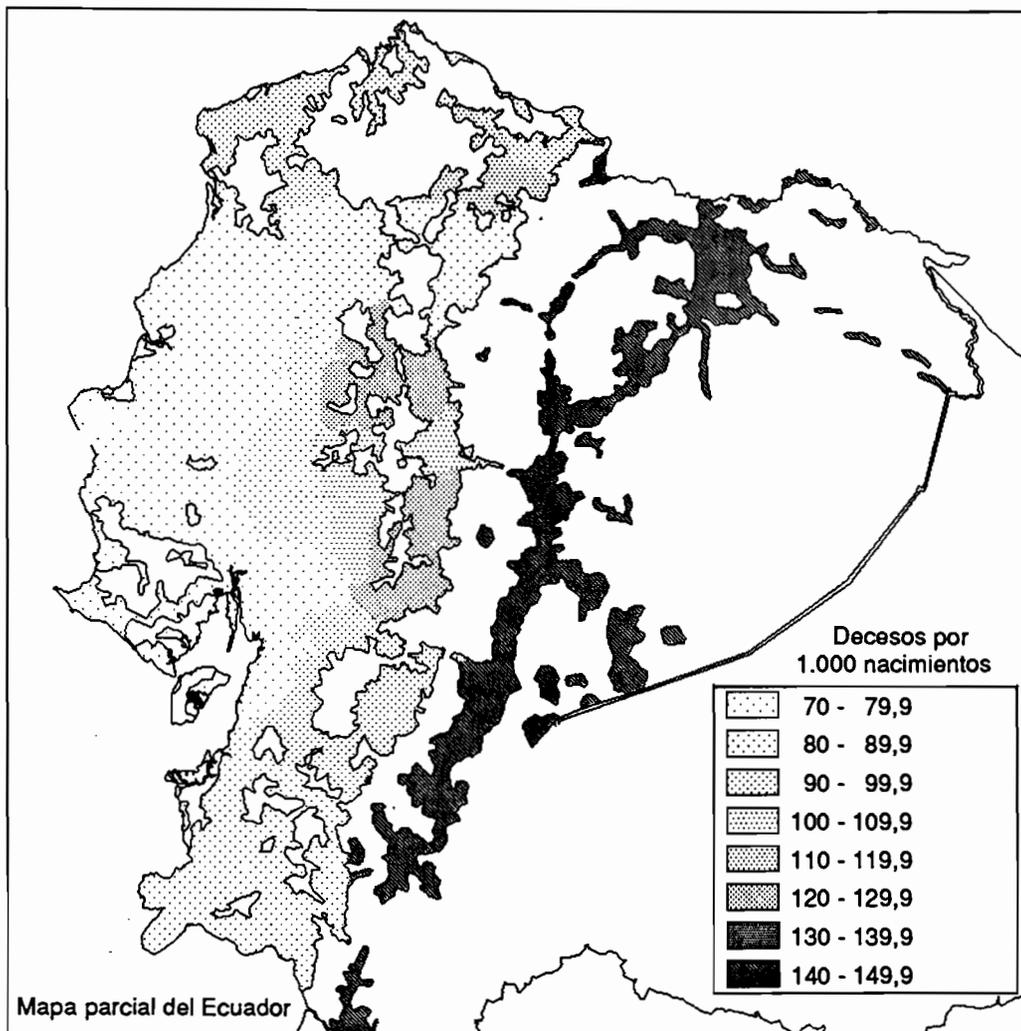
Mapa 16. La mortalidad infantil en 1955



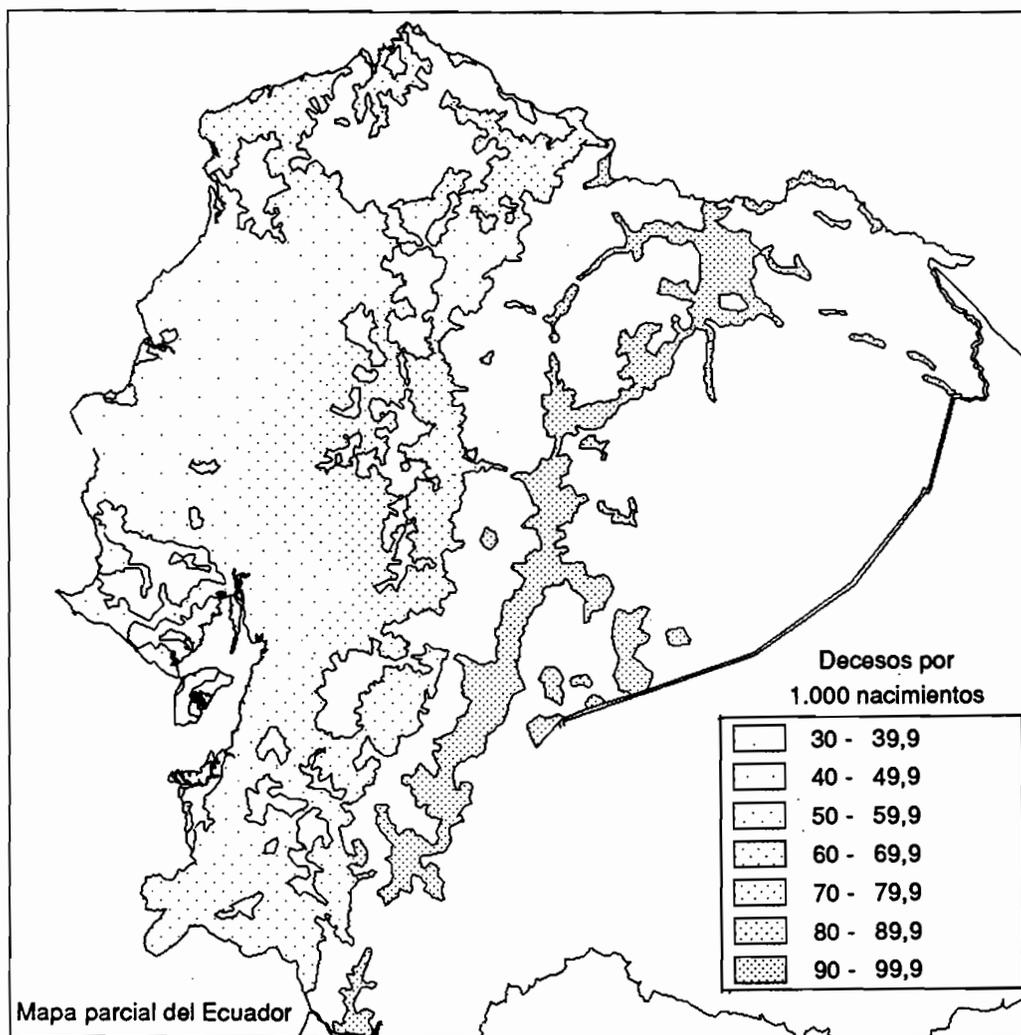
Mapa 17. La mortalidad infantil en 1965



Mapa 18. La mortalidad infantil en 1975



Mapa 19. La mortalidad infantil en 1985



#### 4.5. La revisión de los factores

Reconocer el gran número de factores capaces de actuar sobre la mortalidad de los niños, constituye ya una gran limitación. Lo mismo en cuanto a verificar que los datos cifrados no miden su influjo. Los censos y los registros del estado civil son parcos en información no demográfica; se les ha dado preferencia a fin de sacar ventaja de su cobertura territorial exhaustiva. Los análisis recientes de la mortalidad de los niños en el Ecuador se basan en dos investigaciones llevadas a cabo en 1979 -la Encuesta Nacional de Fecundidad (INEC, 1984 a.)- y en 1982- la Encuesta Nacional de Salud Materno Infantil y Variables Demográficas (INIMS, 1984). Estas encuestas precisan una información de naturaleza ante todo demográfica en parte contenida en los censos, pero exigen las mismas reservas cuando sus evaluaciones utilizan los mismos métodos de estimación indirecta. Las informaciones que aportan los análisis estadísticos decepcionan: recuerdan algunas evidencias y disocian mal la parte de cada una de las variables interactivas. Es entonces muy improbable desenredar el ovillo de sus interrelaciones recíprocas y por tanto interpretar las correlaciones observadas.

A modo de ilustración y de presentación, resumimos los principales resultados de la Encuesta Nacional de Fecundidad de 1979 examinada por Borja (E). "Para el análisis multivariable general (...) las variables que resultan ser más importantes son la duración del intervalo intergenésico y el nivel de educación de la madre. Estas dos son seguidas en orden de importancia para la mortalidad infantil, el sexo del niño, la edad de la madre al nacer el hijo y el número de hospitales públicos. Para la mortalidad juvenil, siguen en orden de importancia: el nivel de educación, la duración del intervalo, el número de hospitales públicos y la edad de la madre" (Borja, 1985).

El papel preponderante de la educación se debe conjuntamente a los factores asociados a la escolarización (ingresos, residencia urbana, categoría profesional). Un análisis similar de todos los datos de la Encuesta Mundial de Fecundidad matiza estas conclusiones (Hobcraft y al., 1985). De todas las variables demográficas probadas, sólo es significativo el intervalo entre los nacimientos: "Pero una vez que se controla la incidencia del intervalo de los nacimientos, el impacto de la edad y del orden se muestra débil" (60). Sería entonces probable que el impacto de la edad de la madre y del orden de los nacimientos sólo deriven de alumbramientos numerosos y por tanto cercanos unos a otros.

Estas ambigüedades obstaculizan la evaluación de las políticas sanitarias. ¿Deberán los niños esperar la escolarización completa de las mujeres y el retroceso de su fecundidad para estar seguros de su supervivencia? Pero el reconocer la sinergia social que modifica la

mortalidad contiene ya una certeza: la medicina no tiene el monopolio de la salud. Sobre todo en los países en desarrollo, la atención sanitaria debe inscribirse en el marco de programas integrados, combinando una tecnología médica eficaz con medidas de salud pública bien orientadas y con una promoción de la agricultura y de la alimentación, basadas en la participación activa de todos en la lucha contra la enfermedad y la muerte... (Vallin; López, 1985: 4).

##### 4.5.1. Las variables demográficas

Las variables intermediarias están mejor evaluadas por estar contenidas en las encuestas demográficas citadas. Su incidencia recuerda que la transición demográfica es un todo inseparable, que una fecundidad precoz y una descendencia numerosa implican un riesgo crecido para los niños. De ahí un argumento en favor de la contracepción: nacimientos mejor planificados sobrevendrían en edades más propicias de la madre (Marcotti, 1981).

La mayor parte de las observaciones, en el Ecuador y en el mundo (61), establecen que un intervalo acortado entre los nacimientos es perjudicial para la salud del último hijo nacido. Scrimshaw (1974: 96) lo comprobaba en Guayaquil, la encuesta de 1979 confirma una sobremortalidad del 70% en los que nacen menos de un año y medio después de su próximo mayor. El riesgo se reduce en más de la mitad (59%) con el alargamiento del intervalo intergenésico más allá de tres años (Borja, 1985: 15), lo que permite a la madre recobrase y un mejor cuidado del recién nacido.

La desventaja que tendría el orden del nacimiento es más sospechosa. Aparece más allá del cuatro principalmente por causa de un acercamiento de los embarazos (Hobcraft y al., 1985). Paradójicamente, la sobremortalidad del primer hijo no está establecida en el Ecuador aún cuando es general. Se la atribuye a la inmadurez biológica de la madre joven, la reprobación o las dificultades económicas que eventualmente rodean un embarazo precoz. En el caso presente, la duda recae en la veracidad de la respuesta dada a los encuestadores (62).

Complementaria, la relación con la edad de la madre es más clara, se inscribe en la forma en "U" de la distribución de los fallecimientos. Antes de los veinte años, la madre inexperta, o que no desea al niño, le hará correr un riesgo superior. Una mortalidad creciente después de los treinta años tiene talvez un fundamento biológico pero los análisis multivariables sugieren el influjo concomitante de la cercanía de los nacimientos (Hobcraft y al., 1985).

Una fecundidad elevada nefasta para el niño constituye un argumento en favor del control de nacimiento.

Como lo recuerda Taucher (1982) que esta relación sea de naturaleza, basta principalmente biológica, como parece confirmarlo la observación empírica (Allman y Rhode, 1981). Tal acción sin embargo no atenúa las discriminaciones socioeconómicas y sigue siendo incierta en cuanto a la evaluación.

#### 4.5.2. La resistencia del niño

El peso, la edad pero también el sexo parecen explicar ciertas variaciones de la resistencia inmunizadora durante los primeros años de la vida. El sexo femenino estaría favorecido por los dobles cromosomas X portadores de los genes al origen de los anticuerpos IgM, mientras los hombres llevan uno solo asociado a un cromosoma Y. Pero la mejor respuesta inmunizadora de las mujeres no es patente sino de cinco a sesenta y cinco años (Waldron 1982); ahora bien la diferencia frente a la enfermedad no aparece sino en las cifras de la mortalidad antes de un año, luego se esfuma durante la infancia (Borja, 1985: 14-23). La adquisición de las inmunidades es progresiva, antes de los seis meses el bebé está en parte protegido por los anticuerpos maternos, defensa que la lactancia refuerza y puede prolongar (63). Luego él se autovacuna al contacto con las enfermedades de la infancia, o sucumbe si su alimentación o el soporte exterior de la medicina terapéutica son deficientes. El peso del cuerpo al nacer desempeña igualmente un papel favorable sobre la supervivencia postneonatal. El hecho de que la malnutrición de la madre y la altura se opongan a este desarrollo explicaría un aspecto de la sobremortalidad andina (Galarza, s/f). La observación de una muestra de embarazos quiteños confirma lo esencial de estas relaciones y sus nexos con las precedentes. La talla de las madres depende del ingreso y del área de residencia, el peso de los niños, además, del intervalo entre los embarazos; las madres de menos de diecinueve años son particularmente frágiles (Roman, 1984).

Todas las observaciones concuerdan para señalar la combinación de la malnutrición, de la falta de proteínas y de las enfermedades infecciosas y parasitarias. Recordemos que esta sinergia implicaría al 57% de los niños ecuatorianos cuyo seguimiento ha hecho Galarza. Scrimshaw (1974: 95) observaba entre las poblaciones de los tugurios dietas inadaptadas y peligrosas para el niño enfermo (Scrimshaw, 1974: 95).

#### 4.5.3. Las variables socioeconómicas

Las variables socioeconómicas no ejercen un influjo directo en la mortalidad pero su papel difuso es estadísticamente indiscutible. Más bien que de factores que se suponen activos, convendría hablar de indicadores del desarrollo social por lo tan condicionado que está cada uno con los otros. En efecto, hitos importantes entre la educación de la madre, la profesión del padre, el

ingreso de la familia o la calidad del habitat son la excepción. Se da por entendido que el análisis univariable de la Encuesta Nacional de Fecundidad reconoce a cada uno de estos factores un gran influjo: actúan en consonancia. Entre los niveles extremos de la educación de la madre, la mortalidad juvenil puede variar de uno a tres veces, de uno a dos según su tipo de trabajo, de uno a cuatro según la ocupación del padre (Borja, 1985: 15), etc. Pero una vez controladas las asociaciones entre los indicadores socioeconómicos. "La más importante (variable) resulta ser el nivel de educación de la madre, que influye fuertemente tanto en la mortalidad infantil como en la mortalidad de la niñez temprana. Sólo los niños cuyos padres eran profesionales tenían un riesgo reducido de mortalidad infantil (40 por ciento menor que el promedio global). El ingreso y la experiencia de trabajo de la madre (no controlada) influyen solamente en la mortalidad de la niñez temprana, y en la edad cuando predominan las causas de mortalidad exógena" (Borja, 1985: 29).

Al fin, por encima de estos indicadores, observamos que la mortalidad de los niños se encuentra atrapada en las leyes de la reproducción social (Breilh y Granda, 1981) que evolucionan. En período de transición demoeconómica, ciertas sobremortalidades de origen natural en las sociedades domésticas ceden ante las presiones monetarias de una economía de mercado en que predomina el trabajo asalariado, en particular en una sociedad que reserva la ventaja del seguro de enfermedad a una minoría.

#### 4.5.4. El lugar, la carretera

Las observaciones que preceden confirman, para los niños, la configuración espacial de la mortalidad general. Salvo que la fragilidad de la niñez temprana refuerza el contraste inscrito en el espacio. Se reconoce la marca territorial en las regiones andinas que predisponen a las enfermedades respiratorias, donde la alternancia de una estación seca y lluviosa contribuye a contener ciertas infecciones o enfermedades parasitarias vinculadas con el ciclo de los vectores. La importancia del clima como factor epidémico estaría confirmada por el análisis factorial de la mortalidad infantil y juvenil en el mundo (Garenne, Cantrelle, 1984), este factor sería notablemente activo en la repartición de esta mortalidad según la edad al fallecimiento (Garenne, 1982).

La diferenciación reticular de la mortalidad está diluida por los promedios provinciales, su marca es evidentemente más fina. Se la distingue sin embargo a partir de la jerarquía de las ciudades, haciendo notar el influjo nefasto del enclavamiento. Se ve afectada por la difusión de la enseñanza escolar y de las infraestructuras sanitarias, sigue las configuraciones existentes de las redes viales o del mercado. La Encuesta Nacional de Fecundidad de 1979 se interesa por la distribución de las

mortalidades infanto-juveniles según la posición de la familia o de la comunidad en las redes de distribución de agua, de electricidad, o de difusión radiofónica. Las redes se superponen frecuentemente, de manera que las variables que miden su influjo están fuertemente correlacionadas. Señalemos sin embargo que la mortalidad infantil se reduce en 30% en la proximidad de los hospitales o clínicas, en 32% cerca de las carreteras estabilizadas, de una oficina de correos, en 35% cuando la casa recibe agua potable, en 25% cuando el lugar está electrificado. El niño poco móvil y dependiente se encuentra apartado de estas redes.

Esta situación dentro de un territorio y con relación a los flujos se traduce toscamente por el lugar de residencia. Las ciudades (la aglomeración al menos de cabeceras de cantón), se sitúan en diversos grados en los nudos del espacio reticular. Todas las encuestas citadas, comprueban un riesgo de muerte más elevado para los

niños que residen en zona rural. Y no es sorprendente a la luz de las causalidades reconocidas, la dificultad está en estimar su amplitud sobre la base de estimaciones indirectas que los autores están de acuerdo en tenerlas por malas (INIMS, 1984: 84). La información más convincente y detallada se deriva del tratamiento de un subconjunto del censo de 1974 por Behn y Rosero (1977) (64). El análisis confirma nuestras observaciones de una mayor discriminación de la residencia rural o urbana en la Sierra (una sobremortalidad de 70% contra 33% en la Costa) asociada a una más fuerte diferenciación del espacio reticular: ahí tiene más importancia el tamaño de las ciudades y el aislamiento de los campos.

Se supone que las estimaciones varían sensiblemente según el método escogido; las que presentamos en el cuadro 4 fueron obtenidas por la variante de Trussell y el modelo Oeste de la mortalidad a partir de los

Cuadro 4  
Riesgo de morir antes de los dos años  
Según zona de residencia

Provincias:	1972 (censo de 1974)				1980 (censo de 1982)			
	Total	Urbano	Rural	Var.	Total	Urbano	Rural	Var.
REPUBLICA	136	107	153	43%	82	56	106	89%
SIERRA	146	103	171	66%	91	55	120	118%
COSTA	128	109	142	30%	75	57	96	68%
ORIENTE	139	98	142	45%	81	61	86	40%
CARCHI	148	137	153	12%	78	57	90	57%
IMBABURA	175	122	195	60%	108	63	130	106%
PICHINCHA	115	96	145	51%	62	50	87	74%
COTOPAXI	181	120	189	57%	143	75	152	102%
TUNGURAHUA	152	105	178	69%	99	56	124	121%
BOLIVAR	166	142	167	17%	105	83	109	31%
CHIMBORAZO	180	132	198	50%	147	80	169	111%
CAÑAR	193	113	202	78%	115	75	122	62%
AZUAY	156	92	183	98%	96	55	121	120%
LOJA	137	109	143	31%	85	61	98	60%
ESMERALDAS	163	150	168	12%	112	93	126	35%
MANABI	128	120	130	8%	84	58	97	67%
LOS RIOS	139	132	141	6%	85	68	92	35%
GUAYAS	120	99	149	50%	66	53	93	75%
EL ORO	126	116	135	16%	60	53	73	37%
NAPO	128	108	129	19%	80	59	84	42%
PASTAZA	97	81	101	25%	68	69	67	-3%
MORONA SANTIAGO	150	107	155	44%	84	56	90	60%
ZAMORA CHINCHIPE	165	93	171	83%	90	65	97	49%

datos censales. La repartición provincial obtenida por el método de los niños sobrevivientes difiere de la repartición medida por las estadísticas vitales para algunos valores desconfiables, principalmente en las zonas meridionales y orientales. Así la ventaja de Manabí ya no es tan manifiesta; la mortalidad en las ciudades del Carchi parece elevada. Se reconoce sin embargo la sobremortalidad de las poblaciones indígenas de la Sierra, la ventaja de las regiones costeñas.

Estas cifras muestran que la sobremortalidad de los campos en relación a la ciudad casi se habría duplicado en unos diez años a pesar de la aplicación del Plan Nacional de Salud Rural. Esta diferenciación creciente no es rara en período de transición, no sorprende en vista de las carencias de la medicina rural (65). Queda por saber si los progresos considerables de los años ochenta han llegado a los campos, lo que es probable considerando su amplitud.

## 5. LA EDAD DE LOS DIFUNTOS

Es precisamente la edad de los difuntos que la transición vital aumenta. Esta evidencia trivial nos recuerda que con la edad, evolucionan las riquezas y el estatus social del individuo, en la misma forma que las implicaciones familiares de su desaparición. Las modificaciones son diversas: la morbilidad y las causas de la muerte no son idénticas para los niños o los adolescentes, para los hombres y las mujeres en cada época de su vida. Así mismo las políticas sanitarias no ofrecen ventajas comparables a las generaciones en presencia; es menos costoso hacer retroceder la mortalidad de los niños, con el saneamiento del agua por ejemplo, que la de los ancianos amenazados por las enfermedades cardíacas o los tumores. Por consiguiente, una población entrada en años pesará con toda su influencia económica y política en favor de una medicina gravosa conforme a sus necesidades. Muchas discriminaciones de la edad tendrán por tanto un sentido sociológico o cultural, y así mismo el nivel de la mortalidad infantil será un indicador privilegiado del desarrollo no solamente económico sino también social.

### 5.1. La muerte y la sociedad

Un individuo no conoce mejor que el demógrafo el valor real de su esperanza de vida (66), menos todavía

Cuadro 5  
Distribución de las muertes según la edad

Edad en la muerte (años).	0-4	5-44	45-64	65+
Nivel de la mortalidad :				
E0 = 30 años, 6 hijos/mujer	52%	26%	13%	9%
Ecuador 1954	58%	21%	9%	12%
Ecuador 1985	30%	20%	15%	35%
E0 = 75 años, 3 hijos/mujer	4%	5%	15%	76%

en situación de transición demográfica. Lo evalúa por el deceso de sus allegados que indica por consiguiente la mortalidad del momento y no de su generación. Son también la experiencia y la conciencia de la muerte que evolucionan con el alargamiento de la vida.

Por mucho tiempo, la muerte ha sido familiar a los niños testigos de la desaparición de sus hermanos o hermanas, a veces también de su propia madre en el parto. Walvin (67) recuerda que la Inglaterra victoriana les preparaba en esto con una evocación insistente en la literatura religiosa, gracias a la pintura o a la iconografía. En los países de mortalidad actualmente tardía, el niño no temerá sino la desaparición previsible de sus abuelos cuyo término lejano conforta su juventud con un sentimiento de inmortalidad.

Los fundamentos demográficos de esta representación de la muerte aparecen en el cuadro 5 que vuelve a tomar la repartición de los fallecimientos según la edad en cuatro estadios de la transición vital: a sus extremos y tal como la observamos en el Ecuador al comienzo y al final del presente período estadístico (68).

Anteriormente, la muerte precoz de un adulto activo no era rara pero en cambio fatal para la familia que él tenía a su cargo; los huérfanos eran numerosos y, en las familias nucleares, desprovistos de recursos. Los parentescos simbólicos del padrinzago y las parentelas extensas encontraban ahí su sentido y su utilidad (69). Estas desapariciones violentas perturbaban a las familias, pero también amenazaban a la sociedad que había investido a sus miembros de funciones colectivas. La comunidad reafirmaba su identidad y sus solidaridades por la participación en los funerales, momento de la necesaria redistribución de las funciones del difunto, de su riqueza y de sus poderes. Pero los rituales del duelo, a veces ostentosos para los poderosos, se pierden hoy en día para los ancianos cuya inhumación sale de la esfera familiar para ir a los hospitales y hospicios que los acogen para las enfermedades lentas de la vejez.

### 5.2. Una muerte sexista?

Es uno de los hechos destacados de esta mutación: el alargamiento de la vida media en estos últimos decenios favorece a las mujeres. Antaño, igual al hombre ante la muerte, ella obtiene una ventaja de dos años hacia 1955 que pasa a cinco y medio en 1985. Este aparente desquite en una sociedad latina muchas veces calificada de sexista lleva sin embargo a las mujeres, en su gran mayoría, a la soledad de la viudez.

Es muy difícil encontrar una medida de las diferencias sexuales de la mortalidad que no varía con el tipo de indicador escogido. Un método

Fig. 14. Relación entre esperanza de vida masculina y femenina

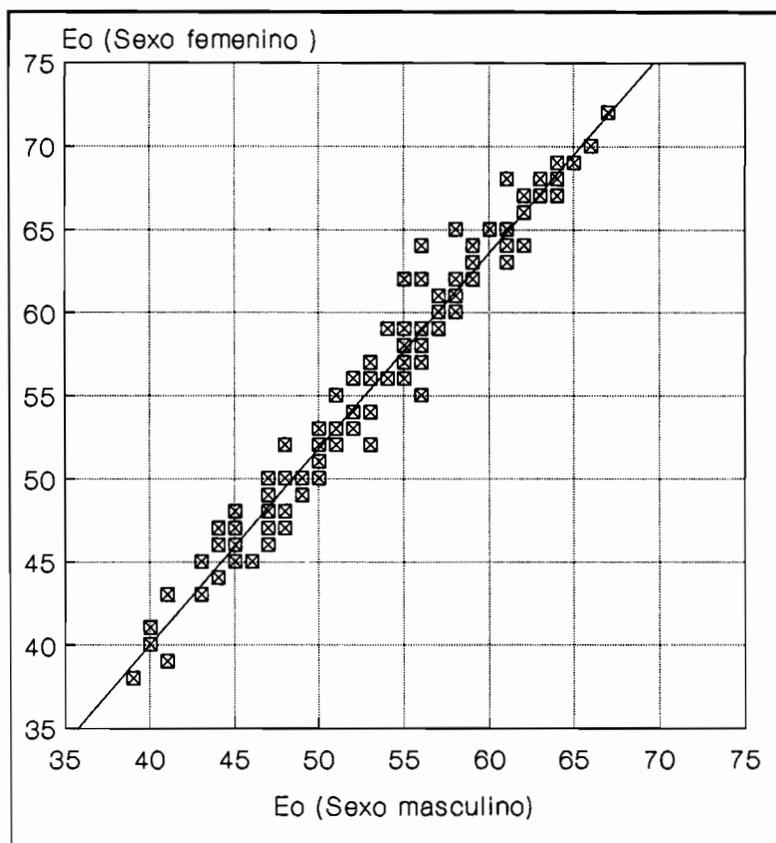
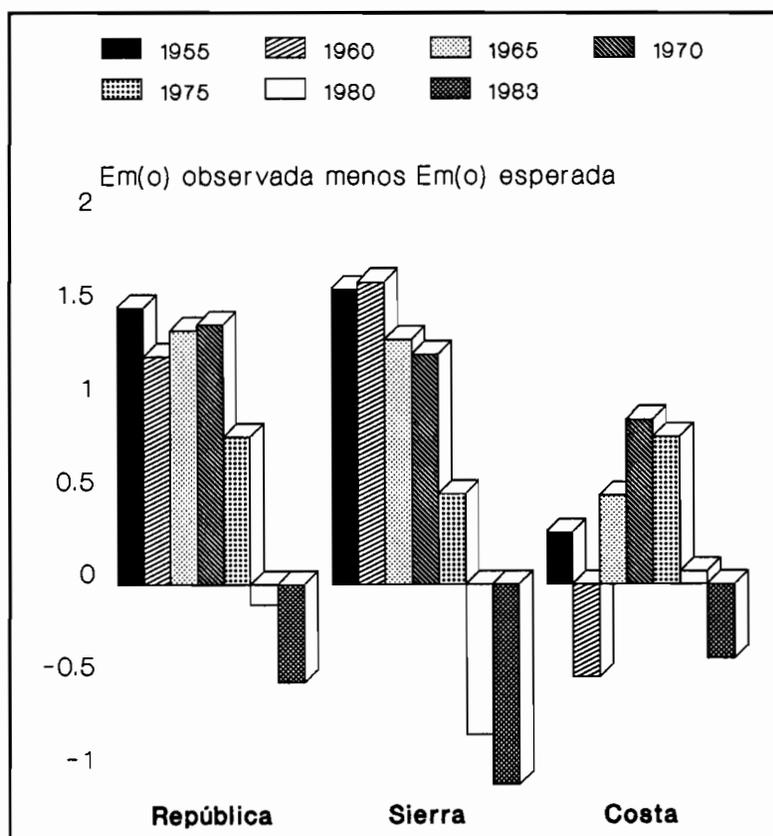


Fig. 15. Sobremortalidad masculina ecuatoriana observada y esperada



reconocido consiste en evaluar, por correlación estadística, la relación entre los parámetros de la mortalidad masculina y femenina, luego establecer la diferencia entre el valor así estimado de la vida media de un sexo con relación al otro con los valores observados. Esta comparación existe para el continente latinoamericano (UNITED NATIONS, 1983a: 177) y se expresa para las provincias ecuatorianas en las figuras 14 y 15.

En el primer esquema, la concentración lineal de los puntos es manifiesta (70) entre la esperanza de vida masculina y femenina al nacer. Las relaciones en el tiempo y en el espacio están aquí confundidas para todas las provincias, exceptadas las de la Región Amazónica. En situación de mortalidad alta, el hombre y la mujer tienen una esperanza de vida similar que se acerca a los cuarenta años. La discriminación sexual de la muerte está por tanto asociada a la transición demográfica, y es del orden del veinte por ciento de las ganancias adquiridas por la mujer. La dispersión, débil al comienzo crece con la edad alcanzada. A los sesenta y cinco años, el número de los años que quedan por vivir puede presentar una diferencia de veinticinco por ciento con relación a la tendencia general, en el sentido de una sobremortalidad masculina. El caso inverso es muy raro. Esas diferencias, sin embargo, son menores, en el calendario de cada provincia —para el orden diacrónico— que de una región a otra.

Esta evolución es general en los países desarrollados y en América Latina donde, no obstante, reviste una amplitud enteramente particular (UNITED NATIONS, 1984: 11). Según los cálculos llevados a cabo por las Naciones Unidas, la esperanza de vida del hombre ecuatoriano para el período 1973-1975 sería mejor de lo que hacía prever la diferencia entre los sexos en el conjunto del continente (UNITED NATIONS, 1983a.: 182). Según esta norma, su sobremortalidad sería la más débil de todos los países de América Latina, hacia atrás con relación a las regiones

temperadas más urbanizadas e industrializadas. Nuestros cálculos sin embargo dan una estimación más modesta de esta diferencia, resultado posible de los ajustes llevados a cabo que tienden a acortar la desigualdad entre los sexos del modelo continental. La figura 15 detalla por región esta diferencia entre la esperanza de vida observada para los hombres (Emo) y la que la tendencia latinoamericana deja prever para un valor femenino de referencia. Una diferencia negativa indica una sobremortalidad masculina que supera lo que hace prever la norma continental. La situación favorable de 1975 se esfuma durante el presente decenio, en particular en las provincias muy urbanizadas de la Sierra y durante los períodos recientes. La Costa, lo comprobaremos repetidas veces, tiene un esquema de mortalidad que cuadra con los promedios continentales hasta en sus irregularidades, principalmente por la violencia que golpea a los jóvenes. Esta evolución y ciertas correlaciones apuntadas hacen suponer que la sobremortalidad de los hombres está asociada al desarrollo económico. Pero es posible que la evolución reciente sea atípica simplemente porque la norma latinoamericana representa una situación ya anticuada.

Si esta tendencia de la mortalidad diferencial se mantiene hasta el fin de las generaciones presentes, una mujer de veinte años casada con un hombre cinco años mayor corre peligro de vivir nueve años de viudez (71). Para evitar esta probable soledad, tendría que casarse con un adolescente un poco más de cinco años menor... Sin embargo esta evolución no es para bromear cuando la mujer envejece desprovista de su autonomía económica y de la seguridad de una pensión. La viudez generalizada de las mujeres es un fenómeno nuevo en un medio ambiente social cambiante: en los grupos domésticos en que las competencias productivas y

familiares eran mejor apreciadas que el atractivo sexual de la juventud, la condición de la mujer de edad era valorada. La poligamia, por lo demás, protegía su vejez de la indigencia como las solidaridades de la familia extensa, igualmente en disminución.

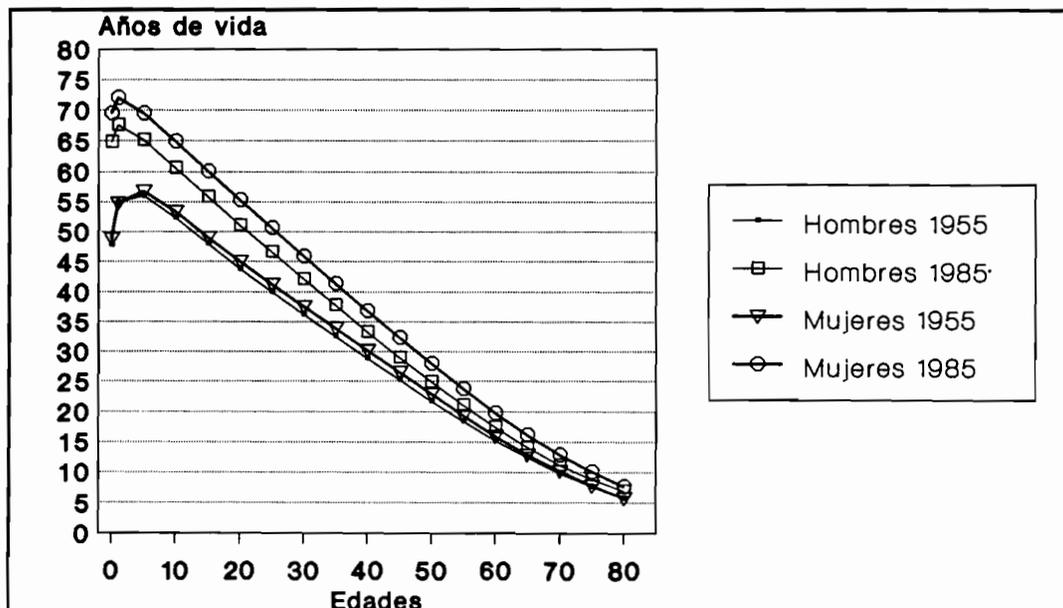
**5.3. La edad: la medida del riesgo**

Frente a la muerte, el recién nacido es igual al anciano. Comparando las mortalidades del momento, se puede decir que hoy día un ecuatoriano corre riesgo tanto en el año de su octogésimo quinto aniversario como durante su primer año de vida. Para su nieto, el riesgo de morir se equilibra hacia el sexagésimo quinto año. Este peligro queda rápidamente alejado porque diez años después de nacido el niño ve la probabilidad de morir dividida por cincuenta. Retrocediendo hasta el momento de la adolescencia, la mortalidad crece luego a un ritmo regular para los hombres, acelerado para las mujeres durante la procreación, al paso que la menopausia marca para ellas un respiro muy sensible.

Para una comparación en el tiempo, se utilizarán las tasas por grupos de edades, las cuales traducen la frecuencia de los fallecimientos en un período anual. Su cálculo (72) se ha deducido de las tablas ajustadas por el método de los componentes principales (UNITED NATIONS, 1984: 16).

La confrontación de los niveles de la mortalidad ecuatoriana en 1955 y 1985 (73) con los valores extremos de las tablas-tipo de las Naciones Unidas para América Latina (fig. 17 y 18) da la medida del camino recorrido y de los progresos por conseguirse. Se los observa desiguales según los sexos: los hombres no habrían cumplido sino los dos tercios de su transición

Fig. 16. Variación de la esperanza de vida según la edad.



vital, la de las mujeres estaría muy avanzada sobre todo después de su vida fecunda (74). La progresión será en adelante más lenta por estar confrontada a los rendimientos decrecientes del progreso social y sanitario. Sin embargo hay que tener presente que las tablas-tipo presentadas aquí han sido extrapoladas sobre la base de algunas observaciones latinoamericanas del momento. Por lo tanto, éstas reflejan la mortalidad en algunos paí-

ses en diversas fases de una transición demográfica que no será necesariamente uniforme. Esas normas indican una posible evolución que sería conforme con las tendencias y formas hoy día observadas.

Se observará que la disminución en su amplitud no ha eliminado totalmente ciertas formas arcaicas de su distribución según la edad. Las mujeres están siempre

Fig. 17. Variación de las tasas de mortalidad según la edad (sexo masculino de 1955 a 1985)

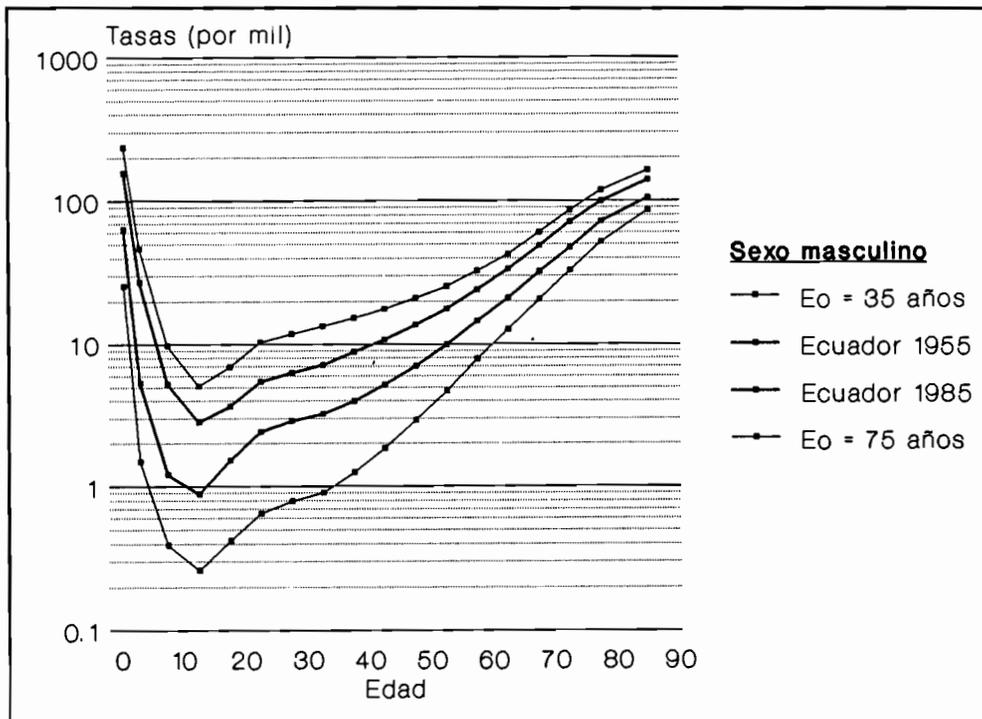


Fig. 18. Variación de las tasas de mortalidad según la edad (sexo femenino de 1955 a 1985)

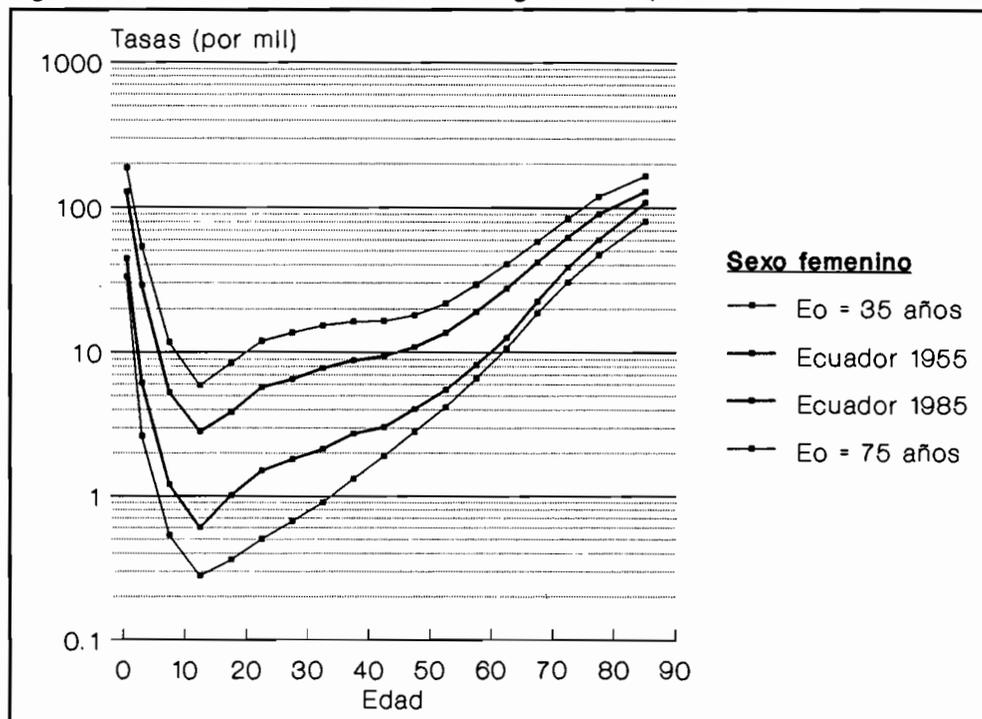


Fig. 19. Relación de los cocientes de la mortalidad masculina y femenina según la edad

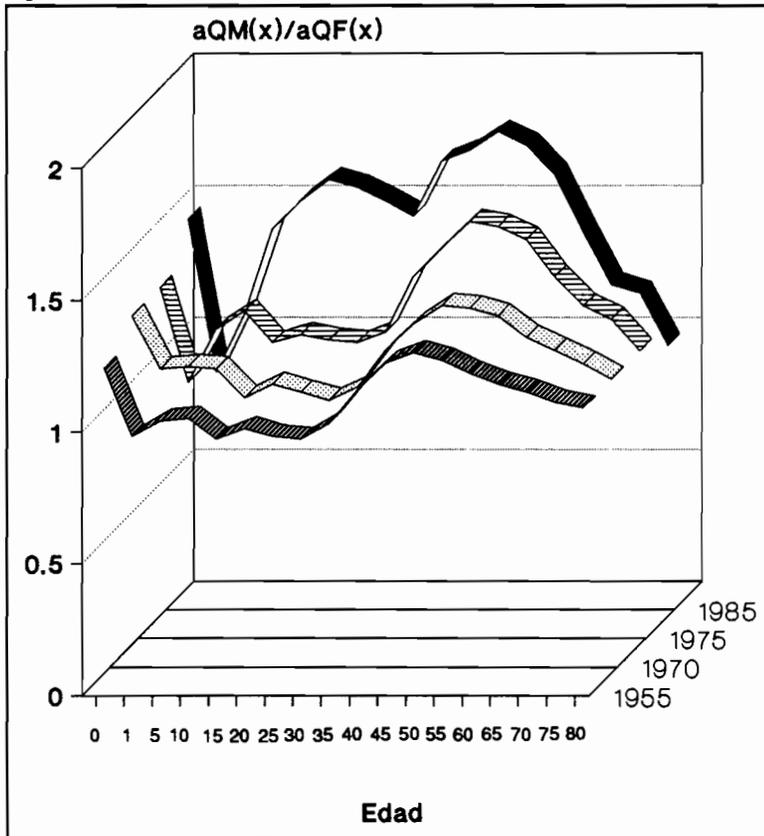
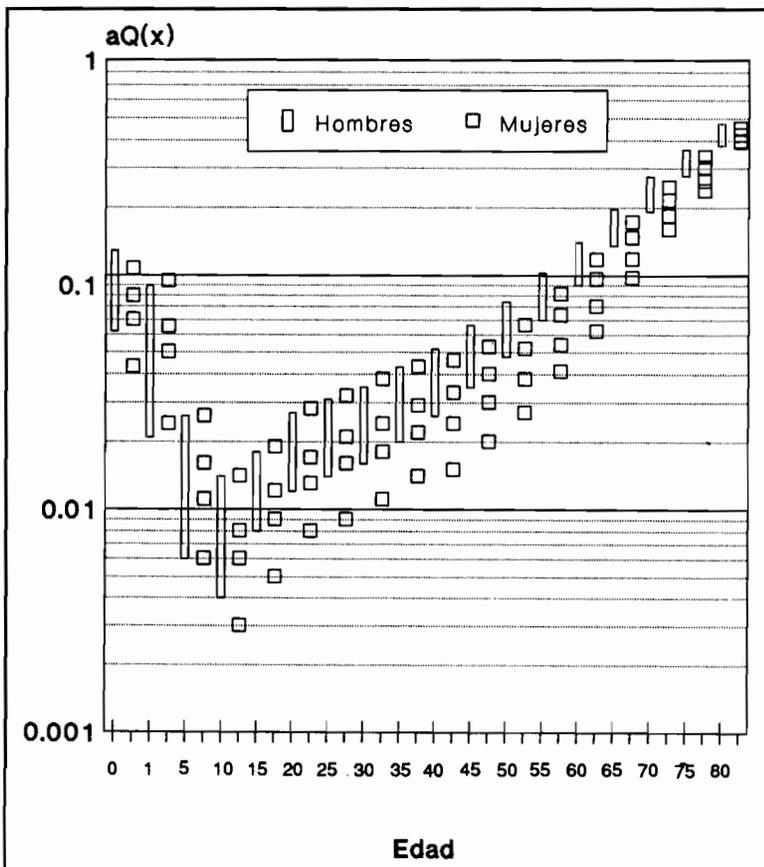


Fig. 20. Evolución de los cocientes de mortalidad por sexo de 1955 a 1985



expuestas a los peligros de alumbramientos numerosos, y los jóvenes víctimas de las carreteras, de los homicidios, de los accidentes de trabajo. La selección natural que impone una fuerte mortalidad infantil no favorece la longevidad de los ancianos: la probabilidad de supervivencia aumenta en todas las edades antes de los cien años, al menos esto es lo que sugiere una extrapolación aproximada de todas las curvas hacia el punto de su convergencia. Parece designa un límite fisiológico en la vida humana o, por lo menos, las fronteras de la medicina. Las longevidades excepcionales serían fruto de un azar genético o ventaja de una alquimia milagrosa de la naturaleza, por ejemplo en los valles célebres por esto de la región de Vilcabamba.

La evolución respeta las habituales discriminaciones de la edad: la baja relativa de las tasas es más fuerte en los momentos ya naturalmente dejados a salvo, las ganancias decrecen con la vejez y, en términos absolutos, son más importantes en las edades de la infancia fuertemente amenazada. Esta evolución, que deforma progresivamente la curva de una "U" en una "J" es muy conocida de los epidemiólogos. Las técnicas simples de prevención de las enfermedades infecciosas y parasitarias son muy eficaces para los adultos mientras que las enfermedades del recién nacido son más sensibles al medio ambiente económico y cultural. Con la edad, la degeneración de los órganos hace el cuerpo rebelde a los beneficios de la medicina.

**5.4. Las edades masculinas y femeninas**

La estructura de la mortalidad cuadra con los cambios fisiológicos y sobre todo sociales de la vida de los hombres y de las mujeres (75). Dos figuras proporcionan perspectivas complementarias: la primera (fig. 19) da la relación entre los cocientes de la mortalidad masculina y femenina para cada grupo de edad en cuatro fechas seleccionadas; la segunda (fig. 20) hace visible la evolución de los mismos cocientes (76) cada diez años durante el período cubierto por las estadísticas vitales.

La medicina no reduce la desventaja fisiológica de los recién nacidos del sexo "fuerte" que permanecen más frágiles que las niñas el primer año de su vida. Pero la mejor resistencia de éstas cede terreno durante la primera infancia, entre su primero y su quinto aniversario, debido a negligencias cuya especificidad regional designa su carácter cultural.

En el Ecuador de la mitad del siglo, los adultos de cada sexo soportaban una mortalidad comparable hasta el final del período fecundo de las mujeres; esta igualdad sorprende en comparación con los riesgos altos asociados al alumbramiento y sus complicaciones. Después del peligro maternal, lo que se considera como una mejor resistencia daba a las mujeres una ventaja vital creciente hasta alrededor de los sesenta y cinco años, atenuándose más tarde pero sin jamás ser desmentida. Esta relación de fuerzas vitales ha cambiado en 1985 para los hombres jóvenes mucho más expuestos a las muertes violentas que ahora superan los riesgos del parto.

En un primer tiempo, hasta eso de 1970, el retroceso de la mortalidad se repartía de manera equitativa para cada uno de los sexos, ligeramente en favor de las mujeres de más de cincuenta años pero las discriminaciones antiguas en conjunto se conservaban. Luego las mujeres ahondaron su ventaja después de la menopausia, y más tarde en edades fecundas cuando la fecundidad retrocedió. Hoy día, en toda edad se gana terreno sobre la muerte, particularmente en la época antiguamente desfavorecida de la primera infancia. Lo que sorprende en esta evolución, es la desaceleración súbita de la transición vital de los hombres adultos (desde su décimo quinto aniversario) durante los años setenta mientras que las mujeres no experimentan modificación en el ritmo de su progreso. El fenómeno, sin embargo, fue temporal, los datos recientes dejarían ver una recuperación en estas edades que por un tiempo fueron desfavorecidas. Cabe señalar igualmente que la mortalidad juvenil en estos diez últimos años se beneficia, para los dos sexos, de la disminución más sostenida. Queda por analizar la naturaleza de estas diferencias estudiando las causas inmediatas de la muerte.

## 5.5. La edad: la naturaleza del riesgo

### 5.5.1. Riesgo natural o social

Estos ritmos de la transición masculina y femenina los comparten la mayoría de los pueblos en la medida de las características fisiológicas asociadas al sexo. En las sociedades tradicionales, los altos riesgos que implica la maternidad daban una ventaja vital a los hombres. En este contexto de sobremortalidad femenina, la juventud de la esposa contribuía a la perennidad de la familia. Pero las observaciones corrientes tienden a dar mayor importancia al medio ambiente social, más que a un

principio biológico, para explicar las discriminaciones sexuales de la mortalidad moderna. En un mundo industrializado, la causa primera de la sobremortalidad masculina se debe al excesivo consumo de tabaco, de alcohol y al ejercicio de profesiones peligrosas. En las sociedades campesinas, las carencias nutricionales, o las de los cuidados, exponen más bien a las mujeres a quienes la procreación debilita y el alumbramiento amenaza. Además, la escasez de recursos puede ser causa de una discriminación sexual mortífera para las niñas como se ha observado en la Sierra. Si la repartición desigual de la fortuna entre grupos sociales es muchas veces reconocida, los investigadores rara vez han estudiado las disparidades intrafamiliares de la distribución de los alimentos, de los cuidados médicos o de la atención de los padres.

Algunos traducen esta ventaja femenina en términos de una mejor adaptación de la mujer a la modernidad urbana (Waldron, 1985) e industrial. El argumento parece engañoso porque su participación en la actividad industrial está limitada por sus tareas familiares: las mujeres son menos numerosas en la conducción de vehículos de motor, en el ejercicio de una actividad asalariada o peligrosa, incluso en las ciudades. Con todo, las informaciones de que se dispone disipan mal la vaguedad de estas observaciones, que ayudan solamente a discernir las causas inmediatas de la muerte según la edad y el sexo para el conjunto del país. La determinación de estas causas sigue siendo, es verdad, aproximada pero la gran amplitud de su variación durante la vida de las generaciones prevalece sobre la imprecisión de la estadística (77).

### 5.5.2. A causa de la edad

La ordenación de las causas de la muerte en el curso de la vida es ante todo natural: los tumores inician un crecimiento exponencial alrededor de los treinta años, las enfermedades infecciosas y parasitarias eliminan sobre todo a los niños de poca edad antes de que adquieran las inmunidades indispensables. Las deficiencias de los aparatos circulatorio, genital o digestivo arrebatan a las personas de edad con órganos desgastados. Hay causas obstétricas naturalmente femeninas o, por el contrario, perturbaciones del metabolismo que no parecen señalar ninguna preferencia para una edad o un sexo y están en conformidad con la mortalidad general.

La fuerte incidencia de las enfermedades víricas durante la primera infancia se debe al sarampión, no se observa una mejor resistencia femenina para estas epidemias. Ciertas causas presentan variaciones más singulares. La tuberculosis se distingue de las otras enfermedades infecciosas por la mortalidad creciente con la edad. Mientras esta epidemia afecta a los dos sexos igualmente hasta los treinta y cinco años, los hombres más tarde están dos veces más amenazados.

Fig. 21. Enfermedades infecciosas según la edad y el sexo

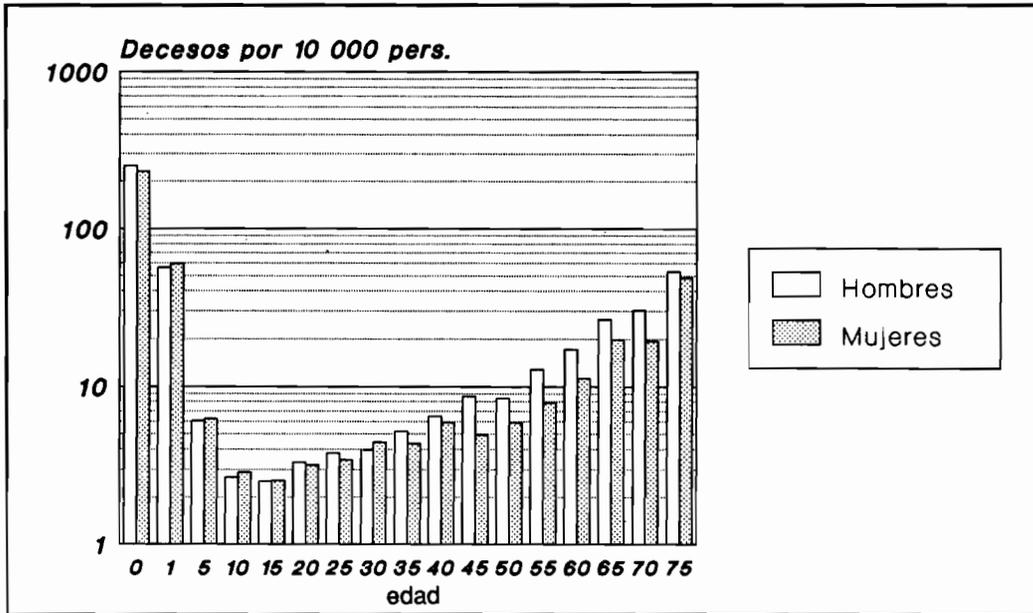
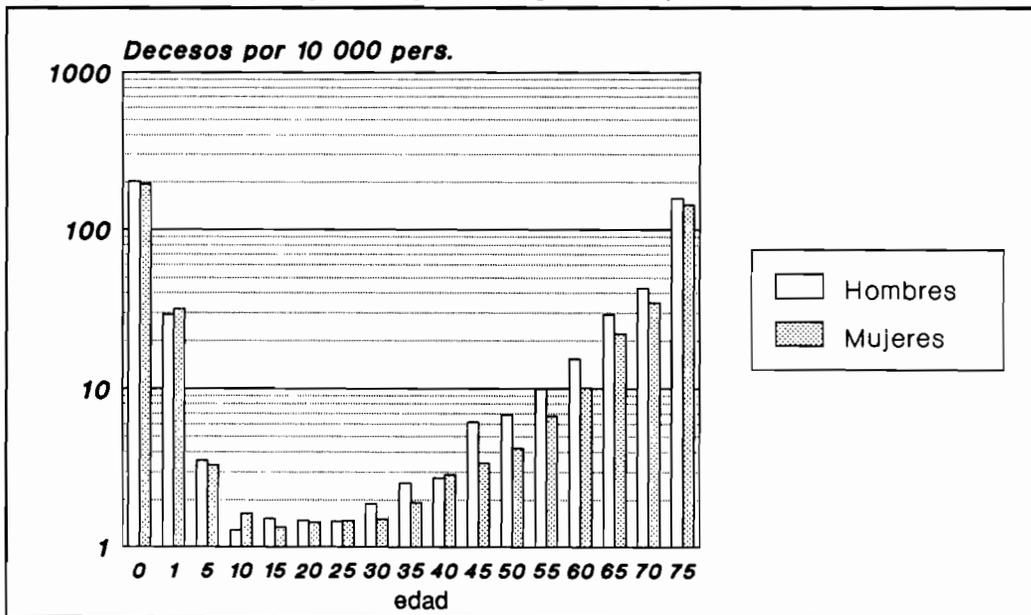


Fig. 22. Enfermedades del aparato respiratorio según la edad y el sexo



Los tumores son muy tempranamente mortales en las mujeres adultas por causa de órganos precozmente vulnerables: el seno y el útero. Los hombres se igualan con sus compañeras para los cánceres después de los sesenta y cinco años; su ligera sobremortalidad sigue siendo entonces poco significativa para las lesiones internas de delicada localización. Entre ellos el alcoholismo explica tal vez la importancia de los cánceres del estómago. Las enfermedades del aparato digestivo acarrearán dos veces más muertes entre los hombres, y su crecimiento es igualmente exponencial con la edad. La importancia de las cirrosis designa el origen alcohólico probable de una parte de los fallecimientos.

Cabe señalar la importancia de las muertes atribuidas a la malnutrición y a las anemias aún cuando el diag-

nóstico pueda levantar muchas reservas. Estas deficiencias serían directamente responsables de casi una décima parte de los fallecimientos entre uno y cuatro años y parecen más frecuentes entre las niñas, confirmando el marcado ostracismo que las perjudica. Una ligera sobremortalidad femenina se mantiene después cuando los partos muy frecuentes debilitan un cuerpo mal nutrido. La diferencia con los hombres se ahonda a partir de los veinte, veinticinco años cuando las mujeres tienen muchos hijos. Los ancianos serían igualmente, en número no despreciable y creciente con la edad, víctimas del hambre.

Los trastornos mentales modifican poco la mortalidad; se notará no obstante su crecimiento regular entre los adultos y sobre todo la aplastante mayoría masculina

Fig. 23. Enfermedades del aparato digestivo según la edad y el sexo

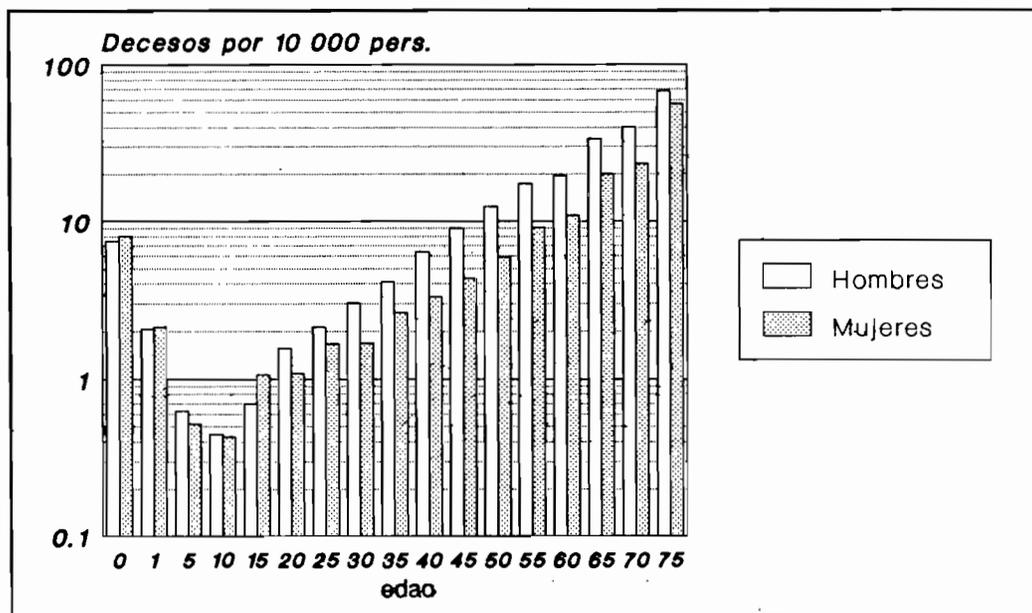
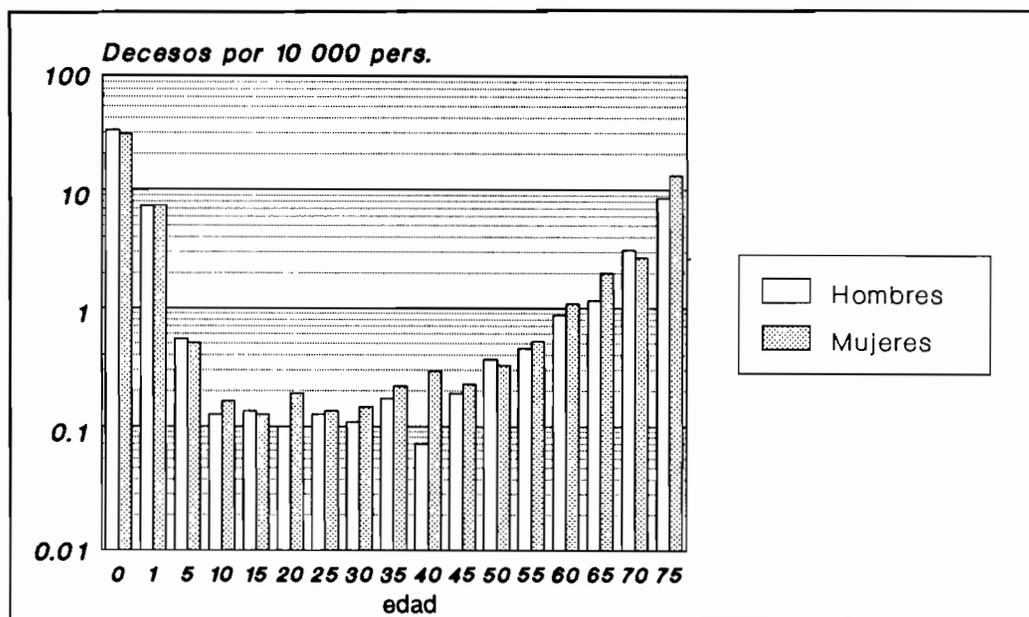


Fig. 24. Deficiencias de la nutrición según la edad y el sexo



de las víctimas. Ninguna causa está precisamente definida a excepción de la dependencia alcohólica que afecta casi exclusivamente a los hombres.

Las enfermedades de la hipertensión, cerebrovasculares, de la circulación pulmonar o del aparato urinario se encuentran en parte ligeramente superior entre los hombres. Las mujeres que viven por más tiempo se ven, sin embargo, más expuestas después de los setenta y cinco años a las enfermedades de la vejez. A cambio, las afecciones cardíacas isquémicas son dos veces más mortales entre los hombres de cincuenta a sesenta y cinco años, llenándose la diferencia progresivamente después de esta edad. Esta diferencia está presente en muchas culturas y se debe a que más hombres que mujeres

fuman cigarrillo y en cantidad más nefasta. A esta causa principal asocian los estudios llevados a cabo en América del Norte o en Europa los comportamientos masculinos violentos o el efecto protector de las hormonas femeninas, pero sus conclusiones no son definitivas.

Del conjunto de estas causas inmediatas, se deducirá una clara ventaja femenina contra las enfermedades infecciosas salvo durante la primera juventud que castiga la pobreza. Se ha asociado la mayor vulnerabilidad de los hombres a factores genéticos: la pareja de cromosomas X en las células de la mujer produce más altos niveles de una de las principales clases de inmunoglobulina (IgM) (Waldron, 1983) pero el argumento tiene sus detractores. Al lado de una posible superioridad fi-

Fig. 25. Enfermedades del aparato circulatorio según la edad y el sexo

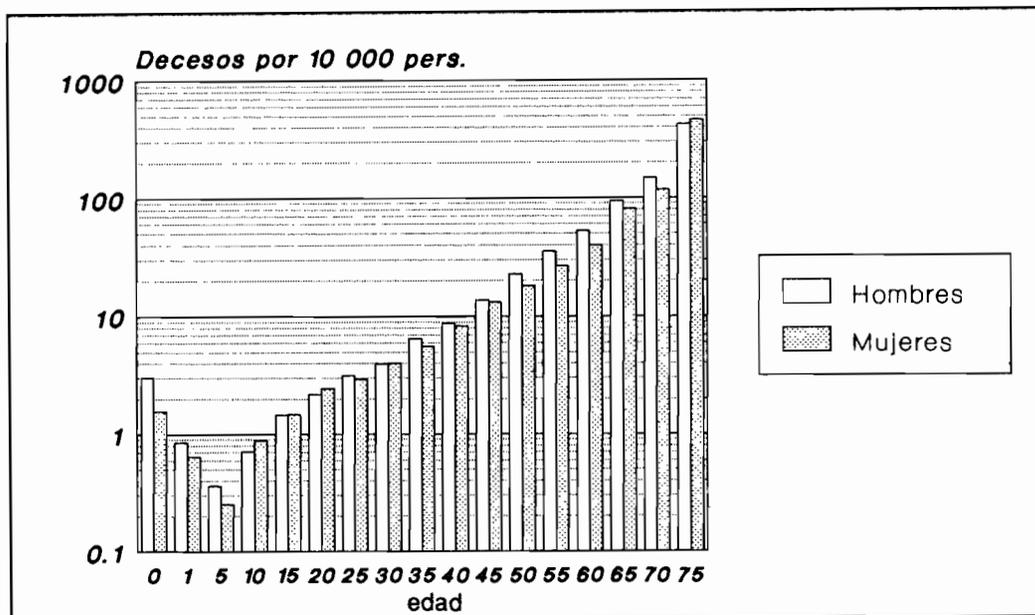
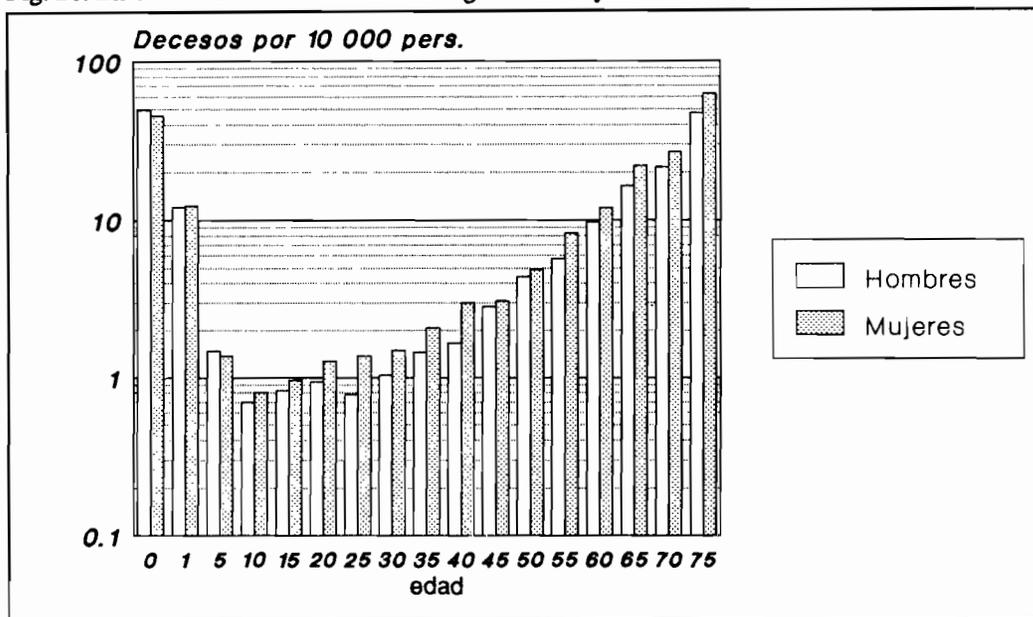


Fig. 26. Enfermedades del metabolismo según la edad y el sexo



siológica, conviene tal vez pensar que la sedentariedad doméstica les ahorra algunos contagios, permite una alimentación más regular en un contexto familiar menos provocador de tensión que el universo masculino.

Un conjunto de indicadores sugiere, sin precisarlos, el influjo funesto del alcohol en la mortalidad masculina de origen metabólico o nervioso. Pero fundamentalmente, la muerte violenta es masculina: en edades adultas dos difuntos sobre tres son víctimas de un traumatismo. Entre los diez y los cincuenta años la carretera mata con más frecuencia que cada una de las otras causas catalogadas. Las diferencias son exorbitantes entre los sexos: cuando muere una mujer se cuentan

entre los hombres siete homicidios o tres accidentados en carreteras, tres caídas o un poco menos de dos suicidas (1,7 exactamente). Hay edades de extrema violencia entre los hombres: entre los veinte y veinticinco años, catorce de entre ellos por cada mujer morirán de un crimen de sangre. Se puede relacionar esta mortalidad con excesos de un comportamiento machista sin olvidar que se trata del sexo de las víctimas. En esto también la edad es una desventaja: la muerte por traumatismo es más frecuente entre los ancianos. Después de los setenta y cinco años, con una vigilancia disminuida, las mujeres estarán más amenazadas por los actos criminales, los coches, las caídas accidentales y su ventaja con relación a los hombres se reduce.

Fig. 27. Enfermedades nerviosas según la edad y el sexo

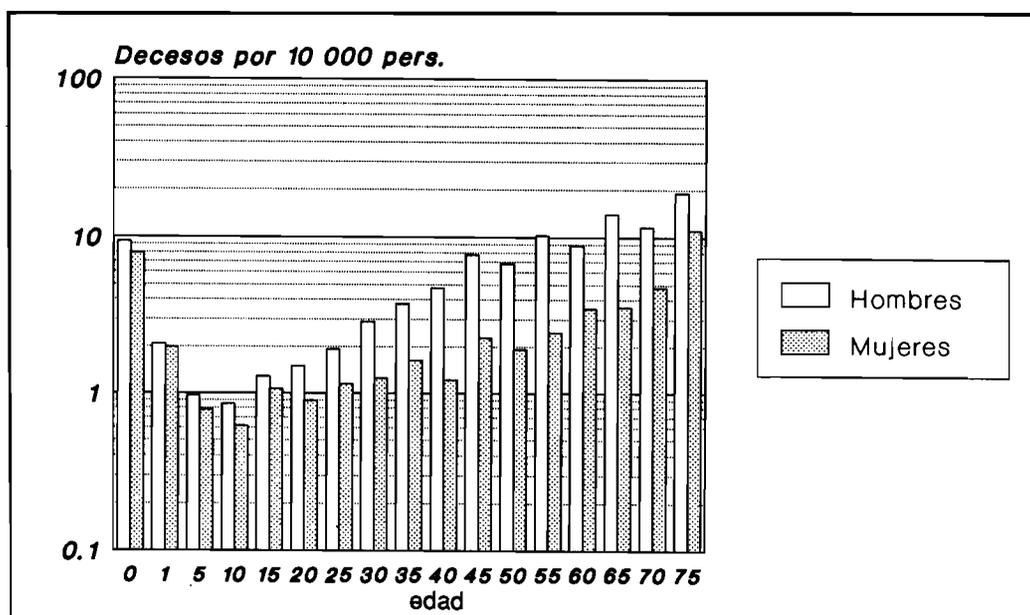
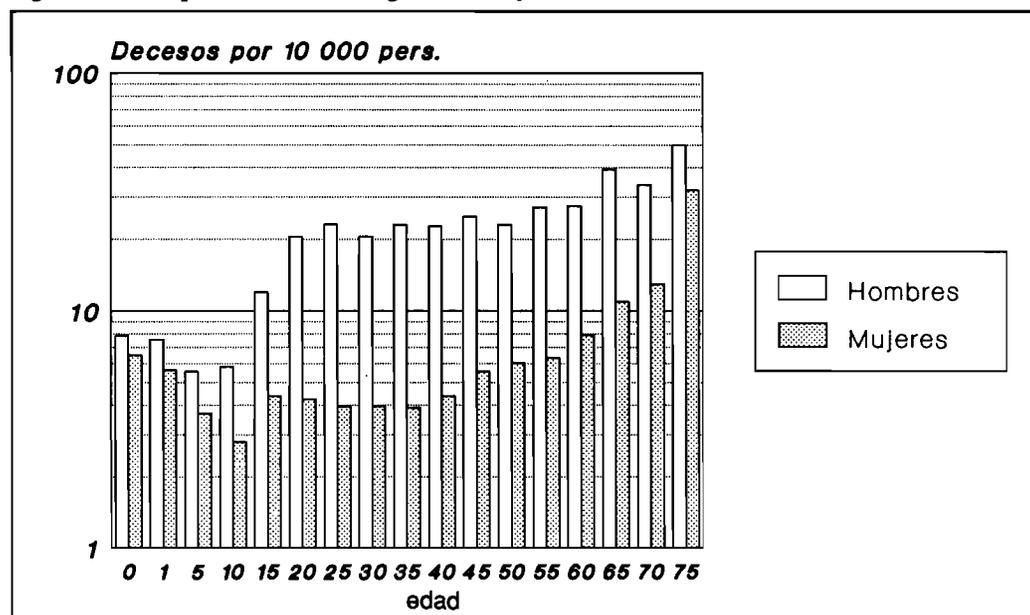


Fig. 28. Muerte por traumatismo según la edad y el sexo



Existe una excepción, una sola, en la sobremortalidad masculina por traumatismo: el suicidio de las jóvenes entre diez y diecinueve años. ¿Se debe ver ahí la sanción a las maternidades accidentales o apresuradas luego la pubertad? Veremos que, en el Ecuador, existe una sobremortalidad atípica de las mujeres muy jóvenes. Casi todos los datos históricos e internacionales confirman esta sobremortalidad violenta de los hombres que se atribuye a muchas diferenciaciones sexuales del comportamiento (Preston, 1976): imprudencia en las carreteras, embriaguez al volante, uso de armas de fuego, práctica de ejercicios o de trabajos físicamente peligrosos... Hay investigadores que atribuyen esta disposición agresiva a la hormona sexual masculina y al

cromosoma Y, pero los métodos y las pruebas no coinciden. Con más seguridad la capacidad de dar a luz y de criar protege a las mujeres en las tareas domésticas de la reproducción, reservando a los varones jóvenes la educación de las actividades más peligrosas.

### 5.5.3. El futuro de las políticas

Esta división de las tareas, y por ende de los peligros, no es invariable, pero no se conoce por lo tanto la evolución futura. Se ignora, por ejemplo, si el incremento del empleo femenino ha de ser la causa de una mortalidad más fuerte y si el tabaquismo entre ellas será más extendido. Por de pronto, el orden relativo de las

Fig. 29. Importancia de algunos grupos de causas según la edad de los hombres.

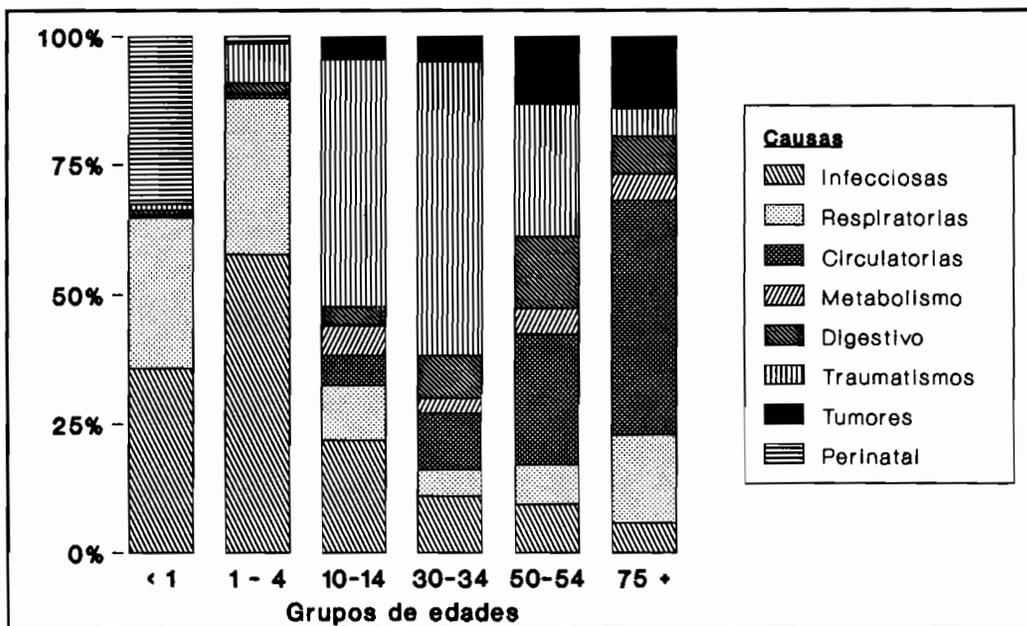
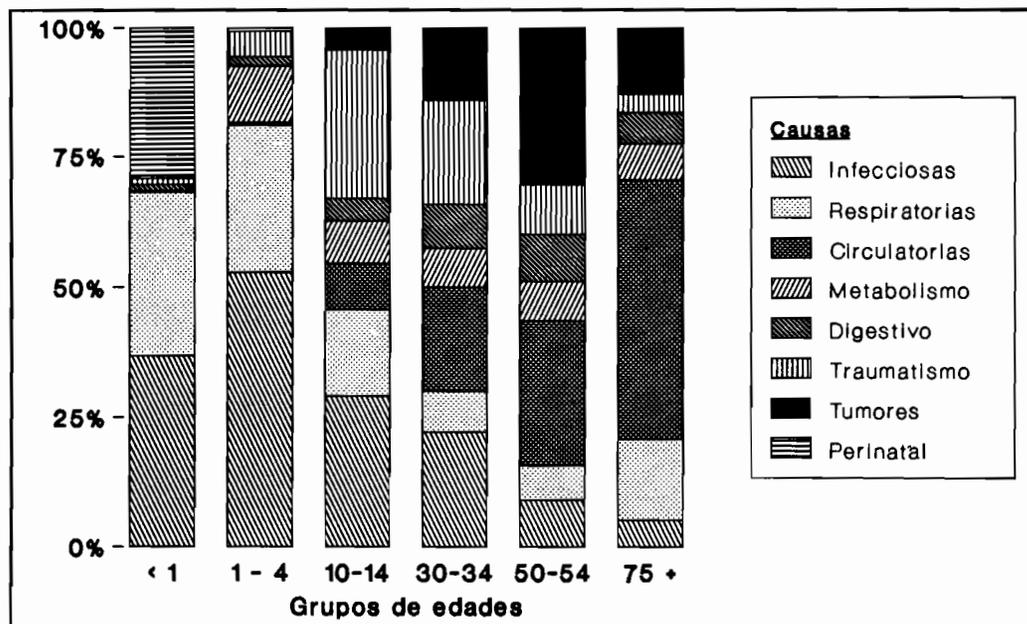


Fig. 30. Importancia de algunos grupos de causas según la edad de las mujeres.



causas en cada grupo de edad (figuras 29 y 30) designa la urgencia de progresos por realizarse.

Así la importancia de las enfermedades infecciosas y de sus complicaciones respiratorias (pneumonías y bronquitis) en los niños no revela tanto su fragilidad fisiológica cuanto la pobreza de los padres y las deficiencias de las prevenciones sanitarias. Hay enfermedades que se combaten con pocos gastos y que son responsables de más de la mitad de los decesos infantiles.

La segunda urgencia sería reforzar la seguridad de los automovilistas, de los trabajadores y de los ciuda-

danos. Las muertes violentas presentan dos rasgos impresionantes: son, en mucho, mayoritarias para los hombres, en menor grado para las jóvenes y no señalan ningún retroceso durante el período observado. La prevención se justifica tanto por el número de muertes violentas cuanto por la importancia social de los adultos activos que tienen a su cargo la familia; hay desapariciones con repercusiones humanas y económicas graves.

Las mismas responsabilidades familiares abogan a favor de una acción contra la mortalidad maternal. Pero mientras se efectúen numerosos alumbramientos sin

asistencia médica (83% del total de nacimientos de la zona rural en 1980 contra 29,8% en las ciudades) es poco probable que se obtenga un progreso decisivo. No obstante, este riesgo seguirá retrocediendo con la baja de la fecundidad y si la nutrición de las madres mejora.

### 5.6. Edad y generación

En las poblaciones estacionarias, la mortalidad observada en un año determinado en cada edad iguala a la que viven las generaciones presentes; las estructuras sincrónica y diacrónica son idénticas. En otras palabras, la edad promedio de los difuntos da una estimación exacta de la esperanza de vida de un recién nacido con la reserva de que no se puede presumir de la historia de un pueblo, de sus guerras, de su prosperidad económica y de las nuevas enfermedades que habrá de afrontar. Pero en situación de transición demográfica, está excluido el pretender conocer la vida promedio de una generación antes de la extinción de todos sus miembros; un ecuatoriano nacido en 1985 desconoce su esperanza de vida exacta.

Sin disponer de una larga serie temporal de estadísticas vitales, la mortalidad de las generaciones no es conocida sino por lapsos sucesivos de treinta años.

Obviamente, este período es muy corto para reconstruir su duración, y no hay como basarse en estructuras-tipo a causa de la atipia total de la mortalidad de las generaciones en período de transición vital rápida. El ejemplo tomado para la Costa ilustra cuan alejados estamos de las hipótesis de estabilidad, y por tanto de conformidad estructural. Los hombres, pero sobre todo las mujeres, nacidos entre 1920 y 1950 han visto bajar su probabilidad de morir en el curso de su vida de adultos, al compensar el progreso sanitario los estragos de la edad.

### 5.7. El estado matrimonial

Es un hecho casi universal la comprobación de una sobremortalidad de los individuos fuera de matrimonio, ya sean solteros, viudos o divorciados. Diferencias de muchos años de vida media no son raras, frecuentemente más grandes entre los hombres. La medida de esta mortalidad diferencial es en el Ecuador aproximada por el hecho de una discordancia entre los estados matrimoniales registrados para los decesos y las poblaciones de referencia: los registros del estado civil no anotan ni las uniones ni las separaciones, al contrario de los censos. Si un hombre vive en unión libre, su muerte será aplicada sea al grupo de los solteros, sea al de los casados según la declaración de sus allegados (78).

Fig. 31. Mortalidad de las generaciones masculinas en la Costa

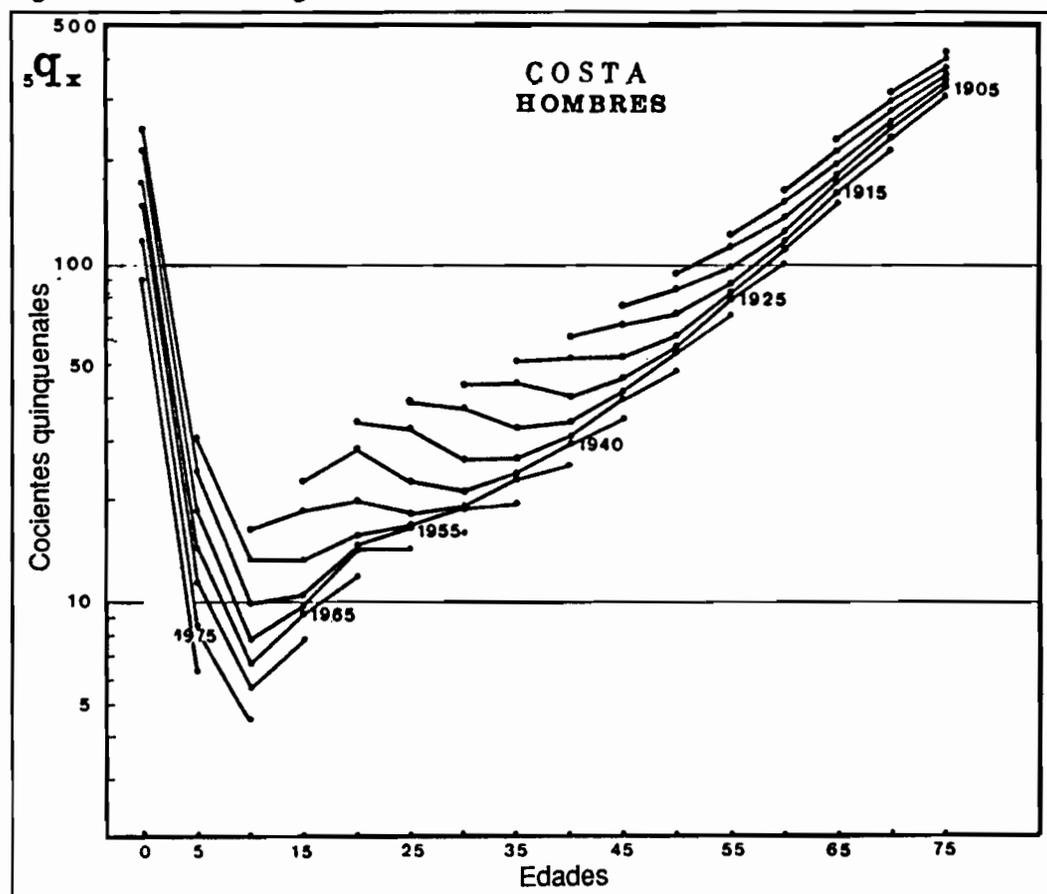


Fig. 32. Mortalidad de las generaciones femeninas en la Costa

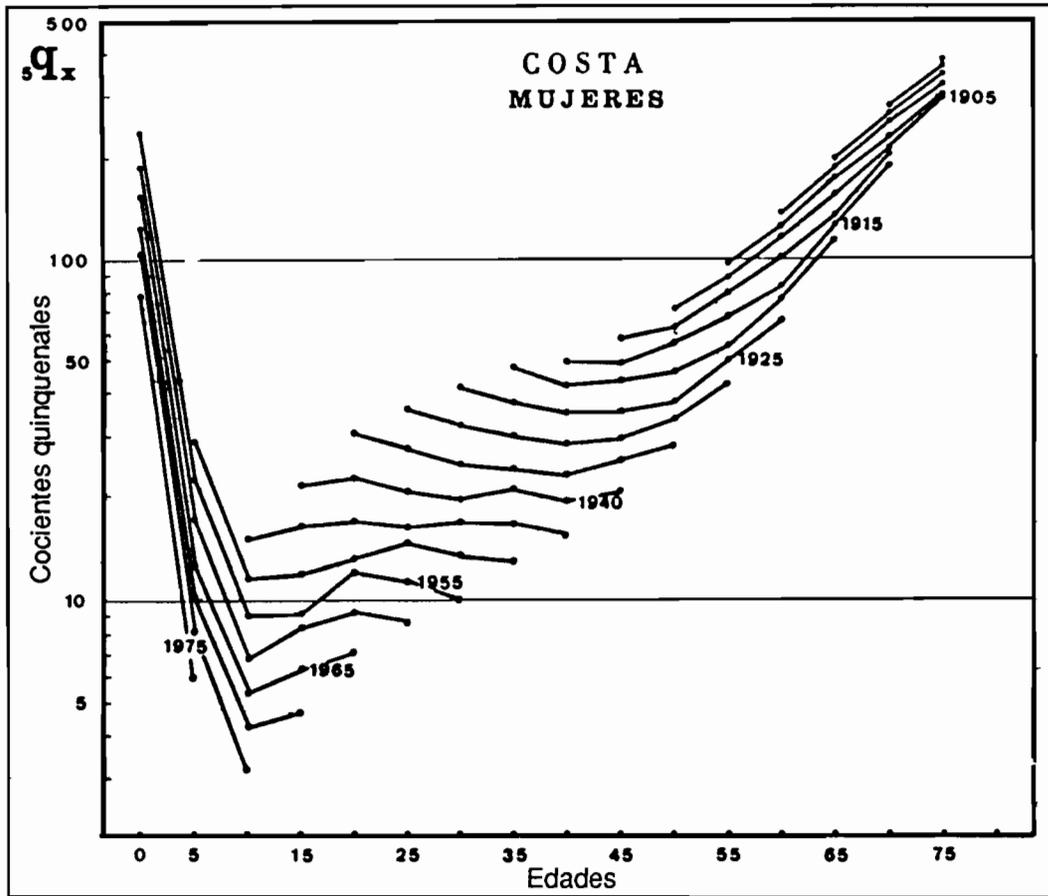
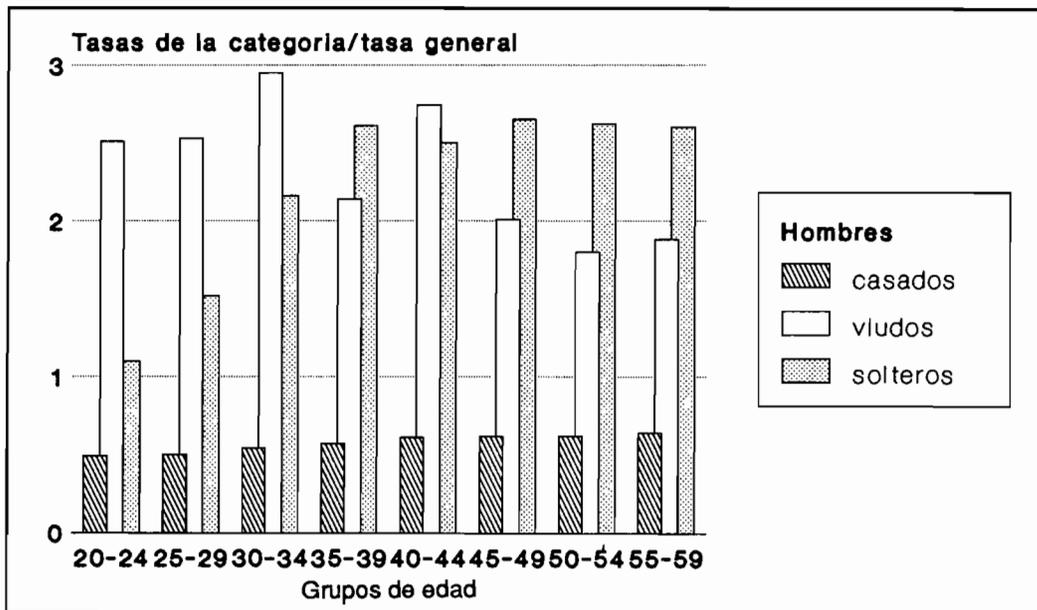


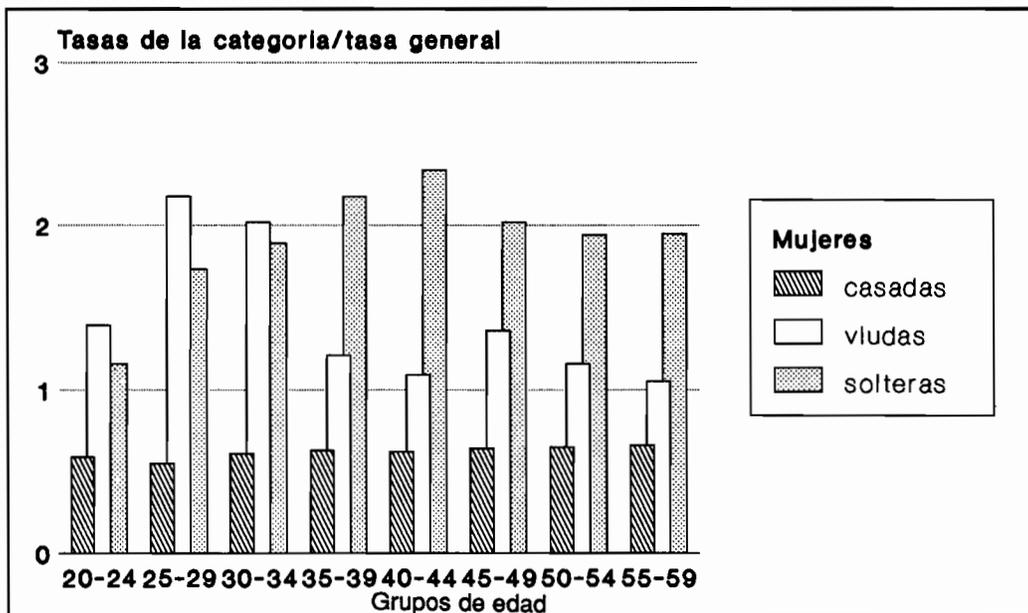
Fig. 33. Mortalidad masculina según el estado matrimonial



La menor mortalidad de los casados sin embargo no ofrece duda puesto que se mantiene para el conjunto de las personas casadas y en unión libre. Se comprueba que la soltería implica un riesgo crecido de morir en los

hombres más que para las mujeres. Esta situación evoluciona hacia un máximo alrededor de los treinta y cinco y cuarenta años, decreciendo ligeramente luego para las mujeres. La viudez parece más funesta entre los esposos

Fig. 34. Mortalidad femenina según el estado matrimonial



muy jóvenes, disminuyendo su incidencia con la edad. El riesgo que entraña la separación o el divorcio no ha sido registrado ya que aparentemente ese estado matrimonial lo ocultan varias veces los allegados del difunto, sobre todo si se trata de una mujer. Hay acuerdo en pensar que por la vía del matrimonio se opera una selección que segrega a los individuos más frágiles o expuestos a una desaparición precoz.

### 5.8. Las singularidades nacionales

Las tablas abreviadas de mortalidad discutidas aquí presentan valores doblemente ajustados cuya elaboración final se apoya en tablas-tipo que se supone son representativas de un comportamiento homogéneo de las poblaciones latinoamericanas. El método empleado, el de los componentes principales, establece un compromiso entre las estructuras observadas en el Ecuador y las normativas de los modelos. La primera está tachada de errores de observación, la segunda de arbitrariedad: las singularidades reales quedarán esfumadas por el ajuste.

Se procedió por tanto a una investigación sistemática de las "atipias" para cada provincia y en cada época quinquenal. Se trata, simplemente, de un análisis de las diferencias de la estructura observada con relación a la tabla normativa para niveles comparables de la mortalidad. El detalle de los cálculos no tiene lugar aquí (Delaunay, 1988 b.), sólo algunos (79) ilustrarán los fenómenos más significativos.

#### 5.8.1. Los errores de la observación

Convendría eliminar, en cuanto es posible hacerlo, los errores estadísticos para no conservar sino las atipias que revelan una singularidad real. Ciertos sesgos, que

un tipo de irregularidad en el tiempo y en cada edad ponía de manifiesto, tocaban sobre todo a las poblaciones poco numerosas y de escaso riesgo, como los adultos de cada provincia amazónica. Se da el caso flagrante de subdeclaración en ciertas edades que el método de Brass no corregía, principalmente en la Amazonía en donde los niños muy pequeños no podían ser tan poco afectados por una mortalidad general fuerte. Se trata evidentemente de una negligencia cívica que el afinamiento completa conforme a una norma latinoamericana en este caso tal vez muy modesta. Porque esta normalización introduce una duda molesta cuando el valor observado de la mortalidad de los niños se sitúa de entrada por encima de las normas continentales (así en los Andes) mientras que el subregistro es manifiesto.

Lo mismo que la atracción de las decenas queda demostrada por la forma en dientes de sierra de la curva de la relación de los cocientes. Este error sistemático demuestra que la edad de los difuntos se redondea más toscamente que la de los vivos. Estas anomalías se observan en las provincias del Carchi, de Esmeralda, de El Oro y del Oriente amazónico; son más francas para las mujeres (80).

Un sesgo más grave debe ser considerado: una mortalidad reducida antes de los sesenta y cinco años puede derivarse de una tendencia a exagerar la edad de los ancianos. El riesgo un poco menor al principio de la vejez, en relación a las normas desaparece cuando se reagrupa los decesos más allá de sesenta y cinco años. Esto refuerza la sospecha de un sesgo de las declaraciones en favor de una muerte tardía.

Observemos finalmente, para confirmar su realidad, que las atipias no cuadran con la geografía de las defi-

ciencias estadísticas. Todo lo contrario, provincias cuya mala calidad de los registros es conocida (Loja, Esmeraldas) pueden manifestar una buena conformidad con los modelos latinoamericanos. La atipia se afirma en las provincias andinas pero pierde su amplitud en las regiones más urbanizadas de Pichincha o de Azuay.

5.8.2. Un país latinoamericano

La confrontación del esquema latinoamericano de mortalidad con el modelo "Oeste" de Coale y Demeny revela una historia demográfica y epidemiológica original de este continente con relación a Europa y al resto del mundo. La mortalidad de los niños es aquí elevada, multiplicada por cuatro en el primer aniversario cuando la vida media es de cuarenta años, otra sobremortalidad relativa se encuentra al comienzo de la edad adulta pero los ancianos tienen un riesgo menor. El estudio que acompaña la presentación de las tablas-tipo añade:

"Estas diferencias son bastante reducidas cuando la mortalidad es elevada, pero aumentan a medida que la mortalidad baja, lo que traduce tal vez la importancia cada vez mayor, con relación a la experiencia de la Europa occidental, que presentan las enfermedades diarreicas y parasitarias durante la infancia y el fallecimiento por accidente (principalmente de vehículos de motor) durante la edad adulta, así como los niveles relativamente bajos de morbilidad cardiovascular en edades más avanzadas" (UNITED NATIONS, 1983a: 11).

Ahora bien el Ecuador presenta la misma deformación, con relación al modelo "Oeste" pero también en comparación con el esquema latinoamericano, acen-

tuando su especificidad. La mayoría de las provincias ecuatorianas amplían las particularidades ya esbozadas para el continente con muchos matices regionales y una real inestabilidad en el tiempo.

Los ecuatorianos resistirían mejor que sus vecinos a las enfermedades de la degeneración de los órganos a partir de los cuarenta - cincuenta años para los hombres, un poco más tarde para las mujeres. ¿Esta magra compensación sería una ventaja de los riesgos altos y selectivos en los que antes han incurrido, o simplemente resultaría de las declaraciones erróneas de las edades? Con más seguridad, el progreso descuida a la juventud: niños pequeños y adultos jóvenes de los dos sexos están anormalmente amenazados, esto es verdad para todo el período observado y tanto más en nuestros días con la disminución de la mortalidad general. Algunas regiones, en su mayoría costeras, presentan sin embargo un comportamiento más conforme con la norma, la provincia del Guayas es desde este punto de vista ejemplar.

En la complejidad de las evoluciones, son discernibles cuatro particularidades sin que se pueda certificar su origen.

a - Las mortalidades infanto-juveniles

Hasta el comienzo de la era petrolera, los niños afrontan una sobremortalidad de veinte a treinta por ciento más elevada que el resto del continente. La desventaja es impresionante entre uno y cinco años, sugiriendo la acción de causas exógenas. Esta atipia es una característica andina y probablemente amazónica. No se la observa en ninguna provincia costera ni tampoco en

Fig. 35. Mortalidades atípicas, hombres de la Sierra

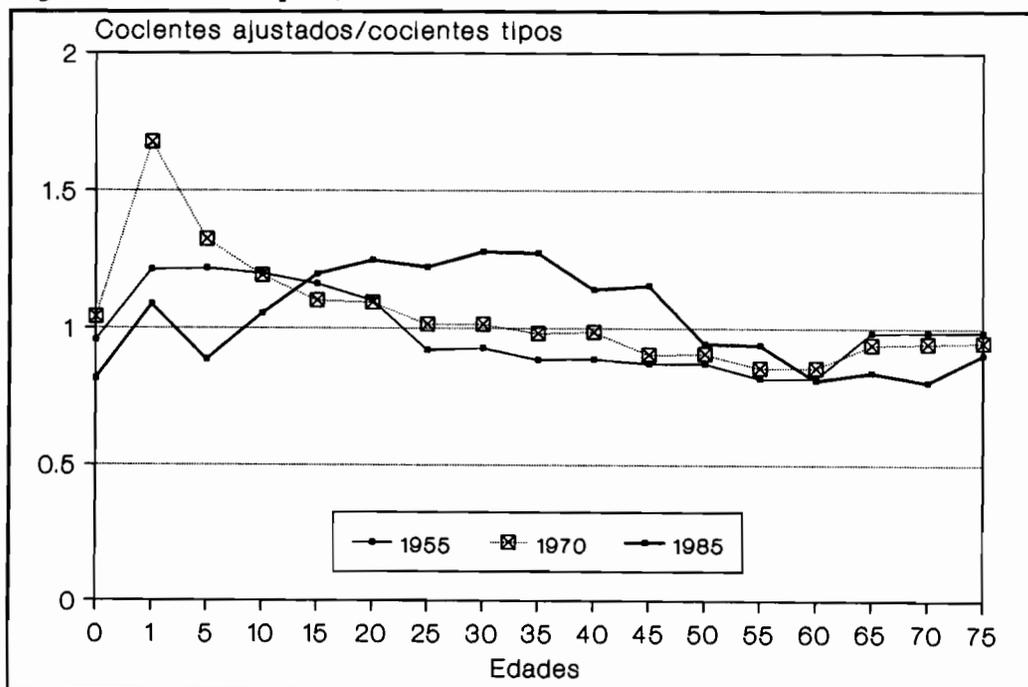


Fig. 36. Mortalidades atípicas, mujeres de la Sierra

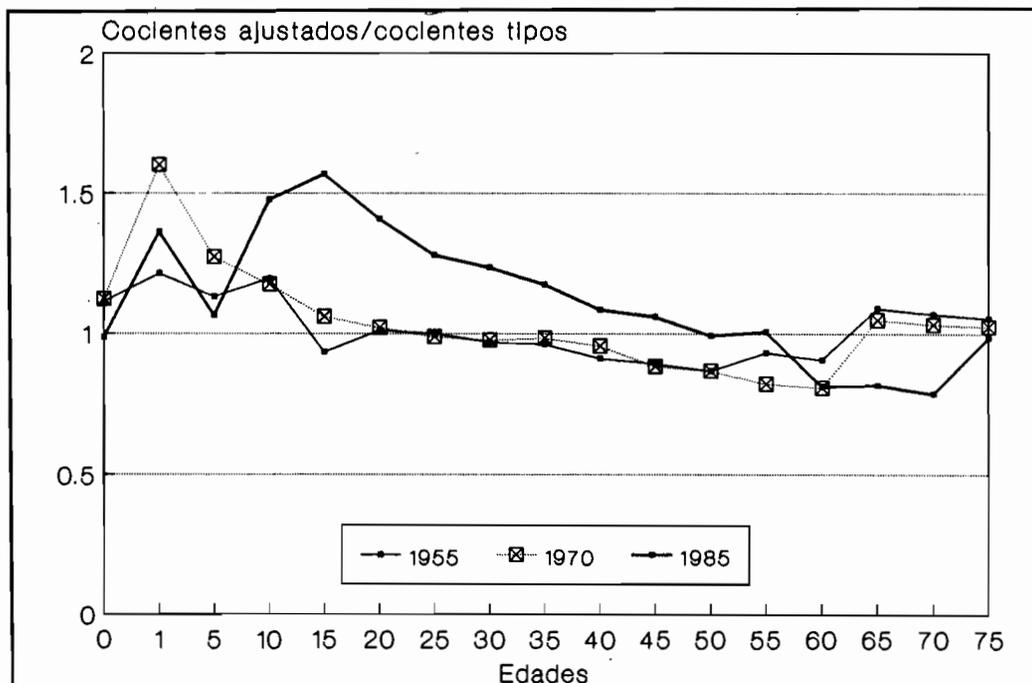
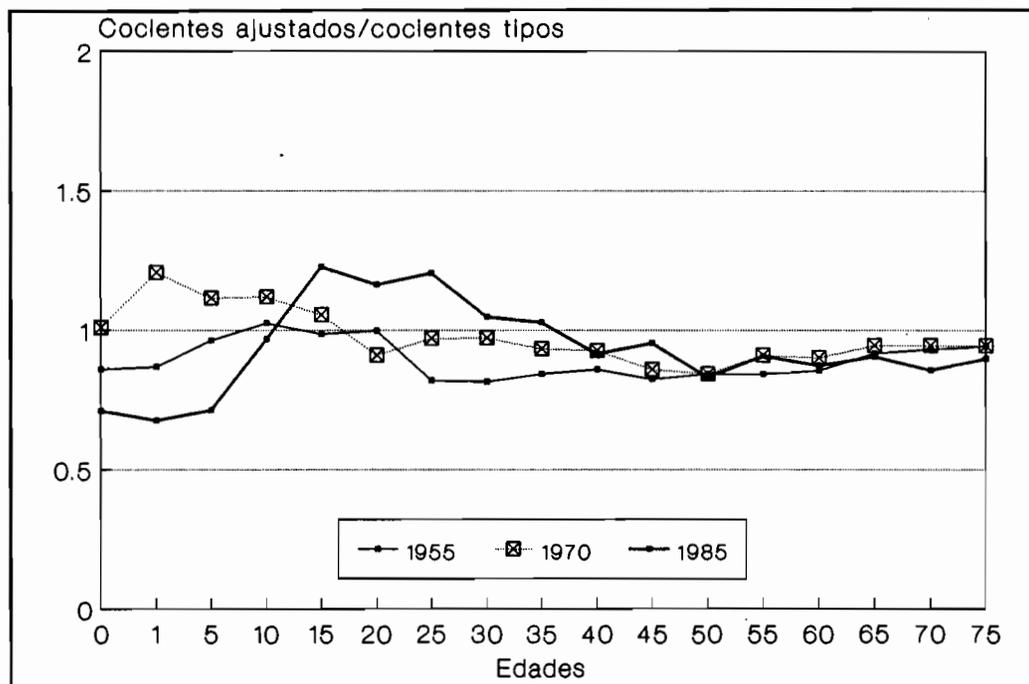


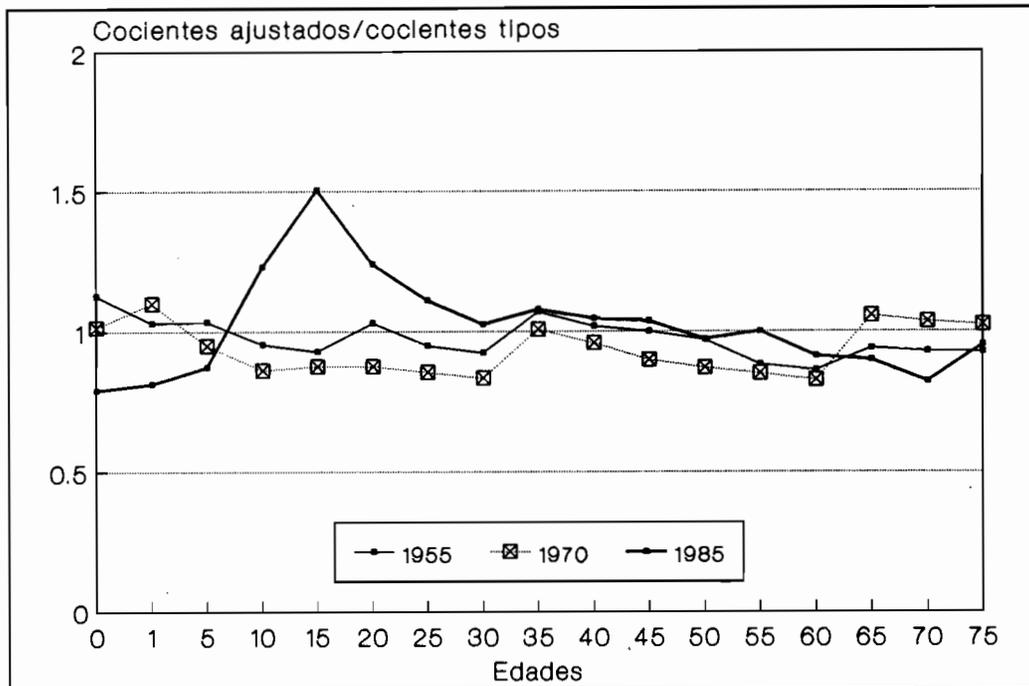
Fig. 37. Mortalidades atípicas, hombres de la Costa



Loja, donde sin embargo, el nivel muy débil de la mortalidad infantil permite temer un importante subregistro. En 1980, la mortalidad infanto-juvenil está por debajo de las normas sudamericanas en las provincias secas (Loja, El Oro, Manabí). Hay que esperar la prosperidad económica de los años setenta para observar un aumento suficiente de la supervivencia de los niños hacia un nivel hoy día "normal". La de los niños de uno a cuatro años marca, sin embargo, un retardo persistente. Su origen

podría ser estadístico: una tendencia a exagerar la edad de los recién nacidos muertos al tiempo de las declaraciones tardías, pero es difícil pensar que este sesgo se acentúe con el tiempo. Esta singularidad denota probablemente el predominio de las enfermedades más difíciles de erradicar, añadiéndose a las infecciones habituales. Se relacionará la localización andina del fenómeno y la importancia de las afecciones respiratorias a las que predispone la altura.

Fig. 38. Mortalidades atípicas, mujeres de la Costa



#### b - La discriminación contra las niñas

Durante la infancia, las niñas son las más desfavorecidas. Es uno de los rasgos sorprendentes de la mortalidad ecuatoriana que en ciertas provincias de la Sierra alcanza proporciones alarmantes. La sobremortalidad de las niñas se nota en valor absoluto con relación a los hombres entre el primero y el quinto aniversario. Ella se destaca igualmente por comparación con las normas latinoamericanas en el conjunto de la curva de supervivencia femenina pero también con relación a los hombres, siempre en términos relativos. Esta atipia indica una funesta negligencia contra el sexo no deseado del hijo, probablemente una preferencia social para los herederos de sexo masculino. Conviene subrayar dos características de esta discriminación:

-no aparece en la Costa, ni siquiera en las provincias mal dotadas en el plano sanitario como la de Esmeraldas, pero por todas partes en la Sierra, hasta en Pichincha;

-no se debilita con la transición que favorece sobre todo a las mujeres adultas, las cuales dan la fuerza de su resistencia fisiológica, mientras que las niñas retrocedían al ritmo de los muchachos pero siempre en desventaja.

#### c - La mujer joven

Otra singularidad, pero esta vez reciente, de la mortalidad femenina se manifiesta entre los quince y veinticuatro años según una amplitud sorprendente, de 50 a 120% de fallecimientos excesivos según las provincias.

Ahora bien el parto sigue siendo peligroso en el Ecuador, el riesgo asociado ha crecido en términos relativos estos últimos años. La sobremortalidad de las mujeres muy jóvenes se nota desde 1970 en una edad que corresponde al riesgo de las primeras maternidades a veces producidas en unión libre, en un contexto social que se puede pensar reprobador.

En la Costa esta diferencia sería la anomalía saliente de la sobremortalidad femenina. El fenómeno es ahí antiguo y se atenuó alrededor de 1965, varía considerablemente de una provincia a otra, aparentemente en función de la fecundidad: viene primero el Manabí, seguido de Esmeraldas, Los Ríos y El Oro. La provincia de la capital costera sigue con un máximo siempre de quince a diecinueve años pero de forma y de intensidad idénticas a la de los hombres de las mismas edades. El peligro de los primeros partos es idéntico en las dos regiones, en cambio la sobremortalidad maternal se prolonga mucho más en la Costa por el hecho de una fecundidad en algunos sitios más tardía y más elevada.

Ninguna provincia andina, sino Loja, deja a salvo a las mujeres entre quince y veinticuatro años cuya sobremortalidad máxima es sin embargo más tardía, así como las primeras maternidades que parecen provocarla; es verdad igualmente que las uniones libres son ahí menos frecuentes. Durante el presente decenio, el peligro a los quince años es excesivo en muchas provincias: más de dos veces los cocientes normales en Cotopaxi, Carchi (en 1975), y Cañar.

Las provincias de las capitales no parecen ahorradas ya que presentan, pero en un grado menor, las mismas

deformaciones. Las mujeres de Chimborazo, de Cañar, Bolívar están particularmente desfavorecidas durante buena parte de su vida fecunda, aún cuando la disminución de la fecundidad contribuya a atenuar su importancia absoluta.

#### *d - El hombre*

La madurez es crítica para el hombre desde hace unos diez años como la juventud para la mujer. La atipia se sitúa entre los quince y cincuenta años para los serranos, de la adolescencia hasta los treinta años para los costeños. La imperfección de las medidas hace la situación más confusa en el Oriente.

Pero, por no conocer la normalidad de cada causa para el continente, las explicaciones siguen siendo especulativas. Se piensa en la soltería pero la sobremortalidad se mantiene en edades en que los solteros son raros. El peligro migratorio debe ser examinado: durante los desplazamientos temporales los campesinos jóvenes se ven confrontados con los peligros del trabajo asalariado y mecánico hacia regiones de insalubridades nuevas. Este argumento sin embargo es muy débil a causa de la brevedad de esta atipia en las provincias de emigración considerable (Bolívar) y por su carácter reciente. Esta tiende a mostrar que el fenómeno que la provoca resiste a los progresos sanitarios, y se piensa en los traumatismos, con mucho la primera causa de desaparición de los hombres adultos. Es fuerte la presunción de un retardo del Ecuador en el conjunto del continente en materia de prevención de los accidentes laborales como del tráfico automotriz.

#### CONCLUSION

Las atipias señaladas de la mortalidad ecuatoriana exigen otras tantas recomendaciones en favor, por lo menos, de una nivelación con las normas continentales. La geografía de la muerte indica las urgencias de su prevención.

Morir de parto es una negligencia social de la que son culpables los hombres que tienen el poder. La sobremortalidad de las madres, principalmente de las muy

jóvenes, es ciertamente injusta porque se añade a las cargas múltiples de la reproducción.

Los niños ecuatorianos parecen ser las numerosas víctimas inocentes de la guerra económica que sostienen las naciones ricas. Su supervivencia es asunto de desarrollo económico y social, de una política igualitaria de acceso a los servicios de salud. Hay que reconocer que los progresos inherentes al petróleo fueron decisivos pero efímeros. No han sido capaces de borrar el ostracismo tan secular de los pueblos indígenas amenazados continuamente por las enfermedades de profilaxia poco costosa y fácil.

Pero la duración de la vida no es solo asunto de medicina: las medidas demográficas han puesto de manifiesto el gran número de hombres adultos, y también de mujeres y de ancianos, arrebatados por los traumatismos. Esta sobremortalidad destruye las familias y lleva a las mujeres a la soledad de la viudez y quizás a la indigencia. Esta comprobación exige una legislación que pueda reforzar la seguridad del trabajo, de las carreteras y de los ciudadanos.

La muerte golpea de preferencia a los pueblos aislados, alejados de las carreteras, de los hospitales, de los intercambios. Este enclavamiento destructor afecta a los pueblos de la Amazonía, de las regiones extremas del país, de las tierras altas. Políticas de integración "reticular" por medio de las carreteras, de la radio, de las escuelas, de una medicina más móvil... no deben ser juzgadas como asunto secundario, muy al contrario. Serían ciertamente muy ventajosas en materia de salud y de supervivencia por la naturaleza de las endemias que alberga el aislamiento.

Si estas descripciones no son capaces de convencer, es preciso decir que la prolongación de la vida desprende una excepcional capacidad productiva antaño reprimida por ese fatalismo milenar que hacía costosas la reproducción y la formación de los hombres. Conviene recordar, siguiendo a Chesnais (1986) (81), esta asociación histórica entre el auge de las poblaciones, resultado de la transición vital, y el apogeo de las civilizaciones.

**SEGUNDA PARTE**  
**EL HOMBRE EN EL ESPACIO ECUATORIANO**

## NOTAS

- 1 Agradezco a Eric Bénéfice, nutricionista de la ORSTOM, por sus observaciones.
- 2 Para la exposición cómoda de estos métodos, es mejor referirse al Manual X de las Naciones Unidas sobre las técnicas indirectas de estimación demográfica. New York, 1984.
- 3 Según estos datos, la mortalidad de los niños crece fuertemente con la edad de la madre, lo que es contrario a toda observación concreta, por tanto la de la Encuesta Nacional de Fecundidad. Véase Delaunay (D.) 1988 b.
- 4 Se intentó obtener las poblaciones "de derecho" para las zonas urbanas y rurales en 1962 y 1974, pero en vano. Véase Delaunay (D.) (1987) "Migraciones internas..."
- 5 Desde este punto de vista, sería más segura una clasificación por síntomas.
- 6 La transición vital expresa, dentro de la transición demográfica, la que se refiere específicamente a la evolución de la mortalidad y de la fecundidad. Se completa por la transición migratoria, la que da cuenta de la aceleración del éxodo rural y de la colonización de las zonas vacías. Ver para más detalles el cap. 4
- 7 Probablemente ha bajado de 1930 a 1950 y aumentado en esta fecha hasta la revolución contraceptiva de 1964. Véase nuestro estudio de la fecundidad en la presente obra.
- 8 Los valores citados en la figura están tomados de las tablas abreviadas de mortalidad y corresponden a un promedio de las esperanzas de vida masculinas y femeninas.
- 9 Nuestras estimaciones darían una esperanza de vida de alrededor de 62 años para el período observado por el CELADE (1975-80) contra 60 años según esos valores compilados.
- 10 Se olvida, con mucha frecuencia para las necesidades de la demostración, que, en un sistema interactivo, sólo una correlación nula no es equívoca a: ella prueba la ausencia de relación, mientras lo contrario no es verdadero.
- 11 "Socioeconomic development and public health individually explain about eleven and ten percent of the variation in general death and only about three and one percent of the variation in infant mortality. (...) Besides the fact that the independant variables explain only percentages of small variations in the dependant variables, the relationships indicated by the previous partial correlations are affected by the problem of multicollinearity, i.e., there is a high correlation ( $r=0.94$ ) between the independant variables. About 88 percent ( $r^2 = 0.877$ ) of the variation in one variable is attributable to the other." (Uquillas Rodas, 1976: 148).
- 12 Se detallará este punto a propósito de la evolución de las tasas por edad.
- 13 El lector podrá referirse a la figura 1 para visualizar las fluctuaciones.
- 14 Para la evaluación de este programa de medicina rural, véase Ministerio de Salud Pública. Evaluación del Plan Nacional de Salud Rural. Quito.
- 15 Basta aplicar las tasas de mortalidad por edad, cuando están disponibles, a una composición por edad de referencia que puede ser la del país. Pero no se dispone de esta estructura por causa de mortalidad.
- 16 Que hemos definido en un documento anexo: Delaunay (D.) 1988 b.
- 17 Los decesos por causas no definidas repartidos a prorrata de los de causas conocidas. Esto explica ciertos crecimientos abusivos desde 1960 con el mejoramiento de los diagnósticos.
- 18 Aunque este retardo resalta más claramente después de la corrección de lo incompleto de las estadísticas vitales.
- 19 Las correcciones de la mala cobertura arrojan una duda sobre el valor real de esta evolución muy sensible al mejoramiento de los registros.
- 20 Ver Monge, 1942 p. 79-84 y 1948; Baker y Little, 1976; Little, 1981 p. 145-170.
- 21 Simmons (J.S.) y al., 1944 han emitido la hipótesis que la ausencia de una época de interrupción del desarrollo de los organismos vectores de las enfermedades era una de las principales causas de su frecuencia bajo los trópicos.
- 22 Davies, 1975. Se considera la hipótesis según la cual ciertas sustancias minerales presentes en el suelo favorecen la longevidad, lo mismo que el uso regular de plantas medicinales. La influencia del clima es probable, lo mismo que el aislamiento de los valles felices... Estos elementos benéficos son de naturaleza territorial.
- 23 Circulación de los excedentes, de los hombres y de los signos en el seno de un imperio cuya extensión decía de su eficacia. Estas redes se imponían a las comunidades sumisas más allá de las fronteras celosamente guardadas de su territorio.
- 24 Las medidas representadas son aproximadas por falta de un ajuste por grupo de causas, fue aplicada sólo una corrección global por provincia.
- 25 Se trata del conjunto de todas las enfermedades de origen microbiano, viral o parasitario y no solamente las reagrupadas bajo esta rúbrica en las nomenclaturas de la Organización Mundial de la Salud.
- 26 Este retroceso beneficioso para los niños contribuye, en un primer tiempo, a engrosar las generaciones de adultos antes de su vida fecunda.

27 Los valores mayores que aparecen en las ciudades de provincias notoriamente mal cubiertas (Esmeraldas, Los Ríos...) resultan de la aplicación de una tasa de corrección única en la provincia, mientras que la mala cobertura es sobre todo rural.

28 Igualmente más frecuente en las capitales regionales donde este síntoma se identifica mejor.

29 El problema se debe a las dificultades de una corrección por zona que tiende, por el hecho de las migraciones, a reducir abusivamente las declaraciones urbanas. Entre dos males, mejor no valía escoger.

30 Pero aquí también, la aplicación de fuertes tasas de corrección a causas bien definidas y menos susceptibles de ser escamoteadas corre el riesgo de exagerar abusivamente su evaluación.

31 Véase igualmente: Montoya-Aguilar, 1977 p. 1-9.

32 Lo que se debe a la corrección global de las mortalidades provinciales sin distinguir la cobertura urbana o rural.

33 Este punto se tratará posteriormente a propósito de las diferencias sexuales de la mortalidad.

34 Así más del 40% de muertes suplementarias en las ciudades de Esmeraldas, 10% en la costa y más del doble en las aglomeraciones de Los Ríos.

35 Siendo muy difícil enumerar las poblaciones sujetas al riesgo de morir y fuera de las condiciones de aplicación de los modelos, no es raro encontrar una "sobrecobertura" (la deficiencia está entonces del lado de las poblaciones de referencia) de las estadísticas vitales para las ciudades, en particular de la Sierra. El método confirma tasas de crecimiento natural normalmente más elevadas para las ciudades y para las regiones bajas en los años setenta.

36 Se trata de las zonas rurales de las provincias que las abrigan.

37 Para no citar sino los más recientes: Ministerio de Salud Pública (INIMS), 1984. Encuesta Nacional de Salud Materno Infantil y Variables Demográficas. Ecuador, Quito. INEC, 1984. Encuesta Nacional de Fecundidad. Ecuador. Quito.

38 Véase el detalle de esta cuestión en Delaunay, 1988b.

39 Se comprueba, en vista de las estadísticas, un aumento dudoso de la mortalidad infantil con la edad de la madre lo que es contrario a una relación general en forma de "U" según la cual la juventud de la madre y la proximidad de la menopausia son nefastas para la supervivencia de los recién nacidos, lo que confirma principalmente la Encuesta Nacional de la Fecundidad (INEC, 1984), p. 261.

40 La gran diferencia entre las poblaciones "de hecho" y "de derecho", dadas por los censos según las zonas urbanas y rurales, invalida el cálculo de las tasas de mortalidad correspondientes a partir de las estadísticas vitales. Véase Delaunay (D.), 1988 b.

41 Se observará cómo las encuestas retrospectivas subestiman las mortalidades antiguas, las estadísticas vitales no presentan este defecto, porque el registro de los acontecimientos es continuo. Además, reflejan mejor las variaciones cortas del fenómeno.

42 Datos compilados de las tablas abreviadas de mortalidad del CELADE. Se trata de promedios ponderados de los cocientes masculinos y femeninos. La ponderación toma en cuenta la relación de masculinidad al nacimiento y de los sobrevivientes a un año para la mortalidad juvenil (CELADE, 1984).

43 INEC de 1954 a 1986. Anuarios de estadísticas vitales. Quito 33 volúmenes.

44 Datos del CELADE utilizados para los figuras 10 y 11 de las comparaciones continentales. Véase la nota siguiente.

45 Las fuentes, por desgracia, difieren; estas observaciones están inspiradas por las estadísticas publicadas por las Naciones Unidas (UNITED NATIONS 1983 b), citadas por Suárez-Ojeda (E.N.) y Yunes (J.), 1985. "La mortalité infantile..." (op. cit.), p. 144.

46 Guatemala sufre una tasa algo más fuerte y Bolivia no está incluida en las estadísticas. Véase Suárez-Ojeda y Yunes, 1985, p. 144.

47 CELADE, 1984, las utilizadas para las representaciones latinoamericanas de nuestras figuras.

48 Los cocientes que se calcularon conciernen a los cincuenta y seis grupos de causas declaradas de 1979 a 1981. Las causas no definidas han sido clasificadas sobre las que lo eran. Los cocientes fueron calculados con relación a los efectivos teóricos reconstituidos de los nacimientos masculinos y femeninos (natalidad ajustada, relación universal de masculinidad al nacer).

49 La provincia de Pichincha incluye la región costeña y pionera de Santo Domingo; Bolívar una parte de vertiente costeña...

50 Ver A. Dubly y al. (1981)

51 Los ajustes atenúan estos desfases regionales en el calendario de la declinación de la mortalidad infantil. Se pensará que el mejoramiento de los registros puede aquí y allá provocar estancamientos ficticios, dado que la legislación sobre las declaraciones civiles se hace más severa a partir de 1965. Pero el argumento no es disuasivo, porque está en cuestión la mortalidad juvenil de uno a cuatro años, que se sabe mejor declarada. Sin embargo sigue siendo difícil seguir, año por año, la medida del fenómeno porque se ignora el número exacto de niños expuestos al riesgo de muerte y declarados con retardo. Desconfiando de las extrapolaciones censales del número de niños, hemos mantenido un promedio quinquenal de los nacimientos que preceden.

52 Las series provinciales han sido establecidas para el análisis pero descartadas de la presente publicación para no sobrecargarla.

53 Observamos que estas salidas tendrían más bien tendencia a exagerar la corrección de la subcobertura y por tanto atenuar las diferencias.

54 Se trata de los promedios de la mortalidad de cada sexo, corregidos de la subcobertura del registro del estado civil y afinados por el método de los logitos. La estimación seleccionada de las mortalidades infantiles difiere por tanto de la utilizada para el cálculo de las esperanzas de vida; el método de los logitos, en efecto, corrige mejor el subregistro de los recién nacidos. Recordamos que las fechas indicadas son el centro de períodos quinquenales cuyos valores de los índices representan los promedios: 1980 iguala el valor medio del período 1978-1982. Las estimaciones para 1985 se aplican al primero de enero de este año.

55 "Female neglect or even infanticide occurred occasionally and that is considered very important that the first child be male." (Scrimshaw, 1978).

56 La curva quiteña de crecimiento ponderal intrauterino es diferente a la de otros lugares; esa diferencia parece tener relación con la gran altura sobre el nivel del mar en que vive su población (Galarza p. 141).

57 Se frota al enfermo con un cobayo que absorbe la enfermedad, revelada por la interpretación de las vísceras del cuy.

58 Cabe destacar también los progresos notables de las poblaciones de Tungurahua y Carchi que se benefician igualmente de la prosperidad de ciertas producciones agrícolas.

59 La mala calidad de las estadísticas vitales lleva a medir los progresos sobre la estimación de las coberturas estadísticas, siempre susceptibles de ser invalidadas. Las regiones aisladas son igualmente las peor registradas.

60 "Once we control for child-spacing effects, other age and order effects are quite weak". (Hobcraft y al., 1985 p. 377).

61 El fenómeno es prácticamente universal. Véase Hobcraft (J.N.), McDonald (J.W.), Rustein (S.O.), 1983.

62 ¿Se debe comparar esta observación con la de Scrimshaw en los Andes, testigo de la reticencia a declarar la muerte de un primer hijo de sexo femenino? (Scrimshaw, 1978).

63 (Chandra, 1978) La hipótesis no se verificaría para todas las clases de la población. Véase Golberg (H) & al., 1984

64 Disponiendo de una muestra de todas las informaciones censales, los autores llevan un análisis factorial más completo de que lo permiten los datos publicados por el INEC.

65 MINISTERIO DE SALUD PUBLICA, s/f. Evaluación del plan nacional de salud rural. Quito.

66 Tendría que esperar la muerte de todos los de su generación. Antes de este término, sólo la mortalidad del momento puede ser medida.

67 Walvin (J.), 1986. La mort et le deuil: le cas de l'Angleterre. En: UNITED NATIONS, 1986 p. 135.

68 Reconstituida luego antes y después de la transición vital para las poblaciones estacionarias de tipo "Oeste" de Coale-Demeny. Véase McNicoll (G), Adaptation des structures sociales aux variations de la mortalité. En: UNITED NATIONS, 1986, Effets de l'évolution... (op. cit.).

69 Y la desaparición progresiva de estas prácticas puede ser una de las consecuencias de la transición demográfica.

70 Sin embargo, un ajuste de esta relación por el método de los mínimos cuadrados está aquí vedada en la imposibilidad de escoger la una o la otra variable -la vida media del uno o del otro sexo- como dependiente. Otro método no tiene esta exigencia, la cual minimiza las distancias perpendiculares más bien que las verticales.

71 Es decir la diferencia entre la esperanza de vida a los veinticinco años para los hombres y a los veinte para las mujeres.

72 Según la siguiente relación:

$$m = \frac{D(x, x+n)}{n(Sx - D(x, x+n) + aD(x, x+n))}$$

siendo m el valor estimado de la tasa  $D[x, x+n]$ , los fallecimientos entre los dos aniversarios (x) y (x+n), (n) el intervalo de la clase de edad, y (a) el número promedio de años vividos en el intervalo de la edad.

73 Se trata de valores estimados al primero de enero de este año por no haber dispuesto de las estadísticas vitales de 1987.

74 Pero se puede temer una declaración pésima de la mortalidad de las mujeres de edad avanzada.

75 Entre algunos autores véase López (A.) y Rusicka (L.) (ed.), 1983. Sex Differentials in Mortality, Université Nationale Australienne, Département de Démographie. Pressat (R), 1973. Surmortalité biologique et surmortalité sociale. Revue Française de Sociologie, vol. 73, p. 103 a 110. Véase Preston (S.H.) y Weed (J.A.), 1976. Les causes de décès responsables des variations par pays et dans le temps dans les différences de mortalité par sexe, Statistique Mondiale de la Santé, vol. 29, Nº 3. Genève, Organisation Mondiale de la Santé.

76 Este esquema no respeta la escala de las edades antes de los cinco años, a modo de un histograma, para no perjudicar la legibilidad de la figura. Los cocientes no son perfectamente comparables puesto que conciernen a períodos variables. Se trata de datos ajustados. Las fechas están centradas en los períodos quinquenales hasta 1980 (1978-1982) pero no en 1985 cuando se refiere a cuatro años.

77 Las tasas se han calculado sobre una duración de tres años (de 1979 a 1981) a fin de eliminar las variaciones accidentales de un número de acontecimientos raros. Lo incompleto de los registros está globalmente corregido y que las causas no definidas se reparten a prorrata con las que lo son.

78 El gráfico presentado se refiere a los estados matrimoniales registrados por las estadísticas vitales, y sus correspondientes censales. Las personas que vivían en unión libre al momento del censo han sido repartidas proporcionalmente entre los solteros y los cónyuges; los separados han sido, con los no declarados, distribuidos entre todos los estados.

79 Dos tipos de esquema son posibles: reportar el logito de los sobrevivientes de la tabla normativa en abscisa con la diferencia, en ordenadas del logito de las tablas observadas y de referencia. Las otras, más frecuentes y mantenidas aquí, representan la relación de los cocientes de mortalidad según la edad ( $q_x/q_{sx}$ ); los primeros cocientes ( $q_x$ ) son de la mortalidad

observada y los segundos de la estructura-tipo de las Naciones Unidas para América Latina. La convergencia de los niveles de mortalidad ha sido establecida sobre la base de las esperanzas de vida a diez años.

80 En cambio, algunas regularidades sorprendentes de la relación de los cocientes surgen del reagrupamiento de ciertas clases de edades en las estadísticas vitales de antes de 1965; las tasas quinquenales habían sido entonces interpoladas según las estructuras-tipo de la presente comparación.

81 En la conclusión general del estudio de las transiciones demográficas en el mundo Chesnais (1986).

---

## BIBLIOGRAFIA DE LA MORTALIDAD

- ALLMAN (J.) y RHODE (J.), 1981, "Infant Mortality in Relation to the Level of Fertility Control Practice in Developing Countries" en: *Intern. Population Conf. Manila 1981*, vol. 2, p. 97-112.
- ALOP y al., 1981, *La situación campesina caracterizada en zonas*. ALOP, CESA, CONADE, FAO, MAG, SEDRI, multigr., Quito.
- ARRIAGA (E.E.), 1982, *Changing Trends in Mortality in Developing Countries* 28 p. Bureau of the Census, Washington, DC.
- BAKER (P. T.) y LITTLE (M.A.) ed., 1976, *Man in the Andes*. Dowden, Hutchinson Ross Inc. Pennsylvania.
- BEHM (H.), ROSERO (L.), 1977, *La mortalidad en los primeros años de la vida en países de la América Latina. Ecuador 1969-1970*. San José, Costa Rica.
- BENEFICE (E.), 1986, *Salud y nutrición en la región amazónica ecuatoriana (Napo)*. Pronareg. Incae, Orstom. Quito, 101 p.
- BORJA (E.M.), 1985, "Factores determinantes de una mortalidad prematura en Ecuador". International Statistical Institute, *Scientific Reports*, N° 74, junio 1985.
- BRASS (W.), 1974, *Métodos para estimar la fecundidad y la mortalidad en poblaciones con datos limitados*. CELADE, Santiago de Chile.
- BRASS (W.), 1975, "Methods for Estimating Fertility and Mortality from limited and defective Data". Chapel Hill, North Carolina, Carolina Population Center, *Laboratories for Population Studies*.
- BREILH (J.) y GRANDA (E.U.), 1981, "Acumulación económica y salud-enfermedad: la morbimortalidad en el área del petróleo en Ecuador". *Salud y Trabajo*, 2, N° 2.
- CAD/JUNAPLA, 1974, *Tablas de mortalidad por sexos del Ecuador 1950-1962*. Quito s/p.
- CALDWELL (J.C.), 1986, *Le recul de la mortalité et les théories de la transition démographique et sociale*.
- CELADE, 1984, "América Latina: esperanza de vida al nacer por países". *Boletín demográfico*, N° 33, 1984, CELADE, Santiago, 128 p.
- CHANDRA (R.K.), 1978, "Immunological aspects of human milk". *Nutrition Reviews*, N° 36, (9), p. 265 a 272.
- CHENERY (H.B.), 1975, *Patterns of Development, 1950-1970*, Oxford University Press, 234 p.
- CHESNAIS (J.C.), 1986, *La transition démographique. Etapes, formes, implications économiques*, I.N.E.D./P.U.F. Paris, 580 p.
- CIPOLLA, 1965, "Four centuries of italian demographic development" En: *Population in history*.
- DAMON (A.), 1975, *Physiological Anthropology*. New York, Oxford.
- DAVIES (D.), 1975, *The Centarians of the Andes*. Barrie y Jenkins Ltd., London.
- DELAUNAY (D.), 1987, "Migraciones internas en el Ecuador 1950-1982". *Documentos de Investigación, Serie demografía y geografía de la población N° 4*, CEDIG/ORSTOM, Quito, 165 p.
- DELAUNAY (D.), 1988a, "La fecundidad en las provincias ecuatorianas". *Documentos de Investigación, Serie demografía y geografía de la población n° 6*, CEDIG/ORSTOM, Quito, 66 p.
- DELAUNAY (D.), 1988b, "La medida de las mortalidades provinciales en el Ecuador". *Documentos de Investigación, Serie demografía y geografía de la población n° 7*, CEDIG/ORSTOM, Quito, 162 p.
- DELER (J.P.) 1981, *Genèse de l'espace équatorien*. CNRS/IFEA, Editions ADPF, Paris 1981.
- DESCOLA (P.), 1986, *La nature domestique. Symbolisme et praxis dans l'écologie des Achuar*. Paris, 445 p.
- GALARZA (J.C.), s.f., "Nutrición y embarazo". En: TERAN (ed.) *Nutrición y desarrollo en los Andes ecuatorianos*. IMSE, Quito.

- GARENNE (M.), 1982, "Variations in the age pattern of infant and child mortality", *Ph. D. Thesis*, Philadelphia, University of Pennsylvania.
- GARENNE (M.), CANTRELLE (P.), 1984, "Éléments pour une analyse des facteurs de la mortalité infanto-juvénile". *Cah. ORSTOM, Ser. Sci. Hum. vol. XX, N° 2*, 1984 p. 311-321.
- GOLBERG (H.) y al, 1984, "Infant Mortality and Breast-feeding in North-Eastern Brasil 1984". *Population Studies*, vol. 38, p. 105-115.
- HAMERLY (M.T.), 1973, *Historia social y económica de la antigua provincia de Guayaquil, 1842-1973*. Guayaquil, Pub. del AHG.
- HOBcraft (J.N.), McDONALD (J.W.), RUSTEIN (S.O.), 1983, *Child-spacing Effects on Infant Early Mortality*. *Population Index*, 49 (4), p. 585-618.
- HOBcraft (J.N.), McDONALD (J.W.), RUSTEIN (S.O.), 1985, "Demographic Determinants of Infant and Early Child Mortality: A Comparative Analysis". *Population Studies*, N° 39, p. 363-385.
- INEC de 1954 a 1986, *Anuarios de estadísticas vitales*. Quito, 33 volúmenes.
- INEC, 1984a, *Encuesta Nacional de Fecundidad*. Ecuador. Quito.
- INEC, 1984b, *Estimaciones y proyecciones de población, 1950-2000.*, Quito.
- INIMS, 1984, *Encuesta Nacional de Salud Materno Infantil y Variables Demográficas*. Ecuador, 1982. Ministerio de Salud Pública, Quito, Ecuador.
- JOHNSON (P.D.), 1982, "Estimating Infant Mortality Using Information on the Survival Status of Births in the Year Prior to a Census or Survey in Techniques for estimating Infant Mortality". *International Research Document*, N° 8, Washington, D.C.
- LITTLE (M.A.), 1981, "Human Populations in the Andes. The human Science Basis for Research Planning". *Mountain Research y Development*, vol. 1, n° 2, 1981.
- LOPEZ (A.) y RUSICKA (L.) (ed.), 1983, *Sex Differentials in Mortality*, Université Nationale Australienne, Département de Démographie.
- MARCOTTI (D.), 1981, *¿Mortalidad infantil, indicador de desarrollo?. Análisis de las influencias demográficas sobre la T.M. en Chile, 1972-1978*. Celade, Santiago de Chile.
- McNEIL, 1976, *Plagues and Peoples*. Anchor Press, New York, 1976, 370 p.
- MERLO (P.), 1977, "Características demográficas de la población de Ecuador y su distribución en el territorio nacional" en: *Seminario sobre interrelaciones de la población y el desarrollo*. JUNAPLA, INEC, PREALC, Quito 1977, 40 p.
- MINISTERIO DE SALUD PUBLICA, 1979, *Conocimientos, actitudes y prácticas de salud en áreas urbanas*. Mimeo, Quito.
- MINISTERIO DE SALUD PUBLICA, *s/f, Evaluación del plan nacional de salud rural*. Quito.
- MONGE (C.), 1942, "Life in the Andes and Chronic Mountain Sickness". *Science* 95, (2456), Washington D.C.
- MONGE (C.), 1948, *Acclimatization in the Andes. Historical confirmations of climatic aggression in the development of Andean man*. Johns Hopkins Press, Baltimore Md. 130 p.
- MONTOYA-AGUILAR (C.), 1977, "A Note on Relationship between Climate and Infant Mortality". *Courrier Revue Médico-sociale de l'Enfance*, vol. 27, N° 1, Paris.
- PALLONI (A.) 1981, *Mortality in Latin America: el descenso de la mortalidad y sus efectos demográficos* 218 p., Alep, Pc.
- PALLONI (A.), 1985, "An epidemio-demographic Analysis of Factors in the Mortality Decline of "slow-decline" Developing Countries" En: *Cong. Intern. de la Population*, Florence 1985 vol. 2, p. 329-351.
- PRESSAT (R.), 1969, *L'analyse démographique*. Presses Universitaires de France, Paris.
- PRESSAT (R.), 1973, "Surmortalité biologique et surmortalité sociale". *Revue Française de Sociologie*, vol. 73, p 103-110.
- PRESTON (S.H.), 1975, "The Changing relation between Mortality and Economic Development", *Population Studies*, julio 1975, p. 231 a 248.
- PRESTON (S.H.), 1976, *Mortality Patterns in National Populations*. New York, Academic Press, 1976.

- PRESTON (S.H.) y NELSON (V.E.), 1974, "Structure and Change in Causes of Death: An International Summary", *Population Studies*, julio Nº 1, 1974, p: 19 a 51.
- PRESTON (S.H.) y WEED (J.A.), 1976, "Les causes de décès responsables des variations par pays et dans le temps dans les différences de mortalité par sexe", *Statistique Mondiale de la Santé*, vol. 29, Nº 3. (Genève, Organisation Mondiale de la Santé).
- PRESTON (S.H.) y al., 1986, "Estimating the completeness of reporting of adult deaths in populations that are approximately stable". *Population Studies*, vol. 46, Nº 2.
- ROMAN (F. V.), 1984, *Crecimiento intrauterino en Quito*. Quito.
- SCRIMSHAW (S.C.M.), 1974, "Culture, environment and Family Size, a Study of Urban Immigrants in Guayaquil, Ecuador". Colombia University, Ph. D. thesis, Colombia, p. 96.
- SCRIMSHAW (S.C.M.), 1978. "Infant mortality and Behavior in the regulation of Family size". *Population and Development Review*, Nº 43, sept. 78, p 383 - 404.
- SIMMONS (J.S.) y al., 1944, *Global epidemiology a geography of disease and sanitation* J.B. Lippincott Co. Philadelphia (vol. 1 p. 471-484)
- TAUCHER (E.), 1982, *Efecto del descenso de la fecundidad sobre la mortalidad infantil*. CELADE, Santiago.
- TRUSSELL (T.J.), 1975, "A Re-estimation of the Multiplying Factors for the Brass Technique for Determining Childhood Survivorship Rates". *Population Studies*, vol. XXIX, Nº 1, 1975, p. 87-108.
- UNITED NATIONS, 1978a, *The determinants and consequences of population trends. New summary of finding on interaction of demography, economic and social factors* N.U., vol. II, New York.
- UNITED NATIONS, 1978b, "Causes et conséquences de l'évolution démographique". *Etudes démographiques*, Nº 50. New York CV - 698 p.
- UNITED NATIONS, 1983a, *Niveaux et tendances de la mortalité depuis 1950*. ONU, New York.
- UNITED NATIONS, 1983b, *Taux de mortalité infantile: estimations et projections par pays et par région, 1970-2000*. New York, Division de la Population. Département des Affaires Economiques et Sociales Internationales.
- UNITED NATIONS, 1984, *Tables-type de mortalité pour les pays en développement*. New York.
- UNITED NATIONS, 1986, "Effets de l'évolution de la mortalité et de différentiels de mortalité". *Etudes démographiques* nº 95, U. Nations, New-York.
- UQUILLAS RODAS (J.E.), 1976, *Public Health Policy and Mortality in Latin America: the Case of Ecuador*. Ph. D, Univ. of Florida.
- VALLIN (J.), LOPEZ (A.), 1985, "La lutte contre la mort. Influence des politiques sociales et des politiques de santé sur l'évolution de la mortalité". *Actes du colloque international de Paris*, marzo 1983. INED/UIESP. Trav. y Doc. Nº 108. INED, Paris.
- VELEZ (E.R.), 1968, "Dinámica y estructura de la población". *Rev. Ecuat. de Higiene y Medicina Tropical* Nº 25 (1) p. 69-74 Quito.
- WALDRON (I.), 1982, *The Role of Genetic and Biological Factors in Sex Differences in Mortality*. University of Pennsylvania
- WALDRON (I.), 1983, "Sex Differences in Illness Incidence, Prognosis and Mortality: Issues and evidence". *Social Science and Medicine*, vol. 17, Nº16 (1983) p. 1107 a 1123.
- WALDRON (I.), 1985, "What do we know about causes of sex differences in mortality? A review of the literatura". *Population Bulletin of the United Nations*. Nº 18, New York.
- WHITEHEAD (L.), 1968, "Altitude, Fertility and Mortality in Andean Countries". *Population studies* 22, Nº3.
- YAARKOUBK (A.), 1986, "Quelques problèmes d'utilisation des nouvelles tables types de mortalité des Nations Unies". Département de Démographie de l'Université Catholique de Louvain. *Working Papers* Nº 129, marzo 1986.

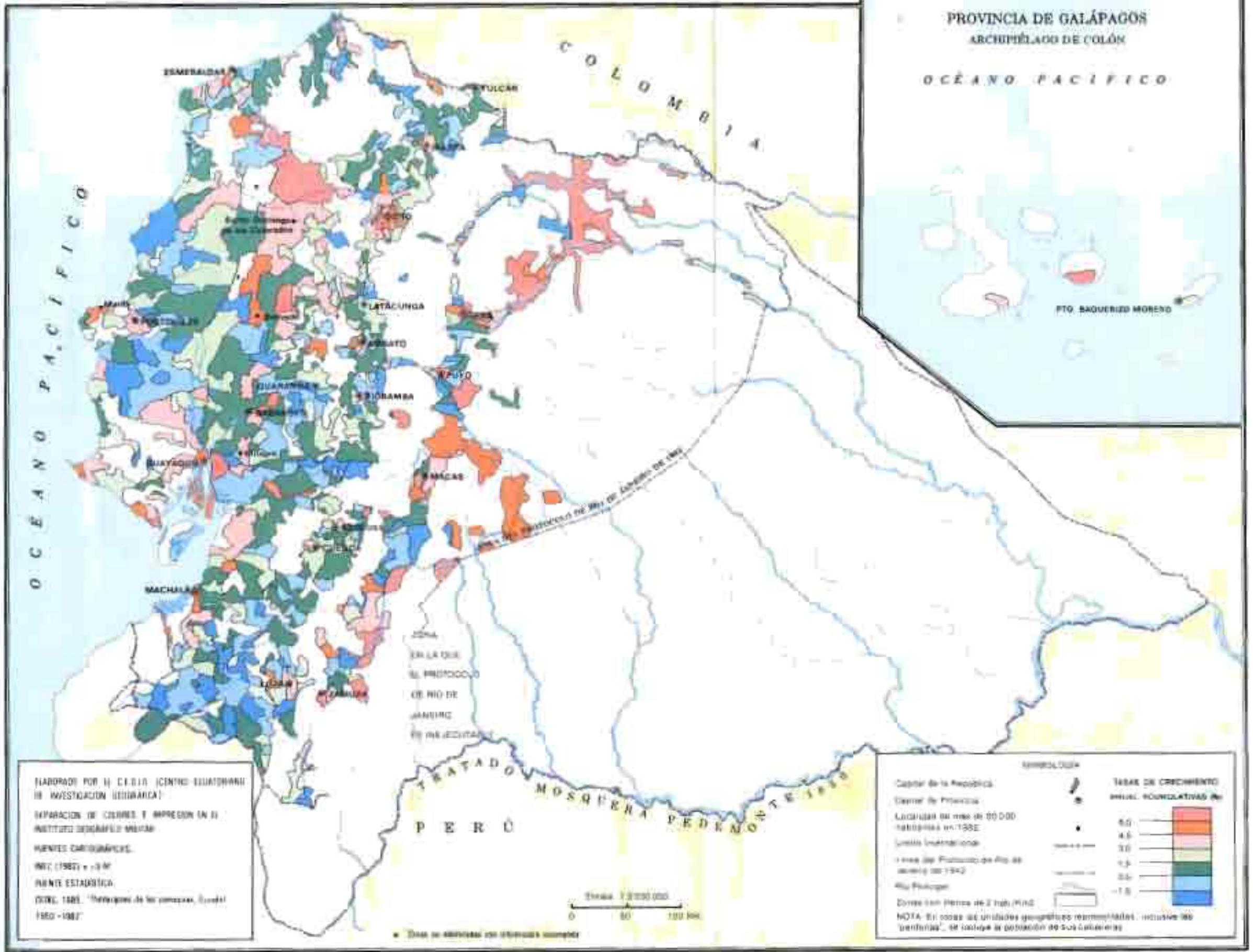




# ECUADOR

## CRECIMIENTO DE LAS POBLACIONES PARROQUIALES

Período Intercensal 1974 - 1982



ELABORADO POR EL C.E.D.I.A. (CENTRO ECUATORIANO DE INVESTIGACION DEMOGRÁFICA)  
 REPRODUCCIÓN DE COPIAS E IMPRESIÓN EN EL INSTITUTO DEMOGRÁFICO MEXICANO  
 FUENTES CARTOGRÁFICAS:  
 INEC (1982) y I.C.M.  
 FUENTE ESTADÍSTICA:  
 CENSO 1982. "Muestreo de las parroquias, Ecuador 1982-1987"



**LEGENDA**

Capital de la República		
Capital de Provincia		
Localidad de más de 100 000 habitantes en 1982		
Urbes Intermedias		
1000 hab. del Protocolo de Río de Janeiro del 1942		
Río Principal		
Distancia en línea de 2 hab./Km <sup>2</sup>		

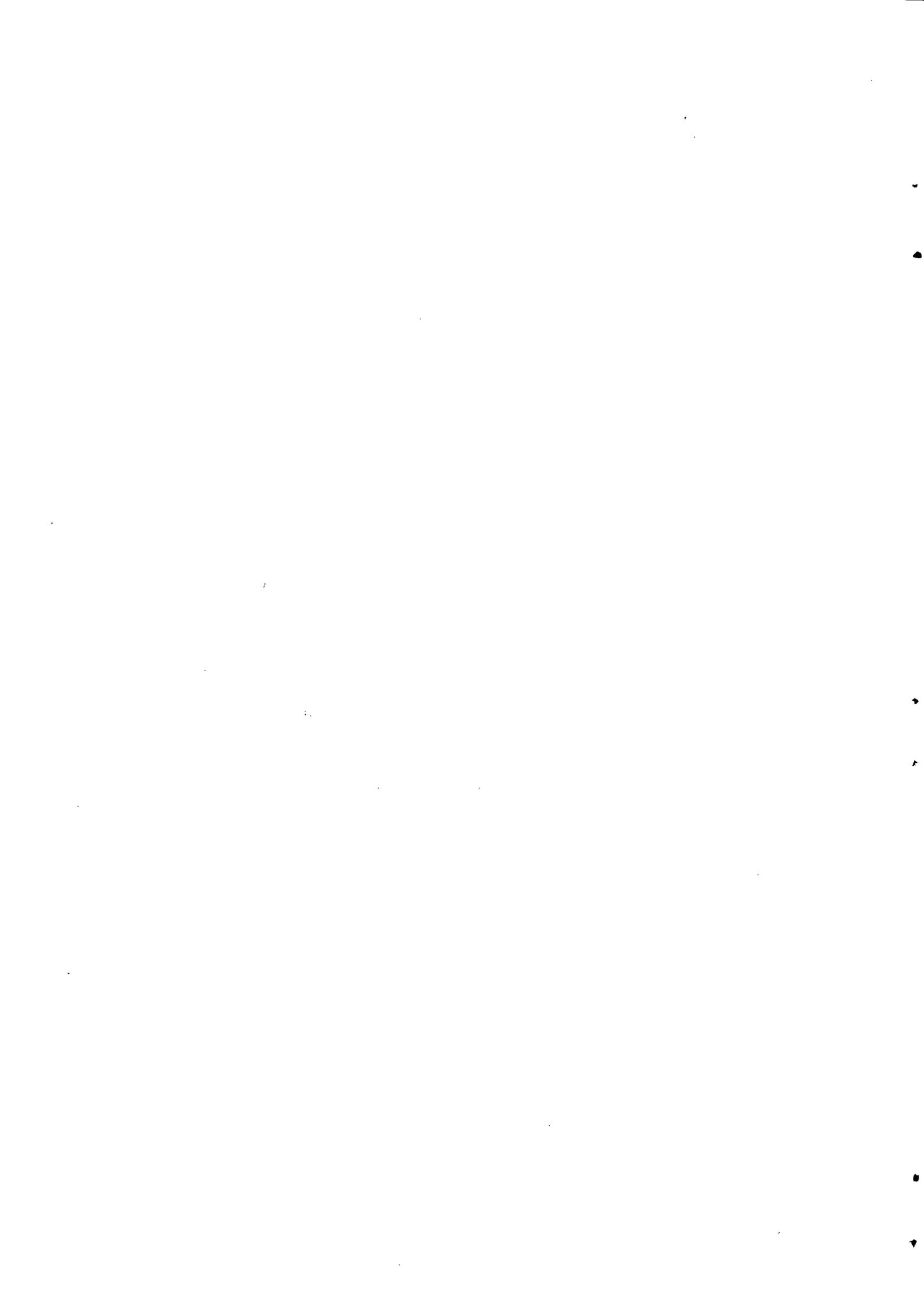
  

TASAS DE CRECIMIENTO ANUAL PORCENTUALES (%)
6.0
4.5
3.0
1.5
0.0
-1.5

NOTA: En los casos de unidades geográficas restringidas, inclusive las "veredas", se incluye la población de sus cabeceras.

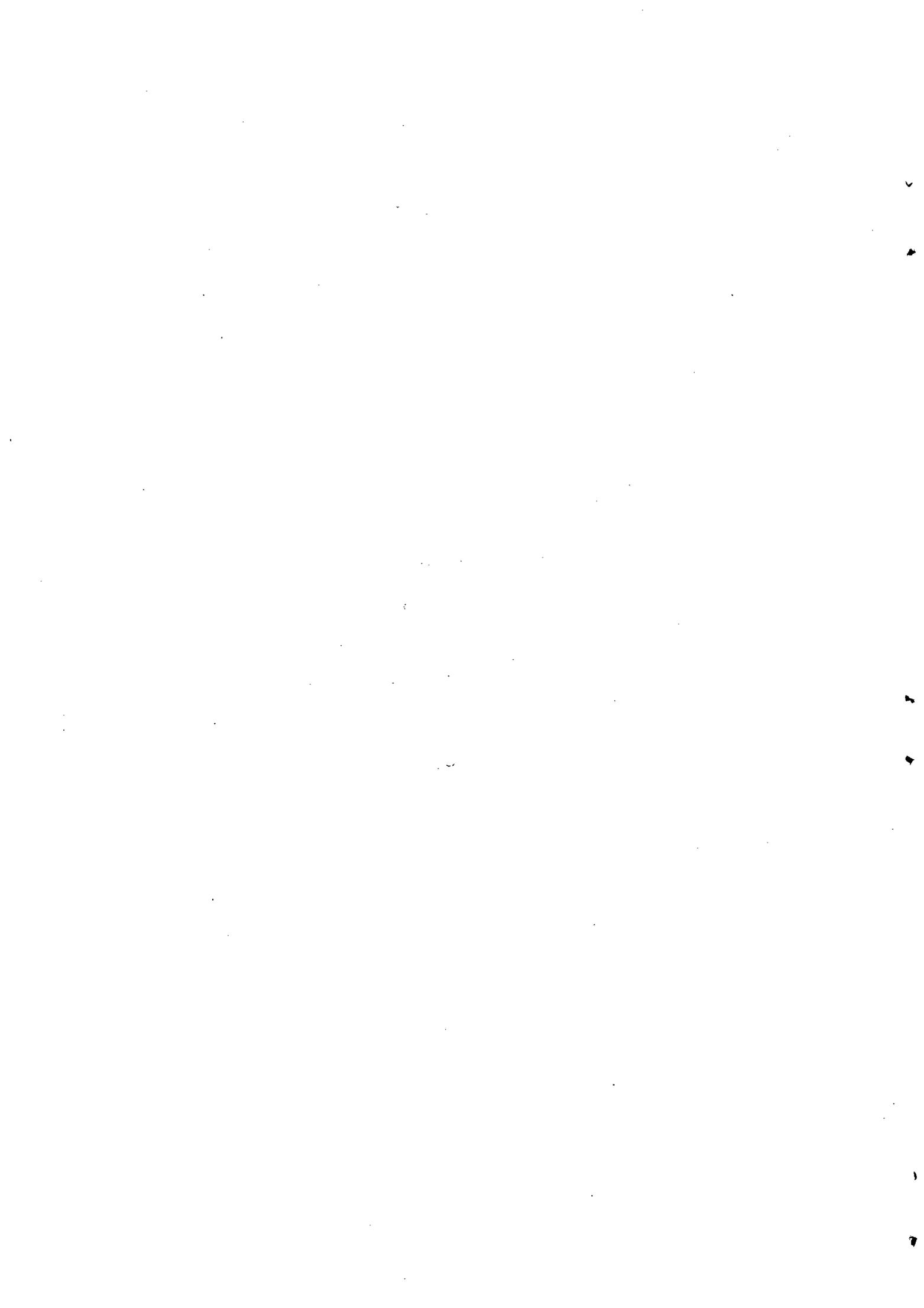
\* Datos de censos con información incompleta





**ANEXOS ESTADISTICOS**

**(Al capítulo 4)**



## ANEXO 1 MIGRACIONES SEGUN LUGAR DE NACIMIENTO Y DE RESIDENCIA HABITUAL POR PROVINCIA, AREA Y REGION 1982

Provincias	Población Nativa		Población Residente		NO MIGRANTE		POBLACION INMIGRANTE				POBLACION EMIGRANTE			
	URBANA	RURAL	URBANA	RURAL	URBANA	RURAL	URBANA	%	RURAL	%	URBANA	%	RURAL	%
Areas	N		R		C		I=R-C		I=R-C		E=N-C		E=N-C	
CARCHI	89.291	77.406	64.837	62.550	50.992	49.433	13.885	21,4	13.117	21,0	38.339	42,9	27.973	36,1
IMBABURA	149.220	131.771	131.443	115.163	96.237	98.475	35.206	26,8	16.688	14,5	52.983	35,5	33.296	25,3
PICHINCHA	745.772	243.166	1.082.429	295.135	636.805	199.283	445.624	41,2	95.852	32,5	108.967	14,6	43.883	18,0
COTOPAXI	159.928	173.979	117.042	158.886	103.352	136.239	13.690	11,7	22.647	14,3	56.576	35,4	37.740	21,7
TUNGURAHUA	204.615	165.337	167.355	158.191	130.191	140.227	37.164	22,2	17.964	11,4	74.424	36,4	25.110	15,2
BOLIVAR	82.409	128.131	50.357	95.753	41.989	84.444	8.368	16,6	11.309	11,8	40.420	49,0	43.687	34,1
CHIMBORAZO	180.816	220.529	138.675	178.475	108.058	167.966	30.617	22,1	10.509	5,9	72.758	40,2	52.563	23,8
CAÑAR	63.986	132.422	44.527	129.370	37.769	107.947	6.758	15,2	21.423	16,6	26.217	41,0	24.475	18,5
AZUAY	235.066	277.548	207.483	234.275	160.051	216.829	47.432	22,9	17.446	7,4	75.015	31,9	60.719	21,9
LOJA	282.884	218.063	198.943	162.318	163.767	149.374	35.176	17,7	12.944	8,0	119.117	42,1	68.689	31,5
ESMERALDAS	130.986	108.128	141.529	105.476	85.034	76.530	56.495	39,9	28.946	27,4	45.952	35,1	31.598	29,2
MANABI	607.737	511.236	486.500	381.680	418.250	339.184	68.250	14,0	42.496	11,1	189.487	31,2	172.052	33,7
LOS RIOS	258.282	222.709	201.356	252.188	140.617	170.825	60.739	30,2	81.363	32,3	117.665	45,6	51.884	23,3
GUAYAS	1.245.801	429.185	1.530.876	501.991	1.063.898	337.925	466.978	30,5	164.066	32,7	181.903	14,6	91.260	21,3
EL ORO	207.942	80.756	241.209	91.721	152.627	56.074	88.582	36,7	35.647	38,9	55.315	26,6	24.682	30,6
NAPO	29.076	37.046	42.665	70.744	18.298	33.197	24.367	57,1	37.547	53,1	10.778	37,1	3.849	10,4
PASTAZA	8.862	14.871	12.122	19.339	4.315	11.312	6.444	64,4	8.027	41,5	4.547	51,3	3.559	23,9
MORONA S.	20.585	34.100	24.627	45.272	12.486	30.342	12.141	49,3	14.930	33,0	8.099	39,3	3.758	11,0
ZAMORA CH.	13.028	15.351	17.774	28.569	8.043	12.819	9.731	54,7	15.750	55,1	4.985	38,3	2.532	16,5
GALAPAGOS	2.262	1.246	4.065	1.567	1.589	698	2.476	60,9	869	55,5	673	29,8	548	44,0
ZZ NO DEL.		12.681		40.837		11.762			29.075	71,2			919	7,2
SIERRA SIN PICH.	1.448.215	1.525.186	1.120.662	1.294.981	892.366	1.150.934	228.296	20,4	144.047	11,1	555.849	38,4	374.252	24,5
SIERRA TOTAL	2.193.987	1.768.352	2.203.091	1.590.116	1.529.171	1.350.217	673.920	30,6	239.899	15,1	664.816	30,3	418.135	23,6
COSTA SIN GUAY.	1.204.947	935.510	1.070.594	871.902	796.528	654.375	274.066	25,6	217.527	24,9	408.419	33,9	281.135	30,1
COSTA TOTAL	2.450.748	1.364.695	2.601.470	1.373.893	1.860.426	992.300	741.044	28,5	381.593	27,8	590.322	24,1	372.395	27,3
REG. AMAZ. Y GAL.	73.813	102.614	101.253	165.491	44.731	88.368	56.522	55,8	77.123	46,6	29.082	39,4	14.246	13,9
SUBTOTAL	4.718.548	3.235.661	4.905.814	3.129.500	3.434.328	2.430.885	1.471.486	30,0	698.615	22,3	1.284.220	27,2	804.776	24,9
Total urb.+rur.	7.954.209		8.035.314		5.865.213		2.170.101				2.088.996			

Notas:  
1) En el total de Costa sin Guayas se incluyen las "zonas no delimitadas"  
2) No se han tenido en cuenta los datos censales bajo el rubro "no declarado" y "exterior", razón por la cual las cifras de población nativa y residente no son iguales, como tampoco las de población inmigrante y emigrante.  
3) La población "no migrante" es aquella que tiene residencia habitual en el lugar (área urbana o rural de provincia) de su nacimiento  
Fuente: INEC, 1985, cuadro 11.

## ANEXO 2 MIGRACIONES SEGUN LUGAR DE RESIDENCIA ANTERIOR Y LUGAR DE RESIDENCIA HABITUAL, POR PROVINCIA, AREA Y REGION 1982

Provincias	Residencia Anterior		Residencia Habitual		NO MIGRANTE		POBLACION INMIGRANTE				POBLACION EMIGRANTE			
	URBANA	RURAL	URBANA	RURAL	URBANA	RURAL	URBANA	%	RURAL	%	URBANA	%	RURAL	%
Areas	A		B		C		D=B-C		D=B-C		E=A-C		E=A-C	
CARCHI	82.092	74.802	64.837	62.550	52.330	52.345	12.507	19,3	10.205	16,3	29.762	36,3	22.457	30,0
IMBABURA	141.849	132.308	131.443	115.163	98.908	102.916	32.535	24,8	12.247	10,6	42.941	30,3	29.392	22,2
PICHINCHA	789.190	261.377	1.082.429	295.135	667.123	217.605	415.306	38,4	77.530	26,3	122.067	15,5	43.772	16,7
COTOPAXI	147.406	172.686	117.042	158.886	104.315	140.470	12.727	10,9	18.416	11,6	43.091	29,2	32.216	18,7
TUNGURAHUA	186.033	169.990	167.355	158.191	131.222	148.208	36.133	21,6	9.983	6,3	54.811	29,5	21.782	12,8
BOLIVAR	73.573	123.166	50.357	95.753	43.003	87.252	7.354	14,6	8.501	8,9	30.570	41,6	35.914	29,2
CHIMBORAZO	168.288	212.321	138.679	178.475	109.550	169.887	29.129	21,0	8.588	4,8	58.738	34,9	42.434	20,0
CAÑAR	57.522	133.894	44.527	129.370	38.457	112.349	6.070	13,6	17.021	13,2	19.065	33,1	21.545	16,1
AZUAY	220.096	268.301	207.483	234.275	161.297	219.428	46.186	22,3	14.847	6,3	58.799	26,7	48.873	18,2
LOJA	255.393	208.229	198.943	162.318	164.572	151.589	34.371	17,3	10.729	6,6	90.821	35,6	56.640	27,2
ESMERALDAS	136.975	105.999	141.529	105.476	91.797	78.881	49.732	35,1	26.595	25,2	45.178	33,0	27.118	25,6
MANABI	572.948	499.501	486.500	381.680	422.697	353.551	63.803	13,1	28.129	7,4	150.251	26,2	145.950	29,2
LOS RIOS	246.964	245.655	201.358	252.188	147.755	192.969	53.603	26,6	59.219	23,5	99.209	40,2	52.686	21,4
GUAYAS	1.240.594	481.187	1.530.876	501.991	1.095.497	387.100	435.379	28,4	114.891	22,9	145.097	11,7	94.087	19,6
EL ORO	212.773	93.979	241.209	91.721	161.887	66.282	79.322	32,9	25.439	27,7	50.886	23,9	27.697	29,5
NAPO	30.682	45.362	42.665	70.744	21.124	40.403	21.541	50,5	30.341	42,9	9.558	31,2	4.959	10,9
PASTAZA	10.541	16.018	12.122	19.339	5.411	12.450	6.711	55,4	6.889	35,6	5.130	48,7	3.568	22,3
MORONA S.	22.039	37.880	24.627	45.272	13.965	33.411	10.662	43,3	11.861	26,2	8.074	36,6	4.469	11,8
ZAMORA CH.	15.029	18.470	17.774	28.569	9.309	15.186	8.465	47,6	13.383	46,8	5.720	38,1	3.284	17,8
GALAPAGOS	2.688	1.608	4.065	1.567	1.881	833	2.184	53,7	734	46,8	807	30,0	775	48,2
ZZ NO DEL.		17.855		40.837		15.553			25.284	61,9			2.302	12,9
SIERRA SIN PICH.	1.332.252	1.495.697	1.120.666	1.294.981	903.654	1.184.444	217.012	19,4	110.537	8,5	428.598	32,2	311.253	20,8
SIERRA TOTAL	2.121.442	1.757.074	2.203.095	1.590.116	1.570.777	1.402.049	632.318	28,7	188.067	11,8	550.665	26,0	355.025	20,2
COSTA SIN GUAY.	1.169.660	962.989	1.070.596	871.902	824.136	707.236	246.460	23,0	164.666	18,9	345.524	29,5	255.753	26,6
COSTA TOTAL	2.410.254	1.444.176	2.601.472	1.373.893	1.919.633	1.094.336	681.839	26,2	279.557	20,3	490.621	20,4	349.840	24,2
R. AMAZ. Y GAL.	80.979	119.338	101.253	165.491	51.690	102.283	49.563	48,9	63.208	38,2	29.289	36,2	17.055	14,3
SUBTOTAL	4.612.675	3.320.588	4.905.820	3.129.500	3.542.100	2.598.668	1.363.720	27,8	530.832	17,0	1.070.575	23,2	721.920	21,7
Total urb.+rur.	7.933.263		8.035.320		6.140.768		1.894.552				1.792.495			

Notas: las mismas que para el anexo 1 pero, población "no migrante" aquí es aquella cuya residencia habitual es igual a su residencia anterior  
Fuente: INEC, 1985, cuadro 12.

## ANEXO 3 TASAS DE MIGRACION INTERPROVINCIAL

Escalañón descendente de las provincias según sus tasas de EMIGRACION (por cien mil) según periodo intercensal							
1950-62		1962-74		1974-82			
Provincias	Tasas	Provincias	Tasas	Provincias	Tasas		
1	Carchi	1.416	Pastaza	2.419	Bolívar	2.909	1
2	Galápagos	1.360	Galápagos	2.179	Carchi	2.638	2
3	Tungurahua	1.276	Bolívar	2.107	Loja	2.551	3
4	Los Ríos	1.263	Loja	1.681	Galápagos	2.465	4
5	Cotopaxi	1.220	Los Ríos	1.618	Manabí	2.234	5
6	Azuay	1.127	Carchi	1.607	Los Ríos	2.114	6
7	Pastaza	1.034	Cotopaxi	1.445	Pastaza	2.073	7
8	Cañar	984	Azuay	1.305	Esmeraldas	1.860	8
9	Chimborazo	977	Manabí	1.294	Chimborazo	1.830	9
10	Imbabura	953	Zamora Ch.	1.290	Imbabura	1.798	10
11	Bolívar	916	Chimborazo	1.264	Cotopaxi	1.716	11
12	El Oro	863	Imbabura	1.235	El Oro	1.489	12
13	Loja	841	Esmeraldas	1.234	Zamora Ch.	1.485	13
14	Manabí	757	Tungurahua	1.191	Cañar	1.407	14
15	Esmeraldas	676	El Oro	1.151	Tungurahua	1.317	15
16	Zamora Ch.	591	Cañar	1.099	Azuay	1.303	16
17	Pichincha	503	Morona S.	815	Morona S.	1.153	17
18	Guayas	496	Napo	607	Napo	841	18
19	Napo	448	Pichincha	573	Pichincha	684	19
20	Morona S.	343	Guayas	526	Guayas	499	20

de INMIGRACION							
1	Zamora Ch.	5.689	Zamora Ch.	6.504	Napo	4.887	1
2	Galápagos	3.950	Napo	4.187	Galápagos	4.234	2
3	Pastaza	3.677	Galápagos	3.375	Pastaza	3.225	3
4	El Oro	2.338	Pastaza	3.142	Zamora Ch.	2.977	4
5	Morona S.	2.026	Morona S.	2.608	Pichincha	2.480	5
6	Pichincha	1.503	Pichincha	2.165	Morona S.	1.927	6
7	Los Ríos	1.440	El Oro	2.048	El Oro	1.764	7
8	Guayas	1.341	Esmeraldas	1.652	Esmeraldas	1.708	8
9	Napo	1.046	Los Ríos	1.357	Guayas	1.684	9
10	Esmeraldas	869	Guayas	1.263	Los Ríos	1.162	10
11	Imbabura	580	Imbabura	629	Imbabura	862	11
12	Cañar	546	Tungurahua	602	Tungurahua	727	12
13	Tungurahua	458	Cotopaxi	575	Cañar	693	13
14	Carchi	332	Cañar	558	Azuay	674	14
15	Cotopaxi	309	Carchi	544	Cotopaxi	658	15
16	Chimborazo	293	Azuay	415	Carchi	557	16
17	Bolívar	288	Chimborazo	389	Chimborazo	484	17
18	Azuay	283	Bolívar	359	Loja	458	18
19	Loja	137	Loja	253	Bolívar	399	19
20	Manabí	132	Manabí	231	Manabí	252	20

de SALDO							
1	Zamora Ch.	5.098	Zamora Ch.	5.214	Napo	4.046	1
2	Pastaza	2.643	Napo	3.580	Pichincha	1.796	2
3	Galápagos	2.590	Morona S.	1.793	Galápagos	1.769	3
4	Morona S.	1.683	Pichincha	1.592	Zamora Ch.	1.492	4
5	El Oro	1.475	Galápagos	1.196	Guayas	1.185	5
6	Pichincha	1.000	El Oro	897	Pastaza	1.152	6
7	Guayas	845	Guayas	737	Morona S.	774	7
8	Napo	598	Pastaza	723	El Oro	275	8
9	Esmeraldas	193	Esmeraldas	418	Esmeraldas	-152	9
10	Los Ríos	177	Los Ríos	-261	Tungurahua	-590	10
11	Imbabura	-373	Cañar	-541	Azuay	-629	11
12	Cañar	-438	Tungurahua	-589	Cañar	-714	12
13	Manabí	-625	Imbabura	-606	Imbabura	-936	13
14	Bolívar	-628	Cotopaxi	-870	Los Ríos	-952	14
15	Chimborazo	-684	Chimborazo	-875	Cotopaxi	-1.058	15
16	Loja	-704	Azuay	-890	Chimborazo	-1.346	16
17	Tungurahua	-818	Carchi	-1.063	Manabí	-1.982	17
18	Azuay	-844	Manabí	-1.063	Carchi	-2.081	18
19	Cotopaxi	-911	Loja	-1.428	Loja	-2.093	19
20	Carchi	-1.084	Bolívar	-1.748	Bolívar	-2.510	20

Fuente: Delaunay (D), 1987 a: 19,55 y 119  
(para las tasas del tercer periodo intercensal);  
20-29 y 57-66 (para los otros  
periodos intercensales, sin tener en cuenta las  
tasas intraprovinciales.

ANEXO 4 Saldos migratorios (% anual)  
(Tasas de crecimiento poblacional MENOS tasas de crecimiento natural)

	1950-62		1962-74		1974-82		Saldo migratorio		
	Pobl.	Nat.	Pobl.	Nat.	Pobl.	Nat.	50-62	62-74	74-82
Carchi	1,76	2,86	2,12	3,00	0,66	2,76	-1,10	-0,88	-2,10
Imbabura	1,41	2,37	1,87	2,44	1,60	2,40	-0,96	-0,57	-0,80
Pichincha	3,49	3,16	4,51	2,92	3,96	2,64	0,33	1,59	1,32
Cotopaxi	1,26	2,34	1,77	2,80	1,90	2,80	-1,08	-1,03	-0,90
Tungurahua	1,10	2,32	2,31	2,62	1,83	2,48	-1,22	-0,31	-0,65
Bolívar	2,04	2,71	0,30	3,15	0,60	3,04	-0,67	-2,85	-2,44
Chimborazo	2,18	2,71	0,62	2,78	1,10	2,82	-0,53	-2,16	-1,72
Cañar	1,19	2,78	2,28	3,18	2,06	3,12	-1,59	-0,90	-1,06
Azuay	0,75	2,57	2,52	2,95	2,18	2,70	-1,82	-0,43	-0,52
Loja	2,29	3,61	1,58	3,64	0,62	3,05	-1,32	-2,06	-2,43
Esmeraldas	4,20	3,65	4,22	3,78	2,40	3,56	0,55	0,44	-1,16
Manabí	3,52	3,86	2,51	4,10	1,22	3,64	-0,34	-1,59	-2,42
Los Rios	4,24	3,28	3,71	3,53	2,04	3,07	0,96	0,18	-1,03
Guayas	4,33	3,21	3,77	3,10	3,52	2,66	1,12	0,67	0,86
El Oro	4,89	3,65	4,26	3,47	2,87	2,87	1,24	0,79	0,00
Napo	4,22	3,01	8,17	3,34	7,27	3,32	1,21	4,83	3,95
Pastaza	7,82	3,13	4,67	3,22	3,58	2,91	4,69	1,45	0,67
Morona Santiago	1,61	2,94	6,40	2,80	3,25	3,29	-1,33	3,60	-0,04
Zamora Chinchipe	7,60	2,49	9,55	2,91	3,57	2,78	5,11	6,64	0,79

Fuentes: Crecimiento poblacional: INEC, 1987: 32; crecimiento natural: Delaunay (D.): 41-64.  
Los datos de crecimiento poblacional en las provincias amazónicas de 1950-62 han sido tomados de Delaunay (D) et al, 1985: 63 y 67.



## Proyección de la población según el crecimiento natural y por migraciones

	NATURAL (E)			F			G		
	POR SALDOS MIGRATORIOS			% DE SALDO MIGRATORIO					
	62	74	82	62	74	82	62,00	74,00	82,00
Guayaquil	380.412	730.407	1.031.247	130.392	92.812	168.117	51,78	29,71	44,69
Quito	306.541	496.833	750.133	48.205	102.995	116.339	33,29	42,02	43,63
Cuenca	54.399	84.888	131.314	6.003	19.582	21.092	29,40	44,44	44,00
Machala	11.564	43.330	88.204	17.472	25.840	17.317	81,31	64,39	47,64
Portoviejo	25.931	51.718	81.055	6.297	7.832	21.573	39,61	28,66	50,08
Ambato	41.344	72.206	96.177	12.028	5.749	4.277	54,52	23,38	19,01
Manta	30.215	53.955	87.818	3.407	10.564	12.520	23,34	34,19	34,95
Esmeraldas	20.392	51.661	81.608	13.011	8.703	8.752	64,30	32,28	29,18
Milagro	20.178	40.249	66.526	7.970	12.857	10.484	55,30	51,51	43,86
Riobamba	41.272	57.363	73.758	353	724	1.697	3,00	4,40	9,77
Loja	23.731	40.762	61.627	3.054	6.835	10.025	26,82	32,84	41,67
Sto. Domingo	2.233	9.735	38.171	4.718	20.788	31.064	87,02	88,19	80,24
Quevedo	6.174	30.957	55.901	14.428	12.144	11.122	87,79	53,97	46,49
Ibarra	18.638	34.234	50.653	7.197	7.101	2.775	60,97	45,82	22,95
Durán	8.165	17.379	25.586	3.989	3.046	24.074	60,48	36,82	82,35
Babahoyo	13.600	24.709	37.501	2.844	4.205	4.765	39,16	33,72	35,69
La Libertad	10.478	19.397	32.027	3.087	6.169	9.749	47,99	51,41	60,14
Chone	12.776	20.624	32.159	76	3.003	1.680	1,57	27,87	16,45
Tulcán	14.964	23.250	30.823	1.484	1.148	162	25,48	14,45	2,45
Latacunga	13.751	20.520	27.788	1.105	1.401	976	24,75	19,83	14,26
Jipijapa	12.321	21.451	27.217	1.046	-1.455	-71	18,66	-21,95	-0,99
Sta. Rosa	7.316	13.333	25.116	1.619	6.363	1.600	38,92	59,13	22,79
Pasaje	7.692	19.720	26.511	5.523	1.070	-287	67,41	14,12	-5,28
Huaquillas	466	1.491	11.752	533	7.725	8.365	76,74	94,02	76,74
Daule	6.612	10.621	16.498	816	2.549	2.425	27,88	44,38	42,15
Salinas	3.925	7.807	15.545	1.535	4.602	2.203	55,05	66,22	41,27
Balzar	4.289	9.420	13.685	2.299	1.504	3.942	62,67	34,68	58,82
Otavalo	11.191	11.436	16.672	-2.561	2.169	797	-1249,38	43,61	20,63
Velasco I.	?	?	14.817	?	?	2.200	?	?	42,40
Ventanas	?	5.534	11.643	?	3.443	4.226	?	65,03	61,32
Sangolquí	4.642	7.704	13.199	859	2.850	1.805	37,00	56,40	40,57
Vinces	5.552	8.867	13.133	349	1.259	1.475	16,21	29,80	32,91
Azogues	9.192	11.654	14.266	-1.117	-701	282	-75,09	-24,34	7,84
Cayambe	10.819	11.346	14.005	-2.718	-147	244	-392,71	-4,74	7,99
Guaranda	10.099	14.238	14.701	-199	-2.874	-1.016	-7,63	-196,32	-43,79
Sta. Elena	4.076	6.073	9.630	171	1.614	3.229	11,59	46,92	62,44
La Troncal	?	?	?	?	?	?	?	?	?
Playas	?	?	7.877	?	?	4.615	?	?	74,39
El Triunfo	?	?	8.503	?	?	3.898	?	?	66,38
Bahía	14.793	14.194	15.323	-5.948	-2.936	-2.963	1262,87	-121,68	-268,92
P. Carbo	?	?	7.248	?	?	5.055	?	?	77,56
Atuntaqui	6.150	11.606	12.140	2.609	-1.699	107	63,18	-148,03	4,56
El Carmen	?	?	9.795	?	?	2.133	?	?	45,08
San Gabriel	8.327	9.017	12.298	-1.522	1.019	-1.085	-284,02	31,53	-92,21
R. Zárate	?	?	6.553	?	?	4.105	?	?	70,65
Cañar	6.160	7.122	8.762	-1.225	-395	1.772	-235,55	-22,05	46,55
Naranjito	?	?	7.772	?	?	2.751	?	?	63,70
Macará	5.132	7.650	10.440	-105	413	70	-6,17	13,60	2,87
Buena Fe	?	?	?	?	?	?	?	?	?
<b>TODAS LAS LOCALIDADES</b>			<b>2.116.853</b>			<b>1.681.799</b>			<b>56,71</b>

## Leyenda del Anexo 5:

A= Población observada; fuente: CEDIG, 1988:45

B= Tasas anuales acumulativas:  $1/t * \log.(N e: N o)$ 

C= Tomado de Delaunay (D), 1987: 41-64

D= B-C

E= Proyección de crecimiento natural:  $N o * e (b/100*t)$ 

F= A-E

G= F/crecimiento de población observada \* 100

En las fórmulas, t = tiempo (incluidas fracciones de año); N o = población del inicio del período; N e = población de fin del período; e = número e.

## ANEXO 6 Tasas (por cien mil) de EMIGRACION interprovincial de cada provincia con relación a las restantes: 1950-62

ORIGEN	DESTINO	SIERRA									COSTA				Región Amazónica			Ga.	Total			
		C.	I.	P.	Co.	T.	B.	CH.	Cñ.	Az.	L.	Es.	Ma.	L.R.	G.	E.O.	N.			P.	M.S.	Z.Ch.
S	CARCHI		570	603	9	27	4	10	1	6	5	23	7	11	56	16	59	6	2	1	1	1.417
S	IMBABURA	99		695	9	25	3	9	1	4	3	22	6	11	52	5	5	2	0	1	0	952
I	PICHINCHA	14	65		32	42	6	21	3	14	8	23	19	18	183	20	17	11	2	2	3	503
I	COTOPAXI	3	12	835		79	10	17	2	4	2	7	15	103	103	10	8	10	0	0	1	1.221
E	TUNGURAHUA	5	17	475	50		22	58	3	9	6	11	15	78	402	9	7	96	4	0	7	1.274
R	BOLIVAR	2	2	219	12	53		68	3	6	2	6	3	369	161	4	1	5	0	0	0	916
R	CHIMBORAZO	4	8	318	11	57	56			19	17	4	11	19	422	10	2	15	2	0	1	979
A	CAÑAR	1	2	57	3	7	2	119			281	7	1	4	16	445	22	0	2	12	2	984
A	AZUAY	2	2	124	3	12	2	32	79			50	3	8	8	389	266	1	2	127	16	1.126
A	LOJA	1	2	125	3	7	2	4	3	28		3	3	5	85	440	2	2	1	125	1	842
C	ESMERALDAS	3	11	163	3	6	1	2	3	3	1		53	38	351	32	2	2	1	1	1	677
O	MANABI	0	1	83	4	3	0	2	4	2	0	89		99	457	9	0	0	0	0	0	753
S	LOS RIOS	0	1	62	53	9	38	2	12	2	1	10	10		1.038	21	1	1	0	0	0	1.261
T	GUAYAS	1	2	81	4	16	3	18	29	18	3	17	45	164		85	1	1	1	1	4	494
A	EL ORO	2	5	130	6	14	2	5	15	54	76	11	11	36	474		7	6	2	4	2	862
R	NAPO	14	10	148	9	12	1	3	2	1	3	25	7	8	24	6		168	6	0	1	448
R	PASTAZA	11	13	382	19	136	15	23	3	9	5	36	10	33	82	34	174		42	2	6	1.035
A	MORONA S.	1	1	62	4	4	2	4	12	70	6	5	4	3	51	27	5	47		36	0	344
A	ZAMORA CH.	6	7	125	0	11	0	6	4	36	153	3	17	8	71	79	4	0	58		1	589
	GALAPAGOS	9	17	262	0	20	10	3	15	14	7	15	18	28	927	4	4	0	6	0		1.359

## Tasas (por cien mil) de EMIGRACION interprovincial de cada provincia con relación a las restantes: 1962-74

ORIGEN	DESTINO	SIERRA									COSTA				Región Amazónica			Ga.	Total			
		C.	I.	P.	Co.	T.	B.	CH.	Cñ.	Az.	L.	Es.	Ma.	L.R.	G.	E.O.	N.			P.	M.S.	Z.Ch.
S	CARCHI		466	925	10	18	2	17	3	10	8	34	7	5	36	8	47	7	3	1	0	1.607
S	IMBABURA	138		932	10	23	2	9	2	7	5	26	9	6	39	8	13	2	1	1	0	1.233
I	PICHINCHA	24	58		33	41	6	32	4	22	16	44	33	24	130	26	59	10	5	3	2	572
I	COTOPAXI	4	13	1.066		80	11	13	2	5	2	17	17	88	70	8	29	10	9	1	1	1.446
E	TUNGURAHUA	10	21	539	55		16	47	4	14	5	18	16	56	219	12	64	75	13	1	6	1.191
R	BOLIVAR	2	4	761	79	105		95	3	5	4	59	14	630	223	8	97	12	5	1	1	2.108
R	CHIMBORAZO	7	9	539	15	54	40			43	22	4	8	30	395	12	27	36	13	1	1	1.264
A	CAÑAR	1	4	144	4	9	1	62			264	10	7	6	20	462	29	22	1	46	4	1.097
A	AZUAY	3	5	262	5	13	3	21	60		41	9	6	12	379	250	8	4	190	34	0	1.305
A	LOJA	3	5	462	7	12	2	8	5	39		38	14	10	150	579	29	5	7	305	2	1.682
C	ESMERALDAS	5	27	339	9	9	3	4	1	5	5		107	65	567	50	29	3	3	1	1	1.233
O	MANABI	1	2	215	14	4	1	3	3	3	2	141		145	730	18	11	1	1	0	1	1.296
S	LOS RIOS	2	4	268	85	18	55	7	8	4	3	107	85		903	35	26	4	1	0	1	1.616
T	GUAYAS	2	4	121	7	17	4	28	20	21	8	35	57	116		70	6	3	4	1	3	527
A	EL ORO	3	7	273	6	10	6	10	18	80	120	36	20	48	448		14	6	8	34	3	1.150
R	NAPO	30	16	277	12	37	2	9	2	6	16	16	5	8	31	15		100	18	7	1	608
R	PASTAZA	19	22	664	60	357	3	90	4	41	27	33	12	27	105	31	736		178	8	2	2.419
A	MORONA S.	2	3	160	6	13	1	18	6	228	15	17	4	5	70	30	70	75		89	1	813
A	ZAMORA CH.	8	15	223	4	13	2	10	9	54	495	21	12	3	34	191	125	13	53		5	1.290
	GALAPAGOS	37	23	549	25	157	20	23	14	3	23	25	82	25	1.038	95	28	8	3	0		2.178

## Tasas (por cien mil) de EMIGRACION interprovincial de cada provincia con relación a las restantes: 1974-82

ORIGEN	DESTINO	SIERRA									COSTA				Región Amazónica			Ga.	ZnDd	Total			
		C.	I.	P.	Co.	T.	B.	CH.	Cñ.	Az.	L.	Es.	Ma.	L.R.	G.	E.O.	N.				P.	M.S.	Z.Ch.
S	CARCHI		627	1.743	15	30	4	18	2	15	8	20	9	5	56	11	56	6	3	2	1	5	2.636
S	IMBABURA	107		1.449	11	38	4	12	2	12	7	23	7	8	60	10	23	7	5	1	3	8	1.797
I	PICHINCHA	23	64		37	47	9	36	5	36	26	45	31	27	142	28	86	11	5	3	3	20	684
I	COTOPAXI	9	12	1.326		93	10	17	2	9	3	14	11	70	74	6	36	14	4	1	1	6	1.718
E	TUNGURAHUA	6	17	681	53		13	50	5	23	7	19	12	34	226	12	59	70	17	1	10	4	1.319
R	BOLIVAR	2	7	1.162	127	182		121	4	9	4	63	7	511	370	10	265	27	5	1	0	29	2.906
R	CHIMBORAZO	6	13	888	15	75	29			40	37	9	9	20	544	29	43	38	18	2	2	4	1.830
A	CAÑAR	1	7	219	5	14	3	50			399	19	4	3	14	545	31	20	5	47	3	2	1.407
A	AZUAY	2	7	302	6	17	2	16	72		46	6	7	11	404	173	26	5	167	26	1	6	1.302
A	LOJA	5	11	986	9	20	2	13	10	69		36	10	15	250	650	179	8	10	238	5	26	2.552
C	ESMERALDAS	6	30	411	10	14	4	7	5	10	7		104	74	936	51	62	3	4	0	2	120	1.860
O	MANABI	1	4	307	22	7	3	2	6	6	4	197		156	1.369	29	31	1	1	0	2	86	2.234
S	LOS RIOS	1	5	246	88	18	39	14	10	16	5	101	63		1.371	36	51	3	1	1	1	43	2.113
T	GUAYAS	1	4	112	7	14	4	15	21	23	19	36	56	96		61	12	3	3	3	4	7	501
A	EL ORO	3	7	391	5	13	3	12	19	113	113	27	23	36	554		112	5	9	28	4	13	1.490
R	NAPO	29	28	372	14	64	11	21	5	16	23	21	11	17	44	28		94	24	8	1	10	841
R	PASTAZA	14	19	611	40	337	13	113	7	29	29	30	10	23	101	37	488		153	5	2	11	2.072
A	MORONA S.	3	3	175	8	31	3	20	26	340	17	4	3	3	81	26	176	153		76	1	5	1.154
A	ZAMORA CH.	9	18	295	9	11	1	24	17	77	568	17	3	9	53	135	133	8	70		4	25	1.486
	GALAPAGOS	10	51	757	51	133	2	38	2	29	19	27	34	44	1.132	70	25	9	2	10		21	2.466

Fuente: Delaunay, (D.), 1987 a: 20 - 29; 57 - 66; y 121 - 131

ANEXO 7 Tasas de INMIGRACION (por cien mil) interprovincial de cada provincia con relación a las restantes: 1950-62

ORIGEN	SIERRA									COSTA				Región Amazónica			Ga.	Total		
	C.	I.	P.	Co.	T.	B.	CH.	Ch.	Az.	L.	Es.	Ma.	L.R.	G.	E.O.	N.			P.	M.S.
DESTINO																				
CARCHI	186	81	6	10	3	12	1	6	3	3	2	1	10	3	3	1	0	1	0	332
IMBABURA	303	194	12	20	2	12	2	4	3	6	4	2	11	3	1	1	0	0	0	580
PICHINCHA	108	235	283	184	55	165	13	69	66	33	87	25	128	32	6	8	3	2	1	1.503
COTOPAXI	5	9	94	57	9	16	2	5	5	2	13	63	21	4	1	1	0	0	0	307
TUNGURAHUA	12	22	109	69	34	76	4	18	9	3	7	10	66	9	1	8	0	0	0	457
BOLIVAR	3	3	22	13	34	115	2	5	4	1	2	61	19	1	0	1	0	0	0	286
CHIMBORAZO	3	6	41	11	43	33	51	34	4	1	4	2	56	3	0	1	0	0	0	293
CAÑAR	1	1	13	3	6	3	45	197	7	2	17	23	207	16	0	0	2	0	0	543
AZUAY	2	3	26	2	6	3	15	112	26	1	4	1	51	24	0	0	5	1	0	282
LOJA	2	2	16	1	5	1	3	53	0	0	1	1	9	36	0	0	0	4	0	137
ESMERALDAS	20	37	112	12	21	8	10	2	8	9	457	20	131	13	5	4	1	0	0	870
MANABI	1	2	18	5	6	1	5	1	4	2	10	4	69	3	0	0	0	0	0	131
LOS RIOS	5	9	44	86	75	231	24	9	12	7	19	255	640	22	1	2	0	0	0	1.441
GUAYAS	6	11	116	22	99	26	139	63	137	28	45	301	267	75	1	1	1	1	2	1.341
EL ORO	12	7	81	14	14	4	20	20	591	925	26	39	34	538	1	3	4	5	0	2.338
NAPO	241	38	388	63	59	5	28	0	15	20	9	7	6	33	42	85	5	1	0	1.045
PASTAZA	53	39	511	161	1.735	59	354	20	39	57	18	10	20	96	74	341	90	0	0	3.677
MORONA S.	9	2	54	4	37	2	25	67	1.713	10	3	4	1	33	14	6	22	20	1	2.027
ZAMORA CH.	12	23	126	6	13	1	4	26	622	4.587	8	17	2	64	71	0	3	104	0	5.689
GALAPAGOS	39	11	683	82	740	7	107	64	64	79	39	96	46	1.714	128	11	32	4	4	3.950

Tasas de INMIGRACION (por cien mil) interprovincial de cada provincia con relación a las restantes: 1962-74

ORIGEN	SIERRA									COSTA				Región Amazónica			Ga.	Total		
	C.	I.	P.	Co.	T.	B.	CH.	Ch.	Az.	L.	Es.	Ma.	L.R.	G.	E.O.	N.			P.	M.S.
DESTINO																				
CARCHI	251	166	8	20	2	19	2	9	9	8	5	4	18	7	10	3	1	1	1	544
IMBABURA	257	227	13	24	3	13	3	9	8	22	6	7	23	7	3	2	1	1	0	629
PICHINCHA	131	240	269	159	139	208	25	110	191	71	202	109	194	74	14	16	8	6	2	2.168
COTOPAXI	6	10	132	65	57	23	2	8	11	8	53	138	46	7	2	6	1	0	0	575
TUNGURAHUA	9	20	138	68	66	71	5	19	17	6	12	25	95	9	6	29	2	1	2	600
BOLIVAR	2	3	35	15	25	85	1	7	4	3	7	123	36	8	0	0	0	0	0	354
CHIMBORAZO	6	6	82	8	36	45	28	22	8	2	6	8	115	7	1	6	2	1	0	389
CAÑAR	3	4	25	3	6	3	97	149	13	1	14	19	188	29	1	1	2	1	0	559
AZUAY	3	4	52	3	10	2	20	107	38	2	6	4	79	51	1	2	26	3	0	413
LOJA	3	3	39	1	3	2	4	4	42	2	4	3	30	78	2	2	2	30	0	254
ESMERALDAS	23	32	212	20	25	52	15	6	18	75	632	209	271	47	4	4	4	3	0	1.652
MANABI	1	3	35	5	5	3	3	1	3	6	24	37	98	6	0	0	0	0	0	230
LOS RIOS	2	4	58	54	40	283	28	8	12	10	34	333	455	32	1	2	1	0	0	1.357
GUAYAS	3	6	81	11	40	25	95	49	99	39	74	426	230	75	1	2	2	1	3	1.262
EL ORO	4	8	96	7	13	5	17	19	389	889	39	64	53	415	3	3	5	18	1	2.048
NAPO	134	67	1.196	147	383	360	207	75	71	242	123	202	216	207	75	350	68	63	2	4.188
PASTAZA	42	21	429	106	942	91	586	11	70	92	27	26	64	184	71	211	153	14	1	3.141
MORONA S.	9	8	112	47	83	19	105	164	1.668	59	12	13	11	121	46	18	88	28	0	2.611
ZAMORA CH.	6	10	126	11	11	6	20	28	576	5.079	7	6	5	55	367	13	7	171	0	6.504
GALAPAGOS	8	25	578	68	416	31	73	53	28	186	68	161	65	1.320	223	14	14	14	28	3.373

Tasas de INMIGRACION (por cien mil) interprovincial de cada provincia con relación a las restantes: 1974-82

ORIGEN	SIERRA									COSTA				Región Amazónica			Ga.	ZZ n DD	Total	
	C.	I.	P.	Co.	T.	B.	CH.	Ch.	Az.	L.	Es.	Ma.	L.R.	G.	E.O.	N.				P.
DESTINO																				
CARCHI	200	213	18	14	3	15	1	8	13	11	5	4	18	6	20	3	2	3	0	557
IMBABURA	337	323	14	23	4	17	5	13	16	29	16	10	29	9	10	2	1	3	1	878
PICHINCHA	185	287	291	176	144	236	30	104	297	79	221	88	168	99	27	14	9	10	3	2.479
COTOPAXI	7	10	170	62	72	18	3	9	13	9	72	143	51	6	5	4	2	1	1	658
TUNGURAHUA	12	29	181	79	88	77	8	23	23	10	19	24	82	13	18	30	6	1	2	725
BOLIVAR	4	6	71	17	27	63	3	6	6	6	16	114	45	6	6	2	1	0	0	400
CHIMBORAZO	7	9	136	14	49	57	26	21	14	5	7	18	84	12	6	10	4	3	1	483
CAÑAR	2	3	38	3	10	3	77	181	21	7	34	27	235	35	3	1	10	4	0	694
AZUAY	5	7	105	5	17	3	29	159	60	6	13	17	99	83	3	2	52	8	0	674
LOJA	3	5	86	2	6	2	8	9	53	5	10	6	92	95	6	2	3	65	0	458
ESMERALDAS	11	24	233	15	25	41	12	3	12	56	738	188	278	36	8	4	1	3	1	1.709
MANABI	1	2	43	3	4	1	3	1	3	4	28	31	116	8	1	0	0	0	0	250
LOS RIOS	2	4	76	43	24	178	15	5	11	12	40	314	405	25	3	2	0	1	1	1.163
GUAYAS	4	8	94	11	39	31	96	50	93	50	120	657	326	94	2	2	3	1	3	1.685
EL ORO	5	8	111	5	12	5	30	17	234	770	38	82	51	359	8	3	5	18	1	1.762
NAPO	83	62	1.193	109	211	454	158	38	122	744	164	308	253	240	391	157	127	63	1	4.886
PASTAZA	27	55	487	127	771	144	433	30	79	106	26	28	44	163	58	291	342	12	2	3.225
MORONA S.	5	18	103	17	84	12	91	123	1.101	59	14	10	10	88	44	34	68	46	0	1.927
ZAMORA CH.	5	8	100	4	6	3	16	13	258	2.084	2	9	11	110	210	18	4	115	1	2.979
GALAPAGOS	22	128	701	71	601	14	109	58	358	70	286	75	1.379	229	23	12	11	30	0	4.233

Fuente: Delaunay (D.), 1987 a: 20 - 29; 57 - 66 y 121 - 131

ANEXO 8

Tasas (por cien mil) de SALDO interprovincial de cada provincia con relación a las restantes: 1950-62

	SIERRA									COSTA				Región Amazónica				Ga.	Total			
	C.	I.	P.	Co.	T.	B.	CH.	Cñ.	Az.	L.	Es.	Ma.	L.R.	G.	E.O.	N.	P.			M.S.	Z.Ch.	
S	CARCHI		-384	-522	-3	-17	-1	2	0	0	-2	-20	-5	-10	-46	-13	-56	-5	-2	0	-1	-1.085
S	IMBABURA	204		-501	3	-5	-1	3	1	0	0	-16	-2	-9	-41	-2	-4	-1	0	-1	0	-372
I	PICHINCHA	94	170		251	142	49	144	10	55	58	10	68	7	-55	12	-11	-3	1	0	-2	1.000
I	COTOPAXI	2	-3	-741		-22	-1	-1	0	1	3	-5	-2	-40	-82	-6	-7	-9	0	0	-1	-914
E	TUNGURAHUA	7	5	-366	19		12	18	1	9	3	-8	-8	-68	-336	0	-6	-88	-4	0	-7	-817
R	BOLIVAR	1	1	-197	1	-19		47	-1	-1	2	-5	-1	-308	-142	-3	-1	-4	0	0	0	-630
R	CHIMBORAZO	-1	-2	-277	0	-14	-23		32	17	1	-3	-7	-17	-366	-7	-2	-14	-2	0	-1	-686
A	CAÑAR	0	-1	-44	0	-1	1	-74		-84	0	1	13	7	-238	-6	0	-2	-10	-2	-1	-441
A	AZUAY	0	1	-98	-1	-6	1	-17	33		-24	-2	-4	-7	-338	-242	-1	-2	-122	-15	0	-844
A	LOJA	1	0	-109	-2	-2	-1	-1	0	25		-3	-2	-4	-76	-404	-2	-2	-1	-121	-1	-705
C	ESMERALDAS	17	26	-51	9	15	7	8	-1	5	8	404	-18	-220	-19	3	2	0	-1	-1	1	193
O	MANABI	1	1	-65	1	3	1	3	-3	2	2	-79	-95	-388	-6	0	0	0	0	0	0	-622
S	LOS RIOS	5	8	-18	33	66	193	22	-3	10	6	9	245	-398	1	0	1	0	0	0	0	180
T	GUAYAS	5	9	35	18	83	23	121	34	119	25	28	256	103	-10	0	0	0	0	-2	-2	847
A	EL ORO	10	2	-49	8	0	2	15	5	537	849	15	28	-2	64	-6	-3	2	1	-2	-2	1.476
R	NAPO	227	28	240	54	47	4	25	-2	14	17	-16	0	-2	9	36	-83	-1	1	-1	597	
R	PASTAZA	42	26	129	142	1.599	44	331	17	30	52	-18	0	-13	14	40	167	48	-2	-6	2.642	
A	MORONA S.	8	1	-8	0	33	0	21	55	1.643	4	-2	0	-2	-18	-13	1	-25	48	-16	1	1.683
A	ZAMORA CH.	6	16	1	6	2	1	-2	22	586	4.434	5	0	-6	-7	-8	-4	3	46	-1	-1	5.100
	GALAPAGOS	30	-6	421	82	720	-3	104	49	50	72	24	78	18	787	124	7	32	-2	4	4	2.591

Tasas (por cien mil) de SALDO interprovincial de cada provincia con relación a las restantes: 1962-74

	SIERRA									COSTA				Región Amazónica				Ga.	Total			
	C.	I.	P.	Co.	T.	B.	CH.	Cñ.	Az.	L.	Es.	Ma.	L.R.	G.	E.O.	N.	P.			M.S.	Z.Ch.	
S	CARCHI		-215	-759	-2	2	0	2	-1	-1	1	-26	-2	-1	-18	-1	-37	-4	-2	0	1	-1.063
S	IMBABURA	119		-705	3	1	1	4	1	2	3	-4	-3	1	-16	-1	-10	0	0	0	0	-604
I	PICHINCHA	107	182		236	118	133	176	21	88	175	27	169	85	64	48	-45	6	3	3	0	1.596
I	COTOPAXI	2	-3	-934		-15	46	10	0	3	9	-9	36	50	-24	-1	-27	-4	-8	-1	-1	-871
E	TUNGURAHUA	-1	-1	-401	13		50	24	1	5	12	-12	-4	-31	-124	-3	-58	-46	-11	0	-4	-591
R	BOLIVAR	0	-1	-726	-64	-80		-10	-2	2	0	-56	-7	-507	-187	0	-97	-12	-5	-1	-1	-1.754
R	CHIMBORAZO	-1	-3	-457	-7	-18	5		-15	0	4	-6	-2	-22	-280	-5	-26	-30	-11	0	-1	-875
A	CAÑAR	2	0	-119	-1	-3	2	35		-115	3	-6	8	-1	-274	0	-21	0	-44	-3	-1	-538
A	AZUAY	0	-1	-210	-2	-3	-1	-1	47		-3	-7	0	-8	-300	-199	-7	-2	-164	-31	0	-892
A	LOJA	0	-2	-423	-6	-9	0	-4	-1	3		-36	-10	-7	-120	-501	-27	-3	-5	-275	-2	-1.428
C	ESMERALDAS	18	5	-127	11	16	49	11	5	13	70	525	144	-296	-3	-25	1	1	2	-1	2	419
O	MANABI	0	1	-180	-9	1	2	0	-2	0	4	-117	-108	-632	-12	-11	-1	-1	0	-1	-1	-1.066
S	LOS RIOS	0	0	-210	-31	22	228	21	0	8	7	-73	248	-448	-3	-25	-2	0	0	-1	-1	-259
T	GUAYAS	1	2	-40	4	23	21	67	29	78	31	39	369	114	5	-5	-1	-2	0	0	0	735
A	EL ORO	1	1	-177	1	3	-1	7	1	309	769	3	44	5	-33	-11	-3	-3	-16	-2	-2	898
R	NAPO	104	51	919	135	346	358	198	73	65	226	107	197	208	176	60	250	50	56	1	1	3.580
R	PASTAZA	23	-1	-235	46	585	88	496	7	29	65	-6	14	37	79	40	-525	-25	6	-1	-1	722
A	MORONA S.	7	5	-48	41	70	18	87	158	1.440	44	-5	9	6	51	16	-52	13	-61	-1	-1	1.798
A	ZAMORA CH.	-2	-5	-97	7	-2	4	10	19	522	4.584	-14	-6	2	21	176	-112	-6	118	-5	-5	5.214
	GALAPAGOS	-29	2	29	43	259	11	50	39	25	163	43	79	40	282	128	-14	6	11	28	1	1.195

Tasas (por cien mil) de SALDO interprovincial de cada provincia con relación a las restantes: 1974-82

	SIERRA									COSTA				Región Amazónica				Ga.	ZZnDD	Total			
	C.	I.	P.	Co.	T.	B.	CH.	Cñ.	Az.	L.	Es.	Ma.	L.R.	G.	E.O.	N.	P.				M.S.	Z.Ch.	
S	CARCHI		-427	-1.530	3	-16	-1	-3	-1	-7	5	-9	-4	-1	-38	-5	-36	-3	-1	1	-1	-5	-2.079
S	IMBABURA	230		-1.126	3	-15	0	5	3	1	9	6	9	2	-31	-1	-13	-5	-4	2	-2	8	-919
I	PICHINCHA	162	223		254	129	135	200	25	68	271	34	190	61	26	71	-59	3	4	7	0	1.795	
I	COTOPAXI	-2	-2	-1.156		-31	62	1	1	0	10	-5	61	73	-23	0	-31	-10	-2	0	0	-6	-1.060
E	TUNGURAHUA	6	12	-500	26		75	27	3	0	16	-9	7	-10	-144	1	-41	-40	-11	0	-8	-4	-594
R	BOLIVAR	2	-1	-1.091	-110	-155		-58	-1	-3	2	-57	9	-397	-325	-4	-259	-25	-4	-1	0	-28	-2.506
R	CHIMBORAZO	1	-4	-752	-1	-26	28		-14	-16	5	-4	-2	-2	-460	-17	-37	-28	-14	1	-1	-4	-1.347
A	CAÑAR	1	-4	-181	-2	-4	0	27		-218	2	3	31	13	-310	4	-17	-4	-37	1	-2	-16	-713
A	AZUAY	3	0	-197	-1	0	1	13	87		14	0	6	6	-305	-90	-23	-3	-115	-18	-1	-5	-628
A	LOJA	-2	-6	-900	-7	-14	0	-5	-1	-16		-31	0	-9	-158	-555	-173	-6	-7	-173	-5	-26	-2.094
C	ESMERALDAS	5	-6	-178	5	11	37	5	-2	2	49	634	114	-658	-15	-54	1	-3	3	-1	-1	-100	-151
O	MANABI	0	-2	-264	-19	-3	-2	1	-5	-3	0	-169	-125	-1.253	-21	-30	-1	-1	0	-2	-2	-85	-1.984
S	LOS RIOS	1	-1	-170	-45	6	139	1	-5	-5	7	-61	251	-966	-11	-48	-1	-1	0	0	0	-41	-950
T	GUAYAS	3	4	-18	4	25	27	81	29	70	31	84	601	230	33	-10	-1	0	-2	-1	-6	1.184	
A	EL ORO	2	1	-280	0	-1	2	18	-2	121	657	11	59	15	-195	-104	-2	-4	-10	-3	-3	-13	272
R	NAPO	54	34	821	95	147	443	137	33	106	721	143	297	236	196	363	63	103	55	0	-2	4.045	
R	PASTAZA	13	36	-124	87	434	131	320	23	50	77	-4	18	21	62	21	-197	189	7	0	-11	1.153	
A	MORONA S.	2	15	-72	9	53	9	71	97	761	42	10	7	7	7	18	-142	-85	-30	-1	-5	773	
A	ZAMORA CH.	-4	-10	-195	-5	-5	2	-8	-4	181	1.516	-15	6	2	57	75	-115	-4	45	-3	-3	-23	1.493
	GALAPAGOS	12	77	-56	20	468	12	71	56	27	339	43	252	31	247	159	-2	3	9	20	1	-21	1.767

Fuente: Delaunay (D.), 1987 a: 20-29; 57-66 y 121-131

Anexo 9 Evolución de la EMIGRACION Sierra-Costa, por provincia y período intercensal

Prov. Sierra (ORIGEN)		Promedio ANUAL de emigrantes					Total a la Costa (A)	(B)	(C)
		Provincias de la Costa (DESTINO)							
		Esm.	Man.	Los R.	Guay.	El O.			
Carchi	50-62	19	6	9	47	14	95	0,12	1,2
	62-74	36	8	5	38	8	96	0,10	0,9
	74-82	25	11	7	70	14	128	0,11	0,9
Imbabura	50-62	36	9	17	84	8	154	0,10	1,9
	62-74	50	18	12	76	15	172	0,10	1,5
	74-82	54	17	18	140	24	252	0,12	1,7
Pichincha	50-62	108	89	85	866	96	1.243	0,32	15,1
	62-74	334	250	179	981	195	1.939	0,33	17,4
	74-82	525	359	318	1.660	329	3.191	0,32	21,3
Cotopaxi	50-62	11	25	165	165	16	382	0,23	4,6
	62-74	32	32	167	132	15	378	0,20	3,4
	74-82	35	27	180	189	14	445	0,19	3,0
Tungurahua	50-62	20	28	144	739	17	948	0,50	11,5
	62-74	40	36	124	485	27	712	0,33	6,4
	74-82	57	36	105	685	36	918	0,33	6,1
Bolívar	50-62	7	3	443	193	5	652	0,60	7,9
	62-74	82	19	869	308	10	1.287	0,92	11,6
	74-82	92	11	745	539	14	1.401	0,97	9,3
Chimborazo	50-62	9	26	46	1.035	24	1.140	0,52	13,9
	62-74	24	24	87	1.147	34	1.315	0,46	11,8
	74-82	27	27	63	1.692	90	1.899	0,62	12,7
Cañar	50-62	2	4	17	467	23	513	0,52	6,2
	62-74	9	8	25	592	38	672	0,60	6,0
	74-82	6	6	22	873	50	956	0,65	6,4
Azuay	50-62	7	21	22	1.022	699	1.770	0,71	21,5
	62-74	29	20	38	1.197	790	2.075	0,76	18,7
	74-82	26	26	45	1.633	697	2.427	0,66	16,2
Loja	50-62	9	8	13	210	1.093	1.333	0,61	16,2
	62-74	118	44	31	468	1.806	2.467	0,86	22,2
	74-82	126	34	51	882	2.289	3.381	0,99	22,5
Total de la Sierra	50-62	228	219	961	4.828	1.995	8.231	0,44	100,0
	62-74	753	460	1.536	5.425	2.938	11.112	0,50	100,0
	74-82	972	554	1.552	8.362	3.557	14.998	0,48	100,0

## LEYENDA:

(B) es la medida del impacto de la emigración a la Costa en cada provincia (= (A)/población de la provincia o región al inicio del período —1950,1962 y 1974—, por 100).

(C) es el porcentaje de los migrantes totales de cada provincia sobre el total de la región.

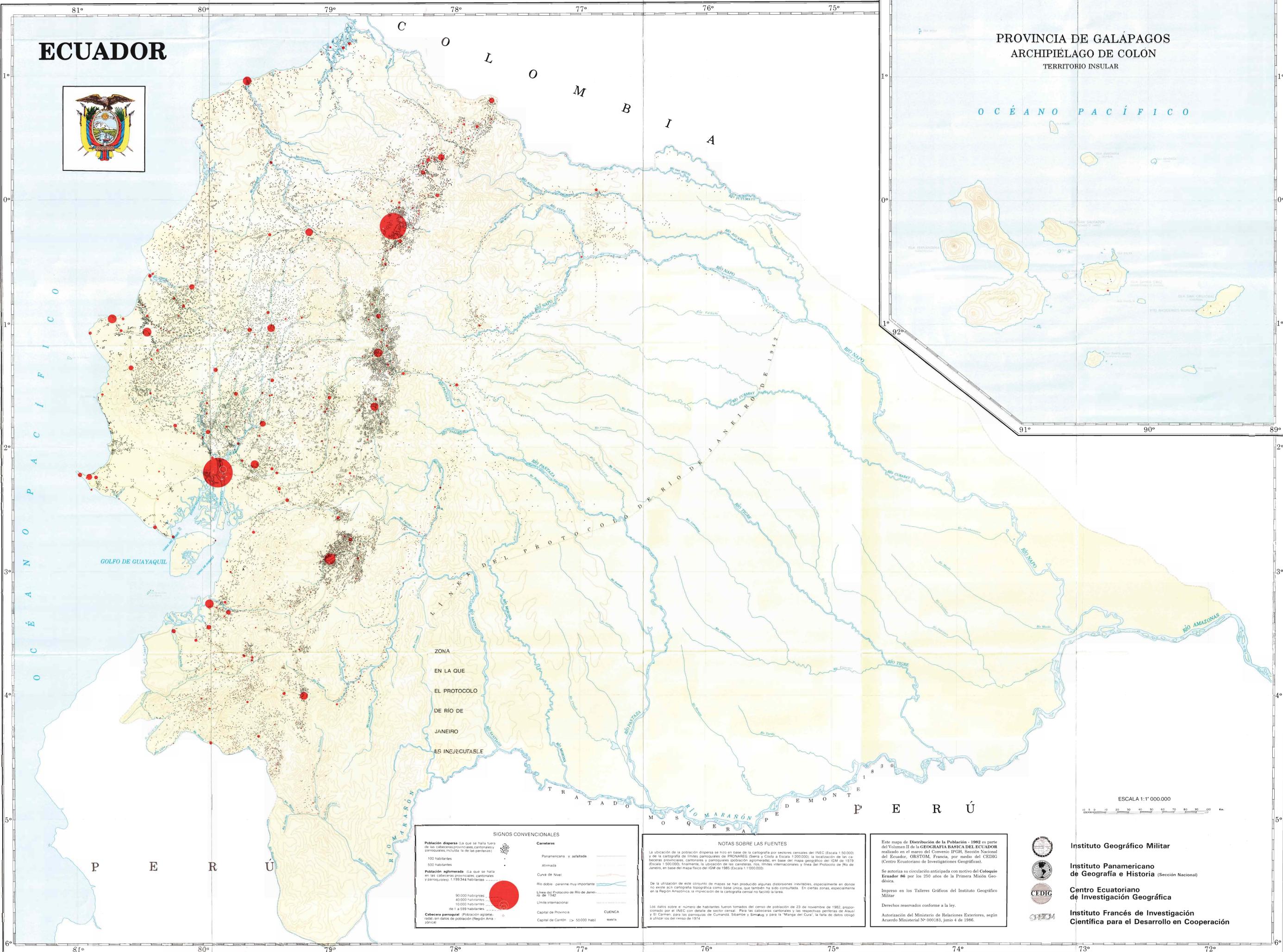
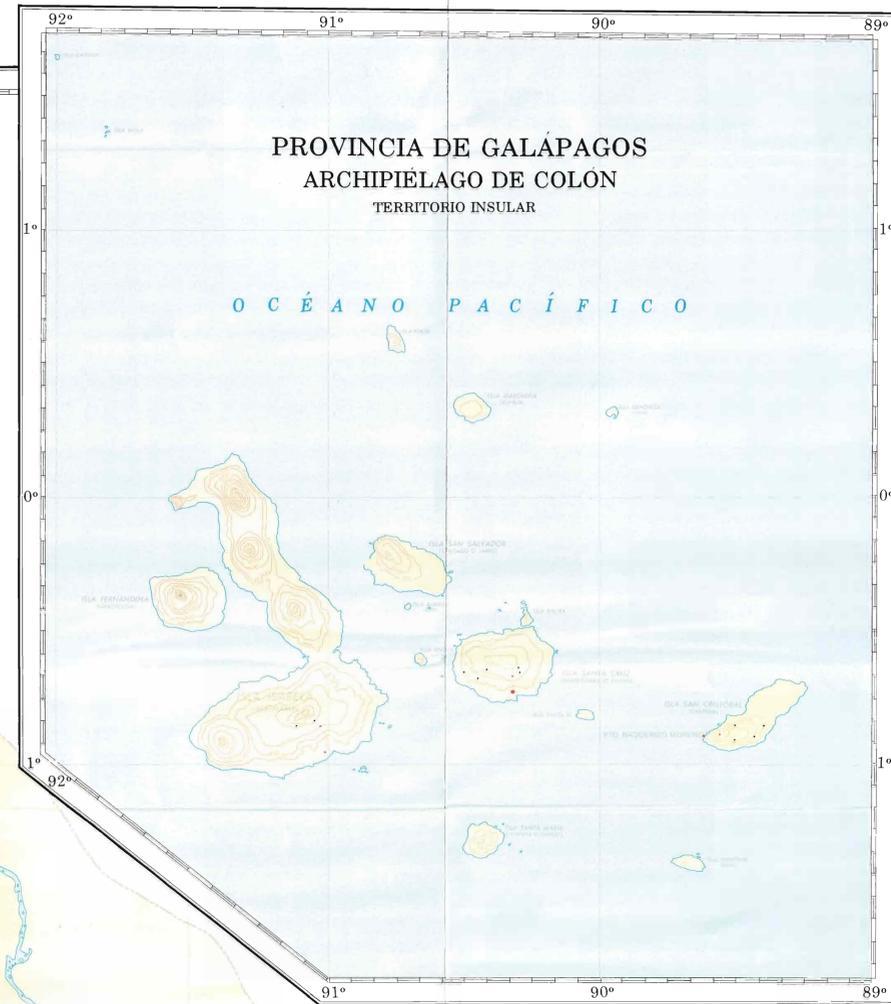
Fuentes: Para los promedios anuales, Delaunay, D., 1987 a: 20-24,57-61,121-125.

Para las poblaciones provinciales: INEC, 1987: 31.

Nota metodológica: Para el cálculo de los promedios anuales se tuvo en cuenta que los períodos intercensales tuvieron 11,98 años el primero, 11,54 años el segundo y 8,47 el tercero

# MAPA DE DISTRIBUCIÓN DE LA POBLACIÓN - 1982

**ECUADOR**



**SIGNOS CONVENCIONALES**

<b>Población dispersa</b> (la que se halla fuera de las cabeceras provinciales, cantonales y parroquiales, incluida la de las penínsulas)	<b>Carreteras</b>
100 habitantes	Panamericana y asfaltada
500 habitantes	Atornillada
<b>Población aglomerada</b> (la que se halla en las cabeceras provinciales, cantonales y parroquiales) 1.193.344 habitantes	Cunús de Nivel
90.000 habitantes	Río doble: caudal muy importante
40.000 habitantes	Límite del Protocolo de Río de Janeiro de 1942
10.000 habitantes	Límite internacional
de 1 a 599 habitantes	Capital de Provincia CUENCA
<b>Cabecera parroquial</b> (Población aglomerada en el caso de población (Región Área zonal))	Capital de Cantón (> 50.000 hab) MANTA

**NOTAS SOBRE LAS FUENTES**

La ubicación de la población dispersa se hizo en base de la cartografía por sectores censales del INEC (Escala 1:50.000) y de la cartografía de límites parroquiales de PRONAREG (Sierra y Costa a Escala 1:200.000); la localización de las cabeceras provinciales, cantonales y parroquiales (población aglomerada) en base del mapa geográfico del IGM de 1979 (Escala 1:500.000). Ingresamente, la ubicación de las carreteras, ríos, límites internacionales y línea del Protocolo de Río de Janeiro, en base del mapa físico del IGM de 1985 (Escala 1:1.000.000).

De la utilización de este conjunto de mapas se han producido algunas distorsiones inevitables, especialmente en donde no existe aún cartografía topográfica como base única, que también ha sido consultada. En ciertas zonas, especialmente en la Región Amazónica, la imprecisión de la cartografía censal no facilitó la tarea.

Los datos sobre el número de habitantes fueron tomados del censo de población de 23 de noviembre de 1982, proporcionado por el INEC con detalle de sector censal. Para las cabeceras cantonales y las respectivas penínsulas de Atacama y El Carmen para las parroquias de Cumandá, Sibame y Simanup y para la "Manga del Cura", la falta de datos obligó a utilizar los del censo de 1974.

Este mapa de Distribución de la Población - 1982 es parte del Volumen II de la GEOGRAFÍA BÁSICA DEL ECUADOR realizado en el marco del Convenio IPGH, Sección Nacional del Ecuador, ORSTOM, Francia, por medio del CEDIG (Centro Ecuatoriano de Investigaciones Geográficas).

Se autoriza su circulación anticipada con motivo del Coloquio Ecuador 40 por los 250 años de la Primera Misión Geodésica.

Impreso en los Talleres Gráficos del Instituto Geográfico Militar.

Derechos reservados conforme a la ley.

Autorización del Ministerio de Relaciones Exteriores, según Acuerdo Ministerial N° 000183, junio 4 de 1986.

ESCALA 1:1'000'000

- Instituto Geográfico Militar
- Instituto Panamericano de Geografía e Historia (Sección Nacional)
- Centro Ecuatoriano de Investigaciones Geográficas
- Instituto Francés de Investigación Científica para el Desarrollo en Cooperación

## GEOGRAFIA BASICA DEL ECUADOR

Tomo I	Geografía Histórica (publicado)
Tomo II	Geografía de la Población
	Vol. 1 Transición Demográfica en el Ecuador
	Vol. 2 Geografía de la Salud en el Ecuador (en preparación)
Tomo III	Geografía Urbana (publicado)
Tomo IV	Geografía Física (en preparación)
Tomo V	Geografía Agraria
	Vol. 1 Transformaciones Agrarias en el Ecuador (publicado)
	Vol. 2 Paisajes Agrarios en el Ecuador (en preparación)

### Transición Demográfica en el Ecuador

Autores: Daniel Delamare  
Juan B. León V.  
Michel Potard

LA GEOGRAFIA BASICA DEL ECUADOR es un proyecto de amplios horizontes y de especial actualidad. Tomando como eje de reflexión la cuestión del espacio, pretende abordar los más variados aspectos de la realidad ecuatoriana.

Simpleza y vasta a la vez, es una obra que está llamada a satisfacer una necesidad de conocimiento y de acción para todo ecuatoriano. Su objetivo no es otro que estudiar explícitamente todo lo que en el país es testimonio de una relación elemental: la del hombre y su entorno físico y social.

Con el presente volumen, primero del tomo dedicado a la GEOGRAFIA DE LA POBLACION, se continúa la publicación de este ambicioso proyecto.

TRANSICION DEMOGRAFICA EN EL ECUADOR es un conjunto de estudios articulados en torno a las transformaciones demográficas que ha vivido el Ecuador durante la segunda mitad del siglo que concluye y de cuyas consecuencias no se tiene todavía cabal percepción; se trata de investigaciones, llevadas a cabo con métodos innovadores, que intentan dar una visión precisa de la configuración espacial de un fenómeno único en la historia del país: su transición demográfica.

En el marco del Acuerdo de Cooperación científica entre el IPGH (Instituto Panamericano de Geografía e Historia, Sección Ecuador) y el ORSTOM (Instituto Francés de Investigación Científica para el Desarrollo en Cooperación), el CEDIG se complace en presentar al público esta nueva obra colectiva, fruto de una mutua colaboración entre investigadores ecuatorianos y franceses.